



# LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

*Los libros y la vida*  
*Horacio González (1944-2021)*

Juan Sasturain | Pasquale Serra y Micaela Cuesta | Pedro Yagüe  
Ricardo Aronskind | Juan Laxagueborde | Cecilia Abdo Ferez  
Afrânio Mendes Catani | Soledad Guarnaccia y Julia Rosemberg  
Martín Cortés | Juan José Giani | Alejandro Boverio, Darío Capelli y Matías Rodeiro  
Rodolfo Fogwill | Carlos Bernatek | Eduardo Rinesi  
Gabriela García Cedro | Nicolás Rosa | Gisela Catanzaro  
Mariana Luzzi | Eduardo Grüner | Mariana Gainza | Natalia Romé  
Guillermo David | Ricardo Forster | Patrice Vermeren  
Guillermo Korn | Javier Trímboli | Mara Glozman  
Carla del Cueto | Sebastián Scolnik | Federico Galende | Ezequiel Grimson  
Sergio Raimondi | Sebastián Russo | Alejandro Kaufman  
Gabriel D'Iorio | Cecilia Flachsland | Edgardo Mocca  
Gustavo Ferreyra | Américo Cristófalo | Luis Gusmán | María Pia López  
Roberto Retamoso | Patricia Funes | Leonardo Eiff  
Cintia Córdoba | Santiago Azzati | Diego Tatián | Diego Sztulwark

**Número  
especial**

## ÍNDICE

---

- 3 • **Editorial. La filigrana sutil y travesía de la historia: Groussac, Borges y González.**
- 4 • **Los libros y la vida.** *Por María Pia López, Eduardo Rinesi y Sebastián Scolnik*
- 7 • **Falta amigo y truco.** *Por Juan Sasturain*
- 8 • **Horacio González, “nuestro Gramsci”.** *Por Pasquale Serra y Micaela Cuesta*
- 18 • **Cantar la falta.** *Por Pedro Yagüe*
- 24 • **Horacio González y la idea del desarrollo.** *Por Ricardo Aronskind*
- 32 • **Problemas y galerías.** *Por Juan Laxagueborde*
- 40 • **Mediações brasileiras.** *Por Cecilia Abdo Ferez*
- 48 • **El viaje interrumpido de Albert Camus, “el mejor hombre de Francia”.**  
*Por Afrânio Mendes Catani*
- 56 • **Entre derrotas y travestismos. González como ghost writer de Evita.**  
*Por Soledad Guarnaccia y Julia Rosemberg*
- 64 • **Horacio González, marxista.** *Por Martín Cortés*
- 72 • **Peronismo en la incertidumbre.** *Por Juan José Giani*
- 80 • **Momentos de El Ojo Mocho.** *Por Alejandro Boverio, Dario Capelli y Matías Rodeiro*
- 90 • **Fogwillianas.** *Por Rodolfo Fogwill*
- 98 • **Discursos en papel de diario.** *Por Carlos Bernatek*
- 104 • **El feliz disparate de las cosas.** *Por Eduardo Rinesi*
- 112 • **Horacio González, política y desmesura.** *Por Gabriela García Cedro*
- 120 • **La sinrazón del ensayo.** *Por Nicolás Rosa*
- 136 • **El ojo bizco.** *Por Gisela Catanzaro*
- 146 • **La tradición en disputa: Horacio González y la sociología argentina.**  
*Por Mariana Luzzi*
- 152 • **La larva y las alas (Dos cartas a Horacio González).** *Por Eduardo Grüner*
- 160 • **Vida y transfiguración de la retórica.** *Por Mariana Gainza*
- 170 • **La astucia de lo informe.** *Por Natalia Romé*
- 180 • **La Biblioteca viviente.** *Por Guillermo David*
- 186 • **Escritos en carbonilla o la memoria de lo efímero.** *Por Ricardo Forster*
- 194 • **Escritos franceses.** *Por Patrice Vermeren y Horacio González*
- 222 • **Lo que se cifra en el nombre.** *Por Guillermo Korn*
- 228 • **Sobre moradas y topos.** *Por Javier Trímboli*
- 238 • **Horacio González y el metalenguaje de lxs argentinxs.** *Por Mara Glozman*
- 250 • **La conversación, la cortesía y la guerra viajan en taxi.** *Por Carla del Cueto*
- 258 • **La voz adherida a los archivos.** *Por Sebastián Scolnik*
- 274 • **Sigue la nave.** *Por Federico Galende*
- 282 • **Ecos argentinos en la Feria de Frankfurt.** *Por Ezequiel Grimson*
- 290 • **Del genealogista como rastreador.** *Por Sergio Raimondi*
- 298 • **Konstelaciones. O sobre la palabra (en) política.** *Por Sebastián Russo*
- 308 • **Sobre ultraje, lengua y género.** *Por Alejandro Kaufman*
- 316 • **Pervivencias. Cartas arrojadas al mar del presente.** *Por Gabriel D'Iorio*
- 326 • **Guía para una redacción emancipadora.** *Por Cecilia Flachsland*
- 332 • **La generación del Cordobazo.** *Por Edgardo Mocca*
- 340 • **Digresiones en torno a la carne.** *Por Gustavo Ferreyra*

- 344 • **En la cámara oscura: Lezama leído con Horacio.** *Por Américo Cristófalo*
- 352 • **El lector sonámbulo.** *Por Luis Gusmán*
- 360 • **Archivo y bricolaje.** *Por María Pia López*
- 370 • **El Perón de Echeverría.** *Por Roberto Retamoso*
- 380 • **Un vitalismo prudente y sobrio.** *Por Patricia Funes*
- 388 • **Ascesis y redención.** *Por Leonardo Eiff*
- 396 • **La lengua universitaria contra el *ethos* del imperio burocrático.**  
*Por Cintia Córdoba*
- 404 • **Fenomenología de un tropiezo.** *Por Santiago Azzati*
- 410 • **El punto ciego.** *Por Diego Tatián*
- 418 • **Para nosotros, González.** *Por Diego Sztulwark*

De oratore. Discursos de Horacio González

- 436 • **Y la nave va**
- 442 • **Los nombres de la historia y sus paradojas**
- 454 • **Sin nosotros, no somos nada**
- 460 • **Pañuelo blanco**

## Editorial

# La filigrana sutil y traviesa de la historia: Groussac, Borges y González

La revista *La Biblioteca*, creada por Paul Groussac a fines del siglo XIX, no escatimó nunca sus esfuerzos en producir una incisiva forma de intervención en la escena intelectual a partir de dos grandes rasgos: su vocación crítica y su temperamento polemista. Estas vetas distintivas, inquietantes para un ambiente cultural que pretendía afianzarse en medio de la inestabilidad del país, fueron luego recuperadas en la época en que Borges la concibió como un instrumento literario fundamental a través del cual se proponía diagramar el campo de las letras. Esta iniciativa, que también surgió entre confrontaciones y desgarros políticos que lo tuvieron al escritor como destacado protagonista, dejaba en claro en el primer número de su segunda época que el resurgir de esta publicación aspiraba a no ser indigno del “espíritu” con que la había imaginado su creador.

Groussac y Borges fueron santo y seña para la gestión que protagonizó Horacio González, quien como primera medida se propuso retomar el hilván de estas osadías intelectuales, aunque sin compartir la vocación política conservadora ni el elitismo reacio a dejarse interpelar por los ecos de la vida popular. Tampoco el sesgo personalista y arbitrario con el que impregnaban sus actos de gestión. En sus quince números, *La Biblioteca* dirigida por González hizo lugar en sus páginas a las más variadas circunstancias del quehacer histórico y cultural, sin dejar de abordar ninguno de los temas que requerían de un replanteo de las condiciones políticas, de una predisposición para asumir los dilemas colectivos y de una interrogación sobre las formas en las que el lenguaje podía recrearse para dar lugar a una imaginación crítica. Así, en un llamado al pluralismo estético y conceptual, la revista encontró el camino para recuperar biografías y textos marginales o hasta entonces ninguneados por las instituciones y los pensamientos oficiales. No solo como un acto de justicia reparatoria, sino también como el reencuentro con unas sensibilidades disidentes imprescindibles para afrontar los problemas que el país demandaba pensar. En los nombres de Groussac, Borges y González se resume un movimiento histórico complejo capaz de desafiar la cultura nacional y su modo de asumir los debates mundiales, desde el rumor insoslayable de una incesante vibración de la historia.

Hoy, esta revista, que ya podría asumirse como parte de una tradición consolidada, se enfrenta a una de sus tareas más difíciles: la de recordar a Horacio González, quien supo encarnar una figura múltiple y refinada del intelectual capaz de reunir un pensamiento sobre la historia, con una fuerte preocupación por sus mitos y enigmas irresueltos, una vocación política emancipatoria y una escritura sofisticada que coloca a las palabras al borde mismo de sus posibilidades. Recordamos a González a partir de sus obras, libros y textos infinitos que nos legó. Y al hacerlo, fuera de toda propensión hagiográfica, retomamos algo de los misterios que el pensamiento siempre nos ofrece cuando es capaz de sustraerse de las obviedades de su tiempo para entregarse a una sutileza que nos deja en estado de perplejidad.

## Los libros y la vida

Horacio González fue, entre otras cosas que fue, entre otros oficios de los muchos que desempeñó, un tenaz editor de revistas: *Envido*, *Unidos*, *El Ojo Mocho*, *La Biblioteca*. *El Ojo Mocho* comenzó con una escueta sección de reseñas de libros para luego convertirse en una gran reserva de comentarios críticos. Revista de lectoras y lectores, en todas las secciones los libros encontraban fervorosa recepción y no pocas polémicas. La revista *La Biblioteca*, esta misma en la que hoy estamos escribiendo, fue sede del mismo impulso lector: tratar sobre libros es un modo de considerar el mundo, no porque desconozcamos de ese mundo las más crudas luchas políticas o las eficaces y desnudas lógicas de la economía o el poder, sino porque esas luchas y esas lógicas reverberan en los libros que reflexionan sobre ellas y a través de los cuales nosotros y nosotras podemos pensar ese mundo del que esos libros forman parte, y una parte que nos interesa especialmente: un pliegue hecho de palabras y de razones en diálogo con las cuales tratamos de forjar las nuestras.

González dirigió la Biblioteca Nacional entre 2005 y 2015. En ese período escribió una infinidad de prólogos, textos para catálogos, editoriales y artículos para esta revista y varios libros. Entre ellos, la fundamental *Historia de la Biblioteca Nacional*, que nos enseña que la gestión de las instituciones públicas que se decide habitar con compromiso y lucidez no es lo otro de la reflexión crítica sobre las cosas, sino que ambas dimensiones de nuestro vivir común se traman en un mismo tejido, que refuerza nuestra capacidad para transformar el mundo. A González le gustaba nombrarse como funcionario anarquista, para señalar ese compromiso ineludible con la crítica a los modos en que tiende a rutinizarse la vida de las instituciones. Luego de su fallecimiento, ocurrido el 22 de junio de 2021, se multiplicaron los homenajes y una cantidad de nuevas consideraciones sobre la importancia de su obra y de su trayectoria. La Biblioteca Nacional llevó adelante en su memoria una cantidad de iniciativas, entre ellas la decisión de dedicarle un número monográfico de esta revista, invitando a algunos amigos a participar de su elaboración. Decidimos que fuera un número de reseñas o ensayos a propósito de cada uno de los libros de González. Una suerte de homenaje al eximio reseñista, y de ironía respecto del escritor pudoroso que siempre pensaba que lo que escribía no resultaría interesante para nadie que no fuera demasiado atolondradx.

No era así. Pero sí es cierto que no proliferaban los comentarios críticos sobre los libros de Horacio y que muchas veces la prensa elegía recibirlos con una entrevista al autor antes que con una reseña. Los tiempos difíciles del duelo son también los de la reflexión sobre qué hacer para que su obra, una obra fundamental e imprescindible de la cultura argentina del último medio siglo, siga circulando cuando el escritor ya no está, tan atada como estaba, hasta ayer nomás, a su propia figura pública. No se trata de juzgar si era más o menos leído, sino de señalar que muchas personas llegaban a sus libros por el impacto que les producían sus intervenciones orales: sus clases, sus charlas, su oratoria de asambleísta paciente. Ahora eso ya no ocurrirá. Pero los libros están

allí, la obra queda. Y estará viva por la multiplicación de las lecturas. Muchas personas fueron convocadas a participar en esta edición, que es parte de ese esfuerzo por multiplicar y transmitir. Casi todas respondieron con entusiasmo al convite, y habríamos querido, si nos hubiera asistido algún derecho a pedirle más todavía a un autor tan extraordinariamente prolífico, que Horacio hubiera escrito todavía más libros que los muchos que escribió, para que más lectoras y lectores pudieran verter en las páginas de este número especial de *La Biblioteca* sus interpretaciones sobre todos ellos.

Estremece un poco leer estos ensayos que aquí presentamos, todos ellos sutiles y profundos, porque son piezas que funcionan como un caleidoscopio en el que cada color va dando cuenta de un aspecto diferente de una obra impar. No pocas veces, alguien, reflexionando sobre una idea de Horacio, levanta la vista y dice: esto modifica la perspectiva de tal o cual campo disciplinario. Otras, se pregunta sobre cómo transmitir, cómo producir el pasaje de esos textos a las nuevas generaciones. Estas consideraciones y estas preguntas estremecen porque en su conjunto permiten atisbar la relevancia y la singularidad de una obra gigantesca. Horacio fue nuestro amigo y nuestro maestro, como el de tantas otras personas en cuyas vidas dejó huellas profundas. Quisimos que esa polifonía de lecturas amparara su presente ausencia, lo dejara de algún modo entre nosotrxs, a sus palabras entre las nuestras, a sus lecturas entre las que cada quien hace, a sus libros habitando las páginas de los que escribimos, a la memoria de sus clases en las que damos y tomamos, a su risa entre las nuestras, a su poesía en las palabras que inventamos.

María Pia López, Eduardo Rinesi y Sebastián Scolnik



Daniel Santoro, "Teoría y praxis en el bar", óleo, 160 x 200 cm, 2020.

## Falta amigo y truco

Sombra terrible de González, digo  
tarde tu nombre para revocarte  
la gracia de ejercer el tonto arte  
de la fuga y plantar, solo contigo.

Y no hace falta que te diga amigo  
que duele sin boleros cada parte  
de tu todo; pero no para llorarte  
ni mirarnos perplejos el ombligo.

Mejor pensar que te llamó una voz  
para sumarte a la mesa inestable  
de la Biblio eterna, carpeta feroz.

Nos faltaba uno que cante y hable:  
Borges-Groussac contra Moreno y vos,  
avatares de un truco interminable.

Juan Sasturain  
17/20 de noviembre del 2021



## Horacio González, “nuestro Gramsci”

*Por Pasquale Serra y Micaela Cuesta*

Acerca del prólogo a *El príncipe moderno. La voluntad nacional-popular*, de Antonio Gramsci (Buenos Aires, Puentealsina, 1971)

En un lejano 1971, un prólogo de Horacio González a una selección de textos del italiano Antonio Gramsci (presencia fundamental en sus reflexiones, en sus escritos, en sus clases) abría una vía de interpretación del original pensamiento del preso de Turín que polemizaba virulentamente con la que dominaba entonces la escena de la “recepción” gramsciana entre nosotros: la que habían pavimentado los hombres de la revista *Pasado y Presente*, con José Aricó a la cabeza. En estas páginas, Pasquale Serra y Micaela Cuesta buscan hacer justicia a esa rebelde interpretación *política* de la obra del marxista italiano, y nos invitan a pensar en el contexto de las grandes discusiones de esos años pero también en el de la evolución posterior del pensamiento de González sobre el marxismo, sobre el peronismo y sobre el pueblo.

En 1971 Horacio González publica una introducción a la edición castellana de la primera parte de las *Notas sobre Maquiavelo* de Antonio Gramsci (de la edición de los *Cuadernos* realizada por Togliatti que estaba ya disponible desde 1962 en traducción de Aricó). El libro sale por la editorial Puntos, que nace y muere con él. González ofrece un Gramsci distinto al intelectual democrático-reformista y occidental de *Pasado y Presente* (PyP). Un Gramsci que se aleja de la referencia cultural para acercarse a la política, a los lazos entre ciencia y revolución, entre conciencia y acción. Más aún, la apelación al primado de la acción se subleva allí ante el énfasis en la problemática cultural, pues siguiendo esta última línea no es posible horadar la realidad para abrir en ella una nueva senda para fundar un Estado recostado sobre lo nacional-popular. Estando preso, Gramsci, escribe González,

medita sobre el poder. Por eso mismo sus notas no podían dejar de ser penetrantes, concentradas, obsesivas. Como círculos concéntricos que intentan rodear cada vez más estrechamente su objeto, las reflexiones de Gramsci van construyendo el rostro de la revolución. Pero hablar de poder y de revolución en la Italia de posguerra significaba hablar de un acontecimiento nacional-popular cuya propuesta organizativa debía procurar entronques culturales para ligarla a la historia política de las clases populares italianas (1971, p. 3).

El espíritu era el de intervenir en el carácter de esa misma historia. De allí, para González, la centralidad del “moderno príncipe”: “el intelectual colectivo que llama a su alrededor —y

hegemoniza— a todas las fuerzas que dispersas o derrotadas anteriormente tendían al cambio de la situación” (pp. 3-4) para definir a partir de esta fuerza una “voluntad nacional-popular”, un proyecto colectivo e histórico de construcción de un nuevo Estado. Se trató de una aproximación política a Gramsci por parte de la izquierda peronista en abierta confrontación tanto con la vertiente althusseriana de los “gramscianos” de PyP como con aquella que, al modo de Pizzorno, buscaba un Gramsci cientista social. Ambas lecturas disimulaban el perfil auténtico del italiano: el del político integral que realiza una crítica radical a la distinción tajante y clara entre ciencia y política y, luego, entre teoría y movimiento —habitual en todo cientificismo—. A contramano de esto, escribe González:

[Gramsci] liquida la base institucional de las ciencias sociales para hacer depender la teoría, los “tipos ideales”, los datos puros, los esquemas de conocimiento y los análisis particulares de un solo eje rector: el partido político constituyendo su hegemonía y produciendo, a la vez, un hecho político y de conocimiento social, pues forma su propia filosofía, su propio arte, su propia ciencia (ibídem, pp. 17-18).

La misma tesis reencontramos en distintos artículos del período, en particular en “Estrategia, ideología, análisis institucional”, publicado en *Antropología del Tercer Mundo* —ligada a las Cátedras Nacionales—. Ahí la acción es puesta otra vez en el centro, y en torno suyo se ordena la teoría. De este modo instituye una relación muy estrecha entre teoría y acción, entre teoría y revolución: “la teoría ha de ser una

**Se trató de una aproximación política a Gramsci por parte de la izquierda peronista en abierta confrontación tanto con la vertiente althusseriana de los “gramscianos” de *PyP* como con aquella que, al modo de Pizzorno, buscaba un Gramsci cientista social.**

llave que permita la inserción de los sujetos en el cauce revolucionario, el conocimiento colectivo que permita o descubra los accesos a la transformación de lo existente” (1970, pp. 113-118). Estamos ante una mutación del estatuto de la teoría cuya tarea principal no es ya hablar de la revolución o teorizar *sobre* la revolución sino “ser la expresión

del sujeto político que se interroga, reflexivamente, sobre las vías de la acción”, deviniendo, “cuando se encargan de ellas las masas, en fuerza material”, porque solo “el pensamiento político en acción resulta ser fructí-

fero” desde el punto de vista de la revolución para llevar a la realización integral la “materialización de las teorías” (ibídem, pp. 113-114). A Gramsci no le importa tanto el pensamiento en sí sino su producto, esto es, “la construcción de hechos político-culturales para la movilización del pueblo-nación” (1971, p. 5).

Una obra como la de Gramsci, escrita por completo, como recuerda González, en prisión, no puede ser reducida a objeto de “investigación” sin ejercer sobre ella una enorme violencia. Esas reflexiones surgen en “una atmósfera absorbente, condicionante”, que define la honda unidad de inspiración que la atraviesa. Una forma de la teoría liberada de cualquier residuo romántico, esencialista u ontologizante, orientada hacia la actualidad de la que forma parte con la inquietud de volverse protagonista real de ella. En el caso de González, esa actualidad

está marcada por el horizonte propuesto por el peronismo, que tensaba los vínculos entre conocimiento y política, entre ciencia y revolución. En esa coyuntura, lo que en verdad importaba era el poder, la organización y la politización del pueblo con vistas a la reconstrucción de las bases de un Estado nacional y popular y, luego, de un proyecto de liberación nacional para Argentina. Así, a diferencia de sus pares gramscianos de *PyP*, para nosotros, peronistas, escribe González, “el Gramsci que exigimos, que elegimos y que traducimos aparece como disolvente para el propio ritualismo gramsciano” (ibídem, p. 20), porque el problema, para nosotros —continúa González—, es superar “las tentaciones de participar de las polémicas europeas entre los gramscianos togliattistas, los gramscianos neosindicalistas y los gramscianos sociologizantes” (ibídem, p. 18), todos ligados de alguna manera a *PyP*. Ellos, no importa cuán “disidentes o heréticos [sean], no tienen nada que ver con nuestras preocupaciones y problemas” (ibídem), que giran, afirma Horacio, en torno a la tarea de colocar a Gramsci en el interior de la tradición revolucionaria del peronismo, entre Cooke —el gramsciano peronista— y el propio Perón. Preocupaciones y problemas afines a “nuestro” pueblo, sobre el que escribe González con palabras próximas al Tronti operaísta, nosotros no debemos aproximarnos en absoluto porque con él nos sentimos identificados desde siempre. Y, de hecho, *para nosotros*,

Gramsci vale más por lo que nos permite sospechar que diría que por lo que dijo. Por los anuncios vigorosos de una estrategia nacional

que sintetiza política, cultura, filosofía y organización popular, por las seguras evidencias de que estamos ante un verdadero análisis de valores inapreciable que nos afirma y refuerza en nuestras propias certidumbres (1971, p. 18).

A González le importa Gramsci porque “el carácter nacional de la revolución es su centro [...], no accidente o complemento” (ibídem, p. 12). Su *uso* de Gramsci pasa por el lado de lo *teológico-político*, alejado de aquella interpretación inmanentista de su obra sobre la que se ha volcado ampliamente la hermenéutica del gramscismo de los años setenta, si bien en forma despolitizada y especulativa; porque según González la necesidad del momento reclama precisamente una acción teológico-política, la única adecuada para unificar a un pueblo disperso, pulverizado, para formar una nueva voluntad colectiva. Y ella no sería posible sino mediante un “mito príncipe”, un príncipe moderno que se presenta como un sujeto absoluto portador también él de certezas absolutas: “El príncipe moderno toma el lugar, en la conciencia, de la divinidad, o del imperativo categórico” (Gramsci, 1999, p. 18). De ahí la importancia que González le asigna a la cuestión militar en Gramsci, al problema militar de la revolución, porque en Gramsci es central esa articulación entre lo político y lo militar en tanto actividades tácticas disímiles pero que se retroalimentan en la construcción de una estrategia para conquistar el poder.

Actuar como en el partido gramsciano togliattiano de los años setenta, “ampliando cada vez más su esfera de influencia hasta que el Estado como un fruto maduro cae enteramente en

sus manos” (1971, p. 7), es una utopía, que llevó a los comunistas italianos a la derrota y luego a la total irrelevancia política. Para acercarse a Gramsci desde el peronismo de izquierda, González radicaliza (y en muchos pasajes deforma) la experiencia del partido togliattiano hacia el plano político revolucionario, restableciendo así un equilibrio —para parafrasear a Maquiavelo— entre león y zorro que entre los gramscianos estaba desbalanceado a favor del zorro. Para González, el príncipe moderno no puede ser solo zorro, porque el zorro, solo, puede ser cooptado por el poder y perderse. Es un discípulo de González, Eduardo Rinesi, estudioso de Gramsci y de Maquiavelo, quien treinta años después, refiriéndose a Portantiero, retoma y radicaliza la sustancia más viva de aquella crítica. Por ese camino, escribe Rinesi, se renuncia “a la posibilidad misma de la crítica” haciendo “retroceder la teoría social al estadio de un empirismo acrítico y vulgar transformando la contingencia histórica en necesidad metafísica, la construcción humana en naturaleza muerta y la teoría política en una rama de la geología” (2000, pp. 529-530).

Este es el gran mérito de González en el texto que comentamos, una auténtica rareza editorial en América Latina. El mérito de un estilo de pensamiento alejado de todo ritualismo y de toda escolástica. Aquí radica también su extraordinaria actualidad: pues

**Una obra como la de Gramsci, escrita por completo, como recuerda González, en prisión, no puede ser reducida a objeto de “investigación” sin ejercer sobre ella una enorme violencia. Esas reflexiones surgen en “una atmósfera absorbente, condicionante”, que define la honda unidad de inspiración que la atraviesa.**

de cara a un pueblo disperso y pulverizado se torna urgente reconstruir una voluntad nacional popular forzando la situación dada, con Maquiavelo y Carl Schmitt, entre príncipe y moderno príncipe, para *instituir* un nuevo tipo de Estado, uno de las clases subalternas adecuado al contexto histórico moderno. Se trata por esto de un texto importante, inscripto quizás en un contexto y en unas fuentes ambiguas, o bien, como reconoció en muchas ocasiones el propio González, no muy ortodoxas, porque “el *leitmotiv* de Gramsci no iba con el Perón de *Apuntes de historia militar*” (Burgos, 2004, p. 198), pero el estilo de pensamiento allí guardado y puesto en acto es siempre más actual porque en él se plantea un Gramsci contundente, un Gramsci para hacer algo en nuestro presente y en nuestro lugar, en los días y con los hombres con los que nos toca actuar. Este es el Gramsci *para nosotros* de González. “Nuestro Gramsci”, digamos, para recordar un artículo de juventud de Gramsci, “Il nostro Marx” (1918), en el que el italiano criticaba muchas de las interpretaciones más en boga de Marx y elegía la suya propia: el Marx que servía para intervenir en su coyuntura histórica. Es cierto que estamos hablando del “joven Gramsci” y sabemos que el Gramsci de los *Cuadernos* es muy distinto, aun cuando debemos señalar que esa diferencia no se refiere a la libertad con que Gramsci se sitúa frente a Marx. Esa libertad se evidencia en las reducidas fuentes a las que apela Gramsci en los *Cuadernos*, en el modo creativo en que las recombina y en el objetivo para nada filológico que persigue al hacerlo: afrontar el tema del fascismo para colocar las fuerzas en desarrollo fuera de su horizonte.

Esta es la relación de Gramsci con Marx, y ser gramsciano hoy ha de significar leer a Gramsci como él leía a Marx y luego resituar por completo su obra en el horizonte trágico de nuestro presente. Lo crucial de lo nacional-popular del Gramsci del que podemos servirnos radica entonces en su capacidad para desafiar en su propio terreno a los así llamados populismos realmente existentes, o bien a esta reacción de clases con base de masas que se está configurando ante nosotros y dentro de nosotros. El pensamiento de Gramsci, decía González, es un pensamiento para la acción, y es preciso volver a hacerlo hablar y vivir de nuevo exclusivamente en este contexto de la acción a través del cual el ritualismo gramsciano y su escolástica agotadora son al fin puestos en cuestión y disgregados. Este es el Gramsci que necesitamos, nuestro Gramsci. Y si, como decía Vacca en 1971, en el marxismo la forma de la teoría no es escindible de la forma de conciencia y de organización que el movimiento popular y de clase alcanza cada vez a darse, hoy, cuando ha habido un retroceso político del pueblo, “es necesario retroceder junto con él en la sensibilidad a las necesidades y en la propuesta de los remedios [...] recuperar el pueblo que se ha perdido. Y después volver a caminar juntos” (Tronti y Bianchi, 2019, p. 109). Aquí está también *historia y destino* de González y aquí está su Gramsci, sobre todo el de 1971 y 1973, contemporáneo a la experiencia de las Cátedras Nacionales, a *Antropología del Tercer Mundo*, al “Prólogo” a las *Notas sobre Maquiavelo* y a la revista *Envido*, de la izquierda peronista, en la que González tiene una presencia activa.

La lectura de Gramsci propuesta por González es inseparable, insistimos,

de su interpretación revolucionaria del peronismo, que, en un importante escrito aparecido en *Envido*, se jugaba en clara contraposición con la de Germani, de un lado, y la de Murmis y Portantiero, de otro. Dos lecturas contrapuestas que representaban para González dos caras de la misma moneda, que, enlazadas, ofrecían una profunda y estructural liquidación de la autonomía del peronismo y una muestra de sustancial incomprensión del fenómeno. En *Política y sociedad en una época de transición*, Germani presentaba al peronismo como el efecto de un enorme proceso de modernización que desplazaba y ponía en el centro a una nueva clase popular masificada y no integrada: los inmigrantes internos, producto de los procesos de migración interna, privados de conciencia de clase, quienes, desplazándose, no solo caían en aquella situación de anomia y disponibilidad ya descrita por Gramsci en el escrito de 1945 “Anomia y desintegración social”, sino que terminaban por constituir la base del peronismo, que los integraba a la vida nacional; acogiendo a esa masa en disponibilidad, esta nueva e inédita *heterogeneidad social* que los partidos tradicionales, en cambio, no lograban comprender ni mucho menos integrar, le ofrecía libertad y dignidad. Esta es la hipótesis clásica de Germani, que lo lleva a concebir al peronismo como un motor relevante de modernización, o como una auténtica desviación del proceso de la modernidad y de la democracia. Los “maestros sociólogos de cierta juventud”, escribe González,

ya habían asentado que el peronismo es la antesala de la sociedad moderna en la Argentina. Nos entregan un Perón sociólogo que acierta al

formar un Estado de “base amplia”, con amplios recursos para provocar el acatamiento social, y al que habría que corregirle, solamente, sus apelaciones al ejercicio de la autoridad por parte de las clases populares. Así, los peronistas tenemos que ser la prehistoria de alguna cosa (1972, p. 25).

En sus *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, de 1971, Murmis y Portantiero, intelectuales eminentes de la nueva izquierda argentina ligados a *PyP*, asimilaban por su parte la figura de Perón a la de César, conver-

tían al peronismo en un “cesarismo progresista”, concepto más elegante que el de bonapartismo de uso diario, pero fabricado con el mismo material de utilería con que hacen todos sus modelos cientificistas” (González, 1971, p. 19) y que, en fin, pretendía oponerse a la visión de Germani pero que de hecho terminaba por ser apenas su contracara subalterna. En efecto, Murmis y Portantiero critican y refutan sobre todo la distinción de Germani entre vieja y nueva clase obrera porque consideran que el contenido obrero del peronismo viene inclusive de la vieja clase obrera y subrayan el rol desplegado por esa vieja clase con conciencia de clase y de los sindicatos en el surgimiento del peronismo: la mayoría de los antiguos dirigentes sindicales en 1945 (a excepción de los comunistas y socialistas) se acercaron a Perón

**Lo crucial de lo nacional popular del Gramsci del que podemos servirnos radica entonces en su capacidad para desafiar en su propio terreno a los así llamados populismos realmente existentes o bien a esta reacción de clases con base de masas que se está configurando ante nosotros y dentro de nosotros.**

porque su política social respondía a las reivindicaciones insatisfechas durante toda una década de crecimiento sin distribución. Esta es la contraposición que González somete a crítica porque expresa, en rigor, un bloque único, pues su diferencia se disuelve en la medida en que en ambas interpretaciones persiste una fuerte incompreensión del peronismo como fenómeno político.

González entendía que la lectura que la época demandaba de Gramsci debía permitir hallar elementos para una reactualización de la interpretación

Fotografía: Ximena Duhalde.



revolucionaria del peronismo. Porque el problema fundamental de González no es el de equilibrar el lado bueno y el lado malo del peronismo, sino el de aferrar al peronismo como fenómeno revolucionario cuyo objetivo es “realizar el proyecto de socialismo nacional en Argentina fundado en la movilización popular” (1972, p. 28), porque “el socialismo nacional es el proyecto peronista [...] ligado a la movilización política de las clases populares” para “dar respuesta a los problemas fundamentales de la liberación nacional”

(ibídem, p. 39), y es en este proyecto y en la movilización popular sobre la cual este se funda que debe rastrearse su especificidad. El peronismo no es un epifenómeno de las grandes transformaciones de los años treinta, un “efecto estructural de las nuevas condiciones hegemónicas mundiales” (ibídem, p. 34) ni un estadio específico de la modernidad o del pasaje a la modernidad por parte de la sociedad que los europeos definen tradicional o arcaica. Tampoco es un mero “efecto”, porque una vez disueltas las “causas” que se le imputan, el peronismo no se diluye, sobrevive. En suma, para González, el peronismo es un instrumento de liberación nacional, para el cual “Gobernar es Movilizar”:

Gobernar no es hacer miles de obras públicas. La obra pública es la movilización y esta es la clave del que la planifica. Entre plan de gobierno y movilización, hay una relación dialéctica [...] No habrá planificación sin movilización (1973, p. 4).

De esta comprensión del peronismo se deriva la imposibilidad de asimilar la figura de Perón a las de César o Bonaparte y, al mismo tiempo, la necesidad de hacer converger a Perón con el príncipe moderno de Maquiavelo en la versión gramsciana, porque el príncipe moderno tenía como objetivo formar y organizar una voluntad nacional-popular a partir de un pueblo arruinado, y el destino de Perón no podía ser diferente, en el sentido de que el objetivo estratégico de su pensamiento era el de *fundirse* con el pueblo-nación, si bien no con una voluntad amorfa de él. Aquí radica también la centralidad que González otorga al *bloque histórico* para estructurar un

vínculo constitutivo entre Perón y el pueblo, educador y educado, configurando así una unidad democrática, un bloque histórico progresivo: la política del peronismo consiste, escribe González retomando palabras de Perón, en “hacer lo que el pueblo quiere”, eso “implica entonces actividad del pueblo”, y ese es el “humanismo concreto, directo, que el peronismo representa de manera sencilla y profunda” (1971a, p. 36). La fuerza se cifra en la capacidad de “contener al mismo tiempo ‘la condición humana’ y la revolución” (ibídem, p. 27), la conservación (la asunción de la “riqueza” y “multiplicidad de lo existente” y, por lo tanto, “una evidente naturalización de la realidad”) y la revolución, y también la estructural ambigüedad de este nexo (ibídem, p. 27). Y acá, como es evidente, hay una gran diferencia con el modo en el que Mondolfo pensaba la relación Gramsci-Maquiavelo, porque mientras Mondolfo rastreaba en ella un elemento autoritario que estructuraba al “moderno príncipe” (la élite de dirigentes, como hemos visto, que se sustituye y superpone a la masa incoherente y disgregada), González entrevé, en cambio, un fuerte ligamen entre príncipe y pueblo y, por ende, un elemento integralmente democrático.

Los años que van de 1971 a 1973 son años de intenso debate y reflexión en torno a Gramsci y Perón, habitados por el espíritu de relanzar al peronismo como fenómeno político revolucionario porque en Argentina, como decía Cooke, los comunistas somos “*nosotros*, los peronistas”. Sobre este tema y también sobre su *uso* de Gramsci en aquellos años, el mismo González ha vuelto en varias ocasiones expresando más de una

perplejidad sobre aquella conjunción trágica que representaba también una “idea trágica de la política” (Gómez, p. 517); “una relación entre la obra de Gramsci, John W. Cooke y los escritos y la figura política del general Perón” (Trímboli, p. 79) y también un cierto fastidio al recordar esa experiencia: “¡No soy más eso!” (Gómez, p. 515), responde a propósito del prólogo del 71 en una entrevista, si bien subterráneamente sigue pensando que una relación de ese tipo no era tan absurda y que quizás el tema merecería hoy ser discutido y repensado. En efecto, en textos sucesivos la figura del Gramsci nacional-popular retorna y asedia sus contribuciones a *Envido* entre 1971 y 1973. Se trata de un grupo de textos muy heterogéneos, pero con una inspiración común: construir una perspectiva peronista de izquierda capaz de enfrentar tanto al antiperonismo de derecha como a la línea gramsciana de *PyP* para imponer otro *uso* de Gramsci, uno liberado de la servidumbre hacia el eurocentrismo e integralmente enfocado en los problemas de América Latina y de su pueblo. La misma temática reaparecerá en el corazón de la época kirchnerista, en cuyo interior se asiste al retorno, en la perspectiva de González (2011), del Gramsci nacional-popular que él mismo había delineado al inicio de los años setenta. Debatido con Jorge Alemán, en *Página/12*, sobre el “qué hacer” de la izquierda en la época neoliberal del macrismo, González propone una vez más a Gramsci *con* Perón, aun cuando tanto la experiencia de *PyP* como la del peronismo carguen con una pesada derrota, con un auténtico fracaso, que involucra a la historia completa de las relaciones

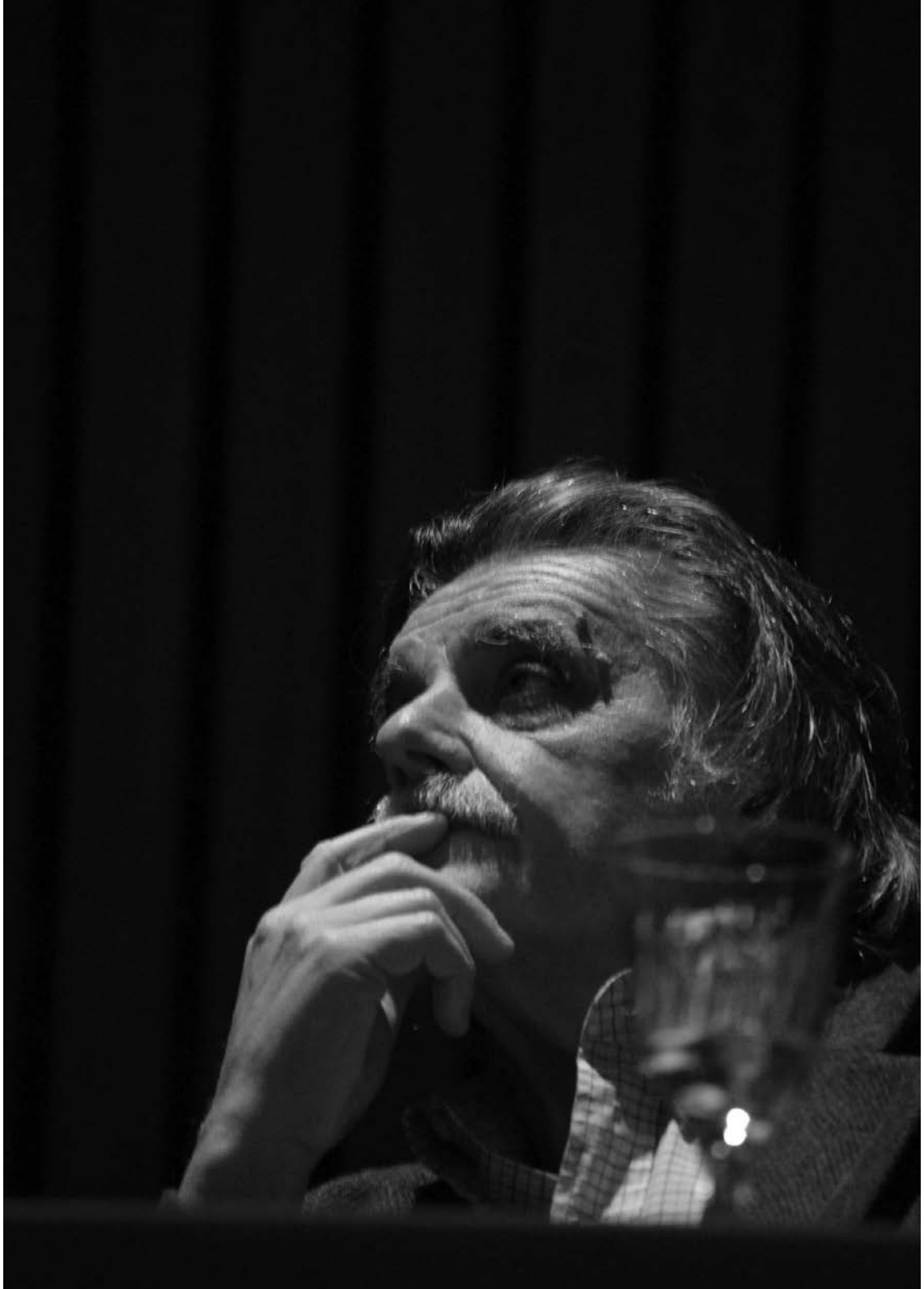


entre izquierda y peronismo. El mismo tema del “Prólogo” se reinscribirá en un horizonte más amplio, entre teología política y crítica de la teología política, entre política y trascendencia, como él mismo dijo en un intenso diálogo con Tronti (2017). Evocando también a Ernesto Laclau, González bregará por una idea de “unidad populista-siempre abierta” para avanzar en una nueva dirección sin renunciar nunca, sin embargo, a lo teológico-político, que se encuentra en los orígenes de su pensamiento y en cuya ausencia, como él subraya, la izquierda se pierde. Esta es la lección gramsciana de González, “nuestro Gramsci”.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Burgos, R., *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Germani, G., “Anomia y desintegración social”, *Boletín del Instituto de Sociología*, nro. 4, 1944.
- , *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1971 [1962].
- Gómez, S., “La recepción y usos de Antonio Gramsci en el nacionalismo popular pedagógico y en la nueva izquierda pedagógica (1959-1976)”, FFyL-UBA, 2015.
- González, H., “Estrategia, ideología, análisis institucional”, *Antropología del Tercer Mundo*, 1970.
- , “Para nosotros, Antonio Gramsci”, en A. Gramsci, *El príncipe moderno. La voluntad nacional-popular*, Buenos Aires, Puntos de Vista, 1971.
- , “Humanismo y estrategia en Juan Perón”, *Envido*, nro. 4, 1971a.
- , “Estado planificador, movilización popular, socialismo nacional”, *Envido*, nro. 5, 1972.
- , “La respuesta peronista a las elecciones-trampa”, *Envido*, nro. 8, 1973.
- , *Kirchnerismo: una controversia cultural*, Buenos Aires, Colihue, 2011.
- , “Política y trascendencia”, en “La anomalía Mario Tronti”, suplemento Lectura Mundi (UNSAM) de *Review*, nro. 15, octubre-noviembre de 2017.
- Gramsci, A., *Il nostro Marx*, Buenos Aires, Gorla, 1819 [2016].
- , *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, México, Era, 1999.
- Murmis, M. y Portantiero J. C., *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971 [2011].
- Rinesi, E., “Epílogo. La historia sin red”, en H. González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2000.
- Trímboli, J., *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- Tronti, M. y Bianchi, A., *Il Popolo perduto*, Roma, Nutrimento, 2019.

Fotografía: Ximena Duhalde.



# Cantar la falta

*Por Pedro Yagüe*

Acerca de los artículos de Horacio González en la revista *Envido* (1972-1973)

La crítica política y cultural suele concentrarse en aquello que se dice, el campo visible de los enunciados, y no en las operaciones mismas del pensar. Es en aquel fondo en el que las palabras emergen y se aglutinan como la práctica misma del ensayo, donde Yagüe encuentra el gesto gonzaliano: la persistencia de un pensar a destiempo, entendiendo el ejercicio de la disidencia no solo como un derecho, sino como un ademán imprescindible para la productividad política. Esta propensión está presente a lo largo de su obra, en los pliegues mismos de una escritura que elude amoldarse a los impedimentos y consensos que cada época ofrece como cierre y conclusión. De sus artículos en la revista *Envido* a sus últimos textos esporádicos e incisivos, hay una ética del pensar que nunca renuncia a los dilemas, aun si el aislamiento funge como acecho, y que siempre busca nutrirse de amistades para componer una voz colectiva, sutil y filosa.

Hay textos que son más que su época. Palabras que llegan y ventilan, ademanes que exhiben un estar ahí diferente. Lenguajes que abren otro tiempo, alejados de las listas blancas de ideas y palabras, del naufragio anímico en el largo diluvio de la opinión. Este espíritu intempestivo es algo que siempre me pareció característico del pensamiento de Horacio González, aunque muchas veces su cadencia elegante, las imágenes a las que recurre, disimulen esa voz de alerta contra la época. ¿De dónde surgía en plena crisis de los noventa el deseo de recuperar lo mejor de la tradición ensayística argentina? ¿Desde dónde llegó la necesidad de pensar la metamorfosis y la dialéctica a partir de la figura de la crisálida, cuando ya se podía intuir lo que meses más tarde pasaría el 19 y 20 de diciembre? ¿Por qué rescatar revistas como *Literal*, *La Rosa Blindada*, o una obra como la de León Rozitchner, ya entrados los 2000, mientras la juventud militante se enamoraba de la *realpolitik*?

Los cuatro artículos que González escribió para la revista *Envido* muestran esta frescura intempestiva a la que me refero: dan cuenta de algo que excede al simple análisis coyuntural, al posicionamiento táctico o al análisis político. Más allá de sus posturas e ideas frente a los acontecimientos argentinos de comienzos de los años setenta, estos artículos revelan una estrategia que se mantendrá constante a lo largo de su obra. Un proyecto teórico-político: la no adhesión al presente. Partir desde la actualidad, es cierto, pero para abrir un espacio por el que introducir lo que, por la exigencia de los tiempos, se calla. La escritura concebida como una práctica capaz de abrir un horizonte de experiencia pensable, de teoría posible.

Fundada a principios de 1960 y dirigida por Arturo Armada, la revista *Envido* publicó diez números en los que desarrolló una perspectiva peronista y de izquierda, dotada de un fuerte componente teórico y generacional. El proyecto no era ajeno al clima abierto por las Cátedras Nacionales de la carrera de Sociología en la UBA. Se trataba de recrear una concepción de la transformación social a partir de categorías que emergieran de la historia argentina; se trataba de volver sobre la experiencia nacional al calor de la nueva izquierda que, Revolución cubana mediante, crecía en el continente. Sobre el fondo de este problema se encontraba la teoría de la dependencia, clave para los jóvenes de *Envido* a la hora de tematizar la singularidad histórica de la situación argentina.

González dio un primer paso en esta revista con el artículo “Humanismo y estrategia en Juan Perón”, en el que esbozaba una tesis que curiosamente encuentra resonancias con los planteos que Rozitchner había delineado hacía apenas unos años: no se puede pensar a fondo sin revisar de manera crítica las categorías con las que se piensa. ¿Cómo se vinculan las nociones de técnica, humanismo y estrategia?, se preguntaba González. ¿Cómo pensar economía y política sin caer en la tentadora trampa de las categorías burguesas? ¿Con qué palabras era necesario problematizar al peronismo durante aquellos años 71, 72, hasta ese esperado invierno del 73? “Una frase justificaba todo”, recordaría José Pablo Feinmann sobre este primer artículo de González en *Envido*: “el hombre es el centro de la política”, escribió Horacio cuando la destrucción del humanismo estaba de moda”.

González nunca fue un escritor de época, lo cual también se advierte en el segundo texto que publicó en la revista. Allí el problema teórico y político se intensifica a partir del diagnóstico de su momento histórico. A comienzos de la década del setenta, González advertía un clima intelectual atestado de figuras esterilizadas que anesthesiaban el potencial revolucionario del peronismo: la caricatura historiográfica del pasado, la obsesión sociológica por la historia sindical, el lenguaje político reducido al economismo. Contra esta parálisis en la ima-

**Introduzco una hipótesis que, aunque no sea original, me ayuda a reflexionar sobre el temperamento de estos textos: desde los artículos tempranos de *Envido* hasta los últimos de su vida, el cookismo fue una de las grandes constantes de la obra de González, de su modo singular de intervenir en la escena pública argentina.**

**¿Pero qué significó ese misterioso apellido irlandés para él? El significante Cooke nombra, en la ensayística de González, una fisura o, mejor dicho, la posibilidad de una fisura. Pero no de cualquier manera, sino como un modo de intervenir directamente en el cálculo efectivo de las fuerzas.**

punto, cada escrito de González en esta revista hubiera profundizado el problema abierto por el anterior. Este trabajo, titulado “Gorilas, integracionistas y lanusardos. Reflexiones a

propósito de la Maldición peronista y de la Revolución peronista”, resaltaba el hecho de que, si algo hubo y hay de revolucionario en el movimiento iniciado por Perón, es su carácter maldito. Carácter que resulta inescindible de una concepción viva, desbordante, creativa de la movilización popular. Maldito, como escribiría casi treinta años más tarde en *Restos pampeanos*, es una sentencia que lleva implícitos “un programa, una ética y una filosofía de la historia”. González dirigió en este artículo una fuerte crítica hacia el desarrollismo. En el fondo, se trataba de una insistencia, de la voluntad de no abandonar los problemas abiertos por la tradición humanista que, como señalara Feinmann, se encontraban opacados por las nuevas modas y sus estructuras. Era necesario preguntarse por el lugar del sujeto en el proceso de transformación social para no quedar capturados por las pasiones ciegas del industrialismo.

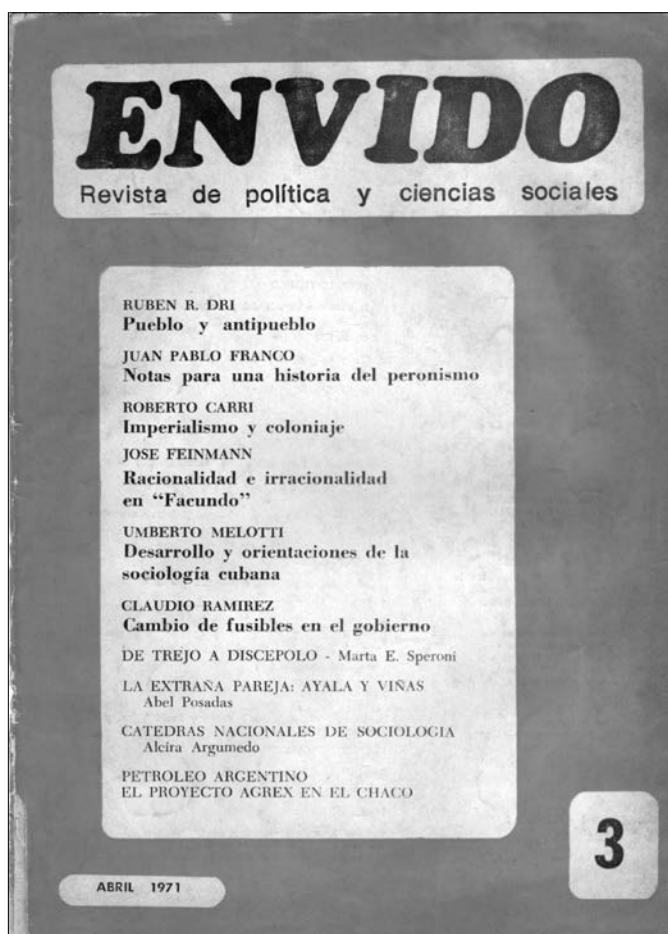
En su cuarto y último artículo publicado en la revista *Envido*, allá por marzo del 63, González se preguntaba por la relación entre el movimiento peronista y las elecciones, interrogando esta cuestión desde lo que nombra al comienzo del texto como “la conciencia profunda, el inconsciente de nuestro movimiento”. La ficción “democratista” de la democracia liberal era concebida por él como un modo de domesticar el carácter maldito de la voluntad y la movilización del pueblo argentino. En el fondo, esta pregunta —que volverá a aparecer con los años— no dejaba de ser una reflexión sobre el orden y la naturaleza del poder. “Gobernar es movilizar”, sostenía, alejándose de cualquier concepción burocrática, liberal y electoralista.

Los cuatro artículos que González escribió para *Envido* fueron tramados bajo la sombra fresca del pensamiento de John William Cooke, quien había muerto apenas dos años antes de la aparición de la revista. Introduzco una hipótesis que, aunque no sea original, me ayuda a reflexionar sobre el temperamento de estos textos: desde los artículos tempranos de *Envido* hasta los últimos de su vida, el cookismo fue una de las grandes constantes de la obra de González, de su modo singular de intervenir en la escena pública argentina. ¿Pero qué significó ese misterioso apellido irlandés para él? El significativo Cooke nombra, en la ensayística de González, una fisura o, mejor dicho, la posibilidad de una fisura. Pero no de cualquier manera, sino como un modo de intervenir directamente en el cálculo efectivo de las fuerzas.

“Cooke es un intelectual de exilios, vive desestatizado y sin lengua específica”, puede leerse en una de las muchas bellas líneas de *Restos pampeanos*. Según González, el Bebe creía reconocer en el mito peronista una potencialidad, unos ciertos itinerarios vitales que solo podrían ser abiertos desde el plebeyismo de la movilización popular. No era alguien que aceptara sin miramientos la idea jerárquica y sumisa de la conducción. Se trataba de un peronismo diferente. Según Cooke, la imaginación política, siempre fundamental en la lucha de clases, permanece obsoleta si lo que alguna vez fue movilización y ruptura se transforma en burocracia y jerarquía. De lo que se trata es de poner sobre la escena “el vacío y el punto nodal de todas las fuerzas en tensión”, sentencia que alguna vez le permitió a González emparentar estas

ideas del Bebe con la literatura de Osvaldo Lamborghini.

No acatar, hacerse crisis, agitar, intervenir. Si González fue cookista es porque reconocía la necesidad de no postergar las discusiones políticas, de no tapar la crítica con el posibilismo de siempre, aquel para el que nunca está dada la correlación de fuerzas. El pragmatismo calculante, con su presunción de rigor y objetividad, posterga la elaboración de zonas fundamentales para la vida. Pospone la política, en el sentido profundo de la palabra: la creación de estrategias, la consolidación de prácticas comunes que nos permitan vivir mejor. ¿Por qué no rendirse ante la postergación? Porque,



para González, la crítica política no es otra cosa que una constante reflexión sobre el modo en que se puede aumentar la fuerza colectiva de la que se participa. Postergar, en política, es postergarse. No hay almabellismo ni juego a la derecha en la insistencia de la crítica interna. Todo lo contrario.

Esa voluntad de escaparle a la época para pensar lo que la adhesión al presente no permite volverá a aparecer con fuerza en los últimos artículos y entrevistas de González. Esa misma frescura de comienzos de los años setenta, esa irreverencia sutil de sus artículos de *Envido*, se harán presentes en la arena pública junto al ocaso del gobierno de Macri. Cuando en los albores de

la fugaz primavera albertista, González señalaba la necesidad de incorporar una valoración positiva de la militancia de los setenta, una reflexión real sobre la violencia política, alejada de las condenas moralistas y de los relatos caricaturales, ¿no estaba pidiendo abrir lo que la época cerraba?

¿No estaba ofreciendo un campo de complejidad que pudiera mostrar nuevas posibilidades políticas? ¿No estaba desplegando una mirada que fuera más allá de ese amor desmedido por los cargos, la pertenencia y el prestigio? Se le pidió silencio en tiempos de elecciones. ¿Pero quién gana cuando se calla? ¿Quién pierde cuando la crítica interna se posterga?

En una entrevista para la Agencia Paco Urondo a finales de 2019, González decía:

Abandonar las ideas de Cooke sería abandonar el peronismo. Sería cegar, cortar e inhabilitar el peronismo mismo. Quienes lo hacen, porque temen ciertas palabras o porque dicen que la época ya pasó o este no es el momento, desconocen que siempre hay un momento que atraviesa todos los momentos. Siempre hay un tiempo genérico que atraviesa todos los tiempos. Quien no lo entienda así no está en condiciones de hacer una política más profunda, llamándose como se llame.

¿No resuena en esta advertencia un eco semejante al de la revista *Envido*? Ya entrado el 2021, y algo distante de *Página/12* —entonces y ahora propiedad de Víctor Santa María—, González encuentra en *La Tecl@ Eñe* el espacio donde publicar un puñado de artículos marcados por un estruendoso componente cookista. (Santa María, aclaremos al pasar: uno de los principales garantes de los consensos económicos y políticos de la actual coyuntura). Desde *La Tecl@ Eñe*, González hacía retumbar su voz disonante, por ejemplo, con respecto a la nueva política exterior del gobierno de los Fernández contra Venezuela o denunciando el lugar que ocupa el Poder Judicial en el entramado oscuro de la política argentina. Entre esos artículos, y como otro eco de una misma generación, aparecía el sentido recuerdo a Alcira Argumedo, la evocación de las Cátedras Nacionales, la opción por el peronismo, la pregunta por el sentido de la ciencia social.

**No acatar, hacerse crisis, agitar, intervenir. Si González fue cookista es porque reconocía la necesidad de no postergar las discusiones políticas, de no tapar la crítica con el posibilismo de siempre, aquel para el que nunca está dada la correlación de fuerzas. El pragmatismo calculante, con su presunción de rigor y objetividad, posterga la elaboración de zonas fundamentales para la vida.**

“Llorar para adentro”, escribe González en su último artículo publicado. Ahí plantea el nudo problemático que para la política se abre entre la convicción y la conveniencia. “¿Cómo se resuelve? Arriesgo cómo”, nos dice, y agrega:

Siempre habrá una fisura entre la convicción y la conveniencia. Ese territorio ambiguo, esa tierra de nadie de la política, debe ser el motivo fundamental de la reflexión, precisamente política. En esta época de lágrimas que brotan, es necesario situarse en el punto de reflexión activa y acción reflexiva más hondo, para refutar tanta trapacería.

“Llorar pa’ dentro, reír pa’ fuera”, tal como toma Horacio de los versos de

Doña Ubenza. Mirar la época, morder los labios y dejar que el dolor se convierta en algo más.

De las tantas operaciones que González ha volcado en su escritura, esta podría ser una de las principales: escribir para volver sobre aquello que la época cierra, para pensar lo que todavía no supimos movilizar, para poner las fuerzas reales en permanente tensión. Ese es uno de los núcleos temperamentales de su pensamiento, tal vez el principal. Núcleo que su amigo Rozitchner podría haber nombrado de la siguiente manera: escribir contra el terror. Sin esa insistencia, me pregunto, sin ese coraje, ¿qué sentido tendría todo esto?



ESCRITOS PAULISTAS

# Horacio González y la idea del desarrollo

*Por Ricardo Aronskind*

*Acerca de O que é subdesenvolvimento*  
(San Pablo, Editora Brasiliense, 1981)

El problema del desarrollo y de su opuesto necesario, el subdesarrollo, sobre el que las ciencias sociales latinoamericanas habían protagonizado algunos de los grandes debates de los dorados años sesenta, es el tema de uno de los seis libritos “brasileños” de Horacio González, que considera en estas páginas Ricardo Aronskind. El economista muestra la manera en que González criticaba el carácter dualista y simplificador de las teorías con las que la sociología más académica, más “científica”, había planteado el problema, y pondera su vocación por integrar a esta consideración menesterosa una comprensión más amplia del gran legado del marxismo, un fuerte conocimiento de las tesis más interesantes de las teorías de la dependencia, una apelación a comparar las experiencias de los pueblos del sur oprimido del planeta y un recurso más desprejuiciado del mundo de las ideas y de las letras.

En esta obra, Horacio González encaró el desafío intelectual de pensar a qué nudo temático apunta la idea de “subdesarrollo”, de situarla en la historia de las ideas latinoamericanas, dilucidar el sentido de las polémicas que se desarrollaron en torno a ella y explorar la fertilidad de futuros abordajes del tema.

Tanto sobre las diversas y multifacéticas experiencias históricas de desarrollo como sobre los extraordinarios debates que acompañaron la difusión y la declinación de esa noción se podrían escribir miles de páginas. Sin embargo, González no pretendió dar cuenta de toda esa cuestión monumental, sino que se focalizó en los tópicos que le parecían más relevantes, a partir de su particular visión del mundo, de la sociedad y de las ideas.

Le tocaba analizar este tema cuando ya la economía mundial entraba en la etapa globalizadora y el impulso desarrollista latinoamericano se mostraba debilitado tanto en el tipo de políticas públicas que se implementaban en la región —con la excepción de ciertas instituciones que aún corporizaban ese espíritu languideciente— como en el terreno de las ideas, ya que diversas variantes liberales y neoliberales ganaban presencia en las elites y sectores de la opinión pública latinoamericana, desvaneciendo paulatinamente ese histórico proyecto regional.

Hoy nos resulta claro que la época del desarrollismo latinoamericano estaba pasando, que ni en Brasil ni en Argentina se usaba el término con convicción y que otros vientos ideológicos y culturales empezaban a soplar en el continente. Nuestra región había entrado por el camino inverso al del espíritu ambicioso y expansivo que caracterizó al desarrollismo: se aceptaba el

endeudamiento externo que conducía a la dependencia de organismos internacionales cuya ideología respondía a los intereses de los países centrales, se promovía la adopción de políticas públicas alineadas con el Consenso de Washington que atacaban el tejido industrial laboriosamente conseguido durante décadas y se legitimaba el vuelco ideológico de las elites empresarias hacia posturas neoliberales de integración a un orden global que no manejaban, objetivamente hostil al progreso de la región.

Lejos de un espíritu de exhaustividad enciclopedista, González conversa con una serie de autores muy diversos, con interpretaciones históricas y con debates clave que le permiten transmitir el tipo de recorte temático que propone. No se priva, para ello, de encontrar abundantes nexos con la literatura —Kipling, Conrad, Rulfo, Carpentier, Guimarães Rosa—, que a lo largo de continentes y épocas reflejó el choque militar, económico, cultural, entre el mundo “civilizado” y las colonias y semicolonias de la periferia capitalista mundial. Es en esa búsqueda ecléctica, poco ortodoxa, pero guiada por una fina intuición política y cultural, donde el autor nos ofrece sus más estimulantes pistas sobre “qué es el subdesarrollo”.

### **Las limitaciones conceptuales del desarrollismo**

No sorprende que González califique al concepto de subdesarrollo como anacrónico, impreciso, vago, etéreo, esquivo, abierto, difuso. Ve sus dificultades y limitaciones para dar cuenta de la realidad. Pregunta, como sociólogo crítico, ¿dónde está la estructura

económico-social si solo se observan los problemas de comercio internacional de la región? ¿Cuándo se incorporan las clases sociales al análisis del problema? ¿Cómo se expresa la relación capital-trabajo?

Señala rápidamente los problemas de las tesis estructuralistas, desde una mirada que se apoya en algunos postulados de la economía política marxista: para analizar los problemas del capitalismo se deben estudiar las cuestiones vinculadas a la producción, no a la circulación. Hoy matizaríamos esta aseveración, pues si la producción es determinante en la creación de valor y su distribución originaria, también en el proceso de circulación se verifican fenómenos relevantes para entender la apropiación de la riqueza.

González percibe como imposible el intento de entender el “subdesarrollo” sin revisar los procesos de colonización, de implantación imperialista del capitalismo en las sociedades antiguas: es en la historia donde se vuelven inteligibles los procesos de vinculación entre poblaciones completamente diferentes que dieron lugar a nuestras sociedades.

Ve al subdesarrollo como un tema abierto, que se escapa de los rigores analíticos de los economistas. Es en la expansión europea, el “choque entre historias, culturas, organización de la economía, [donde] debe estudiarse la economía del subdesarrollo”. Y remarca una tesis típica del dependientismo: fue el ascenso del capitalismo —y su expansión mundial— el que generó tanto el desarrollo como el subdesarrollo. Hay una íntima unidad de ambas situaciones. Y de allí se deriva una familia de palabras que intentan describir un mismo problema, pero que encierran matices significativos: atraso, no crecimiento, pobreza, subdesarrollo.

Recuerda González como una etapa de oro del debate desarrollista de los años sesenta la propuesta norteamericana de la Alianza para el Progreso, el surgimiento de elites modernizadoras y las características específicas de los lenguajes públicos de aquella época, que —dice— tendían a omitir la responsabilidad histórica del capitalismo clásico en la configuración del fenómeno del subdesarrollo.

En la competencia estratégica con el modelo de sociedad que proponía la Unión Soviética, la academia norteamericana había jugado un papel destacado en proporcionar a sus políticos y diplomáticos teorías y líneas de política exterior que promovían a comienzos de los años sesenta, en América Latina, algunas formas de mejoría para alejar a las sociedades de la “tentación comunista”. El desarrollismo creyó encontrar allí un espacio abierto para promover un desarrollo autónomo, que a lo largo de las décadas siguientes se reveló cada vez más difícil de sostener.

### **El marxismo, las fuerzas productivas y el subdesarrollo**

González nos muestra otra familia de palabras, provenientes tanto del marxismo como de otras lecturas críticas de la expansión del capitalismo —fase monopolista del capitalismo, imperialismo colonialista, desarrollo desigual y combinado, periferia satelizada, dependencia asociada, nueva dependencia—, que encierran análisis alternativos y constituyen formas no desarrollistas de nombrar el proceso de constitución de sociedades “subdesarrolladas”.

González vuelve a Marx para enfrentarlo con sus miradas contradictorias

sobre el impacto de la expansión mundial de los países europeos imperialistas: si los países avanzados serían “el espejo” de aquellos en los que introducen las técnicas de producción capitalistas, o si escribe sobre la “doble misión” de Inglaterra en la India, que destruye las formas tradicionales de vida pero introduce “en forma innoble y abyecta” la modernidad capitalista, en otros textos, en cambio, Marx visualiza que la penetración violenta por medio de aventureros, explotadores y soldados coloniales podía originar una cultura del subdesarrollo e impedir un despliegue de acumulación similar al observado en las naciones del norte europeo.

Serían pensadores rusos, como Elisabeth Dmitrieff, quienes le harían ver a Marx la innecesariedad de introducir el capitalismo en determinadas formaciones económico-sociales para llegar a estadios sociales más avanzados. González rememora también la mirada más severa de Rosa Luxemburgo, quien descreía de que la brutal expansión del capitalismo a nivel global, causante de catástrofes, guerras y revoluciones, fuera a generar el desarrollo industrial de los pueblos periféricos. Y visita los textos de Lenin sobre el imperialismo, para mostrar cómo ese líder revolucionario veía al imperialismo de las naciones ricas como factor de creación de dependencia, y al capitalismo también como una empresa bélica. Finalmente, Gramsci es traído lateralmente al debate marxista a través de sus valiosos apuntes sobre “la cuestión meridional” y la relación económica, sociológica y política que el sur “atrasado” mantenía con el norte de Italia, que determinaban la peculiaridad de la formación social italiana.

¿La historia avanzará “por el lado malo” —como sostenía Hegel— y cruelmente se desarrollarán las fuerzas productivas en la periferia, o todo será pillaje y rapiña de los países coloniales, que hipotecarán precisamente la posibilidad de un despliegue de los países tardíamente incorporados al capitalismo en expansión? El estado del capitalismo periférico en el siglo XXI permite verificar cómo la historia contestó esas preguntas.

### **La teoría de la dependencia**

Según el autor, la teoría de la dependencia se ajustó mejor que la ideología desarrollista a las tradiciones antiimperialistas de América Latina. Para esa teoría el imperialismo no era un ente externo, sino un componente estructural de la sociedad dependiente, cuyas relaciones sociales estaban “diseñadas” a partir de él. Así, los procesos económicos, las clases sociales, los comportamientos y las formas culturales se derivaban de esa relación fundamental con el centro imperial, que organizaba la vida interna de la sociedad periférica. González afirma que es difícil entender la constitución inicial de este vínculo sin tomar en cuenta las formas de coacción y violencia y la forma en que se incorporaron los territorios periféricos al sistema capitalista mundial.

Varios siglos después, la industrialización que se estaba verificando en nuestra región a comienzos de los años sesenta reflejaba simplemente que el capital monopolista de los países centrales necesitaba asentarse en los países dependientes para aprovechar su mercado interno. Dicho sea de paso (y esto González no podía preverlo al momento de escribir el texto), el cambio de “reglas

de juego” ocurrido a partir de la globalización, con la reducción dramática de las barreras arancelarias y el proteccionismo periférico, eliminó la necesidad de esas corporaciones multinacionales de asentarse productivamente en determinadas regiones periféricas para acceder a sus mercados internos.

González revisa algunos pensadores e instituciones que protagonizaron el debate sobre el desarrollo y la dependencia en los años sesenta y setenta: André Gunder Frank, Fernando H. Cardoso, Rajnar Nurkse, Walt W. Rostow, Arghiri Emmanuel, Francisco Weffort y la propia CEPAL, mostrando los énfasis que ponían en determinados aspectos parciales del problema y las formas de denominación que usaban, algo en lo que siempre González puso especial atención, convencido de que en cada palabra latía la clave de una interpretación específica del mundo.

González no cree en las teorías de sesgo fuertemente tecnocrático, o que circunscriben el problema del atraso y la miseria a cuestiones comerciales, o tratan de capturarlo con algunos índices económicos, o de medirlo con tasas que establecen grados de pobreza o porcentajes de industrialización. Rechaza así el reduccionismo economicista que encuentra, por ejemplo, en Gunder Frank, uno de los teóricos más radicales de la dependencia.

Tampoco idealiza este último concepto, más político y multifacético. Advierte sobre una concepción que puede desembocar en un planteo que señale una mera confrontación “entre naciones”. Se pregunta “¿dónde están las clases sociales?”, enfatizando en una dimensión insoslayable para cualquier análisis económico y político.

## La Historia, la gran maestra

González vuelve reiteradamente a la historia como clave de las explicaciones específicas de las diferentes evoluciones de las situaciones coloniales y semicoloniales, y a la gran literatura (Jorge Icaza, Gabriel García Márquez, Manuel Scorza) como fuente de transmisión de climas de época, enraizados en los lazos de fuerte asimetría que han vinculado a nuestras naciones con los países que fueron imperios y se volvieron centros de un sistema capitalista mundial crecientemente integrado.

González pone su lupa sobre las diferentes formas en las que nace la relación subordinada en distintas regiones de la periferia, todas en función de la acumulación de capital en los centros, y los distintos mecanismos productivos, comerciales, logísticos y tecnológicos en los que se asienta la explotación de los recursos naturales y la mano de obra barata que provee la periferia a la gigantesca máquina de acumulación dirigida desde el norte. En ese sentido ve la internacionalización del aparato productivo: no se confunde, ni olvida la asimetría fundamental que asocia a regiones tan disímiles del planeta.

También aborda la teoría de la división internacional del trabajo formulada por David Ricardo, de enorme importancia geoestratégica, que fue incorporada después por el pensamiento económico neoclásico y toda la ortodoxia económica hasta hoy, y transformada en la Biblia de los organismos multilaterales que regulan la economía global. Para ello usa las herramientas del pensamiento sociológico, partiendo de la base de que la naturaleza y la sociedad son cosas diferentes, con lógicas diferentes, y que por lo tanto las características territoriales y geográficas de los

países no explican ni permiten comprender las diferencias de poder entre las sociedades. González destruye la supuesta “ley” de las ventajas comparativas, según la cual a los países les convendría especializarse en la producción de ciertos bienes determinados por su dotación de recursos, al señalar que las llamadas riquezas naturales están, en realidad, socialmente determinadas.

También se ocupa de la entonces famosa e influyente Trilateral Commission, creada en 1973, en la que se reunían poderosas figuras del capitalismo global, que fue precursora de las teorías que plantean la necesidad de detener el crecimiento económico global, en un mundo “interdependiente”, para no poner en riesgo la viabilidad de la biósfera. En el camino hacia esas políticas “protectoras” que recomiendan el organismo, dice González, quedaría cristalizada la condición de dependencia y atraso de las periferias.

### Contra la visión de la CEPAL

Fernando H. Cardoso es citado para discutir las posiciones cepalinas del momento, muy centradas en el problema del “deterioro de los términos del intercambio” y en las presiones de los países industrializados sobre las reglas del comercio internacional. El sociólogo brasileño había sido muy agudo al señalar las limitaciones de la visión cepalina: para pensar las asimetrías centro-periferia no había que mirar solo el comercio internacional, sino las relaciones sociales de producción, lo que permitía observar cómo las burguesías de los países centrales se apropiaban de parte del excedente de los países periféricos, cómo el capital extranjero explotaba trabajo local merced a la debilidad

de las burguesías periféricas, y qué obstáculos se planteaban a las decisiones políticas autónomas de la periferia.

El análisis del poder entre las clases sociales ahora involucraba tanto a las correlaciones existentes en los países dependientes como a las que se establecían entre las burguesías locales e internacionales. González parece sentirse a sus anchas en la crítica al pensamiento dualista que atribuye a la CEPAL, y en general al marco teórico que estaba detrás de las corrientes desarrollistas latinoamericanas.

El pensamiento dualista se caracterizaba por oponer modelos ideales antitéticos: moderno vs. tradicional, desarrollado vs. arcaico, agrario vs. industrial, comunitario vs. empresarial, conductas patriarcales vs. conductas racionales. González ve en estas antinomias una raíz iluminista/positivista que rechaza en nombre de una visión dialéctica: todos estos aspectos no se contraponen, sino que están integrados en el sistema capitalista, especialmente en la periferia. El subdesarrollo y sus expresiones económicas, sociales y culturales no son anomalías del sistema, sino sus productos necesarios.

**Lejos de un espíritu de exhaustividad enciclopedista, González conversa con una serie de autores muy diversos, con interpretaciones históricas y con debates clave que le permiten transmitir el tipo de recorte temático que propone. No se priva, para ello, de encontrar abundantes nexos con la literatura —Kipling, Conrad, Rulfo, Carpentier, Guimaráes Rosa—, que a lo largo de continentes y épocas reflejó el choque militar, económico, cultural, entre el mundo “civilizado” y las colonias y semicolonias de la periferia capitalista mundial. Es en esa búsqueda ecléctica, poco ortodoxa, pero guiada por una fina intuición política y cultural, donde el autor nos ofrece sus más estimulantes pistas sobre “qué es el subdesarrollo”.**

También Celso Furtado, protagonista de la etapa más fértil del desarrollo brasileño —la previa al golpe militar de 1964— es para González una fuente de argumentos atendibles. Según Furtado, las estructuras híbridas que caracterizan a la periferia, mezcla de viejas y nuevas formas productivas, son el efecto de la expansión del capitalismo central hacia todos los rincones del planeta. Si los sectores privados que surgían en el contexto de la expansión del capitalismo central en la periferia estaban moldeados por ese proceso y “adaptados” a la situación de atraso y dependencia, Furtado entendía que el Estado debía jugar un papel decisivo en el planeamiento nacional para modificar esa particular hibridez que mostraba el subdesarrollo latinoamericano. Nuevamente González embestía contra las teorías más difundidas del desarrollo: las consideraba ingenuas, poco dialécticas, mecánicas y banales. Seguramente también hubiera dicho: economicistas.

### **África y América Latina: dos mundos, dos visiones**

Para darle más amplitud a la mirada sobre el subdesarrollo, González compara dos regiones cuyos vínculos intelectuales no suelen ser considerados: África y América Latina. En diálogo con las reflexiones del revolucionario africano Amílcar Cabral, héroe de la independencia de Guinea-Bisáu y Cabo Verde en 1973, González piensa en las diferencias significativas entre la experiencia africana y la latinoamericana en cuanto a sus relaciones con las potencias centrales.

González remarca las profundas diferencias culturales que separan al continente africano de sus colonizadores

europeos y el carácter de su rebeldía político-cultural frente a opresores a los que no perciben superiores a su propia cultura, salvo en sus capacidades militares. Distinta parecía ser la reivindicación de América Latina, sustentada a partir de la postración económico-social, que se vinculaba a las relaciones económicas injustas y asimétricas respecto a las principales economías capitalistas. “La CEPAL sería ininteligible en África”, apunta González, ya que la superación del atraso se fundía con la voluntad anticolonialista.

En América Latina la expansión del capitalismo proveniente de los centros encontró menos resistencias de los núcleos culturales, fuertemente influidos por la población europea trasplantada, que había dejado solo vestigios de las culturas precapitalistas previas a la colonización. El autor observa que las diferencias sociales, en nuestra región, se superponen con líneas de fractura culturales. En África, en cambio, el colonialismo “no pudo fundar una sociedad”, porque había dos: una oprimida y otra dominante, separadas por contraposiciones culturales.

Si en los sesenta y setenta América Latina, en base a su trayectoria industrial precedente, podía soñar con un horizonte de desarrollo al estilo de los países centrales, no parecía ser ese el horizonte africano, donde, al decir de Franz Fanon, las burguesías nacientes no confiaban siquiera en su propio régimen poscolonial.

### **El lugar de las ideas**

González avanza luego sobre uno de sus temas predilectos: el lugar de las ideas en esta particular configuración económico-social latinoamericana. Y con el

sociólogo brasileño Roberto Schwartz trabaja el concepto de “ideas fuera de lugar”: en el subdesarrollo se da el fenómeno de interpenetración entre sociedades con distintas edades históricas, produciendo formalizaciones ideológicas que parecen fuera del tiempo. El surgimiento del liberalismo en Brasil, por ejemplo, convive con el esclavismo, en un mismo tiempo y lugar.

Las “ideas fuera de lugar” en el subdesarrollo —concepto tan estimulante para la indagación sociológica, entonces y ahora— serían las ideas surgidas en otras realidades extemporáneas y traídas (y aplicadas) a realidades disímiles. González es concluyente: es el subdesarrollo cultural. Y sugiere que esa situación explicaría la “mistificación desarrollista”: la expectativa de superar las “tardanzas” productivas en relación con el avanzado capitalismo central. La expectativa desarrollista, que ya estaba en franco retroceso, era la de poder emprender una marcha cerrada rumbo a la que se consideraba la forma más acabada de organización social: las sociedades capitalistas avanzadas.

González, nuevamente, toma posición frente a estas ideas: el dualismo —la base teórica del desarrollismo latinoamericano— era una distorsión de la situación real del subdesarrollo regional y un obstáculo para pensar la configuración de la sociedad latinoamericana. Si bien el desarrollismo parecía nombrar una realidad no deseable en el capitalismo, una situación a superar, al mismo tiempo creaba un marco cultural en el que “incesantemente se producen conciencias e ideologías fuera de lugar”.

En el último tramo del texto, González entra en diálogo con el mejor Cardoso y su método “histórico-estructural” para

abordar el problema del subdesarrollo y la dependencia. La teoría de la dependencia no sería estrictamente una teoría, sino una combinación entre una explica-

ción clasista y una basada en procesos nacionales para abordar la realidad del subdesarrollo latinoamericano.

Un pensamiento “que trabaja sin dogmatismos cabalgando entre ideas antagónicas de los medios académicos y políticos”. González encuentra atractivo el estudio que encara Cardoso de cómo se forman y desenvuelven las propuestas ideológicas en una sociedad determinada, porque ve allí maneras de superar las limitaciones del pensamiento imperante en ese momento.

Su propuesta de convertir el estudio sobre el subdesarrollo en una reflexión “sobre las formas en que la conciencia social reconoce y supera los puntos y momentos gordianos a los que está sometida” recurre a la inspiración del pensamiento latinoamericano no académico. En la literatura, en las voces populares, en la mirada penetrante de los grandes pensadores de América Latina estarían las claves para comprender y, tal vez, poder modificar las características de nuestra región y su lugar en el mundo.

**Las “ideas fuera de lugar” en el subdesarrollo —concepto tan estimulante para la indagación sociológica, entonces y ahora— serían las ideas surgidas en otras realidades extemporáneas y traídas (y aplicadas) a realidades disímiles.**

**González es concluyente: es el subdesarrollo cultural.**

**Y sugiere que esa situación explicaría la “mistificación desarrollista”: la expectativa de superar las “tardanzas”**

**productivas en relación con el avanzado capitalismo central.**

**La expectativa desarrollista, que ya estaba en franco retroceso, era la de poder emprender una marcha cerrada rumbo a la que se consideraba la forma más acabada de organización social: las sociedades capitalistas avanzadas.**



ESCRITOS PAULISTAS

## Problemas y galerías

*Por Juan Laxagueborde*

Acerca de *O que são intelectuais*  
(San Pablo, Editora Brasiliense, 1981)

A Horacio González le interesaba el problema de la vida intelectual. No el del intelectual —escribe aquí Juan Laxagueborde—, no el del “rol del intelectual” en la sociedad, ni el del “campo” intelectual, ni los de ninguna de las formas y figuras con las que la “sociología de los intelectuales” se las ha arreglado para achatar lo que la vida intelectual (que es un tipo de vida rara, como lo son todas, y frágil, como lo son la mayoría) tiene de misterio, aventura y drama. El ensayo que se publica en estas páginas revisa las maneras en las que González pensó este problema de la vida intelectual a lo largo de toda su obra, empezando por la visita a una imaginaria galería de arte que nos propone en uno de los seis libritos “brasileños” que escribió durante los años en los que vivió en San Pablo y, viniendo hacia nuestro propio tiempo, a través de otros ensayos y de otros libros que, de mil modos distintos, no dejaron de dar vueltas sobre el mismo asunto. Al fin —dice Laxagueborde— dar vueltas es lo propio de la vida intelectual.

Horacio González prefería decir problemas intelectuales, se resistía a hablar de “intelectuales”. No le importaba tanto el rol como lo que se trataba de comprender. Uno de sus libros publicados durante el exilio en San Pablo se titula *Qué son los intelectuales*. Podríamos decir que ese fue uno de los temas a los que volvía. En sus textos, pero también en sus clases, en sus experiencias militantes y en su trabajo cotidiano. Es que todo eso, superpuesto bajo la vida diaria, constituía su manera de entender lo intelectual. Un escenario de problemas en el que no había profesionales, sino cuestiones de índole intelectual que eran estudiadas, atravesadas o criticadas por una persona, por una existencia rara, como todas las existencias lo eran para él. Le interesaba la tradición del intelectual que se pregunta a sí mismo, que expresa sus fisuras, que trabaja con las paradojas y los entrecuchos entre posturas de sí; el que sabe que la vida política siempre es deficiente y la vida intelectual, también. Por eso hay política y por eso hay intelectuales.

El libro tiene en la tapa una cabeza mirando al costado. Donde debería estar una oreja hay un cuadrado en el que se proyecta la misma foto que, a su vez, tiene otro agujero donde se proyecta la misma foto y así. La imagen va decreciendo y forma un infinito hacia adentro. Tiene algo de *trompe-l'œil*, una técnica que en pintura permite dar la sensación de algo tridimensional, saliendo de la imagen o entrando en ella. No sé cuál habrá sido la intención de la editorial al elegir esta imagen de portada. Imagino dos: que la imagen metaforice la cuestión intelectual como un problema que da vueltas en la cabeza, caracoleando hacia otra cosa más profunda, en una línea orgánica,

o que signifique todo lo contrario: que de una pequeña imagen, al fondo de todo, vaya apareciendo con nitidez otra más, más precisa, y después otra un poco más grande, y luego otra, y así siguiendo. Que se parezca a la llegada de un objeto que se nos viene encima o a la anunciación de una verdad que cuando se pone frente a nosotros nos trasciende y sigue su curso. El autor, el tema y el lector del libro serían intelectuales por el hecho de permanecer frente al movimiento de lo que les interesa o de lo que pasa y hacerlo con curiosidad. ¿Lo raro, lo que se viene o se fue, lo que no se puede parar, qué sería? Se me ocurre que González nunca dejó de pensar en esto.

Solía usar las nociones de “eco” o “reflejo” para decir lo que intento contar ahora: que la materia de cualquier conocimiento no solo es un poco ajena a nosotros, opaca, escurridiza, sino que cualquier cosa que se intenta pensar hay que pensarla sabiendo que se tiene una parte de lo que hay y que lo otro pasa. Como una corriente, como una velocidad vuelta cosa, como un fantasma ansioso o lento, pero que en algún momento se va sin avisar y sin saber cuándo va a volver.

González empieza con una alternativa a estas derivaciones sobre la tapa. Nos invita a “entrar a la galería”.<sup>1</sup> Así se titula la introducción del libro, donde traza un recorrido hacia los costados, un camino de espectador de arte que ve imágenes en paredes. Cada cuadro es una forma intelectual y el libro son siete capítulos, siete cuadros, siete maneras probables de la vida intelectual. Como si colgara las obras para empezar a pensar, para empezar por algún lado. Para enfrentarse a una imagen (un conjunto de memorias y expresiones variables) sabiendo

que los podría haber colgado de otra manera o que podría haber pintado otros cuadros. Nos cuenta que no hay guía ni catálogo y se alegra de que eso nos permita “soltar nuestra imaginación”. Hay ahí un primer punto a tener en cuenta, la forma pedagógica de González, su capacidad de proponer imágenes a los lectores, oyentes y estudiantes. Él propone la estructura ensayística de las imágenes, los arquetipos de intelectuales, pero en el medio está todo lo demás y al final estamos los lectores, que pudimos “hacernos” una imagen gracias a ese esquema sensible que bocetó. Esa es una actitud intelectual generosa desde el comienzo.

González elige empezar por el intelectual “maldito”. Nos dice que elige comenzar por ahí porque es una “inquietud que nos mantendrá despiertos para lo que viene después. Es como poner un cuadro de Max Ernst antes de un Modigliani”. La tónica del capítulo la pone el problema de la mala fe a través de Sartre. Es la pregunta por la percepción alterada, maldita, de la realidad. La relación aventurera entre el intelectual y la sociedad en la que vive: “una relación tanto más fructífera cuanto mayor es el desencuentro”. Pasan por el cuadro Euclides Da Cunha, Rimbaud, Dostoievski, Nelson Rodrigues, y cobra un protagonismo hermoso en los párrafos finales Simone Weil, que es para González una demostración plena de la relación práctica entre pensamiento y ejemplo personal: cómo ponerse en el centro de los pesares y dolores del mundo.

Lo que viene después es la pregunta por el intelectual “precursor”, el que logra pensar sobre bases conceptuales nuevas. El precursor se espanta del mundo como el maldito, pero, a diferencia

de este, logra que su malestar “conduzca a una insurgencia que no estaba socialmente prevista y que influye en las conductas de miles de personas”. González pone la idea de precursor al lado de la de “práctica”, no hay vida intelectual sin esa práctica y sin la capacidad de ver las cosas con una “inocencia” que posibilite desobedecer a la historia. Todo envuelto por el abrazo vital de Nietzsche.

Los protagonistas del tercer cuadro son Marx y Lenin: intelectuales “revolucionarios”, que nos presenta como “al lado” del intelectual precursor, como una variedad o una dialéctica de este, “como Goya lo fue de El Greco”. A diferencia de los precursores, los revolucionarios disuelven a su paso “lo intelectual”, su obra y estilo, su capacidad de serlo. El revolucionario rechaza y llega a un “estadio superior” de conciencia con respecto al precursor.

Inmediatamente aparece en la exposición/libro el cuarto cuadro o capítulo, el del intelectual “populista”, muy cercano al antiintelectualismo o la posición de quienes, a través de esta actitud, “expiaban culpas elitistas”.

González se encarga en los cuadros siguientes del intelectual “cosmopolita” y del “orgánico”, dispuestos a la par en una pared que se impone como una de las principales, y deja ver la figura de Gramsci entre un conjunto de saberes hechos forma y de nombres como los de Oswald de Andrade, Gilberto Freyre, Antonio Cândido o Glauber Rocha. Es el momento donde aparece más claramente un pensamiento sobre las tradiciones culturales brasileñas y sus hechos políticos, reflexiones que se fueron complejizando y ampliando en su obra a lo largo de las décadas. Lo cosmopolita, para González, siempre está encarnado

en un contexto nacional de conflictos sociales concretos. El intelectual orgánico es aquel que puede pensarse dentro de un movimiento social y político, en medio de un proyecto de hegemonía cultural, palabra que años después propondría correr del centro del gramscismo, ponderando más el concepto de catarsis. Me parece muy linda la idea con la que termina el cuadro, pensando a Gramsci como protagonista de un “pensamiento que florece en situaciones de máxima hostilidad, expropiados los lazos con la realidad exterior”. Este es un modelo de intelectual que le interesa particularmente, porque expresa que el pensamiento no está afuera de las contingencias personales sino que es en medio de circunstancias de contingencia o tragedia personal donde se piensa siempre. No solo valora esto en el italiano o en Simone Weil, sino en otros que no aparecen en el libro, como John William Cooke, Ezequiel Martínez Estrada o Hannah Arendt.

La exposición se cierra con el séptimo cuadro, el que figura los rasgos del intelectual “del círculo de poder”. Aquel que desde una posición pragmática (institucional, estatal, muchas veces dadora de prestigio) piensa los resultados, el rol práctico. En el centro de este debate, González pone a Maquiavelo y a André Malraux. Si lo pensamos bien, este cuadro es la forma contraria a la del “maldito”, el punto donde la muestra empieza de nuevo o nos abre a reconsiderar el recorrido por la galería.

Al menos el autor se queda pensando. Titula al epílogo “A la salida de la exposición persiste la pregunta: ¿qué son los intelectuales?”. Una exposición es para González una hipótesis general para empezar a conversar y

es también un riesgo. De esa dificultad para pensar la condición de intelectual sale la idea de que esta “es la acción social más frágil, precisamente porque no puede evitar transmitir sus contradicciones”. ¿Cuáles son esas contradicciones? La culpa por escaparle a las creencias colectivas generales, la actitud profética, la aniquilación inminente del yo, el riesgo revolucionario, según el caso. Pero en definitiva el intelectual es la demostración de que las contradicciones individuales siempre son también las contradicciones sociales en las que se vive. Es como si la palabra intelectual fuese el continente de una serie de problemas existenciales (dramas, solía decir González) que son parte de los contrapuntos de la política. Lo que posibilita pensar otra vida pero también su límite, quizá incluso el obstáculo para que esa vida sea totalmente otra. Ahora que lo pienso quizás esa forma incompleta del modelo de vida justa solo pueda ser completada por alguna de las definiciones que González hizo de “mito”, que deben ser cientos. Alguna cercana a una idea suya que hago mía. La de que el mito es lo que posibilita hacer algo cuando no hay todo, cuando no se comprende todo. Lo que permite completar las

**González elige empezar por el intelectual “maldito”. Nos dice que elige comenzar por ahí porque es una “inquietud que nos mantendrá despiertos para lo que viene después. [...] Pasan por el cuadro Euclides Da Cunha, Rimbaud, Dostoievski, Nelson Rodrigues, y cobra un protagonismo hermoso en los párrafos finales Simone Weil, que es para González una demostración plena de la relación práctica entre pensamiento y ejemplo personal: cómo ponerse en el centro de los pesares y dolores del mundo.**

intenciones, pero nunca las acciones, que nunca se realizan del todo, que hacen que la rueda siga girando, que justifican vivir.

Toda historia intelectual es imposible para González, por eso defiende su arbitrariedad para armar paseos probables por categorías hospitalarias (u hostiles) que permitan conversar mejor, que fomenten matices y demuestren la dificultad de tratar las ideas como cosas. Establece esas siete categorías para quebrarlas y dejar ver “las dudas que ofrecen”. Sabe y dice que la vida intelectual se resiste a una compartimentación así, pero prefiere trabajar con palabras “implantadas en el lenguaje de la época”.

Una idea central de este libro, que sobrevuela toda la tarea crítica de González, es aquella que establece que

**Toda historia intelectual es imposible para González, por eso defiende su arbitrariedad para armar paseos probables por categorías hospitalarias (u hostiles) que permitan conversar mejor, que fomenten matices y demuestren la dificultad de tratar las ideas como cosas. Establece esas siete categorías para quebrarlas y dejar ver “las dudas que ofrecen”. Sabe y dice que la vida intelectual se resiste a una compartimentación así, pero prefiere trabajar con palabras “implantadas en el lenguaje de la época”.**

lo más interesante de las categorías son las zonas fronterizas en las que una se prende a la otra y se confunden. Los momentos donde los rótulos se desgranar. González ejerce la crítica en medio de ese proceso y apunta lo que parece caer, lo que tiende al olvido, con una capacidad única para ser arriesgado y preciso en el mismo movi-

miento. Lo que logra es que lo que estaba de frente esté también de costado y viceversa. Nos enseñó a pensar en medio de las facetas para no

caer en la mirada integral, en el prototipo de discurso intelectual que se afirma como tramitando expedientes de conclusiones.

En *Qué son los intelectuales* propone pensar las ideas como pinturas, como espacios donde la forma en que se ve y el carácter del que ve, del que interpreta, son tan importantes como la materia y las formas de lo que está colgado, pendiente, a la espera del tiempo y sus conflictos, que se renuevan cada vez. Que no progresan, que sedimentan en palabras, acciones colectivas y casualidades históricas. En la primera página dice:

nos tomamos la libertad de no hacer una “historia de los intelectuales”. Sartre aparecerá antes que Maquiavelo, tal como si un barroco apareciese antes que un renacentista. Además, en cada cuadro, el visitante de la galería reconocerá, quizá, elementos de los cuadros vecinos. Pero no debemos molestarnos por eso, de la misma manera en que debemos estar preparados para reconocer trazos de Matisse en Picasso o de Giotto en Degas.

Hay en este llamado una invitación a interpretar ensayísticamente la historia y homologarla a la historia del arte, algo que González había hecho antes y seguirá haciendo para adelante, siempre.

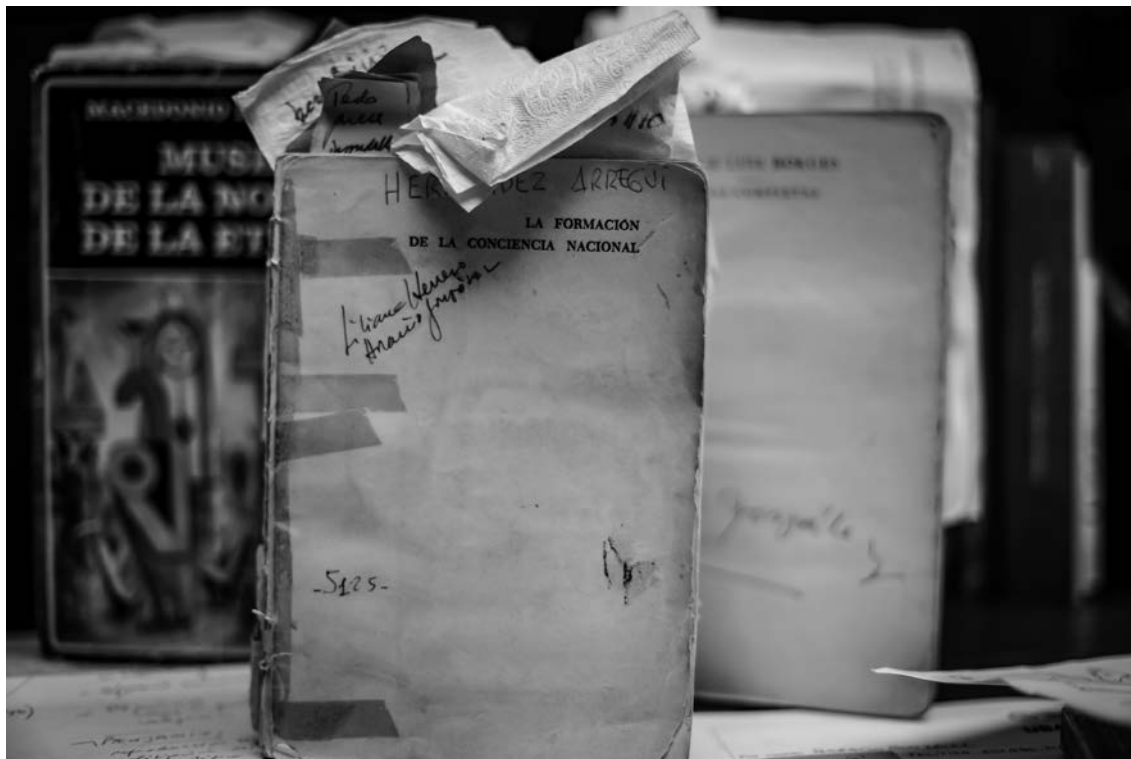
Años después, dijo que la sociología tenía “una gran historia en un lugar donde no hay un gran saber”. La gran historia es la del movimiento y el conflicto intelectual sin parar, porque lo que no para es el conflicto sin más. El gran saber que no se tiene evidencia que los problemas intelectuales de la vida y de la política son

la gran historia, el gran saber que sí se tiene. Sabía que la sociología es algo más en medio del saber y en el libro desconfía explícitamente de una “sociología de los intelectuales”. Los años ochenta, que empezaban cuando se publicó el libro, fueron los años en los que muchas características del mundo intelectual parecían transformarse hacia una reapertura a lo democrático del discurso y de la crítica, y a una institucionalización de las ideas. Para entonces, muchos estudiaban a Bourdieu y querían “ordenar” las ideas para afrontar la tragedia política que habían sufrido como parte de una generación. Festejaban que la noción de “campo intelectual” se escribiese en los diarios como algo natural. Tenían la vocación de “mediar” no entiendo bien entre quiénes y asumían roles que muchas veces ritualizaban. González también sufrió esa tragedia política y también la asumía, renovando lecturas y prácticas teóricas. Pero había descreído desde el vamos del propósito prestidigitador de la sociología. A la vez, había entendido que no había forma de afrontar esa tragedia sin el mismísimo concepto de tragedia como lugar donde pensar las peripecias del yo y la catarsis como momento del conocimiento.

Me interesa pensar *Qué son los intelectuales* al lado de un texto muy posterior. Los separan más de treinta años, pero los une el problema a tratar y el *cómo* tratarlo. Hablo de “Mitos intelectuales y mundo de vida”.<sup>2</sup> Un ensayo extenso, lleno de rincones y derivas geniales, aparecido en esta misma revista, en el año 2014. González se propone hacer algo parecido a lo que hizo en aquel libro, pero esta vez con los intelectuales argentinos, de Mariano Moreno a Piglia,

pasando por Ramos Mejía, Borges o Masotta, entre tantísimos. Para ello hace una crítica exhaustiva a la historia conceptual y a la historia de las ideas. No solo para discutir con ellas, sino para proponer una “construcción mítica” de la cuestión intelectual nacional, que abreva en los debates latinoamericanos, como el pensamiento de la *imago* en Lezama Lima, y en los universales, ya sean el simbolismo, la fenomenología, el estructuralismo o el marxismo; algo parecido hace en *Traducciones malditas*,<sup>3</sup> libro que a mi juicio refrenda más que ningún otro el método tan propio de González.

Todo se hila y relaciona. Porque si ese método es maldito, así lo es también Rimbaud, un intelectual maldito, parte de la galería de *Qué son los intelectuales*. Es sorprendente cómo González, en el ensayo de 2014, vuelve a recuperar a Rimbaud como en 1981, en este caso para vindicar su método, el “método Rimbaud”. Un método que anuncia lo recolectado de un montón de planos, superponiendo ingenuamente el tiempo: “una investigación histórica que viera a la temporalidad como una acumulación de conocimientos vulgares heredados y la formación de un gusto aristocrático que se alimenta secretamente de divinas necedades”. Sabemos que González no era aristocrático, pero sabemos que le interesaba la tarea levistrausiana del pensar salvaje con retazos de todo tipo. Sabemos también que perseguía la tensión entre lo popular y lo raro, entre lo público y lo sutil, entre lo secreto y lo transparente, seis características que dejó asentadas en el discurso el día que asumió en la Biblioteca Nacional,<sup>4</sup> pero



Biblioteca personal de Horacio González. Fotografía: Ximena Talento.

que podrían proyectarse en todas sus variantes, en toda su trayectoria de problematizador intelectual.

Pero no se trata de ver solamente las constantes en la obra de González, que por cierto son constantes abiertas, que le permiten giros inesperados, miradas de soslayo, salteos, anacronismos, aceleraciones, obsesiones, junturas de nombres que a nadie se le hubiera ocurrido igualar, reivindicaciones, traslados de un tema al otro que repentinamente los integran... La lista sería larguísima. Lo que decía es que más allá de lo que perdura en la obra, está también lo que cambia, el pensamiento del intelectual como alguien que se transforma, que cambia, que se compone de partes de su propia vida muchas veces reticentes entre sí.

Llega un momento del ensayo sobre mitos intelectuales donde González

dice algo que me gustaría resaltar: “el intelectual converso es sin más el intelectual”. Llama la atención cómo esa idea de intelectual, siempre acompañada de una característica típica, hace ahora a la totalidad del problema de lo intelectual. Como si el octavo cuadro, o el plano general de todos los cuadros a la vez, los que había presentado en 1981, se organizaran bajo la idea de converso. No se trata de decir que el converso es un tipo de intelectual. Todo intelectual es converso. Todo intelectual lo sería para poder convertirse en otro. Que algo se convierta es que se dé vuelta, pero también un intelectual es el que da vueltas, el que le da vueltas a un problema. El intelectual lo es para ser de otra manera, para darse vuelta, sea esto una manera de llamar al matiz o al antagonismo. Es que toda acción transformadora

del sujeto entraría en la idea de conversión. González escribe un panorama mítico de la saga intelectual, para ubicar las conversiones en medio de “lo inhallable” en los textos. Eso que no se encuentra es el “mundo de vida”, concepto acuñado por Husserl que le sirve a Horacio para pensar todo lo que opera como estructura invisible, como plafón imaginario y real de una vida intelectual, la verdadera historia de los conceptos que se mantiene siempre “en los inquietos huecos de nuestra infraconciencia”. El intelectual sería el que se convierte sin saber del todo por qué y dónde, porque justamente se convierte para poder comprender algo.

Me parece que muchísimos textos de González defienden formalmente la idea implícita de que casi todos los problemas pueden tratarse como pinturas montadas sin solución de continuidad, como conceptos perfectibles e incompletos que nos permiten pensar y hacer, como dimensiones que elegimos, como maneras de empezar por algún lado hasta concluir parcialmente su tratamiento, porque algo nos dice que no vamos a llegar. Eso “también” nos lo enseñó González, que justamente escribió un ensayo indispensable, por lo que trata y por el modo de tratarlo,

llamado “Fotocopias anilladas”,<sup>5</sup> donde estudia “el infortunio intelectual” de tres autores a los que siempre volvía. Quiero rescatar dos cuestiones a partir de este ensayo. Por un lado, reivindicar esos grandes bloques de fotocopias anilladas que comprábamos sus estudiantes en el local El Apunte sobre la calle Marcelo T. de Alvear. En mi caso no me daba cuenta, pero estaba comprando un método, la materialidad de una forma de pensar, la situación compaginada de un plan de lecturas que González nos convidaba para que mantuviéramos abierto. Por el otro, citar esta frase: “Una época es, pues, la libertad intelectual para invertir el signo de sus mismos vocablos centrales y no necesariamente la atmósfera cultural común que impregna todos esos vocablos”. Me parece una definición en movimiento, que prepara el terreno para aceptar e interpretar cualquier sentido que se nos presente. Aceptar no tanto como la acción del que no hace nada, sino como la del que se sabe condicionado. Dentro de las condiciones hay una hermosa: el diálogo para siempre con los amigos y con los maestros. La condición intelectual como diálogo general sobre todas las cosas en el tiempo todo entero.

#### NOTAS

1. Todas las frases citadas de *O que são intelectuais*, libro que González escribió en portugués, provienen de la traducción que hicimos junto a Alix Cobelo.
2. “Mitos intelectuales y mundo de vida”, publicado en la revista *La Biblioteca*, Ediciones Biblioteca Nacional, 2014.
3. *Traducciones malditas*, Buenos Aires, Colihue, 2017.
4. “Y la nave va”, discurso de asunción como subdirector de la Biblioteca Nacional en 2004. Publicado en el diario *Página/12* y en *La palabra encarnada*, Buenos Aires, Clacso, 2021. [Nota de los editores: una transcripción de este discurso puede leerse en el presente número especial de *La Biblioteca*].
5. “Fotocopias anilladas (John William Cooke, Oscar Masotta y Scalabrini Ortiz: una investigación sobre el infortunio intelectual)”. Publicado por primera vez en 1998, en el libro *La nación subrepticia*, e incluido en *La palabra encarnada*, óp. cit.



ESCRITOS PAULISTAS

## Meditações brasileiras

Por Cecilia Abdo Ferez

Acerca de *A Comuna de Paris*.  
*Os assaltantes do céu* (San Pablo, Editora  
Brasiliense, 1981)

Historias que se cruzan, hilos tejidos en la urdimbre de la política. El exilio de Horacio González, los libros escritos allí. Entre ellos, *Os assaltantes do céu*, sobre la Comuna de París. Cecilia Abdo Ferez se detiene en la dedicatoria y en ese hilo sigue la primera amistad con Jorge Rulli y la tardía polémica que los enfrentó alrededor del tema del kirchnerismo y de lo que esa experiencia política revelaba —con signos distintos para uno y otro— respecto del peronismo. Ese hilo se cruza con el de la Comuna y sus lecturas, pero también con el más largo y persistente que lleva el nombre de Marx. La cuestión es, siempre, la de la emancipación o, para decirlo en el lenguaje de ese libro, la de la revolución. Que comienza, escribe Horacio, “con la conquista de una frase”. Vastas reflexiones le dedicaría a este tema —el de la conquista de un lenguaje propicio para la praxis— y largos estudios a la consideración de la Comuna de París. Por ello se puede leer este pequeño libro como anticipo y condensación, en el vaivén entre lenguas, traducciones y destierros.

Los tres libros que componen la traducción argentina, realizada por Eduardo Rinesi, de *Los asaltantes del cielo*<sup>1</sup> —el homónimo; *Karl Marx, recolector de señales* y *Camus. El libertinaje del sol*— fueron publicados originalmente en Brasil, entre 1981 y 1984, por la Editora Brasiliense. Horacio González estaba allí exilado y agregó un prólogo a la edición de 2006, con nostalgia y modestia. Allí, dice que los libros en cuestión son “menores” y que fueron escritos “bajo la necesidad”. Que tiene frente a Brasil la “vergüenza del retirante”, del que apenas balbuceaba en portugués, y que sintió la acogida de la ciudad. De esa ciudad, San Pablo, “que è como o mundo todo”.<sup>2</sup> En el prefacio, Horacio y Gabriel Cohn dan de ella indicaciones geográficas precisas, que permiten imaginar la vida posible en aquellos años: Vila Buarque, un barrio aristocrático que es sitio de la “escuela libre” en la que Horacio daba clases; la Rua Barão de Itapetininga, en el centro; el cruce de Rebouças y Consolação, cerca de la Estação Paulista del metro; el Viaduto do Chá. E imágenes: ir a una de las manifestaciones por las “Direitas Já” con la bandera argentina, enviar a los estudiantes a caminar la ciudad para aprender a hacer sociología —en lo que Cohn llama “el Método Leopold Bloom”—, beber en los butecos de las esquinas. El tono de nostalgia —vale aclarar— se debe todo al 2006, no a los ochenta brasileños. En los ochenta brasileños, Horacio escribe estos libros (sobre todo el de la Comuna de París, sobre el que ahondaré aquí) como labrando una posición frente a la violencia y la historia —los dos temas centrales del libro y, quizá, de toda su vida—. Esa posición es de apertura, de expectativa y, hasta diría, de optimismo. Todo el optimismo que

se podría leer en González, claro: nada de petardos ni fuegos artificiales, sino el cuidado de una experiencia fugaz, la de la Comuna, en la que “todo lo que estaba contenido en el subsuelo de la sociedad se hace visible”.

Pero es muy rápido pensar que porque aparece esa referencia de “subsuelo”, tan de Scalabrini Ortiz, habría que ubicar la lectura gonzaliana de la Comuna como un prisma a través del cual pensar otra vez el peronismo. La Comuna es más que ese prisma, porque involucra el cruce de los subsuelos de varias patrias —la francesa, la argentina, la brasilera— con las muchas ideologías y prácticas de las izquierdas que se dieron cita allí. La Comuna es matriz, dicho en presente. Es acervo transfronterizo. La Comuna está abierta y es constante objeto del pensar de Horacio (en cursos para la televisión de la Universidad Nacional de General Sarmiento: “Las armas y las letras”; en el último curso, dictado por Zoom, para la librería Caburé, en 2021; en el tema de las últimas jornadas que organizara, unos meses atrás, en plena pandemia).

1981, cuando se publicó el libro, no es un año menor. Brasil se encontraba en los primeros tiempos de lo que se conocería como “la apertura democrática”: una crisis de dominación del régimen militar que se explicitaría en la Ley de Amnistía de 1979, del presidente Figueredo (el último de la dictadura, iniciada en 1964), y que culminaría con la elección en 1985 de Tancredo Neves (muerto antes de asumir) y de José Sarney, y con la nueva Constitución de 1988. El PT se había fundado un año antes, el 10 de febrero de 1980, en una reunión de delegados sindicales del país en el coqueto barrio paulista de Higienópolis, vecino a Vila

Buarque. Según Ronald Chilcote, fueron años de fuerte intervención de intelectuales progresistas y de resurgimiento de las editoriales, con nuevos nombres abordando temas recurrentes de la izquierda local, como el nacionalismo, el desarrollismo, los movimientos sociales y una revisión de la democracia como posibilidad política.<sup>3</sup> La Editora Brasiliense, fundada en 1943 por Caio Prado Jr. y Monteiro Lobato, publicó solo en ese año títulos como *O*

*qué è revolução*, de Florestán Fernandes; *Pesquisa participante*, de Carlos Rodrigues Brandão (con un artículo de Paulo Freire, que había publicado dos años antes *Pedagogía del oprimido*) y los inicios de la *Revista de Economia Política*, editada por Luiz Carlos Bresser-Pereira, en la que escribieron Eduardo Suplicy, Guido Mantega, Francisco de Oliveira y Maria da Conceição Tavares, entre otros.

Horacio publicó en esa misma editorial, en 1981, *O que são intelectuais* y, un año después, *O que è subdesenvolvimento*. Son libros cortos, baratos, de introducción a una materia, de pedagogía para una sociedad que está buscando un camino político emancipatorio: en general tienen una lista de bibliografía que el autor recomienda leer, “para profundizar”, y la escritura es clara, sin jerga

académica. Tienen en la tapa el logo de un caballo de Troya, fabricado de madera, que parece de juguete. En el libro *Os assaltantes do céu* se suma además una breve referencia del autor: “Ex professor da Universidade de Buenos Aires e da Escola de Sociologia e Política de São Paulo”.

### A violência e a democracia

1981 tampoco es un año menor para Jorge Rulli, a quien Horacio dedica el libro con estas palabras: “Para Jorge Rulli, ‘blanquista’ das lutas sociais argentinas”. En 1981, Rulli era liberado del Penal 9 de La Plata, después de cinco años de confinamiento y torturas, y sale de la Argentina, exilado a Suecia. Decirle blanquista en el libro expresa una abierta simpatía, porque esa es, en mi lectura, la posición más cercana a Horacio en el texto. Horacio está cerca de los blanquistas, tanto más que de Blanqui. Con Rulli tendría, luego, dos intercambios públicos, al menos: uno en la revista *El Ojo Mochó*, en 1993, durante el menemismo; otro, en 2018, en un ida y vuelta triste de cartas abiertas, como parte de la discusión sobre la historia del peronismo, a través del kirchnerismo.

En 1993, en la entrevista-charla que realizaran Eduardo Rinesi y Horacio, a Rulli se lo llama parte de una sociología narodniki, en alusión a los populistas rusos que habrían impulsado el socialismo agrario, libertario y antiestatalista. La nota lleva el título de “Por sus hijos los conocerás” y alude a una respuesta de Rulli que ponía el foco sobre un problema central y persistente: la hilazón entre peronismo y desarrollo capitalista. Dice Rulli:

**En los ochenta brasileros, Horacio escribe estos libros (sobre todo el de la Comuna de París, sobre el que ahondaré aquí) como labrando una posición frente a la violencia y la historia —los dos temas centrales del libro y, quizá, de toda su vida—. Esa posición es de apertura, de expectativa y, hasta diría, de optimismo. Todo el optimismo que se podría leer en González, claro: nada de petardos ni fuegos artificiales, sino el cuidado de una experiencia fugaz, la de la Comuna, en la que “todo lo que estaba contenido en el subsuelo de la sociedad se hace visible”.**

el trabajo rural te enseña que la pureza de los animales se ve por sus descendientes. Vos podés comprar un reproductor hermoso, pero no sabés los genes, los fenotipos, te parece hermoso por sus características, pero no sabés qué otros caracteres mantiene, que van a resurgir recién en sus hijos o en sus nietos. Con el peronismo yo veo eso, que lo que se puede criticar de nuestro peronismo de otros años es sus consecuencias: el menemismo, el arraigado concepto de urbanización que tienen los argentinos, de que el progreso pasa por el asfalto, las cloacas y el agua corriente, por ejemplo. Estas ideas creo que las sembró el peronismo en buena medida [...] La confusión entre empleo y trabajo [...] es muy difícil de modificar.<sup>4</sup>

Para Rulli, el peronismo no solo habría estado desde el vamos implicado en una concepción de desarrollo objetable, la que sostiene que progreso es “asfalto, cloacas y agua corriente”, sino que habría sido su más decidido propagador entre las mentes populares argentinas. Algo con el peronismo estaba mal, desde el inicio. Por eso, Rulli apostaba a otras formas de vida comunitaria y adjudicaba a la pobreza una riqueza: la de la disponibilidad de tiempo.

La discusión retorna, pero con resentimiento y unilateralidad, en las cartas que le enviara Rulli a Horacio, en 2018, en ocasión de la causa judicial por “los cuadernos” que entregara un chofer del Ministerio de Obras Públicas del gobierno de Cristina Kirchner, Oscar Centeno, al juez Bonadío. Rulli le recuerda a Horacio en una carta pública, levantada por el portal *Infobae*, que alguna vez le dedicó un libro y que compartían una moral.<sup>5</sup> Es hablado, así: el kirchnerismo sería la

misma “banda” que desoyó a Perón, que asesinó a Rucci y que vendría por la “sojización” de la Argentina y la conformación de una masa de pobres obedientes y acólitos. Lo dice él, “ejemplo de militancia peronista”, como lo llama Horacio, figura central en la resistencia del 55. Horacio sería para Rulli un engranaje de esas guirnaldas que son los saberes, que adornan el yugo de los poderes, para citar a Rousseau. González responde en *El Cohete a la Luna*, de Horacio Verbitsky. Lo llama con una vuelta de tuerca a la saga blanquista-*narodnik*: Rulli pasa a ser “el anacoreta perdido”, símbolo de la pureza moral y motivo de alegría para el oído de las derechas informáticas argentinas.

Pero antes de este derrotero amargo, el blanquismo como elogio. Los blanquistas aparecen en el texto de 1981 como una de las líneas más fuertes de la Comuna: son descriptos como un “socialismo ético”, una “voluntad igualitarista”, un “*ethos* insurreccional”, un “humanismo radical”. Son una política de la acción, de la conspiración, de la “violencia iluminada”, que sustenta la autonomía de la ciudad y que sostenía algunas diferencias muy claras con el marxismo (absolutamente menor en la Comuna): el agrupamiento político central era urbano, no sindical, como para los proudhonianos, y la figura central era el ciudadano armado y no la clase obrera. Son, si se quiere, los más políticos entre los grupos actuantes: no creen en la astucia de la razón con la que Marx está leyendo la derrota de la Comuna ni creen en la comuna de productores que desbancará gradual y naturalmente al Estado, como los proudhonianos. Sostienen la acción política, la

rabia organizada y saben de un drama interno, en la lectura de González: saben que el poder corrompe y que, a la vez, se lo necesita para transformar lo existente. Los blanquistas son también la acción, más allá del liderazgo, más allá de Blanqui, que permanece fuera de la escena: son la comprobación de que se actúa con su fantasma como conductor más que con su conducción efectiva.

Pero los blanquistas son, sobre todo, la posibilidad de hablar de un término muy presente en esos años brasileños y muy ausente en los argentinos: la democracia. La palabra democracia aparece literalmente en la contratapa del libro editado en San Pablo, que

bosqueja su tema: llama a la Comuna “uma das mais importantes experiências da democracia”. No parece escrita por González y no es lo que se estila, en estos casos. Pero sí aparece, literalmente, en el cuerpo del texto. Aparece para aludir a las elecciones municipales en las que se embarca la Comuna y que son criticadas, porque dan al ejército de Versalles el tiempo suficiente de rearmarse. Aparece también para aludir al programa de “la democracia del pueblo en armas”, que involucraba la “sustitución de los ejércitos permanentes, república universal, funcionarios de la administración pública elegidos y revocables en todos los niveles del poder y milicias de ciudadanos”. Tal era el programa de la Comuna.<sup>6</sup> Es esta última parte, la de las milicias ciudadanas, la que es descrita por Horacio como su “esencia”. Una esencia que surge en prácticas anteriores a la misma proclamación de la Comuna: el llamado a que “los hombres de trabajo, los productores directos” vengán a formar parte del Comité Central de la Guardia Nacional, que es el cuerpo que centraliza las milicias urbanas y que era elegido por votación directa. A qué se le está llamando democracia, entonces: al ejercicio y al control popular de la violencia armada, que es una violencia defensiva, restringida a los límites de la ciudad, con votación directa de sus cargos superiores. A la elección, al ejercicio distributivo y la revocación de los cargos burocráticos. A un gobierno popular y de iguales de la ciudad, con una búsqueda de una nueva simbología arquitectónica y de ensayos de una economía de subsistencia masivas. Se le está llamando democracia, en fin, a una forma política de iguales, ensayística, con varios grupos



y conglomerados de ideas y de tiempos superpuestos de esas ideas, que pone fuerte acento en que productores y trabajadores se representen a sí mismos y que conformen la defensa armada de la ciudad. “La Comuna estaba en la conciencia política popular. Las prácticas políticas ya existían. Faltaba la reunión de ambas”, escribe Horacio: eso fue la Comuna, un encuentro entre formas de la conciencia popular y prácticas políticas democráticas que ya se venían dando, pero en paralelas, y su actualización tumultuosa en la ciudad faro del momento.

La democracia aparece entonces ligada a la violencia, no como su otro excluyente. Es un tipo de violencia limitada, defensiva, no burocratizada, artesanal, ejercida por el mismo pueblo y no en su contra. Hay un ejercicio controlado y popular de la violencia defensiva, que impide que la violencia se autonomice o se focalice en un cuerpo profesional. Hay, a su vez, una democracia de un pueblo en armas, que impide que la democracia sea elecciones formales y la delegación del ejercicio de gobierno. Ambos conceptos, violencia y democracia, están enlazados por vía de un tercero: el pueblo organizado como milicias, la ciudad ensayando un gobierno de sí. Estos no son los sentidos de democracia, impensable en la dictadura argentina. Pero tampoco será así que se entenderá la democracia, en la transición posterior.<sup>7</sup>

### **Os historiadores: como narrar una historia**

El texto de 1981 es también la toma de posición sobre cómo narrar una historia: sobre todo, la historia de una derrota popular. Esa indagación sobre

el método tiene la forma, en el texto, de una distancia y hasta de una confrontación con otros historiadores: con Thiers, con Marx, con Nietzsche, con Lissagaray.<sup>8</sup>

El primero a citar es Adolphe Thiers, presidente provisional de la Tercera República francesa, varias veces ministro durante el imperio y el mayor ingeniero de la represión de la Comuna y del tiempo preciso de su concreción. En Thiers se produce algo fascinante: la posibilidad de cambiar, hacia el pasado, la historia de un país, sobre la cual escribió. Thiers había publicado una Historia de la Revolución de 1789 y luego varios tomos de una Historia del Imperio. Tenía frente a él esos mismos actores (jacobinos, hebertistas, communards), descritos con minuciosidad y desprecio, de frente en el campo de batalla: los conocía bien, los sentía avatares de lo anterior y podía destruirlos. Lo que hay en Thiers es una fusión entre historia textual e intervención militar, o una invocación al presente de los enemigos que había construido como personajes de la historia, en sus propios libros. Un exceso de la posición de autor, diríamos. Su posición bifronte, entre la realidad y la ficción, entre el pasado y el presente, lo torna un personaje investido con los poderes de la escritura.<sup>9</sup>

El segundo a citar es Marx. Abundan en el texto las críticas a Marx. Ellas van desde la sorna —“recado para el barbudo escritor de Londres”— hasta una objeción política de primer orden —Marx había aconsejado el abstencionismo político y que la clase obrera “aproveche las libertades para organizarse”, a lo que Horacio responde: “La Comuna solo podía hacerse ignorando ese consejo”—. Pero el problema de González con Marx es cómo

enfrentarse a una experiencia así: Marx aparece en el texto provisto de un saber que encuadra todos los hechos en su propio marco, forzando y unilateralizando la interpretación. En el libro *Guerra de clases en Francia*, que había sido escrito como informes a la Asociación de Trabajadores, Marx tiene una interpretación y peor para los hechos si no se ajustan a ella. En esa interpretación, que se escribe desde la posición de un saber que devela misterios y que pretende una transparencia, la derrota de la Comuna ya está integrada al relato (un relato que, cual teodicea, la justifica). Marx hace una apología de la derrota. Pero este no es el problema central. El problema central es que Marx piensa, en ese tiempo, que hay una disociación entre las dinámicas y los contenidos de las luchas sociales y los recursos conceptuales que tienen los protagonistas, para representarse ese contenido. Lo nuevo de las luchas sociales viene entonces enmarañado en envoltorios conceptuales: fantasmas de luchas anteriores, bufonadas, comedias, caricaturas, jeroglíficos. Se trata, para Marx, de limpiar el terreno de esos enmascamientos, para concentrarse en lo nuevo y ahogado de las luchas. Lo nuevo de la Comuna, decreta, es la “forma final descubierta” de la lucha de clases: la red de productores que harán superfluo al Estado. Para eso, los communards deben salirse del relato de la revolución de 1789, de la historia francesa, y concentrarse en desarrollar este punto. Pero reducir la Comuna a su “forma final”, dirá Horacio, es evitar el drama cotidiano que la constituye, que es mucho más rico y plural que esa forma. Es creer, además, que las ideologías estorban y que se puede eliminar la opacidad de toda acción.

Por eso, Horacio vuelve a Lissagaray. Lissagaray había sido un *communard* y escribe su texto como un fresco, como un drama abierto, como una “épica no prescriptiva, abierta en el tratamiento de la conciencia de los personajes”. Escribe como si no se supiese lo que iba a pasar, abriendo en el lector las posibilidades de la acción, reviviéndolas en él. Lo de Lissagaray y la reescritura sobre sus pasos de Horacio es dar lugar a la incertidumbre de los sucesos, a la imaginaria de las conciencias de quienes actúan. Se trata de hacer una narración, una secuencia de los hechos (porque hay hechos y no solo interpretaciones), pero se trata también de no ahogar el resquicio de posibilidad abierta que portan esos hechos, al relatarlos. Solo así se puede contar una derrota y no reproducirla al infinito.

### Para fechar

¿En qué lengua se escribe este texto? La traducción al español deja marcas de origen, que hacen dudar sobre ese origen. Se dice en la página 26 de la edición de Gorla, por ejemplo, que los ojos de Marx eran “golosos”. Al cotejar el portugués, la palabra es “gulosos”; por demás extraña, para calificar algo así. Se dice en la página 35 de la editorial Brasiliense que los trenes blindados eran la “menina dos olhos” de Napoleón III, y esto suena absolutamente argentino.

Es probable que haya en este texto la presencia de una doble traducción: del original español al portugués —lengua en que el libro se publica primero—, y luego una nueva traducción, paradójicamente a la lengua materna del autor, mediada por la reescritura de un amigo. La lengua

materna aparece así con la distancia debida, con el extrañamiento y con la mediación que permite pensar en las segundas naturalezas y en su influjo.

Esto también es una reflexión sobre la revolución: cómo hablarla, como nombrarla, cómo invocarla de modo comprensible y que circule popularmente, como circulan las palabras. Horacio lo escribe así, en este texto, en la página 47: “En cuanto a la revolución, ella debe comenzar con la conquista de una frase. Así

quebrará la continuidad simbólica del poder burgués”. La revolución aparece como la conquista de una frase imprevista. Una frase que no está predicha en ninguna lengua, ni es propiedad de ninguna ni está en poder de un autor, porque probablemente se balbucee en la mezcla de algunas de esas lenguas, con experiencias y biografías compartibles. Es lo que puede advenir, transfronterizo, en el portugués, en el francés mal hablado, en la opacidad, el exilio y la migración.

#### NOTAS

1. Horacio González, *Los asaltantes del cielo. Política y emancipación*, Buenos Aires, Gorla, 2006.
2. Caetano Veloso, “Vaca profana”.
3. Ronald Chilcote, *Intellectuals and the Search of National Identity in Twentieth-Century Brazil*, Nueva York, Cambridge University Press, 2014, p. 162.
4. “¿Qué significa discutir?”, en *El Ojo Mocho*, nro. 3, otoño de 1993, pp. 21-31. Disponible online en el sitio *AHIRA*.
5. Compilación de las cartas disponible online en <https://resurgirnacional.wixsite.com/resurgir/post/el-debate-completo-jorge-rulli-horacio-gonzalez>.
6. Horacio González, *Los asaltantes del cielo*, óp. cit., p. 91.
7. En varios lugares, Rulli analiza la violencia y sus cambios, entre el origen de la resistencia peronista y la dictadura argentina. Dos intervenciones son centrales, en mi lectura: el libro *Diálogos con Envar El Kadri*, editado por Foro Sur, en 1983 (un año después de Malvinas, en los inicios de la democratización y estando ambos en el exilio español); y una entrevista que le realiza Mona Moncalvillo, para la revista *Unidos*, en abril de 1986. Allí Rulli postula diferenciación guerra de revolución y periodiza la violencia: una violencia artesanal, de sabotaje, desde 1955 a 1959; y una violencia posterior, que se profesionaliza y se tecnifica y deshumaniza a sus actores, con escaso acompañamiento popular. Una frase en el video que acompaña la nota, con el título “El guerrero de la periferia”, lo ejemplifica. Dice Rulli: “Muchas veces le dijimos a los Montoneros: si la guerra revolucionaria la llevamos más allá de las armas de mano y las botellas de nafta, el pueblo deja de acompañarnos, porque lo dejamos afuera” (3’45”). Disponible en <http://www.elortiba.org/old/rulli.html>.
8. El propio libro de Horacio se ubica en una colección de la Editora Brasiliense llamada Tudo è História, que es descripta como un acervo de textos de “importantes historiadores brasileiros”. <http://www.editorabrasiliense.com.br/institucional.php>.
9. Horacio González, *Los asaltantes del cielo*, óp. cit., p. 94.



ESCRITOS PAULISTAS

# El viaje interrumpido de Albert Camus, “el mejor hombre de Francia”<sup>1</sup>

*Por Afrânio Mendes Catani*

Acerca de *Albert Camus. A libertinagem do sol*  
(San Pablo, Editora Brasiliense, 1982)

Entre los seis libritos que Horacio González escribió durante los años de su vida en el Brasil (usamos esta expresión neutra, que era la que él mismo usaba: no le gustaba la palabra “exilio”, porque le parecía que siempre reclamaba para el que la usaba al hablar del suyo una indebida ventaja moral en el diálogo con los demás), el que dedicó a la biografía y el análisis de la obra de Albert Camus es particularmente logrado. Organizado de manera casi ficcional como el conjunto de pensamientos o de recuerdos que acaso habrá tenido el autor de *El extranjero* y de *La peste* en el que iba a ser su último viaje, el libro revisa con enorme sensibilidad el modo en que se forjó uno de los grandes pensamientos literarios y políticos del siglo XX. Con esmerado y afectuoso apego al texto de su amigo, el sociólogo paulista Afrânio Mendes Catani revisa esta pequeña perla de la obra gonzaliana.

¿Qué es lo que los críticos franceses no vieron en su obra?, le preguntaron a Camus en 1959. Camus respondió: “La parte oscura, lo que hay de ciego e instintivo en mí. La crítica francesa se interesa ante todo por las ideas”.

OLIVIER TODD

*A las mediterráneas Lidiane,  
Débora, Laura.*

*A los mediterráneos Francisco,  
Paulo, Kevin.*

*Para Aurora, incandescente.*

Después de treinta y muchos años sin ser abierto, el pequeño ejemplar comprado en julio de 1982 hace oír unos crujidos; la cola que pega sus páginas no consigue asegurarlas y mi esfuerzo por agarrar en pleno vuelo las hojas que caen a mi alrededor resulta inútil. Definitivamente —pienso con ironía— este *Albert Camus. A libertinagem do sol* es un libro de Horacio González, porque se escabulle, hace casi imposible mantenerlo bajo plena guarda intelectual, adquiere vida propia. ¿Pero que adquiera “vida propia” no es acaso lo que se espera de un libro que se dedica a la crítica cultural?

Escrito hace casi cuarenta años, cuando Horacio tenía casi cuarenta años, el libro llama inicialmente la atención por dos motivos. Uno, la tapa, donde el nombre de pila del autor fue abrasilado: acentuado. Otro, su biografía, una pieza maestra del arte de desconversar: “¿A quién podría importarle que el autor de este libro haya nacido en Villa Pueyrredón, un barrio cualquiera de la ciudad de Buenos Aires? *Non parla molto di te*” (p. 121). Durante toda la década de 1980 y el inicio de la siguiente, la Brasiliense se volvió una de las casas editoriales

más dinámicas y progresistas del país, al lado de otras que se situaban más a la izquierda y mantenían prestigiosos autores en sus catálogos, como la *Civilização Brasileira* y la *Paz e Terra*. El editor Caio Graco Prado, hijo del historiador marxista Caio Prado Júnior, consiguió reactivar la empresa, y sus buques insignia fueron los pequeños libros reunidos en varias colecciones: *Primeiros Passos*, *Primeiros Voos*, *Tudo é História* y *Encanto Radical*, entre otras. Las ventas se dispararon, pues los libritos eran vendidos al precio de una entrada al cine, en un momento en que la sociedad civil clamaba por el fin de la dictadura militar. Horacio escribió seis títulos, que tuvieron varias reediciones: *O que é subdesenvolvimento* (1980), *O que são intelectuais* (1981), *Albert Camus. A libertinagem do sol* (1982), *A Comuna de Paris. Os assaltantes do céu* (1982), *Evita. A militante no camarim* (1983) y *Marx, o apanhador de sinais* (1984).

En las últimas páginas de los libros se leía lo siguiente: “Personas maravillosas en una colección formidable. Todo el mundo tiene un tesoro. Solo que algunas personas saben aprovecharlo mejor. Son radicales, apasionadas [...] Para ellas la Brasiliense tiene una colección especial: *Encanto Radical*. Son libros, biografías, sobre esas personas fascinantes”. Además de decenas de personalidades brasileñas (Noel Rosa, Oswald de Andrade, Tarsila do Amaral, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Vinícius de Moraes, Leila Diniz, Cruz e Sousa, Lima Barreto, Carmen Miranda, Santos Dumont, Garrincha, Barão de Itararé, Manuel Bandeira, Murilo Mendes, Madame Satá, Nelson Rodrigues, Monteiro Lobato...), fueron biografiados, también, Freud, Sócrates, Dostoievski, Hemingway,

Hitchcock, Lacan, Barthes, Le Corbusier, Ho Chi Minh, Breton, Van Gogh, Malraux, Pascal, Proust, Pasolini, Eisenstein, Zapata, John Lennon, Walter Benjamin, Simone Weil, Artaud, James Dean, Einstein, Jimi Hendrix, Keynes, Orwell, Henry Miller, Humphrey Bogart, Carpentier, Griffith, etc. Y Camus...

*Albert Camus. A libertinagem do sol* se estructura de forma relativamente simple: una introducción (“Un boleto de tren sin usar...”), cuatro capítulos, una breve cronología y cinco páginas más que mapean la presencia del escritor en los libros y en el cine. Horacio realizó un magnífico trabajo, estudiando toda la obra del autor y explorando lo esencial de la fortuna crítica disponible hasta el momento de su escritura. Así, todo lo relevante sobre Camus se encuentra en estas 124 páginas, o, en palabras de González,

las significaciones contenidas en el arco camusiano van y vuelven entre estaciones terminales opuestas: de la mediterraneidad a la enfermedad, de la estirpe moral a la historia, de la naturaleza a la honra, del desierto a la amistad, de la felicidad carnal a la santidad laica, del sol a la miseria, del libertinaje a la peste, de la inocencia hedónica al mito de la libertad o del enclaustramiento (p. 120).

Entiende que tales “alternancias” pertenecen específicamente a Camus; sin embargo, esas notaciones, “con mayor o menor pesimismo, moralismo o sensibilidad, pueden ser encontradas en otros autores cuya obra permanece renuente a los valores que Camus llama ‘mediterraneidad’” (p. 121). Sugiere, en esta perspectiva, a dos italianos con obras bastante diferentes

entre sí y, también, muy diferentes a la de Camus: Cesare Pavese y Antonio Gramsci.

“Este escrito transcurre en el breve espacio de un viaje final”. Así comienza la obra de Horacio. El mencionado viaje se hace en auto, un Facel-Vega dirigido por el editor Marcel Gallimard, el 4 de enero de 1960, en el trayecto de Sens a París, a una velocidad nunca inferior a los 100 o 120 kilómetros por hora. El libro alterna dos tiempos narrativos: el referido viaje, que resulta en el accidente que mató a Camus, y el relato en *flashback*, recapitulando la vida del escritor, desde su infancia en Argelia, donde nació en 1913, hasta su último suspiro. Lo más trágico es que Camus tenía en el bolsillo un pasaje de tren sin uso para el mismo itinerario. “La catástrofe conmueve cuando ocurre. Pero conmueve todavía más cuando deja todos los indicios de que podría no haber ocurrido” (p. 8).

Albert era hijo de un bodegero de origen francés y de una mujer analfabeta de origen español. La familia emigró a Argelia y Lucien, el padre, murió en la batalla de Marne, en 1914, cuando Camus todavía no tenía un año. La madre, la abuela, el tío, el hermano mayor y él conocieron la pobreza en Argelia. Arquero del Racing Universitario de Argel (RUA), tuberculoso a los 17 años, gracias a la acción del profesor Louis Germain obtuvo una beca que le permitió dar continuidad a sus estudios. La tuberculosis le impidió volverse profesor efectivo, pese a haber obtenido una serie de certificados e iniciado su preparación para los exámenes de agregación.

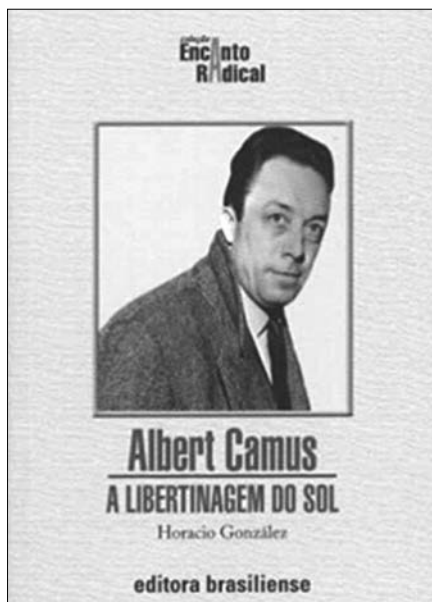
Horacio habla del encantamiento experimentado por el joven Albert con Paul Valéry, adaptado a su

mediterraneidad (“los acontecimientos me aburren, son la espuma de las cosas; el mar es lo que me interesa”); recupera la idea de que el sol, “ese caldero irreflexivo de placer, no debe omitir la comunión entre los hombres justos” (p. 12). El Sol y la Ciudad no pueden existir sin narrativas, sin escrituras; recuerda la admiración y la amistad que nutre por René Char y, también, su entusiasmo con la poesía de Henry de Montherlant: en el *Canto fúnebre por los muertos de Verdún*, el ex combatiente “no se olvida de los hijos de los muertos en las batallas iniciales de la Primera Gran Guerra”. Ellos son “herederos de una devoción” (p. 14). Catherine, madre de Camus, recibió del ejército un pedazo de la granada que los médicos encontraron en el cuerpo de su marido. “Así, la lectura coincide con el espectáculo que los hechos urden: leer es como un fragmento de granada que se aloja en el cuerpo” (p. 14). Lo mismo sentía Albert cuando hacía sus lecturas reveladoras de la época (Gide, Richaud...). Convivencia con el tío Acault, carnicero anarquista, dueño de una excelente biblioteca, que lo ayudó materialmente y le hizo conocer nuevos autores; primeros escritos y la publicación de *Nupcias*, en 1936, a los 23 años, y antes, en 1935, de *El revés y el derecho*, dedicado a Jean Grenier, profesor en el Liceo de Argel, donde Camus fue becario —después lo reencuentro como docente de filosofía en la universidad—. La influencia y la amistad de Grenier duraron hasta el fin de la vida del escritor. Fue el profesor que lo ayudó a publicar, con su lectura crítica, su “Ensayo sobre la música” (1932) en la revista argelina *Sud* (p. 21). En el discurso de despedida de su pupilo, en 1960, dirá: “Vivió lo que

escribió, escribió lo que vivió” (p. 23). Camus se pregunta —intentando precisar en la revista *Rivages* el concepto de hombre solar— si habría un hombre mediterráneo en el que “el casamiento con un espacio natural provocativo es visto como una acción que no diviniza a los objetos naturales, sino que los recibe e integra” (p. 31). De 1937 a 1939, Camus, que había abandonado la posibilidad de hacer una carrera universitaria, fue periodista en el *Alger Républicain*. Publicó en el diario su “Averiguación en Cabilia”, sobre las “paupérrimas condiciones de vida en los valles y llanuras del interior del país, donde habitan los bereberes” (p. 32). Trabajó con el periodista Pascual Pia, a quien dedicaría, después, *El mito de Sísifo* (1943). Se volvió, por poco tiempo, miembro del Partido Comunista argelino, fundado a comienzos de la década del treinta. En los años cuarenta se creó el Partido del Pueblo Argelino, inicio de la fuerte caminata del anticolonialismo (p. 33). Se casó con Simone Hué en 1934 y un año después se divorció. Participó en grupos de teatro en calidad de autor, actor y director: en el Teatro del Trabajo, donde codirigió *Revolución en Asturias*; en el Teatro del Equipo, donde representaba a Iván Karamazov; y en la *troupe* ambulante de Radio Argel.

***Albert Camus. A libertinagem do sol se estrutura de forma relativamente simple: uma introdução (“Un boleto de tren sin usar...”), cuatro capítulos, una breve cronología y cinco páginas más que mapean la presencia del escritor en los libros y en el cine. Horacio realizó un magnífico trabajo, estudiando toda la obra del autor y explorando lo esencial de la fortuna crítica disponible hasta el momento de su escritura.***

Para sobrevivir, Camus trabajó en muchos lugares: en el servicio meteorológico, en la municipalidad, en la oficina de un comisario marítimo y como vendedor de accesorios para autos. La tuberculosis, que “va y viene”, interrumpió su carrera de profesor. Descubrió su vena periodística, escribió una tesis sobre helenismo y cristianismo, donde comparaba el pensamiento de San Agustín con el de Plotino, y se sumó a comités y colectivos que reunían intelectuales antifascistas de varios países (pp. 35-36).



González entiende su mediterraneidad como “un usufructo ilimitado de los frutos de la tierra, con aquella manifestación antropomórfica que la acompaña: el *hombre mediterráneo*, una inocencia libertina al aire libre, con las dos sanciones que la sociedad organiza para él: la miseria colectiva y —en el otro extremo— el castigo para su sentimiento libertario” (p. 36). Se vio obligado a dejar Argel un jueves, 14 de marzo de 1940, ya casado,

por segunda vez, con Francine Faure, pues la guerra ya se había iniciado y él había sido declarado indeseable por el gobierno colonial. Llevó consigo a Francia el manuscrito de *El extranjero*, casi terminado.

“El exiliado y el resistente”, capítulo 2, encuentra a Camus en la redacción de *Paris-Soir*. En mayo de 1940 *El extranjero* estuvo terminado, días antes de la ocupación alemana, obligando al diario a desplazarse a Clermont. “En diciembre de 1941 Camus entra en la Resistencia, como periodista y coordinador de un sector de las informaciones militares, vinculado al grupo *Combat*” (p. 38). Horacio se pregunta: “¿Qué hace Camus durante la Resistencia? Difícil saberlo; él no lo dice”. Solo responde: “Hacerse el ex combatiente no es mi estilo” (p. 75).

A lo largo del capítulo se exploran las situaciones ocurridas en *El extranjero* y la casi total indiferencia de Mersault ante los acontecimientos que lo cercan: trabajo monótono en la oficina, la muerte de la madre en un asilo cercano a Argel, el velorio y el entierro, el romance con una ex colega de la oficina, el sexo en su cuarto el domingo, la ida al cine a ver una película con el comediante Fernandel, la poca importancia que atribuye al pedido de casamiento que le hace la colega, la ida a la playa con los amigos y la pelea con los árabes, el revólver que su amigo le pasa y él guarda en el bolsillo, el disparo fatal contra el árabe —el gatillo cede y un “barullo ensordecedor destruye el equilibrio del día”, ese “silencio excepcional de la playa donde había sido feliz” (p. 42)—. Después de haber sido apresado e interrogado, dice que no tenía la intención de matar. “Fue todo a causa del sol” (p. 43). Condenado a muerte, desea que haya mucho

público en el día de su ejecución y que los espectadores “me reciban con gritos de odio”. Para Sartre, la obra de Camus tiene todos los elementos para constituirse en el género del “desastre solar”, donde apenas el desolado presente es lo que cuenta, “y donde callar tiene la misma importancia, si no más, que hablar” (p. 44).

Es una época en que Sartre ya pontificaba, en que Camus todavía no tenía 30 años y Sartre ya casi 40; se hicieron amigos. La verdadera polémica entre ellos solo ocurriría después de cerca de diez años de esa amistad. Entretanto, en la Liberación, Queneau, Olivier, Paulhan, Beauvoir, Aragón, todos,

pueden imaginarse compartiendo el mismo consejo de redacción de alguna revista, porque la ocupación alemana y el gobierno de Pétain proponían una imagen enemiga ante la cual todos se veían como agentes de un único cuerpo colectivo que se liberaba. Gaullistas, comunistas y cristianos son las tres visiones del mundo que marchaban del brazo como partes distintas del río común de la Resistencia. Sin embargo, en poco tiempo, todos estarán protagonizando el gran debate. *Les Temps Modernes*, recién fundada [...], no era lo mismo que *Combat*, el diario que Camus moldea y anima (p. 49).

No hay mucho espacio en el libro para las pasiones paralelas de Albert, en especial las actrices María Casares y Catherine Sellers, la entonces modelo estadounidense y modesta *copywriter* de la *Vogue* Patricia Blake y la misteriosa Mi, sobre la cual ni siquiera un biógrafo curioso como Olivier Todd (1998) consiguió decir alguna cosa.

En 1944 y 1945 fueron representadas dos obras de teatro de Camus (*Calígula* y *El malentendido*), que trataban sobre temas de *El extranjero* y de *El mito de Sísifo* (1943). *Calígula*, con Gérard Philipe, fue calurosamente recibida —en 1945 nacieron los gemelos, Catherine y Jean—. *El malentendido*, puesta en escena

por la compañía de María Casares y Marcel Herrand, no consiguió emocionar al público. *Sísifo* planteaba una cuestión fundamental: “Solo hay un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio” (p. 54), tema que sería replanteado

en *El hombre rebelde* (1951). *La peste* apareció en 1947, tras casi cinco años de trabajo, y alcanzó repercusión mundial. Debe destacarse también que en 1942 y 1944 Camus publicó dos volúmenes titulados *Carta a un amigo alemán*. Por su parte, *Estado de sitio* fue una pieza que surgió de la experiencia de haber escrito *La peste*. Puesta en escena por Jean-Louis Barrault, que también la codirigió, no tuvo éxito.

Antes de un capítulo-conclusión (“Un Orán brasileño”, pp. 102-110) en que se destaca el viaje de Camus a América del Sur en 1949, a los 36 años (ver *Diario de viaje*), y sobre todo su permanencia en Brasil, el libro contiene todavía un tercer capítulo, “La ruptura del equilibrio” (pp. 76-101), que se concentra en la última década de la vida del escritor. 31 de octubre de 1954: varios atentados en Argelia. Más de cincuenta operaciones de grupos

**González entiende su mediterraneidad como “un usufructo ilimitado de los frutos de la tierra, con aquella manifestación antropomórfica que la acompaña: el hombre mediterráneo, una inocencia libertina al aire libre, con las dos sanciones que la sociedad organiza para él: la miseria colectiva y —en el otro extremo— el castigo para su sentimiento libertario”.**

**Camus, anticolonialista, no se animaba a reconocer la “independencia de Argelia” como el final de la lucha, “temiendo que esa independencia disfrazase una ‘nueva opresión’”. El equilibrio que deseaba era imposible.**

clandestinos reunidos en el Frente de Liberación Nacional atacaban instalaciones militares francesas. “Comienza la fase final de la insurrección que durará ocho años” (p. 76). Eso afectaba por completo las acciones de Camus. Tres años antes había publicado *El hombre rebelde*, que marcó su ruptura con el grupo de Sartre. El libro consagraba la visión camusiana

por excelencia: “El valor precede a la acción. En el pensamiento historicista y existencialista, el valor aparece al final como consumación de la acción” (p. 77). O sea, Camus afirmaba las fuentes de la

moral desdeñando las fuentes de la historia, en contrapunto con todas las filosofías que dominaban el horizonte de la época (p. 82). *Les Temps Modernes*, a través de Francis Jeanson, criticó duramente el texto; Camus reaccionó; Sartre respondió y martilló: “Puede ser que usted haya sido pobre, pero ya no lo es. Es un burgués como Jeanson o como yo” (p. 84). Todo agrio, especialmente para Albert. En 1957 comenzó la “batalla de Argel”. Ben Bella era apresado, el ejército francés torturaba sistemáticamente a los prisioneros argelinos, las guerrillas actuaban y los atentados con explosivos en los barrios de los colonos franceses se multiplicaban. Camus concebía Argelia con una “doble personalidad”, árabe y francesa. Entendía que el sistema colonial debía desaparecer, “pero una nueva república argelina debería establecerse aglutinando los derechos de las dos comunidades principales en una federación con absoluta igualdad

entre las dos identidades culturales” (p. 88), “mediterránea”, en un Estado no confesional.

El grupo de Sartre tenía una posición anticolonialista radical —él mismo había prologado *Los condenados de la Tierra*, de Frantz Fanon, donde defendía la tesis “de una violencia anticolonial como forma de recuperar la identidad cultural avasallada” (pp. 89-90)—. La guerra era una realidad. “Los franceses torturan. El FLN se expresa por medio del terrorismo urbano” (p. 90). El aislamiento político de Camus era cada vez mayor. En 1956 viajó a Argel, haciendo un llamado a la tregua, pero “nadie estaba motivado para recoger palabras que la realidad de las trincheras encarnizadamente cavadas volvía inocentes o ridículas” (p. 95). En 1957 recibió el Premio Nobel de Literatura, con connotaciones de “Premio Nobel de la Paz” (p. 95).

Camus, anticolonialista, no se animaba a reconocer la “independencia de Argelia” como el final de la lucha, “temiendo que esa independencia disfrazase una ‘nueva opresión’” (p. 97). El equilibrio que deseaba era imposible. “En 1962 se firman los acuerdos de Evian. Argelia independiente. Camus moriría antes de esa consumación” (p. 97).

Albert se refugió cada vez más en el teatro. En 1957 adaptó a Lope de Vega (había adaptado antes a Calderón), además de poner en escena *Réquiem para una monja*, de Faulkner —continuación de *Santuario*—, y *Los endemoniados*, de Dostoievski (de cuatro horas de duración), y de trabajar durante mucho tiempo en su nueva novela, *El primer hombre*, cuyo manuscrito estaba con él en una valija cuando murió en el accidente de auto a las 13:55 horas del 4 de enero de 1960.

No siempre es tan simple acompañar los esquemas de pensamiento desarrollados por Horacio González en este estudio sobre Camus. En un texto dedicado a Walter Benjamin, él nos da una indicación en esta dirección, al decir que aprendió a respetar

el momento en que un autor se vuelve pétreo para nosotros, sus lectores. Ese momento en que, para nosotros, él se detiene para siempre en un concepto o en una frase. Weber, para mí, son ciertos tonos de una conferencia póstuma y de Durkheim siempre se me escapa una extraña sentencia que escribió en *El*

*suicidio*. Cuando con Benjamin nos ocurre lo mismo, aparece ese punto común, donde un lector y un autor se detienen para siempre. Solo entonces sentimos que Benjamin escribió para que eso ocurriera, para hacernos sentir esa temible posibilidad con la que siempre nos confrontamos como lectores. Que no podamos seguir adelante, que un texto quede con sus pedazos perdidos, fijo ante nuestros ojos desolados. Benjamin nos dice que, cuando eso ocurre, debemos estar tranquilos. Que allí mismo comienza la soberanía del lector que sabe tolerar sus propios naufragios (p. 169).

Traducción: ER

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Camus, Albert, *Diário de viagem*, cuarta edición, traducción de Valerie Rumjanek Chaves, Río de Janeiro, Record, 1977.
- González, Horacio, "Lendo Benjamin", traducción de Afrânio Mendes Catani, *Lua Nova*, nro. 27, pp. 167-169, San Pablo, CEDEC, 1992.
- Judt, Tony, "Albert Camus: 'o melhor homem da França'", en *Reflexões sobre um século esquecido, 1901-2000*, traducción de Celso Nogueira, Río de Janeiro, Objetiva, 2010, pp. 115-126.
- Todd, Olivier, *Albert Camus: uma vida*, traducción de Monica Stahel, Río de Janeiro, Record, 1998.

#### NOTAS

1. Este título fue, en parte, tomado de Tony Judt, quien indica que Hannah Arendt, "en una carta enviada desde París a su marido, describió a Camus como 'el mejor hombre de Francia'" (2010, p. 125).
2. Hay versión en español: "Albert Camus. El libertinaje del sol", en *Los asaltantes del cielo. Política y emancipación*, traducción de Eduardo Rinesi y presentación de Gabriel Cohn, Buenos Aires, Gorla, 2006, pp. 125-177. Las indicaciones de páginas en el texto corresponden, sin embargo, a la edición brasileña original.



ESCRITOS PAULISTAS

## Entre derrotas y travestismos. González como *ghost writer* de Evita

*Por Soledad Guarnaccia y Julia Rosemberg*

Acerca de *Evita. A militante no camarim*  
(San Pablo, Editora Brasiliense, 1983)

¿Qué margen es el exilio? Lugar de desplazamientos, extrañeza vital. González escribe en el exilio paulista, entre otros libros, una preciosa ficción sobre Evita. O un ensayo travestido como ficción. Rosemberg y Guarnaccia toman esa operación del escritor como un travestismo, el juego de la voz que se presenta como otra, la autoría simulada, para hablar de un libro, *La razón de mi vida*, que traía todos esos problemas a la vez que abría una suerte de autenticidad más allá de quién se había hecho cargo de la escritura directa. Las hipótesis de este libro no se pueden reducir a ninguna de las series de lecturas de Evita existentes en ese momento, porque González construye una líder del feminismo estratégico, fundadora de una orden de mujeres capaces de reconstruir apasionadamente la sociedad argentina. Lo hace mientras está atento al surgimiento de las Madres de Plaza de Mayo, a quienes dedica el libro. Y es traducido en Argentina en otro contexto que lo vuelve legible: la expansión de la movilización feminista y el liderazgo de Cristina Fernández de Kirchner. Así, un libro tiene edades de escritura, de traducción y de lectura.

**I.**

*Evita, la militante en el camarín* es un libro que mezcla ensayo y ficción para pensar otro libro, uno de los más importantes de nuestra cultura: *La razón de mi vida*, de Eva Perón. Ambos comparten cierta marginalidad. El libro de Horacio González fue escrito en portugués y publicado en el exilio en Brasil a comienzos de 1983. Pero no fue leído en nuestro país hasta 2019, más de treinta y cinco años después, cuando lo tradujo y lo publicó la Universidad Nacional de Córdoba, en el año del centenario del nacimiento de Eva Perón. Por su parte, *La razón de mi vida* fue uno de los libros más vendidos de la historia argentina. Y sin embargo no tuvo a lo largo del tiempo relecturas y resignificaciones que estuvieran a su altura. Precisamos: no las tuvo desde la posdictadura. ¿Es posible leer algún significado en esta coincidencia? ¿De qué nos habla esta marginalidad compartida?

**II.**

El libro de González fue escrito a pedido, para contarle a la sociedad brasileña quién había sido Eva Perón. ¿Qué Evita construyó Horacio González en 1983 para extranjeros?

Lo primero que hay que decir es que para poder construir a Eva, González necesitó realizar una serie de mediaciones. Para la complejísima tarea que es explicar al peronismo y a uno de sus mayores íconos a extranjeros, González crea una voz narradora por demás significativa, la de Penella da Silva, el periodista español y *ghost writer* de *La razón de mi vida*.

La apuesta por escribir en el exilio una biografía indirecta de un personaje

políticamente tan relevante y controvertido como Eva Perón remite al momento de apertura de la ensayística nacional que inaugura *Facundo* de Sarmiento (1845). Y sugiere que González se propone ir al encuentro de un personaje híbrido y plagado de enigmas, pero lejos de colocarse en el lugar del doctor monotonero (aquel capaz de hacer las traducciones necesarias para reconducir la fatalidad), en el prólogo que enmarca esta “media-ficción” anuncia que al reinventar el recorrido del escritor fantasma tras *La razón de mi vida*, “emergerá la Evita real, simbólica e imaginaria”. Es decir, el mito, el lugar donde mueren los autores y nacen los textos. González apela a un conjunto de transfiguraciones, para decirlo con Ezequiel Martínez Estrada, o travestismos, como los llama más justamente Néstor Perlongher en el epílogo del libro. Este principio narrativo se multiplica a través de una escritura que avanza en la medida en que va montándose sobre otros textos. De Witold Gombrowicz a Rodolfo Walsh, la Eva que se construye en este libro es polifónica, como un rompecabezas que nunca llega a componerse de manera completa ni directa. Es una Eva que en algún punto siempre se nos está escapando.

Y si bien la Eva de González está compuesta por fragmentos y por múltiples voces, lo que se narra en este texto no es pura bruma. Aparecen líneas bien definidas que permiten reconstruir una gran imagen. Veamos. El título pone en el centro dos aspectos de la vida de Eva: el de su militancia y el de ser actriz. Como si en estas dos facetas, que se proponen entramadas, pudiera captarse su trayectoria, su potencia y su destino.

La faceta de actriz es central, incluso como una continuidad en tensión con

**González se propone ir al encuentro de un personaje híbrido y plagado de enigmas, pero lejos de colocarse en el lugar del doctor montonero (aquel capaz de hacer las traducciones necesarias para reconducir la fatalidad), en el prólogo que enmarca esta “media-ficción” anuncia que al reinventar el recorrido del escritor fantasma tras *La razón de mi vida*, “emergerá la Evita real, simbólica e imaginaria”.**

su paso posterior a la política. En la radio, el cine y el teatro, Evita había aprendido la lengua, los gestos y la pasión que debía involucrarse para dirigirse al gran público. Pero también en este ámbito había aprendido los sentidos de “la revolución con tono femenino”, en la interpretación de papeles

románticos con contenido político, pero sobre todo en su propia vida, a partir del encuentro con Perón. Dos figuras marginales son convocadas en el libro para construir esta procedencia: Paco Jamandreu, el diseñador de modas detrás de la imagen de Evita, y Francisco Muñoz Aspiri, el guionista de

radioteatros detrás de sus discursos políticos. Por un lado, Jamandreu no solo es una voz marginal en el conjunto de intelectuales que desfilan en el texto, su presencia señala un colectivo altamente estigmatizado por las militancias radicalizadas (del cual Perlongher, que además cierra el libro, es su mayor referente): “Ella y yo habíamos sido marginados y de algún modo lo seguimos siendo” (p. 39).<sup>1</sup> Por otro lado, Muñoz Aspiri, el primer *ghost writer* de Evita, aparece directamente condenado a las sombras de un pasado que la persigue: ser “la novia de la revolución” (p. 71). En esta tensión se arma una Evita con luces y sombras, montada para saltar al escenario principal pero, a la vez, marginada al camarín.

### III.

¿Qué narrativas sobre Evita había disponibles cuando González escribió este libro? Durante la década del setenta se dan una serie de resignificaciones de la figura de Eva que generan un corrimiento profundo respecto de la narrativa que se había propuesto durante el peronismo: una imagen más estatal y más santificada, así como de la imagen generada por la “Revolución Libertadora”, ligada a la corrupción, el autoritarismo y la ambición de poder. Enumeremos: *Eva Perón*, la obra de Copi (1969), el cuento “Evita vive” de Néstor Perlongher (1975), el poema “Eva” de María Elena Walsh (1976) y la reescritura en verso de *La razón de mi vida* en “Eva Perón en la hoguera” de Leónidas Lamborghini (1972). Pero en esos años, la más impregnante era, sin dudas, la Evita montonera, construida por las militancias peronistas revolucionarias. La Eva que narra el texto de Horacio González toma aspectos de estas intervenciones pero ninguna es citada. La decisión de González no es la de convocar a quienes habían intervenido sobre la figura de Eva, sino a los grandes autores de la intelectualidad argentina: Borges, Jauretche, Walsh. Es con los máximos exponentes de la cultura letrada con quienes mide el mito de Eva Perón. En algún sentido, el propio González se sumerge en el travestismo para asumir al *ghost writer* encargado de inscribir *La razón de mi vida* en las conversaciones de la cultura argentina letrada.

Así se explica la elección de González de tomar *La razón de mi vida* como elemento a partir del cual construir a Eva. Un libro que significó la voluntad de intervenir en esa cultura letrada,

cuestionar su statu quo, hacerla saltar por los aires. Un texto provocador por múltiples motivos: el género autobiográfico era para ese entonces predominantemente masculino y tradicionalmente de elites, y ahora era una mujer de origen humilde e ilegítimo, que apenas había terminado la escuela primaria, la que tomaba la palabra en primera persona. Pero además, esa voz que se construye en *La razón de mi vida* no habla de los temas típicos atribuibles a lo femenino a mediados del siglo XX, sino que es un texto enteramente político. Eva no habla de su vida privada, lo que podía esperarse de una autobiografía, o mejor aún: en un giro que se multiplicará en la vida de miles de mujeres a partir del peronismo, lo privado en Eva está tomado por lo público. Incluso antes de que las mujeres votaran, una mujer, actriz, del interior de la provincia de Buenos Aires, sin estudios, toma la palabra en lo que va a terminar siendo uno de los textos centrales de la doctrina peronista.

González construye así una Evita en “desencuentro tan absoluto e irreversible” con la literatura argentina. Y si esta disputa es posible es porque Eva inventa (en sus textos, en sus discursos) una lengua imposible de absorber para el canon y la cultura letrada, pero de una potencia política incomparable. “Ese lenguaje irritaba a la clase media argentina. La nueva lengua ‘evitista’ retomaba todos los temas del amor y el discurso sentimental, pero los destruía como intimidad y los expulsaba del baúl de epístolas secretas y de escritorios galantes. El sujeto de amor colectivo que ella construía infundía temor” (p. 89).

Este sujeto colectivo está compuesto en *La razón de mi vida* por dos actores/actrices: obreros y mujeres.

Pero González encuentra algo más y genera una lectura que escapa de manera notable a su época: Eva sería la conductora de un “feminismo de masas [...] con sus jesuitas mujeres del pueblo, furiosas, niveladoras, desconfiadas, maternales, agentes de una democracia ruda y directa” (p. 92). Tras la Eva sindicalista y de la Fundación, destaca la Eva protagonista de un feminismo popular encarnado en un sujeto colectivo. Eso que González puede ver a fines de la dictadura —y que no vio Montoneros— es posible por la aparición en la escena pública, poco tiempo antes, de otro sujeto colectivo de mujeres: las Madres de Plaza de Mayo. *Evita*,



*la militante en el camarín* empieza y termina con las Madres: no solo les dedica el libro, sino que las incluye al final, como último punto de una “cronología breve” destinada a contar fundamentalmente la vida de Eva, pero que no termina con su muerte en 1952, sino que se prolonga: “1979-1982: Manifestaciones de las Madres de Plaza de Mayo, interrogando al poder público sobre el destino de miles de desaparecidos” (p. 129).

“¿Cómo interpretar esa ampliación gigantesca de participación, al mismo tiempo estipulada y calculada en una proporción determinada?” (p. 92). Quizá como en ninguna otra parte de su texto, González tiene más preguntas que respuestas respecto de cómo pensar esa experiencia política de mujeres organizadas.

“¿Machismo al revés?”. Hay algo inclasificable en ese movimiento de mujeres, y las voces convocadas a lo largo del texto no sirven para explicarlo.

Sin embargo, en medio de estas dudas, González logra sacar del camarín a una Eva marginada por las militancias revolucionarias: la protagonista de un feminismo popular encarnado en un sujeto colectivo.

Pero en *La razón de mi vida*, al mismo tiempo que se denuncia la invisibilización de las mujeres, que se proponen cosas impensables para 1951, como un salario para las tareas que hoy llamamos de cuidado, la voz narradora está siempre subordinada al nombre

de Perón. El libro sería así portador de un “feminismo estratégico”, como dirá González tiempo después. Un feminismo que exalta al Padre para tomar por asalto al patriarcado. Pero no lo logra. En una clave en la que se respira el clima de los años setenta, Eva está presa en Perón.

A lo largo del libro, la imagen de Eva se construye como jacobina, radicalizada. Incluso aparece identificada con la figura del Che Guevara. Y este desborde encuentra una y otra vez sus límites. Su candidatura a la vicepresidencia es uno de ellos: ese exceso no podía institucionalizarse. Las formas de la democracia republicana, al igual que el canon literario, la rechazaban. Si Eva era la revolución posible en Argentina, en 1983, derrota mediante, eso no podía ser leído bajo otra clave que la trágica: “yo sabía que la historicidad en Argentina significaba llamados a glorias y tumbas” (p. 113).

La derrota del proyecto que prometía un encuentro entre peronismo y revolución era de tal magnitud que parecía que si el peronismo quería sobrevivir debía desligarse lo más posible de su piel revolucionaria. El libro de González no escapa a este movimiento pero advierte que lejos de cancelarse en la derrota, la revolución persiste como fantasma, como aquello de lo que huimos y, al mismo tiempo, resulta ineludible. Así, la revolución es justamente el hilo que comunica al feminismo popular liderado por Evita en los años cincuenta con la ronda de las Madres de Plaza de Mayo, en tanto formas disruptivas de intervención política, sostenidas en una demanda radical de justicia que conmueve al statu quo y encabezadas por mujeres que, al constituirse como actrices políticas,

**González construye así una Evita en “desencuentro tan absoluto e irreversible” con la literatura argentina. Y si esta disputa es posible es porque Eva inventa (en sus textos, en sus discursos) una lengua imposible de absorber para el canon y la cultura letrada, pero de una potencia política incomparable.**

conmueven dramáticamente el vínculo entre lo privado y lo público. Entre la tragedia de la derrota y la expectativa de una transfiguración capaz de reparar un legado, queda trazada la curva narrativa que va de Eva Perón a las Madres de Plaza de Mayo. ¿En qué medida seguimos hoy a la sombra de esa derrota y a la vez bajo la esperanza de una nueva transfiguración?

#### IV.

*Evita, la militante en el camarín* es traducido y editado en Argentina en 2019. González ya no era un exiliado sino que ocupaba un lugar central en la cultura letrada luego de su refundacional gestión en la Biblioteca Nacional y su vasta producción ensayística. Sin embargo, no sería la cultura letrada sino el movimiento político y social el que volvería a *Evita, la militante en el camarín* no solo nuevamente legible, sino también políticamente significativo. Ese movimiento había sido conmovido por la emergencia de los feminismos populares y por ese acontecimiento político que en un nombre propio condensaba una identidad colectiva: el de Cristina Kirchner, que también se transformaba en escritora en 2019, con esa nueva versión de *La razón de mi vida sin ghost writer* que es *Sinceramente*.

En 2019, como en 1983, una derrota política propiciaba la relectura del libro de Eva Perón en una clave en que el “feminismo de masas”, que González ya leía en *La razón de mi vida* desde el exilio, podía ser recuperado bajo nuevas expectativas y dilemas. Desde la trayectoria política de Cristina Kirchner se hacía visible esa dimensión

revolucionaria del peronismo histórico que Tulio Halperin Donghi había apreciado con solo subir a un tranvía en esos años: la de los vínculos sociales trastocados, las jerarquías impugnadas, la lucha de clases. También respecto del género. ¿La incorporación de las mujeres a la vida política a partir de 1947 era solo un ítem más de la enorme ampliación que significó el peronismo? ¿O, al revés, parte de la radicalidad del primer peronismo tuvo que ver con esa incorporación?

El vínculo entre peronismo y feminismo, que en *Sinceramente* aparece como una relación potente y plagada de tensiones (signado por los equívocos entre Cristina y el movimiento feminista y por el modo en que este movimiento conmovía la escena familiar a través de su hija Florencia, quien es reconocida como la “militante feminista” que la lleva a reconsiderar sus posiciones sobre el aborto), en *Evita, la militante en el camarín* se ofrece como una cadena de citas que van de Eva Perón a las Madres, en un hilo de memorias a la espera de una fuerza social que las encarne y transforme. Hacia 2019, es el movimiento de mujeres, y especialmente el liderazgo político de Cristina Kirchner, el que hizo posible que el libro de González, que hasta allí solo podía ser leído en portugués, fuera traducido a la lengua política argentina para inscribirse en una serie de intervenciones que buscaron poner de relieve una arista de la vida de Eva Perón que había quedado marginada de las narraciones populares, el mito y las representaciones en general: la Eva dirigente política, capaz de construir poder, conductora del primer y único partido político de mujeres que tuvo la enorme tarea de protagonizar el proceso por el que las

mujeres votaron por primera vez en nuestra historia, así como la de generar las condiciones políticas para que un conjunto de mujeres sean electas para ocupar cargos de representación. Ese “amor colectivo que infundía temor” en las clases dominantes encontraba así nuevas traducciones en las luchas colectivas, también nuevos límites: Milagro Sala sigue presa y Cristina no volvió a ser presidenta, pero ha conseguido transformar la vicepresidencia en el vértice de una construcción política que disputa por volver a conectar el peronismo con esa verdad revolucionaria que definía Celina Rodríguez en 1953, una de las primeras diputadas de nuestra historia en hablar sobre la ley 13010, de los derechos políticos de las mujeres: “La libre y dulce esclava, señora y ama

de puertas adentro, nunca de la puerta hacia la calle para el goce pleno de los atributos superiores que incorporó al ser la civilización, salía al fin de su deprimente cautiverio. El peronismo daba cabal prueba con ello de sus poderosos contenidos; era una revolución de verdad, de fondo substancial, de reparación, creación y avance”.<sup>2</sup>

*Evita, la militante en el camarín* irrumpe entonces como la fuente insospechada que desde los márgenes del exilio y la derrota anunciaba la posibilidad de un feminismo popular. Entre citas de Borges, Walsh y Gombrowicz; entre las Evitas transgresoras de Lamborghini, Copi y Perlongher y la Evita revolucionaria de Montoneros, aparecía otra Evita en el camarín, dispuesta a conmovier y protagonizar la escena política con una renovada pasión militante.

#### NOTAS

1. Para las referencias utilizadas en el presente artículo se utiliza la edición Horacio González, *Evita, la militante en el camarín*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2019.

2. Celina Rodríguez de Martínez Paiva fue subdelegada e inspectora del Partido Peronista Femenino y conformó el grupo de las primeras legisladoras mujeres en entrar al Congreso Nacional. Electa diputada nacional por la provincia de Buenos Aires en 1951, era actriz y escritora. Con la derrota que significó el golpe de Estado de 1955, se exilió en Paraguay y años después escribió junto a otra legisladora, María Rosa Pizzuto de Rivero, una biografía sobre Eva Perón.



Fotografía: Rafael Calviño.



ESCRITOS PAULISTAS

## Horacio González, marxista

*Por Martín Cortés*

*Acerca de Karl Marx, o apanhador de sinais*  
(San Pablo, Editora Brasiliense, 1984)

La sombra de Marx y de su pensamiento atraviesa, ciertamente que no como una pesadilla, sino como una permanente fuente de inspiración y de recursos conceptuales, la obra entera de Horacio González. Su pensamiento dio vueltas una y mil veces —desde sus tempranos artículos de *Envido* hasta *La ética picaresca* y el *Perón*— sobre aquella idea de que “Los hombres hacen la historia, pero...”, y dedicó al autor de esa célebre frase uno de sus seis bellos libritos “brasileños”. Martín Cortés, estudioso de la obra de Marx y de sus lecturas en nuestro país, muestra aquí el modo en que González se apropia de ese gran legado en ese sugestivo trabajo de comienzos de los años ochenta, cuya presentación organiza Cortés en torno a tres nudos de problemas (el legado de Hegel en Marx, la idea marxiana de la Historia y la cuestión de la revolución y sus señales) y al modo en el que se presentan ahí dos de las obsesiones que recorren toda la obra de Marx: la preocupación por los secretos y el interés por el teatro.

*Karl Marx, el recolector de señales*<sup>1</sup> es posiblemente el texto en el cual Horacio González (en adelante, para conjurar los dramas de la nominación, HG) se confronta de modo más explícito con la figura y la obra de Marx, aun si se puede decir que Marx y las vicisitudes de la tradición que con él se funda sobrevuelan de modo persistente sus indagaciones, a veces como auxilio, a veces como objetos controversiales, siempre como parte de una gran pregunta —compartida— en torno de la emancipación. Estamos ciertamente frente a un escrito “periférico” en la obra gonzaliana, casi un texto perdido si no fuera por algunas voluntades —esencialmente, la de Eduardo Rinesi— que lo rescataron de los anaqueles paulistas para traducirlo y ofrecerlo a lectores argentinos hace unos quince años. El “Marx de González” comparte volumen (*Los asaltantes del cielo. Política y emancipación*, Gorla, 2006) con su apasionada lectura de la Comuna de París (“La Comuna de París. Los asaltantes del cielo”) y su sentida narración del último viaje —que podría no haber sido el último, de eso se trata el texto— de Albert Camus (“Albert Camus. El libertinaje del sol”).

Para introducirnos en el corazón del texto, elegimos dos indicaciones que nos son dadas en las páginas preliminares. Primero, Gabriel Cohn, en su “Presentación” del volumen, nos recuerda que el gran tema de HG en su exilio brasileño “es el del movimiento, el trayecto, el *recorrido*”. Tema que tendrá su consagración filosófica unas décadas más tarde en *La crisálida*, pero que en los textos paulistas tiene el tono de una fuerte hipótesis en torno de las consecuencias funestas de los caminos lineales, y esto funciona tanto para

la recta que recorría trágicamente el auto en el que Camus acompañaba a su amigo y editor Michel Gallimard, como para una imagen ascendente de la historia, de la que HG sustrae tanto a Marx —a través de las vacilaciones vitales que este mismo deja ver— como a la Comuna de París —mostrando la inmensa riqueza y ambivalencia que habitó aquel extraño acontecimiento—. Afirmermos entonces, para comenzar, que la lectura de Marx que nos propone HG invita a restituir el valor de la duda, los desvíos y las incertezas en la constitución de una obra magnífica, pero que aparece demasiadas veces como el descubrimiento lineal y progresivo de una verdad oculta por la historia. La segunda indicación nos la da el propio HG en sus “Palabras del autor”, escritas a propósito de la edición castellana, en las que usa el viejo truco de la denegación para afirmar, a propósito de estos textos: “no me atrevo a ponerles el nombre de menores”, y si no lo hace es por razones que podríamos llamar contextuales o afectivas, esto es, por el amistoso esfuerzo de la traducción y publicación de los mismos, y por lo que ellos le evocan de los años paulistas. Esta segunda indicación la tomaremos “en negativo”, es decir, en contra de lo que dice HG, tanto por sustancia como por procedimiento. Por sustancia porque, como decíamos al inicio, este escrito es el testimonio más prístino de la presencia de Marx en HG, y por eso una vía posible para repensar lo que hay de Marx en el entero “recorrido” gonzaliano, y por eso mismo es un texto importante. Por procedimiento, porque allí HG no hace con Marx otra cosa que liberar todo lo que puede emerger de las vacilaciones que el propio Marx narra en sus trazos

autobiográficos. Del mismo modo que Jacques Derrida lo haría más de diez años después (permítasenos el tenor reivindicativo de esta “anticipación”, en todo lo que, además, ella nos devuelve en torno de la pregunta por las geografías de la crítica y sus asimetrías), HG muestra que Marx es incapaz de dominar los espectros que pretende dominar, y en esa imposibilidad fluye una enorme potencia crítica, que va más allá de lo que el propio autor, casi ingenuamente, pretende decir. En este sentido, este texto no es, para nosotros, un texto menor ni la postal de una distracción en años de exilio, sino una virtuosa puerta de entrada al modo en que HG trata los textos como materia que vale más por lo que abren para sus lectores que por su siempre compleja relación con sus autores.

Marx aparece, en el texto de HG, como una figura de búsquedas y afirmaciones fuertes. Y, al mismo tiempo, como un cultor de un pensamiento complejo, nunca reductible a líneas maestras o a determinaciones sencillas. Sin embargo, lo que le interesa a HG no es tanto reconstruir esa complejidad como revisar lo que podríamos agrupar, en su conjunto, como los “equivocos” de Marx. Que no es lo mismo que decir los errores o las equivocaciones. No se trata de posiciones u opciones en las que “falte” sentido, sino más bien lo contrario: hay allí un “exceso” de sentido. ¿Qué significa esto? Que la potencia de la pluma de Marx permite que ocurran un conjunto de cosas muy interesantes “a espaldas” de quien las escribe (esto sucede siempre, porque sabemos hace rato que nadie es dueño de su decir, mucho menos de su escribir, pero no en todos los casos —más bien en muy pocos— aquello que “excede las intenciones” del autor

resulta tan relevante —y en cierto sentido genial— como en el caso de Marx). Todo lo que pasa alrededor de estos equívocos parece ser el verdadero propósito de la indagación de HG, que él mismo coloca alrededor de una pregunta que por sí sola demuele cualquier fantasía de unidad del sujeto: “cuánto Marx se acerca a Marx cuando habla de sí mismo”.

Veamos tres enredos de Marx que el texto de HG exprime en la búsqueda por responder esta misteriosa pregunta. El primero, la siempre presente relación con Hegel. Louis Althusser, figura maestra en la interrupción de la relación de Marx con Hegel, decía provocativamente que, en términos estrictos, Marx nunca fue hegeliano. Esto es, ni siquiera en sus años de juventud al calor de las tertulias de “jóvenes hegelianos”. Allí, a lo sumo, era un liberal racionalista que le debía algo a Kant y algo a Fichte. Luego, como democrático-radical, le debería a Rousseau y, seguramente, también a Spinoza. Y luego, en el poderoso 1845 de las *Tesis sobre Feuerbach* y *La ideología alemana*, vendría la ruptura, a partir de la cual la figura de Hegel se aleja “definitivamente”. Pues bien, HG parece apuntar en una dirección similar, solo que su propósito no es mostrar cómo Marx “rompe” con Hegel, sino más bien cómo Marx “no puede” romper con Hegel, aunque sea esa su más íntima intención.

El período de juventud es narrado de un modo no tan distante al de Althusser: se trata al fin y al cabo de las distintas alianzas que Marx va tejiendo con el propósito de romper con Hegel. En el célebre “Prefacio” del 59 (una de las piezas autobiográficas de las que se vale HG), Marx sintetiza sus hallazgos en relación con Hegel: la sociedad no se

puede explicar por la “llamada evolución general del espíritu humano”. Sin embargo, nos dice HG, los elementos plantados por Hegel en el pensamiento acerca de la sociedad sobreviven en Marx: relaciones éticas, jurídicas, políticas, vida material. Althusser se opondría, claro, a pensar el juego de Marx en términos de “inversión” (ahora la sociedad civil es la que “determina” al Estado), aunque quizás aceptaría, con sus ecos estructuralistas, la imagen de una forma diferente de “combinar” los elementos. Para el Marx de HG, romper con Hegel es en realidad romper con las diversas confusiones en las que incurren sus camaradas “jóvenes hegelianos”. Marx se va distanciando de esas malas lecturas: de Bruno Bauer, de Moses Hess, de Ludwig Feuerbach. Siempre como si estuviera también distanciándose de Hegel, pero es el lenguaje hegeliano —y no otro— el que vuelve una y otra vez. Y vuelve porque hay algo del orden de la dimensión “general” (o universal) del capitalismo que con Hegel se captura mejor que con cualquiera de sus críticos. Ocurre que Marx apuntó sus armas pesadas contra Hegel cuando todos intentaban apropiarse pobremente de él. Pero, como si se tratara de un duelo de caballeros de un tenor superior al resto, cuando Hegel cayó en desgracia fue también Marx quien se reivindicó abiertamente como su discípulo. Lo hizo en tiempos de ediciones de *El capital*, para decir —a HG parece interesarle especialmente la imagen— que Hegel no era un “perro muerto” a quien cualquiera pudiera criticar, sino el descubridor, en la dialéctica, de las “formas generales de movimiento de la realidad”. Así, las fuerzas incontrastables que Marx había desatado en su crítica juvenil a Hegel intentaban ser

recapturadas. Queda sugerido, de ese modo, que discípulo es quien sabe leer —y reescribir— a su maestro “a des-tiempo”, en contra de lo que sugieren las convencionales opiniones de época. Segundo enredo: algunos de los textos que recorren los agitados años europeos (especialmente franceses) que van de 1848 a 1852. Allí, como suele suceder, el *Manifiesto* yace junto al *Dieciocho Brumario*, aun si son textos tan diversos en su estilo, propósito y objeto. Hay que leerlos juntos, pero además leer juntos los equívocos que los reúnen en la pluma de HG. El *Manifiesto* pareciera celebrar el fin de una era: los tiempos de la conspiración dejan su lugar a los tiempos programáticos. El comunismo, ese fantasma que viene del futuro, se corresponde con una idea de “movimiento general” de la historia, mientras que las diversas sectas que abundan entre carbonarios, republicanos e igualitaristas actúan como si ese movimiento general no existiera —pero pueden ser interpretadas, precisamente, a partir de la “inmadurez” de la Historia—. Su tiempo se acabó, pero no es tan difícil detectar que tanto esfuerzo de Marx por darlas por superadas es también la admisión de que algo de ellas sigue operando en la historia (por otra parte, la Liga de los Justos, que luego lo será de los Comunistas, no puede ocultar

**Marx aparece, en el texto de HG, como una figura de búsquedas y afirmaciones fuertes. Y, al mismo tiempo, como un cultor de un pensamiento complejo, nunca reductible a líneas maestras o a determinaciones sencillas. Sin embargo, lo que le interesa a HG no es tanto reconstruir esa complejidad como revisar lo que podríamos agrupar, en su conjunto, como los “equívocos” de Marx. Que no es lo mismo que decir los errores o las equivocaciones.**

del todo que algo hereda de las viejas sectas conspirativas). ¿Constituyen las conspiraciones efectivamente elementos externos a la gran Historia de las clases? Dicho de otro modo, ¿qué peso tiene en la Historia aquello que la propia Historia pretende pensar como un “accidente”? Están las conspiraciones, que Marx detesta, pero también las “derrotas”, que repentinamente constituyen un momento educativo e incluso “necesario” —y vaya si no está aquí la figura hegeliana de la “astucia de la razón” —.

Ahora bien, si con una lectura “sintomática” del *Manifiesto* podemos sospechar que el “movimiento general de la Historia” necesita de aquello que aparentemente no le pertenece, el *Dieciocho Brumario* es la más alta manifestación de este enredo. Se trata de un texto central para la búsqueda de HG, porque allí las “vacilaciones” de Marx toman casi por completo el texto, y el poder que ellas tienen explican la perdurabilidad de esa obra maestra. Marx se propone —lo enuncia en el prólogo— esclarecer un trazo de historia demasiado opaco: explicar desde la dinámica de la lucha de clases la emergencia de un personaje grotesco, Luis Bonaparte, que sus contemporáneos son incapaces de explicar. Y procede Marx a una narración “colorida” (la palabra es de Marx pero le interesa especialmente a HG) de los acontecimientos con una suerte de propósito paradójico: mostrar hasta qué punto la historia asume formas singulares pero de todos modos comprensibles al interior de, “nuevamente”, su movimiento general. Sin embargo —esto también atrapó a Derrida diez años después—, Marx no podrá recuperarse de los fantasmas que libera en su explicación, y la multitud de nombres, adjetivos

y caricaturas terminará tomando el centro de la escena. Marx, nos dice HG, quería explicar el Estado y quería explicar el proletariado. Luis Bonaparte y las decenas de figuras que integran el “lumpenproletariado” venían a funcionar como figuras de lo “accesorio” respecto de esos elementos centrales del movimiento histórico. Pero sucede, finalmente, lo contrario: el libro trata de ellos mucho más que del Estado y del proletariado. El pase de magia está en el hecho de que por esa vía llega a nosotros una de las piezas de análisis de coyuntura más maravillosa que haya entregado el arte de la escritura, plena de determinaciones múltiples, temporalidades cruzadas, posiciones materiales, identidades políticas, fantasías ideológicas y, claro, fantasmas; y todo ello enhebrado con un atrapante arte de la narración. Como si, contra cualquier límpida pretensión, la Historia pudiera explicarse mejor allí donde toma los más absurdos desvíos.

Finalmente, el tercer enredo que nos interesa está en el gesto que da título al texto de HG: Marx y las “señales”. Aquí asistimos a una intervención más explícita de HG en la letra de Marx y por eso, quizás, a un afán más polémico, porque pareciera que el enredo aquí no es tanto de Marx como de los marxistas. La hipótesis que guía el argumento de HG es que existe una diferencia entre la revolución y la señal de la revolución. Misma diferencia, nos dice, que “las apariencias o el fenómeno tienen con la regularidad de las leyes productivas de la sociedad”. Así, la primera pertenece al orden del “movimiento general” de la Historia, incluso a la Razón en virtud de cuya astucia tantas cosas malas suceden. La segunda tiene un sentido más político, el de la chispa (para usar

un término fundamental de la tradición política revolucionaria) que da inicio al movimiento de la Razón. Y que es, por ende, imprescindible, aun si su lugar es más el de la contingencia y la intervención que el de la necesidad y el movimiento. La historia moderna, nos dice HG hablando por Marx, presenta fuertes contradicciones de distinto orden, algunas pertenecen a su “corazón” —la existencia de burgueses y proletarios—, otras son accesorias —la cuestión nacional polaca, por ejemplo—. La revolución como esencia o regularidad se identifica con la primera; la señal de la revolución, en cambio, puede aparecer en cualquier parte.

Este modo de presentar la relación entre revolución y señal de revolución entraña dos intervenciones fuertes al interior del universo marxista, aun si podrían pasar desapercibidas por el tono desacartonado del texto. La primera es que tal distinción no está supe- ditada a ningún ensayo de periodización. Es decir: no habría un Marx del “progreso” que, en algún momento de su itinerario, rompe con tal promesa y pone atención en las recónditas geografías desde las que podría llegar la señal revolucionaria. No. “Esta convicción es un rasgo persistente en Marx”, nos dice HG. Así, toda su obra —periodística, política, histórica, científica— estaría atravesada por la búsqueda de una señal, en Francia, en Inglaterra, en Irlanda o en Rusia. Lo cual nos devolvería la imagen de un Marx cuyo primer plano de preocupaciones es la política, sobre el fondo de una permanente conversación filosófica con sus grandes tesis acerca de la Historia. La segunda intervención está en la relación entre las luchas sociales y las luchas nacionales (“las nacientes asociaciones obreras” y “los movimientos

nacionales redentoristas”, nos dice HG con eco benjaminiano). Aquí HG admite que la contradicción moderna —la que protagoniza el proletariado— “ilumina” las demás, pero insiste en que eso no convierte a las otras en elementos irrelevantes, mucho menos las destina a desaparecer al compás de un sentido de progreso. Las “señales” que Marx persigue toda su vida pueden provenir del centro o de la periferia, del proletariado o de una nación irredenta, lo importante es

tan solo que sean capaces de convocar a la revolución. De fondo, esta es la conclusión importante de HG, la teoría de la Historia de Marx es en realidad la teoría de la coexistencia de diferentes momentos (incluso las llama “edades”) en un mismo proceso que se constituye

no por medio de la igualación, sino, por el contrario, a través de la desigualdad (que podríamos llamar “estructural”), de modo que la tan mentada “cuestión nacional” se gana el derecho a ser señal. HG (como otros lectores de Marx que le son contemporáneos) se deja fascinar por el Marx que observa la situación rusa en sus últimos años de vida. Allí, la “combinación” entre lo arcaico y lo moderno es la inesperada llave de la revolución, pero no solo para Rusia, sino para Europa en su conjunto. De este modo, la apariencia termina de probar su preminencia política respecto de la esencia.

**De este modo, lo que queda sugerido es en realidad una forma de experimentar el marxismo: no como una gran teoría de la Historia ni como un itinerario lineal que recorren las sociedades persiguiendo la necesidad histórica de la revolución, sino como una lectura atenta a todo aquello que interrumpe la potencia arrolladora de esos relatos, pero que en esa interrupción permite, precisamente, imaginarlos.**

Veamos ahora, con más detenimiento, la inquietud que aparentemente articula el texto de HG: “cuánto Marx se acerca a Marx cuando habla de sí mismo”. Leída con atención, hay allí tres Marx (el primer Marx, el segundo Marx y el “sí mismo”), y ni siquiera queda claro cuál —o cuáles— es el sujeto de la frase, qué acciones realiza y qué lugar ocuparían los otros. Antes que intentar descifrar la enigmática frase, preferimos imaginar que su imposibilidad de cierre es un modo de graficar el modo en que engañan las lecturas lineales de Marx, aquellas que no se permiten alzar sus vacilaciones. Lo que importa en este texto no es cuánto Marx se acerca a ningún lado ni encontrar el lugar en el que esos tres Marx se unifiquen en uno verdadero, sino experimentar la potencia teórica que emerge de un juego infinito de espejos que ofrecen imágenes en las cuales Marx “no cierra”. De este modo, lo que queda sugerido es en realidad una forma de experimentar el marxismo: no como una gran teoría de la Historia ni como un itinerario lineal que recorren las sociedades persiguiendo la necesidad histórica de la revolución, sino como una lectura atenta a todo aquello que interrumpe la potencia arrolladora de esos relatos, pero que en esa interrupción permite, precisamente, imaginarlos.

*Karl Marx, el recolector de señales* se cierra con una reflexión que entremezcla dos asuntos muy presentes en Marx: los secretos y el teatro. Marx se obsesionaba por develar secretos, nos dice HG evocando lo que la Comuna dejaba ver por primera vez: “la forma política *al fin descubierta* de la

emancipación del trabajo”. Podemos agregar otros secretos que ocuparon sus páginas más célebres: el secreto del fetichismo de la mercancía, o el secreto de la acumulación originaria o los secretos de la esfera de la producción, entre otros. El teatro funciona como una suerte de “anverso” de la pasión de Marx por develar secretos, pues su recurrencia al lenguaje teatral y a los personajes coloridos no es sino un modo de mostrar la multitud de “hechizos ideológicos” que cada realidad presenta, necesariamente, por delante de sus secretos. En algún caso, incluso, secreto y teatro aparecen juntos: cuando, en el capítulo IV de *El capital*, Marx se propone pasar de la esfera de la circulación a la de la producción para revelar el secreto de la plusvalía que subyace al presunto “paraíso de los derechos del hombre”, lo hace para mostrar cómo cambia radicalmente “la fisonomía de los *personajes* de nuestro drama”: los ciudadanos libres que se encontraron en el mercado se revelan, en realidad, como burgueses y proletarios unidos por una desigual relación de explotación. Lógicamente, lo que le interesa a HG aquí es cómo Marx se enreda cada vez en esos hechizos, cómo nunca “reduce” la realidad a su secreto —aunque le interese descubrirlo— y cómo en esa tensión nos entrega todavía hoy un ejercicio de la sospecha que bien podríamos pensar como una de las formas más altas de la crítica. HG dice al inicio de este texto que su propósito es “permitir que surja una duda”. También, por qué no, podríamos llamar marxismo a eso.

#### NOTAS

1. Hay edición castellana: “Karl Marx, el recolector de señales”, en *Los asaltantes del cielo. Política y emancipación*, traducción de Eduardo Rinesi, presentación de Gabriel Cohn, Buenos Aires, Gorla, 2006, pp. 13-68.



Fotografía: Rafael Calviño.



# Peronismo en la incertidumbre

*Por Juan José Giani*

Acerca de las intervenciones de Horacio González en la revista *Unidos* (1983-1991)

Horacio González escribió regularmente, durante los años ochenta de la “transición a la democracia”, en la revista *Unidos*, editada por un grupo de militantes, intelectuales y escritores de los sectores más renovadores del peronismo, que habían sido jóvenes en los setenta y que intentaban pensar el mejor modo de heredar, al mismo tiempo, lo mejor del legado del peronismo del último Perón (el que entre otras frases había articulado la que se reproducía, debajo del nombre de la revista, en la tapa de todos los números: “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”) y lo más interesante de los nuevos desafíos que traía el liberalismo político avanzado que expresaba la verba original y entusiasmante del doctor Alfonsín. Juan Giani, que era entonces un joven estudiante y militante universitario que, como tantos, se formó leyendo esa revista, elige aquí dos artículos centrales de los varios que escribió González: uno que revisa el legado del peronismo analizando la *Correspondencia* entre Perón y Cooke y otro que analiza la novedad del alfonsinismo bajo la provocadora figura de un “bonapartismo de la ética”.

Es tarea ardua datar el preciso momento en que la vida de una nación muta en sentido irreversible. En el caso argentino la búsqueda de ese acontecimiento primordial encuentra una respuesta menos controversial, pues es en el 17 de octubre de 1945 cuando nuestra fisonomía patria modifica su composición drásticamente. Irrumpe un sujeto que carecía de nombre y toda una estructura simbólica se desbarata, anticipando el conjunto de alegrías y tempestades que recorrerán el cuerpo social del país hasta el presente.

Mucha tinta ha circulado procurando desentrañar ese insólito fenómeno, pero aun así no deja de ser interesante reconstruir sinópticamente las estrategias de abordaje de aquello que irá tomando para siempre el rótulo de peronismo.

La primera de ellas emana del enfado y el desconcierto que prima entre sus adversarios, que desemboca en un enfoque teratológico. Irrumpe una enfermiza malformación política que degrada y/o retarda los límpidos cursos civilizatorios que la república debería retomar prestamente. Sombríos recodos de la personalidad colectiva que se hacen oír de una manera a la vez tempestuosa y desagradable. Hay también allí señales de impostura y fugacidad, pues la excitación de esos bajos instintos de la vida popular proviene del pérfido magnetismo de un líder circunstancial, y de astucias manipuladoras que apelan a la dádiva enajenante. A aquello que en sus inicios carece de clasificación suficiente se le adicionan conceptos para encuadrarlo y en ningún caso resultan amistosos. Fascismo se dirá, con un ojo extraviado que permanece adherido a las ya inserviles inercias de la posguerra. Bonapartismo, pensarán las izquierdas

aplicando con palmaria torpeza la lejana letra europea del fundador del socialismo científico. Populismo, tanteará alguna mirada académica desmedidamente apegada a las teleologías modernizantes.

A esa primera perspectiva, entre despectiva y epidérmica, podríamos incorporar otra, ideológicamente más aséptica y analíticamente más provechosa, que ve en el peronismo una experiencia cuya raigambre social luce irrefutable y debe suscitar por tanto esfuerzos investigativos y más finos talentos sociológicos. Transformaciones durables de la vida obrera, reacomodamientos geopolíticos en un mundo bipolar o reconfiguraciones de la trama productiva son apenas algunos de los trastocamientos impactantes que se dejan ver sobre la superficie de un proyecto político que además se cansa de ganar elecciones. Las ciencias sociales hacen su trabajo y entregan fructífera letra que no implica necesariamente simpatía política.

Nos interesa no obstante aquí un tercer enfoque, que no sería desatinado calificar como ontológico. Es el que rápidamente esgrime Raúl Scalabrini Ortiz, que en el exacto momento en que esa masa irredenta se aposenta en Plaza de Mayo justiprecia su espesura cultural y su musculatura política. Y mientras las voces de la Argentina oligárquica se malquistan con esos rostros, el forjista detecta allí la esencialidad insumisa de un sentimiento raigal. El peronismo no es por tanto ni un accidente de la historia ni una expresión idiosincrática ominosa, sino una solapada antropología de la patria que no podía ser extirpada por la subestimación o la violencia. Su rotunda vitalidad electoral no es apenas resultado del aguinaldo o la Fundación Eva

Perón, sino la consecuencia de una sintonía estricta con la sabiduría profunda del sujeto popular. Eso incluso lo confirman episodios altamente lesivos de nuestra vida política, pues primero la dictadura de 1955 y luego la de 1976 desplegaron distintas estrategias de extirpación del peronismo que sin embargo no pudieron eliminar su impertérrita centralidad.

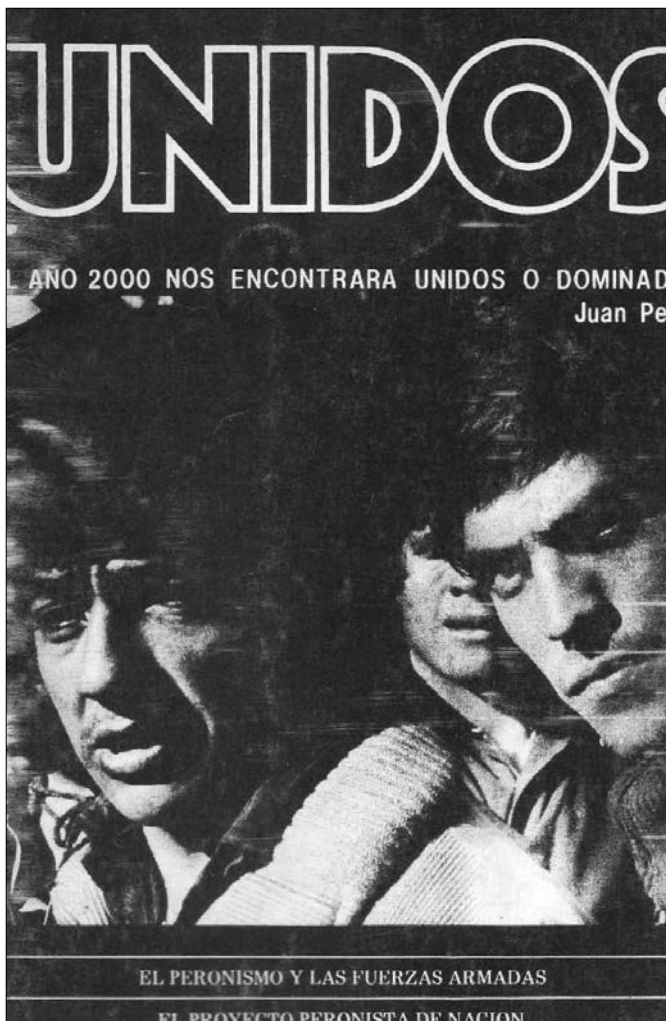
La historia, bien lo sabemos, es reacia a la fijeza de los esencialismos. Ese maridaje en apariencia intocable entre voluntad soberana de las mayorías y envoltura identitaria de marca

peronista queda inesperadamente vulnerado cuando en los inicios de la década del ochenta triunfa en elecciones libres la Unión Cívica Radical bajo el innovador liderazgo del doctor Raúl Alfonsín. Circunstancia tan insólita como plena de misterios, pues la derrota del gigantesco movimiento no viene por la ilegítima imposición de los imperios y las clases dominantes, sino de la inapelable opinión de una sociedad que ahora se le vuelve tajantemente adversa.

Con el paso del tiempo, por supuesto se tornarán con nitidez visible las desgarrantes mutaciones que había introducido la dictadura militar en la argamasa de las conciencias, pero el impacto de aquel resultado llevaba a la consternación y la incertidumbre en las filas de la militancia nacional-popular. Quedaba seriamente alterado bastante más que el diseño de un sistema político.

Era aquella una versión maltrecha y degradada del peronismo, encabezada por un elenco deplorable de dirigentes. La gran mayoría de sus cuadros más combativos habían padecido muerte, desaparición o exilio y la sonora implosión del FREJULI había lastimado simbólicamente la autoestima de su linaje, pero, aun en un tan poco estimulante escenario, un traspié como el ocurrido parecía inimaginable.

Entraba en crisis no únicamente la infalible envergadura de un actor político, sino además un relato sobre el blasón total de la nación y las nevaduras culturales de un pueblo. Las complejidades de ese estrépito no culminan allí, pues el contrincante que se imponía con épica y lucimiento venía a introducir protagónicamente un conjunto de tópicos incómodos para la tradición liminar del justicialismo vencido.



El llamado alfonsinismo no era en principio solo un competidor eficiente, sino el agente fundacional de temas que sucintamente podríamos colocar entre un liberalismo modernizador y una socialdemocracia vernácula. Énfasis doctrinales por cierto ajenos a los humores ideológicos previos al arrasador advenimiento de la dictadura, colonizados por una combinación aguerrida entre nacionalismos jacobinos e izquierdas con deriva insurreccional. Los interrogantes por tanto se acumulaban, pues no solo el talante medular del movimiento vapuleadado en las urnas queda severamente averiado, sino es un completo universo conceptual el que ingresa a un estado de turbación.

Era por un lado un acontecimiento plagado de imágenes reconfortantes, pues el oprobio de la feroz dictadura había felizmente concluido, pero a su vez era enigmático para el confundido peronismo, que debía recomodar todas las piezas de su arsenal analítico. Denunciar un mero espejismo, mimetizarse con las atractivas improntas del ganador o comprender su espesor para iniciar desde allí una autocrítica reconstrucción. He ahí las alternativas disponibles.

En ese peculiar y desafiante contexto toma la palabra la revista *Unidos*. Era una publicación extraña por diversas razones, siendo la primera de ellas el propio nombre seleccionado. Retomaba una frase célebre y premonitoria del General-Conductor, lo que delata por cierto una actitud de veneración por el imán de las retóricas fundantes, y a lo largo de sus páginas esa jefatura será sometida a respetuosas interpelaciones. Y se invoca además un estado deseable de mancomunidad, a sabiendas de que se

avicinaban tiempos de furibundas e insalvables batallas internas.

En segundo lugar, la gramática y el registro narrativo no eran fácilmente encuadrables, pues la revista estaba poblada de arengas militantes e inquietudes por la coyuntura, solo que permeadas por una sofisticación intelectual que invitaba a una lectura serena y reflexiva. El destinatario parecía diverso, pues por una parte buscaba sintonizar con prácticas organizativas de desperdigados grupos de base, pero por la otra procuraba ingresar también al mundo de categorías que circulaba en espacios académicos y de crítica cultural que había florecido con el alfonsinismo.

Sus objetivos políticos eran más bien inciertos, aunque su transcurrir posterior demuestra que nunca estuvo ausente la vocación por intervenir en las rutas institucionales inminentes del movimiento en crisis. Primero sumándose a lo que se conoció como “caferismo” y más tarde dando a luz al Frente Grande y al FREPASO. Esa revista, cuya figura más notoria fue Carlos “Chacho” Álvarez, procuró insistentemente articular afanes teóricos poco habituales en aquella época con incisivas incursiones en lo más candente de la coyuntura.

Hubo en aquellos volúmenes muchas plumas destacadas, pero hoy nos place comentar la del entrañable amigo Horacio González. Su incomparable estilo ya era perceptible en aquellos escritos, aunque definir su especificidad no es tarea tan sencilla. Era una retórica densa, crípticamente insinuante, siempre algo distante de los eventos más recientes, pero a la vez buscando rastrear en ellos pistas sobre las encrucijadas más profundas de la patria.

Si, a modo de ejemplos, Mario Wainfeld nutría su axiomática de la

picaresca jauretcheana, Alcira Argumedo incursionaba en una sociología populista y Enrique Martínez en los ríspidos vericuetos del universo económico, González se destacaba por el uso fecundo y yuxtapuesto de la literatura y la filosofía. Era una urdimbre que luego sería asiduamente la suya, condimentada además con el diálogo provechoso entre las grandes tradiciones del pensamiento nacional y las buenas enseñanzas del influjo cosmopolita. Como así también la interacción entre una mirada épica y una trágica, vocación emancipadora siempre latente aunque interferida por los sufrimientos constitutivos de una comunidad lacerada.

### **El suceso Alfonsín**

Toda la letra analítica que Horacio despliega en aquellos años conlleva una riqueza enorme, pero nos interesa rescatar especialmente dos artículos. Son los más penetrantes, pero además (y principalmente) reflejan las preocupaciones distintivas de esa publicación. La primera de ellas, y así arrancamos, es el intercambio polémico con el alfonsinismo, movimiento inicialmente exitoso y avasallante que ponía a las mentes más lúcidas del magullado peronismo en situación de perplejidad creciente.

La suma de incógnitas era comprensible, pues el presidente electo y un elenco de asesores y adherentes con adecuada formación filosófica reponían con consenso popular añejos temas del otrora archivado humanismo liberal, aunque sin desdeñar ciertas vetas modernizantes con pizcas de solidarismo social. La biblioteca nacional-popular veía con ajenidad y desconfianza

esos entusiasmos, suponiéndolos mero ornamento de renunciamientos ideológicos más profundos.

*Unidos* y también González pendulan con talento pero también con ambivalencia entre recuperar aunque con filtro crítico las prosapias que Alfonsín venía a apartar y justipreciar las riquezas que este nuevo clima cultural introducía en una Argentina desolada por la espeluznante dictadura que acababa de concluir. Es sin dudas sustancial este hecho, pues tanto la resucitada Unión Cívica Radical como las observaciones que destila la revista trabajan al interior de las impugnaciones de esa ominosa e insoslayable herencia.

Queremos decir, el resurgir de las preocupaciones por la irrestricta vigencia de las libertades civiles se introduce a partir de un Estado que venía de acallar, torturar y asesinar, y a su vez el juzgamiento de esos aberrantes hechos implicaba un impetuoso poder disciplinador del que la naciente democracia en parte carecía.

“El alfonsinismo, un bonapartismo de la ética”, tenía por título el emblemático texto que González destinó a desentrañar este problemático nudo, con un pliego de objeciones al rumbo que iban tomando las cosas, pero con la sensibilidad política suficiente para entender en cuanto las mieles y las inclemencias de la época exigían al peronismo repensar su trayectoria también poblada de luces y sombras. El susodicho escrito aborda por supuesto al alfonsinismo como un fenómeno multifacético, pero la mira se coloca centralmente en un balance del Juicio a las Juntas Militares.

Desde ya que a esa acción justiciera es recibida con beneplácito, pero no es tanta la satisfacción al observar la sesgada y menguada carga de historicidad

que desemboca en ese ejercicio jurídico. Se utiliza para este desglose analítico el concepto de “bonapartismo”, que como seguramente recordamos primero lo lanza Marx para describir a un dictador con apoyo de masas que en definitiva refuerza el dominio burgués, y casi un siglo después ciertas izquierdas argentinas lo recuperan para ver en el peronismo un reformismo social finalmente claudicante y engañoso. En definitiva, se trata de señalar entonces cómo una verdad aparente encubre sustantivas corrientes subterráneas injustamente sofocadas.

En el caso de Alfonsín, deberá traducirse como una democratización que pretendiéndose fundacional desmerece las luchas más feroces y turbulentas del pasado, y que al promover (o para promover) un anhelado dictamen institucional sobre los horrendos crímenes de los genocidas, no trata con la debida ponderación las historias emancipatorias que motorizaron la supervivencia de la patria. Prospera una recta normatividad que no puede ser despreciada, pero que al vaciarse sin matices de la carnadura viviente de cruentas biografías termina funcionando como capitulación ideológica.

Por aquellos días, esta estructura de categorías se resumía en un nombre que todavía retumba (“teoría de los dos demonios”), un personaje prestigioso que en algún sentido la vehiculiza (Ernesto Sabato y un texto destinado a quedar adherido a la geografía más honda del devenir nacional (el *Nunca Más*).

Esa tríada funciona con efectos convergentes, pues por un lado permite patentizar y condenar un período abominable de nuestro abolengo nacional, pero por el otro queda apresada por un humanismo abstracto, donde el joven guerrillero queda reducido

a un simple asesino y las víctimas de la represión solo quedan validadas por una aparente y falaz inocencia. La pólvora anuda impropriamente al carnicero de la ESMA al servicio del imperio con el montonero que aun sucumbiendo en más de un serio error pugnaba por horizontes de existencia colectiva mucho más igualitarios.

Horacio se vale como siempre de muy agudas herramientas teóricas, pero agrega una de enormes implicancias. Nos referimos a la imperdible polémica entre Jean-Paul Sartre y Albert Camus, que estalla a partir de la publicación de *El hombre rebelde*, pero tiene entre otras terminales la posición de ambos sobre el derrotero de la guerra de liberación argelina. Las discrepancias que se van expresando son de diversa índole pero la que nos importa aquí es que mientras Sartre afirma que en nombre de una suprema verdad histórica que toma cuerpo de revolución anticolonial bien puede afectarse la integridad de civiles franceses, Camus introduce un equivalente ético universal que toma como valor inviolable la vida indemne de todo sujeto.

**Si, a modo de ejemplos, Mario Wainfeld nutría su axiomática de la picaresca jauretcheana, Alcira Argumedo incursionaba en una sociología populista y Enrique Martínez en los rípidos vericuetos del universo económico, González se destacaba por el uso fecundo y yuxtapuesto de la literatura y la filosofía. Era una urdimbre que luego sería asiduamente la suya, condimentada además con el diálogo provechoso entre las grandes tradiciones del pensamiento nacional y las buenas enseñanzas del influjo cosmopolita. Como así también la interacción entre una mirada épica y una trágica, vocación emancipadora siempre latente aunque interferida por los sufrimientos constitutivos de una comunidad lacerada.**

Es interesante el punto, pues González (y *Unidos* en general) arrastra el impulso que el autor de *El ser y la nada* dejó en los insurrectos militantes de los setenta, mientras que Sabato muestra simpatías por su relegado contrincante

**Es interesante el punto, pues González (y *Unidos* en general) arrastra el impulso que el autor de *El ser y la nada* dejó en los insurrectos militantes de los setenta, mientras que Sabato muestra simpatías por su relegado contrincante para dotar al alfonsinismo de una envergadura cultural que lo entroncaba con lo más granado del humanismo contemporáneo. Por supuesto que el asunto es urticante, y los veredictos no pueden ser concluyentes, pero**

en cualquier caso aflora el delicado equilibrio que intenta explorar Horacio. Pues por un lado no se muestra dispuesto a despreciar a las mejores voces de ese humanismo, pero por el otro no admite que en su nombre se arroje al baldío del puro malentendido los aguerridos ahíncos emancipatorios de las experiencias militantes que lo tuvieron a él mismo como enjundioso protagonista.

### Llega Cooke

Arribados a este punto, encontramos una apropiada desembocadura para el otro gran tema que atraviesa la revista, y desde ya el periplo intelectual completo del amigo Horacio González. Es bueno recordar aquí que el grueso de sus miembros provenía de la denominada izquierda peronista, luego reconvertida, en el caso de la mayor parte de ellos, en una participación en la Juventud Peronista Lealtad. Dicho de otra

manera, una perspectiva revolucionaria de ese movimiento, que no obstante se distancia de Montoneros cuando dicha organización colisiona con el liderazgo rector del general Perón.

Las dignas memorias de combate cuestionan la sumaria condena que sobre ellas descargaban algunos consagrados voceros del presidente Alfonsín, pero tampoco era admisible remontarse a ellas con candor o autoindulgencia, vistas además tanto la derrota del 76 como la del 83. Y ese balance exigente no podía eximir al propio general Perón, que aun en su irremplazable vigor mítico había caído en tropiezos respecto de los cuales ya no cabía ser condescendiente.

González transita entonces un territorio en el cual se yerguen dos complejidades teóricas. La primera de ellas, cuánto de vigencia conservaban las inspiraciones más radicales en un tiempo ahora jalonado por los climas más tibios del republicanismo liberal. Y la segunda, en qué medida el peronismo defectuoso de aquel presente toleraba como lubricante sanativo el diccionario liberacionista que había cimentado las pujas de los setenta.

Ese cúmulo de fecundas incertezas se dejan ver en su artículo “Revolución en tinta limón”, cuyo eje excluyente es la relación provechosa y oscilante entre el general Perón y John William Cooke. Ese vínculo adquiere morfologías varias, pero aquí sensatamente se privilegia la llamada *Correspondencia*, punzante esgrima argumental que durante aproximadamente diez años permite escuchar las dramáticas alternativas que se barajan para intentar el retorno a la patria del presidente arbitrariamente depuesto.

Es palpable la seducción que sobre Horacio ejerce la figura de Cooke,

difícilmente equiparable con cualquier otra. Ese atractivo es comprensible, pues allí se condensa el dilema que a cada paso circunda las cavilaciones del amigo al que homenajeamos en estas breves pero muy sentidas líneas. Queremos decir, la insoslayable densidad cultural de un movimiento de masas que sin embargo suele exhibir facetas que desagradan, y la potencia simbólica de un líder que no siempre exhibe rostros aceptables.

En la *Correspondencia* estas cordiales tensiones se reflejan tanto cuando hay que calibrar la intensidad y el sentido de la Resistencia, como cuando tras la Revolución cubana urge definir con mayor precisión el vínculo entre Perón y Castro; vistas las renuencias que parecen surgir para alimentar el proyecto nacional-popular argentino con algunos ingredientes del marxismo insurreccional.

El artículo repone con talento luego nunca igualado el tono exacto de eso que paulatinamente se torna una respetuosa pero sincera polémica. Con Perón sosteniendo la importancia de una autoctonía doctrinaria y un frenetismo ancho de liberación, y Cooke tratando de anudar al peronismo con los trazos más generales de la historia, apartando a los burócratas y bebiendo de fuentes teóricas menos conciliatorias.

Mirada con serenidad, la controversia arroja moralejas cargadas de melancolía, pues ambos compañeros navegaban en un error compartido. Tanto el tercermundismo antiimperialista como los marxismos soberanistas imaginaban una historia infaliblemente orientada a generar un mundo con

incremento incesante de las igualdades. Eso, ya bien lo sabemos, de ninguna manera ocurrió. El nefasto huracán que combinó dictaduras militares y ajuste neoliberal recordó de la forma más agria el poder subsistente de un enemigo que se supuso ingenuamente en irrevocable retirada; y todos los neo-historicismos liberacionistas sufrieron heridas filosóficas y políticas de efectos hondamente perdurables.

No sería aventurado ver allí una posible imbricación entre los dos artículos que comentamos. El naufragio del *ethos* cookista como preparación impensada del auge efímero pero no por eso irrelevante de las cautas exploraciones republicanas del doctor Alfonsín.

Cierto sesgo trágico se transpira, y en algún sentido marca la obra entera de González. El polémico tándem Perón-Cooke no pudo prever ni detener el triunfo final del cerco imperialista, y los esmeros de la revista *Unidos* languidecieron en el mismo momento en que sus genuinos impulsos renovadores quedaron involuntariamente subsumidos en ese episodio desgraciado llamado menemismo.

Estilo trágico muy singular sin embargo el del compañero González. Pues nunca lo llevó al cabizbajo pesimismo de la impotencia sino a la conciencia crítica del intelectual comprometido. Y a cada uno de nosotros, sus atentos seguidores, siempre nos dio sabias lecciones acerca de cómo lidiar con los costados más insondables y oscuros de la historia aportando una luminosidad que nunca hay que imaginar definitiva.



# Momentos de *El Ojo Mocho*

Por Alejandro Boverio, Darío Capelli y Matías Rodeiro

Acerca de la revista *El Ojo Mocho*  
(1991-2008)

Horacio González cargaba ya con la experiencia de haber participado de los grupos editores de las revistas *Envido* y *Unidos* cuando emprendió, con un grupo de “muchachones y chiquillas”, la experiencia de pensar los tiempos de oscuridad que se abrían a inicios de la década de los noventa en las páginas de *El Ojo Mocho*. Hoy nos resulta difícil pensar esa época (que está alojada en el pasado sin dejar de disparar sus dardos envenenados desde allí hacia el corazón de nuestro propio presente) sin esa revista, que tomó todas las palabras de la época para examinarlas y criticarlas. Al fin, eso y no un conjunto de consensos es una época, dicen los autores de estas páginas, que hoy continúan con la tarea de editar aquella revista, que nació hace veinte años en un aula destartalada, en un tiempo que todavía no termina de saber si es otro.

## Rumbo a peor

“Esta revista nació en un aula...”. En un aula “medio incendiada” de una de las sedes por las que han transitado la Facultad de Ciencias Sociales y la errante carrera de Sociología de la UBA. Un aula de la sede *Marceloté*, antigua maternidad, en la que se dio a luz a aquella revista en 1991. Aquí cometeremos una doble injusticia: de esa empresa colectiva que agrupaba a “muchachones y chiquillas” (en el número inicial se anunciaban: González, Rinesi, Ferrer, Vernik, Kievsky, Daleo, Galende, y en su devenir la revista fue cosechando una amplia y heteróclita cantidad de nombres y variando su grupo editor, con una segunda etapa incluida y vigente), solo haremos pie en algunos momentos o mojones significativos. Y dentro de ellos, solo destacaremos una parte de la huella de Horacio González.

Siguiendo la letra del primer editorial: “Palabras del espacio 310” (por el número del aula en la que todo empezó), conocemos los propósitos de esta revista que unía a generaciones de estudiantes y profesores y era lanzada al ruedo bajo el signo de un título tremebundo: “¿Fracasaron las ciencias sociales?”. La pregunta aunaba dos núcleos invariantes de las preocupaciones de González: las *ciencias sociales* —y frente a ellas la incomodidad, la inadecuación, la disconformidad— y el *fracaso*, palabra que, en su asociación con los naufragios y los reveses, acosa —por dentro y por fuera— a toda vida, a todo proyecto histórico-político, a toda aventura cultural sometida a la corrosión del tiempo, que lo destruye todo.

No obstante, las etimologías de *fracaso* la llevan y la traen hacia nociones como las de quebrar algo en pedazos,

romper, agitar, discutir, sacudir o percutir. Esas resonancias de *fracaso* (de las ciencias sociales) arriman la palabra a otra de las preocupaciones y de las invariantes en la huella gonzaliana que anuncia la naciente revista: la *crítica*. *El Ojo Mocho. Críticas & Tribulaciones* fue el título de la publicación, cuyo segundo número llevaría en su frente la pregunta: “¿Se acabó la crítica cultural?”. Y para completar la glosa de la titulación originaria aparece la *pena extraordinaria* que significan las tribulaciones. Y subrayamos e insistimos: “La sociología fracasó en su anuncio de un mundo social renovado”. Ese fue su primer diagnóstico y el lema de su convocatoria.

## Hombres en tiempos de oscuridad

El anunciado *fracaso* de las ciencias sociales (que en 1988 levantaba los pilotes de su institucionalización en la UBA) se pronunciaba sobre los escombros del Muro de Berlín y de las recientes promesas democratizadoras y *modernizadoras* del alfonsinismo, cuyo desplome, empero, usufructuó, gambeteando a propios y extraños, el menemato, criatura facúndica de disfraz plebeyo pero rápidamente descubierta, adoptada, adiestrada y alimentada por el Consenso de Washington y por el conjunto de saberes que lo imponían como lengua franca. Entre ellos, según el señalamiento gonzaliano, la sociología, cuya memoria crítica resultaba fácilmente deglutida por el diccionario tecnoburocrático del *canon de tasación* y los patrones de acción del *ethos burocrático*. “De una crítica al mercado llegamos por fin al mercado como ideología ventrílocua del experto sociológico”. La sociología empalmaba su

habla con la de una nueva dirigencia política que la reclamaba en la figuración de analistas electorales, sociólogos de intención de votos y armadores de campañas a través de las suturas de instituciones y sensibilidades.

Son el último eslabón de la teoría política, el *non plus ultra* de una ciencia social fenoménica, basada en un sujeto consumidor, en una racionalidad instrumental y en una hipótesis motivacional microfísica y ultraempirista. Por un lado, estos “encuestadores del mercado de la intención” son el polo subjetivo de la nueva clase política en formación. Por otro lado, representan la cristalización de la sociología en un último estadio a-crítico, verificacionista y tecno-instrumental... La Sociología del Orden ha nacido. Tiene sus raíces entre nosotros.

Lengua de correspondencia y adecuación, es decir, menguante en la *pasión de la crítica*.

El *fracaso* anunciado por la revista apuntaba contra el nuevo orden neoliberal, pero enfrentarlo suponía previamente desmontar los fundamentos sociológicos del alfonsinismo, que en su avatar no duraron ni un *round*: se trataba de pasar por las armas de la crítica las distintas vertientes de las teorías de la transición democrática, que exigía abandonar los *esencialismos* y dejar atrás *al pasado*; tradúzcase: los populismos, los marxismos, los indigenismos, los antiimperialismos. Y el peronismo.

Sin embargo, el fracaso del que hablaba el nuevo proyecto editorial arrasaba un pliegue de un fracaso anterior. Nunca terminaremos de medir lo que implicó el hachazo de la última

dictadura ni de sopesar el *fracaso* de las experiencias revolucionarias, que entre otros saldos abrió un hiato que suspendió conversaciones y querellas y que ese primer número de la revista buscaba suturar. Al menos rememorando una experiencia que aparece en las conversaciones con Portantiero y con Argumedo. “¿Te acordás algo más de esa huelga del 63 a la materia de Metodología que daba Regina Gibaja?”, le pregunta HG a su amiga Alcira. Se trata de la evocación de los vivaces días de la carrera durante su paso por el edificio de la calle Independencia. O luego, el duelo entre las Cátedras Nacionales y las Cátedras Marxistas, que tuvo a González, Portantiero, Argumedo y Landi como animadores. O la querrela por Montoneros.

Esas entrevistas parecerían querer retomar aquellas conversaciones polémicas, como si en 1991 el tiempo se hubiera descongelado, pero sabiendo que lo que se descongelaba ya no era lo mismo. ¿Cómo pensar esa mutación? Sobre eso *El Ojo Mocho (EOM)*, muy probablemente González, le preguntaba a Portantiero:

Pero allí hay una cuestión que por lo menos a mí siempre me resulta difícil de resolver. Es cierto: decimos “este es mi proceso y aquí están mis mutaciones”, pero en el diálogo con quienes observan esas mutaciones con cierta sorpresa, siempre se producen inconvenientes. Y tal como aquel personaje de Sartre de “Las manos sucias”, uno se encuentra con que no sabe qué hacer con su pasado biográfico. En ese sentido, la pregunta sería algo así como cuáles fueron los métodos o interrogantes con los que vos hacés esas revisiones.

Esta pregunta (punta de un posible proyecto de investigación ético-política para refundar las ciencias sociales) surgía de la respuesta inmediatamente anterior de Portantiero:

parte de esa generación —vos nombraste a de Ípola, también Aricó, una pila de gente—, que en los años setenta actuamos más o menos juntos, discutíamos mucho. Nadie sabe, o nadie tiene por qué saber, qué estábamos discutiendo en México [...] Durante ese tiempo sacamos una revista, *Controversia*, con Casullo, Toto Schmucler, Caletti, yo, Emilio, Aricó [...] Todo ese debate aparece aquí cuando nosotros llegamos, pero nosotros ya lo habíamos procesado. Si, efectivamente, hay una sorpresa, es porque la fotografía mía y la de todo un grupo estaba congelada en el año 73; bueno, nadie tiene la culpa de que hayan pasado 11 años en los que hicimos la rediscusión de toda la cuestión política e intelectual argentina.

Portantiero daba por procesada la discusión: época superada y salto de página en el archivo. La actualidad de ese entonces, alegaba el decano de la facultad, alcanzaba para *crear instituciones*. Y tras ese juicio categórico respecto de *su* pasado (y presente) hacía que su interlocutor apareciera como un fotógrafo de barrio quedado en el tiempo, fuera de foco. Pero el problema, parecía señalar González, es que esa discusión —quizá ninguna, pero sobre todo esa— no se había clausurado, acaso ni siquiera se hubiera planteado en toda la dimensión y profundidad en que necesita(ba) ser planteada.

Ese *tema* (lo que queda entre las épocas, los restos y desechos de sus *fracasos*) vuelve a emerger con fuerza en lo que

será otra marca de la primera época de la revista: las reseñas. En una de ellas, en este número que repasamos, González abismaba y afilaba lo que le preguntaba a Portantiero discutiendo con *Nuestros años sesentas*,

de Oscar Terán.

“Probemos considerar una época como un sistema de ecos... ¿Cuál es el límite de una época? Muy sencillo, el borde de todos los ecos, la última repetición empleada para esparcir una gama muy diversa de temas...”, firmaba HG.

Para insistir con el *tema*, “ciertas polémicas

no están encarpetadas en nuestro irremediable pasado”, ni siquiera o sobre todo la relativa a la “violencia de las pasiones ideológicas”, que evocaba la opción por la sociología armada y el destino de algunos de sus compañeros desaparecidos (Marcos Schlasser, Daniel Hopen, Roberto Carri), y nunca y sobre todo la que punza para preguntarnos por lo que fuimos-pensamos-hicimos desde la *mudanza de climas históricos*.

González llamará a ese no (poder-deber) *encarpetar* el pasado (ni acomodarse enteramente a los presentes) tragedia, ética trágica. Condición existencial y epistemológica o virtud necesaria para el ejercicio del pensamiento crítico, cuya raíz cognoscitiva —dirá en el eco de otra de las invariantes de su huella— es la misma que la del pensamiento trágico.

***El Ojo Mocho. Críticas & Tribulaciones* fue el título de la publicación, cuyo segundo número llevaría en su frente la pregunta: “¿Se acabó la crítica cultural?”. Y para completar la glosa de la titulación originaria aparece la *pena extraordinaria* que significan las tribulaciones. Y subrayamos e insistimos: “La sociología fracasó en su anuncio de un mundo social renovado”. Ese fue su primer diagnóstico y el lema de su convocatoria.**

## Pensamiento trágico y pensamiento social

Aquel número inicial de los *fracasos* cerraba su primer editorial apostando y convocando a “darle otra textura ética y científica a las ciencias sociales [...] Ciencia, conjunto dialogado de saberes críticos, es lo que aparece cuando el sujeto, las instituciones y el mundo de la vida se dejan dominar por el asombro de lo ya creado y la alegría de lo imprevisible”.

El diálogo polémico entre saberes críticos y generaciones, el asombro, la alegría y la creencia en otra posibilidad remiten a otra de las dimensiones de la

huella gonzaliana: la dialéctica. Así, sobre, desde o con las ruinas de los *fracasos* de las ciencias sociales, aquellas “Palabras del espacio 310”, escritas desde un aula medio incendiada, apostaban a reconstruirse con los hilos de la historicidad y desde una nueva vuelta sobre (y

más allá de) sí mismas. Ontología crítica entonces que nombra a “un ‘ser puesto en cuestión’. ¿Fracasó la sociología argentina? [...] Una respuesta se podría obtener buceando en la historia de la carrera de Sociología de la UBA”. Y en el copete que introduce los *diálogos* del número (con Portantiero, Argumedo, Landi y De Ípola), leemos: “Acaso es tiempo de que los saberes sociológicos [...] vuelvan críticamente la mirada sobre sí mismos, reflexionen sobre su propia historia y no esquiven

el picante bulto de la pregunta por la posibilidad de su propio fracaso”. La conversación con Portantiero abría el número. En la retirada se imprimía una notable despedida para el entonces recién fallecido José Aricó, cuya muerte no evidenciaba fin de ninguna historia ni clausura de época alguna, sino obligación de recomienzo a través de su lectura, como *lectores preocupados*.

Entre los restos de los fracasos, el diagnóstico de la nueva revista entreveía a miles de sociólogos recibidos en oleadas anteriores y futuras: “cumplen con su inscripción en algún lugar de la red estatal desmantelada o de las más diversas instituciones, acunados por la insistencia de que se tomen en serio esta vieja ciencia desflecada. Ellos son una reserva transformadora”. Así nacía, en un aula, *EOM*, una nueva revista imaginada “para insistir, pues, con un viejo tema”.

## 2001: razón de la polémica, polémica de la razón

Tiempos de oscuridad, *ethos* burocrático y fracaso: tal el paisaje de las ciencias sociales que forzó la fundación de *EOM*. En el reparto de responsabilidades no es posible distinguir causas de efectos ¿Quién podría negar que la oscuridad de los tiempos haya precipitado el fracaso de las ciencias sociales y su deriva en *ethos* burocrático? ¿No se puede acaso afirmar también lo contrario: que el fracaso de las ciencias sociales —precisamente por su devenir burocrático— haya sido una de las causas que oscurecieron los tiempos? Y más urgente: ¿Hay salida? ¿Cuál? ¿Cómo interviene en ese escenario el campo productor de ideas?

Para el año 2000, otra revista cultural, *El Rodaballo*, veía con expectativas el

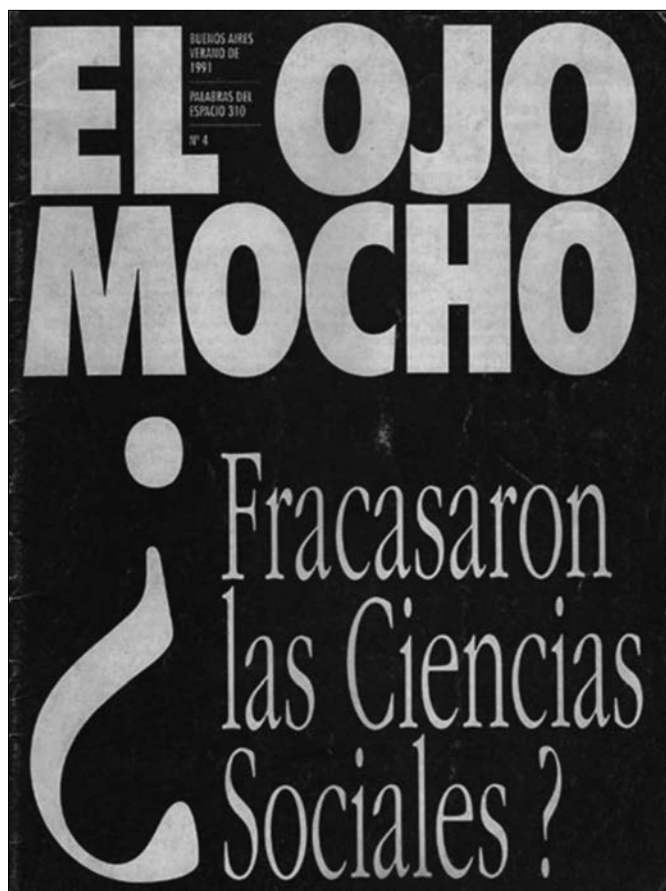
**González llamará a ese no (poder-deber) *encarpetar* el pasado (ni acomodarse enteramente a los presentes) tragedia, ética trágica. Condición existencial y epistemológica o virtud necesaria para el ejercicio del pensamiento crítico, cuya raíz cognoscitiva —dirá en el eco de otra de las invariantes de su huella— es la misma que la del pensamiento trágico.**

movimiento anticapitalista de escala global que había emergido a partir de la movilización en Seattle contra la OMC. Los editores y articulistas de aquella publicación consideraban la posibilidad de dotar a la resistencia con una nueva racionalidad no instrumental capaz de alumbrar futuros senderos de liberación. González, desde el número 15 de *EOM*, entablará la polémica: no hay racionalidad válida ni perspectiva de salir de la oscuridad sin pensar la Nación, el Pueblo y todo su lastre histórico. Al número siguiente, *EOM* publica la réplica de Ezequiel Adamovsky, quien en su defensa y la de sus camaradas rodaballenses recoge el guante y le cuelga a Horacio etiquetas de metafísico y oscurantista. Hablamos de una polémica entre revistas (también *La Escena Contemporánea* participó en esos debates) durante 2001. ¿Era una discusión propicia para ese tiempo de derrumbes? ¿Fue ese el modo de intervención que ejerció el campo intelectual desde las revistas culturales cuando la sociedad argentina estaba a punto de producir uno de los acontecimientos que más sacudiría su historia contemporánea? En ese sentido, de las intervenciones de González no puede nunca decirse que sean una *intentio recta* de abordaje sobre la realidad. Al contrario, su método es *intentio obliqua*, pues no se puede pensar la coyuntura sin sus pliegues históricos ni las esperanzas que alberga. Sucedió así el 19 y 20 de diciembre. Mucho podemos decir sobre sus causas y azares. La polémica del momento fue si el sujeto de aquellas jornadas de levantamiento social era el pueblo o la multitud. Lo innegable es que el nombre de la Argentina volvió a corearse ya no simplemente en un estadio de fútbol sino en las adyacencias del

Cabildo. González, en su modo de pensar desde el corazón mismo del mito, al cabo, tuvo razón.

## 2008

En el invierno/primavera de 2008 se publicaba el número 21 de *EOM*, que en ese entonces llevaba por subtítulo *Revista de Crítica Política y Cultural*. En su trayectoria, la revista se había ganado un lugar de consideración fuera de las aulas. Se distribuía en kioscos de diarios y revistas de Buenos Aires y en un amplio circuito de librerías del país. Y su escucha incluso se animaba a cruzar algunas fronteras. González, Rinesi, Ferrer, Kang, Korn,



López, Martínez y Vernik conformaban al grupo editor; fue el último número de su primera época. Y la revista tenía en su centro una sustanciosa conversación con Daniel James. 2008. Otro año terrible. Atravesado por la crisis financiera mundial que reconfiguraría al capitalismo contemporáneo. Y en nuestras pampas, por el llamado “conflicto con el campo”, acontecimiento que reconfiguraría el diagrama de fuerzas e identidades políticas de nuestra historia reciente. Las “Palabras del espacio 310” (“Los hechos y los símbolos”) absorbían el drama de la hora agitado por *el boicot agropecuario* que jaqueaba al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, nombre curiosamente ausente en los textos que glosaremos a continuación (salvo por una *oblicua* excepción relativa a una crítica a los intelectuales “anticrispación” o al reconocimiento de “una revitalización de la política por poner en su centro temas conflictivos”). El avance sobre la dama, sin embargo, se intentaba leer desde una lente mayor a la del tablero, particularmente a través de la noción de *formato*. Palabra acuñada para dar cuenta de un ente interpretador del mundo cuyo poder era irradiado desde los dispositivos tecnocomunicativos que incluían al nuevo poder mediático pero lo trascendía al comprender “modos operativos, sistemas representativos, ideología de la no ideología”. Así como anidar en el “quebrantamiento del discurso político”. Otra vez, al nivel de un *fracaso*. “Una medida del fracaso argentino puede verse entonces en el estado semi-ruinoso de sus utopías de superación social”. El *formato* conformaría así no a un ente sino a una especie de a priori ético-político de la época “que indica no solo cómo hablar sino qué hay que

comprender”; y que además se alimentaría con el “trazado pulsional de la época”, producido por él mismo.

El áspero diagnóstico editorial miraba a la alianza mediático-ruralista que perfilaba una nueva configuración del rostro de las perennes derechas, pero no dejaba de interrogar también al campo propio, arropado con las ideas y los símbolos de lo nacional y popular, aunque seducido por una insistencia en un *desarrollismo* remozado por una nueva etapa de la promesa *ciencia-técnica* cuyos cantos de sirena, sugería el grupo editor, bien pudieran unir por el revés de trama aquello que se pretendía combatir: “polos petroquímicos, industrialización del agro [...], o bien biocombustibles, pantallas planas, digitalización, semillas transgénicas, sociedad del conocimiento”. Y aún más contraproducente, una falta de meditación sobre el campo propio, sobre sus formas de nombrarse, de pensar sus “modos de interpretar y rodear con imágenes y conceptos a los hechos”; es decir, de no pensar la configuración singular de la crisis y el conflicto, advertían los editorialistas, podría llevarnos a creer que “los nombres dados son adecuados o las interpretaciones circulantes las más apropiadas y que solo se debe procurar los modos de aplicar las estrategias derivadas de ellas”. Eso sería ser subsumidos por la lógica del *formato*.

Decíamos que el número de la revista contaba con una gran entrevista al historiador británico (marxista y obrerista) del peronismo Daniel James, que era seguida por un ensayo de González, “Los lenguajes del conocimiento en la investigación social”, que se preguntaba qué significa investigar, a propósito del libro de James *Doña María*, en una serie que incluía en un mismo plano

de consideración el pensamiento pictórico de Daniel Santoro, sendos trabajos de Pablo Semán y Denis Merklen sobre las culturas populares y, por contrapunto, el libro sobre Barón Biza de Ferrer. Con una mano pasaba barniz destacando los hallazgos de cada obra, con la otra pasaba aguarrás haciendo algunas marcas o enmiendas críticas. En el vaivén también pasaba y repasaba, en la obra de Ernesto Laclau, la noción de pueblo. González buscaba una concepción del pueblo que no fuera oprimida por los conceptos y sugería que en sus diálogos con María Roldán James acaso la rozaba: “Desde su propia decisión metodológica, va al encuentro de otra cosa [...] una hipótesis de amistad clásica del intelectual” con su otro-yo social encarnado “en una vida que se yuxtapone y se diferencia con la de él de diversas maneras”.

La revista tenía una posdata colectiva que, ante aquel instante de peligro —que no cesa—, exhortaba:

Reconstrucción del pueblo argentino: hay que saber por qué se discute, además de por los sistemas tributarios, los diferendos por la renta y la recreación de la realidad por los medios de comunicación. Se discute qué es el pueblo argentino [...] Con todo cuidado deberemos entrar en este debate mostrando que hay una filiación de esperanza que hace dos siglos viene definiendo el pueblo argentino en su diversidad y transfiguración. Y que para esta idea, que nutre el conflicto nacional, no hay reemplazo, no hay permuta del productor apolíneo que pretende emanar de interés alguno, respecto a la imperfecta pero necesaria noción de pueblo argentino, que toda época debe reconsiderar y construir.

### Insistencias

¿Qué es una revista sino una interpe-lación a la época? Modo de escritura urgente pero, a la vez, a distancia de la actualidad de los periódicos. Una revista evalúa coyunturas y esa evaluación es, necesariamente, *en situación*. Pero se eleva un poco más con respecto al día a día y busca señalar un panorama, un horizonte desde donde ejercer el pensamiento. Y pone el tiempo propio en palabras. Una revista es un lugar de emplazamientos de escrituras que entretejen nombres para la época. Preguntas, cuestionamientos, críticas. Todo lo que se escribe en una revista permanece abierto como una interrogación en medio de un movimiento. Y esa interrogación también se dirige hacia sí misma. Es el trabajo permanente que está en la base de su modo de ser. El trabajo cíclico de una revista,

que es volver una y otra vez sobre lo mismo, rumiándolo, está en su etimología. La revista *vuelve a ver* una y otra vez los mismos problemas que cree están en el centro de una época. A su manera los titula y es desde allí que podemos hacerla inteligible. Coincide por otra parte con la gran cuestión intelectual: ¿cómo hacer inteligible una época?

Durante el siglo XX las revistas fueron las grandes aglutinadoras intelectuales. Las revistas fundan y son expresión de comunidades críticas. Hombres y mujeres que ponen en entredicho su

**¿Forma parte una revista de su época? En la medida en que ella misma la cuestiona y la interroga, invierte y metamorfosea sus temas centrales, es el linde mismo de una época, el que a su vez la hace posible. *EOM* nació en tiempos de oscuridad, al comienzo de los noventa, e hizo de esa oscuridad un problema.**



tiempo. De *Les Temps Modernes* y *Con-torno* a nuestros días, las revistas han sido centros de intervención intelectual desde el compromiso político del ejercicio de la crítica. *EOM* no escapa a ese movimiento: por el contrario, lo considera como el más propio. Un ojo que no se pone por encima de los problemas que acomete, como si pudiera ser exterior a aquello que evalúa, sino que se asume como parte de ese barro farragoso que es la historia. El compromiso, bien entendido, es estar comprometido con la época.

En un interesantísimo texto en el que González vuelve sobre la revista *Qué*, se pregunta justamente qué es una época:

Sin dudas, una dicción recíproca extendida en el tiempo, un conjunto de actos de simultaneidad inmediata o postergada, un perímetro de referencias cruzadas —tácitas o intencionadas—, una esfera de citas correlativas y de diálogos incorpóreos imaginarios o manifiestos, pero nunca retenidos más allá de un contorno que los convierte en significativos.

Pocas veces aparece la expresión “sin dudas” en la escritura gonzaliana, puesto que todo su pensamiento es una permanente y profunda vacilación, pero lo que ese “sin dudas” mienta es lo que normalmente se entiende por época, algo que de alguna manera se acepta como lo dado. Sin embargo, allí no se agota una época, por eso luego avanza en su especulación y en ella podemos encontrar otra clave para entender el conjunto del pensamiento de González: “Una época es la libertad intelectual para invertir el signo

de sus mismos vocablos centrales y no necesariamente la atmósfera cultural común que impregna todos esos vocablos. Entonces, una época es metamorfosis: ese suspenso de lo que se va tornando su contrario”.

El pensamiento tiene entonces que tomar lo dado de ese conjunto de diálogos y citas que engloban una época para poder subvertirlo y así alcanzar a ver acuerdos secretos en las manifestaciones opositoras, arrancar conceptos a las derechas en favor de las izquierdas, encontrar tensiones en lo aparentemente convenido. Una época entraña en sí misma, en su subsuelo, la potencia liberadora que la constituye y el pensamiento debe tender hacia ella. ¿Forma parte una revista de su época? En la medida en que ella misma la cuestiona y la interroga, invierte y metamorfosea sus temas centrales, es el linde mismo de una época, el que a su vez la hace posible. *EOM* nació en tiempos de oscuridad, al comienzo de los noventa, e hizo de esa oscuridad un problema. La interrogación permanente de González, quien ya había sido parte de otras revistas —*Envido*, *Unidos*—, lo llevó a propiciar la creación de una nueva revista para pensar colectivamente una época. ¿Esa época es también la nuestra? Algunas líneas continúan y otras se han cerrado. Es lo que en 2011 hemos intentado plantear en el primer número de *El Ojo Mocho*. Otra vez, también alentados por el entusiasmo de González, veinte años después del primer número. Si entonces la revista se interrogaba si habían fracasado las ciencias sociales, veinte años después la nueva revista abría con la pregunta: “¿Nueva época?”.



Fotografía: Ediciones BN.

# Fogwillianas

*Por Rodolfo Fogwill*

Acerca de *La ética picaresca*  
(Buenos Aires, Altamira, 1992)  
y *Restos pampeanos*

El procedimiento de la crítica profesionalizada, recurrente en ademanes burocráticos, al insistir sobre la valoración de los aspectos formales de los textos, su estructura interna, su función y los recursos técnicos utilizados, no solicita un lector activo ni violenta la situación en la que se inscribe un texto. Todo lo contrario ocurre con Fogwill, cuya analítica despiadada, que nunca se ciñe a las estructuras sintácticas sin dejar de considerarlas, ocasiona en el lector un estremecimiento, una vibración capaz de concitar una incomodidad infrecuente. Su prosa es filosa y se torna vertiginosa, produciendo un sacudón veloz que nos deja estupefactos. Así trató Fogwill a *La ética picaresca* de Horacio González, trazando una cartografía de circunstancias heterogéneas que concurren o circundan el texto, y también *Restos pampeanos*, sin dejar, en ambos casos, de servirse de toda clase de astutos ardidés y retóricas para reforzar sus propias argumentaciones.

## Gritos equivocados

Artículo publicado en *El Ojo Mochó*, año 3, nro. 3, otoño de 1993.

No hay una ética picaresca. Hay un comportamiento pícaro que es reducible y/o tributario de inscripciones ancestrales que pueden rastrearse hasta en las formas menos organizadas de la vida animal. Precisamente, comentando esta tesis doctoral de González que sostiene que ya no hay filosofía argentina, evocamos la tesis doctoral de José Ingenieros, uno de los primeros intentos de construir una etología de la simulación. Esa mariposa de la Mesopotamia que parece una flor, pero que ante la cercanía de un ave —un ruido entre las ramas, un olor o vibración que revele la presencia de un animal superior de sangre caliente— despliega sus alas y exhibe dos “ocelos” que replican la mirada iracunda de David Viñas, es eficaz a condición de que existan animales superiores, con visión binocular y dispositivos de indicación de la voracidad y la ira tan desarrollados como los del autor de *Los dueños de la tierra*. En un mundo en el que no existieran piedritas grises, no habría bichos bolita, y si los hubiera, de nada les serviría apelotonarse no bien uno levanta la laja bajo la cual tienden a prosperar sus colonias. En un mundo sin Bien, el dispositivo pícaro —que González insiste en reducir a la “figura” [sic] del pretexto— no tendría sentido. O, peor, no tendría el sentido instrumental perseguido por los sujetos. Este puede ser el síntoma terrible que señala la lectura de la tesis de González: el diagnóstico del advenimiento de un mundo sin Bien, en consecuencia sin Mal. Un mundo sin capacidad de juzgar, un mundo de conciencias

limitadas al ejercicio estético de discriminar simulaciones bien y mal conjugadas, y al ejercicio político de vigilar y castigar las simulaciones ineficaces. A la hora de la crueldad, sería posible argumentar que el libro que trata de acotar este advenimiento se agrega disciplinadamente a la cadena de sus síntomas. De una larga serie de indicadores destaco tres rasgos que sostienen esta afirmación. En primer término, su subordinación al pacto universitario. González es demasiado inteligente, o cuenta con un gusto estético refinado al que no sabe renunciar, como para incurrir en un *paper* doctoral. Sin embargo, como siguiendo el consejo de Hans Sachs a Walther, prologa el libro con una reverencia a los Maestros de turno —con toda probabilidad, una fila de canallas, imbéciles y figurones— y, simulando enfrentar a la institución universitaria y aludiendo a su decadencia, labra el terreno del espacio académico complementario que ha elegido ocupar, afirmando que “las universidades decaen porque la política también decae sin que el conocimiento innovador encuentre alianzas imaginativas con la ciencia de vanguardia”. Este párrafo prologa un ensayo que prueba lecturas de Kant, Hegel, Heidegger, Platón, Marx, Althusser con un nivel de aplicación y crítica más que suficiente para descalificar las figuras míticas del Bien que sostienen la Institución Universitaria, caso extremo y teratológico de la picaresca burocrática neocapitalista: “ciencia”, “de vanguardia”, “conocimiento innovador”, “espacio posible de alianzas”. Sorprende que un lector escrupuloso de Weber —si no de Schmitt—, de Bourdieu —si no de Aron y Touraine— y un testigo lúcido de la llamada “transición democrática” consuele a los

académicos en decadencia con el argumento de que “la política también decae”, en el prólogo a un ensayo que recorre con bastante prolijidad las evidencias de que eso que el autor alguna vez llamó “derrota” no es expresión de la decadencia de la política sino de su máximo perfeccionamiento como técnica para apropiarse de la conciencia y de la voluntad de los subordinados. El segundo rasgo que sostiene el argumento insidioso de que el libro sintomatiza el advenimiento que intenta señalar es lo que llamaría el “modelo

**En las primeras cincuenta páginas del ensayo conté decenas de microanécdotas de niveles comparables en cuanto a su mal gusto e irrelevancia para el tema que las trajo a colación. En cierto punto dejé de contar y empecé a preguntarme si no eran ellas mismas, su género y su mensaje cifrado, el verdadero objeto de la exposición. Tal vez, en alguna medida, lo fueron.**

Liotard”. En su más difundido panfleto, Lyotard recorre, en poco más de un centenar de páginas, un centenar de textos o autores que en algún caso cita, en otro glosa, pero que siempre irrumpen para agregar su autoridad al texto, autoridad que nunca es cuestionada, refe-

rida a su contexto de emisión o “reducida”. González, que a diferencia de Lyotard hace una valiente defensa del reduccionismo, a semejanza del *best seller* francés escenifica para el lector desprevenido un intertexto plausible donde todas las voces posan por estar hablando de lo mismo. Más que el disgusto que provocan glosas y referencias a la psicología-ficción francofreudiana, que parecen una concesión —o un guiño— al microclima local (y aun más que el extrañamiento que provoca el tratamiento de materiales condescendientes como los ensayos de Landi,

Rozitchner y Caparrós sobre Olmedo, Taruffeti y Virulazo...), irrita en la composición del repertorio de glosas la reticencia a ponderar lo más sabido: que ninguno de los autores y actores que se desempeñan en la obra se estaba refiriendo a un objeto común. Esto es flagrante en el caso del objeto ético, entidad teórica de muy distinto alcance y referente en los citados Hegel, Marx, Kant, Spinetta y San Agustín, y, quizá más grave en el caso del objeto social: qué es lo social es una pregunta a la que cada uno de los autores intervinientes en el texto supo dar una respuesta diferente que en momento alguno del libro González intenta reflejar, tal como tampoco explicita su propia definición. Un tercer rasgo que abona la insidiosa suposición de que el libro sintomatiza el mismo cuadro que intenta describir, tal como el citado “efecto Lyotard”, se vincula al pacto de lectura propuesto. Siguiendo el modelo ideado por McLuhan para su *Galaxia*, la articulación de temas, la distribución de títulos y epítetos clasificatorios se modelan según la retórica de la prensa. Cierto que esto permite un despliegue de metáforas, metonimias, paráfrasis, ironías, oxímoron y quiasmos que amenizan la lectura y dan cuenta de la creatividad graciosa del autor. Pero este despliegue lúdico parece una propuesta de clasificación más fuerte que la cita, la glosa y la crítica contenida en cada capítulo: por una parte, familiariza la exposición con las odiosas columnas de prensa a las que afortunadamente no pertenece; por otra, sugiere una ética —o, si se prefiere, una etología— de la lectura, complaciente hacia el hallazgo fortuito y más atenta a las demandas del consumo del texto que a las exigencias del análisis de los insumos textuales procesados. Con frecuencia, y con

excesiva frecuencia en la primera mitad del libro, la mimesis de prensa, su sugerencia de que el autor está pensando y escribiendo para un público cautivo y demandante de chismes y guiños a su sistema referencial mass-idiotizado, es un mensaje más fuerte que cualquiera de las proposiciones pertinentes del autor. Por ejemplo: “el buen Halperin Donghi”, “el viejo Max” (por Weber), “Gibert, muerto de sida en París, en diciembre de 1991, a los 36 años”, “Foucault, muerto de sida”, “Wittgenstein, que confesaba masturbaciones en su diario íntimo”, “Deleuze y Guattari usan palabras con tortícolis”, en cambio Lévi-Strauss, que “es un gran loco”, es “el último sabio” pero “odia esta palabra” y “ha escrito frases terribles, quizá las más desafiantes de las ciencias humanas del siglo XX...”. En las primeras cincuenta páginas del ensayo conté decenas de microanécdotas de niveles comparables en cuanto a su mal gusto e irrelevancia para el tema que las trajo a colación. En cierto punto dejé de contar y empecé a preguntarme si no eran ellas mismas, su género y su mensaje cifrado, el verdadero objeto de la exposición. Tal vez, en alguna medida, lo fueron. Como no llevo un diario íntimo, por este único medio testimonio que comparto las aficiones de Ludwig Wittgenstein y que acabo de enterarme, gracias al suplemento cultural del matutino de mayor circulación en el país, que Louis Althusser recién se atrevió a explorarlas a la edad de 27 años. Pero más importante que interpretar el rol de la masturbación en la constitución de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, y que conjeturar sobre las causas y los efectos de la profusión de chismografía de prensa en el ensayo de González, sería elucidar el complejo sistema de

relaciones que se traman entre ética, retórica, política, estética y antropología a lo largo de la obra. A esta altura del comentario llega la hora sombría: la hora del fastidio, la de subir a la biblioteca y exhumar las referencias necesarias para señalar cuál es la fuente del error de González, el momento de releer el libro y escribir para él ese capítulo que el autor se resistió a darle. Es la hora del desgano y de la desazón, el instante que invita a proferir el *muss man schweigen* nuestro de cada día y a refugiarse en los encantos del camino privado del filósofo austríaco. Odio ese polvo que el tiempo y la inutilidad fueron depositando sobre mis libros. Previendo este momento —parece—, el autor se anticipó a presentar su instrumento formal —la figura [*sic*] del pretexto— según su interpretación de la fábula de la zorra y las uvas. Así cierra el camino natural del lector, que sería declarar que los frutos de su especulación están demasiado verdes, en algún caso, y suficientemente podridos en otros, como para que valga la pena trepar a recogerlos y clasificarlos. Este es un mérito del libro: provoca pensar y neutraliza los pretextos. Te deja a solas con la mala fe de no poder emprender bien lo que González concluye mal. Esa impotencia es también un objeto del libro que se presenta como “un escrito sobre política argentina, pero acaso no se nota”. La impotencia del lector: la impotencia de los derrotados en una batalla que jamás emprendieron. Vuelvo a citar a Aira, reflexionando sobre sus personajes: “el medio poscapitalista del que habían hecho su morada les impedía con el veto del absurdo toda seriedad”. No es el caso de González, diría. Su empresa es seria. El veto opera instalando su discurso en medio de las mismas

convenciones que se propone analizar. Cito a otro narrador argentino: “como no los pudieron silenciar, los condujeron a gritar otras cosas”. Cuando González —sin ironía— escribe: “las interferencias telefónicas son una burla a la democracia y a la libertad del espacio público”, está sumándose al griterío del coro que trata de cantar otra cosa. Canta otra cosa. Por eso puede vincular la ética picaresca con el conflicto social acotándolos en un espacio conversacional microsociológico, del que — pese a sus frecuentes reverencias al “viejo Marx” — excluye la entidad de la lucha de clases. En verdad, parecemos condenados a consumir un sistema de lecturas que ha proscripto con el veto de la moda el reconocimiento de lo más patente de la constitución del lazo social. Los ensayistas como González proceden de dos vertientes que hicieron del concepto de lucha de clases un instrumento básico de la perseverancia en el error: la de los marxistas que lo entendieron como motor de una Historia teleologizada a cuya meta inevitable había que servir y la de los picaresco-populistas que lo utilizaron como resumen interpretativo de una guerra social de posiciones que —lo vimos con Gelbard, Alfonsín y con la Renovación Peronista— termina con una victoria íntima que se festeja cínicamente en los pasillos ministeriales y legislativos. La derrota en algún caso, el sinsentido de la victoria en otros, tal vez el dictamen de la moda cultural en todos, abonaron esta renuncia colectiva a los instrumentos indispensables para pensar la ética y lo social. Corresponde a Barthes —tan citado en *La ética picaresca*— el papel de divulgador de las tesis de Valéry sobre el nacimiento de la retórica como técnica vinculada a la puja —simbólica y

corporal— por la propiedad territorial. A la hora de recurrir a la retórica como instrumento de diseño de la ética —ejercicio que justifica el escrito de González—, sería conveniente volver a los orígenes de ambas tecnologías para tratar de reponer un conocimiento que el discurso contemporáneo está empeñado en reprimir. Al respecto, las dos alegorías empleadas por González para montar su modelo del pretexto —la fábula de la zorra y el episodio del Lazarillo— son dos historias sobre los límites materiales a la apropiación, algo que lleva a pensar severamente en la exclusión del concepto de propiedad en el análisis del autor. Que la zorra piense y hable como un hombre y que Lázaro actúe deliberadamente como un ratón, e inconscientemente como un reptil —tópicos de ambas alegorías—, invita a especular levistosianamente sobre la disyunción animalhumano que se procesa en ambos relatos. Pero este capítulo queda en suspenso, porque pese a la escala que realiza en Kierkegaard —un Kierkegaard convocado por Habermas— y a la inevitable referencia al Mal y a la “cuestión demoníaca”, la asunción del género *pensiero debole* —complemento natural del cálculo— deja al autor —¿circunstancialmente?— desarmado para pensar el Bien y, con ello, para pensar lo humano y retornar a la sociología, a la antropología, a la filosofía o a la ética: a cualquiera de los cajones de herramientas donde la Verdad no es un mero valor proposicional, el Bien no es la media aritmética del juicio público y la Crítica ni comienza ni se detiene en una instancia conversacional intersubjetiva. Como con frecuencia González retorna a este instrumental, entiendo que merece y puede tolerar este comentario.

### Sobre *Restos pampeanos*

Fragmento de texto extraído de *Estados alterados* (Buenos Aires, Blatt & Ríos, 2021).

A comienzos del 2000 llegó a librerías uno de los libros más estimulantes de los últimos años: *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, de Horacio González. Solo puedo elogiarlo: llevo invertido mucho tiempo en revisarlo y recorrerlo y sigo tan inhabilitado para la crítica como en la primera lectura de páginas al azar. Quien quiera escribir en contra de esta obra de Horacio González, no tiene más trabajo que el de recoger las autocríticas que el autor expone a lo largo de sus tantas páginas. Quien busque comprenderlo y encontrar el punto donde golpear, tendrá que armarse de paciencia. Yo, y creo que casi todos, más paciencia y más tiempo, por cuanto González recorre un cuerpo de un centenar de piezas de ensayos argentinos que viene leyendo de hace décadas, y que domina como nadie que yo pueda identificar, y nadie que pueda llegar a imaginarme está en disponibilidad para asimilar esa bibliografía. Me resultó muy fácil hacer la crítica de su *Ética picaresca*, dando cuenta apenas de sus puntos vulnerables e irritantes. Mi comentario apareció en la revista que él dirige: *El Ojo Mocho*. No me arrepiento de lo que allí afirmé ni de las trampas retóricas que agregué para reforzar mis argumentos. Pero aquel libro venía de una tesis doctoral: era un cuerpo desnudo en el consultorio, exhibiendo sus síntomas de caso clínico ideal, copiado del manual de la facultad. Este no. Y no porque el autor haya escondido u oscurecido sus intenciones. Más claro se vuelve, más incertidumbre transmite, porque quiere compartir su

saber y sus incertidumbres con el lector. Con frecuencia, quien se pierde en el goce estético de una prosa clara, que juega a mimetizarse con su referente —otras prosas—, anticipándose a las reflexiones del autor. En esto, en el goce estético y el juego intertextual del texto, sus referentes que son textos, y el pensamiento de quien lee, solo conozco un antecedente, el *Tratado de la patria*, de Josefina Ludmer. Y justo la autora es parte del conjunto que baraja González. Una pasión narrativa hilvana la entrada y salida de autores semiolvidados e inolvidables que, desde el comienzo se sabe, volverán a presentarse antes del último capítulo. Siempre sucede. Escribí un breve comentario a Diego Tatián premiándolo a leer. Necesitaba su diagnóstico, o una opinión, una orientación, del filósofo que también es un narrador original y un lector honesto y experto. Como desde el *jet set*, al día siguiente me llegó su respuesta: “Llegué de México, y tuve que volver a Italia, y ahora tengo que ir una semana a Israel: ni pienso leerlo”. Y entendí el elogio, indicado por su elección de “ni pensar” en lugar de “no querer” o “no poder”, porque yo padecí lo mismo con su tratado *Desde la línea*, que con la apariencia de un examen y actualización de la filosofía política en Heidegger, puede cautivar al lector por muchos meses en trescientas páginas.<sup>1</sup> Mattoni, Gelman, Carrera, Lamborghini, Giannuzzi han creado y siguen creando obras de un valor o “trascendencia” que sin duda nunca alcanzaré. Y solo me inspiran admiración, o gratitud. Tatián debe tener treinta o unos pocos años más, y es un trabajador intelectual jocosos y despreocupado. Su obra me provoca alguna admiración, mucho respecto y envidia. Perdida Alicia Páez, cuando creo que encontré un juicio,



una orientación o un criterio original que me apasiona, solo pienso en Tatián y en su aprobación antes de avanzar o de perderlo en el camino. No hay libro más proclive a perderse en el camino que este ensayo de Horacio González. Pero me resultaría fácil cauterizar esta llaguita abierta por la interpelación de González. Hay en el libro, y en el autor, un eje que me enerva, y no por reiterado —mucho se reitera en los capítulos—, sino porque me remite al primer acto de una historia: el momento en que González se entregó afectivamente al pensamiento nacional de los años sesenta. Aquello era parodia, un ensayo de lo peor, pero también de lo mejor que pasaría en la cultura argentina. Ahora González es un pensador nacional, hermético, tolerante y abierto al diálogo, sin sectarismo, sin patotas, sin soberbia, pero igualmente nacional. Y esto podría decirse de su Martínez Estrada y su Murena, o su Carlos Astrada, en quienes la misma cualidad es un valor. Pero pasados los setenta, los ochenta y los noventa sin rendir cuenta de lo indispensable para restaurar aquella diferencia enervante, el reiterado privilegio que tantas veces se le asigna al mito como fuente discursiva, del conocimiento, de la lealtad y la acción obliga a preguntar: ¿se piensa desde, contra, a pesar del mito, de las tres maneras a un tiempo, o de la manera que conviene a los tiempos? En el libro no se encuentra respuesta. Podríamos consultarlo por teléfono, como en una encuesta: tilde la alternativa que le parezca mejor. Lo haré algún día, y no creo que pueda dar una respuesta, por odiosa que me resulte, capaz de hacerme cambiar mi relación

con el libro y con su trabajo. En cambio, sí mi relación con él. Hace poco discutimos el tema de los revisionismos y de la adulteración de nuestras cifras de desaparecidos. Y me pidió, o aconsejó, que respetase la construcción de un mito. Pero no transo. Conste que no me chupo el dedo y que tengo siempre a la vista la evidencia de que no hay mejor mito que la desmitificación. Pero solo podría vivir dentro de un mito nuestro, no de una construcción de la historia que nos tuvo en cuenta solo como consumidores de su secreción ideológica.

Pero este núcleo transparente, evidente y reconocido por el autor no es el lugar donde golpear. Hay algo más, y alguien alguna vez podrá definirlo como se pretendía en los sesenta.

Tampoco golpear sobre la anécdota que podría ridiculizar todo. Pero el todo vale mucho para contaminarlo con trivialidades. Me refiero a la tolerancia y vocación de diálogo de González. Cierra el libro enumerando decenas de figuras académicas, culturales, artísticas y literarias. Pocas merecen el respeto de quien se toma en serio las de crear o de pensar: oportunistas sistemáticos, mercaderes de cursos, cómplices reiterados de infamias de la industria cultural, malversadores de ideas, trepadores institucionales, usurpadores de títulos. Cualquiera de ellos puede ser nuestro amigo. En el mundo. Pero no un compañero de trabajar para esta clase de productos que, si algunas veces pueden costar vidas humanas, siempre amargan vidas humanas o las orientan hacia caminos de frustración.

---

#### NOTAS

1. Diego Tatián, *Desde la línea. Dimensión política en Heidegger*, Córdoba, Alción, 1997.



Fotografía: Ximena Talento.

# Discursos en papel de diario

*Por Carlos Bernatek*

*Acerca de La realidad satírica.  
12 hipótesis sobre Página/12  
(Buenos Aires, Paradiso, 1992)*

No hay razón crítica que no parta de la intuición. Su radicalidad no se mide por la grandilocuencia de sus enunciados, sino por la sagacidad que ofrece en el arte de la anticipación. Esa es la operación que realiza Horacio González al tomar como objeto de reflexión el diario *Página/12* en sus años pioneros, aquellos en los que conquistó su apogeo al calor de la denuncia al menemismo. El análisis de su retórica satírica, sus simulacros con el lenguaje y sus “dramaturgias morales” no se restringe al fútil ejercicio especulativo de un vanidoso análisis estilístico. Por detrás de esta voluntad escrutadora, está la percepción de que con este emprendimiento que vino a renovar el periodismo hay una tendencia, un cierto modo de concebir los públicos lectores y un tipo de relación con el habla social que preanuncia ciertos rasgos de la mediatización social contemporánea.

Horacio González publicó en 1992 *La realidad satírica. 12 hipótesis sobre Página/12*, un texto ensayístico que, pese a su brevedad, ofrece en su abordaje —inusitado en su originalidad y anticipatorio de varios devenires— una lectura transversal de ese diario, de los antecedentes en la prensa argentina de los últimos cincuenta años, proyectada y ampliada sobre aquel presente multiforme y desarrapado del menemismo en el poder. A través del génesis del diario *Página/12*, González marca un hito que opera de eje hacia sus precedentes y contemporáneos, estableciendo un diálogo singular con la lectura política, histórica y literaria de la retórica de los medios. Este punto de observación peculiar, que pana sobre la cultura argentina desde la prensa impresa, despieza el llamado “discurso de época”, entendida esa expresión como construcción estética del lenguaje de los tiempos. González encara esa lectura crítica surcando los mares procelosos de los acontecimientos históricos y sociales, en una trayectoria que, ante la volubilidad de los hechos, mantiene su norte en el eje de las premisas del autor: la iconoclastia, el emparentamiento, la transversalidad, la refutación y un humor irónico, muchas veces zumbón, que modula su análisis.

Remitiéndose al origen de *Página/12*, Horacio González realiza una primera y determinante calificación: que el diario, embozado de periódico de izquierda, encubre a otro liberal-modernizador que abreva en el lenguaje de izquierdas; un diario inmigratorio y sin linaje, a diferencia, por caso, de *La Nación*, que encuentra su nicho de instalación social. La matriz de *La Opinión* de Timerman marca su nacimiento, tanto como la revista

*Primera Plana*. Pero *Página*, distante de la prensa tradicional, también lo está del *Crítica* de Natalio Botana y del *Clarín* desarrollista de Roberto Noble. González despliega puntuales caracterizaciones de los medios centrales de la época, y objetiviza su interpretación sobre *Página* como propuesta renovadora del campo cultural en cuanto a su estilo de construcción de la noticia, una estética que trasciende lo estrictamente periodístico y busca su matriz en otras fuentes: de *Tía Vicenta* a Les Luthiers, de Cortázar a *El Porteño*, *Página* procura construir allí su estilo y su código de intervención en el relato de la realidad. Cabe señalar aquí uno de los principales subrayados de González: “todo diario está ya escrito por sus lectores”, quienes en realidad ponen en juego una “moral de lectura”. Como corolario de este montaje discursivo, señala que *Página* se recuesta en un periodismo ficcional para construir dramaturgias moralizantes, un recurso del simulacro satírico que provoca “el escándalo hábil de las almas bellas”.

Esa ficción que satina la noticia, la información, las notas de opinión, reconoce orígenes literarios, cuando González alude a *Rayuela* como “libro de periodistas” de los sesenta, cuando no había facultades de periodismo, y es allí donde el autor encuentra plasmado el “fragmento recortado” de Cortázar, como señala más acá, en el *Libro de Manuel*, “el más directo antecedente del *Nunca más*”. En el tráfago que va de uno a otro, *Página* conforma “la solución lúdica para el drama histórico-político”. El aserto lo confirma el mismo Jorge Lanata, director del diario, cuando declamaba entonces su profesión de fe cortazariana, fórmula traslativa que equilibra

y transporta el mito literario a mito periodístico. Desde estas inferencias advierte atinadamente González el presupuesto de “una única escritura, o un solo patrón estilístico: el mito de la única conciencia que escribe todo”. Ese diario, como declara Lanata en el posterior reportaje de Marcelo Constantini, además de tener un público amplio, “tiene hinchada”, o al menos, como indica González, “un modelo de lector [...] [de] perfil adicto”.

“*Página/12* solo fue posible cuando se pudo volver a pensar la justicia como posibilidad del presente”, dice González cuando establece el cuño investigativo del diario entre el Walsh de *Operación Masacre* y las novelas de Chandler. Aparece aquí la figura (y la

pluma) de Horacio Verbitsky: el espíritu burlón rabelesiano, que señala González, adquiere en él el estilo de la crítica al funcionariado emergente. Pero ese “toque Walsh” que aporta Verbitsky, a diferencia del primero según González, enfatiza las tramas ocultas, que en Walsh eran político-militares y en Verbitsky tornan hacia lo jurídico-económico. Del mismo modo, así como *Operación Masacre* y *El Eternauta* fueron en los sesenta el modelo para narrar la tragedia, dos décadas más tarde, *Página/12* revierte ese discurso trágico hacia lo satírico. Este lenguaje trasvasado de los sesenta apunta a un nuevo estilo de denuncia “que sustituye al policial duro por el drama judicial”.

Fotografía: Ximena Talento.



Después de recorrer la incidencia del nuevo periodismo, del realismo mágico y de la novela periodística (Capote, *A sangre fría*) en la prensa argentina de los setenta, González arriba al suplemento literario de *Página/12*, “Primer Plano”, dirigido por Tomás Eloy Martínez, que apunta a “la extraña base de absurdos y desmesuras políticas que abriga la cultura argentina”. Emparentando este cometido con la misión moralizante de un Martínez Estrada o un Scalabrini Ortiz, *Página/12* procura construir su ensayismo en un estilo irónico, lejano de la admonición moral. En ese tono, el diario subraya el interrogante sociológico sobre la identidad nacional, alejándose de la pregunta filosófica sobre el “ser” de la nación.

Los acontecimientos que jalonan ese periplo que va del alfonsinismo al menemismo hallan en una primera instancia a *Página/12* embanderado culturalmente con la impronta oficial de De Ípola, replicado a través de ciertos columnistas (Landi, Giussani, Verón), para pasar al imperio de la sátira menemista cuyo centro González sitúa en sus humoristas: Rudy y Daniel Paz, como arietes de la reducción al absurdo de la política a manos del riojano, quien la desbarata “como hecho discursivo, como debate de ideas y como creencia de los individuos”. En ese nudo gordiano de la narrativa, señala el autor, “*Página/12* dio el paso trascendental de convertir al discurso periodístico en una retórica basada en collages, ironías, parodias, atmósferas ficcionales y sátiras ingeniosas, propias de la conversación del ciudadano informado”. Al destacar particularmente el tratamiento novelesco que *Página* hiciera del Yomagate, como periodismo de investigación, González advierte el curioso desplazamiento

narrativo que rehúye al género político, para recalar en el policial negro de Hollywood. Dice: “*Página/12* se propone develar lo falso de una época”, y citando a Osvaldo Soriano al señalar “el patetismo de la riqueza fácil, el mérito apócrifo o el ascenso criminal” de ese reino de lo trucho y la fatuidad, subraya la sentencia del autor de *Cuarteles de invierno*: “ahora los héroes son estampas congeladas”. Y remata González con una apelación: “contra el país trucho, la apelación al jacobinismo de los fundadores”, un modo de interperlar a la historia que resulta tangencial a *Página/12*.

El relato folletinesco de narrador omnisciente es un capítulo central del libro de González, apuntando al tratamiento innovador de *Página* en el periodismo nacional. Incorporado al relato narrativo desde el libro de *Malvinas. La trama secreta*, continuado en *Recuerdos de la muerte* de Bonasso, se extiende con Verbitsky en *Robo para la corona*. Esa ficcionalización de la intimidad del poder a punto de novela es un tratamiento recurrente en el diario, un signo estilístico que ejemplifica Verbitsky: “mostrar un plano interno que los poderes reinantes desean mantener al margen de la visión social”. El recurso de la mirada omnisciente es para González “la revolución periodística de *Página/12* y un desafío para las éticas [...] y las escrituras de denuncia”.

Martín Caparrós es otra de las voces claves que González destaca como “el periodista errante”, una impronta central del diario. Su mirada apocalíptica de cronista incrédulo, por momentos sarcástico, angustiado ante la historicidad de los hechos recientes, de lo que también dio cuenta en sus libros, lo contraponen al estricto

presente de Verbitsky. Caparrós es la mirada de *Página* hacia el afuera, donde otra vez afloran literatura de ficción y periodismo.

Resulta atinada y sorprendente la observación comparada del autor sobre Mariano Grondona y su programa televisivo *Hora clave*, con un puntilloso detalle de escena, la “actuación” y la expresión pedagógica, secuencias hallables en *Página/12*, aunque en otro registro. González observa la didáctica de ambos modelos, y marca las diferencias: el estilo etimológico, la sinopsis, las categorizaciones y el tono profesoral en Grondona, y el juego de implícitos con el lector, el semejante sujeto de ilustración de *Página*. Dice González: “Ambos intentan trazar los nuevos límites de la ética liberal en la Argentina. Mariano Grondona y *Página/12* son dos manifestaciones de la misma cuestión: el periodismo asumiendo porciones fundamentales del procedimiento judicial, para lo cual se revisitan y recuperan aspectos dormidos del liberalismo”.

El énfasis investigativo de *Página/12* pasa, según González, por la crónica que pone en primer plano al mundo político como mundo policial. El mismo Caparrós afirma que “la investigación es una crónica de la imaginación”, curioso cruce de realidad y ficción que sigue acatando, al menos simbólicamente, el modelo Capote, o Walsh, por caso. Pero el autor señala una vacilación en ese tránsito donde trepidan datos, por un lado, y procedimiento, por otro;

la misma distancia que polariza el deschave banal del aguafuerte.

“La ironía es el arma más sutil de la retórica. Es la crítica que hacen las almas desgraciadas”, dice González. La lectura de lo real desde la ironía construye la sátira, el sarcasmo que redundan en un escepticismo gozoso, en el modo catártico de narrar en tono paródico para conjurar la solemnidad, dejando escapar la densidad de los acontecimientos. Así, destaca González, *Página/12* escoge la comedia, dejando escurrir la tragedia, lo que constituye, paradójicamente, su “no asumida tragedia”.

A casi dos décadas de la publicación de este libro, y luego del extenso y celebrado aporte de Horacio González como colaborador de *Página/12* a través de los años, resulta imprescindible su observación crítica, quirúrgica, sobre un medio que, pese a los cambios signados por los tiempos y las propensiones de sus columnistas, ha conservado rasgos de aquel *esprit du corps* inicial, de aquella impronta que le adjudicaran sus creadores aun cuando viraran sus objetivos y el foco de su mirada. El génesis del diario se transparenta en la entrevista de Marcelo Constantini a Jorge Lanata que, a modo de epílogo, remata un texto que revitaliza una lectura crítica más allá de sus inscripciones temporales. González concluye destacando la parábola de *Página/12*, instalada como crítica insospechada, incluida en la misma realidad cuestionada —a la que se dirige antagónicamente— y que contiene en sí “su propia sátira”.



Fotografía: Ximena Talento.



# El feliz disparate de las cosas

*Por Eduardo Rinesi*

*Acerca de El filósofo cesante. Gracia y  
desdicha en Macedonio Fernández  
(Buenos Aires, Atuel, 1995)*

La inclasificable obra de Macedonio Fernández fue objeto de ninguneos que menoscabaron su dimensión filosófica. Su escritura sutil, creativa e irreverente se animó a echar mano a los utensilios más inesperados para la formulación de su singular metafísica.

Horacio González ha examinado los recodos múltiples de los textos macedonianos, auscultando los problemas en los que este se embarcó (los vínculos con la fenomenología, el existencialismo, el nominalismo y el pragmatismo filosófico) indicando con suma originalidad los destellos de un pensamiento que hacía del humor disparatado el mecanismo crítico para disolver el orden y las relaciones en las que el mundo se ofrece; como continuidad inerte y arbitraria jerarquía de las cosas.

La decisión de tomarse en serio la filosofía de Macedonio Fernández, o de tomarse en serio a Macedonio Fernández, digamos así, *como* filósofo, tropieza con la ostensible dificultad de tener que superar la escasa disposición a hacer semejante cosa que tuvieron las dos consideraciones más relevantes que mereció, a lo largo de las décadas, su obra: la suya propia, para empezar, y la de Borges, cuyos recuerdos de su amigo y su maestro (en muchos sitios, pero sobre todo en dos: en la oración fúnebre que le dedica ante su tumba, en 1952, y en la semblanza que dicta —que “dicto”, dice, “al azar de la memoria y de sus vaivenes”— ocho años más tarde) nos entregan un Macedonio tan extraordinariamente inteligente como escasamente dotado para —o preocupado por— presentar su pensamiento en la forma de un sistema escrito. Borges, en efecto, parecía empeñado en circunscribir el valor del pensamiento de Macedonio al interés de las inflexiones de su palabra hablada, de su *voz*, y en cambio tendía “con disciplinada persistencia a desmerecer el estado de desafío e invención al que llegó el curso filosófico de Macedonio”. Estas últimas palabras lucen en *El filósofo cesante*, el precioso libro, aparecido en 1995, en el que Horacio González se empeña en corregir esa injusticia.

Porque, por supuesto, sí hay, en Macedonio, una escritura, y sí hay, en esa escritura, una filosofía. Incluso sería posible afirmar que la escritura es el tema, o *uno*, por lo menos, de los temas, de esa filosofía. Es lo que señalaba Germán García en un libro de 1975 que González considera especialmente en su trabajo dos décadas después: que la escritura es un problema fundamental en

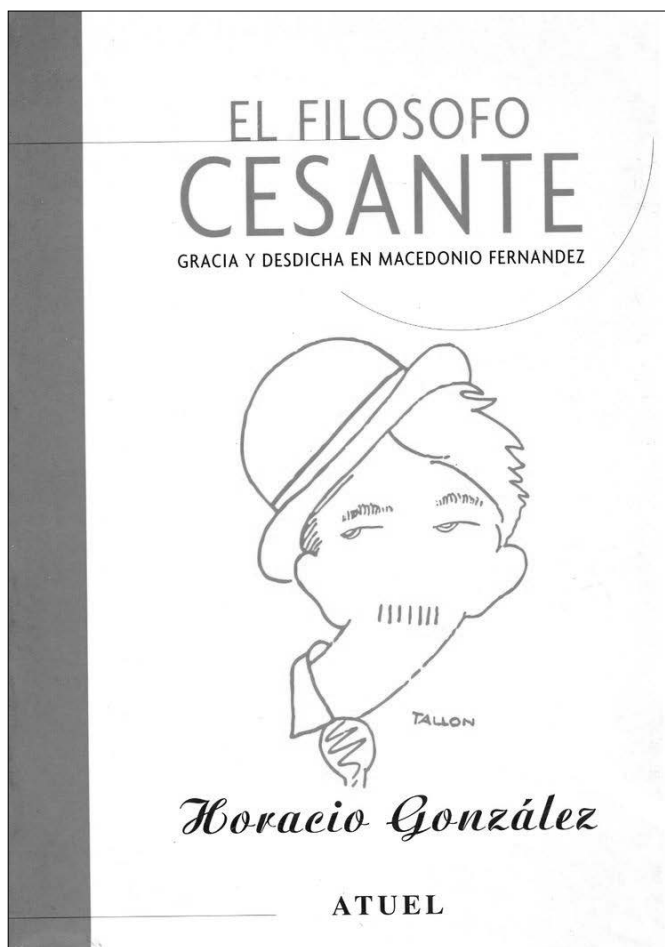
Macedonio, pero no como el nombre de la herramienta con la que representar un objeto exterior a ella misma, sino como el nombre de ese mismo objeto. *La escritura en objeto*, se titulaba, en efecto, ese libro de García, y se trataba justamente de eso: de pensar la escritura, en Macedonio Fernández, como materia de sí misma, como motivo de sus propias interrogaciones. Claro que hay en esto algo de vertiginoso y eventualmente de absurdo, pero es que esa es exactamente, en Macedonio, la forma de la crítica. En efecto, la crítica no se realiza a través de un lenguaje que puede considerarse seguro de sí mismo sobre un mundo que puede suponerse, con las distintas conexiones causales entre los elementos que lo integran, a la espera de que ese lenguaje venga a darles a esas conexiones la forma de descripciones adecuadas, sino haciendo saltar por el aire esas vinculaciones a través de un uso de la lengua que está siempre en estado de interrogación sobre sí misma.

El tema, por supuesto, es uno especialmente caro al pensamiento de González, que insistía en subrayar la importancia de una escritura capaz de volver siempre sobre sí, de un pensamiento capaz de pensar siempre su propio trabajo de pensar, de un ensayo capaz de desplegarse sobre el mundo al mismo tiempo que se dobla o se repliega reflexivamente sobre su propio cuerpo —que *se* ensaya, de acuerdo a la conocida fórmula de Montaigne— en la línea, como podemos leer en su “Elogio del ensayo”, aparecido en la revista *Babel* en 1990 y que ahora encabeza una preciosa selección de textos de González llevada adelante por María Pia López y Guillermo Korn, “que recoge aquel aullido clásico, el *conócete a ti mismo*”.

Por cierto, no deja la filosofía de Macedonio de constituir una modulación singular de ese aullido clásico, aunque, en su obra, ese “sí mismo” está doblemente conmocionado por sus modos de leer y de heredar, por un lado, las grandes filosofías de la subjetividad y la conciencia de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del XX, y, por otro, el conjunto de pensamientos que solemos abarcar con la denominación general de “giro lingüístico” de la filosofía: Macedonio, escribe González, “propone una afirmatividad del existir que evoca cierto matiz que expresan sus contemporáneos, los existencialistas”,

pero en un diálogo tenso con su propensión “a aparear creencia y experiencia”, que lo acerca a sus otros grandes contemporáneos, los filósofos del lenguaje.

Creencia, entonces, experiencia y lenguaje. Macedonio repiensa todo el legado del positivismo bajo la influencia de la gran tradición nominalista, que predicó —escribe González— la imposibilidad de considerar los universales como anteriores a las cosas. Lo universal no tiene lugar en la realidad, que es una discontinuidad de estados, nos recuerda González que escribía Abelardo en un remoto e inimaginable siglo XII. “Lector de evolucionistas, pragmatistas, positivistas, médicos, biólogos y socialistas, Macedonio se lanza a pensarlos como un virus que los ahueca”, busca corroer las certezas de la ciencia profesional que quiere “domesticar el Fenómeno”, y frente a ellas hacer saltar, con espíritu juguetón, bufonesco, absurdo, “el continuo lógico del mundo”, que de ese modo se nos revela extraño, desconocido. ¿No es a esto a lo que llamamos crítica? El modo en que Macedonio la practicaba tiene, en efecto, algo de humorístico y, acaso, de clonesco. Por cierto, la preciosa caricatura de Tallon que ilustra la tapa del libro de González subraya el parecido entre la figura de Macedonio y la de Chaplin (en otros sitios, González nos ha hablado sobre el interés que la figura de Chaplin provocaba en esos mismos años en el peruano José Carlos Mariátegui, interlocutor de los escritores de las vanguardias argentinas de esos años), y González no se priva de observarlo: la metafísica de Fernández, dice, es inseparable de su comicidad, o cuenta con ella como uno de sus mecanismos para desarmar la naturalidad del mundo.



El humor de Macedonio es el verdadero nombre de su metafísica: su “chaplínismo” consiste en la capacidad de su filosofía y de su escritura para desbaratarse a sí mismas y para revelar, de esa manera, el alegre absurdo del mundo, el feliz disparate de las cosas. Para pensar ese disparate de las cosas del mundo acuñó Macedonio la idea del Museo, que es una versión paródica —en el modo en que la usa— de lo que dan a pensar las metáforas dominantes del positivismo científico de su generación (de Ingenieros en primer lugar) y de su versión más alucinada: el grandilocuente panoptismo de Lugones. Pero que al mismo tiempo no deja de tener algo de una exaltación panteísta en la que pueden escucharse los ecos remotos de la filosofía de Spinoza, pero también, y acaso sobre todo, los mucho más cercanos de la de Ralph Waldo Emerson. Estamos aquí, precisamente con Emerson, en el centro de un nudo fundamental de influencias del gran pensamiento norteamericano (del pragmatismo, del utilitarismo, del naturalismo y del espiritualismo norteamericanos) del siglo XIX sobre la historia de las ideas argentinas, desde la generación romántica del 37 (la de Echeverría, la de Alberdi, la de Sarmiento, que célebremente lo visitó en su casa en Boston) hasta la generación modernista de Borges y de Scalabrini Ortiz. Por supuesto, en esta historia son fundamentales el personaje y la obra de William James, pero también las obras de Thoreau —que aquí leería y traduciría, en esos mismos años, Julio Molina y Vedia, quien, entre otras expresiones de su espíritu travieso y lúdico, encararía junto a Macedonio la aventura de fundar una colonia anarquista en el Paraguay—, de Whitman y de Dewey.

Como sea, es posiblemente James el personaje central, para toda esta generación de intelectuales argentinos, de esa constelación de grandes pensadores norteamericanos, de la que por cierto no habría que excluir a Mark Twain ni a Poe, piezas importantes del panteón macedoniano “de la neomística americana del pragmatismo y de la palabra viviente”. Ingenieros inspira en sus lecturas de Emerson y del propio James las conferencias que ofrece en 1917 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y que serán publicadas después bajo el notorio título de *Hacia una moral sin dogmas*. Que es sin duda un tema de James, hermano de Henry James, hijo de un teólogo e investigador, él mismo, de la distinción entre las convicciones religiosas personales y las religiones organizadas como cultos colectivos. “Los dogmas sobrevienen cuando se agota la efusión carismática”, escribe González que dice James. No estamos lejos —aunque estamos, sí, en una zona menos “comprensiva” y más dictaminadora— de cierto célebre escrito de Max Weber sobre estos mismos temas. A Macedonio no le interesaba Weber, pero sí los autores fundamentales de la gran fenomenología que se tiende entre Husserl y Heidegger, de quienes toma (a su modo, dice González: asistemático, zumbón y sobrador) la idea de evasión de la trascendencia y de ser-en-el-mundo, que Macedonio entiende más o menos,

**El tema, por supuesto, es uno especialmente caro al pensamiento de González, que insistía en subrayar la importancia de una escritura capaz de volver siempre sobre sí, de un pensamiento capaz de pensar siempre su propio trabajo de pensar, de un ensayo capaz de desplegarse sobre el mundo al mismo tiempo que se dobla o se repliega reflexivamente sobre su propio cuerpo.**

o sobre la que aplica, escribe González, “su método de la ‘lectura salteada’, que le otorga una gran destreza para un enjuiciamiento más vertiginoso que el que proviene del compromiso metódico de lectura”. Precioso modo de decir que a Heidegger Macedonio lo lee *mal*, y que hay algo de especialmente productivo en ello.

Porque por otro lado, si James sí representaba para Macedonio el modelo de una filosofía posible, tampoco es que lo haya leído sin introducir en su interpretación fuertes torsiones. Macedonio y James intercambiarán varias míticas y muchas veces comentadas cartas (Esteban Vernik las estudió, hace una punta de años, en un artículo que González recupera en su trabajo), que no dejaban de presentar, entre otros problemas, el de que ninguno de los dos podía entender muy bien al otro: James lamenta no poder leer “fluently” el español, y Macedonio hace lo que puede con su mal inglés y con su mal francés, sin privarse de enviarle algún escrito suyo en su castellano rioplatense. Es interesante lo que observa González: que este juego idiomático entre los dos filósofos “anuncia el primer intento de práctica efectiva de filosofía en español latinoamericano”, al tiempo que insinúa una línea posible de exploración de problemas luego abandonados o desdenados por la filosofía “normalizada” de las academias. Macedonio piensa el problema fenomenológico del ser en el mundo corrigiéndolo o trabajándolo con los elementos de una teoría de inspiración pragmática sobre la conciencia y la intencionalidad del sujeto de la experiencia. Estamos en el mundo munidos de pensamientos, de cálculos de futuro, de cómputos “de medios y fines”, y a todo eso James

lo llamaba “mentalidad”. Hay mentalidad porque hay una meta. Porque nuestro modo de ser en el mundo es un modo de ser *orientado*. Surge aquí, en todas sus valencias, la vieja palabra *sentido*. Los actos sociales son siempre manifestaciones de sentido. Y los que ponemos sentidos en lo que hacemos somos los sujetos: no atribuimos mentalidad —dice González que piensa James— a los bastones ni a las piedras. Macedonio, observa González, llega a la misma conclusión: su metafísica no postula ningún orden intencional en las cosas del mundo, que es un tuntún de objetos sin organización y sin sentido. Pero a esa metafísica Macedonio “llega” por la vía de una humorística en que las cosas son muy diferentes. Y el ejemplo del bastón es interesante porque es justo un bastón, el bastón de Recienvenido, el adminículo (que piensa, que camina, que opina: “Mi bastón y yo opinamos...”) que utiliza cómicamente Macedonio para transformar su domesticidad inerte en el principio de un disparatado animismo cósmico: “El humor de Macedonio guardaba el secreto resorte de la intencionalidad animista de las cosas”. Tal vez no deje de haber un eco de estas sutiles humoradas macedonianas en algunas de las grandes construcciones de Borges, y tal vez, sobre todo, en algunas de sus recordables hipálages (lo que en Macedonio eran problemas metafísicos en Borges son problemas retóricos), entre las que viene enseguida a la memoria, a propósito de bastones caminadores y pensadores y parlanchines, “el báculo indeciso” del “Poema de los dones”. Por cierto, ese poema, lo mismo que la mínima ficción “La trama”, con su referencia a “los impacientes puñales” (bastones “indecisos”, puñales “impacientes”)

de los asesinos de Julio César, está incluido en *El hacedor*, cuya “Dedicatoria” a Leopoldo Lugones comienza hablando justamente sobre esa figura retórica de la *hipálage* a partir de un recuerdo de las “lámparas estudiosas” de Milton, y termina postulando una suerte de reconciliación panteísta de todos los hombres y de todos los tiempos en la eternidad de un mundo de cosas animadas y un orbe de símbolos y de libros.

Pero habíamos dejado escritos, bastante más arriba, los nombres de Juan Bautista Alberdi y de Raúl Scalabrini Ortiz, y es tiempo ahora de introducir un asunto, un tema, que en ambos fue muy importante y que nuevamente aparecerá en Macedonio, solo que ahora rebajado, como cómicamente miniaturizado, que es el tema del ferrocarril. Que si en ese contemporáneo de Carlos Marx que fue el autor de *El crimen de la guerra* y de las *Bases* tenía un valor casi místico de motor de la modernización de las estructuras productivas, sociales y políticas de la nación que había que construir “sobre el desierto argentino”, en Scalabrini era el nudo económico y político de una situación de subordinación de esa misma nación respecto a los centros imperiales del mundo, y sobre todo respecto a aquella poderosa Inglaterra, cuyo propio sistema ferroviario, a mediados de la década de 1850, había estudiado de cerca el futuro autor de *El capital*. Que hasta estuvo a punto de conseguir un empleo en la Compañía Ferroviaria de Londres, según informa González en un precioso librito publicado en San Pablo en los años de su destierro brasileño, pero que no lo consiguió porque tenía... ¡mala letra! ¿Y en Macedonio? En Macedonio el ferrocarril

desaparece graciosamente en beneficio del tranvía, menos épico y más cotidiano, y este se presenta emancipado de cualquier función de orden económico o social, y convertido en cambio en una especie de utensilio urbano de esos que el autor de *Museo de la novela de la Eterna* se complace en rarificar y extrañar con el propósito de mostrarnos el carácter absurdo de nuestras relaciones habituales con las cosas.

El asunto lo trataría González, dos años después de *El filósofo...*, en un gran texto sobre las tensiones y las contradicciones de una cierta época: la de los años sesenta (aunque sería mejor decir: acerca de que una época es siempre el conjunto de sus tensiones y sus contradicciones irresueltas), que González estudia en los pensamientos de John William Cooke, Oscar Masotta y Raúl Scalabrini Ortiz. De Scalabrini, discípulo —como Borges— de Macedonio, González destaca ahí, como derivación del modernismo literario que había compartido con Oliverio Girondo y los martinfierristas, la preferencia por la vida práctica y técnica por sobre los objetos “de museo” de las burguesía. Para Scalabrini, “era necesario estudiar los mecanismos concretos de sumisión económica”, y esa necesidad está en la base de sus estudios sobre la historia de los ferrocarriles argentinos, texto histórico y social que González contrapuso muchas veces a *El hombre que está solo y espera*, de 1934, texto “metafísico”. Macedonio, que había celebrado en su momento ese gran ensayo “de psicología social porteña” de Scalabrini, construye por su parte *su* propia metafísica no en torno a la gran épica antiimperialista de una historia de los ferrocarriles británicos en la Argentina, sino a la juguetona descripción de ciertas situaciones cotidianas, absurdas, que tienen

lugar en los tranvías o en los ómnibus de la ciudad, donde algún desacomodamiento circunstancial de las cosas las saca de su identidad corriente, de su trama habitual, para volverlas metafísicas, para fundar una “metafísica del extrañamiento”.

Es por eso que el tranvía de Macedonio tampoco se parece al ferrocarril de Proust, con su secuencia de estaciones (que González homenajeará muchos años después de este libro que ahora tenemos entre manos en el relato del paseo ferroviario del profesor “Echeverría”, el protagonista de su novela *Tomar las armas*, de 2016) y su capacidad para liberar los pliegues de la memoria de un sujeto estimulado por el valor simbólico de los nombres. Macedonio y Proust: he ahí otro de los inesperados y sugestivos entrelazamientos que nos reserva *El filósofo cesante*. Porque si ambos escritores comparten lo que González llama “la duda metódica sobre la continuidad del yo”, y si en ambos los objetos en relación con los cuales esa continuidad del yo puede y debe ser examinada son objetos cotidianos o como “cariñosamente ridículos” (una galletita *madelaine*, una lámpara, un paquete de Gath & Chavez), el resultado de las dos operaciones es perfectamente opuesto. De suerte que donde Proust arriba, a través de la memoria de los objetos, a la reconstrucción del yo y a la recuperación del *temps perdu*, Macedonio llega, a la inversa, a la refutación del tiempo (como Borges, como Lévi-Strauss: son grandes páginas las que González dedica en este libro, como las que ha dedicado en tantos otros, a examinar la relación entre estos dos enormes pensadores del siglo pasado, a los que entre nosotros puso también muchas veces en relación Emilio de Ípola) y a la negación del yo.

La negación del yo, en efecto, es la contracara de la negación de la causalidad y de las conexiones permanentes entre los objetos del mundo, que queda así preparado para ser celebrado con dichosa despreocupación. Por eso, tan importante como subrayar la contemporaneidad y la comunidad de motivos y de preocupaciones entre Macedonio e Ingenieros es evitar la tentación de situarlos en las cómodas antípodas que nos proporciona la dicotomía positivismo-antipositivismo, no solamente incapaz de dar cuenta de la complejidad del pensamiento del propio Macedonio Fernández, sino incluso —y de modo mucho más decisivo— incapaz de dar cuenta de la complejidad del pensamiento de toda una generación intelectual argentina. Porque, como ha sido señalado muchas veces, buena parte de los elementos de lo que acaso podríamos llamar la “respuesta idealista” a los excesos del cientificismo positivista está *dentro*, y no fuera, del pensamiento de la generación positivista argentina. No podía ser de otro modo, siendo el nacimiento del positivismo argentino contemporáneo del ocaso del positivismo en la vieja Europa, y su desarrollo acá simultáneo al despliegue, allá, de los pensamientos “idealistas” de Renan, de Bergson, de Nietzsche, de Croce, lecturas todas ellas de vastas consecuencias en el mundo intelectual del Río de la Plata.

Los positivistas argentinos, herederos de los énfasis modernizadores del tenaz Alberdi, seducidos por la mística americana de Emerson, lectores de las filosofías de Comte y de Spencer, pero también de los autores espiritualistas europeos de las últimas décadas del siglo, condensan, pues, en un conjunto de pensamientos que son cualquier

cosa menos homogéneos, todas las tensiones de las grandes tradiciones filosóficas desarrolladas a los dos lados del Atlántico durante los siglos XIX y XX. De uno de los grandes maestros de Ingenieros, José María Ramos Mejía, González subrayó muchas veces su compromiso con una forma de pensar la sociedad inseparable de las artes del pintor y del novelista. Del propio Ingenieros ya hemos dicho que resultaría parcial imaginarlo exento de un fuerte compromiso con las grandes corrientes

espirituales y morales de su tiempo. En Macedonio Fernández estos dilemas aparecen resueltos con un estilo disparatado y desacomodante que si por un lado está en la base de las dificultades que ha tenido su obra para ingresar al gran panteón de una filosofía académica que solo muy de tanto en tanto la ha reconocido, por otro lado es, tal vez, como nos muestra González en este libro, el de uno de los pocos intentos, original y lúcido, de ensayar entre nosotros una metafísica.



# Horacio González, política y desmesura

*Por Gabriela García Cedro*

Acerca de *Arlt. Política y locura*  
(Buenos Aires, Colihue, 1996)

Leer a ciertos autores implica transitar los océanos de la interpretación que merecieron. Tal es el caso de Roberto Arlt para la crítica literaria argentina. Como ante todos sus objetos, Horacio González toma a su cargo la revisión de esas capas escriturarias, dándoles la misma importancia que al autor que titula el libro. Porque no se trata, en su ensayística, de traer tal o cual texto como cita de autoridad o de desdén polémico, sino de conversar con esas lecturas. Conversar, de eso se trata: a veces murmurando, otras con enojo, otras con la tonalidad del festejo. Leer, en González, es conversar. Gabriela García Cedro se detiene en esos modos en que Horacio lee y sostiene, agudamente, que el *Arlt. Política y locura* “es más que un ensayo sobre la obra de Arlt, es una reflexión sobre la crítica, sobre el modo de hacer crítica”. Estas pinceladas sobre la crítica, el ensayo y la literatura tienen una suerte de estructura secreta, una cifra, que ella encuentra en los epígrafes de William Blake y en la final aseveración de que la persistencia en la locura es una forma del conocimiento.

## Necesidad del ensayo

En agosto de 1990, *Babel* publica un dossier titulado “Últimas funciones del ensayo”. Es presentado como un género “bélico y solitario” al que varias generaciones (“Desde la sombra terrible de Sarmiento” hasta “la pampa radiografiada por Martínez Estrada”) han recurrido para sentar diversas posiciones. Y cierra esa introducción de la siguiente manera:

¿Conservan las palabras alguna capacidad para comunicar, iluminar o acercarse laboriosamente a una certeza? [...] ¿Es el ensayo —ese género de la subjetividad, de lo inestable, de la urgencia— un lugar posible, un resquicio, una coartada? En esta hora poblada de voces agoreras, en este suelo vacío de esperanzas, un grupo de científicos sociales pone las suyas para atreverse a nombrar siquiera tal puñado de incertidumbres (p. 21).

Más de tres décadas después, esas preguntas siguen siendo válidas y los tiempos vuelven a estar —o continúan estando— poblados de voces agoreras en un suelo sin esperanza. Tal vez por eso, la lectura de *Arlt. Política y locura* de Horacio González, cuya primera edición pertenece a la vertiginosa década de los noventa, reactualice su potencia.

Si, como se sabe, “toda crítica es un test proyectivo” y “toda crítica es un capítulo de la propia biografía”, Horacio González ofrece una versión más elaborada de la autorreferencia a la que invita el género en su colaboración publicada en ese dossier de *Babel*: “El ensayo es un ‘escribir para conocer’ y ‘un conocimiento de sí’, porque

nunca nadie le hará confesar, como género, que busca construir una lengua comunicante al margen de la crítica situación del escritor respecto de lo que escribe” (p. 29).

Esto lleva, necesariamente, a hablar más de González que de Arlt a partir de este texto de 1996. *Arlt. Política y locura* es la oportunidad perfecta para entender el método del ensayista para leer una obra —la de Arlt en este caso, pero también muchas otras—; cómo leer todo aquello a lo que el texto invita, cómo producir un nuevo texto significativo, en qué medida el ensayo contribuye a la lectura. Desde la introducción, Horacio González nos advierte que su aporte se suma a una larga cadena de textos y lecturas más o menos consagrados, más o menos cristalizados sobre el autor de *Los siete locos*: “Un volumen, obrita o librito —este ensayo— sobre Arlt, es toda una cuenta más que se suma a una larga hilera. Todo corpúsculo que pretenda un lugar en esa extensa fila debe buscar una buena excusa para incorporarse a ella” (p. 7).

¿Por qué sumar esa cuenta subjetiva y personal? Fundamentalmente, porque Arlt ejerce una fascinación que, como toda fascinación, viene de la mano del temor. Porque en este caso, la fascinante experiencia de la locura conduce a un particular tipo de temor. Nos explica González: “Un temor invisible y más imponente en la medida que se halla emancipado de la voluntad del lector, que aún cree que leer es dominar una materia, y no como sucede a diario, ser señoreado por ella” (p. 8).

*Señorear*, entre todas las acepciones que ofrece la Real Academia Española, admite “sujetar las pasiones a la razón, y mandar sobre las acciones propias”. Y algo de esto, del “señoreo” y de la

búsqueda del “límite entre el placer yoísta y un texto que busca ávidamente lectores que lo adoptarán o lo abandonarán” (1990, p. 29), es lo que propone este ensayo sobre Roberto Arlt.

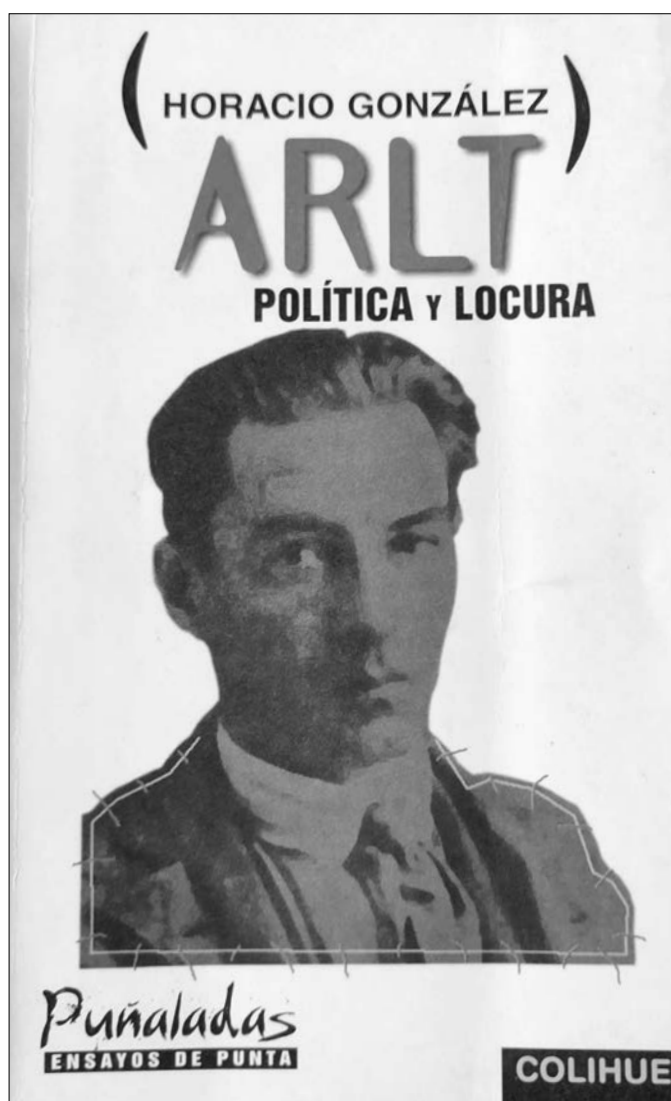
### Locura y política

González condensa en el título de su libro los dos terrenos de los que se ocupará. Sin adjetivos ni subtítulo explicativo. Así queda: Arlt, apellido que

no necesita primer nombre, seguido por otros dos: política y locura. Dos planos cuya interconexión intentará desplegar o verificar. Pegado al texto, el primer capítulo (“Los sueños”) comienza con el final de *Los siete locos*. Una pregunta sin respuesta, un personaje que se va sin esperar la réplica y, en ese gesto, concluye tanto la novela como el libro, el objeto físico. *Los siete locos*, se sabe, continúa en *Los lanzallamas*. Ese final deviene, con la aparición de esta segunda parte en 1931, una pausa folletinesca.

Con ese fuego de artificio concluye *Los siete locos*. Es el habla folletinesca. Y es también el habla de la locura; no de la locura como cuadro existencial desmoronado, sino de la locura como un cierto modo de expresión de la palabra, un cierto modo de lanzar la frase hacia el mundo, un cierto modo de generar o anular las expectativas sobre un diálogo (pp. 11-12).

La relación que González establece entre la locura y el habla del folletín toma como eje la retórica; es lo que hereda del habla de la locura. Lanzar frases al mundo y salir del ámbito en el cual la frase fue dicha “equivale a un reventón nihilista, a una forma de terror” (p. 12). La locura es “toda idea reservada de los individuos” (p. 17). Cuando esas ideas —que deben permanecer en la intimidad pavorosa de los sujetos— salen a la luz, se produce la *desacostumbre*. Ya no se disimula la locura porque queda expuesta. González, en estas primeras páginas, define qué se entiende por locura a partir de la propuesta de Arlt. Y, correlativamente, expone cómo funciona el lenguaje en tanto “analogía de un poder indiscifrable y único”.



En el segundo capítulo (“La locura conversa”), introduce la inquietante noción de que, como la locura *también* consiste en estar involucrados en un diálogo, bien puede estar encubierta y viviendo una vida prestada que cándidamente le ofrece la propia cordura (p. 27). El diálogo ya no es el terreno de la razón y el entendimiento; todo puede ser puesto en duda, puede tratarse de una farsa.

Es la inestabilidad del sentido lo que invoca la locura y lo que infunde temor. Y este es el punto en el que González puede acercarse lo político en Arlt: “Es el tema absorbente de Arlt: la locura del escribir es *locura* por haberse lanzado al comentario y a la glosa sarcástica de las ideas políticas, que de este modo podrían revelar hasta qué punto estarían carcomidas por el dislate o la insensatez” (p. 13).

El discurso del Astrólogo, largamente analizado en las páginas de su ensayo, le permite a González leer el modo en que lo político aparece en Arlt. No como compromiso intelectual ni como tesis aleccionadora o moralizante. “Las ideas políticas en juego no *hacen* política, *hacen* ficción, y solo en tanto que *hacen* ficción, *hacen* política (p. 49)”. Y en esa ficción que genera política, no hay lugar para la moral. Este derrotero lleva a nuestro ensayista a formular una de las tesis centrales de su trabajo:

Llegan al fin a la ecuación crucial que toda la teoría política intenta pensar; el poder es la antípoda de las creencias y en ese sentido, llega a una *locura* que, si opta por confesarse, parece pasar a la dimensión en que se llamará política y podrá ser cultivada *urbi et orbi*. Se podría así verificar en el fragor de la historia la experiencia final del lector arltiano:

la abolición del mundo como *armazón moral* (p. 72).

La obra de Arlt, incluso en su dimensión política, solo puede ser comprendida en la desmesura del texto mismo, en el exceso y el desborde que la misma ficción propone. La gesta novelística arltiana —afirma González— exige, al igual que el folletín, la suspensión del juicio moral aleccionador. Pero también —a propósito del aguafuerte “He visto morir” en la que Arlt narra el fusilamiento de Severino Di Giovanni— González plantea la difícil interrogación política que realiza Arlt: trata de “buscar la política en la locura de la historia, y una vez reconocida la nocturna imbricación de una y otra”, las rechaza en el “mismo gesto despechado del cínico humanista” (p. 59). Poco más adelante, habla de las sensaciones corporales que provoca esa escena que Arlt describe. Asevera que los periodistas, testigos de la historia, que vieron eso “y que nos invitan también a ver” sintieron en su cuerpo la sordidez de ese acto. Y explica, con una cita sin referente: “Porque leer es recibir influencias”.

Esa *aguafuerte* —que integra el escogido puñado de escritos de definitiva trascendencia publicados en cualquier época por los diarios de este país y cuyo tema es también el *periodismo*— propone el enjuicia-

**El discurso del Astrólogo, largamente analizado en las páginas de su ensayo, le permite a González leer el modo en que lo político aparece en Arlt. No como compromiso intelectual ni como tesis aleccionadora o moralizante. “Las ideas políticas en juego no *hacen* política, *hacen* ficción, y solo en tanto que *hacen* ficción, *hacen* política”.**

miento de la estructura moral del mundo a través de imágenes que se conectan con *sensaciones* corporales: lo abominable se presenta como sentimiento encarnado cuando el lector siente en su experiencia soberana una inaudita incomodidad por la escena. Sabe que está ante una forma repugnante y atroz de lo humano. La lectura lo ha llevado a este abismo de sensaciones (p. 65).

La locura, lo político y el discurso sobre ambos, ya sea a través del periodismo con su crónica o de la ficción literaria en sus novelas, se conjugan para tensionar el juicio moral. Esta afirmación contradice algunas de las lecturas críticas previas a la intervención de González, pero se sustenta firmemente con todo el andamiaje de lecturas que va desplegando en cada capítulo. Se van asomando, así, algunos de los procedimientos con los que trama su ensayo.

### Lecturas críticas y críticas a lecturas

*Arlt. Política y locura* es más que un ensayo sobre la obra de Arlt, es una reflexión sobre la crítica, sobre el modo de hacer crítica. Por un lado,

González acerca a su auditorio todas las lecturas que pone en funcionamiento. Claro que esto es, en gran parte, característica inherente a la escritura del ensayo. Si leer

es ser influenciado por otros, las lecturas previas modifican nuestras lecturas actuales. Horacio González da

sobradas muestras de eso: lee a partir de lecturas; invita a establecer relaciones y a poner en diálogo textos no tan cercanos. Pensar más allá de los límites de cada texto en particular. La lista podría ser interminable: José Carlos Mariátegui, Thomas Mann, Erasmo de Rotterdam, Elias Canetti, Dostoievski, Ramos Mejía, Spinoza, Borges, entre otras alusiones y citas.

El otro procedimiento complementario que recorre todo el ensayo de Arlt reside en el diálogo entre textos que abordan la misma materia y, correlativamente, la introducción de reflexiones sobre el quehacer del crítico en sí. Porque, así como el aguafuerte de Arlt es *también* un texto sobre periodismo, este trabajo de González es *también* un texto sobre el ensayo.

Con ironía, con humor y sin resignar por eso rigurosidad, González va recorriendo los tics del crítico. Como cuando pregunta “¿Qué aprecia aquí el crítico bien catequizado?” (p. 33), para despegar sus conclusiones de algunas estrategias ya cristalizadas. Uno de los epítetos que González les dedica es el de “glosadores del mundo”. Para evitar caer en esa categoría, nos limitaremos a unos pocos ejemplos y citaremos textualmente sus palabras:

Volvamos a la reunión de aquellos endemoniados personajes, confiando en que el lector —nuestro lector, en fin...— acepte estas ilusas idas y venidas de las oraciones, las frases como en lanzadera. ¡Glosadores del mundo! ¡Es la crítica que glosa, amante de las infinitas apostillas, desdicha a la que pertenecemos, infortunio que de alguna manera nos envuelve con un inexplicable atractivo! El glosador debe saber hacerse perdonar (pp. 102-103).

**Persistir en la locura para acceder al conocimiento. La locura como desmesura, como exceso y proliferación es también el método de Horacio González que —en una arista de la locura— nos conduce a la sabiduría.**

Estos párrafos suelen ser reclamados, con su promesa de aplastados tesoros, por el alma solícita de los críticos. Son los críticos los que llevan el sino de comparecer ante los textos imaginando que estos contienen perennes llamamientos para que ellos intervengan (p. 39).

¿Y ahora qué, exclamamos nosotros? ¡Tristes mendrugos del crítico! ¡Mediocre depredación al que emprende! ¡Ilusa carroña la que arranca de textos que parecían lozanos! ¡El crítico se contenta con desplegar una miserable sospecha, una sombra que compromete escritos que parecían leerse sin otro sufragio que el candor! (p. 92).

Por un lado, intenta lograr la *captatio benevolentiae* al cuestionar su propia labor crítica. Pero, a su vez, introduce no solo la sospecha miserable o una sombra ante la aparente transparencia de un texto, sino también —y fundamentalmente— una concatenación de lecturas que forman nuevos significados, nuevas redes de sentido. González va guiando al lector para llevarlo a descubrir esas nuevas posibilidades del texto.

Y esa guía, en este caso, a través de la obra de Arlt es al mismo tiempo un itinerario que incluye la crítica sobre esa obra. Aparecen las lecturas a las que irá interpelando: *Roberto Arlt, el habitante solitario* de Diana Guerrero, *Roberto Arlt, el torturado* de Raúl Larra (p. 76), y algunas alusiones a apartados de *Una modernidad periférica* de Beatriz Sarlo (p. 136) o de *El género gauchesco* de Josefina Ludmer (p. 34). Incluso, alguna conversación con Germán García (p. 144). Con todo, en quien más se demora es en

José Amícola. Su trabajo, *Astrología y fascismo en la obra de Arlt*, no lo convence. Y González insiste en exponer claramente su desacuerdo. Lo retoma en algún momento: “Volvamos (invitación de papel, golpe de timón retórico del que escribe estas líneas) a los comentarios que leemos en el libro de Amícola” (p. 54), y poco más adelante, sentencia:

Por eso, no acierta Amícola —aunque si es posible decirlo sin ironía, valoramos sus fieles errores— cuando supone que con anarquistas y abogados literalmente revolucionarios, Arlt desea reencaminar la lectura de su novela hacia una ética del bien. En el mismo acto, internaría al lector en el mundo de la novela, como un factor de opinión que apoya una selección moral en los personajes positivos. [...] Esa crítica es posible, es deseable, es requerida. Pero no se muestra a través del apotegma conminatorio de la razón (p. 68).

Horacio González procura demostrar *razonadamente* el error de Amícola. Por eso, la cautelosa guía con la que va seduciendo al lector de su ensayo que vuelve a leer a Arlt a través de la lente aumentada por lecturas y nuevas conexiones que González propone. El recorrido por la crítica sobre Arlt termina en el epílogo. Ahí, reconoce la discusión abierta por Viñas, Rozitchner, Masotta, Correas, por *Contorno*, claro está. Una discusión que se prolonga, se demora hasta el momento en que escribe su ensayo (y un poco más también). Y, si bien no puede adherir a las conclusiones de los jóvenes contornistas, les reconoce el hallazgo y la lectura. Sobre el final, González vuelve a la idea de la suspensión de todo juicio ante el

horror. Y concluye: “El agnosticismo ético de la literatura será la rara antesala de una visión en la historia, inspirada en la añoranza de las creencias encendidas. Es la añoranza que ahora nos anima” (p. 146).

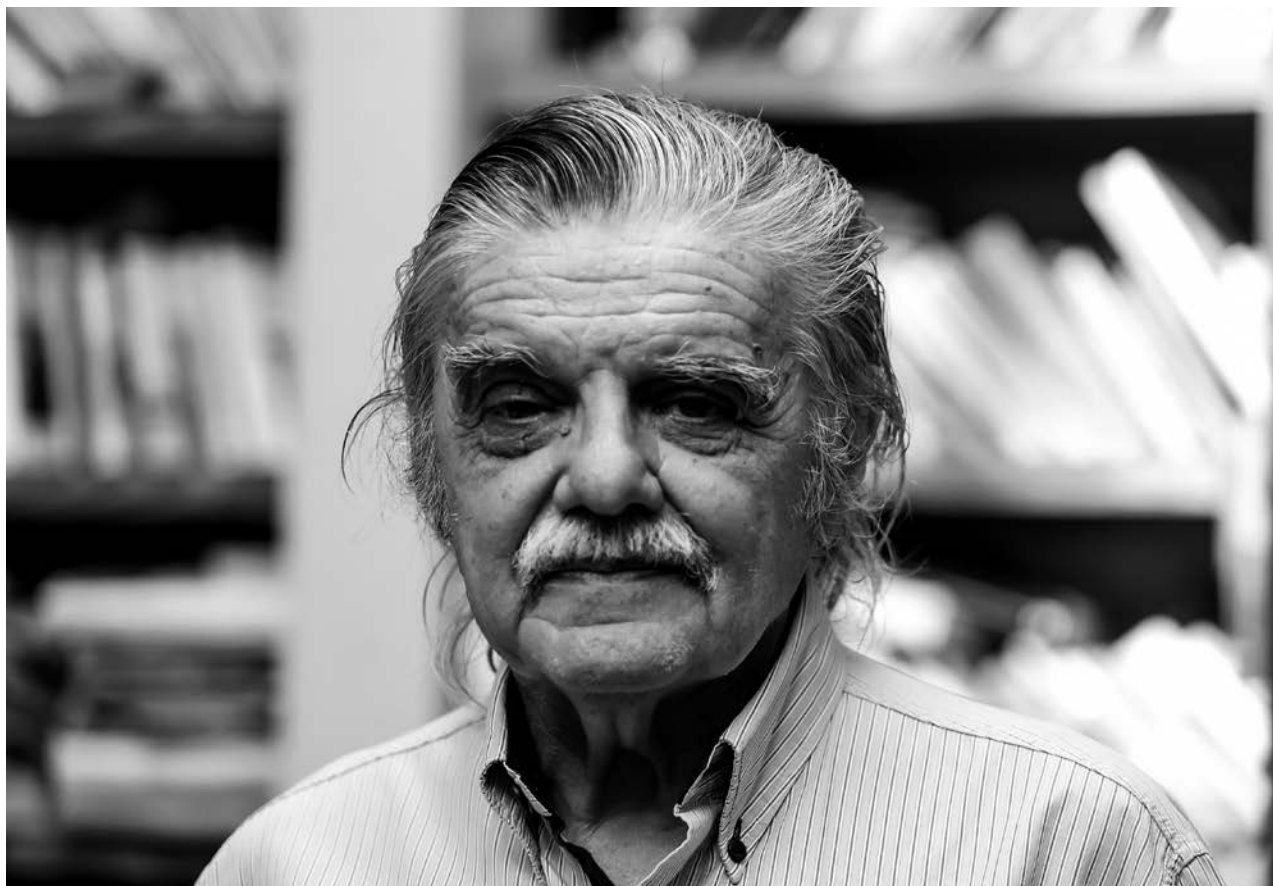
### Epígrafes y cierre

Hasta acá, queda claro cómo se llega a la conclusión sobre la obra de Arlt. Pero hay una vuelta más que puede darse respecto de este método que Horacio González despliega en este ensayo a propósito de Arlt y a propósito, también, del ensayo mismo. En esa misma conclusión, enfatiza: “De cualquier lado que lo veamos, un Arlt vecino a la locura. Eso sí, si entendemos el ser de la locura como un texto que en su *método* —pecador, alquímico— encuentra su tema —las vidas amando la impureza, las vidas aglomerando restos—” (p. 146).

Cada parte de este ensayo, el prólogo, los nueve capítulos y el epílogo, está precedida por un epígrafe. William Blake es el autor de cada uno de ellos. No hay más mención al poeta inglés que esa anexión persistente y, en un punto, esquiva. ¿Por qué esa elección? Cuando habla del temprano texto de

Arlt, *Las ciencias ocultas en la Ciudad de Buenos Aires* (1920), González menciona, necesariamente, a Madame Blavatsky. Podríamos arriesgar que por esas cercanías esotéricas podría justificarse la presencia de William Blake. Sin embargo, y sin pretender caer en una lectura cerrada sobre el texto, si ordenáramos esos versos para componer un nuevo texto obtendríamos un extraño poema que nos remitiría a la condición humana y sus demonios. Pero no hay necesidad de tal tarea de *bricolage*, es claro que esos versos de Blake remiten a *The Marriage of Heaven and Hell* (1790) y, especialmente, a los “Proverbios del Infierno”. Estos proverbios, que difieren de los canonizados proverbios bíblicos, proponen un modo de pensamiento y de acceso a la sabiduría original y alternativo, desmesurado.

El proverbio 18 dice: “If the fool would persist in his folly he would become wise”. La traducción más consensuada sería “Si el necio persistiera en su necedad se volvería sabio”. Pero *folly* también puede ser entendida como *locura*. Persistir en la locura para acceder al conocimiento. La locura como desmesura, exceso y proliferación es también el método de Horacio González que, en una arista de la locura, nos conduce a la sabiduría.



Fotografía: Ximena Talento.



# La sinrazón del ensayo<sup>1</sup>

*Por Nicolás Rosa*

*Acerca de Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*  
(Buenos Aires, Colihue, 1999)

Lo propio del ensayismo crítico es elaborar los efectos de los textos como potencia discursiva y, a la vez, interrogarse sobre su constitución: cómo el ensayo nutre su ser a partir de una interminable conversación con las sensibilidades que lo rodean y anteceden, y que en conjunto suponen un vasto, difuso y heterogéneo archivo. El ensayo es el texto que refiere a los otros textos, infinitos yacimientos explorados y solicitados por el ensayista para medirse con ellos, para hundir sus pies en la historia y para definir su relación con el mundo. Por lo tanto, cada nombre de esta tradición es una política de citas, un modo de alumbrar zonas y relativizar otras, de definir una relación con la metrópoli y con sus márgenes. Así ocurre con Nicolás Rosa, quien explora las distintas vetas del ensayo argentino, y con Horacio González, quien, en sus *Restos pampeanos*, esbozó una genealogía, un “tratado” y una “nomenclatura catastral” tan creativos como democráticos. La pampa como tanteo de unas posibilidades emancipatorias siempre latentes, como mito y promesa irredenta.

## Interferencias I (convergencias, divergencias)

La segunda parte del texto *Restos pampeanos*, de Horacio González (1999), desde la página 129 hasta la 223, integra el capítulo referido al “ensayo de interpretación nacional”. Pero esto es un engaño de la titulación. Todo el libro, en sus 435 páginas, es el “tratado” más elocuente sobre el ensayo nacional, es decir, la definición de “lo nacional” desde todas las vertientes. El desfile de nombres marca el diccionario más completo de todas las intervenciones sobre el problema: un catastro nominal que se inclina por rescatar del olvido o de la proscripción a los ensayistas que pensaron la nación desde la soberbia eficiente de la posteridad soberana. Por eso, los nombres de Mallea o de Borges, sin ser desmerecidos, tienen el lugar menor que les corresponde dentro de este mapa: el capítulo dedicado a Borges tiene tres hojas y media, y es un “interludio” entre Lugones y Lugones, entre “obediencia y anarquismo”, entre Lugones y David Viñas, entre “mito y género”. En todos ellos planea casi insolentemente el “enigma Lugones”, dotado de una investidura de atracción y rechazo para los cultores de la literatura argentina y, por ende, herencia casi ritual para los nuevos gestores del ensayo propiciados en las páginas finales. No podemos menos que reiterar, después de tantos avatares fenomenológicos (la descripción) y de las sombras atrayentes del reflejo de imágenes (lo imaginario) y el peso fuerte de la legislación simbólica, que la crestomatía, como antes la geografía, tiene sus poderes. Convocados los “mitos de la revelación” —desde la “fotografía” del Deuteronomio al libro del Apocalipsis, desde el libro hasta el cine, desde

los “profetas de lectura” hasta los “amigos leídos”, desde el “ensayismo” hasta la ficción literaria—, el nomenclador es claro y preciso: desde el “desborde” de Sarmiento, fuera del siglo XX, hasta la actualidad de la acción escrituraria actual: León Rozitchner, David Viñas, Josefina Ludmer, Perón, Santucho, una serie heterogénea presidida por una homogeneidad que González postula con convicción. En otro nivel, la consistencia obligatoria de una homogeneidad, ya sea para lograr reducir la dispersión del objeto a actualizar, ya sea por una hegemonía de valores —y esto siempre ocurre—, deja en el borde a otras escrituras y otras lecturas. Pasar de Carlos Astrada a John William Cooke, uno de los ensayos más originales y potentes que reabre la polémica sobre el papel de la izquierda revolucionaria en el peronismo de los años setenta en oposición al peronismo “virtuoso” de Leonardo Favio, y de Halperin Donghi, la mente más lúcida del ensayo historiográfico liberal, a Martínez Estrada, el más “opulento” de los ensayistas argentinos, implica una divergencia manifiesta y provocadora. González, con “recia pluma”, plagada de anacronismos conscientes y de arcaísmos subconscientes como réplica de un “estilo nacional” como el estilo agachado del primer Borges, elabora una genealogía completa de la problemática nacional —cuya postulación escrituraria no es abundante— y marca la fertilidad de las respuestas de estos ensayistas. ¿Recortar la línea “nacional-popular” es compartir la ideología consecuente o, en el caso de González, es el entramado “ensayístico” de la ideología nacional con fundamentación de la sociología weberiana, o de las primeras razones marxistas o incluso pseudomarxistas —no en el sentido

de “falso” sino como “verosímil de la verdad”— de Héctor Agosti, o de la poderosa lectura de los textos “iletrados” de los panfletos de los Montoneros —y el panfleto puede ser entendido como “manifiesto” o como “libelo”— con relación a la justicia revolucionaria filocristiana? Todo el texto de González completa una suma de la ensayística argentina que, desde lo social (la sociología), la filogenia, la antropología social, fundamentan la literatura como repositorio de la “esencialidad” del ensayo, la psicología de los pueblos, la lectura “argentina” de Freud, la versión psiquiátrica de los “hombres argentinos” (célebres o innominados), en Ramos Mejía y en las teorías de la simulación en Ingenieros, todos “necesarios” para interpretar la vivencia nacional.

Postulación cruda de González, la más verdadera y que fluye en los intérpretes contemporáneos: una “teoría” sostenida por la lectura y de la traducción del mundo europeo, o más precisamente, de los “mundos europeos”. Si la apelación por momentos a la lectura de Gramsci es fundamental, en el otro extremo, la versión nacional centroeuropea de Gombrowicz es capital. La hipótesis manifiesta es positiva: la historia argentina es un texto de confrontación político-militar con los enunciados europeos: libertad (liberalismo), fraternidad (de los pocos con respecto a los “otros pocos”), igualdad (de los mismos con respecto a los “otros mismos”), capital (fiduciario e internacional), frente a la “esclavitud”, el “ostracismo”, el “imperio”, la “enajenación de las fortunas y de los espíritus”, el “genocidio”, lo “heteróclito”, la “hibridez” (cuestionada con inteligencia, y entonces Borges vuelve por sus fueros), la pasividad de la lectura

frente a las prácticas apropiativas de las escrituras... La hipótesis latente es negativa: la historia de la cultura argentina, de la literatura argentina, del ensayo “nacional”, sería un sistema de citas. González elabora un nuevo sistema de citas, con “remembranzas” del pasado inmediato y del presente, y con marcas del futuro anterior.

\* \* \*

### Intermedio II (figuras, personajes, sombras)

En puridad, la estructura ensayística desde el punto de vista retórico no permite una diferencia entre el ensayo en la tradición europea y el ensayo argentino. En un trabajo de Beatriz Sarlo, bellamente escrito, hecho no tan notorio en su escritura, propone un muestrario de formas preceptivas del ensayo sin agotarlas: metáfora, elipsis, paradoja, *exempla*, casos, aforismos, condensación, biografía y profecía, en donde se mezclan entidades de estilo y de discurso (Sarlo, 2001). Los *exempla* son del “otro lado”, del otro lado de la cultura argentina, el lado europeo: el interminable *Idiota de la familia*, de Sartre (y el problema a rescatar es la “brevedad del ensayo”, y Sarlo lo acomete); el otro lado oriental de Nabokov, el lado “estulto” y siberiano de sus opiniones —aunque Sarlo no compartiría este juicio—; los juicios “luminosos” pero no iluministas de Augusto Illuminati, toda la filosofía y la política; el lado “inglés” de la literatura argentina (los juicios paradójicos de Borges); los *exempla* de la prueba sin razonamiento deductivo en Hans Blumenberg —¿qué sucedió entre esos dos hombres (la “entrevista”), entre Joyce y Proust o, digamos, entre

Churchill y Stalin?—; los “casos” de Michel Butor, que integrarían una serie de asesinatos textuales a investigar; el aforismo en Adorno que conduce a Simmel y, por esa vía, a Martínez Estrada; o la falsa condensación entre los entrecruzamientos de Cacciari y Magris, el ensayo-biografía de Carlos Correas sobre Oscar Masotta, primigenio y “consecuente” Juan José Sebreli (Sebreli, 1998), y en la “sombra”, pero determinante como suelen ser las mujeres, Renée Cuéllar, y por último la Profecía, donde se enlazan Tarkovski y Martínez Estrada.

Entonces, para nosotros, la línea del horizonte no está en otro lado, “del otro lado”, sino aquí, en nuestra propia vecindad, y hace tanto a nuestra alteridad como a nuestra vernacularidad. Sarlo es, cada vez más, una crítica culta; es decir, en la exposición de sus lecturas se vuelve y se envuelve en sus propias lecturas —¿como salutación,

como enajenación, como cosmopolitismo?— y se opone, como se opone el sistema integral de la lectura a la desintegración de la cita, pero quizá no se confronta con Horacio González; ambos se reparten un estante diferente de la Biblioteca Universal. ¿Cómo comprender el ensayo argentino sino a partir de sus practicantes, prácticas de lectura y prácticas de escritura? La versión más cercana es la “crítica”; y en la escritura argentina ambos, Sarlo y González, forman parte de una misma sustancia, son los dos bordes extremos de un mismo espacio de escritura. El trabajo de González sobre Macedonio Fernández —la cita obligada de críticos y ensayistas inteligentes (González, 1995)— posee en la página inicial sin numerar varias citas: la primera de Carlos Astrada (“El numen del paisaje”), la segunda de Ramón Gómez de la Serna (“Greguerías”), la tercera de Wittgenstein (*Tractatus*) y la última

Anotaciones y dibujos de Horacio González. Fotografía: Ximena Talento.



de Lao-Tse (*Tao Te King*). No solo ha pasado el tiempo de los citados, sino que el autor y conjuntamente el lector “pasan” del espacio doméstico de la cita a la universalidad de la cultura mundana, de lo íntimo —el libro que nos pertenece— a la biblioteca extranjera —el libro que nos pertenece por disposición o confiscación—, de lo occidental a lo oriental y del espacio femenino al espacio de la amistad; y si entendemos bien a Montaigne, las mujeres “no pueden soportar la opresión de un nudo tan constante y duradero” (Montaigne, 1948); la mujer, en una psicología primaria, instalada en la inestabilidad y la variabilidad de sus humores, clausura el paso por este rasgo típicamente romano (Cicerón) que subsiste en esta precaria fenomenología. ¿Qué se gana y qué se pierde en ese paso? Se gana todo lo que en la cultura sombría pero seductora de la cultura muerta puede rescatarse como conservación de la cultura viva y se pierde imaginariamente el rastro de la in-civilidad de la cultura argentina. La “barbarie” es siempre estéticamente apetitosa para los “unitarios” (Alberdi). González quiere diluirse en el océano de la cultura letrada propia del ensayo y particularmente del ensayo argentino que debe mostrar la biblioteca para los suyos y para los otros, al desapropiarse imperiosamente de las citas de los otros. Los amigos fantasmáticos de lectura y las “presencias reales” (quizá como un recuerdo de las “reales presencias” de Steiner) se asilan concéntricamente alrededor de “algunas” mujeres. Aquí la cita apunta al citador. Sarlo “cita” a la televisión como el lugar de la cita y de la parodia (Sarlo, 1994, cap. III). La cita de la citación (la dualidad de los personajes gemelos de la televisión) opera con

una estructura similar: la improbabilidad del no-reconocimiento que funda el género. La cita no es ni un obsequio ni una apropiación, es su propio fundamento reiterativo, de tal manera que la cita desaparece o solo está sujeta a la improvisación tanto del ejecutante como del televidente. Pero Sarlo, muy directa y muy conscientemente, informa al lector de lo que ya sabe, intenta reconocerse a sí misma en los otros lectores, un aplauso como aprobación teatral o cuasicinematográfico. González se remite, agradece y cita dentro de su ámbito cerrado, y el reputado sociólogo del “populismo” es recatado y selecto, y la ensayista liberal es “populista” en el manejo de sus citas: este entrecruzamiento “es” el ensayo argentino.

\* \* \*

## Implicaciones II (citas, citaciones, recitaciones)

*La lengua es un sistema de citas.*

JORGE LUIS BORGES,  
“Utopía del hombre que está cansado”,  
en *El libro de arena*

Al señalar, en *El payador*, la combinación de elementos orientales y caballerescos, en la fantasmagoría de las precedencias lugonianas, completando las atribuciones de Sarmiento (descendencia matrilineal del jeque árabe Al-Barracín), y anticipándose al “disfraz” marroquí de Arlt, que amplía el “*ethos* oriental” (Rosa, 1991), se apresta a una cita de largo aliento, y luego de transcribirla, Horacio González, con refinada y engañosa modestia, pide disculpas al lector. Ahora, en el “ahora” de la escritura, el autor de estas reflexiones también acude a la

cita como probanza intelectual o quizá como incisivo recorte: “Larga cita que deseamos haya sido aceptada por el tolerante lector (ella interrumpe el texto, pero con su sola presencia lo deja en inferioridad de condiciones) [...] en esta cita ilustramos la concepción mítica lugoniana” (González, 1999, p. 194). Hay dos actitudes verificables en el texto: una es la relación del autor con las citas, su posición en el texto, su desplazamiento en la acción discursiva y, sobre todo, en relación con el pensar de su interlocutor —en nuestro ejemplo, la *captatio benevolentia* para congratular al lector y la disposición de las citas que no tienen el alcance de citas probatorias propias del “tratado” o del “estudio”, sino que apelan a un tráfico de las citas, quizá para borrar el carácter enciclopédico de las mismas—. Ese tráfico pluridimensional de las citas (convergencia y divergencia de múltiples direcciones), en la línea que analizamos, acaba trastrocando el texto y la lectura del mismo en una placentera intimidad, pasando de la cercanía (Cercano Oriente) a la lejanía (Lejano Oriente), y en juego que González, borgeano sin propiciarlo, el tan mentando y difícil de probar “oxímoron” (Rosa, 1999b), lo “lejano” (la etnia, la lengua, el “habitus”) se convierte en proximidad: Jung Ho Kang “promisorio obsequio de Oriente”. ¿Dónde adviene la ideología, en el sustantivo o en el adjetivo? Poca cosa, pero la lengua siempre es deleznable, siempre dice más de lo que queremos decir. Pero el tráfico se convertirá en el texto en un negocio: González es un traficante de citas. ¿Cómo negocia el autor con las citas de los otros? ¿Desembarazándose de sus propias citas, olvidando sus textos anteriores, o la riqueza de los textos a analizar imponen una

“actualidad” del texto que impide descender a los textos anteriores? ¿O la “forma ensayo” en su transubjetividad trueca lo “propio” —la propia enajenación de la cita de otros— en citas anónimas violando la “propiedad de las citas” y reponiendo la autoría colectiva? La ejemplaridad es un dato inútil para el autor aunque convincente para el lector, pero siempre inquietará la pregunta para qué citamos: ¿por egocentrismo, por fanfarronería, por escepticismo, por narcisismo, por pretensión o por codicia? ¿Por alusión, o quizá por la ilusión de una improbable *megacita* que daría cuenta de todo el repositorio del Saber? Si González no es un “académico” —y quizá sea el único “visible” en la actualidad, pues los otros se han refugiado en las sombras oblicuas de las bibliotecas—, tampoco reniega de la composición y de las estrategias citacionales; el negocio lo instrumenta el autor, pero solo lo lee el lector. La enciclopedia argentina sería quizás un “resto” o quizás un “rastros”, aquel mixturado en diccionarios editados en Maguncia o en Königsberg o en Salamanca o Lérida la Vieja, leídos por lectores americanos como podría proponerlo Saer, pero con el estigma de lanzas coloradas o de amargas boleadoras. La enciclopedia tiene sus falencias: primero, solo se cita a quienes aceptamos en la lectura como agonistas o antagonistas —el ensayo propiciatorio de González propone con-citar a todos— de todos los antiguos presentes en nuestras escrituras, y no tiene sentido dar los nombres, pues están todos “tratados” en el texto, hasta los contemporáneos del autor, y damos una secuencia falsa, de David Viñas a Juan José Sebreli. La distancia es tan extensa como la pampa. Martínez Estrada en

todas partes como figura redentora de Sarmiento que lo (“nos”) acecha, y lo que va de John William Cooke a Montoneros es un espacio cuasicircular —¿no se dice así de los círculos del infierno?— a Santucho y el Che. Pero la “distancia” que va de Viñas a Sebrelí no puede ser evaluada solo por la presencia textual —Borges tiene un espacio textual reducido pero es omnipresente, aunque no tanto como el “padre del engendro” Lugones y ese intento pre-potente de González de volver a leerlo de otra manera—. Sebrelí es una mención sin adjetivaciones fuertes. ¿Es entonces la presencia textual y no la asignación la que “marca” el valor de los personajes convocados? Pero pareciera que la extensión espacial no es determinante aunque lo parezca, sino un elemento no trascendental, casi furtivo, pero dominante el “tono” con que vierte y se divierte la escritura de González, un humorista desolado cuando analiza el carácter funambulista y fumista de ciertos escritores-ensayistas del ochenta y hasta la fúnebre ironía de la conversación de Gombrowicz con Santucho.

Si hacemos un largo y aventurado camino desde la página 18 a la página 435, se lee una prosa de quizá ficticia armonía en su recorrido no divisible en piezas —a pesar de que el texto es una integración de textos de épocas diversas aunque contemporáneo tanto en sus propuestas (“ideario”) como en su conformación (retórica), de la misma manera que su “oralidad” está enlazada a su argumentación—, y esto es un hallazgo evidente pero riesgoso: escribir con las palabras del otro. Estas palabras pueden aparecer como “arcaísmos simulados” o como verdadera interiorización de las palabras del otro. Quizás aquí atravesamos el

espacio singular del ensayo, y González es maestro en este arte. Estudiar el estilo de González desde el punto de vista de su diacrónica puede llevar a sorpresas, por ejemplo, al alejamiento de tensiones oscuras y a un principio de templanza en su *polemos*, convencido quizá de que el “debate de ideas” es debate de razones y no lucha de opiniones. Esta “serenidad” no implica nunca una renegación de las propias ideas sino un acercamiento a las ideas de los otros, engendrando una marca del ensayo argentino de izquierda, una pasionalidad. La advertencia de González, “un libro se escribe a partir de muchos libros”, en una práctica que simula —venerable tradición— “el empuje casual de una conversación cualquiera”, y me atrevería a trastocar la cita y emplear un adjetivo usado en la frase anterior “una conversación ‘ocasional’”, nos obligaría a proponer un “tratado” de las citas de Horacio González (conf. *Restos pampeanos*, 1999). La omisión de la bibliografía no es un veredicto contra la “academia” —quizás en textos anteriores lo fue—, ahora es una presencia obligada y ocasional del autor, un “inconsciente textual” que reúne textos, los “identifica” y “a veces” los dispersa. Proponer la elegancia de un vacío lleno de insinuaciones es retornar a Martínez Estrada o a Murena, en parte a Sarmiento y, en menor distancia, a Scalabrini Ortiz —¿quizás a Mallea?—, pero este vacío es puramente textual. Convocar la cita es invitar al citador a un festín enciclopédico. Pero leer y citar no son la misma cosa en relación con la organización textual y a los efectos de lectura. Citar es interrumpir el camino del trazado textual —generalmente hace autoridad en el texto— y, al arrogarse el papel de

maestro de ceremonias, puede llegar a desalojar el deseo del lector: una lucha entre atribuciones y conversiones de la propiedad intelectual.

El ambiguo González, que por momentos recaía en la apropiación de sintagmas cristalizados y de proposiciones vacías —del “vacío”— generando un enigma —¿era un uso irónico, y por momentos burlesco, de expresiones de los autores estudiados, o era el efecto de estilo inocente de sus flaquezas en el rápido transcurrir de las ideas?—, vuelve y nos propone una transformación de enunciados modélicos de algunos críticos argentinos contemporáneos: el espacio de la “pampa” como delimitación de un “colectivo textual argentino”. Hemos pasado de la justificación epistémica del discurso del ensayo a su problematización social como colectivo textual, es decir, un conjunto de textos, los más numerosos, los más apasionantes de la discursividad argentina, entremezclados Vicente Fidel López y Marcos Sastre, Rosas y Darwin, Mansilla y Carlos Pellegrini, Alsina y el zanjón, Roca y Runciman, etc. Cómo identificar ese colectivo, cómo cuantificarlo, son problemas ajenos al ensayo de González. Podemos suponer que es el “primitivo” del cual se suceden todas las formas de análisis, sean estas metafóricas o signos sociales. La ley (restaurada o constitucional) alcanza, prescribe y a veces pervierte al colectivo como el sujeto de la lectura en el intento de construir una legalidad inalcanzable. Si él escritor-ensayista es responsable de su propia acción de escribir —y allí González es “prístino” si cedemos a sus propias imágenes—, solo en contradicción a esa Ley como transgresión simbólica y como real irresponsabilidad es como se justifica. González nunca acató los

imperativos de la academia; ahora ya no forman parte de su horizonte. Pero la acción política es imprevisible y no permite predicciones. Si el ensayista es responsable de su propia acción de escribir —en tanto la escritura desata todas las articulaciones de la Ley, la del *Dictum*, la de la Máxima, la de la Sentencia, la del Orden, la de la Proscripción, pero también la del Derecho, la Tiranía, la del Desorden, la Venganza—, el ensayista es un vencedor cuando alcanza no ya a escribir lo que intenta escribir, sino en su propio y denodado esfuerzo por escribir, en su intento, en su ensayo, que al mismo tiempo es la estructura energética del discurrir del ensayo.

González precipita su escritura en la imaginería argentina, la voz argentina y, por ende, la voz coloquial. La vocinglería rioplatense puede ser clasificada como estereofonía y su escritura, como una estereografía, pero simultáneamente a estas locuacidades argentinas, su engendramiento, su dispersión, sus variaciones, su “canto”, sus retornos, sus *flatus voci*, sus fulguraciones, y la distancia que va desde la voz emitida y la voz oída, están las rencillas, las voces lastimeras, los sollozos de muertos y vencidos. Ya nos hemos entendido con ese catálogo de voces (Rosa, 1992). En

**Estudiar el estilo de González desde el punto de vista de su diacrónica puede llevar a sorpresas, por ejemplo, al alejamiento de tensiones oscuras y a un principio de templanza en su *polemos*, convencido quizá de que el “debate de ideas” es debate de razones y no lucha de opiniones. Esta “serenidad” no implica nunca una renegación de las propias ideas sino un acercamiento a las ideas de los otros, engendrando una marca del ensayo argentino de izquierda, una pasionalidad.**



estas voces están inscriptas las voces del ensayo, la voz sabia del ensayo erudito, la voz sapiencial del ensayo filosófico, la voz plural del ensayo histórico (la probable sinfonía del colectivo humano) y, entre ellas, las voces del ensayo argentino, voces misioneras, anunciadoras, evangelizantes, proféticas, que emiten presagios, vaticinios, pronósticos y augurios. González intenta no dejarse seducir por los cantos de sirenas y las voces apocalípticas del infierno, para restaurar la voz de la razón desatentada del ensayo argentino, su propia sinrazón.

Si las voces están desconcertadas es porque son “restos” de una confusión prebabélica que intentan retornar a una voz anterior, casi única, del pasado argentino. En el ensayo argentino, como se debe, se vuelve al pasado, y cuando “profetiza” es una profecía invertida: todo tiempo pasado fue mejor. Esos “restos” alojados en un túmulo funerario son el motivo de la introspección, de la “interpretación”, que convierten a la historia en el desciframiento sepulcral de “restos fósiles”, el fósil inductor de los caminos de la historia o el fósil enigmático del engrama cerebral. Los “restos pampeanos” están organizados como una completud imaginaria de reflexiones, citas, explicaciones, de problemáticas, de síntomas y de riesgos retóricos; el ensayo de González no se “ampara” en una “metáfora de lo argentino”, y podemos deducir que este rechazo de la metáfora proviene de una desconfianza a la “comodidad del lenguaje”. El interés del autor es evitar un resurgimiento de todo aquello que expondrá en el texto y sus proyecciones: Sarmiento, Ramos Mejía, Ingenieros, Ameghino, Scalabrini Ortiz, Martínez Estrada,

Astrada, Gombrowicz, acompañados paralelamente con Halperin Donghi, David Viñas, Otto Bauer, Perón, Cooke, Santucho. Salvo tangencialmente Eva Perón, y en la dedicatoria —género improbable para un autor como González— la “sombra” de otra mujer: Liliana Herrero. Es tarea del lector deducir el tamaño de esta sombra. Todo es el marco que subraya la “hipótesis” de González: el enemigo es masculino y siempre político. Sobre esta “substancia” se pliega la libertad argentina, como acción escrituraria, como reflexión ensayística, a veces como un sintagma que circula en todas las propuestas y funciona como una motorización del ensayismo de González: la literatura no solo no es ajena, sino que es consubstancial a lo político-argentino —hipótesis que ya está en Viñas—, no porque refleje las ideas de la época, sino porque es la base estructural de la retórica de la época y la que provee todo el material preceptivo; la “literatura” es el ensayo político como “copia” de la misma literatura, es su propia retórica. Recogida en ambos márgenes, la escritura de González va de uno al otro con estructuras discursivas por momentos deslumbrantes, por momentos reconocibles en apego a autores inexorables como Gombrowicz o Martínez Estrada, o como deslices objetables en la presencia irrecognocible del “barroco” del “neobarroco” Lezama y en imágenes “aventuradas” que rigen su propio estilo, es decir, la forma de su pensar. La reflexión de González está invadida por un Yo potente que dice siempre su autorreflexión y su propia interrogación: es un “ensayo reflexivo” y, en ese sentido, legitima sus opiniones con la duda constante y, por ende,

constituye una apelación extrema al lector como prueba. Y como aciertos apela a la certidumbre de sus propios juicios y, al mismo tiempo, a la consideración de los mismos como negatividad necesaria en que asienta sus apreciaciones: un pensamiento dialéctico que funda sus análisis no exentos de una pasionalidad política demostrada en la elección de sus objetos, rescatando, para dar un ejemplo, el libro *Perón: entre la sangre y el tiempo*, de León Rozitchner (1985).

El triángulo Hegel, Clausewitz, Marx, para analizar “la forma humana de Perón”; es decir, la subjetividad enfrentada, negada, negociada, captada, construida por el hecho social. La interpretación otorgada por González a este relato estriba —más allá de todas las opiniones que conocemos sobre la figura histórica de Perón como gobernante, como actor social, como dictador, como “tirano” (una glosa rosista persistente en los análisis de los historiadores argentinos), como militar, como demagogo, como conductor, como jefe, como “intérprete de las masas”— en el rescate del núcleo yoico de su persona y de su personaje histórico que nunca fue atendido, hecho capital aunque no se comparta la “subjetividad anómala” de la interpretación. Combinar a Freud y a Marx, más allá de los efectos de época, ¿no produce siempre —más allá de los personajes de Ricardo III, Napoleón, Stalin, Churchill, Roosevelt— deformaciones de uno como de otro?, ¿o una alianza maléfica? Quizá debemos entender como más “reactivo” (González no asumiría esta “palabra”) que la teoría no llega —históricamente hablando— a esta dualidad disimétrica entre sujeto e historia, entre la

acción histórica y la actividad pulsátil del Yo, como objetividad dialéctica de la historia (la transición difusa entre la esfera individual y la producción colectiva). ¿Escribe Rozitchner una psicología social o un etnopsicoanálisis tratando de sortear el obstáculo de la serie de la proyección constitutiva del sujeto social? ¿Qué es un colectivo humano?

La lógica del colectivo, si no pensamos usar los términos como pura mención, es el problema mayor de las llamadas ciencias humanas y en particular de la historia y de la sociología, y propone otro “enigma” que es el de la “serie” y extensibilidad. González, en otras incursiones, evidencia sus dudas. Las interpretaciones militantes integran una psicología social del colectivo y, por ende, de sus fines históricos y de sus finalidades políticas. ¿Quién es el agonista, el “héroe” (Carlyle), Perón o Lenin?,

¿y quién es el antagonista, Eva Perón o Trotsky?

Una hipótesis de “vulgar filosofía” diría que el colectivo es anterior como Causa Primera a la señalización; son los sujetos humanos los que se inscriben en el colectivo que los precede lógicamente. En una hipótesis liberal-trascendental, el colectivo se resume en un Uno anterior, llámese Dios, Categoría, Sociedad, *Ecclesia*, Asamblea, como principio unificador y código sentimental (la Patria, la Costumbre, la Tradición, las Efemérides). En una

**González intenta no dejarse seducir por los cantos de sirenas y las voces apocalípticas del infierno, para restaurar la voz de la razón desatentada del ensayo argentino, su propia sinrazón. Si las voces están desconcertadas es porque son “restos” de una confusión prebabélica que intentan retornar a una voz anterior, casi única, del pasado argentino.**

**La reflexión de González está invadida por un Yo potente que dice siempre su autorreflexión y su propia interrogación: es un “ensayo reflexivo” y, en ese sentido, legitima sus opiniones con la duda constante y, por ende, constituye una apelación extrema al lector como prueba.**

hipótesis fenomenológica, el colectivo es la suma *a posteriori* de los “unos” llamados seres humanos. En la historia marxista, el colectivo es anterior a la colegiación humana: somos humanos por la determinación anterior del colectivo; y engendra dos mitos: la

colectivización socialista pacífica o la “revolución social”. La base de las “utopías colectivistas” del siglo XIX, pensada como mito en Sorel, Bauer o el anarquismo socialista, que son los ejemplos de González, encarnan en

nuestro país un relato socialista “a la criolla” de la Segunda Internacional (Angenot, 1993).

La interpretación de Rozitchner es expuesta con mesura, destacando la importancia histórica en el ensayo político argentino —de ahí proviene el rescate—, aunque sin adherir a ella. De hecho, la estrategia discursiva de González comprende casi siempre una ponderación de la problemática, un análisis de las interpretaciones que suscita y la delimitación de su repercusión histórica, ya sea por ausencia, como en este caso, o por una presencia manifiesta; en este sentido opera una “revisión de los ensayistas que marcan su campo histórico” (González, 1999, p. 211) y el entorno del mismo. Cuando alude a Perón, lo ubica en una serie obligada de la historia argentina y de la historia del ensayo de interpretación: “La pregunta de Perón es: ¿debo dejarme fascinar por el desorden, por la ‘barbarie’ o por la

‘civilización?’” (ibídem, p. 321). Pero en realidad, y González omite decirlo por pereza discursiva o por desdén intelectual, aunque lo sugiera en todas sus laberínticas reflexiones, la mostración objetiva de la oposición ocultó siempre un doble quiasmo: la “barbarie” culta y la “incivilidad” de la civilización. Toda fundación y su extensión territorial se nutre de muerte y de exterminio. Esta fórmula compleja no es nada más que una extensión de las respuestas de Martínez Estrada: “Lo que Sarmiento no vio es que la civilización y la barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio” (Martínez Estrada, 1983b, p. 199).

La lectura de *Restos pampeanos* es una carrera de obstáculos. Uno los atraviesa, los confronta, los salta o los elude: una teoría realista de la lectura del ensayo y, al mismo tiempo, una teoría de sus imposibilidades. El obstáculo mayor son las citas y los menores son las relaciones de influencia, las afinidades, los paralelismos. El diccionario de González, ya lo decíamos, es enciclopédico. Cuando analiza a Martínez Estrada o a Lugones, o incluso a Héctor Agosti, estamos en casa; cuando describe o puntúa a Maquiavelo o a Benjamin, es la cita académica de rigor; cuando apela a Martí o a Mariátegui o a Fidel Castro, es la cita de la vecindad necesaria del germen y resolución histórica de los conflictos americanos; pero, cuando se cita al teórico del nazismo Alfred Rosenberg o a Carlos Olmedo, la extranjería por desplazamiento o por espacialización ideológica nos obliga a reconocer que este diccionario es un diccionario de “ideas afines” por retrospección, por inversión —y es el mecanismo retórico abundantemente citado— o por desplazamiento. Se ha

discutido el valor de la cita probatoria como simulacro de cientificidad, distinguiendo formalmente entre notas a pie de página y cita o nota al final del capítulo o al final del libro, y más crudamente el valor de fetiche en la escritura capitalista como reservorio numismático de la cultura. Recuerdo aquí y ahora el libro de Renán sobre la biografía de Jesús y me disculpo ante el lector por no consignar los datos bibliográficos; las citas sobrea-bundaban y su extensión era mayor que el cuerpo del texto, por supuesto que el comentario era más sabroso que el texto. Interesa también la sátira de Peter Riess en *Towards a Theory of the Footnote* (1983), que clasifica humorística y vengativamente las formas de las citas a pie de página: la precautoria, la amnésica, es decir, lo añadido que es lo que al autor debiera de habersele ocurrido antes, y la narcisística.

Esta obra nos somete a examen y quizá no sea la intención del autor pero sí la del texto. Leerlo es comprobar, verificar, actualizar las citas, y quizá creer en ellas para no abandonar el texto. El abandono de la comodidad citacional del autor tiene un precio y el precio lo paga el lector. Todo acto de lectura es un acto de fe, pero la lectura del ensayo pone en suspenso ese acto en tanto la interpelación que se hace es casi la denuncia de una falta, y pone en evidencia todo lo que se ha leído pero también todo lo que se ha olvidado. Dos estrategias posibles y hay otras: evitar las citas y las fuentes o aceptar la coerción de las mismas. Nobleza obliga, como nadie en la intelectualidad argentina ha reconocido sus deudas y sus afinidades empleando algo ajeno a la costumbre regional: la cita de amigo. En ese sendero, una de las versiones más apasionantes y es constitutiva del

ensayo argentino, la cita “a través” de la cual leemos a otros autores. Cuando leemos a Martínez Estrada, leemos algo de Freud y mucho de Simmel; cuando leemos a González leemos algo de Ludmer —los sortilegios de la voz— y estudiamos el “paisaje” como espacio textual y lo vinculamos a la cristalografía para el estudio de las estratificaciones de las estructuras sociales; leemos y quizá reinventamos a Simmel y, sin saberlo, al Goethe minerólogo para llegar a Martínez Estrada (*La cabeza de Goliath*, 1983a). Simmel señala, tratando de dar cuenta de la interacción entre lo público y lo privado, que la vida no es completamente social, intentando mostrar la fluencia de lo privado sobre lo público y la defensa de lo íntimo sobre este avance. Pero esta estrategia del ser social es incompleta y presupone una falsa dialéctica entre un valor positivo (la interioridad) y un valor negativo (la exterioridad), problema que subyace en todas las antinomias nacionales: campo/ciudad, civilización/barbarie, etc., cuando en realidad estas categorías son un intento engañoso de marcar territorios definidos dentro de la esfera humana. Lo interno implica una estructuración entre los espacios íntimos y el desplazamiento corporal —y Martínez Estrada lo fue aprendiendo a través de su obra—; el espacio doméstico es una extensión dentro de la intimidad (el *domus*), así como la habitación de espacios semiprivados puede ser una extensión de la domesticidad (la Escuela llamada “maternal” sujeta a dos regulaciones, de la familia y del Estado), del mismo modo que la introducción de los espacios públicos y semipúblicos son una extensión de los espacios colectivos, por lo que esta introducción es siempre vivida como “intrusión” en

el espacio capitalista. Este fenómeno es solo pensable en el registro de lo imaginario, y en lo político, como apropiación o como anexión. Es la dialéctica soberana de los desplazamientos territoriales (Simmel, 1939).

\* \* \*

### **Intermedio III (cromatismo y vocinglería)**

La gula de la bibliografía para los intelectuales argentinos es pecado placentero, pero con el paso del tiempo uno va perdiendo el gusto de la golosina. Una teoría del ensayo argentino no podría obviar el desarrollo de una axiomática de las imposibilidades, remitirse a los obstáculos, a las prevenciones, al embargo de las lecturas por los parentescos, las afinidades, los paralelismos que ejercen una coerción sobre el texto, suponiendo que el texto esté cerrado. Pero el íncubo de las analogías y el súcubo de los trasplantes siempre estarán allí para tentarnos. El ensayo pretende una sucesión y una conformación entrecruzada de índices y entradas, alejándose de una presunta matriz direccional. La política del ensayo político de González es una convocación constante de textos anteriores y contemporáneos. Eso sería la historia de la gestación del ensayo histórico y sociológico. En el caso de González es así, pero condimentado con algo exótico en la ensayística y la crítica argentina, decíamos, inaugurando un nuevo género: “la cita de amigo”, del amigo leído, auscultado, consultado, confrontado; las afinidades electivas del ensayo. Este hecho no implica la ausencia de los antagonistas, sino que exacerba el campo de la disputa y la disensión. Si

González pertenece a la heredad de Martínez Estrada, su “sociología” y su “economía” desbaratan las imprecisiones didascálicas de Martínez Estrada, o las analiza para llevarlas a otro lugar. Este hecho es capital cuando uno se enfrenta con textos poderosos.

\* \* \*

### **Intersección (entrecasa, familias, pájaros)**

González ve agudamente al Martínez Estrada de los enunciados y de las secuencias de argumentos que lo tipifican como el “mayor ensayista” del ensayo nacional, y sin querer queriendo, con armas dialécticas que deshacen el binarismo de los enunciados, juega a sacar muy buenos frutos de esa herencia.

Martínez Estrada acentúa esta emblemática entre los sentidos —otra vez la cenestesia— en su obra sobre Hudson (Martínez Estrada, 2001). Más allá de las reformulaciones y de las insistencias en su producción ensayística, la constante relación entre lo doméstico (Casa, Hogar, Padre, Madre, Hermanos, que repite en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, presentando el retrato de Hernández como “doble” de Martín Fierro, su genealogía y su refugio en la línea materna [la mamá Totó] y el parentesco Pueyrredón, las casas donde habitó, la réplica de la deshabitación del héroe) está erigida sobre el reconocimiento y exaltación de la sensación: vista, oído, tacto, olfato, gusto, y sus derivaciones retóricas. El pasaje de esos lenguajes —percepción/retórica—, el valor del “entre” constitutivo, es una variante de la extranjería y de la perpetuidad migrante: el mundo anglosajón y el

mundo americano, entre dos lenguas (el inglés y el español argentino, entre la tierra [Patagonia] y la ciudad [Londres]). La constitución de un Eros que triunfa sobre el Logos era el punto extremo de una sensibilidad concupiscente y aromática; el rescate de la “soledad”, en este caso, es una endogamización forzosa de la fluencia sensorial que, organizadas, estructuran una “zoología” y una “botánica”. Y así fue leído en el mundo académico londinense, mientras que el lector argentino (escritores, ensayistas, profesores) queda “extático” frente a esta “moralidad de la estepa”, opuesta pero coalescente con la “moral selvática” de Horacio Quiroga. Es quizás aventurado —si bien la sociología del siglo XIX lo procuró— establecer una relación de causalidad entre las “pruebas de percepción” en el ámbito de la subjetividad y la esfera de la experiencia social, aunque el fondo de nuestra vida ciudadana, como habitantes de la ciudad, no deje de marcar nuestra acción en el mundo. La larga serie de notaciones del enfrentamiento nuclear: civilización o barbarie, culto o inculto y, en términos políticos, civilizado europeo o incivilizado americano, metrópoli o colonia. Y, en términos de nuestra retórica, el *ethos civilis* y el *ager rusticus* constituyen *polemos* y, por momentos, una “guerra precisamente civil” en las culturas americanas. El “hombre de campo” y el “hombre de ciudad”, las esferas de su desconcierto, de su vergüenza, de su altanería, de su “humildad”, de su ironía y de su burla socarrona, de su “cultura social” y de su astucia campesina, y los *loci* donde se desempeñan estos sujetos sociales, son la marca de su entrenamiento mundano y de su comportamiento *in situ*. González

está como aspirado por el *ethos* civil, no solo por su extracción y por su elección, sino porque su “sociología” rechaza el ámbito doméstico, aunque no el privado. Cuando Raymond Williams habla de la “gente de la ciudad” y del “campo eclipsado” (conf. Raymond Williams, 2001) sobre hechos —en concreto, la desaparición paulatina de las costumbres campesinas por el avance del capitalismo de inversión fiduciario en oposición al capitalismo de rentas—, la mayoría de las pruebas está en la literatura desde Jane Austen hasta Ivy Compton-Burnett, pasando obligatoriamente por Dickens. Y aquí González aceptaría el campo argentino y sus marcaciones (desierto, pampa, fronteras, límite, campos expropiación, pago, aldea), que fueron siempre un “campo antagónico de lucha”, y la literatura argentina, desde la ley de *enfiteusis*, la gauchesca, el criollismo nostálgico, el folletín camorrero, el sainete lenguaraz y el cocoliche, que son la “manera argentina” de enfrentar la expropiación y el despojo. No hay un límite entre la ciudad y el campo; tampoco podemos pensar, viendo ciertos efectos de “civilidad técnica”, que la ciudad invade el campo, sino que el campo —feraz, anárquico, incivil— siempre intentó arrasar la ciudad. El ensayo argentino marcará siempre esta zona del “entre”: Cunningham, Gombrowicz o Jaime Rest pertenecen a este ámbito.

[...] González señala los casos de supervivencia “invertida” (las comillas son nuestras) de los degenerados en *La simulación en la lucha por la vida*, de José Ingenieros. Es interesante el análisis de González: al comprobar que Ingenieros retoma esta inversión y la llama en francés *à rebours*, se desplaza inmediatamente a la novela

del mismo título de J. Huysmans, traducida por *A contrapelo*, y precisa en “la magnífica fábula decadentista” el mapa de los fluidos, sin mencionar, en este caso, a Mesmer y a las transformaciones físicas de la galvanoplastia que generaron imágenes y metáforas para explicar fenómenos de los comportamientos humanos y procesos de la realización material, metáforas que fueron empleadas desde Sarmiento hasta Ramos Mejía e Ingenieros para señalar el carácter viviente y actual de la vida humana en el proceso de colectivización. La falta es constitutiva del discurrir del ensayo; es dar a la potencia discursiva más peso que a la racionalidad argumentativa. En este sentido, más allá del rigor histórico de González —que no debe confundirse con el rigor del tratado o del axioma probativo científico—, la “prueba del ensayo” choca con las pruebas del tratado o de la materia. González usa brillantemente este recurso que le permite deshacer el orden secuencial de su propio discurso e incluso del discurso de la “historia que se cuenta”: ir de Sarmiento a David Viñas, introducir a Gombrowicz en la “órbita” de Santucho, y volver siempre a Lugones. Si este ensayo fuese una obra de teatro —y la escenificación y el decorado de muchas de sus secuencias y, sobre todo, las relaciones dramáticas de los “personajes” del ensayo, digamos el elenco—, el protagonista sería Leopoldo Lugones, quizá porque constituye el “enigma mayor de la literatura argentina”; y si este ensayo fuese una novela, tendría que ser una novela policial, y allí el suspenso no estaría en descubrir al asesino, sino en mostrar el reluciente asesinato de la cultura nacional. Y si, por último, este ensayo fuese un “ensayo”, sería el

intento de librarse de ciertos amaneramientos de la crítica, de ciertos sopores de la academia, de ciertas imposiciones —a veces necesarias— de la reflexión ensayística, y quedar aprisionado por las expectativas del lector, al que, de una u otra manera, se alude. Pesa sobre González una tradición y quiere redimirse convocando a la literatura, al efecto literario, al efecto de la lectura. Los ensayistas sociológicos quizá no le perdonen este *ersatz*.

Nos sería dado pensar que citar es un fenómeno trivial, innecesario, casi inhóspito en el discurrir del ensayo, y contradiciendo todo lo que venimos diciendo, y desde el punto de vista de la organización del pensamiento formal, sería propio del “tratado” o del “estudio”, como “prueba de cientificidad” o como “testimonio de probidad”, y por ende prescindible en la escritura ensayística; pero, tratando de fortalecer nuestras pruebas, no será que la cita, en su “inocente” libertad o en su “fingida” licencia para evocar personajes (Marx, Benjamin, Hernández Arregui u Horacio Tarcus), para “inventar” situaciones (Gramsci - Camilo Pellizzi) o encuentros (Gino Germani - Simone Weil) o desencuentros retóricos (fábula libertaria / individuo heroico), propone un espacio de libertad de arte como real artesanía del mundo social, un chisme de sobremesa, una charada de gabinete, una transmisión tanto de ideas cerradas como de ideas en libertad fuera del recinto académico, aunque lo evoque; una descomposición constante de los enunciados para afirmar, reafirmar y desmentir la calidad de la prueba en su propia fluencia discursiva. En el ensayo, y en el ensayo de González, la cita comienza a disgregarse por su propia multiplicidad y desautoriza

cualquier forma de identificación al borrar su propia identidad. El recorrido, como forma de lectura es político; la recurrencia, una forma tempestuosa de reafirmar; la proliferación, una forma intensa de asir la verdad. González escribe un “tratado de las citas” para desvirtuar el valor estimativo de la cita. A partir de allí, el ensayo argentino será otra cosa.

#### NOTAS

1. Extraído de Nicolás Rosa, “La sinrazón del ensayo”, *Historia del ensayo argentino*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Angenot, Marc, *L'Utopie Socialiste*, París, PUF, 1993.
- Castel, Robert, “Traitement moral, médecine mentale et contrôle social au XIX siècle”, *Topique*, nro. 2, París, Aetheir, 1970.
- Giordano, Alberto, “Imagen sobre José Bianco Ensayista”, *Boletín 9*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, diciembre de 2001.
- , “La crítica de la crítica y el recurso al ensayo”, *Boletín 6*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, octubre de 1998.
- González, Horacio, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999.
- , *El filósofo cesante. Gracia y desdicha en Macedonio Fernández*, Buenos Aires, Atuel, 1995.
- Martínez Estrada, Ezequiel, *Paganini*, selección y prólogo de Mario A. Lancelotti, Rosario, Beatriz Viterbo, 2001.
- , *Sarmiento*, Buenos Aires, Argos, 1956.
- , *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires, Losada, 1983a [1942].
- , *La cabeza de Goliath*, Buenos Aires, Losada, 1983b [1943].
- Percia, Marcelo (ed.), *El ensayo como clínica de la subjetividad*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 2001.
- Podlune, Judith, “El pensamiento de la crítica (Beatriz Sarlo y Horacio González)”, *Boletín 16*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de Rosario, octubre de 1998.
- Rosa, Nicolás, *Usos de la literatura*, Universidad de Valencia, 1999a.
- , “La discordia de los linajes”, en Alfonso de Toro y Fernando de Toro (comps.), *El siglo de Borges*, Universitat Leipzig, Leipzig Vervuert Americana, 1999b.
- , “Glosomaquia”, en *Artefacto*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1992.
- Rozitchner, León, *Perón: entre la sangre y el tiempo*, Buenos Aires, Lautaro, 1985.
- Sarlo, Beatriz, “Del otro lado del horizonte”, *Boletín 19*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, 2001.
- , *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- Sebrelli, Juan José, “La pasión modernista”, en Alan Rush, *Latinoamérica y el síntoma posmoderno*, Universidad Nacional de Tucumán, 1998.
- Simmel, Georg, “Sociología: estudios sobre las formas de la socialización”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1939.
- Williams, Raymond, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.



## El ojo bizco

*Por Gisela Catanzaro*

*Acerca de Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX (Buenos Aires, Colihue, 1999)*

Leer y escribir son también formas de salvar. Gisela Catanzaro lee uno de los libros mayores de Horacio González, *Restos pampeanos*, como un gran ejercicio de recuperación de una cantidad de trastos que los movimientos dominantes de las teorías más establecidas en la academia de fin del siglo pasado habían querido tirar por la ventana, entre los que hay que ubicar los compromisos públicos de los textos con las luchas sociales y políticas de las épocas en las que fueron producidos y puestos en circulación y la propia dimensión utópica y emancipatoria de la ciencia. *Restos pampeanos* buscaba tomar distancia de las autorrepresentaciones más menesterosas de unas ciencias sociales que se habían apurado, en nombre de un antisustancialismo banal, a mostrarse y a pensarse lejos de cualquier compromiso “metafísico” y de cualquier intento por comprender los mitos dentro de los cuales se desarrolla nuestra vida colectiva. Más de dos décadas después, Catanzaro analiza la actualidad de este ademán teórico y político.

*Pensamiento estereoscópico...  
incluir dentro del pensamiento  
el recuerdo de que él mismo es  
inevitablemente el resultado de un  
sistema que lo rebúye y que él perpetúa.*

FREDRIC JAMESON, *Marxismo tardío.  
Adorno y la persistencia de la dialéctica*

Hay lugares donde los textos dan señas de su talante, de las obsesiones que secretamente los animan, de sus dramas. En los textos que seguimos leyendo una y otra vez a través de los años, no suelen ser lugares protagónicos, como los que ocupan las declaraciones de principios en los documentos doctrinarios o el marco teórico en la arquitectura de una investigación. Vienen más bien como detalles marginales, sometidos a una contingencia que en cada momento podría borrarlos de un plumazo. Todo ocurre como si, al pasar, lxs autores hubieran dejado caer una miguita que un rastreador del futuro podría recuperar como valiosa clave para la resolución de un enigma, pero que también se pueden comer los pájaros. En uno de sus tantos meandros, el ensayo podría ser pensado como esta apuesta a entrever y decir lo crucial por la vía de esa lateralidad que es también una apuesta a no perder de vista la materialidad del lenguaje: no lo que se sostiene a través suyo, sino lo que se amasa en su razón poética y lo que esta es capaz de hacerle a un mundo que ni ella ni el concepto se limitan a representar. Pero por esa misma hospitalidad para lo no inmediatamente significativo y para la interrogación de las políticas del lenguaje, el ensayo cae habitualmente bajo sospecha de minimalismo y de esteticismo, un riesgo particularmente

peligroso en épocas que llegaron a hacer del rechazo de la pregunta por la totalidad social e histórica su consigna, y de cierto constructivismo textualista, su método oficial.

A veinte años de publicada la obra, Horacio González planteó esta cuestión a propósito de *Restos pampeanos*: el libro había querido leer los textos de la tradición de una forma atemporal, donde solo existían movimientos retóricos. Pero, paradójicamente, era esta atención a lo eterno del diálogo que obras emancipadas de sus contextos podían entablar entre sí la que lo fechaba como un libro de los años noventa. Su reflexión de 2019 nos pedía examinar, entonces, el problema de las marcas coyunturales que habían sostenido la estrategia de la eternidad de ese ensayo que había querido salvarnos del historicismo. ¿Nos arrojaba ahora fuera del texto para evaluarlo a distancia? Más bien nos volvía a involucrar en una lectura *ensayística* que, atendiendo a lo lateral en un texto, busca liberarlo, también, del monólogo en que la palabra parece satisfacerse a sí misma, poniendo en consideración aquello que la suscita y a lo que apunta; lo que divide internamente al texto y le impide cerrarse sobre sí mismo: esa orientación hacia la realidad de la que el ensayo proviene y sobre la que procura impactar. Así, se trataba de indagar el drama de un texto —en este caso de su autoría—, que nunca es exclusivamente textual si por tal cosa debiéramos entender una interioridad conclusa y autocontenida, porque su impulso empezó a configurarse antes de lo que él pudo reconocer y su destino dependerá de su inscripción en la sensibilidad de lxs lectores que vendrán o no. Ensayísticas son, en este sentido, una lectura

y una escritura que podríamos llamar materialistas porque su inestabilidad —descentramiento, diríamos hoy— proviene menos de una reglamentación metodológica fundada en una decisión intrateórica deconstructiva o de un temor al fundacionalismo que de dos movimientos tensionados y asimétricos donde la reclamada vuelta del texto sobre sí mismo para interrogar su inconsciente textual está a su vez exigida por lo que en el texto es más que texto: sus alusiones a una actualidad desbordante o esquiva, alusiones por las que las obras se ven desposeídas de su autosuficiencia en tanto obras y atadas a la contingencia de esa historia en la cual practican una política de la interpretación.

Esta doble exigencia no era ajena al modo de lectura que *Restos pampeanos* había puesto en juego en su lectura de la cultura nacional. Si gracias al trabajo con la sonoridad del lenguaje el texto señalaba cuestiones teóricas cruciales pero insospechadas por las mismas obras leídas —cuestiones tales como las posibles continuidades existentes entre los objetos de la crítica en lo que ellos tienen de empobrecedores y ella misma en tanto mecanismo de repetición que ha perdido el asombro frente a su materia y solo encuentra en ella lo que va a buscar—, la existencia misma del texto de González se planteaba simultáneamente como excesiva respecto de disquisiciones estrictamente intrateóricas. Por un lado, porque se anunciaba como una intervención en un cierto estado de las ciencias sociales realmente existentes; estado que, sin serle ajeno, *Restos pampeanos* quería volver experimentable como empobrecedor para activar otra política del conocimiento. Se trataba de producir una distancia interna en los esquemas

dominantes de interpretación de la ciencia volviendo audible otro conocimiento posible, y esto involucraba un movimiento sensible tal como el que se labraba al nombrar como “dispositivismo” a una lengua con pretensiones críticas —del “positivismo argentino”, en este caso— pero convertida en jerga oficial. Pero, por otro lado, en esa posible transformación de las políticas del conocimiento, estaba en juego lo político también en un sentido extracientífico, o bien, en un sentido que González posiblemente llamaría social, entendiendo por tal cosa un cierto estado de la conciencia y de la práctica pública, que era la sustancia última de lo que se jugaba en la disputa por el método en las ciencias. Por este doble reenvío a la política en un sentido no exterior pero sí excesivo respecto de una política de la escritura, el trabajo de la retoricidad que el texto *hacía* en la materia del lenguaje era destotalizado, y el drama de la historia —que en parte se jugaba en la suerte de los textos— se mostraba como algo más que un texto, entre otras cosas porque en él no somos inmortales.

Esa huella de la transitoriedad y de la politicidad transtextual que lo afecta es una marca del ensayo, una huella que convive disonantemente en él con su simultánea tendencia al movimiento autorreflexivo realizado bajo el signo de la retórica, y que atraviesa *Restos pampeanos* de parte a parte, no solo en su sollicitación práctica del ensayo como método, sino también en su referencia al ensayo como materia u ocasión de la reflexión. “Borges nunca disputó masas como sí lo hicieron los aguafuertistas” —dice González—, “al revés del aguafuertismo, convertía en *jardín que se bifurca* los dilemas

históricos” (p. 128). Esa conversión habilitaba muchas cosas, pero contenía también su momento de ofuscación: el que nos impermeabilizaba frente al acaso —la urgencia de una invocación, de un llamado, que podría no recibir respuesta— liberándonos imaginariamente de un más allá del texto que desquiciaba el juego intratextual. Porque para un texto —para una teoría—, “disputar las masas” era estar esencialmente exiliado del jardín acogedor en que podríamos vivir si la historia fuera enteramente texto, si el texto no estuviera habitado, también, por lo que no se le parece, lo heterogéneo a él; eso que, en el ensayo, persiste como vibración interior pero impropia. Y entonces la experiencia ensayística de la política como inmanente, pero también como aquello que saca de quicio a un texto, plantea la necesidad de producir demarcaciones en las totalizaciones textualistas: no hay nación ni revoluciones sin textos sedimentados que siguen hablando en nosotros y cuyos restos invocamos para actuar, pero la nación no se reduce a un conjunto de textos, ni las revoluciones se resuelven en esa materia textual. Suponerlo implicaría una reducción violenta de lo heterogéneo que querría clausurar el azar de la historia.

*Restos pampeanos* —así como los mismos libros que el libro interpreta— se halla enteramente constituido por esa doble inestabilidad estética y política. Considérense si no este tipo de frases: “Nuestro libro no se quiere metafísico [...] pero tampoco se siente exultante por no serlo” (p. 12); “La política no tiene ensimismamiento pero es político el ensimismamiento que recuerda aquella carencia sin dejar de asumirla en el propio gesto de señalarla” (p. 17). Metafísica

—o bien referencia mítica— y política actúan en estas frases como términos desencajados, que están afuera y adentro simultáneamente, que no cesan de desplegarse como campos tensionados de sentidos cuya convivencia es prácticamente imposible pero que solo una analítica empobrecedora querría separar para decir bien a qué nos estamos refiriendo en cada caso. El ensayo no cede a esta oscura voluntad de clarificación. Dice que la política es a la vez escritura ensimismada y reflexiva y eso diverso de todo ensimismamiento. Dice que, en tanto nunca queda absuelto de cierto posible momento de ofuscación y recalque empotrado en nuestro pensamiento, *el mito* es eso que no puede ser elevado



**... a esas frases internamente escindidas, menos por un solaz retórico que ante la inminencia de una pérdida de imaginación en las palabras que anticipa una destrucción real [...] se les podrían sumar otras, sugeridas o explicitadas en este libro o en otras intervenciones de González que prosiguieron su debate con el clima de época finisecular: no nos queremos oscuros pero lo seremos si el caso lo impone; no pretendemos poder acceder a la sustancia última de todas las cosas —sea que la llamemos espíritu o texto, o que en cambio la pensemos como esos intereses materiales transparentes que ella ocultaría—, pero tampoco vamos a sentarnos cómodamente a hablar de la ausencia de fundamento o a garantizar que el “vacío” no se llene con demasiadas cosas indeseables que desordenen el edificio de la filosofía contemporánea.**

a consigna ni pensarse como una construcción —represiva o “libertaria” pero desencarnada—. Y, asimismo, dice que *no hay crítica* —en el inextricable doble sentido político y cognitivo— *sin mito*, no solo debido a la textura lingüística —mítica— del pensar, sino porque *los* mitos históricamente sedimentados y políticamente relevantes son ocasiones para la reflexión sobre el legado y para la acción emancipatoria. Las luchas populares “son para definir el sentido constructivo de emancipación del mito. Es porque el mito encierra esa posibilidad emancipatoria que las fuerzas anti-humanas quieren anexarlo para su procedimiento, pues invocan lo que quizá también tenga, pero como calidad inferior y destartalada: la de cerrar la experiencia vivida con una sustracción de la raíz humana de la acción, anulada

con ensueños espeluznantes y pensada desde la sangre” (p. 426). En este fragmento palpita una referencia al humanismo sobre cuyos potenciales políticos emancipatorios habrá que seguir reflexionando sin dogmatismos y en coyunturas

precisas.<sup>1</sup> Pero lo cierto es que la absolutización del presente en la que la neoderecha argentina querría ver consumada su revolución cultural tuvo y tiene como uno de sus movimientos clave la confiscación del mito realizada por la vía paradójica de su denostación. Apropiándose del mito de la transparencia —al que muchas izquierdas habían confiado su utopía de un mundo liberado y que recientemente volvió a ser rebautizado como “sinceramiento”— la derecha, que ya no se quería derecha y que en el camino borró del mapa a la izquierda, descartó por míticos y anacrónicos los términos que en el país habían nombrado las disputas políticas del siglo XX y orientado la acción. Precisamente por eso, en el momento en que parecían perder su brillo, contra la ideología del fin de las ideologías pero también contra el constructivismo radical que avanzaba en las academias internacionales, el ensayo de González exigía que los mitos —izquierda, derecha, nación, izquierda nacional— fueran auscultados en su potencial emancipatorio atendiendo al doblez interno del “mito como libertad frente a los dones del pasado y como invocación de dioses aterradores” (p. 426).

Así, a esas frases internamente escindidas, menos por un solaz retórico que ante la inminencia de una pérdida de imaginación en las palabras que anticipa una destrucción real —frases que señalan el talante de *Restos pampeanos*—, se les podrían sumar otras, sugeridas o explicitadas en este libro o en otras intervenciones de González que prosiguieron su debate con el clima de época finisecular: no nos queremos oscuros pero lo seremos si el caso lo impone; no pretendemos poder acceder a la sustancia última de todas las cosas —sea que la llamemos espíritu o texto, o que en

cambio la pensemos como esos intereses materiales transparentes que ella ocultaría—, pero tampoco vamos a sentarnos cómodamente a hablar de la ausencia de fundamento o a garantizar que el “vacío” no se llene con demasiadas cosas indeseables que desordenen el edificio de la filosofía contemporánea. Son demasiados los trastos que el antisustancialismo quiso tirar por la ventana: entre ellos la dialéctica, la metamorfosis y un marxismo que resistió tenazmente la reducción materialista vulgar, una reducción que, no sin paradoja, se volvió a sancionar, hacia el fin del siglo que pasó, como ortodoxia académica en los debates sobre “la invención de la nación” o “las comunidades imaginadas”, donde los mitos socialmente relevantes se sumaban sin más a la cuenta de las operaciones turbias del poder y sus inconfesables designios.

Ciertamente ellos, y entre ellos el de una nación irredenta, apostaban a menudo a confiscar la historia, como si nación mentara una emanación atemporal de un ser situado más allá del conflicto. Esto no podía ser aceptado. Pero tampoco podían ser pensados los mitos políticos como constructos hipostasiados sobre la realidad o como construcciones libremente formuladas sobre la nada. *Restos pampeanos* es, en este sentido, un largo debate con el constructivismo que, ya fuera bajo el signo de la denuncia de una política concebida en exclusividad como el efecto —la invención— de demiurgias estatales o bajo el signo de un reclamo político sobre los derechos absolutos de la contingencia para elaborar lo nuevo, perdía de vista los restos y el pensar concreto del *bricoleur* que “arma objetos nuevos (obras o pensamientos) bajo la caución de

un mundo que ya dispone de materiales heteróclitos pero limitados”, que “inventa sobre la base de lo existente social real” (pp. 430-431). ¿Se puede hablar de invención si no son creados hasta el último de los elementos que constituirán el nuevo ser? Y a la inversa, ¿cómo podrían ser diversos del sí mismo que ya es, elementos enteramente manufacturados en el juego de una política que no le debe nada a nadie ni a nada más que a sí misma? Puesto que el espíritu de la época oscilaba entre el regodeo solipista de la construcción significativa y la censura de todo doblez retórico como mera impostura, sostener este tipo de preguntas y esta retórica “indecible” representaba una política de la teoría que intervenía en su actualidad reclamando, por parte de la *ciencia*, un reconocimiento de su específica imbricación en el mito y del problema de la herencia —al margen del cual se banalizaba el de la producción del acontecimiento porvenir—, y, por parte de la *política* con intenciones emancipatorias, cierta hospitalidad *para* —y cierto extrañamiento frente *a*— lo heredado, así como *para* un “ensismamiento” reflexionante que, sin constituir el modelo de *la* política sin más (la política no tiene ensismamiento), no podía tampoco ser sencillamente descartado como apolítico —o, incluso, despolitizador— porque en él se cifraban las chances de que la práctica política no degradara en gestión, simple administración ciega de la mala realidad. Por eso, con este tipo de frases imposibles que venimos comentando, y que solo el *ensayo* podía sostener, se labraban también los tres vértices del triángulo anunciado en *Restos pampeanos: ciencia, ensayo y política*.

Este triángulo no se compone de tres historias enlazadas cuyos objetos serían independientes entre sí —la historia de la ciencia argentina, la del ensayo y la de las disputas políticas configuradas en torno a la cuestión nacional—, sino que enlaza a estos términos en un nudo borromeo bajo la idea de lectura como un acto de justicia: para salvar al drama político de la nación de lo que la ciencia había hecho de él —un constructo estatal, una superestructura hipostasiada para perpetuar relaciones de dominio, un efecto de dispositivos tan coherentes como omnipotentes—, había que salvar al ensayo que el positivismo argentino había arrumbado en el rincón de los pensamientos metafísicos que debían ser superados. Pero salvando al ensayismo argentino, se salvaba también a la ciencia que, leída ensayísticamente por González, se transformaba en otra cosa que ese macizo monóticamente positivista donde las ciencias sociales contemporáneas reconocían los rasgos unánimemente disciplinarios de un dispositivo estatal.

La idea de salvar leyendo —la idea de que una lectura, un conocimiento, una interpretación, un texto, podrían salvar una existencia histórica— no es ajena a cierta desbocada pretensión idealista/textualista donde el espíritu, el concepto o el texto tienden a convertirse en absolutos inconscientes de sus propios límites. Pero el problema metodológico en *Restos pampeanos* no se configuraba al interior de esta idea sino en su promesa y en su imposibilidad. Si no quería resolver la cuestión de las masas en un pliegue interno del conocimiento o la interpretación, insistía sin embargo en la potencia de la lectura como movimiento de redención de la materia histórica. Y es que al margen de esta

aspiración redentorista —que la ciencia quiso mantener a raya fuera de sus dominios “intraepistemológicos”—, el conocimiento tendía a resolverse en una trivialidad o en un tecnicismo inocuo. Señalar lo desproporcionado de una interpretación/lectura/conocimiento que quisieran identificarse sin más con la transformación *tout court* de la realidad no debía implicar que la interpretación/lectura/conocimiento pudieran y debieran ser eximidos de su responsabilidad con la realización de una justicia pendiente, porque al margen del reconocimiento de esa incumbencia extraepistemológica no solo no había justicia sino que tampoco había conocimiento. Una ciencia que no hiciera justicia a lo conocido no podía reclamar para sí la verdad. “Las ciencias no tuvieron la precaución de pensar la relación entre conocimiento y expresión (que el ensayo interrogaba) y se lanzaron a desprestigiarlo” (p. 10). Sin embargo, “no debe ser posible mentar la palabra ciencia [...] si no reaccionamos con aptitudes para revisar la historia dramática de sus usos, sus lenguajes, sus previsiones, sus fantasmagorías políticas imperialistas o racistas que incesantemente le están adheridos” (p. 75).

Era a las ciencias sociales de 1999 —y no solo a sus antecesores centenarios— a las que Horacio González les estaba hablando. De lo que se trataba en esa interpelación no era de restituir los bandos que la historia había enfrentado como ciencia o ensayismo, sino de pensar las “adherencias” y preguntar si verdaderamente podía —puede— haber ciencia sin ensayo. Si puede haber ciencia sin ese tipo de escritura hospitalaria a la autorreflexión que vuelve incesantemente sobre las obcecaciones dogmáticas de la ciencia y sus compromisos políticos

inconscientes, pero menos en un gesto de censura que la reconoce como otro de los tantos “mecanismos de El poder” que como llamado a que en ella se cumplan las utopías emancipatorias que también latieron en el seno del proyecto ilustrado. Renunciar a la pregunta por esta dimensión alocada y utópica de la ciencia era lo que González no le perdonaba al “dispositivismo” que, en un gesto crítico presuntamente radical, volvía a sancionar —en profunda afinidad metodológica con el positivismo que se proponía criticar— la necesidad del fatalismo concomitante a quien comprueba que esto es “lo que hay” y se allana a identificar la realidad —toda realidad— con lo dado, con la realidad depurada de los pasados que laten en ella y de sus tensiones al porvenir, con la realidad reducida a sus perfiles más visibles. *Restos pampeanos* se proponía, en cambio, leer los restos míticos —las adherencias sociales— presentes en la ciencia argentina para ponderar sus potenciales emancipatorios, y así salvar a la ciencia a pesar de la ciencia. Desobedeciendo las instrucciones metodológicas provistas por la ciencia vigente, no abrazaba la anticencia (que, como el antimodernismo de Martínez Estrada, no podría convertirse en una consigna), sino que demoraba el juicio sobre la ciencia argentina para procurar desenterrar su mito-poética rebelde, para hacer saltar las imágenes de una vida emancipada que, también, anidaban en los textos de la ciencia positivista. Lo que había sido celebrado o condenado como una identidad conclusa era convertido en un campo de fuerzas en tensión que no precisaba ser corregido desde afuera, sino desplegado por una suerte de espectrología que buceaba perseverantemente en su opacidad inmanente. En las imágenes de la ciencia argentina anidaban utopías de la nación y,

como la nación, “peculiar trabazón de razones divergentes y fuerzas que se contraponen buscando un punto de plenitud que a su vez genera un vacío” (p. 12), la ciencia debía ser leída en su conflicto y en su dimensión de ensoñación. Esto se le decía no solo al positivismo sino también a las interpretaciones de la cuestión nacional que protagonizaban la escena académica y política en una coyuntura globalizadora. Hoy, cuando el debate sobre el “invencionismo de la nación” tal vez ya constituya un debate del pasado, la intransigencia de *Restos pampeanos* en su solicitud simultánea a las ciencias sociales y a la política para revelar la dialéctica irresuelta que anida en las instituciones y en los mitos sociopolíticos encarnados por sucesivas generaciones, tal vez sea más actual que nunca. Porque la política tiende a la banalidad al no poder enunciarse en términos de utopías históricas en que se fraguan esperanzas y temores de lo social. Y lo social queda en manos de la derecha —política y social— cuando las utopías sociales se cristalizan en mitos dominantes cuyo sentido ya nadie osa disputar, tal como sucede en nuestra coyuntura actual con el ideal de la educación, en el que tantas generaciones vislumbraron una posibilidad de ascenso social y redención igualitaria, y que hoy resulta esgrimido por una derecha orientada a dar satisfacción y potenciar, a

**Pero salvando al ensayismo argentino, se salvaba también a la ciencia que, leída ensayísticamente por González, se transformaba en otra cosa que ese macizo monolíticamente positivista donde las ciencias sociales contemporáneas reconocían los rasgos unánimemente disciplinarios de un dispositivo estatal.**



través suyo, deseos jerárquicos, racionalizando discursos de odio contra una alteridad experimentada como insostenible. El otro debe ser educado porque educado, se le dice, sería “autónomo”, esto es, reconocería que su suerte solo depende de sí mismo y, así, que el mundo debe ser satisfecho cuando reclama su sacrificio y su sumisión, en lugar de tanto despilfarro en el conflicto y en tanto derecho laboral. ¿Qué harán las ciencias sociales contemporáneas frente a este “nuevo” mito compuesto de una materia tan próxima al campo de estas mismas ciencias en las universidades? Ciertamente no es, hoy, la voz de la emancipación la que nos advierte que nos quieren “burros, sumisos y pobres” y que exalta una educación idealizada como si en ella —y no en las deudas sociosimbólicas y económicas pendientes— se jugara el porvenir de un país emancipado. Por eso no podemos acoplarnos alegremente

a este término “educación” como si fuera autoevidente y todes estuviéramos hablando de lo mismo. Pero tampoco podemos descartarlo o ponerlo en la cuenta de “el poder” como si bastara comprender toda la promesa ilustrada como una declinación más —y altamente efectiva además en un capitalismo semiotizado— de los dispositivos disciplinadores que producen y reproducen subjetividades funcionales al statu quo. González nos enseñó a leer este tipo de paradojas interpretativas de un modo político y a pensar la política en su densidad de interpretación y drama histórico. Por eso su legado resulta imprescindible para unas ciencias sociales que quieran sostenerse productivamente sobre el abismo que se abre entre una inmanencia confortable en la teoría y un fatalismo impotente en la política sin caer precipitadamente en alguno de los polos que pone a su disposición la inmediata realidad.

#### NOTAS

1. ¿Se puede salvar el humanismo? ¿Y qué cosas preservaríamos allí? ¿La reflexión, contra el antiintelectualismo dominante? ¿La posibilidad de que hagamos la historia, contra la convicción presentista de su fin? ¿La moral como una posibilidad crítica sobre el presente, contra la moralización que nos castiga por no allanarnos a sus demandas? No son preguntas retóricas. Sin una lectura precisa de aquello que amenaza y de lo que está en riesgo será muy difícil responderlas de un modo concreto que, por consiguiente, sea capaz de involucrarnos afectivamente en esa lucha.



Fotografía: Ximena Talento.

# La tradición en disputa: Horacio González y la sociología argentina

Por Mariana Luzzi

Acerca de *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes* (compilación de Horacio González, Buenos Aires, Colihue, 2000)

Horacio González leyó los grandes textos clásicos de la sociología, aquellos sobre los que la sociología argentina se constituyó como disciplina y como profesión. Se empeñó, por un lado, en no emanciparlos del viejo tronco filosófico y literario, cuyo discurso acompañó la construcción del lugar universitario de la nueva ciencia que luego se obstinó en desgajarlos, y, por otro, en no dejar sepultado bajo el peso de su prestigio “modernizador” los grandes textos del pensamiento social argentino anterior a ese movimiento. Aquí, Mariana Luzzi lee la *Historia crítica de la sociología argentina* organizada por González en 2000, y sobre todo su fundamental ensayo introductorio. Y recoge, en ese ejercicio de lectura, las señas de la manera en que González se ocupó de recuperar todos esos “restos” que, dejados demasiado a prisa al costado del camino, tenían todavía mucho para seguir diciendo.

## I.

Son las seis de la tarde de un día cualquiera a mediados de los noventa en Marcelo T., la desbordada sede de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. La masa que ocupa la escalera es tan compacta que resulta difícil saber quién sube y quién baja, y cualquiera de las dos empresas lleva mucho más tiempo del que debería. Cuando finalmente llega hasta el aula, el profesor descarga sus papeles en el escritorio. Una pila de libros hace equilibrio entre él y la audiencia que lo espera. Tira hacia atrás el mechón que le cae sobre la frente, toma un volumen, lo abre y lee en voz alta.

No es una práctica inusual; la enseñanza en esos claustros está vertebrada por lecturas comentadas de modo colectivo. Sin embargo, el acto sorprende y seduce. Son los textos: no son grandes obras de la filosofía o la teoría política, ni las de los padres fundadores de la sociología, que conocemos bien; no son alemanes ni franceses en traducciones más o menos castizas. Los autores que González nos lee son contemporáneos de muchos de aquellos, pero su lengua es la del Río de la Plata.

Echeverría, Lugones, Ramos Mejía, Martínez Estrada. Algunos de esos nombres nos traen reminiscencias escolares, no nos son completamente desconocidos. Sin embargo, el modo en que se los convoca a esas aulas desvencijadas, sacudidas por los bocinaos y los motores mal afinados de decenas de colectivos, nos resulta inédito.

González los lee con fervor, con la misteriosa lealtad que Borges reservaba para los clásicos y que, en nuestra Facultad, se dedicaba a otras plumas. Su gesto nos conmueve. En la elección de esas lecturas se adivina una

reivindicación, una toma de posición; el profesor propone el rescate de voces olvidadas. A los jóvenes curiosos y con simpatía por la revuelta que somos, la sola idea de la controversia nos entusiasma. ¿Pero cuál es realmente el otro término de la disputa? ¿Contra quiénes levantamos la bandera de esas páginas escritas hace casi un siglo, o incluso más, que evocan a la nación, a las multitudes, a la ciudad?

Las razones profundas de la operación gonzaliana apenas las entreveamos; recién se comprenden, en realidad, cuando se asume una perspectiva generacional que a la mayoría de nosotros nos es ajena. Algunos años más tarde, González la pondrá por escrito en el que es quizás el único de sus textos que tiene por objeto central a la sociología argentina.

“Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre” es el título del ensayo que inaugura *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, que González compiló en 2000, reuniendo las contribuciones de jóvenes investigadores de las universidades de Buenos Aires y La Plata.

El título evoca una épica cinematográfica. No es para menos: como en toda memoria, sus cien páginas tienen tanto de recuerdo nostálgico del pasado como de ajuste de cuentas. La historia de la sociología es, para González, la de un nombre disputado; portador de promesas y a la vez de sus frustraciones. Esa ambigüedad es la clave de la tragedia que parece envolver a la sociología en su *racconto*: en ella conviven la disposición a abarcar “múltiples versiones de sí misma” y la tendencia a consagrarse en la más insípida de esas posibilidades. Ese nombre que habla “de un desarreglo y trastocamiento del

mundo”, hermanado en su nacimiento con ese otro que es cifra de la transformación social por excelencia —“socialismo”—, llega a los albores del siglo XXI, para el autor, hundido en la trivialidad. ¿Qué pasó con las esperanzas que la palabra traía impresa en las pos-trimerías del siglo XIX y los primeros años del XX?

La leyenda del nombre es la épica de un fracaso... o de muchos. “Rescatar de las cenizas las promesas teóricas de la sociología” será el modo que González tendrá de narrarlo y también de apelar —con moderada pasión— a torcer ese destino.

## II.

En 1937, Talcott Parsons publicaba *La estructura de la acción social*, la obra que marcaría su ingreso en los anales de la sociología del siglo XX, posición luego confirmada por su trabajo consagratorio de los cincuenta, *El sistema social*. La conceptualización de la acción que Parsons trazaba en aquellas páginas tempranas iba de la mano de una síntesis de las maneras en que la sociología había pensado, hasta entonces, aquel problema fundante: Alfred Marshall, Vilfredo Pareto, Émile Durkheim y Max Weber eran las fuentes en las que abrevaba la reflexión de quien luego se convertiría en el padre del estructural-funcionalismo. Dos décadas después, Parsons devino una figura dominante en el campo sociológico: esas lecturas ya no eran las fuentes de *su* reflexión, sino el canon de una disciplina en plena expansión global.

Hubo que esperar muchos años para descubrir que los borradores de *La estructura de la acción social* incluían a otro autor, al que Parsons había

resuelto dejar fuera del cuadro de honor en el último minuto: Georg Simmel. El autor de *La filosofía del dinero* se acomodaba mal en la tesis parsoniana sobre las convergencias en la teorización de la acción humana, y así la obra de quien había tenido gran influencia en la primera sociología norteamericana quedó eclipsada durante décadas.

Era difícil encontrar afinidades electivas entre la singular obra de Simmel, elaborada desde los márgenes de las instituciones y atravesada tanto por las preocupaciones de la sociología naciente como por la pulsión de la filosofía de la cultura y la sociología “científica” que encontraría en el estructural funcionalismo de mediados del siglo XX su gran clave de organización. Recién en la década del ochenta (y algo más tarde en el mundo hispanoparlante), Simmel fue redescubierto, traducido y rehabilitado como un clásico de la sociología en todo derecho. Podría decirse que llegaba al fin al canon, aunque la condición para hacerlo había sido, más bien, que aquel volara por el aire llevándose consigo toda ambición por construir la “gran teoría”.

La historia de la sociología argentina como disciplina científica es contemporánea de aquel reinado de Talcott Parsons, y aunque en nuestro caso los caminos que conducen a la institucionalización son muy diferentes de los de la academia norteamericana, al final, las convergencias son notables. En esa confluencia hay una figura que destaca: Gino Germani. Como Parsons, él será el responsable de consagrar una (primera) tradición para la sociología vernácula. Como aquel, construirá esa tradición a fuerza de lecturas, pero también de olvidos y desprecios.

Ese y no otro es el gran tema del ensayo de González: la profesión de fe científica que impregna a la carrera creada en 1957 va de la mano del ninguneo de todo el pensamiento social argentino que la precedió. Esa operación será, para el autor, la primera de las marcas de la tragedia: al cercenarse esa parte de su historia, la sociología local tira por la borda buena parte de la potencia que lleva inscrita en su nombre.

Y Germani es el principal responsable de esa suerte. Bajo su égida, la sociología se ve inmersa en una “cruda e infundamentada deslateralización del pensamiento”, que no impide el surgimiento de obras capaces de leer lúcidamente el movimiento social, pero que no dejan de ser “muy aplanad(a)s desde el punto de vista escritural y reflexivo” (p. 50).

La lista de los injustamente desterrados que confecciona González es extensa; va desde Esteban Echeverría en el siglo XIX hasta quienes serán contemporáneos del propio Germani, como Ezequiel Martínez Estrada o Carlos Astrada, pasando por José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Ernesto Quesada, Juan Agustín García y Raúl Scalabrini Ortiz. En todos ellos es posible escuchar aún, señala, la “remota e inacallada voz filosófica” que le falta a la sociología científica, “tierra devastada en lo teórico, lo filosófico, lo poético-literario” (p. 33).

Ese desarraigo, esa negación de los orígenes a la vez criollos y plebeyos del pensamiento social argentino deválua por sí sola la empresa intelectual de la sociología argentina. Pero, a la vez, atenta contra su propia potencia: la vuelve sorda a las resonancias que ella misma provoca, a las huellas que deja en el pensamiento de quienes no se identifican con ella, pero se nutren de sus producciones. El ejemplo

paradigmático de esos ecos inadvertidos será el de Martínez Estrada:

La carrera de Sociología, fundada en 1957, lo había ignorado completamente, en nombre de autores como Seymour Lipset, Kurt Lewin, Irving Horowitz, Talcott Parsons o B. F. Hoselitz, y no podía convencer a una creciente cantidad de alumnos que elegía esos estudios de que sus invocaciones a Wright Mills o a Franz Fanon podían suscitar cierta simpatía hacia sus libros capitales, *Radiografía de la pampa*, *La cabeza de Goliath*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* y *¿Qué es esto?*, todos susceptibles de caer bajo el “úkase” germaniano de “especulativistas” (p. 67).

Pero la historia de las promesas incumplidas de la sociología argentina no termina con Germani, quien había llegado a ser el “nombre del sociólogo” (p. 56), pero cuyo “imperio sociológico” no había durado, a fin de cuentas, mucho más de un lustro (Germani dejaría la carrera en 1964 y la Argentina en 1965). La ambición por reconstruir el suelo cultural sobre el que la sociología científica se implantaba había impregnado ya el proyecto de las Cátedras Nacionales (de las que el propio González, como muchos de su generación, participa), que sin embargo terminan viviendo su propia “tragedia conceptual”: “la de hablar con la lengua de las tradiciones críticas más elevadas del conocimiento social y tener que volcarlas en un momento histórico-político lleno de sombras, equívocos y violencia” (p. 84).

Entre los dos proyectos en pugna en los sesenta, entonces, el de la sociología científica y el de una sociología “criolla”, heredera de las tradiciones locales y atenta a la lengua y el saber de

la calle, triunfa —no sin oposiciones— el primero. Pero su desarraigo la deja “culturalmente desnutrida, operando en medio de refutaciones apriorísticas que significaban menos la fortaleza de una ciencia que una ciencia operando en el vacío de una trama histórico-cultural” (p. 92).

Teóricamente desvalida e institucionalmente débil, la turbulencia política de la época hará el resto del trabajo. La dictadura, al fin, lleva a cabo la venganza final contra la sociología: “retirarle su territorio y destruir sus fuerzas vitales” (p. 95).

### III.

Tras la recuperación democrática, lo que queda no es sino “un único paisaje de sociologías especiales autonomizadas como astillas de un antiguo planeta explotado” (p. 96). Y es desde esa catástrofe planetaria, pisando sobre esa tierra que considera yerma, que González toma la palabra cuando ya despunta el nuevo siglo.

Ha pasado factura, y también ha hecho las paces. Germani es esa figura encandilada por el método que despreció la herencia cultural que podía nutrir a la sociología argentina, pero también es aquel en cuya obra tardía se registran los “ecos diluidos pero no inobservables” de una trama gramsciana que le permiten —¡al fin!— poner en tensión la historia vivida con “el mapa de despliegues que la sociología le había trazado a las sociedades” (p. 70).

Los nombres que el texto hilvana, esos retazos de obras y de vidas que han ido jalonando la historia atormentada de la sociología local, pueden aparecer aunados en una misma dedicatoria sin riesgo de traicionar sus enemistades del pasado:

A los profesores que en ese período forjaron con el nombre de la sociología un conjunto de esperanzas que —acaso contrapuestas en las sonoras batallas de aquel momento— aparecen hoy como la arcilla lejana pero no descuidada que de tanto en tanto las memorias vuelven a solicitar: Gino Germani, Justino O’Farrell, Gonzalo Cárdenas, Norberto Rodríguez Bustamante, Gunnar Olson, Gerardo Andújar, Luis A. Costa Pinto, Florestan Fernandes (p. 7).

Todos conviven en un ensayo que avanza sobre dos carriles. En el principal, se escribe la historia de la sociología argentina, en un movimiento que a la vez confirma y niega el peso de la institucionalización. Si la era de la sociología científica carga con el pecado de haber sido edificada sobre el olvido deliberado del suelo cultural sobre el que se asentaba, también es el indiscutido punto de partida de la narración. Los sesenta como vértice y oportunidad. Hacia adelante, solo decadencia y promesas incumplidas. Hacia atrás, ese magma cuyo destierro será la clave, para González, del destino fatal que vendría después. En esa vía se cuenta la historia de un saber degradado, que “termina su periplo secular como doxa de los medios de comunicación, filosofía de los no filósofos y metodología política para la administración modernizante del conflicto” (p. 32).

Pero hay otra. La que se cuenta en las notas al pie, donde el ensayo administra las condenas y también los reconocimientos. Allí está el pulso vivo de la “leyenda del nombre”: allí se atisban las fuentes, las lecturas minuciosas, las anotaciones al margen, también los ajustes de cuentas y los descargos. Ahí sale a la luz, al fin, el González sociólogo, aquel

capaz de hacer honor a la máxima de la imaginación sociológica que a lo largo de cien páginas se cuida bien de citar: hacer dialogar biografía e historia.

Hay, entonces, una arcilla con la que trabajar, una tradición por transmitir, una apuesta posible por “una tensa democracia del recuerdo que enlace generaciones surgidas de distintas fronteras del tiempo”, la propia y la de quienes vinieron después... y escriben en el libro que el ensayo prologa.

#### IV.

Ahora bien, si ese lazo intergeneracional es posible, su clave está ante todo en el lenguaje. A la sociología es preciso devolverle su halo teórico, pero también conducirla a encontrar y producir otro vínculo con la palabra. A encontrarlo en el redescubrimiento de aquellos autores a quienes “un injusto tribunal [...] había mandado al desván de los balbuceos olvidables o perdonables con condescendencia” (pp. 99-100) y a producirlo en una “liberación de los lenguajes” de la que surjan “todas las lenguas ya habladas por la ciencia social”, rescatadas ahora del olvido al que habían sido sometidas.

La sociología argentina llega al final del siglo como una “dama insípida”; es preciso devolverle el sabor, la textura. Es preciso “pensar el texto”, hacerlo objeto de reflexión, nutrirlo de voces con sentido allí donde solo hay categorías técnicas.

González llama a una cierta desburocratización del conocimiento; eso y no otra cosa es para él recuperar su “predisposición para la crítica social”. Pero para él la tarea de la crítica se orienta, como en la filosofía, hacia la obra. Su objeto es el pensamiento

social, mas no la sociedad. O más bien, es la sociedad leída a través de la obra de quienes la piensan, o de la voz de aquellos que pretenden interpellarla.

Podríamos pensar que hay aquí la clave de un malentendido, tal vez aquel que dejaba perplejos a algunos de esos estudiantes que descubrían con tanta emoción como desconcierto a los autores que González leía a viva voz. Para reencontrar su potencia, para cumplir sus promesas, la sociología debía recuperar sus ambiciones teóricas y multiplicar sus lenguajes. Tenía que interrogar al texto, antes que a la sociedad.

Veinte años después, la leyenda del nombre ha continuado. Quizás, en algunos sentidos, las esquivas del planeta estallado sigan ahí, sin recomposición. Pero el universo es sin lugar a dudas más vasto, y su historia ya no puede ser contada desde un único lugar. Las promesas de la sociología son, en fin, otras. Sin embargo, hay algo de la crítica y de la épica gonzaliana que sigue vivo y es preciso honrar: en el principio está el texto.

**La historia de la sociología es, para González, la de un nombre disputado; portador de promesas y a la vez de sus frustraciones. Esa ambigüedad es la clave de la tragedia que parece envolver a la sociología en su *racconto*: en ella conviven la disposición a abarcar “múltiples versiones de sí misma” y la tendencia a consagrarse en la más insípida de esas posibilidades. Ese nombre que habla “de un desarreglo y trastocamiento del mundo”, hermanado en su nacimiento con ese otro que es cifra de la transformación social por excelencia —“socialismo”—, llega a los albores del siglo XXI, para el autor, hundido en la trivialidad. ¿Qué pasó con las esperanzas que la palabra traía impresa en las postrimerías del siglo XIX y los primeros años del XX?**



## La larva y las alas (Dos cartas a Horacio González)

Por Eduardo Grüner

Acerca de *La crisálida. Metamorfosis y dialéctica* (Buenos Aires, Colihue, 2001)

Quienes alguna vez han leído algún libro de Horacio González enfrentan el mismo dilema. En la primera lectura, sus libros fascinan de tal modo (por su composición, por las relaciones inéditas que traza, por el campo de lecturas que abre y por la lengua refinada con la que trabaja) que quedan en el recuerdo como un sacudón parecido a un estado de embriaguez. Cuando se vuelve a ellos, en una segunda lectura diferida en el tiempo, se advierte la dificultad de los textos, su carácter problemático, la sutileza de sus argumentos, una erudición infinita y discreta. Así le ocurrió a Eduardo Grüner cuando retomó *La crisálida* y se confrontó con ese abismo. Afortunadamente, un destello benjaminiano le permitió recobrar dos cartas que le había mandado a Horacio acerca de la tensión entre metamorfosis y dialéctica, en el contexto del derribamiento de las torres gemelas y los sucesos decembrinos de ese mismo año. Si el ensayo incrementa la incertidumbre, la correspondencia aventura hipótesis (como las del virus que mantuvo en vilo a la humanidad), al calor de los problemas que flotan en el aire y los temblores de una tierra que no cesa de estremecerse.

*Cuando desde la Biblioteca Nacional me propusieron enviar una pequeña contribución para este número de la revista dedicado a HG, yo pedí escribir sobre La crisálida, ese ensayo publicado por Colihue en 2001, donde Horacio despliega, a marcha vertiginosa, y exacerbando su proverbial estilo, la oposición entre las lógicas de la metamorfosis y la dialéctica. Lo hice por la caprichosa razón de que en su momento me había gustado mucho, y por lo tanto —el gusto suele provocar ese efecto— creía recordarlo bien. Releyéndolo para confirmar mi gusto y mi memoria, tuve un modesto ataque de pánico: el texto era mucho más intrincado, complejo y erudito de lo que el recuerdo había logrado retener. Durante muchos días después de terminar su nueva lectura me devané los sesos, un poco desconcertado, quizás intimidado; en todo caso, sin saber muy bien por dónde empezar. De repente, un hallazgo fortuito acudió, no diré al rescate porque sería presuntuoso, pero al menos a ofrecirme una ilusoria salida del túnel: la copia de dos cartas —robadas, es decir, perfectamente guardadas en su lugar, como la famosa de Poe—, separadas por tres meses, que le había escrito a Horacio luego de la primera lectura del libro. No hay en ellas grandes intentos de análisis ni profundas reflexiones sobre las cuestiones que abre La crisálida. Sí hay, me parece —es lo que espero, al menos—, lo que todo ensayista que se precie espera como respuesta de lectura: dudas, preguntas, incertezas, tal vez algún fraternal disenso, y sobre todo el intento de nadar en el mismo cambiante río —visto el tema, la alusión heracliteana no es inocente— en el que HG se deja llevar por la corriente. O sea, para remedar a Blanchot: una conversación infinita, en el pleno sentido de interminable, que después de todo es la que tantos sostuvimos, y sostenemos, con Horacio. En fin, no quisiera abundar en preámbulos, me limito a la parca transcripción.*

Buenos Aires, septiembre 30 de 2001

Querido Horacio:

Termino de leer *La crisálida*, todavía bajo el sacudón ¿cómo llamarlo? *cósmico* que el 11 de septiembre pasado hizo volar por los aires (aunque la metáfora correcta sería: hizo *derrumbar*) las ideológicas ilusiones sin porvenir en un mundo pacíficamente “globalizado”, o en un fukuyamesco fin de la Historia, transformada en una planicie repetitiva que asegurara la coexistencia multicultural, y sandeces por el estilo. Quizás en un rato me atreva a decirte algo más al respecto, justamente en conexión con tu libro. Digo por ahora que casi seguramente lo hubiera leído de modo muy distinto antes que después de ese

acontecimiento; donde antes hubiera habido tan solo un ejercicio intelectual, enormemente estimulante por cierto, ahora no puedo evitar el zumbido, en mis oídos, de unas chirriantes trompetas apocalípticas. Exagero un poco, desde luego, pero apenas. El movimiento del mundo, ya sea pensado como metamorfosis o como salto cualitativo —esas alternativas constituyen el eje de tu libro, creo entender—, se tiñe de tonos catastróficos cuando lo absolutamente imprevisible literalmente *cae del cielo*, como se dice. Pero, bueno, como te decía, vuelvo a esto más adelante, si puedo. Tu libro empieza, por así decir, a toda orquesta, con un canto de amor a las bibliotecas: algo muy tuyo, por cierto (no me extrañaría que algún día te toque dirigir una), aunque en este

caso se trata solo de la tuya. Pero ya ese preámbulo, ese *incipit*, introduce entre líneas la(s) cuestión(es) que ocuparán al resto del texto. No ignorás a Borges, desde luego: ordenar una biblioteca es ya ejercer el sutil arte de la crítica. ¿Qué transformaciones, qué mutaciones en la jerarquía de lecturas produce cada ordenamiento? Tu mirada recorrer los lomos, sin duda hay método en ese aparente caos de nombres propios que evocás. Pero, ¿qué otro recorrido registraría la mirada de un visitante? Para colmo la de un extranjero —es el caso de Jacques Rancière, llegado a tu casa—: ¿se lee el mismo orden en otra lengua, cuando con alta probabilidad, además, se desconozca la mayoría de los nombres propios locales (no el de Borges, evidentemente, a quien tuvieron que descubrir los franceses para que nosotros pudiéramos nacionalizarlo)? Rancière descuenta a Sartre y Merleau-Ponty, se los sabe de memoria, pero, ¿quiénes diantres son Rozitchner, Masotta, Rinesi, Grüner, Casullo, Ferrer, Vernik, etcétera? Tu inquietud es comprensible: ese profesor —que, no olvidemos, ha trabajado con Althusser, y sabe que no hay lecturas inocentes— posa su mirada en otras zonas de la estantería: casi seguro él ordenaría la biblioteca de otra manera, si vos lo dejaras; tal vez hubiera sido un ejercicio interesante. En todo caso, vale preguntarse cómo entraría esa transformación del orden bibliófilo bajo la mirada extranjera en los sistemas de oposición un poco levistraussianos que vos construís: ¿es una evolución paulatina que culminará en ese orden nuevo o este será el producto de una diferencia radical provocada por un golpe de negatividad dialéctica? Todo nacimiento es violento, se sabe; pero no es lo mismo

el canal natural que la cesárea (“la partera de la historia”: inevitablemente se impone esa metáfora canónica). ¿Desarrollo de la larva en crisálida y mariposa o corte brusco del nudo gordiano que genera un organismo otro? Todo el libro medita, duda, elige, a veces se debate espasmódico, alrededor de esas alternativas. Y están, claro, las posibles combinaciones. Y no me refiero al pedestre “salto de cantidad en calidad” que pretendían nuestros manuales introductorios de Filo & Letras, sino a las, a veces, indecibles bandas de Moebius que se arman —vos mencionás varias— entre la tranquila evolución larvática y el filo cruel de la espada. *Reforma/Revolución*: esa disyuntiva tan sesen-setentista ¿se recubre en sus términos con *metamorfosis/dialéctica*?

Lo digo porque en tu escritura, siempre, hay un ritmo político insoslayable, y tu ya antigua pertenencia a un movimiento en el que durante largos períodos se debatió la cuestión respira discretamente por debajo de ese ritmo. Sin embargo —y lo que viene es un elogio— tu texto no está directamente inmerso en una temática política. Salvo que se quiera hablar, como se debería, de una política de la escritura. Porque es eso, las *escrituras* (incluso en su acepción bíblica), lo que te importa. Incluso cuando comparece el nombre de Marx, inevitable para hablar de la dialéctica, que lo hace antes como un gran escritor que como generador de una nueva teoría que tendrá enormes efectos políticos. Las dos cosas son, en algunos casos, inseparables, me objetarás. De acuerdo, pero el acento, me parece, está puesto más bien en cómo la propia retórica de Marx (sus metáforas, sus ironías,

sus quiasmos) ilustran esas tensiones entre la evolución de una idea hacia otra “superior” (es conocida la reverencia de Marx por Darwin, a quien había pensado dedicarle *El capital*) y la ruptura dialéctica que disloca radicalmente la lógica del discurso. Es la vieja discusión de la “ruptura epistemológica”, hecha célebre en los años sesenta por Althusser y los suyos: ¿cuándo, y en qué preciso sentido, se produce la brecha entre Marx y Hegel? Que vos puedas volver sobre ella demuestra que no está resuelta. Y, sin hacer comparaciones, la cuestión está en tu propia escritura. Por momentos se despliega en una serie tersa, o asociación libre, de metamorfosis que van desde *Obvadio* (el obvio Ovidio) hasta, digamos, la polémica Sartre/Lévi-Strauss: hazaña de síntesis, unos dos mil años de evolución larvática. Pero de pronto irrumpen, como dialéctico rayo en día sereno, Nietzsche o Kafka. Si *apolíneo/dionisiaco* es una oposición dialéctica sin *Aufhebung* posible (como en la dialéctica negativa de Adorno), la doctrina del eterno retorno levanta en su circularidad un obstáculo contra la linealidad de la metamorfosis. Como además puede ser entendida como un arma de la *voluntad de poder* —así la lee Heidegger, al menos—, también ese “voluntarismo” (otro canónico concepto político) se aparta de cualquier desarrollo espontáneo e interno a la realidad “objetiva” misma. El caso de Kafka es extremísimo: en ese relato titulado justamente *La metamorfosis* —no necesariamente el mejor de un autor que solo tiene relatos mejores— no hay crisálida que se abre para dejar que la mariposa despliegue sus alas; Gregorio Samsa simplemente se despierta una mañana transformado en bicho repugnante (cucaracha

o sabandija, según las traducciones), como quien repentinamente despierta no *de*, sino *a*, una pesadilla, junto con sus lectores (Borges, para volver a él, decía que el gran logro de Kafka no es que sus cuentos parecen pesadillas, sino que lo *son*). Aquí, como en tantas otras alegorías animalizantes que pululan en Kafka —perros, monos, ratones— hay un súbito *cambio de especie* que ni siquiera puede ser llamado “dialéctico”. Aunque, por otro lado, se conserva la banda de Moebius: la transformación de Samsa no es completa y precisamente de allí proviene el horror: su cuerpo ha adquirido su nueva forma de insecto repugnante, pero su mente sigue siendo “humana, demasiado humana”, teniendo que debatirse con su nueva, espantosa realidad. Que hacia el final de tu libro aparezca el debate Sartre/Lévi-Strauss es un hallazgo. Allí no puede quedar más clara (sospechosamente nítida, me animaría a agregar) la oposición entre *razón analítica* y *razón dialéctica*. De un lado la metamorfosis: cambios microscópicos dentro de la estructura dominante. Del otro, la dialéctica: un acontecimiento cualquiera, inesperado, opera el repentino salto de la *serie* al *grupo-en-fusión*, o de este a la masa revolucionaria. Coincido con vos en que el embate demoledor de Lévi-Strauss es muy injusto con Sartre. Pero

**Lo digo porque en tu escritura, siempre, hay un ritmo político insoslayable, y tu ya antigua pertenencia a un movimiento en el que durante largos períodos se debatió la cuestión respira discretamente por debajo de ese ritmo. Sin embargo —y lo que viene es un elogio— tu texto no está directamente inmerso en una temática política. Salvo que se quiera hablar, como se debería, de una política de la escritura. Porque es eso, las escrituras (incluso en su acepción bíblica), lo que te importa.**

no quita que uno pueda hacer *chapeaux* ante el coraje de alguien que, en pleno “sartrismo” (estamos en 1962, apenas está despuntando la ofensiva estructuralista), se anime a decir cosas *tan* antidialécticas como que la finalidad última de las ciencias humanas es disolver al Hombre en la química de las circunvalaciones cerebrales, etcétera. ¿O será que Lévi-Strauss está llevando la “dialéctica negativa” hasta sus últimas consecuencias, volviéndola contra sí misma hasta su autodestrucción? ¿Está contemplando en serie la hipótesis de la desaparición de la humanidad —Lévi-Strauss no recusa la afirmación sartreana de que la dialéctica solo puede ser humana, de que no hay una dialéctica de la Naturaleza, como pretendía Engels—, de tal manera que solo quedarán las metamorfosis naturales? Y tampoco podemos olvidar las consecuencias enormes que tuvo ese debate en el clima intelectual parisino de la época. Me refiero, especialmente, a que la polémica fue el puntapié inicial para la emergencia de una filosofía *antihumanista* que conquistó a la Rive Gauche. En ese mismo año 1962, en su Seminario, Lacan pareciera tomar partido por Sartre, pero elogia con énfasis el consecuente materialismo duro de Lévi-Strauss, y no lo perturba la posibilidad de un desvanecimiento de la especie. En los tres o cuatro años posteriores, Barthes hablará de la muerte del autor, Foucault de la muerte del Hombre, Althusser del antihumanismo “teórico” marxista, y así. La suerte parece estar echada para la dialéctica: sale el movimiento progresivo-regresivo, entra la no-lógica de la *discontinuidad*.

Lo cual me hace volver a una palabra que usé hace un momento: *acontecimiento* (si no recuerdo mal, Badiou

no figura en el elenco de autores de tu texto). El acontecimiento del 11 de septiembre, con el que empecé esta carta, ¿es de orden metamorfofísico o dialéctico? ¿Es que el mundo venía mutando subterráneamente hasta enarbolarse en las alas de esos aviones mortíferos o es que una súbita *ocurrencia* —en el sentido estricto del término— hace irrumpir aquella discontinuidad trágica, hasta el punto de que ha podido decirse que el colapso de las Torres fue, para retornar a esa figura, un parto violento que parió un nuevo mundo? Me es imposible responder con certeza, y eso me lleva a pensar que quizá, para leer ciertos hechos, necesitemos salirnos de la alternativa metamorfosis/dialéctica, conservándola no obstante para los procesos braudelianos de *larga duración*. El problema, por supuesto, es que una vez que el acontecimiento nos cambió todo, también esos procesos quedan alterados. No sé... como dice un amigo, un problema que no tiene solución no es un problema: es sencillamente una catástrofe. En fin, me queda agradecerle un libro que cumple con creces el objetivo al que debería aspirar todo buen ensayo: aumentar la incertidumbre.

Un abrazo para vos y otro para Lili,

EG

\*\*\*

Buenos Aires, diciembre 31 de 2001

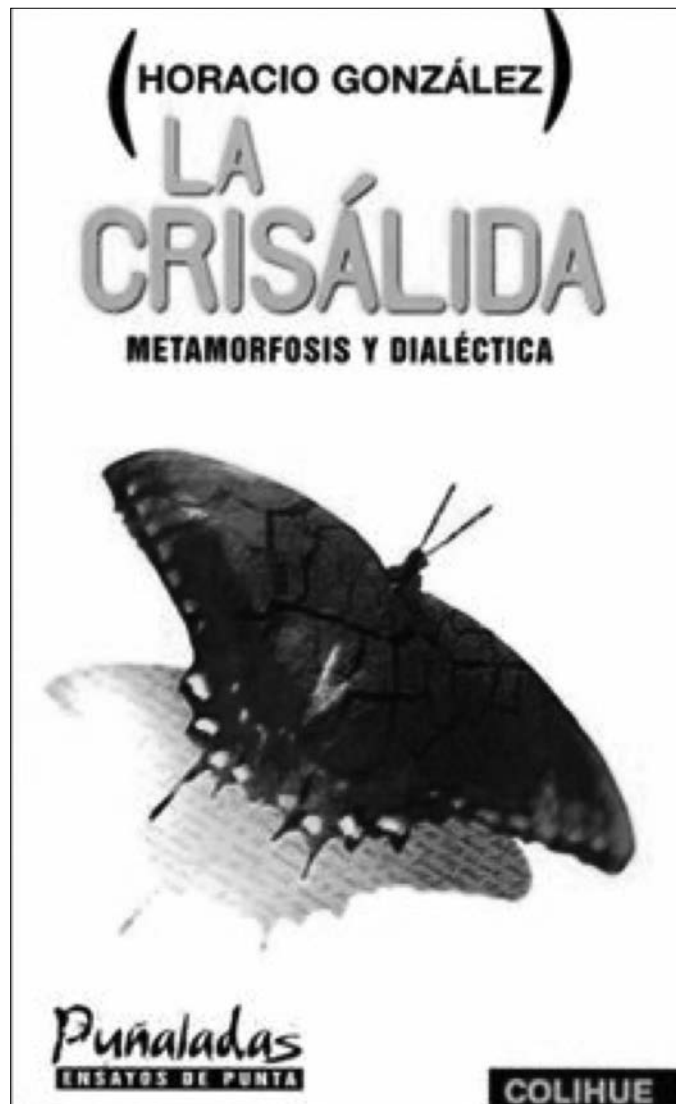
Querido Horacio:

Haciendo tiempo para la cena de fin de año, whiskito en mano me puse a reordenar una parte de mi biblioteca y me tropecé una vez más con

*La crisálida* (estaba en los estantes de Filosofía, te guste o no; otros libros tuyos están en Ensayos literarios, otros en Sociología o en Política, el día que escribas una novela —ya llegará, probablemente— tendré que reordenar otra sección). No pude menos que recordar el intercambio epistolar que tuvimos hace unos tres meses, y mis preguntas sin respuestas a propósito de cómo un acontecimiento como el atentado a las Torres podría dislocar el vaivén entre metamorfosis y dialéctica. Y bien, entre ayer y anteayer tuvimos nuestro propio acontecimiento. No es comparable al de Nueva York, evidentemente, son dimensiones y lógicas políticas muy diversas. Pero, con la nariz todavía resentida y acre por los gases lacrimógenos, no puedo evitar hacerme preguntas semejantes. Si larva y crisálida hubo, de allí no salió volando un lepidóptero, sino un helicóptero, perdiéndose en la noche. Otra vez, no una mera metamorfosis, sino, como en la de Samsa, un cambio de especie. Si el mundo cambió radicalmente el 11/9, tal vez nuestra modesta porción planetaria podría mutar en proporcional manera en los próximos meses o años.

¿Qué significa esto (¿*Qué es esto?*, preguntaba Martínez Estrada ante otras transformaciones nacionales)? Sin duda, algo venía preparándose, en varios y diversos registros: conflictos sociales por todas partes, la renuncia de Chacho, los saqueos y siguiendo. El 29/30 no salió de la nada, pero al mismo tiempo hizo erupción como un volcán contenido, o como la proverbial olla a presión, y escupió la lava sin que lo hubiéramos anticipado. ¿Combinación, de nuevo, de metamorfosis y dialéctica? Algo semejante había sucedido en 1969 con el Cordobazo:

el estado candente de la lucha de clases, para hablar rápido, nos venía preparando para que algo dramático ocurriera; pero el adelantamiento en 24 horas de la huelga general decretada por las organizaciones obreras hizo que el estallido pareciera imprevisible. Desde ya, uno tiene siempre el recurso del “diario del lunes”: una vez producida la contingencia, retroactivamente la inscribimos como necesidad, ya sea que se la adjudiquemos a una mutación (metamorfosis) o a una ruptura



(dialéctica). Pero el acontecimiento en sí mismo conserva, a nuestro pesar, todo el peso de su singularidad.

Esto de hoy o de mañana —habrá que ver cómo sigue el “29/30”— es, otra vez, algo muy diferente. Hay otras variables —el corralito y los dólares del ahorro pequeñoburgués, por nombrar una— que alteran la posible ecuación entre desarrollo y discontinuidad. *Que se vayan todos* apunta inequívocamente a la mal llamada “clase política”, está por verse que un salto dialéctico ponga como blancos también a los grandes bancos, las multinacionales, la “oligarquía vacuna”, incluso las burocracias sindicales. ¿Tendremos discontinuidad revolucionaria o una metamorfosis interna en la que un nuevo elenco de aquella “clase”, más astuto y/o más “progre”, haga mariposa de la crisálida? Mis fantasmagorías anarcotroscas quisieran apostar por lo primero, pero mi sobriedad escéptico-realista desconfía... Pase lo que pase, es lícito seguir especulando sobre los deslizamientos (las bandas de Moebius, creo que decía en septiembre) entre esas dos *nervaduras de lo real*—en tu libro citás también a Marielena Chauí—, que podrían verse de repente interrumpidas, o *intervenidas*, por un acontecimiento que no perteneciera estrictamente a la trama interna de esa oposición.

Para ejemplificar, te propongo un juego de ficción apocalíptica o algo así (no soy lector habitual de ciencia-ficción, pero ciertas novelas de Ursula Le Guin o de Stanislaw Lem bien se podrían incluir en la biblioteca de *La crisálida*). Suponete que en un futuro mediato se desatara inesperadamente, y se extendiera velozmente por todo el mundo, una peste producto de la mutación larvática de algún virus o bacteria, lo que fuera. ¿Sería el

producto de una mera metamorfosis “natural” o una reacción *cualitativa*—es decir, dialéctica— a las amenazas que confrontan el mismísimo aire que respiramos, ante el desarrollo salvaje, incontrolable, del Capital mundializado? Además de que semejante cosa nos obligaría a replantearnos la cuestión de una “dialéctica de la Naturaleza”, tendríamos que preguntarnos, como pasó con el “11/9”, hasta qué punto el mundo volvería a cambiar de raíz, desde las relaciones interpersonales hasta la geopolítica internacional. O cómo los dispositivos de la ciencia y la técnica, supuestamente aplicados a la búsqueda de una solución, generarían una nueva y gigantesca “jaula de hierro” (también está Weber en el libro) comandada a distancia no solamente por los Estados, sino, y quizá principalmente, por los intereses de los grandes laboratorios o la industria farmacéutica. Para colmo, podría ocurrir que la peste tuviera efectos de alta mortalidad. Entonces se nos actualizaría inopinadamente la tesis levistraussiana. Nos asomaría finalmente al potencial abismo de un fin *literal*, ya no metafórico, de la humanidad. ¿Cómo medir, retroactivamente, a cuánta graduación de metamorfosis o de dialéctica adjudicarle ese resultado? Por definición, no tendríamos desde dónde hacerlo. Ya no se trataría de pensar lo impensable, sino de la imposibilidad absoluta de pensar lo que tendría que haber sido pensable, salvo que nadie lo pensó, y quizá ahora ya sería demasiado tarde.

Ya sé que todo lo anterior no son más que fantasías especulativas, por no decir afiebradas. Mi único descargo es que es tu libro el que las despierta. Francamente, nunca se me

había ocurrido teorizar sobre esa oposición entre metamorfosis y dialéctica. Sospecho que no es exactamente lo mismo que decir “cambio gradual” *versus* “salto al más allá”, pero ahora no podría desarrollar esto satisfactoriamente. Y sospecho también, como habrás visto, que puede haber otras lógicas (no sé si está bien llamarlas así, pero en fin...) que descoloquen esa relación sin por ello anularla. Tampoco lo voy a saber explicar, te prometo pensarlo, por lo que valga. Por ahora me quedo con algo más placentero, a saber las *escrituras*, para volver a ellas. Porque, ya te lo dije: es de ellas de donde sale tu texto, y es justo y necesario que a ellas retornen. Es en ellas, en efecto, donde puede jugarse este

juego que vos armás, y en las que aún se puede encontrar cierto consuelo. Quiero decir: vos empezás por Ovidio y sus inquietantes *Metamorfosis*, pero no te olvidás ¿cómo podrías? que también escribió *El arte de amar*. Vale decir: una *erótica* —en el muy amplio y estricto sentido del término—, que es también un acontecimiento que rompe las ataduras de ambas alternativas, para, frente al desastre, empujar el deseo de persistir en el Ser (ya que forzosamente había aparecido Spinoza de la mano de Marilena). O, como hubiera dicho nuestro querido Sartre, de arrojarnos hacia el horizonte. Otro fuerte abrazo para ambos,

EG



# Vida y transfiguración de la retórica

*Por Mariana Gainza*

*Acerca de Retórica y locura.  
Para una teoría de la cultura argentina  
(Buenos Aires, Colihue, 2002)*

Horacio González fue invitado en 2002 a dictar una serie de conferencias en París y otra en San Pablo, y en un sitio y en otro enfrentó la tarea de presentar a un público ajeno a las habitualidades y los implícitos de nuestra cultura nacional un conjunto de textos argentinos más bien desconocidos o, por lo menos, escasamente consagrados. El tema de esas conversaciones fue en cierto sentido el de las influencias, pero no para declarar ninguna forma de la angustia, sino más bien para celebrar los alocados desvíos que una cultura puede operar sobre los textos de otra, que una cultura puede *ser* respecto a los textos de otra. Mariana Gainza comenta aquí el libro que recoge esas conversaciones de González, que en Francia y en Brasil, hablando sobre los hombres de la Generación del 37, sobre el positivismo de José Ingenieros o sobre la metafísica de Macedonio Fernández, no dejaba de pensar la tragedia argentina de esos días de comienzos de este siglo.

## 1.

¿En qué pensamos cuando decimos *retórica*? En los deslizamientos y los trueques entre unas habilidades técnicas para el uso del lenguaje —que la más antigua filosofía convirtió en materia de transmisión pedagógica— y unas potencias estéticas que la poesía exploró como juego con la autonomía de las palabras. En la disposición de unas fuerzas de evocación, conmoción o persuasión requeridas por muy distintas prácticas sociales. En las habituales alertas sobre el riesgo de que el discurso se vacíe de contenidos y se independice de las vivencias reales de nuestros mundos compartidos. Estas alertas pueden mirar a las prácticas discursivas de alguna clase particular de sofistas contemporáneos o a los procesos objetivos que harían de los mecanismos formales del significativo un automatismo soberano, rigiendo sobre una realidad despojada de sentido.

¿Pero qué quiere decir *retórica* para Horacio González? El título del libro que comentamos aquí ya nos ubica en un terreno muy distinto al de las reglas orientadas a garantizar la eficacia de una discursividad pública. La conjunción de la retórica con la locura nos pone en un ámbito de interrogaciones sobre el lenguaje, atenta a lo que lo desequilibra y lo trastorna. “Mi tema —dice González— es la locura en el acto de escribir y de hablar”, allí donde el lenguaje se identifica con los acontecimientos perturbadores que enturbian la expresión o hacen fracasar sus intenciones. De esos momentos —no de la comunicación exitosa— emergen los mundos que le interesan a González, legibles en una serie de textos argentinos quebrados por dentro.

El libro compila cuatro conferencias en la Universidad de París 8 y una en la de San Pablo, de manera que su propio ritmo se asocia con una inquietud interna al problema retórico: ¿cómo acercar a oídos extranjeros (que no participan del “íntimo territorio de implícitos que nos rodea en la UBA”) textos raros y más bien olvidados de la historia cultural argentina? En varios momentos, el profesor González se contempla, con autoironía, desde la mirada de esos alumnos que no conocen sus temas recurrentes. “En Buenos Aires corro el riesgo de ser castigado con el nombre de otro: ¿qué hacés, ‘Ramos Mejía’? Hablé mucho de ese hombre oscuro que nada tendría que ver conmigo”. En París, en cambio, no valen estos resquemores, sino otros. ¿Qué interés pueden despertar allí unos textos de un país del lejano sur, obras no consagradas que para una escucha superficial podrían resultar familiares por malos motivos, como ecos deslucidos de lo que en Europa se pensó antes y mejor? Arrastrado por esta inquietud y tratando de intervenir en ese campo de resonancias, el conferencista pone en tensión esos nombres ignotos de la cultura argentina con otros nombres: Ramos Mejía con Groussac, Echeverría con Leroux, Macedonio con Hobbes, Ingenieros con Sartre. Busca así correr de eje un nudo antiguo y recurrente de las letras argentinas. La posición de la *autoc-tonía*, que rechaza los motivos universales, asumiendo la reivindicación localista como única vía para enfrentar el problema de una “autonomía cultural mil veces proclamada y fugitiva”, se presta bien para ser evocada en Francia, porque *Francia* es el nombre del fantasma mayor que asedia las aspiraciones a la

independencia enunciativa nacional. A su sombra, una minoridad acomplejada o inconsciente se recrea en una variedad de formas de la imitación, contra las cuales reaccionan, a su vez, distintos modos de la autoafirmación. En esos casos, la *autonomía* puede volverse *autoctonía*, de la que surgen textos que a González le interesan tanto como los asociados con los reflejos emuladores. Se trata de una lucha en torno al idioma de los argentinos que no hay que ignorar ni clausurar, porque en ambas vetas se encuentran estereotipos y renunciaciones, y también efusiones de lucidez y estilo. Cuando se presta atención a esas napas puede aparecer como sorpresa, en medio de lo conocido, algún rasgo original a partir del cual se visualiza la posibilidad de una autonomía cultural que no sea “ni arrogante ni fugaz”.

En el origen fue el desvío. Es un tópico de los posestructuralismos que González no deja de atender, pero de un modo que sería más bien como el de Oscar Masotta. “Digo lo que siento: cargamos la lectura francesa con una cuerda interna que podríamos llamar arltiana, pero con ella cargamos el intento de crear la escritura y el pensar que se reclina sobre la propia voz de nuestro mundo cultural”. El *desvío*, entonces, se convierte en *desvarío*. La vecindad fonética permite aludir a la duplicidad sobre la que giran las conferencias. “Busqué cierta originalidad argentina en el *desvarío*”, y quiso hacer de la retórica, locura, y de la locura, retórica: “He aquí el pobre secreto de estas conferencias en París 8”. Con un ademán, caen los cortinados. Se mira de otro modo lo que se está presentando, y la cosa aparece desinvertida. Como quien se aliena de una realidad en la que confiaba y pasa a verla

desde afuera, despojada de ornamentos, el conferencista dice que la idea, sin sus vestidos, es en realidad muy simple: lo original de los textos argentinos es su locura. Pero con ese gesto se señala el problema crucial: ¿qué queda de las ideas sin su carnadura retórica? El lenguaje no es un medio, sino un ser, atravesado por el pensamiento que busca formularse. Cuando sus torsiones son más bien contorsiones, desvaríos, se diseñan figuras que admiten que las tomemos como rasgo *de lo singular que se expresa*.

## 2.

Es cierto aspecto teatral de la letra lo que está en cuestión. Por eso, las obras seleccionadas por el “profesor invitado” no son abordadas para dilucidar sus contenidos, sino para observar los tablados de sus retóricas; el protagonismo ya no es el de personajes de carne y hueso, sino el de figuras como el prólogo, la glosa, el plagio, la cita. Esas figuras, que maniobran los textos y al sujeto que los sostiene, podrían considerarse propias de las artes literarias y poéticas, pero González prefiere llamarlas retóricas, para “acercar esa palabra fastidiosa al tratamiento del ser de la escritura”.

Entonces interesa, por ejemplo, el “prólogo adverso” de Groussac a *La locura en la historia* de Ramos Mejía como acontecimiento retórico fundamental: “el reconocimiento de lo *inefectivo* de lo que como autor se dice”. El prologuista, convocado por el autor para presentar su obra, se dedica a criticarla sin piedad. Al publicarla con ese prólogo contradictorio, Ramos Mejía produce el relevante hecho retórico de desdoblarse de un discurso que,

al cuestionar su propia consistencia, deja al sentido en estado de indeterminación. Esa forma de destitución de la soberanía del autor anticipa —sugiere González— el tema del famoso prólogo de Foucault a la segunda edición de la *Historia de la locura* (cuyo título parece replicar, invertido, el de Ramos Mejía), donde Foucault rechaza la función del prólogo que declara al autor monarca absoluto del sentido de la obra. González llama la atención sobre el extraño prólogo destituyente del libro de Ramos Mejía. Se trata de un doblez interno de la obra, que en vez de ratificar las intenciones del autor las desautoriza, y así permite jerarquizar lo que verdaderamente vale en un libro: las frases de las que está hecho. Lo que allí se entrega solo cuenta con su propia retórica para sostenerse, y cada quien decidirá. La opción por la indeterminación de esa edición es tan osada que González la describe como una lucha darwinista entre el prólogo y el libro, que se propone a sí mismo “los desafíos de su propia sobrevivencia”. Ahí radica algo de lo que a González le atrae de Ramos Mejía: “probablemente cultivaba la alegría secreta de una estética de autoimpugnación”.

Otro ejemplo de este teatro de las figuraciones es el de la *glosa* y la amenaza que se cierne sobre ella: su desliz hacia el *plagio*, el peligro de ser acusado de plagiarlo. Esa acusación es terrible, dice González, mucho más grave que las de *epígono* o *vicario*, porque en estos epítetos aún se reconoce la moralidad del que favorece un lazo al dedicarse a la transmisión. Si el acusado de plagio es un glosador que no actuaba de mala fe, sino que pretendía la difusión pedagógica, o buscaba su propia voz en los ejercicios de comprensión

de la ajena, entonces estamos ante un cruel malentendido. La retórica, como piel de una conciencia que se desgarraba entre la culpa y la inocencia, queda otra vez sometida a un campo intencional, pero degradado. Ya no se discute la calidad de las tesis del autor, sino la entidad de su palabra. Porque si el que habla no es *él mismo*, sino *otro*, esa palabra propia que se buscaba está, desde el inicio, desacreditada; ni vale la pena leerlo.

El caso, ahora, es el de Echeverría. ¿Qué quedaría de él si se le extirparan las glosas de los socialistas europeos? El juicio, implacable, es otra vez de Groussac: sin glosas, de Echeverría no quedan más que sabor local y barbarismos. Entre otros, el joven Ingenieros acompaña ese juicio (“siempre necesitaba Echeverría ser discípulo de alguien”), pero lo va matizando a medida que asume que hay que ser condescendiente y no disolvente al considerar los orígenes de una fundación cultural. Porque si solo se adopta un ironismo corrosivo ante esos esfuerzos y entusiasmos de la primera generación intelectual argentina, se hacen tambalear esas bases que deben sostener a los que llegan. Es el mismo Echeverría el que parece tomar nota del drama del epigonismo cuando en la *Ojeada retrospectiva* rechaza la hipótesis de un transporte de modelos europeos a realidades diferentes: “¿Queda algo útil

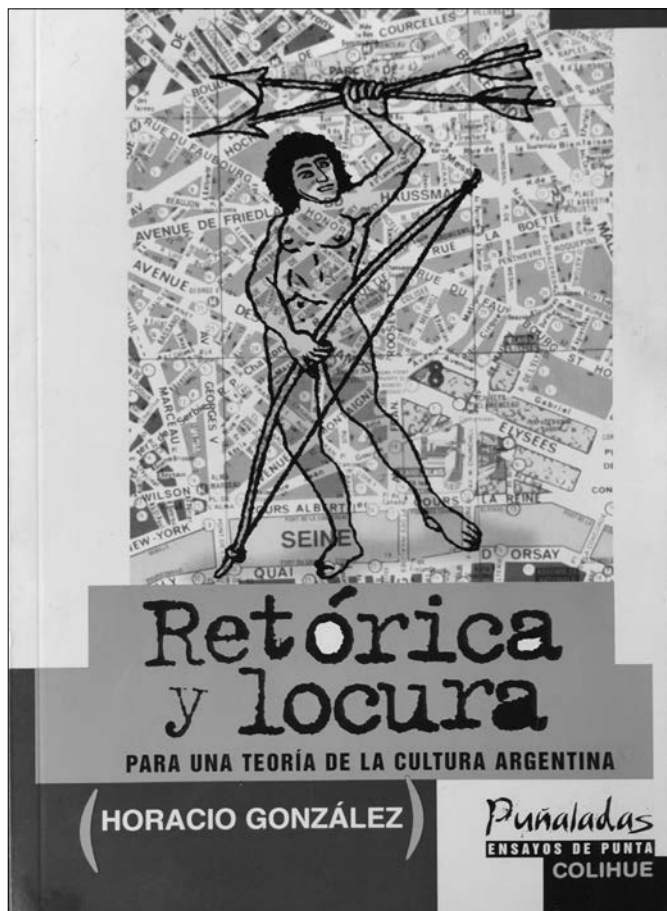
**Como quien se aliena de una realidad en la que confiaba y pasa a verla como desde afuera, despojada de ornamentos, el conferencista dice que la idea, sin sus vestidos, es en realidad muy simple: lo original de los textos argentinos es su locura. Pero con ese gesto se señala el problema crucial: ¿qué queda de las ideas sin su carnadura retórica? El lenguaje no es un medio, sino un ser, atravesado por el pensamiento que busca formularse.**

para el país, para la enseñanza del pueblo, de todas esas teorías que no tienen raíz alguna en su vida? ¿Qué programa de porvenir presentaríamos que satisficiera las necesidades del país sin un conocimiento completo de su modo de ser como pueblo?”. González encuentra en las palabras de Echeverría resonancias actuales (las conferencias son de 2002), en cuanto aquella pregunta por el modo de ser y por la singularidad vital es reconocible en otra saga de debates, que reclaman “nuevos accesos históricos y nuevas definiciones para la clásica idea de rareza e irreductibilidad”. Entonces, ya se leía en Echeverría —en sus irresoluciones y lagunas— una invitación a un programa de

búsquedas filosófico-culturales para una complejidad histórica que debía pensarse “en su dramática anomalía, solo a ella perteneciente”. Más que Echeverría (como “autor” de su obra), son los desplazamientos sin conciencia de sí de la retórica del glosador los que plantean ese problema. La de Echeverría es una escritura trunca, incapaz de asumir la fractura que la constituye, por no poder plegarse sobre ella para restituirla a la unidad. Si *lo trunco* en un texto es “lo que él mismo no piensa en su escritura”, esto significa que ese pensamiento queda como trabajo para el lector, que debe terminar esa interpretación ausente. Ese lector actúa como un “escritor en el vacío”, pues se dedica a colmar imaginariamente lo que esas obras no sabían de sí mismas. Una lectura así es la que puede redimir al glosador. Lo que impulsa la escritura de Echeverría es la pregunta *¿por qué se lucha?* Y es la misma lectura la que llega a percibir que lo original en la respuesta echeverriana es *la angustia inquisitiva* con que mezcla las tesis de Leroux con un sistema de interrogaciones surgidas a la vez de los tiempos tormentosos que vive Argentina y de sus propias turbulencias personales. Finalmente, esa angustia señala hacia cierta autonomía cultural bajo la forma de una soberanía, no de la autoría, sino de la lectura: “esto, Echeverría lo formuló y oscuramente lo quiso”.

### 3.

La locura absurda de la ciencia positivista argentina genera el lógico reparo: ¿vale la pena volver sobre esas obras para recuperar lo que tenían de pasión por el conocimiento? ¿O más bien habría que dejarlas descansar en paz el



sueño eterno de lo que tuvo su fugaz vida equivocada y merece ser olvidado? Nuevamente, la opción de González es la de recuperar lo fallido, lo que fracasa. En la tragedia de esa escritura que dinamita sus tesis en cuanto las formula, lo que interesa son los ruidos de lo que se desmorona, la manera en que caen esos andamios deficientes, los trazos que dejan en el aire. Porque es su no admitida locura textual lo único que salva a esas obras, a las que se les escapa la locura real que pretendía su objeto de estudio. ¿Qué sucede con el original europeo evocado en estos ejercicios de literatura con temas psicopatológicos? En *Las multitudes argentinas* de Ramos Mejía está Le Bon, sí, pero “desmantelado a dentelladas” con una escritura desordenada y salvaje. Ramos Mejía —dice González— no es un plagiarlo, sino un titiritero de textos. En *La locura en la historia*, una “fauna carnavalesca” de citas de Renan, Taine y Michelet, de documentos y de anécdotas tomadas de recónditos archivos, “parecen convocadas por el edicto municipal de una prefectura”. Todo gira aquí en torno de la imitación, la sugestión, el contagio, la simulación. Son los mecanismos que busca dilucidar una rústica ciencia de la mente, naturalista y moralizante, pero que —otra vez— hablan sin querer, no de la cosa, sino de los *textos*, que reciben el influjo de *otros textos*, de los cuales no son apenas una copia. La relación que mantienen entre sí esas escrituras sigue perteneciendo a ese orden retórico que González va reconstruyendo. Y si la cuestión de la simulación —la obsesión privilegiada de ese pintoresco positivismo— solo sobrevive para una posteridad lectora por haber sido abordada con recursos provenientes del simbolismo literario,

ese mismo simbolismo sirve para pensar, parece sugerir González, las relaciones de esos escritos con las pioneras protociencias francesas: todos esos textos, signos, palabras (de allá y de aquí) serían los ecos dispares de experiencias extraviadas e irremediablemente inaccesibles, de modo que los originales y los epígonos bailan su minué en la misma fiesta de máscaras. No asoma allí nada parecido a lo que un doctor de Viena producía por esa misma época, también gracias a una fusión de materiales de la literatura universal y de los relatos de vidas padecientes: Ingenieros, pensando la simulación de la locura a partir de la moral de Ulises, “no logra esa reunión magna de signos médico-retóricos o literario-terapéuticos” que sí logra Freud gracias a la transfiguración de Edipo Rey. “Y así, mientras Freud conseguía que su relato mantuviera la vitalidad del procedimiento narrativo al tiempo que se iba configurando una persuasiva hermenéutica de las pasiones, Ingenieros rondaba permanentemente sobre enfermedades cuyo *chiste* interno no podía desarrollar, absorbido como estaba por esa figura impresionante del simulador”.

Pero, una vez más, son otras vías las que se abren para redimir a esas literaturas cuyo errar es lo que vale, porque es lo que las singulariza. Por un lado, la simulación (como modo de eludir la interpelación) ponía en crisis la idea de una verdad social garantizada por

**Nuevamente, la opción de González es la de recuperar lo fallido, lo que fracasa. En la tragedia de esa escritura que dinamita sus tesis en cuanto las formula, lo que interesa son los ruidos de lo que se desmorona, la manera en que caen esos andamios deficientes, los trazos que dejan en el aire.**

el Estado, en virtud de las artimañas de un yo cuyas zonas de oscuridad no provenían de una escisión trágica sino de una ambigüedad moral. La teatralidad incierta que así se introducía en el juego de las pasiones era una idea promisoría que sin embargo no podía prosperar, por la carencia de recursos existenciales, históricos, literarios, que restringía la ductilidad de esos médicos de la elite porteña. Pero, a la vez, ese terreno de ideas, que parece yermo comparado con lo que inauguraban los descubrimientos freudianos, muestra otros matices cuando se lo considera en relación con los avatares de una fenomenología de la conciencia. Algo en ese positivismo puede resonar de modo distinto si se acepta, con González, que su esencial fracaso filosófico deja expuesto un camino inexplorado, que “prometía una filosofía del ser, una literatura de las astucias del vivir y un análisis del yo, en cuanto se muestra y se esconde”. Tomando ese desvío surgido de las mismas grietas del proyecto positivista, se vislumbran las potencialidades de un encuentro con Sartre: el yo simulador de Ingenieros, en la tensión entre la locura y el arte, puede ser pensado junto con la *mala fe* sartreana y su estructura paradójica, por la cual el engañador es el engañado por sus propias imposturas. ¿Qué diferencia con el ser de la simulación! —exclama González—, pero a la vez, qué importante sería que ambas ideas puedan pulir sus contornos, actuando una contra otra y anudándose en el mismo legado de los pensamientos sobre el yo moral.

Ingenieros (en su relación con Ramos Mejía) y Sartre (en su relación con Husserl) son nombres que tienen “una sonoridad diferencial, que vibra en nuestros oídos apabullados”. ¿Qué

se escucha en cada caso? En uno, la Argentina del Centenario, el país optimista con su tranquilo proyecto cosmopolita y sus sangrientas represiones, que significaban sangre obrera en las calles, las voces del Hospital San Roque, donde una hermandad de médicos jugaba a la catarsis moral y buscaba enlazar la ciencia y la identidad oficial de la nación. En el otro, la crisis filosófica europea, la crisis de la novela y “el aroma irrepetible de la fenomenología”, una aventura filosófica en medio de un mundo atravesado por catástrofes sociales y revoluciones alentadoras. La retórica es también, entonces, un asunto de sonoridades. Implica hacer algo con esos rumores del mundo que aparecen en los escritos, trazar líneas de comprensión que recorren de modo diverso un espacio de múltiples dimensiones, donde los ecos y las resonancias tienen una densidad real.

#### 4.

Esos textos, colocados en atípicas relaciones de interlocución, *no reflejan* las realidades políticas y sociales de su tiempo. Son formas literarias autónomas, con una parte de sí orientada al rechazo de esa pasividad representacional elemental. La lectura conecta, entonces, con ese “recurso denegatorio” que porta en sí una obra de pensamiento. Más exactamente, con esa denegación conecta González al leer. El problema de la retórica desemboca, así, en una tentativa de definir cuál es la ética de la lectura requerida por esos libros que interesan por sus grietas más que por su consistencia. Se trata de una ética que supone “el gusto por lo que no nos gusta”. En diversas

ocasiones usó González esta fórmula, que aquí quiere decir que no se trata de disociar lo que atrae de estos escritos (su aspecto literario, por ejemplo) de lo que produce aversión (su ideología reaccionaria o su inocencia progresista), sino de asumir su enigma completo, “para reagrupar en una decisión de izquierda cultural toda la herencia que ante nosotros tiene que ser simultáneamente rechazada y asumida, confiscada y abandonada”.

A eso le llama una *ética libertaria del lector*. Esa ética es una perspectiva útil para relacionarse con los documentos de la tradición intelectual argentina en la medida en que no acepta el juicio objetivador que pretende que esos escritos son o bien inasimilables o bien absolutamente comprensibles para el lector contemporáneo. Por eso, esa ética es la que dispone a la lectura a bifurcarse en dos actitudes entrelazadas. Una es la de la *lectura denegatoria*, que rechaza la primera oferta de literalidad que esos textos proponen. Sin esa toma de distancia de los sentidos inmediatos no hay una teoría de la cultura argentina que merezca ese nombre, porque solo hay teoría donde una real disposición crítica se esfuerza por “rescatar los escritos de sus rutinas invariables y sus más obvios contratos políticos, para politizarlos de otra forma”. La lectura que prejuzga los escritos asignándoles una homogénea pertenencia al positivismo, al liberalismo, al marxismo o al peronismo pierde la fuerza que en ellos puede tener lo informado y lo que ni las circunstancias ni el pensamiento del autor explican. Otra es la de la lectura *ontológica*, que puede percibir esos momentos de esencial fuerza textual, que acaban revelando un trasfondo inesperado de

vínculos que atan unos textos a otros, elaborados con diferentes o contrarias intenciones.

Gracias a esa lectura doble, el lector sensible a los momentos de libertad en las obras puede alterar las habituales clasificaciones de la historia intelectual y diseñar otros mapas de confluencias y disidencias. A tal punto resignifica González la idea de retórica que la vuelve la operadora fundamental de una reescritura de la historia de carácter emancipador: “lo que ciertas trincheras político-conceptuales separan, los modos retóricos conjugan”. Los cruces y choques relevantes, para González, suelen producirse a la manera de un quiasmo, porque esa figura retórica finamente arqui-

tectónica arma consistencias impen-sadas, preservando lo heterogéneo en las interrelaciones móviles que propicia. Esos anudamientos que, desde la materialidad significativa, actúan renovando el sentido, atrapan y transportan entre sus hilos los componentes míticos con los que se asocia cierta vitalidad cultural. Esas ideas que no aparecen directamente dadas, sino que surgen de esos textos en la medida en que son interferidos por la lectura que hace de la retórica un arte mayor de

**Esos textos, colocados en atípicas relaciones de interlocución, no reflejan las realidades políticas y sociales de su tiempo. Son formas literarias autónomas, con una parte de sí orientada al rechazo de esa pasividad representacional elemental. La lectura conecta, entonces, con ese “recurso denegatorio” que porta en sí una obra de pensamiento. Más exactamente, con esa denegación conecta González al leer. El problema de la retórica desemboca, así, en una tentativa de definir cuál es la ética de la lectura requerida por esos libros más que por su consistencia. Se trata de una ética que supone “el gusto por lo que no nos gusta”.**



la emancipación popular, son las que *duran*. O para decirlo con el matiz único de González, que aquí evoca a un Blanqui que, sin dejar de ser Blanqui, se vuelve otro: “son ideas que *demoran* todo lo que sea necesario, vagando por una eternidad de los astros, para juntarse al fin con la existencia dramática de las gentes y pueblos vivientes”.

Retórica y locura. Entre las clases en París 8, en junio de 2002, y la conferencia de San Pablo en agosto (“debí ir a San Pablo, ciudad de mis amores, a debatir la tesis doctoral de mi gran amigo Eduardo Rinesi”), se interpone el asesinato de Kosteki y Santillán, del que González se entera en el aeropuerto, recién llegado de Francia. “Los nombres remotos se arrojan al mar como las sirenas luego de su tarea seductora, y allí encuentran la carne viva de lo actual. Frente a ella siempre nos medimos”. La lucha por restituir a las palabras la densidad histórica que una variedad de mecanismos de vaciamiento y neutralización les confiscan se intercepta con el drama acuciante del presente. La carne de la letra frente a lo real en carne viva. La conferencia en San Pablo versa entonces sobre la fundación de la vida nacional argentina bajo la dialéctica de la muerte y el crimen político. Entre el *Facundo* de Sarmiento y *Operación Masacre* de Walsh se despliega una pregunta por la escritura en cuanto es arrastrada

por el vendaval social e histórico, en tensión por una inquietud de fondo: ¿hay muertes que podrían ser no políticas? En ese punto exacto se ubica la *decisión literaria*, que para González está en el umbral mismo de la idea de nación. Los pensamientos argentinos emancipados surgen de apuestas existenciales y políticas que implican pérdidas y renunciadas, pero a la vez se vehiculizan a través de “lo íntimo del goce escritural”, que se desea, se conquista y se labra.

Si pensar en los muertos pone en estado de deuda al ensayista que vive intensamente el presente (así podría entenderse, dice González, la pesadilla de los muertos en el cerebro de los vivos referida por Marx), esa intensidad, en la vida de González, cruza el compromiso político con la peculiar felicidad de entregarse al vendaval retórico en medio de una conversación infinita, siempre en vilo entre ciudades, amigos y alumnos. Nada mejor, para terminar este comentario, que glosar esa felicidad: “[Publico este libro de charlas] con la tonta alegría infantil de presentarme como un ‘conferencista’ en universidades de otros países, yo que soy ciudadano del bar *Británico* de Parque Lezama y ya porteño viejo. Escamas duraderas que no impiden respirar en ningún lado, pero que dejan escapar a cada rato el resuello exclusivo, enrarecido, de estos tiempos argentinos”.



Fotografía: Rafael Calviño.

# La astucia de lo informe

Por Natalia Romé

Acerca de *Filosofía de la conspiración*  
(Buenos Aires, Colihue, 2004)

La conspiración es conjura inesperada, trama oculta de afinidades, doblez y equívoco. En González, Horacio, un motivo central de la vida política pero también una astucia del pensamiento. Natalia Romé hace jugar ese precioso libro, *Filosofía de la conspiración*, en contrapunto con el de otro González, César, para abrir alrededor de ese juego un pensar que incluye al Marx del *18 Brumario* y al Blanqui de *La eternidad por los astros*, porque se trata de equívocos, de dobles y de transfiguraciones. La política siempre es búsqueda de una justicia perdida: para acercarnos a una imposible restitución vale menos la traza lineal de una intención transparente que esos recovecos en los que conspiradoras y conspiradores se encuentran, muchas veces sin darse cuenta cabalmente de lo que están emprendiendo, porque hacen la historia aun sin saber que la hacen. Son los problemas, también, de un Maquiavelo, un Althusser, un Freud, un Grüner. Romé no deja de solicitarlos en esta urdimbre textual desplegada para que un nombre propio pueda pronunciarse, aun cuando ese nombre sea un apellido compartido que hace jugar todos los dobles.

*En ambos lados del nombrar hay dilemas. Los que tienen más experiencia que conciencia, aquellas personas explotadas hasta el límite de lo que soporta el cuerpo, no están mudas sino que nombran a su experiencia con palabras oficiales. Funcionales al aparato que las faena [...] Tampoco alcanza con el solo hecho de tomar la palabra, cuando esa palabra ya viene manchada, sucia, con historiales de traición y engaño. El movimiento tiene que ser doble: se toma la palabra a la vez que se le impone un renacer.*

CÉSAR GONZÁLEZ,  
*El fetichismo de la marginalidad*

## I. La eternidad de la conspiración

Los lugares de un nombre son una modalidad de existencia de lo subjetivo, dice Sylvain Lazarus en *Antropología del nombre*. Con ello defiende una idea de la política como pensamiento de lo singular que se revela, en gran medida, al ausentar el tiempo con sus leyes objetivas, desmaterializando a la historia en sus contradicciones para actualizar la *eternidad* que regresa. La politicidad anida en el fracaso del nombre en lo que este promete de singularidad irreductible a las marcas de los tiempos.

En los atormentados años de fines de los setenta, en los que la crisis del marxismo exhibía sus rostros menos promisorios, Michel Pêcheux se detenía en una bella y enigmática frase de Lacan: *Il n'y a de cause que de ce qui cloche* [Solo hay una causa para lo que está mal]. Esta frase encuentra el punto preciso donde el platonismo carece radicalmente de inconsciente, decía Pêcheux: la causa que determina al sujeto allí donde el efecto

de subjetivación lo apresa. Esta causa se manifiesta incesantemente bajo las formas del lapsus, el acto fallido, etc., porque las huellas inconscientes no se “borran” ni se “olvidan” nunca, “sino que se abren una y otra vez en el latido del sentido y sin-sentido del sujeto dividido” (Pêcheux, 1978, p. 217).

Es en la medida en que la lingüística se inscribe como ciencia en el marco de su proyecto de formalización, que descubre simultáneamente que no puede formalizar al sujeto en lo singular e irrepresentable de su enunciación más que a través de la notación de sus efectos, como *equivoco*. Es lo *real* de la lengua misma que, como dice Jean-Claude Milner, en algunos de sus eslabones, solo puede ser descrita en su totalidad mediante la adición al formalismo de términos que lo subvierten (1978, p. 347).

La equivocidad anima el pulso conspirativo de la política, como su inconsciente. “Que la política guarda en su vientre un ánimo conspirativo, no supone novedad para nadie. Pero que la conspiración sea el molde descollante y furtivo de la política, es lo que nos obliga a obstinarnos en una demostración”, dice Horacio González en el ensayo que le dedica (2004, p. 48). Si la conspiración no es sino un grado interno del ser político y con ello su *reverso necesario e impronunciado*, la pregunta que se abre es por los modos del pasaje entre ambos. La conspiración nos recuerda que no hay pronunciamiento *ex nihilo*, la “fundación” tiene la forma de la *traducción* o de la *transfiguración*. Y la transfiguración es siempre una danza de nombres. Nombres que no pueden sino aparecer como transfiguraciones: abstracciones como “el pueblo”, “las masas”, “el proletariado”, “la lucha de clases”,

¿pueden ser representadas (pintadas, filmadas o televisadas) en estado de conceptos sin *transfiguración* [*travestissement*]? ¿Y no ocurre lo mismo con el inconsciente freudiano?, se pregunta Pêcheux (1982, p. 64).

En virtud, acaso, de ese residuo sagrado de los nombres, “los comunistas del *Manifiesto* reprueban la conspiración por considerarla incapaz para entender las leyes de la historia”. Con ello pierden de vista la “dramática opacidad de la acción política”, allí donde, “aun esclarecida y fundamentada, toda *praxis* deja una

**Si la conspiración no es sino un grado interno del ser político y con ello su reverso necesario e impronunciado, la pregunta que se abre es por los modos del pasaje entre ambos. La conspiración nos recuerda que no hay pronunciamiento *ex nihilo*, la “fundación” tiene la forma de la traducción o de la transfiguración.**

demasía que le es consustancial pero inexplicable” (González, 2004, p. 87). Tal vez por eso, Marx tampoco abandona por completo la fascinación por ese “manto teatral” que disputa a la dialéctica la fili-grana de su drama. Su esfuerzo por denunciar las “escenificaciones” del Estado-policial bismarkiano o napoleónico concita una *escritura teatral* que con-jura a los espectros que quisiera conjurar. Sí, así, la conjura es siempre del *doble*, porque en su pliegue aloja el desdoblamiento fantasmático de toda fantasía. ¿Cómo podría Marx desembarazarse de los problemas retóricos sustantivos concitados en el esfuerzo de pronunciar los nombres de lo verdadero? Al contrario, todo el marxismo se ve atenuado entre el riesgo de perderse en el laberinto incesante de las transfiguraciones retóricas o abandonar el escrutinio del “peso del ser social que

invocan las palabras” en su singularidad (p. 80).

La cuestión del nombrar menta la vacilación inexorable de la potencia y su cesación. Todo nombre, en su fracaso de decir la cosa, deja escapar el suspiro de lo que resta. Un “residuo melodramático que escapa al hilo rojo de la historia y promueve una utópica relación entre la acción política y los brumosos cenáculos en los que se la prepara o dramatiza”, dice González (p. 87).

Todo se juega entonces en esa unión-disyunción que no es una alternativa sino un frágil equilibrio espectral, latente; un *vibrato* en la materia misma de la política, en su relación con la singular temporalidad suspendida y arrebatada, precipitada en el instante de su eterna actualidad. Esa temporalidad que se agita como un *absoluto instante previo*, reclama una *filosofía de la conspiración* capaz de formular la pregunta impronunciable por el momento político del (re)comienzo.

De esa *demasía* en el comienzo constituyente da cuenta el pensamiento de Maquiavelo. De la *demasía* y de los juegos de espejos y máscaras que la ponen a circular en las arterias transferenciales del poder, sosteniendo su pulso en la fundación de un orden que debe durar para haber existido. Hay en Maquiavelo una *astucia* articuladora de pasiones, su existencia requiere de una *puesta en forma de lo informe como apariencia*.

Estas pasiones no tienen predeterminados sus modos de empleo [...] Componen un sistema en el cual las apariencias se resuelven en el lugar de las existencias y un conjunto de esencias afirmativas de lo político se resuelven en el lugar de las simulaciones. *Es el ser que aparece como*

*no-ser y el no ser que aparece como ser*, como dice Althusser con cierto halo sartreano, aunque lo que anuncia verdaderamente son las definiciones de la década siguiente en torno al *acontecimiento* [...] Es decir, tiene la misma *fisura de conciencia* que el príncipe, pues para iniciar la acción debe ser el vacío y para ser el vacío debe iniciar una acción que solo puede incluirse y desdoblarse a sí misma en la definición, pero simulando ser otro o ser su propio desdoblamiento ficticio (González, 2015, pp. 147-148).

Astucia del (re)comienzo como vacío y desdoblamiento escénico. Conspirante escena originaria, *Urphantasiën*. Toda historización, toda narración de la realidad, debe “re-presentar” ese *cisma* que impulsa, justamente, lo real como historia. La presentación —necesariamente desplazada de lo irrepresentable— es el punto en el que la escritura de *El príncipe* se abre a una “inquietante familiaridad”: “quien abre *El príncipe* y los *Discursos*, estos textos que tienen ya trescientos cincuenta años de edad, se encuentra como atrapado por lo que Freud denominaba una extraña familiaridad, *Unheimlichkeit*”, decía Althusser (2008, p. 335). Una frágil vacilación conecta la oportunidad con lo siniestro. Esa ambivalencia es la esquivo pepita de la conspiración como matriz de la política, tanto en lo que tiene de constituyente como en lo que tiene de mortífero, ¿oportunidad o trauma? Si el sujeto se encuentra en sus fantasías siempre duplicado en personaje y autor, entonces, la condición escénica de las fantasías indica el peso de una irreductible *falta* bajo la especularidad del *simulacro*, el doble agente o la transfiguración. A la inversa, los ropajes, los

artificios escenográficos, las máscaras son indicios desfigurados de la *actua-lidad-eternizada* de ese absoluto instante previo e infinitamente duplicado que Horacio González nos deja leer en la astronomía ensoñada de Auguste Blanqui. En ella, “¿hay finalmente libertad o repetición, fortuna o causalidad, azar o determinación? Quizás todo eso junto, simultáneamente y por oleajes entremezclados” (p. 96).

La eternidad es el infinito desdoblamiento, lo indefinido, lo informe de la lengua, su *real insignificancia*.

Si no se le puede consentir límites al universo, ¿cómo soportar el pensamiento de su no existencia? La materia no salió de la nada. Tampoco entrará ahí. Es eterna, imperecedera. Si bien se encuentra en perpetua transformación, no puede disminuir ni crecer en un solo átomo [...] Por más débil que sea, habría que hacerse una idea del infinito solo por lo indefinido [...] Aun cuando cada palabra indicara los alejamientos más aterradores, se hablaría de miles de millones de miles de millones de siglos, a una palabra por segundo, para expresar, en suma, “tratándose del infinito, solo una insignificancia” (Blanqui, 2000, p. 4).

## II. La conspiración, una que se divide...

Lo indefinido no es ruido ni mutismo sino una especie de desajuste, la no relación entre “ambos lados del nombrar”. En su equivocidad, en su delicada vacilación, lo informe es la x que concita la tarea retórica, añora la forma que burla. Es la espera, lo actual, la eternidad. Se anticipa en las desdichas lingüísticas que sufren quienes se empeñan en resolver políticamente la

trama de verdad inasible que alojan las palabras. Lo informe indica ese juego que es eficaz en lo público si alcanza a ser suficientemente íntimo.

La conspiración es lo informe de la política, su caso, su causa, su Cosa. Pero, ¿cuáles son las declinaciones posibles de lo informe a cada instante? ¿Qué intervenciones reclama o rechaza su puesta en forma? Lo indefinido entra allí en el orden de las determinaciones donde lo informe no es lo “universal”. La política no está sola jamás y jamás suena su hora solitaria.

¿A dónde puede ir una persona oprimida si empieza a rebelarse, si empieza a ponerles el nombre que corresponde a los ultrajes constantes que vive? Sabe que saldrá perdiendo en el juego de poder si se atreve a ponerle un nombre justo a las cosas. El camino y el ingreso a la liberación de la expresión están colmados de guardianes “instruidos” (González, 2020, p. 70).

Esa es la pregunta de González, el *otro* González, ¿su doble, su fantasma, su provocador, su simulacro?

“Toda resistencia es una ruptura con lo que es. Y toda ruptura comienza para el que se compromete con ella por una ruptura consigo mismo”, dice Badiou. ¿Pero son equivalentes las rupturas? ¿Cuánto puede romperse un cuerpo? Una pregunta que se incorpora ella misma como un *exceso* a la pregunta por los nombres de la política.

Cuando de lo que se trata es de establecer en qué lengua se pronuncia la simulación que permite re-presentar al *aparecido*, regresa nuevamente la historia, con sus determinaciones contradictorias, “oprimido” es el no-nombre en el tiempo eterno de lo informe.

La conspiración es lo informe, pero *las conspiraciones* en sus específicas situaciones históricas nunca son puramente *indeterminadas*; la ambivalencia del acontecimiento no pulsa eternamente ya cuando nos preguntamos: ¿a cambio de una libra de carne *de quién* se dará el nombre justo?

Esa es la cuestión redoblada de la política de la persona oprimida, ¿qué singularidad habita la singularidad de su nombrar? ¿Qué pensamiento de la política puede deducirse de ello? ¿Ese pensamiento puede continuar siendo una *antropología*?

El Particular no es meramente un caso del Universal sino que está en conflicto irreductible con él —el particular, la parte, la materia, la cosa—, es un exceso irreconducible al Universal, es un resto (una ruina del sentido, hubiera dicho Benjamin) que desde la resistencia de lo *real* pone límites infranqueables a lo que quisiera ser la trama cerrada, unívoca, transparente, universalmente inteligible de la simbolización, del imaginario acabado de la Modernidad (Grüner, 2010, p. 45). Si la modernidad está *dividida contra sí misma*, el cuerpo del oprimido testimonia la fractura histórica en el pensamiento de lo eterno político. Y revela las declinaciones de la conspiración, en la condición *situada* de sus posibles modulaciones. No somos capaces siempre de cualquier conspiración. Hay conspiraciones y conspiraciones. Si, por un lado, traducir es siempre conspirar, sin embargo, conspirar no es siempre traducir: la transfiguración puede no darse como metamorfosis sino como repetición ominosa de lo mismo, sin pliegue ni discontinuidad. Pues la traducción de la que se trata con César González (el otro González) no es tanto la del pasaje entre el

*vacío* y el *comienzo* que González (el otro de este otro) lee en Badiou, sino una traducción que late más finamente en la ternura de su propio escribir sonriente y lúdico acerca de las tragedias y los horrores de la historia argentina. El enigma de la traducción de ese nombre que González (el que es *César*) nos deja leer en González (el que se llama como el poeta) se libra en el terreno escindido de la conspiración cuando esta deviene *metamorfosis* o *repetición totalizada*. Un porvenir se juega en esa “o”. La pregunta del oprimido no es la pregunta por la toma de palabra, ni siquiera por el pasaje hacia la palabra desde lo informe del ruido, sino la cuestión que verdaderamente importa: la metamorfosis misma de las palabras, su capacidad de conspiración *contra* lo que ellas mismas arrastran como espectral injusticia eternizada o fijación de la injusticia como “Mundo”. González nos hace leer en González su división interna. De un lado, el acento que González pone en el espectro de matices que juegan los regímenes de lo visible y lo aparente en la conspiración. Del otro, la insistencia en la dialéctica que conecta los hechos y que permite sospechar una traza como efecto de las variaciones históricas —un invisible y frágil hilo rojo— entre los dobles de la conspiración. En síntesis, volver a interrogar en la singularidad de lo singular, la insistencia de un Uno que se divide... pero asumiendo que es desde lo singular del *resto* —en el sentido en ruinas— donde la división se nombra no como transparencia sino como *paradoja*.

No es desconocido el pensamiento de John W. Cooke respecto a que el secreto disfrute del alma política consistía en una particular paradoja.

Primero, en percibir que la carga efectiva de la historia suele hallarse fuera del acompañamiento de divisas y denominaciones que proclaman poseer el secreto revolucionario. Segundo, en palpar bajo los nombres inconvenientes o descarriados los componentes implícitos de una verdadera revolución. A lo primero le faltaba la frase, a lo segundo, el nombre (González, 2004, p. 195).

La conspiración es el territorio *paradojal* de ese “secreto disfrute del alma política” nacional argentina.

De un lado del “espectro”, los *conspiracionismos*. Lo informe como el *fantasma*, lo indefinido, no como singular-eternidad, sino como amenaza ilimitada y la reversibilidad de las identidades como agencia de provocación. En esos juegos de espejos y simulacros que rozan lo siniestro del doble, la conspiración se libra como espionaje, extorsión y culpa: marca ominosa de obscenidad o perdición. Es la conspiración como contrarrevolución preventiva en la lengua del *nacionalismo ultramontano* y

en la de la “derecha sin ismos” de la *vida posdictatorial* que anuncia en *Los espantos*, Silvia Schwarzböck. Conspiracionismo proclamado o tácito, con su opción por la temporalidad finalista,

inexorable y autoproducida que David Viñas reconoce en un modo del nacionalismo que es la “reacción de clase”. Trama que se hace visible en Sarmiento cuando advierte que “lo más atrasado

**La conspiración es lo informe, pero las conspiraciones en sus específicas situaciones históricas nunca son puramente indeterminadas; la ambivalencia del acontecimiento no pulsa eternamente ya cuando nos preguntamos: ¿a cambio de una libra de carne de quién se dará el nombre justo?**



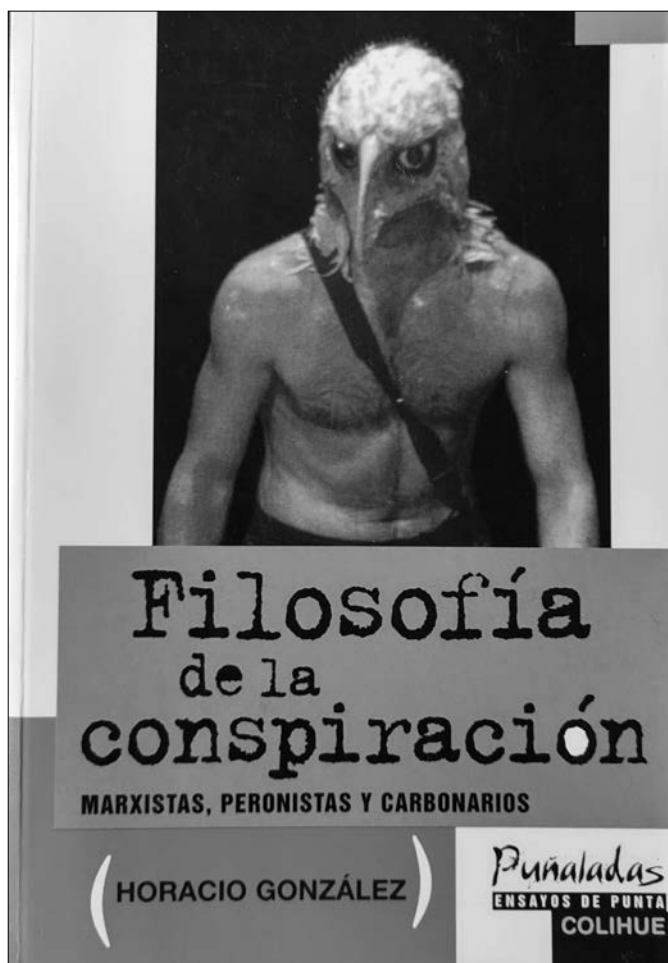
de Europa, los campesinos y gente ligera de las ciudades, es lo primero que emigra”; en Lucio López cuando “analiza” a “esa borra de las democracias que lleva en su organismo el microbio que determina la caducidad” y en Julián Martel, que finalmente dictamina que entre “esos parásitos de nuestras riquezas que la inmigración trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas [...]. Los que me inspiran recelo son los judíos que empiezan a invadirnos sordamente y que si nos descuidamos acabarán por monopolizarlo todo” (Viñas, 2014, p. 93). Una conspiración-conspiracionista que tanto reclama el orden como imagina

el fin de la historia. Son los conspiracionismos cuyos conjurados se ejercitan en una férrea hermenéutica que no lee en el mundo sino los signos de su propia autoafirmación, actuando como verdaderos agentes provocadores. Tales como el padre Virgilio Filippo, admirador de Juan Domingo Perón y autor de ambiciosos volúmenes sobre *El monstruo comunista* (1939) o *Confabulaciones contra la Argentina* (1941), nacionalista avezado en “descubrir” a los verdaderos agitadores que se ocultan perfectamente bajo el disfraz de pacíficos transeúntes y que siempre rehúsan confesarse —ironiza González (2004, p. 163)—.

Hoy podríamos decir que es también la conspiración del simulacro del populismo, su reverso siniestro, su especularidad diseñada en *think-tanks* y *call-centers*. Es el doble ominoso de lo popular, un mago sin dientes, la gentrificación de una villa, una mueca de disgusto reprimida para una foto; porque “es indispensable que las masas deseen la instalación en sus cuerpos y en sus almas de la venganza, la sed de competencia, el culto al mérito” (el otro González, 2021, p. 67).

La historia de nuestras tierras periféricas está repleta de esta clase de conjurados conspiracionistas: ligas patrióticas, fuerzas paramilitares, servicios secretos, elites positivistas y trolls, nuevos “jóvenes marciales” como los llama César González, con discursos explícitos que más amenazados se imaginan cuanto más fracasan en blanquearse.

Del otro lado del “espectro”, lo que González hereda de González, lo que tácitamente le agradece al dedicar a su memoria el libro (poniéndolo, dicho sea de paso, en un olimpo pagano que reúne en escala humana y divina los nombres de Horacio González con Hugo Montero, Marcelo Zlotogwiazda y Diego



Armando Maradona) es que se detenga en esa otra forma, frágilmente presente, de la conspiración como deseo y como memoria. Conspiración como *amicitia*. Tendida imaginariamente al otro “como un acto de borrar suturas” que añora toda comunidad política, rememoración de una fusión originaria de *eros* y *pólemos*: “Alguna vez puede haber habido un orden único, sin suturas ni herimientos del cual se sentía emanar la fuente de los signos y las emociones” (González, 2004, p. 76).

González, el *César*, nos deja leer en González, el poeta, que la filosofía de la conspiración ofrece escenas múltiples de una continuidad en la que se libra una batalla por la justicia, a veces como resto y a veces como desperdicio, para reclamar la *falta* en el mundo.

“La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo descorazonado, el alma de una condición desalmada. Es el *opio* de los pueblos”. Marx dice que el ser humano que se acerca a la religión lo hace como forma de protesta frente al estado de cosas del mundo. No es un simple método alienante, no son corderos asustados que no se atreven a saltar el cerco. El mundo debe ser bien feo para que tome sentido el mito del paraíso [...] Hoy en las villas de la Argentina la mayoría de sus habitantes son parte de alguna religión: allí encuentran *algo que el resto del mundo no les da* (González, 2021, pp. 78-79).

¿Qué queda de la política sin esta modulación mítica de la amistad que reclama una memoria sagrada de la conspiración como utopía? El amplio espectro de la conspiración transita entre esas tendencias que el nombre Argentina conjuga en sus

paradojas nacionales-nacionalistas, populares-populistas.

Este ovillo enmarañado de densas peculiaridades no podía ser ignorado, aun por los que hacían de su razonamiento político un llamado persistente a construir grandes extensiones y familias políticas regidas por la “unidad contra el enemigo común”. Tanto Perón como Frondizi cultivaron este ideal genérico y el primero de ellos solo en ocasiones privilegió inclinaciones fraccionistas... (p. 195).

Acaso sea clave la singular retoricidad de los tropos duplicados, de la ambigüedad o ambivalencia propias de los discursos en los que lo nacional se cifra como una paleta espectral. Diversos observadores, ya clásicos, desde Daniel James y Ernesto Laclau hasta Eliseo Verón y Silvia Sigal se han detenido en los dobleces y las ambigüedades discursivas que traman la potencia afectiva de la lengua nacional-popular argentina. Una cierta *equivocidad* constitutiva marca la puesta en forma de esa modulación paradójica de un deseo de comunidad que se experimenta en la aporía de lo sagrado *en falta*: figuraciones singulares de un paraíso no “perdido” sino *expoliado* o truncado. Tal vez, por eso,

Si en Gramsci debe haber mito, pero no solo impulsivo y anti-planificador, sino constructivo y partidario, en Cooke el mito debe admitir siempre la anomalía en los actos de correspondencia entre los nombres de la cosa y las acciones desnudas de referencia visible. *La “conspiración” puede ser vista como falta de “correspondencia”* (González, 2004, p. 341).

“Tanto en la visión examinadora de Sarmiento como en la de Cooke, separadas por más de un siglo de distancia, se destaca el soporte reflexivo de la *figura de la revolución revocada*”, dice Nicolás Casullo en *Las cuestiones* (2007, p. 232), conjugando una trama esquiva y paradójica de la revolución incompleta —o mejor dicho *desdoblada*— que se cierne en torno de la aporía nacional-americana, como podemos reencontrar en la escritura de “Lo nacional y lo exótico” entre otros escritos de Mariátegui, así como en la promesa de esas nuevas liberaciones que impulsa el *Manifiesto Liminar* de 1918 dirigido a los hombres libres de América.

Paradójica ilusión de armonía agonal, origen tachado, modernidad antropofágica, mito roto, revolución suspendida y redoblada.

### III. Coda

¿De dónde vienen, de dónde pueden venir hoy los discursos revolucionarios?, se preguntaba Michel Pêcheux

en los años ochenta. ¿Cómo se constituyen históricamente, en su relación con lo inexistente, con la irrealidad y con lo imposible? ¿Qué juego espectral entre las diferentes modalidades de la ausencia y el *presente* marcan el contacto entre lo visible y lo invisible, lo existente, lo irrealizado y lo imposible...?

El odio como la religión, según Marx, es “el corazón del mundo sin corazón”. Ese odio exterminador creció porque todas nuestras versiones del amor han mostrado ser inocuas para frenar a la derecha [...] A nuestro amor le faltó la inteligencia, la astucia, la paciencia y la capacidad de escucha que tiene el odio. El amor en nuestros tiempos necesita más cólera. Si nada somos sin amor, menos lo seremos esparándonos o negando el odio que nos habita. Es necesario reivindicar un odio distinto al de la derecha, encausarlo hacia la destrucción de la desigualdad material en el mundo (el otro González, 2020, p. 26).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, L., *La soledad de Maquiavelo*, Madrid, Akal, 2008.
- Badiou, A., *Compendio de metapolítica*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Blanqui, L. A., *La eternidad a través de los astros*, México, Siglo XXI, 2000.
- Casullo, N., *Las cuestiones*, Buenos Aires, FCE, 2007.
- González, C., *El fetichismo de la marginalidad*, Buenos Aires, Sudestada, 2020.
- González, H., *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas, carbonarios*, Buenos Aires, Colihue, 2004.
- , “Para leer a Maquiavelo”, en Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, Buenos Aires, Colihue, 2013.
- Grüner, E., *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.
- Pêcheux, M., “Délimitations, retournements et déplacements”, *L’Homme et la Société*, nro. 63-64, 1982.
- , “Il n’y a cause de ce qui cloche (1978)”, en Denise Madidier, *L’inquiétude du discours*, París, Editions des cendres, 1990.
- Schwarzböck, S., *Los espantos. Estética y posdictadura*, Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2015.
- Víñas, D., *De los montoneros a los anarquistas*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2014.



Fotografía: Ediciones BN.

# La Biblioteca viviente

*Por Guillermo David*

Acerca de los artículos de Horacio  
González publicados en la revista  
*La Biblioteca* (2004-2015)

Al rescatar la revista *La Biblioteca*, fundada por Groussac y retomada luego por Borges, Horacio González sabía que no se trataba de una decisión inocente, ni de un culto fetichista, ni de un acto demagógico. Si lo hizo fue para inscribirse en una “tradicción” belicosa: hacia un pasado plagado de turbulencias que requería de nuevas lecturas e interpretaciones y hacia un presente que reclamaba algo más que el gesto complaciente con el que las instituciones suelen mirarse a sí mismas.

Si el carácter polémico fue el signo distintivo de la Biblioteca Nacional, la forja de su temperamento desde sus tumultos fundacionales, no sería esta la excepción. Porque volver a editar esta revista significaba comprometerse con esas batallas. Tomar partido por una Biblioteca humanista, capaz de revisar la lengua del habla colectiva y alojar la pluralidad de sensibilidades que componen la historia del pensamiento, sin diluir su potencial crítico dentro de los moldes rígidos que la sociedad de la información y las nuevas tecnologías imponen a la imaginación del mundo lector.

Al asumir como subdirector de la Biblioteca Nacional en junio de 2004, a comienzos del gobierno de Néstor Kirchner, siendo director Elvio Vitali, uno de los primeros gestos de Horacio González fue refundar la revista *La Biblioteca*, dando inicio a su tercera época (las anteriores habían sido inspiradas por Paul Groussac y Jorge Luis Borges y ciertamente llevaban su impronta). Allí desplegó pródigas reflexiones sobre todos sus temas,<sup>1</sup> pero en especial sobre la Biblioteca y las bibliotecas, el nuevo punto de mira desde el que comenzaba a pensar. En ese sentido, sus artículos en la revista pueden ser leídos como una bitácora de su experiencia al frente de la institución. Naturalmente, como fue siempre su costumbre, Horacio se prodigó en textos arborescentes en los que abordó múltiples aspectos de la cultura: la filosofía, la historia, el mito, la literatura, la política, las instituciones y un largo etcétera encontraron en las páginas de la revista sus melodiosas escansiones críticas. Pero el tema del lugar en la cultura de la Biblioteca fue *in crescendo* hasta consumarse en la elaboración de su gran libro *Historia de la Biblioteca Nacional* (2010).

La época refutaba cualquier adscripción estatal: la caída del 2001 había sido una catástrofe que, poniendo en crisis la estatalidad, hacía sonar la hora del autonomismo. Pero Horacio decidió otro rumbo y dio el salto al Estado durante el incipiente protokirchnerismo. Aun así, lo hizo no sin preservar el grado máximo de autarquía con respecto a los otros órdenes estatales abriendo con su voz un espacio crítico que cobijó las más diversas posiciones ideológicas que tuvieron en la Biblioteca su espacio de acogimiento y despliegue. Su visión acerca de la

Biblioteca Nacional y el libro, la cultura letrada y la memoria activa fue adquiriendo carnadura creciente hasta convertirse en una gran reflexión sobre el Estado, la comunidad de lectores y los sujetos sociales con los que dialoga y a los que en cierta forma constituye. Si su experiencia previa como motor de proyectos político-intelectuales articulados en torno a revistas lo colocaba como inspirador de comunidades lectoras, amistosas y militantes, en la sociedad civil, ahora el Estado, que se manifestaba no solo como órgano reparador sino también emancipador, le abría nuevos horizontes, a la vez que le significaba arduos desafíos.

Su reflexión sobre el libro y las bibliotecas no era nueva. De hecho, desde al menos dos décadas venía construyendo su teoría del lector como el sujeto de la historia y del libro como su motor secreto, que ahora aparecía enlazada a la institución que González reinventaba. Ya en *La ética picaresca* (1992) había insinuado lo que habría de constituir un giro copernicano en su pensamiento (y en el pensamiento), cuya clave llevaba el nombre de Antonio Gramsci. Según González, la lectura del Gramsci filológico está en el núcleo de la idea de *traductibilidad* de los saberes —entre sí y en la trama vital de los lectores— que hace juego con la de catarsis. *Mito, praxis y catarsis*, tres conceptos griegos que hilvanan la historia, son fundamentales para entender a Gramsci tanto como a la vida de las naciones. No se trata ya de la mera articulación de la economía en la lucha de clases ni del partido como su vórtice, sino de los complejos conglomerados históricos que las imaginaciones y los textos constituyen en cada época. Los relatos fundacionales devienen acción histórica al volcar

sobre el mundo social los saberes producidos; la soberanía del lector que concita la suscitación de la voluntad (a la que adhiere la fórmula gramsciana *nacional-popular* que cobrará carta de ciudadanía en el lenguaje político) se vuelve el secreto de la constitución de la vida pública. Borgiano, sí, pero sobre todo gonzaliano, el acto de lectura funda el mundo; su catarsis es la política, concebida como el devenir de las acciones que encarnan los textos. El *libro viviente* que anhelaba Gramsci (su ejemplo era *El príncipe* de Maquiavelo, que había inspirado la jefatura política capaz de crear el proceso de la unidad nacional) será aquel que se vuelva historia al producir en el lector una nueva perspectiva para la acción,

es decir, un alumbrar de relatos vueltos praxis que anudan las acciones biográficas al mito nacional y popular. *El príncipe moderno* no sería ya el partido jacobino, sino el nombre de un libro futuro, cuya consumación en la vida de los colectivos lectores constituye a las naciones en trance de emancipación, órgano dilecto de la historia al conformarlos como actores del *Theatrum mundi*. Ahora, promediando la primera década del nuevo siglo, ese libro, ese dispositivo democrático y emancipador era la Biblioteca, la suma de todos los libros. No solo en su carácter de metáfora de la Argentina (creada por la Revolución, es la institución más antigua, de vida ininterrumpida, de la república independiente), sino

Fotografía: Ediciones BN.



en el cuerpo mismo de su materialidad: sus libros y documentos, sus edificios, su producción cultural, sus trabajadores y, por supuesto, los lectores, reales o potenciales, pasados y futuros, son el Aleph del país. De modo que la Biblioteca, genérica y singular, sería una institución liberadora al facultar la revitalización de las memorias escriturarias que alimentan y dan sustento a las identidades.

El número 1 de la revista *La Biblioteca* (verano de 2005)<sup>2</sup> gira, programático, en torno de la cuestión del archivo. La memoria, el archivo y su forma institucional, los museos, las bibliotecas y en especial la Biblioteca Nacional serán temas que recorrerán las ediciones de la revista. En su editorial, González sienta posición en torno de los dilemas de la institución, que actualizará a lo largo de casi todos los números. Se trata de una perspectiva novedosa, a tono con las más alzadas reflexiones sobre el destino de los archivos que venían formulándose en el mundo, a los que ve signados por la racionalidad técnica que instrumentaliza los saberes volviéndolos insumos de la lógica mercantil. Por el contrario, para Horacio es preciso erigir un alerta sobre la captura de la vida de los textos —y, más en general, de la vida social— por la técnica y sus lenguajes, a los que percibe en peligro de verse reglados por lógicas burocráticas, anónimas, que despojan de la herencia histórica a las palabras. Si por un lado el archivo invita al “trato imaginativo con las ruinas” que albergan “voces que es preciso redimir”, por el otro está signado por el peligro de su devenir objeto seriado. Los documentos, pese a la idea de transparencia que supone el mito global de la “sociedad de conocimiento”, son apenas signos

mudos que reclaman imaginación histórica para poder recuperar su sentido en el mundo.

El tema del archivo y la historia alojada en la memoria social, con sus ostensibles tensiones, abre una discusión que Horacio renueva al proponer un vitalismo simbolista propio del archivista barroco, cercano al de un Paul Groussac o incluso de un Borges, que enlaza el documento a la evocación artística y la filosofía moral, sin cuya articulación no habría escritura histórica ni Historia —y, por ende, actualidad— en sentido pleno. Esa pulsión anímica que hace del libro y de los textos un actor de la vida colectiva es claramente el signo con que González aborda el dilema de la cultura en oposición a la idea del archivo como repositorio transparente propuesto por las nuevas tecnologías. En su pensamiento se trata de una reflexión que descansa desde mucho tiempo atrás en su lectura del Marx del *18 Brumario*: las formas anacrónicas —los relatos fundantes— asedian la acción en el escenario histórico que se inviste de los artificios retóricos de toda ficción. La comprensión crítica habría de desenmascarar esos mecanismos,

**... para Horacio es preciso erigir un alerta sobre la captura de la vida de los textos —y, más en general, de la vida social— por la técnica y sus lenguajes, a los que percibe en peligro de verse reglados por lógicas burocráticas, anónimas, que despojan de la herencia histórica a las palabras. Si por un lado el archivo invita al “trato imaginativo con las ruinas” que albergan “voces que es preciso redimir”, por el otro está signado por el peligro de su devenir objeto seriado. Los documentos, pese a la idea de transparencia que supone el mito global de la “sociedad de conocimiento”, son apenas signos mudos que reclaman imaginación histórica para poder recuperar su sentido en el mundo.**



develar su trama interna de modo que alumbre lo que cada sujeto histórico no sabe de sí mismo ni acerca de su circunstancia. La historia, vista así, se confunde con la crítica literaria. “La imaginación usurpa las notas inmanentes del reino de la realidad”, postula; de hecho, acaba por sustituirla en clave teatral. También Horacio discute con la reducción anti-historicista de Lévi-Strauss, que sustenta en el juego de metonimias y oposiciones simétricas la gramática de la vida social, despojándola de sentido histórico. Es una lectura alegórica la que acomete. Pues al igual que sucede con la traducción digital de los archivos, sometidos a lenguajes de pretendida neutralidad, avizora el borramiento de aquella dimensión que hace a la sustancia del libro en el mundo humano.

Ese alerta sobre el vínculo con las nuevas tecnologías alimenta sus desvelos en la medida en que González percibe que la ola modernizadora no encuentra instancias suficientemente críticas en el gremio bibliotecario, que no pone en cuestión el vínculo oneroso de la digitalización con los grandes sistemas de bancos de datos —apéndices de los sistemas financieros y bélicos internacionales— que sostienen el mercado de conocimiento. La democratización y popularización, en nombre de la accesibilidad y la supuesta transparencia de lo que pasa a ser de acervo humanista a insumo de la red de circulación de datos, no solo acarrea ese riesgo sino que atenta contra sus pretensiones bienintencionadas al rendir al poder informático global la singularidad del acervo patrimonial, que incluye no solo la memoria escrita de las naciones sino el trabajo de sus lectores, técnicos, los propios trabajadores de la Biblioteca y los investigadores. En su arremetida, González

carga contra la “supuesta sociedad de conocimiento” que conduce a la “ilusión pedagógica de un mundo plano”, la cual “borra de un plumazo los procesos históricos que hacen del conocimiento un conflicto necesario”, capaz de abolir la historicidad en nombre de una “indolente metafísica de la transparencia”. Es por ello que para él las bibliotecas nacionales están en peligro. El “entramado mercantil de simbologías” que presupone la sociedad de la información apunta al lector remoto en la era digital, ya no al lector —y al trabajador bibliotecario— presencial que aviva la trama institucional. “Esa situación puede tornar inanes las grandes fortificaciones bibliotecarias, que serían mausoleos sin gente, sin murmullos en los pasillos, cuidados por sacerdotes togados, interdicciones reglamentarias en mano que someten el acervo a un preservacionismo talmúdico, sin lectores”. Una tecnología a escala humana no debería reposar sobre “una hipótesis de secuestro, dominación y sustitución de legados ya probados”, como el libro en su soporte material constituido a lo largo de los milenios, sino que debería reparar en la larga historia de interpretaciones y dimensiones materiales que la cultura ha levigado bajo el nombre de nación. “Las bibliotecas nacionales pueden desaparecer, parafraseando a Charly García”, escribe. “Pero los amigos del barrio podemos colaborar para reintegrarlas dignamente en la *vita activa* si su milenaria historia como lengua profesional y creación de naciones modernas se mide en igualdad con los lenguajes de las lenguas artificiales”. La traducción de la tradición letrada a otro universo, el digital, lo obsede y vuelve profético su estilo, pleno de advertencias. Pues ve un peligro allí,

en la medida en que anticipa el reinado de los nuevos príncipes (los sustentadores del lenguaje artificial de la computación), que supone a los sujetos lectores como iguales y constantes en el devenir de las eras y al acto de lectura despojado del drama que implica la apropiación del saber. Consciente de esta situación, advierte que se abre la época en la que hay que decidir cómo se gestiona un legado humano acechado por la apropiación privada de las herencias simbólicas y materiales colectivas, que corre el riesgo de consolidar la sistemática confusión entre cultura e información que aqueja al gremio

bibliotecario.<sup>3</sup> Su llamado es a no dilapidar la génesis del quehacer bibliotecario, surgido como una gran meditación sobre el libro. Borgiano, sostiene que la catalogación es un ejercicio del pensamiento, tributaria de “ficciones colectivas del origen del pensar”. La biblioteca es *fábrica inmaterial*, productora de conocimiento, instigadora de nuevas interpretaciones del acervo escrito. Esas interpretaciones, precedidas por el quehacer bibliotecario, han de estar regidas por una ética que anteponga a la imbricación con el mercado global sus propios programas de selección de la historia viviente.

#### NOTAS

1. Nro. 1 (verano de 2004-2005): “Este nuevo número de la revista *La Biblioteca*: a la búsqueda y creación de lectores”, junto con Elvijo Vitali; “*La Biblioteca*, el nombre”, junto con Horacio Nieva y Sebastián Scolnik; “El archivo como teoría de la cultura”. Nro. 2-3 (invierno de 2005): “Editorial”; “Acerca de la existencia de la filosofía argentina”; “El filósofo argentino: ¡dificultades!”. Nro. 4-5 (verano de 2006): “Un problema crítico: la historia de la literatura argentina”; “Diversos ejercicios de la crítica cultural argentina”, bajo el seudónimo de Tomás de Tomatis. Nro. 6 (primavera de 2007): “Editorial: Los que pasaban y la ‘Señorita B. Fernández’”; “La perspectiva Groussac”. Nro. 7 (primavera de 2008): “Buenos Aires como mito peronista”; “Cuadrantes de la ciudad de Buenos Aires”. Nro. 8 (primavera de 2009): “Editorial: Latinoamérica a la búsqueda de su voz”; “Antropofagia y modernismo en Brasil: una visita al Museu da Língua”. Nro. 9-10 (2010, edición Bicentenario): “Editorial: el porvenir de las bibliotecas nacionales”; “Oscar del Barco: el poema no dice, surge de una exclamación sin sentido”; “¿Cómo escribir la historia?”; “El Bicentenario y los usos de la historia”, bajo el seudónimo de Tomás de Tomatis. Nro. 11 (primavera de 2011): “Editorial: Realidad y ficción de las bibliotecas nacionales”; “Entrevista a Christian Ferrer: ‘En los ritmos últimos de la experiencia popular se expresa la humillación, el dolor, la crueldad, la soledad de los vencidos’”; “Entrevista a Alejandro Kaufman: ‘Se ha alcanzado un techo en la posibilidad de desarticular críticamente los discursos dominantes’”; “Escarnio y verdad: las armas de la crítica”. Nro. 12 (primavera de 2012): “Editorial: Mito e historia”; “Intelectuales argentinos”; “María Pía López y Gustavo Ferreira, novelistas”. Nro. 13 (primavera de 2013): “El problema filosófico borgeano”. Nro. 14 (primavera de 2014): “Editorial: Ensayos lenguaraces”; “Mitos intelectuales y ‘mundo de vida’”. Nro. 15 (primavera de 2015): “Palabras previas”; “Las bibliotecas nacionales: Encrucijadas y destino”; “Ricardo Piglia, la tenue objetividad”. Dossier especial (otoño de 2020): “Editorial: materiales para una historia del virus”; “Literatura y *timor mortis*”. Dossier especial (primavera de 2020): “Presentación”; “Políticas y poéticas de la crítica”, diálogo con Noé Jitrik y Facundo Giuliano.

2. Durante su gestión como subdirector y luego como director aparecieron quince números. Durante la gestión de Sasurain, González dirigió dos números más en los que colaboró con textos relacionados con la pandemia.

3. En varios ensayos publicados en la revista, fundamenta lo que serían sus creaciones institucionales en la Biblioteca Nacional, inspiradas en su idea de restauración del daño histórico al mismo tiempo que de invención de nuevas formas de leer. El Anexo Sur Borges-Groussac, que recuperaría el viejo edificio de calle México; el Museo del libro de y la lengua, suscitado por una visita al Museo de la Lengua paulista, y el Archivo De Angelis compartido con la Biblioteca Nacional de Brasil, tendrán su texto utópico en las páginas de *La Biblioteca*, que será, a lo largo de su gestión, un programa realizado. Y justifica la labor, iniciada durante su gestión, de publicar el medio millar de libros, además de revistas y catálogos, que repusieron grandes textos en el mercado lector.

## *Escritos en carbonilla* o la memoria de lo efímero

Por Ricardo Forster

Acerca de *Escritos en carbonilla*.  
*Figuraciones, destinos, relatos*  
(Buenos Aires, Colihue, 2006)

*Escritos en carbonilla* es el bello título de un libro atípico entre los muchos que publicó Horacio González. Se trata de una recopilación de artículos, intervenciones, conferencias, escritos variados, producidos a lo largo de un cierto período de tiempo y a los que, al reunirlos, al “compilarlos”, el autor (no sin preguntarse si tiene algún sentido ese propósito) busca darles una nueva oportunidad. En un autor como González, cuyos escritos, todos, los más meditados y los más urgentes, tienen un invariable compromiso “público” y un afán de intervenir en los grandes debates de su tiempo, estos textos más fugaces forman parte plena —dice aquí Ricardo Forster— de su obra junto a los otros, más permanentes o con mayores ambiciones de perdurabilidad. Pero al mismo tiempo, su carácter, más perentorio y cercano muchas veces a la vivacidad de la palabra hablada o de la voz dicha en la asamblea o en la calle, los dota de una propiedad adicional, que es la de permitirnos capturar la riqueza y las variadas inflexiones del modo en que su autor habitaba (más que lo que “usaba”) el lenguaje de los argentinos.

*Pensar es entonces un evento que comienza a ocurrir sobre las ruinas de un entusiasmo abandonado.*

HORACIO GONZÁLEZ

Horacio González se pregunta, en el prólogo de *Escritos en carbonilla*, si los textos efímeros, esos que se escribieron persiguiendo algún acontecimiento fugaz o aquellos que fueron publicados en revistas o en periódicos que suelen retirarse de escena casi en paralelo a las lecturas inmediatas y apresuradas que caracterizan a esos medios, son pasibles de tener una “segunda oportunidad”. Si vale la pena convocarlos bajo la forma, más duradera y menos perecedera, del libro. Si aquello que se entremezcló con mil otros temas y hechos, que supo de urgencias y de exigencias periodísticas o que no siguió la lenta artesanía de escrituras de largo alcance, es capaz de sobrevivir a su propia condición efímera y seguir interpelando a futuros lectores. Horacio González, amante de escrituras colectivas, antiguo y gozoso practicante de revistas capaces de aventurarse por las exigencias de coyunturas siempre decisivas o de discusiones que, pasado el tiempo, ni siquiera recuerdan sus participantes, nos devuelve, con un guiño y no sin un gesto de salvador de causas perdidas, la posibilidad de reencontrarnos con una proliferación heterogénea de reflexiones e intervenciones capaces, años después de publicado el libro, de llevarnos hacia una experiencia notable por su actualidad y por la hondura de una pluma para la que no existen los temas menores ni las gacetillas, revistas o periódicos que suelen perderse en el olvido y en las que él no tenía ningún inconveniente en publicar. Es más, le

gustaba imaginar el destino casi clandestino de algunas de esas escrituras que podían recorrer barrios periféricos o encontrarse con lectores de algún pueblo lejano. Lo notable es que, para quien ha recorrido los “otros” textos de Horacio, aquellos que estructuran su obra y que fueron largamente meditados y trabajados, entre la escritura de estos últimos y la de aquellos que integran *Escritos en carbonilla*, todos, y eso no deja de sorprender, son parte de un mismo caudal de saber y erudición, de jocosas búsquedas por geografías extrañas y de la pasión por la Argentina, por la política y por la vida popular. Sumergirse en la lectura de este libro es encontrar, página tras página, esas notas únicas que contienen no solo el espíritu de un pensar de alturas sino, también, la aventura de quien siempre tiene a mano una referencia insospechada, una cita notable o un dato que siendo menor ilumina de otro modo lo que antes desconocíamos. Leer a Horacio González es descubrir, una y otra vez, la perla oculta, la frase relampagueante que nos ilumina un horizonte brumoso, es aventurarnos por territorios que, pese a que creíamos conocer a fondo, nos muestran zonas inexploradas.

Horacio se preguntaba, allá por 2005, si “el fatuo escritor de circunstancias, el notero de ocasión” podrá probar que existe un “hilo un poco más venturoso” capaz de recorrer “tantas anotaciones desperdigadas” y revelar “lo incógnito de ellas”. Si aquellos artículos devorados por rotativas en movimiento perpetuo o aquellos otros escritos en revistas políticas o culturales —que a duras penas, y con el ingente esfuerzo de sus editores, lograban subsistir antes de perderse en la niebla de la historia—, serían portadores de

otras señales descifrables por futuros lectores. Si algo en ellos lograría sus- traerse a su condición fugaz.

No sé si cabe tal fortuna a las páginas *antiguas-nuevas* que ahora presento. Quise reflejarme en el rastro baboso que de tanto en tanto se pone en publicaciones improbables y en algunos diarios ostensibles, que leía o desleía con intranquilidad al día siguiente y que ahora forman parte de un agrupamiento que puede ser injustificable. ¿Son algo más que escriturillas mercedamente extra- viadas? Imaginé que fueron escritas con un instrumento huidizo. La carbonilla. Más que la tiza y menos que la tinta firme, lo escrito en carbo- nilla dura un poco, pero el tiempo ecuánime lo dispersa rápido.

Más allá del aliento borgeano de estas palabras, los *Escritos en carbonilla* atra- viesan el tiempo, quiebran los lími- tes de lo supuestamente inmediato y reabren, para el lector, la aventura de descubrir que la fortuna, escon- dida en la pluma de Horacio Gon- zález, nos permite enfrascarnos en páginas destinadas —según usos y costumbres— al piadoso olvido que, sin embargo, se sacuden el polvo y renacen bajo la forma de un libro intenso cuya urdimbre de temas nos conducen, sin estaciones interme- dias, al universo gonzaliano. Un uni- verso en el que los temas y las preo- cupaciones se mezclan y nos permiten atravesar distintos territorios de la vida nacional bajo la impronta de un cos- mopolitismo erudito que siempre llama la atención y nos sigue maravi- llando. Como si en él no hubiera temas menores, delgados filamentos de una trama que terminan bordando el telar

donde su mundo nos ofrece siempre el destello de honduras que abren la oportunidad de una nueva aventura del pensar. Un González inquieto que busca establecer la complicidad entre las escrituras efímeras, las que se hicie- ron con carbonilla, y las marcas que esos mismos trazos siguen dejando para que futuros lectores continúen indagando la espesura de la vida.

No deja de sorprendernos, cada vez que nos internamos en alguno de los escri- tos de este libro hecho de retazos guar- dados en los cajones de sastre y deja- dos para que el olvido haga su trabajo, la capacidad de González de auscultar, detrás de textos y figuras inverosími- les, la huella de lo argentino, la presen- cia de influencias solapadas que solo su sensibilidad logra sacar del anonimato. Puede estar relejendo, en una casa y en una biblioteca prestadas, el libro que sobre Marilyn Monroe escribió Norman Mailer o *Contra la interpreta- ción* de Susan Sontag; y al dejarse llevar por esas relecturas que Horacio renueva con una finta exquisita, después de hacer una fina y original reflexión que nos exige reconfigurar nuestras inter- pretaciones previas de esos autores, deriva, casi inevitablemente, a su cone- xión argentina. Libros que, para él, tie- nen “un aire horriblemente propio, de una argentinidad indeclarada y subrep- ticia”. O descubrir, para nosotros, la relación, en torno a la “ontología de los nombres”, que existe entre Nor- man Mailer y Osvaldo Lamborghini, al que llama

un Mailer argentino cuyo descenso a los confines de la perversidad idiomá- tica —liberando el lenguaje y a la vez haciéndolo irrealizable— le impedía ubicarse junto a un promisorio núcleo de lectores, como los entonces jóvenes

Sontag y Mailer habían conseguido hacer con temas asombrosamente semejantes, esas vastas alegorías del sufrimiento de la historia.

Todos los caminos, en la escritura de González, conducen a... Argentina, metáfora inabarcable. Nombre propio que persiguió su travesía existencial e intelectual, al punto de llevarlo a la formulación de hipótesis cuyo alfa y omega lo daba esa filiación.

Uno de los capítulos más idiosincráticos y expresivos de este afán gonzaliano —“Borges político”— es la lectura que pronunció en la Universidad de Bergen (Noruega) en 1999, geografía que al autor de *El Aleph* le evocaba el legendario mundo de las sagas vikingas mucho más que ese nombre de origen griego que, en el texto de Horacio, conducía a su público de profesores y estudiantes noruegos hacia el laberinto de la política argentina y a sus giros borgeanos. El eje de esa conferencia fue “El escritor argentino y la tradición”, ensayo que a González le permitió jugar con un Borges descentrado y bastante lejano del que había sido convertido en el oráculo de la industria cultural. Un Borges que se sabía deudor inevitable de una lengua algo marginal sin por eso renunciar a la universalidad. Porque una lengua —afirmó en su español rioplatense nuestro conferencista—,

en última instancia, es una perturbación que proponen las palabras que al pronunciarse le impiden desplegar hasta el fin aquello para lo cual está preparada: el entendimiento completo del mundo. Borges fue un hijo severo de esta idea de lengua como obstáculo a la comprensión universal pero hizo de ella un acertijo del cual podría extraerse una

ética de la infinita comprensión del enigma del tiempo y de la vida.

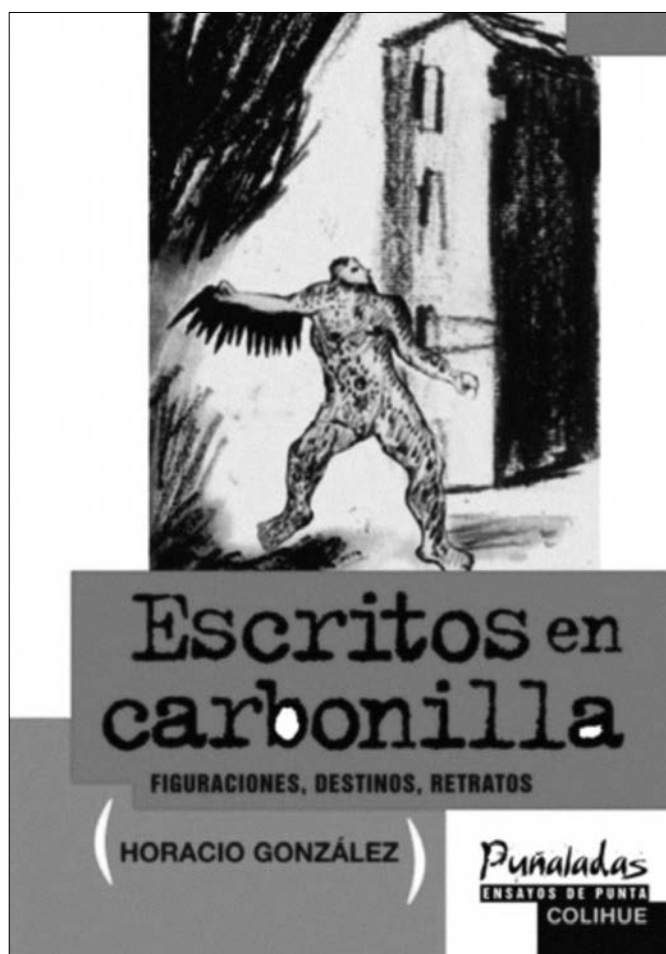
En Borges, decía Horacio, la lengua argentina se enfrenta a ese límite a la par que se aventura más allá de él. “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental”. Esta frase tan citada y vuelta a destacar en aquella universidad noruega guarda, en gran medida, la manera gonzaliana de leer el mundo desde una territorialidad cultural-lingüística que reúne lo local y lo global, el secreto del idioma y su apertura hacia el mundo. A veces más cerca del idioma

de Borges y otras —como se muestra en algunos de los artículos reunidos en *Escritos en carbonilla*—, del idioma de Roberto Arlt, lo cierto es que en Horacio González la lengua materna es el único lugar desde el que se pueden navegar los océanos de la cultura sabiendo que hay un puerto al que regresar. Aunque el que regresa nunca es el mismo que partió. Navegar por la escritura gonzaliana nos transforma inexorablemente. Hay algo en ella que nos impide la mera recepción sin consecuencias. Cada frase puede convertirse en un salto hacia dimensiones que no habíamos imaginado de textos, de autores, de ciudades, de circunstancias políticas o de otra índole que, a través de su indagación alquímica, asumen una novedad insospechada. Viaje por una lengua —la de los argentinos— que, reescrita por González, se va alimentando de las

**Leer a Horacio González es descubrir, una y otra vez, la perla oculta, la frase relampagueante que nos ilumina un horizonte brumoso, es aventurarnos por territorios que, pese a que creíamos conocer a fondo, nos muestran zonas inexploradas.**

exigencias de una historia propia y de los desbordantes afluentes de una cultura que proviene de más allá de los confines nacionales. Un cosmopolitismo arraigado, una universalidad de lo particular, una exuberancia de lo habitado en la lengua que logra, hundiéndose sus indagaciones en lo autóctono, alcanzar una perspectiva transfronteriza. Y, sin embargo, hay en la escritura y en el hablar gonzaliano un aire irrevocablemente argentino. Trazos de una pluma que van desde su Villa Pueyrredón de infancia y adolescencia, pasando por sus otros barrios —el centro mítico de la vieja Facultad de Filosofía y Letras en la calle

Viamonte, el bar Británico de Parque Lezama, los bares de Marcelo T. de Alvear en Barrio Norte, madrigueras de sus infinitas charlas con generaciones de estudiantes de Sociología—, sus interminables atardeceres y noches en el bar El Astillero de Parque Centenario diseñando clases, revistas y libros o dejando que se desgranaran las conversaciones de la amistad, hasta llegar a la Biblioteca Nacional emplazada en el corazón de una Buenos Aires poco afín a los legados políticos de Horacio que se vio compensada, en parte, por su desembarco en Boedo, como si la antigua querrela que recorrió las tribus literarias del país, se volviese a manifestar en su última parada. La lengua de Horacio González extendió los confines del idioma de los argentinos. Los artículos, conferencias y demás textos reunidos abarcan un período que va de 1998 a 2004, una época de crisis profunda que tuvo en el año 2001 su momento de eclosión y estallido. Entrar en ellos, desgranar su lectura, supone penetrar en el taller íntimo de González, en sus preocupaciones de siempre asociadas, por la potencia desencadenante de un presente de urgencias, con las demandas acuciantes de una realidad desmembrada y caótica. Entre las urgencias, la sensación de abismo, los entusiasmos abiertos por los idus de diciembre y las asambleas populares, el libro nos conduce por el laberinto argentino como solo podía hacerlo alguien como Horacio González que elude, sin miramientos, las interpretaciones lineales, las calles de dirección única y el consignismo dogmático. En sus páginas, sin orden cronológico pero sí temático, vemos entremezclarse un cúmulo fascinante de cuestiones, personajes, lugares y problemas: su pasión por los bares de Buenos Aires; las relaciones entre arte



y memoria; los edificios y sus marcas; Boedo y Florida y la persistente quere-lla cultural; el arte de la fotografía que puede incluir unas agudas reflexiones sobre la guerra o sobre una escena familiar íntima; el 19 y 20 —así, a secas, sabiendo que todos sabemos de qué se tratan esas fechas—; sus siempre inquietantes y sagaces lecturas sobre medios y periodismo que nos permiten incursionar en lo que esos lenguajes han significado y siguen significando como configuradores del sentido común y de las subjetividades contemporáneas; una galería de *personajes* que van desde León Rozitchner, pasando por Raúl Alfonsín, Alberto Ure y Oscar Landi, hasta llegar a Chacho Álvarez, David Viñas y el Che Guevara, siempre tratados desde algún lugar impensado; un lento desgranar de sus pasiones cinematográficas que abarcan desde Pino Solanas a Glauber Rocha pasando por *Garage Olimpo*, *El bonaerense* y el nuevo cine argentino, sin olvidar a Leonardo Favio; las inevitables y siempre punzantes notas políticas que recorren el tiempo de la fallida Alianza y su caminar hacia el abismo deteniéndose en figuras como la del inefable De la Rúa; el impacto en él de aquellas guerras (los Balcanes, sobre todo) que marcaron el fin de siglo bajo la impronta de una globalización que, bajo su pluma crítica, mostraba sus consecuencias nefastas; su inalterada preocupación frente al lenguaje y sus usos; los vínculos con la política y las formas de la retórica, temas que recorren su obra como un hilo persistente; las pinceladas agudas de un observador desapasionado del fútbol que, sin embargo, comprende su centralidad en la vida popular argentina; la continuidad —en esos años— de su arte de lector que va recorriendo autores y libros entre los que se encuentran Jorge L. Borges y David Viñas, Roberto

Arlt y Vicente Zito Lema, León Rozitchner y Osvaldo Lamborghini, pero en otras páginas de este libro caleidoscópico también podemos encontrarnos con José Lezama Lima, Norman Mailer, Susan Sontag, Theodor Adorno, Sarmiento, Merleau-Ponty, Max Weber, Antonio Gramsci y tantos otros que nos devuelven la sensación de estar visitando la biblioteca inacabable de un lector omnívoro. Algunas páginas dedicadas a recoger —como no podía ser de otro modo— su

vida en, con y por la universidad. Sepa el lector de estas líneas que apenas me he detenido en algunas de las estaciones de este libro destinado a recoger textos efímeros que, al ser escritos en carbonilla, estaban condenados a una rápida finitud. Pero que también, como si fueran aguafuertes arltianas, se detiene, con un dejo de nostalgia, a recuperar escenas de un pasado perdido o recuerdos de un país que dejó de existir hace demasiado tiempo.

Horacio González publicó en 2006 esta polifonía de textos que nos hablan de una época extraña y caótica que se preparaba para girar hacia el nuevo milenio, intuyendo que algo podía estar gestándose en medio de tanta decadencia. Escrituras al borde del acantilado que se saben habitando un país en ruinas. En lo personal lo guardé, casi sin leerlo, quizás porque iba leyendo otras cosas del propio autor o porque conocía muchos de los textos compilados.

**... en Horacio González la lengua materna es el único lugar desde el que se pueden navegar los océanos de la cultura sabiendo que hay un puerto al que regresar. Aunque el que regresa nunca es el mismo que partió. Navegar por la escritura gonzaliana nos transforma inexorablemente. [...] La lengua de Horacio González extendió los confines del idioma de los argentinos.**



Desde que lo conozco a Horacio, y son más de treinta y cinco años de amistad y aventuras compartidas, siempre he tenido a mano algún escrito suyo. Me entusiasmaba sumergirme en su prosa, en sus ideas espiraladas semejantes a las constelaciones benjaminianas, en su notable capacidad para establecer afinidades y filiaciones que para la mayoría —y me incluyo— han pasado desapercibidas. Pero confieso que cuando Eduardo Rinesi me convocó a reseñar *Escritos en carbonilla* sentí una cierta inquietud imaginando que tenía que internarme en una selva de artículos y conferencias que el propio autor había destinado al ocaso. Con honestidad intelectual, Horacio, ya en el prólogo, advertía de cierta inutilidad de la tarea emprendida, preguntándose si tenía sentido y si era oportuno rescatar textos cuya función no había sido otra que expresar algunas ideas vinculadas al momento y al clima político o cultural de su edición y que, eso creía, no lograrían sortear su inevitable obsolescencia. Claro que en esa decisión, la de salir al rescate y reponerlos para otras lecturas, había en él la secreta ilusión de proteger, bajo el formato del libro, esas mismas escrituras que no deberían eludir su evaporación. Un gesto redentor que me hizo recordar la función salvadora que, según Benjamin, se manifiesta en la empresa del coleccionista y en la inveterada afición de la infancia de convertir a cada objeto-juguete en algo único. Horacio, tal vez sin saberlo, nos obsequió un libro extraordinario que, al ser leído quince años después de su publicación, no solo mantiene su actualidad sino que nos (me) transporta hacia un pasado en el presente

capaz de iluminar de un nuevo modo aquello que creíamos haber saldado.

Complicada prueba la que logra superar este libro que recupera, como si fuera un saldo de viejo, lo escrito a lo largo de años turbulentos y que no tenía otro destino que ser leído por sus contemporáneos y arrojado, con piedad o sin ella, al trasto de las cosas inútiles o, quizá como lo llegó a imaginar no sin cierto escepticismo el autor, como si los textos que lo componen hubieran sido guardados en botellas lanzadas al mar, a la espera de que las mareas acabaran por llevarlas a las manos de nuevos lectores. Porque en la escritura de González se guardan secretos y códigos cifrados que, con cada nueva lectura, y más allá del tiempo transcurrido, nos ofrecen las claves para seguir preguntando lo que no debemos dejar de interrogar. Escritura-señuelo que obliga a no distraerse, a releer para quitarle otra capa y encontrar, de ese modo, un nuevo sentido, otra pista para seguir desenredando la madeja de un país alambicado. Textos que se hamacan entre las exigencias apresuradas de la coyuntura y la siempre demandante escritura de quien nunca abandonó la responsabilidad que supone imprimir una página. Porque, y luego de mi propio descubrimiento de la botella que me llegó a las manos con manuscritos de un fin de siglo turbulento, vuelvo a sentir que estos *Escritos en carbonilla* reabren, hacia atrás y hacia adelante, la inacabable travesía de un pensador de alturas cuya obra nos sigue interpelando, ofreciéndonos el don de una sabiduría que, desde los márgenes y la periferia argentina, se volvió universal.



Fotografía: Nora Lezano.

## Escritos franceses

*Por Patrice Vermeren y Horacio González*

Que durante varias décadas el director de la Biblioteca Nacional de la República Argentina no haya sido un argentino, sino un francés, dice algo sin duda relevante sobre los modos en los que la historia de nuestra cultura se trama en un diálogo con la política, la literatura y la propia lengua del país del que todavía nos llegan, perdurables y siempre renovados, los ecos de las grandes revoluciones de dos siglos, y con el que no ha cesado de conversar hasta hoy mismo nuestra vida intelectual y universitaria. Animador fundamental de muchas de esas conversaciones a lo largo de las últimas tres décadas, el filósofo francés Patrice Vermeren preparó para este número especial de *La Biblioteca* una selección de lo que llamó “escritos franceses” (artículos, conferencias, conversaciones) de su amigo Horacio González, precedida por un comentario sobre el pequeño volumen que escribieron juntos sobre la vida y la obra del autor de *Los que pasaban*.

## El cenotafio de Horacio González

Por Patrice Vermeren

A propósito de *Paul Groussac. La lengua emigrada*, de Patrice Vermeren y Horacio González (Buenos Aires, Colihue, 2007). La versión francesa: *Paul Groussac. La langue de l'émigré*, traducido por Anne Maurel (París, L'Harmattan, 2021).

Todo sucedía siempre e invariablemente como en un mismo escenario. Teníamos un encuentro, ya fuera en el Bar Británico o en el café Evita Perón. Él me preguntaba sobre las novedades de Francia y me contaba sus inquietudes sobre la situación argentina. Después pasábamos al próximo coloquio filosófico, por ejemplo, el de la semana de América Latina y el Caribe en París. Yo proponía un título: *Renacimiento de las humanidades o tumba del humanismo*, y él me decía “No, tumba no”. Después de una breve vacilación, una palabra salía de su boca: “cenotafio”. Esa palabra evocaba para mí el monumento a Baudelaire en el cementerio de Montparnasse y la urna funeraria del lenguaje en *Feu la cendre* de Derrida. Pero ¿de dónde le venía a él? En todo caso la palabra que Horacio había encontrado, como otras veces, permitió reformular la cuestión: *Renacimiento de las humanidades o cenotafio del humanismo*, y acceder a la dignidad de un enigma filosófico a cuya resolución toda nuestra comunidad franco-latinoamericana estaba convocada.

Conocí a Horacio González en ocasión de un coloquio franco-argentino sobre la igualdad organizado por Liliana Herrero, en ese momento directora de la carrera de Filosofía en la Universidad Nacional de Rosario,

años noventa. Yo venía de Chile con Stéphane Douailler, Étienne Tassin y Jacques Poulain, donde regularmente concurríamos y donde habíamos constituido una escena filosófica inédita bajo la dictadura militar con nuestros amigos chilenos excluidos de sus universidades, con el sostén del Departamento de Filosofía de la Universidad de París 8 y del Colegio Internacional de Filosofía. Fue a orillas del Paraná que me encontré con Hugo Quiroga, Silvana Carozzi, Susana Villavicencio, Silvana Rabinovich, luego de un alto en Buenos Aires para asistir a otro coloquio con Emilio de Ípola, Graciela Frigerio, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Isidoro Cheresky y Claudia Hilb. A falta de dinero, los franceses nos alojamos en el departamento de Liliana Herrero en Rosario. De regreso a Buenos Aires, yo me alojé en casa de Horacio, que no hablaba el francés más que lo que yo podía hablar el español. Todos se preguntaban cómo podíamos comunicarnos. Hablamos toda la noche, en un idioma improbable, sobre Sarmiento, Ingenieros, Groussac, de quien yo escuchaba hablar por primera vez. Fue en esta ocasión que alcancé el título académico con el que me sentí más comprometido: corresponsal en París de *El Ojo Mochó*. Poco tiempo después, fuimos a almorzar, con Liliana y Susana, Cristina Banegas y su marido, director entonces del Club del Vino, al Tigre, allí donde Leopoldo Lugones había puesto fin a sus días y donde Horacio nos habló largamente del suicidio de los escritores argentinos.

Lo que siguió fueron treinta años de amistad. Coloquios en común en Dresde, Valparaíso y Santiago de Chile, en París, en Montevideo, en Mendoza y en San Juan, donde yo estuve

ubicado, en la mesa final del Coloquio Internacional de Filosofía, entre Marielena Chauí y Cristina Kirchner, porque él no quería que un coloquio internacional de filosofía se cerrara con los discursos de los gobernadores. Fue un diálogo ininterrumpido, que aparecía aquí y allá, en libros como *La ética picaresca*, donde él cita la “conversación con Stéphane Douailler y Patrice Vermeren en el bar Les Pipos, en París, diciembre de 1991, sobre los caminos de la filosofía francesa post-Foucault”, y del que me dedicó un ejemplar de la segunda edición: “Para Patrice, un recuerdo del ‘tiempo perdido’, y con el presente de mis amigos de la esperanza. Confeitería La Ópera, Buenos Aires, 2017”. También en la escritura en común de *Paul Groussac. La lengua emigrada* y de un prefacio a *Les îles Malouines*<sup>1</sup> del mismo Groussac. Así como en numerosos libros colectivos, surgidos de nuestros coloquios, de los tiempos donde él era director de la Biblioteca Nacional y yo del Centro Franco Argentino de Altos Estudios de la UBA: *Actualidad de Jean-Paul Sartre, ¿Inactualidad del bergsonismo?*, *Claude Lévi-Strauss dans la pensée contemporaine*, *Repensando el siglo XIX desde América Latina y Francia*, y también *Roger Caillois*. Había allí algo más que una cultura enciclopédica, en particular de la literatura y de la filosofía francesa, de donde él rescataba, siempre y cada vez, una frase olvidada para construir en el presente una escena de debates inédita.

Sobre Groussac, Horacio me había hablado muy tempranamente, para prevenirme que era un conservador, o más bien un reaccionario, pero que había siempre algo de interesante en lo que había escrito. Él volvía sobre eso frecuentemente y fue eso lo que me incitó a consultar sus manuscritos y

su correspondencia, transferidos a los archivos nacionales. Cuando yo evocaba el descubrimiento de tal o cual carta inédita, o un artículo periodístico olvidado, Horacio tomaba seguidamente la palabra para darles un eco, ya fuera en los libros publicados de Groussac, que él conocía perfectamente, o en la literatura argentina y francesa, a las que parecía haber consagrado varias vidas de lecturas, incluso de autores menores. Fue así como nos vino la idea de publicar un libro juntos: *Paul Groussac. La lengua emigrada*, en 2007. Pero no con una sola pluma, porque la amistad exige ser dos: escribimos cada uno nuestro texto. El suyo es supremo.

La escritura de Horacio siempre da lugar a lo inesperado, como cuando comienza poniendo su mirada en Santiago de Liniers, en su vida y en su destino de héroe trágico, en la visita que le hace en Buenos Aires el marqués de Sassenay, enviado por Napoleón (Horacio González siempre consideró un gran libro el que Groussac había consagrado a Liniers), o cuando comenta la visita que le hace Groussac a Victor Hugo, poeta envejecido, en París, de la que describe una escena ridícula de halago carnavalesco al que se entregaban los “hugolâtres”. O bien cuando contrasta el legitimismo groussaquiano (“es una apuesta a la verdad literaria que cada escrito debe encontrar y en ese mismo acto tomarla entre los manos, señalándola con el dedo en el cuerpo escrito como si fuese una muesca creada desde afuera que a la vez le pertenece”), que lo lleva a rechazar el texto apócrifo, con la apología del apócrifo de Borges (Horacio ve en el gesto de Borges el *análogon* del de Marx invirtiendo la dialéctica

hegeliana, que marchaba “cabeza abajo”). O cuando sitúa a Groussac entre Borges y Proust, como si fuera más fecundo leer *Los que pasaban* con el telón de fondo de *En busca del tiempo perdido*. O cuando teje el hilo de una crítica de Nietzsche evocando la música meridional o morisca de *Carmen* de Bizet y acercándola al problema del color local, que Borges, como Groussac mismo, rechazaba en *El escritor argentino y la tradición*. O cuando al concluir, finalmente, Liniers es Groussac y Groussac es Liniers, como una alusión a la última frase de Liniers: “Casi todos los emigrados remedamos a actores, que después de echarse sobre los hombros, en el vestuario a oscuras, el

primer traje hallado a mano, saliesen a improvisar en la escena el correspondiente papel”.

¿De qué es Groussac el nombre para Horacio González?

Puede ser vista su obra como un gran ensayo sobre el uso de la lengua, la condición irresoluble del extranjero y el emigrado que ofrece veredictos profundos en el arte de hacer propia una cultura nacional lejana. [...] Todos sus escritos nos introducen a una noción que siempre cuesta definir, lo lejano en sí mismo, el fatal hiato entre el acto de escribir y la historia a la que esto pertenece. Groussac es, como todos, hijo de esa fatalidad.

Fotografía: Nora Lezano.



Horacio había visto en nuestro libro, escrito por un argentino y un francés, una ocasión para aproximar, a partir de una lengua fuera de lugar, las fisuras secretas del pensamiento. Paradoja para un hombre que leía todos los libros de literatura y de filosofía escritos en francés que le caían bajo los ojos, que podía sin duda pensar en francés también, pero no hablaba la lengua. Yo hacía un poco la misma cosa en castellano, pero habremos dialogado sin cesar durante treinta años, y llegamos a escribir un libro en común sobre la lengua emigrada.

¿Cenotafio de Horacio González?  
¿Qué es un cenotafio? Para Koichi Toyosaki, traductor al francés de la *Carta postal* de Derrida y de *Rizoma* de Deleuze y Guattari, y autor él mismo de un ensayo titulado *En marge de marge(s) ou Greffe sans sujet - re(-)marques sur Derrida* (1974), es una tumba que no contiene los huesos del difunto.<sup>2</sup> Toyosaki dio a una de sus obras, *La boîte et le tissu (II)*, el subtítulo de “Un cénotaphe pour Atsushi Miyakawa”: se trata de un sobre donde él puso, en un orden permutable, hojas sueltas con citas tomadas de *Cartouches* de Derrida, texto escrito para el catálogo de una exposición de pintura de Titus Carmel, *The Pocket size Tlingit Coffin*, que conforma una serie de dibujos de 127 cajas, citas de extractos de notas que

Gilbert Lascaux escribió para la otra mitad del catálogo, palabras del propio pintor y frases del mismo Koichi Toyosaki. Él quiso componer una secuencia de textos, casi todos completamente tomados y traducidos de otros autores, de hojas que habían estado durmiendo en el bolsillo, que es su tumba, para rendir homenaje a un crítico difunto y amigo, que es un teórico y un práctico de la cita, sabiendo que para Toyosaki toda traducción es citación, y que podríamos considerar la casi totalidad de textos de Derrida como una práctica de traducción-citación. Horacio González es también autor de *Traducciones malditas. La experiencia de la imagen en Marx, Merleau-Ponty y Foucault*, de 2017: “Luego del mito de Babel, nada parece seguro en el reino de las traducciones”, escribe ahí, y en la bibliografía, los recuerdos y agradecimientos de ese libro cita más de cien nombres propios de amigos, sus contemporáneos, porque para Horacio González un libro escrito en una lengua no existe sin los otros, escritos en la misma o en otras lenguas, ni sin lectores emancipados constituyéndose como tales en el proceso infinito de sus traducciones recíprocas, una forma de la amistad que se obliga a pensar en la rareza, el arcaísmo y lo recóndito de las afinidades entre situaciones y personas.

Traducción: Susana Villavicencio

#### NOTAS

1. Paul Groussac, *Les îles Malouines. Nouvel exposé d'un vieux litige*, prefacio de Horacio González y Patrice Vermeren, París, L'Harmattan, 2012.
2. Koichi Toyosaki, “Traduction et/ou citation”, *Les fins de l'homme*, París, Galilée, 1981, p. 249.

## Escritos franceses (I) El proceso de liberación de textos

Por Horacio González

Texto publicado en francés en Étienne Tassin y Anne Kupiec (dirs.), *Critique de la politique. Autour de Miguel Abensour*, París, Sens & Tonka, 2006. Publicado en español en Claudia Gutiérrez, Patrice Vermeren y Carlos Ruiz-Schneider (coords.), *Crítica, utopía y política. Lecturas de Miguel Abensour*, Santiago de Chile, Nadar, 2014.

A menudo Miguel Abensour comienza sus trabajos lanzando un desafío al lector distraído. Se trata de un desafío, tal vez un lamento, que se transforma inmediatamente en un plan de acción: “¿Habéis leído a Saint-Just?”. O también, en un tono de inquietante constatación: “Nuestros contemporáneos no leen a Pierre Leroux”. Igual método con Blanqui. En este caso, la pregunta que Abensour comparte con Valentín Pélosse resuena como una tímida provocación, aunque la respuesta es dichosa: “¿Por qué leer y publicar a Blanqui? Para nosotros, se trata únicamente de ayudar a liberar al encarcelado”.

¿Qué es lo que nos conduce a esta desafiante interpelación? ¿Podemos ser centinelas atentos, mostrando a cada paso la manera de salvar los textos olvidados?

¿Queremos mostrar siempre que en todo escrito abandonado reside el nudo recobrado de un cambio de interpretación en el sentido de la cultura?

Parecería que desde hace mucho tiempo la tarea de Miguel Abensour es recuperar ciertos escritos olvidados, incluso perdidos en la propia memoria de sus autores.

Es lo que sucede con la interpretación del escrito de Marx de 1843, *Critique*

*du droit politique hégélien*, texto que al decir de Abensour “perturba la imagen convencional de Marx”. Marx conserva aquí la noción de autonomía de lo político, lo que hace entonces que la crítica del Estado y la expectativa desplegada sobre la idea de la democracia conduzcan a una dramática mayor. Pero lo que importa no es tanto lo que Marx viene a proponer, y que posteriormente permanecería sumergido en su obra, sino el gesto de lectura en sí que llega para arrancar del olvido el hilo conceptual olvidado.

Para salvar entonces la autonomía política de su naufragio en la obra misma de Marx, sería necesaria una remoción, según el término empleado por Abensour.

La remoción, en cuanto actividad retórica, valdría tanto como si se dijera que hay que perforar las capas del tiempo, medidas en acumulación de escrituras del autor mismo y de sus intérpretes.

La tarea consistiría entonces en seleccionar, en separar todo el orden geológico que crece alrededor de una piedra perdida. Es posible que este sea el texto de un autor, *Critique du droit politique hégélien*, de Marx, de 1843. Pero es posible también que se trate de un autor diferente, por ejemplo Saint-Just, Blanqui o Leroux.

Una situación un poco diferente se presenta en el largo comentario que Abensour consagra al ensayo de Emmanuel Lévinas *Sobre la filosofía del hitlerismo*. Se trata de preconizar una teoría del texto, o mejor aún una fenomenología del texto por la que la actividad de denuncia es puesta en paralelo con la actividad de interpretación. En un texto de este género, no habrá programas de orientación ideológica mediada por sistemas de adjetivos que golpean la conciencia del



lector. Por el contrario, habrá análisis que conducen a la esencia de la verdad presentada pero no sabida que el texto posee. De esta manera, se trata de un texto susceptible de despertar “sentimientos elementales”.

Tenemos aquí otra idea del texto que tendría por tarea liberar de su encierro las significaciones que permanecen en el filón ignorado del autor mismo. Sin embargo, no se trata de un texto suplementario que Miguel Abensour habría tenido que escribir como si Lévinas no hubiese sido lo bastante claro en su trabajo de 1934. Se trata de otro tipo de texto, difícil de justificar pero esencial en la vida del conocimiento: el texto que se presenta al lector tiene por misión salvadora hacer resurgir otro texto, ni sumergido ni anulado, sino que se arriesga a ser confundido con la incesante continuidad de la cultura, continuidad apática y uniforme de las escrituras que condenan sin explicar o que explican sin perturbar.

Los textos de Miguel Abensour son escritos para salvar otros textos, aparentemente insignificantes o anómalos, pero lo escrito sobre Lévinas representa un caso diferente. Se trata, en efecto, de revelar, de hacer surgir el fondo del procedimiento retórico de Lévinas por sobre el fondo anterior, el del funcionamiento de la metafísica textual del hitlerismo. Aquí, según Abensour, Lévinas procede tomando las fuentes características de la fenomenología de Heidegger, con el fin de dirigirlas contra Heidegger mismo. De esta manera le hace comprender su error en los mismos términos con los que él trabaja su lenguaje profundo.

Para Abensour, los textos son pruebas “en acto” de un sentimiento utópico. Si hay utopía es porque hay una lectura de textos que hacen surgir sus líneas de fuga, sus nudos incesantemente no resueltos.

Esta revelación de lo que aún no es descubierto, pero que no es ni mito ni utopía, puede conducir a Abensour a un acercamiento de las propiedades del texto utópico con los signos enigmáticos de la historia. Es lo que impide, en los dos casos, remitir lo concreto a lo visible o a lo empírico. Se puede deducir de esto que el lector en acto que Miguel Abensour propone constituye una ética lectora que busca simultáneamente la emancipación en cuanto sentimiento histórico y en cuanto moral del texto, es decir problemática y vigilante. Se trata del texto que, pese a haber perdido sus lectores, sin embargo no perdió su capacidad redentora.

¿Por qué estos textos habrían renunciado a sus complementos de lectura? Acaso porque precisamente necesitaban otra lectura que habría sido precedida por estas incitaciones: “¿Habéis leído a Saint-Just?”, “¿Por qué leer a Blanqui?”, “¿Por qué leer la *Carta al doctor Deville* de Pierre Leroux?”. En este último caso es evidente que no estamos frente a una búsqueda parecida a la que Abensour emprende con el escrito de Lévinas. Frente a la carta que Leroux escribe

**No se trata tanto de teorizar sobre la utopía como de invocarla con textos propicios, a fin de discernir sus mecanismos y funcionamiento. Dicho de otro modo, se trata de crear en el lector sentimientos que, por una parte, revelen la existencia de pensamientos motivados por los actos de la imaginación libertaria, y, por otra parte, conduzcan al mismo lector a retomar, en su dinámica efectiva, la rareza de una lectura que extraiga su fuerza del acto mismo de su realización, de la posibilidad misma de que la lectura nos haya llamado la atención, del hecho, finalmente, de haber creado un lector de excepción: el lector que lee en este momento.**

para Deville, hay que comprender uno de los matices evocados por Abensour cuando muestra y desafía, con la rareza de textos menores, la desmesura de las teorías escritas.

No se trata tanto de teorizar sobre la utopía como de invocarla con textos propicios, a fin de discernir sus mecanismos y funcionamiento. Dicho de otro modo, se trata de crear en el lector sentimientos que, por una parte, revelen la existencia de pensamientos motivados por los actos de la imaginación libertaria, y, por otra parte, conduzcan al mismo lector a retomar, en su dinámica efectiva, la rareza de una lectura que extraiga su fuerza del acto mismo de su realización, de la posibilidad misma de que la lectura nos haya llamado la atención, del hecho, finalmente, de haber creado un lector de excepción: el lector que lee en este momento.

¿De qué manera Abensour llega a estas proposiciones, que, según nosotros, no describen nada mal su pensamiento utópico? Como ya lo hemos dicho, con un primer gesto de sorpresa que muestra una carencia lectora: “¿Habéis leído a Saint-Just?”.

Las conclusiones de Abensour se parecen aquí a aquella que lo conduce a afirmar que Lévinas pone a la fenomenología contra la fenomenología, la náusea sin alteridad y la náusea como malestar auténtico de una conciencia paradójica.

Llegamos así a Saint-Just contra Saint-Just. En efecto, no es fácil conservar esta paradoja que Abensour no pone en juego cuando se trata de Leroux o de Blanqui, sus héroes en estado de práctica textual efectiva, es decir, en estado de real apertura hacia la lectura emancipadora que incluso podríamos llamar lectura conmovedora.

Solo queda sacar a Blanqui de un nuevo encierro, con el que la metáfora y el nombre del gran prisionero se transforman, como todo en Miguel Abensour, en un nuevo plan de lectura. Un plan con un nombre que esta vez le pertenece: una lectura autorreflexionada y reveladora; una lectura no portadora de una teoría, sino de una efusión teórica; en suma, una lectura autorizada por una náusea emancipadora.

Tomamos el término náusea porque es precisamente la noción que Abensour problematiza, en el caso del hitlerismo, en tanto categoría filosófica, es decir, en tanto categoría textual que debe atravesar una nueva paradoja a fin de ser revelada: es una náusea corporal, repleta al mismo tiempo como náusea-rechazo, incluso sombría, de opresión.

Si en el caso de la *Carta al doctor Deville*, de Pierre Leroux, se trata de una pieza que habría que hacer pasar por otros cuerpos textuales para que sea completamente reconstituida (reconstitución de carácter utópico), en el caso de Blanqui todavía hay que liberar los textos para que puedan ser leídos. En los dos casos, el texto a releer y el texto a liberar tienen el efecto citado en el posfacio a *La eternidad por los astros*: se trata del efecto “clinamen” por el que algo cambia de ruta, se añade, se instala de manera inesperada y triza la homogeneidad de un orden interpretativo que ya no necesita nuevos textos, pues nacieron ya todos interpretados.

Con los textos de Saint-Just, sin embargo, hay que tomar en cuenta, como lo hemos visto, que ellos se sitúan en el lugar de un vacío conceptual insoportable. En ese vacío, la profecía libertaria y la promesa del Terror

viven juntas en un tipo de escritura conspiracionista, tal vez producto de la imposible lectura literal de esos textos, y de la posibilidad de verlos como otros tantos textos que hay que salvar de sí mismos.

Nos permitimos destacar la existencia del concepto de conspiración en el *Rapport sur les factions de l'étranger*, en el *Rapport sur la police générale*, en el *Rapport sur conjuration* y en las *Institutions républicaines*. Lo invocamos con el fin de exhibir su inspiración política y su método de lectura. La manera como procede Miguel Abensour, que invita a sus contemporáneos a abrir el cofre de lecturas relegadas, no es más que un gesto que se empapa de algo del sentimiento general de la conspiración. De esta manera, leer se transforma en sinónimo de salvar, y al mismo tiempo de estar en peligro si el escrito que deambula en la noche como los astros de Blanqui, ofreciendo un doblez, encuentra nuestra distracción o nuestro perezoso sentido de la justicia.

Es por ello que la efervescencia que produce la lectura de Saint-Just necesita de la pregunta de Abensour, la pregunta por excelencia: “¿Habéis leído a Saint-Just?”. En la voz del maestro que nos interroga en un tono amistoso, y con una sagacidad conspiradora, hay un método, una moral y una escritura. No hay que responder “sí, lo leímos”. Más bien hay que decir que siempre estamos aprendiendo a leer porque siempre hay en la lectura serenidad y náusea. Porque habrá siempre un escrito que, salvado del naufragio, aportará lucidez, y siempre habrá un escrito que, leído contra él mismo, será arrancado a su propia penuria.

## Escritos franceses (II) El filósofo de las formas incompletas

Por Horacio González

Publicado en Elsa Donato et ál. (comps.), *Patrice Vermeren par nous-mêmes / Nosotros mismos*, Buenos Aires, Caterva, 2017.

Filósofo incesante de las formas del encuentro, Patrice no es el celador de una filosofía sino el mensajero, el nómada que inventó un impulso y un viaje filosófico. El impulso es lo que lo lleva a estimular olvidadas destrezas filosóficas en nuevas oleadas de estudiantes; el viaje es lo que lo sitúa en la tradición peripatética del pensador ambulante, creando tribunas que se nutren de su experiencia y de las que él mismo se nutre. Sus estudios lo llevaron a interesarse por otros filósofos, algunos marginales y otros que revisiten el ruidoso título de “filósofos del Estado”, sin que quede duda de que él prefiere a los que no forman parte de un cuadro establecido. Patrice es un ácrata introvertido, no es figurante de ninguna proclama sino secreto exponente de la doctrina libertaria de que, se esté donde se esté, siempre se puede ser libre. Los empeños visibles en que se ocupa son aquellos que llevan al intercambio, a la organización, al texto que solemos llamar ponencia, a la escucha mutua regida por los ritos proliferantes de jornadas, coloquios y seminarios. Pero en las vetas interiores de estos actos, Patrice preserva el sentido de la errancia, del emigrado permanente, del caminante que se detiene momentáneamente en un simposio para luego seguir el llamado de su doctrina andariega.

En París dirige una de las más importantes carreras de Filosofía en el

mundo; en Buenos Aires no abandona nada de lo suyo, pero un tímido reflejo, que sin embargo asoma, lo convierte en lo que en cierto tiempo se llamó un “filósofo de estaño”, cercano al espontáneo hablar con el cuerpo apoyado sobre el mostrador de los bares. Sé que las relaciones entre la asentada filosofía francesa (pero que siempre expone nuevos síntomas de renovación) y el balbuceo latinoamericano (que no es un mero espejo pero aún lucha por saberse a sí mismo) han atravesado muchos momentos de diálogo, acomodamiento o transfiguración. Pero con Patrice estos vínculos reconocibles pierden su aspecto canónico, y sentimos que nuevamente quedan en manos de una promesa de reinención. Lógicamente, cree que la filosofía precisa un cuidado de las instituciones, un procedimiento pedagógico, ciertos rituales de lecturas. Pero esto lo creen casi todos. El filósofo espontáneo refugiado en su intuición y en su libre opinar con ingenio y sutileza no es precisamente lo que ahora predomina como modelo de intervención entre los jóvenes filósofos. Me parece evidente que Patrice busca la filosofía en los extramuros, no en sus cartujas habituales. Percibe el plano nunca estrictamente declarado que desde los filósofos más antiguos sería el hábitáculo secreto del filosofar “sin supuestos”, y llama a quienquiera que ensaye aquello que tiene sin saber que lo tiene. Lo indefinible de la filosofía lo toca muy profundamente, y lo aloja dentro de sus inconmensurables prácticas de organizador de biografías filosóficas. Hace pues las dos cosas, sin las cuales no podría esgrimir con la misma fuerza la idea de que hay un destello oculto de democracia vitalista en el soplo que lleva a filosofar sin distinciones,

veredictos, publicaciones o ponencias. Los coloquios que van develando aptitudes y compromisos conviven con el golpe súbito de los tacos de billar, donde se percibe la apuesta por el filósofo repentino, el que se arrojaba al vacío inspirado por la presencia de Patrice, universitario y peregrino.

Hace muchos años, cuando lo conocí, tenía la idea de una “aclimatación” de las ideas filosóficas francesas en nuestros países. Razón no le faltaba, pues esta no era solo una perspectiva académica dominante, sino también lo que los propios filósofos latinoamericanos pensaban de su propia actividad en relación con las referencias dominantes, en este caso francesas. No obstante, el modo en que trata José Ingenieros la obra de Émile Boutroux —que es posible revisar hoy con criterios menos ligados a la “recepción” de un mundo cultural por otro menos vigoroso— o los propios casos de Amadeo Jacques y Paul Groussac, con sus intervenciones directas en la institucionalidad cultural argentina —el último, un decidido antidreyfusard—, muestran una posible mutación interna en el esquema “repcionista”. No actúa exactamente así Echeverría ante Leroux ni —mucho tiempo después— Borges frente a Roger Caillois. Pero en este subsuelo tan movedizo, también es necesario evaluar los contactos de Henri Lefebvre con Héctor P. Agosti o la correspondencia de Raúl Gustavo Aguirre con René Char, sin dejar de lado el vínculo —no estrecho ni estrictamente discipular, pero sí todavía inspirador de necesarias reflexiones— entre Ernesto Sabato y Albert Camus, y un poco antes el de Manuel Ugarte con Henri Barbusse, todos los cuales,

despojados de condescendencia señorial o de oculta petulancia, son parte de una larga relación y urdimbre, que a mi juicio la presencia de Patrice en nuestro país y en otros de Latinoamérica contribuye a despejar y ofrecer con interés renovado a la discusión en común.

Patrice ha valorado el trabajo filosófico de dos estimables filósofos fallecidos, el argentino Arturo Andrés Roig y el chileno Humberto Gianini, ambos exponentes genuinos de tradiciones de mucha vitalidad entre nosotros: la historia de las ideas latinoamericanas sin abandonar un signo de valor en la reflexión de la cotidianidad y la fenomenología de la vida diaria pero sin abandonar la historia general de las ideas. Patrice convivió con ellos como con cientos de estudiantes, que van desde los muchachos y muchachas que transitan por los bares de Buenos Aires hasta sus castigados compañeros de la república haitiana, arco existencial que caracteriza la red oceánica que ha lanzado Patrice y que sigue empeñosamente arrojando, uniendo las extremidades de la vida activa que las duras condiciones de todo momento histórico crean como antagonismo y van disolviendo como misteriosa coalición de contrarios.

Así lo revela también su interés por Victor Cousin y al mismo tiempo por el filósofo italiano Giuseppe Ferrari, al que algo le impide ser un anticipador de Gramsci, pero no el inspirador de un modo de tratar las instituciones que Patrice ha tenido bien en cuenta: dentro y fuera de ellas, pero, si dentro, redimiendo los cimientos lejanos de libertad que las fundamentan, pero a los que ellas dejan a menudo recubiertos de herrumbre.

### Escritos franceses (III)

#### El pensamiento universitario argentino a la escucha de los ecos franceses

Por Horacio González

Texto publicado en francés y traducido por Anne Maurel: “La pensée universitaire argentine à l’écoute des échos français”, *Le Télémaque, Réformes de la philosophie et de l’Université, contextes français et latino-américains*, Caen, Presses Universitaires de Caen, 2018.

Cuando José Ingenieros escribe en 1916 su programa sobre la Universidad del porvenir, dos años antes de la célebre Reforma Universitaria de 1918, imagina que las facultades de Filosofía pasarían a ser “el eje espiritual de las universidades”. Tocaba una cuerda esencial de un debate que tenía muchos siglos, y que significaba poner un signo de interrogación sobre lo que toda la cultura occidental universitaria llamaba profesión, es decir, un conjunto de destrezas aprendidas que definen a un ser humano por la distinción ocupacional que le proporciona el reconocimiento institucional de sus habilidades, oficios o lenguajes, con la presunción del beneficio social de por medio. ¿Y si el conocimiento fuera algo más que lo que ofrecía una identidad profesional? Este sería el núcleo de la cuestión universitaria, si somos capaces de tolerar siquiera un momento la aparente simplificación de una cuestión tan delicada. Si se le agrega a la idea profesional la condición vocacional, evidentemente esta última puede o no sumergirse en la primera, a modo de voz silenciosa que mantiene el andamiaje de un conjunto de conocimiento técnicos.

Si nuestros idiomas corrientes permiten diferenciar el camino profesional de

la atmósfera vocacional, obtenemos la encrucijada mayor de la idea fundante de las universidades, pues estas no existen al margen de una idea de diálogo silencioso, intermitente pero intenso entre ambas dimensiones. Un énfasis tan solo en la profesionalización, con ser indispensable, no hace de los institutos de enseñanza una universidad. Es necesaria la presencia de un don, un indicio vital que puede definirse perfectamente como una disposición, que no es un misterio introspectivo, pero que en su tramo último contiene cierto enigma. Eso lleva a querer nombrarlo como vislumbre de un orden universal que recorre todos los conocimientos ordenados en cuadros de aprendizaje o de saberes, y que, escurridizo a los nombres, a veces se menciona como un “eje espiritual”, y a menudo, como en el caso del célebre manifiesto de la Reforma Universitaria en Córdoba de 1918, como una incompatibilidad entre ciencia y universidad, que hay urgentemente que resolver. El llamado *Manifiesto liminar* de 1918 comprobaba que

La ciencia, frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Cuando en un rapto fugaz abre sus puertas a los altos espíritus es para arrepentirse luego y hacerles imposible la vida en su recinto. Por eso es que, dentro de semejante régimen, las fuerzas naturales llevan a mediocritar la enseñanza, y el ensanchamiento vital de los organismos universitarios no es el fruto del desarrollo orgánico, sino el aliento de la periodicidad revolucionaria.

Este escrito tiene su complejidad, no siempre asumida. Llama “rapto fugaz” a los escasos momentos en que

el conocimiento se abre a su otro —la vocación, el don—, pero en un “arrepentimiento” burocrático las cosas vuelven a su “mediocridad”. No es que el soplo vital no insista, ni siquiera que sea expulsado para siempre, pero visita a las casas universitarias de modo casual, azaroso, inorgánico. Por eso es necesaria la “periodicidad de la revolución”. Podemos situar lo fugaz del conocimiento como la llama vocacional y el arrepentimiento institucional como el triunfo del saber competente del profesional. Cada tanto hay que corregir el desequilibrio para hacer a esa fugacidad mucho más amplia, de allí la necesidad de que las universidades estén siempre en situación de latencia revolucionaria. Quizá no conocía José Ingenieros el luego tan difundido escrito de Kant sobre el conflicto de las facultades, pero sería posible decir que de una manera ingenua lo reproducía en las condiciones del positivismo argentino. ¿A qué se llamaba filosofía? A la cualidad de pensar el positivismo desde aquello que presuntamente dejaba de lado: la metafísica y la contingencia. Émile Boutroux, al que José Ingenieros le dedica un amplio estudio poco después de su fallecimiento —es uno de sus libros menos estudiados—, permite mostrar hasta qué punto su muy consultado escrito de décadas atrás, *De la contingencia de las leyes de la naturaleza*, había trazado un panorama gnoseológico que no le había sido indiferente a los diversos positivismos que se expresaban en la Argentina. Esto habilitaba al positivismo, si corría con la mala suerte de ser tan sumariamente definido, para mostrar un mundo más rico en significaciones, percibiéndolo entonces como producto de “un cierto grado de contingencia verdaderamente irreductible”. Si este contingencialismo era

visto entonces como compañero insuperable de la ciencia de leyes naturales, podía hacer con irreverencia su verdadero trabajo, con lo que estábamos ante el sorprendente caso de que “las leyes de la naturaleza no son suficientes en sí mismas”. Por lo cual el punto de vista de comprensión racional sufre un descompás cuando el orden de las ideas lucha siempre con la duda de coincidir o no con “el orden de fenómenos”.

¿No hay aquí cierto aire familiar, en este interrogante sobre el conocimiento de lo inesperado en el corazón mismo de la regularidad de la naturaleza, a lo que se proponían los reformismos universitarios durante los siglos XIX y XX? La irregularidad, como invitada inherente en las confiantes fórmulas de la regularidad, pudo ser llamada como un acto de espiritualismo en la fisura insospechada que crecía dentro de la razón positiva —como un musgo rebelde dentro de la piedra húmeda—, pero tampoco desconoció el acto por el cual supo calificársela de mito. Los estudios sobre el positivismo argentino de Oscar Terán apelaron para señalar esta aparente rareza a la expresión positivismo espiritualista. En el caso de Ingenieros, se podía señalar también un giro hacia el esoterismo. Pero si no olvidamos los ataques a este positivismo (cuyo nombre, es justo decirlo, no conformaba siquiera al propio Ingenieros), que fue practicado también por otra rama fundamental de la Reforma Universitaria —mencionaremos muy especialmente aquí el caso de Carlos Astrada—, de inmediato deberíamos abocarnos a tratar una extraordinaria cuestión. Decía Astrada, aún no comenzada la década del veinte, en una diatriba contra Ingenieros, que

es el mito lo que ha fecundado la conciencia del mundo, esa conciencia que yacía sepultada bajo los escombros de valores inhumanos. Desde ella nos llega como una resonancia de leyenda la voz de sus profetas máximos: Dostoievsky, Tolstoi, Gorki, Lenin, Lunatcharsky —voz que dice el evangelio eterno del Hombre—. El mito ha surgido y desde la estepa llega reconfortante un aura humanista que rejuvenece la vieja vida.

Es evidente que para este joven filósofo, que recibe ya de Unamuno, ya de Bergson su inspiración mayor —y Astrada atravesó, hasta la década del setenta, estaciones fenomenológicas, dialécticas, heideggerianas, marxistas, mitopoéticas, etc.—, estaba en juego una galería de favoritos muy similar a la que Ingenieros promocionaba por esos mismos años. No se apartaba demasiado de Ingenieros a la hora de elegir preferencias rectoras. Si, como dijimos, este había escrito un largo estudio sobre Émile Boutroux, su antagonista Astrada dirá en su efusivo escrito anticlerical sobre la Reforma del 18, en el cual convoca a una *Kulturkampf* argentina:

Quiero terminar esta exposición con unas palabras de lo que podemos llamar el testamento filosófico de Emilio Boutroux y que consiste en una serena y profunda reflexión sobre *El porvenir del pensamiento humano*, que este varón preclaro escribió muy poco tiempo antes de morir: “El mundo”, dice Boutroux, “hasta aquí era una multiplicidad de grupos más o menos independientes. La palabra humanidad no representaba apenas más que una abstracción, que un concepto lógico. Gracias al progreso

inaudito de las comunicaciones, el mundo será en adelante una unidad. Todos los hombres son, de hecho, solidarios unos de otros, y hay para el porvenir una obra que cumplir, no una obra británica o francesa o americana, sino plenamente humana. Menester es que el pensamiento se eduque, se amplíe, se enriquezca, si quiere presidir la realización de esta inmensa área”. Si nuestro *Kulturkampf* ha de tener un lema, no puede ser otro que este: “¡Por la Humanidad y por la Libertad!”.

Por ese entonces, el *Kulturkampf* de Astrada se expresa contra el “patriotismo liberticida”, que adquiere diversos nombres en Europa y en la Argentina, y que, entre otros, se inspira en la obra del profesor Nicola, un amigo de Einstein que se exiliará luego en Córdoba, y que en su *Biología de la guerra* avizora los mantos despreciables con que se revisten esos llamados. No obstante, poco más de una década después, Astrada se mostrará interesado en el heideggeriano *Discurso del Rectorado*. El joven profesor argentino, destinado luego a ser el centro de una gran polémica, había sido discípulo de Heidegger, alumno de sus seminarios. El autor de *Ser y tiempo* había expresado su teoría universitaria de este modo:

la autoafirmación de la Universidad alemana es la voluntad originaria, común, de su esencia. Para nosotros, la Universidad alemana es la escuela superior que, desde la ciencia y mediante la ciencia, acoge, para su educación y disciplina, a los dirigentes y guardianes del destino del pueblo alemán. La voluntad de la esencia de la Universidad alemana es voluntad de ciencia en el sentido

de aceptar la misión espiritual histórica del pueblo alemán, pueblo que se conoce a sí mismo en su Estado. Ciencia y destino alemán tienen sobre todo que llegar, queriendo su esencia, al poder. Y lo lograrán si, y solo si, nosotros, profesores y alumnos, exponemos, por un lado, la ciencia a su más propia necesidad y, por otro, nos mantenemos firmes en el destino alemán con todo su apremio.

Lejos de la filosofía como “saber sin supuestos”, el espíritu como misión destinal alemana aparecía como eminente supuesto de la finalidad superior universitaria. José Ingenieros murió en 1924. Carlos Astrada lo sobrevivió casi cinco décadas. En un remoto continente respecto del lugar primigenio en que se habían dado estos debates, se estaba dirimiendo, con otros nombres, si la filosofía “lleva la antorcha de la teología” o si esta lleva desde atrás la “cola de novia de la filosofía”. En términos como estos se había expresado Kant en su idea del conflicto de la facultades —es decir, una duda sobre si un saber presuntamente inferior podía hacerse cargo del resto de los saberes—, y, si bien ya no se reiteraban los términos de este dilema sobre la invisible omnipresencia de la filosofía, esta se revestía, para reaparecer, de riesgosos términos, como el de “autoafirmación”, que venía a significar casi lo mismo que “destino”.

La vacilación sobre el lugar de la filosofía, entre la antorcha guía y la servicialidad a las grandes investiduras profesionistas, y la propia “periodicidad revolucionaria” que postularon en la Argentina los militantes estudiantiles cordobeses de 1918, se resolvía —y en los compromisos de uno de ellos, quizás el filosóficamente mejor



dotado— como una vocación asociativa a través de un decisionismo regenerativo absoluto, que no negaba las profesiones pero las ponía enteramente a la altura de una vocación colectiva de reparación nacional. Astrada concluiría su tarea filosófica hacia los años sesenta en una cercanía con el maoísmo, al que concebía como una promesa filosófica y tecnológica para los pueblos del Ter-

cer Mundo. Aquí sí la bomba atómica anunciada por el Estado chino le parecía —luego de una conversación con Mao en Pekín— un rasgo esencial de la dialéctica, pues ponía la ciencia al servicio de la defensa de las revoluciones en los pueblos del Tercer Mundo.

No obstante, Astrada, en uno de los tantos capítulos de su desgarrada vida intelectual, atravesada por el alberdismo, esto es, el incisivo modo

en que el joven tucumano Juan Bautista Alberdi, en el siglo XIX argentino, había tratado diversos temas del derecho, la filosofía y la política, en especial su opúsculo de madurez, *El crimen de la guerra*, donde condena tanto la guerra contra el Paraguay como la guerra franco-prusiana de 1870. Para Astrada era oportuno citar ese escrito luego del estallido de la bomba atómica en Hiroshima, y

este filósofo, que ahora dirigía el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires y mantenía en ese momento un fuerte apoyo al gobierno peronista, se entregaba a la extraordinaria tarea de advertir a los militares sobre la inconveniencia del concepto de “movilización total”, que él había leído en Jünger. Se dirigía al peronismo, pero curiosamente los que poco después lo pusieron en práctica fueron los golpistas de 1955, incluyendo fusilamientos a los partidarios del gobierno anterior. Alberdi era el filósofo argentino más recordable del siglo XIX, y sus señales de ramificación se extendieron en todo el siglo posterior debido a la imposibilidad de ubicarlo plenamente en alguna de las corrientes ideológicas más notorias. Su lugar excéntrico se debía tanto a su idea romántica de la necesidad de la filosofía para fundar una nación (era estudiante de la Facultad de Derecho y le faltaba una materia para obtener su graduación) como a sus duros veredictos sobre los hombres poderosos de su época, Mitre y Sarmiento. Lector de Savigny y de Victor Cousin, y de una larga serie de autores franceses —además de Vico, una moda en la Buenos Aires de 1837—, convertirá a su escrito *Fragmento preliminar al estudio del derecho* en el más importante libro de filosofía en la Argentina del siglo XIX. Llevará el sello de un libro que actúa como piel sensible al mapa de los autores europeos que cita en apretados racimos. Eso no le quita originalidad, pues desde la cita imperfecta y apresurada construye una novedad política con la idea de que una filosofía del derecho popular fundamentaría el poder decisorio nacional. Y todo eso durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas,

**Es este entrelazamiento de nombres de la “filosofía moral, a la altura de lo que se halla en este instante en Europa”, lo que obliga a un juicio ecuaníme sobre la historia de la cultura y de la lectura argentina en relación con la manera en que se sitúa cada donatario de una novedad cultural de extramuros para considerarse poseedor del derecho del iniciador o del pionero de una tradición teórica o una colección ensamblada de conceptos. No hay universidad argentina sin estos acoples y transferencias, pero tampoco la hay sin los pronunciados y periódicos ejercicios de renegación autoctonista.**

al que toda la generación del mismo Alberdi —en gran medida formada por el viaje a París, donde se encontrarían con las derivaciones del pensamiento de Saint-Simon— condenaba por déspota, sanguinario y “contrario a las Luces”.

Elegimos una cita a pie de página para confirmar el modo en que este libro de Alberdi, el *Fragmento preliminar*, de algún modo refuerza la ya insinuada propensión de la filosofía argentina a actuar por fragmentos obtenidos de heteróclitas citas, y a considerarse en cada momento en un estadio “preliminar”. Solo en el *Manifiesto* reformista universitario de 1918 esta preliminariedad pasa así a ser liminar. La cita que indicamos, el umbral del umbral de la universidad argentina, la leemos aquí:

La teoría del fundamento moral del derecho que acabamos de exponer no es propiedad nuestra. En este momento se ocupa M. Jouffroy, una de las primeras capacidades metafísicas de este siglo, de la publicación anual de una obra vasta, en que desarrolla esta teoría bajo una forma de la más alta severidad científica. Tampoco pertenece a M. Jouffroy el fondo de esta doctrina, cuyo germen viene de la filosofía antigua, y su desarrollo pertenece a la filosofía moderna. Jouffroy la debe a su maestro Cousin: Cousin la debe a los escoceses, y en especial a su maestro de filosofía moral, Kant, que la tomó en las inspiraciones del estoicismo y del platonismo, y en esa ocasión, como en otras, Jouffroy parece también haberse inspirado en las páginas fecundas de Pascal (véanse los *Pensamientos*, segunda parte, ar. 17, pen. 70). Al exponerla en este lugar a nuestro modo, creemos iniciar

a nuestros colegas en la altura en que la filosofía moral se halla en este instante en Europa, con respecto al problema del fundamento moral del derecho.

Se debe apreciar aquí el modelo de cita encadenada, que parte de Jouffroy, como en otros casos partirá de Lamennais. Y esto lo lleva a Cousin, y este a los escoceses, como así también a Pascal, en la doble vía de aquellos dos autores antecitados.

Es este entrelazamiento de nombres de la “filosofía moral, a la altura de lo que se halla en este instante en Europa”, lo que obliga a un juicio ecuánime sobre la historia de la cultura y de la lectura argentina en relación con la manera en que se sitúa cada donatario de una novedad cultural de extramuros para considerarse poseedor del derecho del iniciador o del pionero de una tradición teórica o una colección ensamblada de conceptos. No hay universidad argentina sin estos acoples y transferencias, pero tampoco la hay sin los pronunciados y periódicos ejercicios de renegación autoctonista.

Seguramente ajeno al modo en que su nombre repercutía entre los jóvenes intelectuales de Buenos Aires, Victor Cousin, miembro del Consejo Superior de Instrucción Pública en 1831, afirma la necesidad de centralizar los estudios universitarios —según el modelo alemán—, a fin de que “la ciencia y la patria” no formen “letrados frívolos”, espíritus ajenos al movimiento general de las necesidades del Estado, entendido como una instancia donde se pasa revista al pasado filosófico, se realiza su historia y se instituye un tribunal de enjuiciamiento que procura establecer la verdad o falsedad de cada sistema de ideas. En donde el eclecticismo —siguiendo la reconstrucción tan

precisa que hace Patrice Vermeren— se convierte en su idea de universidad en una sombra filosófica del Estado y de sus reclamos de legitimidad en el campo de la filosofía. Si por un momento pudo pensarse que la universidad alemana se erguía por el estímulo que en un Kant o un Hegel provocaba la revolución de 1789, ahora era preciso acudir al movimiento contrario, por el cual la Universidad de Jena ofrecería un modelo tanto de programa de estudios como de reclutamiento de profesores y establecimiento de jurados ante los cuales se leerían los trabajos e investigaciones filosóficas, en el escenario grandioso de solemnes asambleas.

Es habitual considerar que la Reforma Universitaria cordobesa de 1918 entrega ciertos antecedentes, de ninguna manera tan tímidos, a los tan formidables sucesos de mayo de 1968 en París. La crítica al profesorado pomposo y tedioso, parte de una burocracia académica, son tópicos compartidos. La Reforma argentina, por la vía de su gran publicista Deodoro Roca, condenó como un símil del poder burgués el modo en que realizaban los exámenes, tópico esencial del poder académico y la reproducción social del dominio de clase a través de un orden pedagógico congelado. Mayo del 68 se extendió en cambio hacia una reflexión colectiva sobre la crisis de la conciencia obrera, el papel adormecedor de las grandes tecnologías del capitalismo y el espectáculo como modelo social de un orden fetichista, que se hacía pasar por una democratización del espectador. Pero Deodoro Roca es un hombre de la ilustración de izquierda en la Argentina y Marcuse uno de los últimos representantes del hegelianismo de izquierda atravesado por un proyecto de estetización libertaria de la conciencia y una teogonía del eros.

David Viñas, un crítico fundamental de la historia cultural argentina, en 1982 dirigió un número de *Les Temps Modernes*, a instancias de Claude Lanzmann. Sartre había fallecido poco antes. El tema era la Argentina y la resistencia a la dictadura militar de esa época. Viñas, como crítico, literato y figura pública, es inclasificable, pero podemos ensayar un concepto: criollismo existencialista. Celoso de una vida intelectual que tomara exclusivamente modelos franceses, pero encargado ahora de un número de la revista de Sartre, estaba obligado a un balance. Y así, escribió en esa célebre revista:

Desde Francia se emiten consignas, se levantan brazos, se agitan pañuelos, se llama, se saluda. Y desde allá, se les responde: “Un país que no coloniza está indefectiblemente condenado al socialismo” (Renan, 1871); “Una Argentina poblada de gauchos y de indios, no es más que un desierto” (Sarmiento, 1873); “Las colonias son, para los países ricos, una inversión de capitales de lo más ventajosa” (Jules Ferry, 1885); “Capitales. ¡Y envíeme brazos, brazos y más brazos!” (Carta del general Roca a Miguel Cané, 1886). “Ideas de civilización del más alto calibre están ahí... hay que decirlo abiertamente: las razas superiores tienen el derecho de civilizar a las razas inferiores” (Jules Ferry, 1885). “Se dirá tal vez que reemplazar las razas locales, pintorescas e ingenuas, por las razas caucásicas es una cosa injusta. Pero este cambio contribuirá al progreso” (Sarmiento, 1886).

Era un intento de establecer una complementariedad asimétrica entre las culturas francesas y argentinas: las veía a ambas

en sus aristas más vinculadas al colonialismo. Caían en esa abjuración figuras como Sarmiento y Jules Ferry, ambos con certificados máximos de orientadores de la educación pública de sus países. Viñas es autor de una gran obra crítica y ficcional en torno a las tragedias de desenraizamiento de la cultura argentina. No deja fuera del alcance de sus agrias estocadas a la figura de Amadeo Jacques. Este se había destacado en sus intervenciones en favor de la instrucción pública argentina, como republicano exilado en Latinoamérica, luego de sus desventuras ante el gobierno de Napoleón III, cuestión mucho más importante que sus desavenencias con Victor Cousin. La actuación de Jacques en la educación argentina es recordada habitualmente con respeto y complacencia. Es notorio su paso por la rectoría del Colegio Nacional de Buenos Aires. No obstante, este republicano, fundador del periódico *La Liberté de Penser*, tiene ocasión de hacer un informe sobre los indígenas del Chaco en el cual recomienda las medidas más extremas para arrasarlos de sus comunidades. Podemos concluir imaginando que la universidad en la que pensaba Viñas —durante muchos años director del Instituto de Literatura Argentina, uno de los núcleos fundamentales de la educación superior del país— debía asumir, más que el conflicto de facultades, el conflicto entre las perspectivas universalistas del conocimiento y lo que por esa época se comenzaba a llamar la “cultura de los pueblos originarios”. Seguramente este pensamiento le surgía mientras desde el ventanal de este viejo Instituto fundado por Ricardo Rojas, uno de los más importantes rectores de la historia de la Universidad de Buenos Aires, podía mirar el complejo movimiento del puerto de la ciudad, en las aguas color león del Río de la Plata.

## Escritos franceses (IV)

### Entrevista a Horacio González

Realizada en mayo de 2018 e incluida en A. Chausovsky, E. Donato, P. Vermeren y A. Weler (dirs.), *La philosophie interrompue. Venir après la Reforma Universitaria de 1918 et Mai 68*, París, L'Harmattan, 2021, y en E. Donato y V. Díaz, “Horacio. La gran conversación”, <https://cuadernowhr.com/2021/06/23/horacio-la-gran-conversacion>.

**Martín Cortés:** Buenas tardes, buenas noches. Aquí estamos, conversando con Horacio González, a pedido de nuestro amigo en común, Patrice Vermeren, y a pedido de todos los amigos y amigas que están allí, en el coloquio en París, sobre la Reforma del 18, sobre Mayo del 68, sobre la historia y el tiempo, sobre todo lo que ha pasado. Y bueno, un poco antes de comenzar a grabar, conversábamos sobre la Reforma, sus legados, su modo de persistir en el tiempo. En fin, quizás podríamos, Horacio, comenzar con...

**Horacio González:** Bueno. Todos fuimos militantes estudiantiles. Hubo un tiempo en el que nuestra memoria, simplificada bajo toda clase de formalismos... preferimos denominarlo un tiempo lejano... Y en ese tiempo lejano repartíamos panfletos en las puertas de las universidades. Entrábamos a las aulas donde había profesores que en general aceptaban la irrupción del militante estudiantil que le robaba unos minutos a su clase, con la secreta ilusión también de robarle la clase entera, cosa que habitualmente no sucedía. Y si participábamos de algún partido político de izquierda también repartíamos volantes en las puertas de las fábricas. Esta era una

expresión consagrada, para lo cual había que levantarse de madrugada. Eso introducía una cierta inquietud en la vida estudiantil, porque en general la madrugada del estudiante puede ser de estudio, puede tener variaciones extraordinarias desde el punto de vista erótico, también. Pero la variación fabril de la madrugada estudiantil complementaba a veces también de una manera etérea la ilusión del militante respecto a ese tiempo que, recordado hoy, bajo los efectos más o menos misteriosos que introduce el recuerdo, invita a ser prudentes con la idea de que ya no somos ninguna clase de militantes y de que la etapa estudiantil quedó relegada a un pasado que formó parte de una juvenilia que de ninguna manera se podría repetir. Somos piadosos con ese pasado. Lo alojamos en una cápsula que lo protege del futuro, que sin dudas fue inclemente con ese pasado, y lo recordamos con una suerte... una forma del afecto que llamamos melancolía. Es decir, la imposibilidad de recuperar aquel tiempo que, sin embargo, nos gusta más ahora que en ese momento.

**Senda Sferco:** Genial.

**HG:** Cuando hoy, ya viejos profesores, vemos entrar a un militante estudiantil a disputarnos la clase, inmediatamente se nos presenta el acertijo del pasado como un mito que está permanentemente presente ante nosotros, listo para disponerse como burla, ante nuestro intento difuso de impedir que ese estudiante que éramos nosotros hace cincuenta años nos robe preciosos minutos para explicar nuestro Habermas, nuestro Rancière o nuestro Benjamin, o nuestro Mariátegui o nuestro José Ingenieros.

De modo tal que no podemos negar ese pasado de militancia, porque hoy somos militantes de otra clase de militancia, que, a diferencia de aquella, no sabemos definir muy bien. Si la militancia es el reino de la certeza y un conjunto de enunciados sostenidos por un conjunto de demostraciones históricas, por un conjunto de argumentaciones que están siempre dispuestas para refutar la argumentación contraria, hoy seríamos militantes de una suerte de insustentabilidad de nuestra vida, pero no por ello menos militantes. Entonces encontramos que hay en disputa dos maneras, dos estilos, dos filosofías de la militancia: aquella que puede explicarse a sí misma, sin ningún esfuerzo, y aquella que tiene en su interior y contiene como un relicario a la que interroga permanentemente, que es el pasado que por un lado se siente desmerecido ante las inciertas militancias actuales, y por otro lado agradece no haber protagonizado el paso que sí le tocó a muchos de ser el militante interrumpido, ya sea porque la militancia era efectivamente una etapa, que sin que se lo previera de una manera explícita tenía ya acotados sus tiempos, es decir, era un segmento del tiempo que tenía como destino su debilitamiento o su clausura, o, como pasó en muchos casos en la Argentina, que esa militancia subiera varios pedregales y se asociara a un sentimiento que no es seguro que todo militante tenga, que es el sentimiento sacrificial que, una vez puesto un conjunto de valores revolucionarios por encima de la vida cotidiana, de la vida amorosa, de la vida estudiantil, de la vida del estudioso o de la vida del que proyecta la continuidad de sus estudios en la vocación profesoral, lo hubiera inscripto en alguna de las tantas maneras

que había de protagonizar la militancia al borde del abismo. Es decir, el militante que canjeaba su literatura militante, el panfleto revolucionario, por el hecho de las armas: el militante armado. Esta no fue la idea de la Reforma Universitaria del 18. Lo que la caracteriza son, si usamos el fácil recurso de pensar imágenes, imágenes que han quedado en una memoria icónica nacional. Son los estudiantes subidos al techo de la universidad erigiendo una bandera. Este hecho fue reproducido, porque esa foto de 1918, que salió en la revista *Caras y Caretas* de aquel momento, tiene una sobrecarga épica de gran interés porque la universidad tiene un emblema, un escudo, una frase en latín, que invita a la sapiencia, invita al rigor, invita a la tolerancia. Toda universidad la tiene, incluso las más nuevas. Y aquellos estudiantes con sombreritos, vestidos a la manera de 1918, con una bandera que sustituye los ornamentos oficiales de la universidad, suponen un hecho panfletario. El panfleto hoy sustituido por el... bueno, hay volantes, hay panfletos, pero hay una palabra en internet que sustituye a la palabra panfleto... el *flyer*.

**MC y SS:** El *flyer*.

**HG:** Bueno, de todas maneras conserva la idea de algo que vuela. Y en el panfleto, de la palabra *pamphlet*, sin duda está el acompañamiento del viento. De algún modo hace el papel de la memoria, el papel de una cierta épica de la naturaleza. Esa foto fue inspiración de otra: hace poco lo leí en algún diario. Un grupo de actores reprodujo la escena, y se fotografió, por su parte, con tecnologías de imagen más avanzadas que aquellas. Pero la escena exigió

actores que se vistieran igual. La universidad preserva su misma arquitectura. La tentación de reproducir un hecho es muy fuerte, y la vida de las imágenes no solo lo permite, sino que podríamos invertir la idea de que existen las imágenes porque hay en la idea de lo humano la tentación permanente de reproducir un hecho y fijarlo por los medios que fueran. Esos medios son medios que provee la técnica. En la Comuna de París, hoy no se distinguen las fotos tomadas en aquel momento, como la famosa del derribo de la columna Vendôme, pero se conservan muchas que tiempo después reprodujeron actores: fusilamientos, creo que la propia columna Vendôme en el suelo también ha sido reproducida... Creo. Eso sería más difícil escenográficamente. Pero hoy ya no se distinguen; la reproducción parece formar parte del hecho real. Entonces, es ahí: el aniversario, la conmemoración como una forma activa de suponer que el presente prefigura algo del futuro. El presente siempre tiene la inquietud de negarse a sí mismo; tiene horror a la interrupción, digamos, siendo que, en general, creo que todo compromiso filosófico tiene una amistad hacia la interrupción. Es decir, tiene una fuerte propensión a tener, si no un enamoramiento, una complacencia hacia la finitud... Pensemos en aquella famosa foto del Mayo francés, con una bandera roja y un beso de dos jóvenes... Esa foto incluía una eminente formulación. Solo pueden ser instantáneos un beso, una bandera y una promesa revolucionaria. Esa instantaneidad es lo que el presente no sabe pensar. Porque el presente siempre se ve como una cadena de persecuciones y por lo tanto cree tener asegurado su futuro. Que una bandera proteja a esa situación, o sea, que la haga heráldica y que se haya

escuchado la frase “Sex Pol” quizá haya iniciado a muchos en la inquietud filosófica. ¿Cómo en la interrupción permanente de la filosofía pensar esas dos palabras, esos dos vocablos, dos conceptos, dos epistemes, digamos —palabra que en la época ya había aparecido con frecuencia en nuestro lenguaje—, cómo pensarlas así amputadas y que formaran lo que llamaríamos un excelso *flyer*: “Sex Pol”? Y entonces es evidente que el encriptamiento, digamos, a veces funesto de una palabra con otra, ambas seccionadas con una foto que presupone que la historia exige la fusión del amor con lo público y el hecho vincu-

**... hay libros melancólicos, son los más importantes de nuestras vidas; no los volvemos a leer, o quizá los volvemos a hojear, quizás hasta nos incomoda haberlos leído, porque ¿qué hicimos con esos libros? Marcuse, hoy, ¿qué significa decir Marcuse si en realidad decimos Derrida o Lezama Lima? No decimos Marcuse. Es como si hubiera sido sepultado por algo que se interrumpió. Si uno dice Goethe, no se interrumpió la lectura de Goethe o de Marx. Tuvo altibajos. No sé si es más interesante ser interrumpido en la lectura que tener altibajos.**

lado a una leyenda revolucionaria que descienda hacia la intimidad. Todo eso, en la militancia social, universitaria y política argentina, obligó a una reflexión que quizá perdure hasta hoy. Un año después estuvo el Cordobazo en Argentina. Que no se inició en la universidad. La universidad acompañó —el barrio de Clínicas de por medio— con la previsible vehemencia. Y ahí aparece el fantasma de toda movilización estudiantil: la clase obrera, los obreros movili-

dos. En la Córdoba de 1969, en esa Córdoba que es una ciudad que no nos equivocáramos mucho si la definiéramos como una ciudad confesional, secretamente confesional, aparecía una

clase obrera nueva, que era la clase obrera de las industrias automotrices, y el movimiento estudiantil veía cumplida su reiterada consigna de obreros y estudiantes actuando en conjunción, pero la iniciativa parecía venir del lado de la clase obrera. En la Reforma Universitaria, la izquierda de la Reforma Universitaria del año 18 sospechó que le faltaba algo a esa Reforma. Le faltaba el acompañamiento de la clase obrera, y eventualmente se la considera dentro del movimiento más o menos oceánico de las clases medias argentinas. Pero ocurre que, cuando la iniciativa la tiene el movimiento estudiantil, y eso pasó en Mayo del 68 también, el conjunto de la vida colectiva se hace una pregunta inevitable, interesante y a veces deliberadamente autocontenida por la magnitud que tiene: ¿es posible que la universidad, cuya vocación fundadora es la de preparar profesionales, mantener el conocimiento activo, producir su legado, elaborar herencias...? Como dice Maquiavelo: dialogar con los antiguos... Eso sería la idea de la universidad, está descrita en la sala de lectura de Maquiavelo, la idea de universidad... Y Córdoba en 1918 y Mayo de 1968, con cincuenta años de diferencia, vuelven a la ilusión del inicio de un trastocamiento, de un cambio de rumbo, de una cesura, de un corte, que podríamos poner a la cuenta de una interrupción respecto a textos célebres que se dedican a pensar cómo es el momento de inicio de un gran cambio. En general, la vida del conocimiento tiene casi siempre la fortuna de estar contemplada en el pensamiento de que de ella aparece, como fórmulas alquímicas, la idea de un inicio. Pero el movimiento estudiantil no. El movimiento estudiantil aparece como el sujeto menor que muchas veces, o demasiadas veces,

no está a la altura de ser el depositario de esa vida del conocimiento. La otra gran escena de Córdoba del año 18, además de ese acto de poner la bandera —lo tiene toda nación: Estados Unidos con la bandera de Iwo Jima, y la otra gran escena que se le contrapone: la puerta de Brandemburgo, los soldados soviéticos con la bandera roja—... es decir, tiene que haber siempre en la historia un puente, una universidad, una gran arquitectura. Las universidades antiguas recuerdan un poco arquitecturas neoclásicas, algunas barrocas, y siempre algún toque helénico hay, ¿no? Entonces, poner ahí una bandera... ejércitos y estudiantes suelen hacerlo. Por eso, eso nos lleva al problema del *initium*, perdonen que hable así. La otra gran escena de Córdoba del 18... Córdoba del 18 no se conoce por un mes; fue en junio, pero no es “Junio del 18”. No puso por delante la idea del tiempo, un mes. En cambio, tener un mes pertenece a la tradición francesa: cambian los meses; la tradición de la Revolución francesa. En cambio, la idea del movimiento social argentino tiene un mes: octubre, que es el mes de la Revolución rusa también, con el equívoco de que fue en noviembre, ¿no? Nadie dice “Junio del 18”; es “Córdoba 1918”. Ahí hay un manifiesto, hay un texto, como la foto que nos llegaba de Francia con el “Sex Pol”, más el nombre de Marcuse, más el nombre de Guy Debord, que fueron los textos que leímos. Yo aún los recuerdo; los recuerdo aminoradamente, como es el recuerdo. Es decir, hay libros melancólicos, son los más importantes de nuestras vidas; no los volvemos a leer, o quizá los volvemos a hojear, quizás hasta nos incomoda haberlos leído, porque ¿qué hicimos con esos libros? Marcuse, hoy, ¿qué significa decir Marcuse si en

realidad decimos Derrida o Lezama Lima? No decimos Marcuse. Es como si hubiera sido sepultado por algo que se interrumpió. Si uno dice Goethe, no se interrumpió la lectura de Goethe o de Marx. Tuvo altibajos. No sé si es más interesante ser interrumpido en la lectura que tener altibajos. Pero Marcuse fue muy cuestionado porque aquí se pensaba que la universidad no podía ser el inicio. Que el inicio estaba en la clase obrera, en la cual se creía fervorosamente en las izquierdas, y también en el movimiento social colectivo por excelencia de esos años, que era el peronismo. Entonces, el movimiento obrero era un sujeto de la historia, frase que en ese momento existía (con su vaporosidad hegeliana, digamos). Entonces, en junio del 18, en Córdoba, hay un texto, que no es una simple consigna, que no es un libro como *La sociedad del espectáculo* o *El hombre unidimensional*. Es un manifiesto, y ese manifiesto perdura. Perdura incluso en agrupaciones de izquierda. Se lee un manifiesto que no podríamos llamar sino un manifiesto de la Ilustración idealizada, donde la universidad parece como iniciadora. Ahí tenemos un núcleo de gran importancia. En los hechos ocurridos en ese momento, el gobierno de Yrigoyen, que era un gobernante que toleró, impulsó la Reforma Universitaria, y después, como ocurre con los movimientos sociales de ese tipo... no voy a decir de qué tipo porque incurriríamos en palabras que después es difícil explicar, pero son movimientos que irrumpen abonados por un deseo de pasar a un horizonte con mayor capacidad de convidarnos un tiempo nuevo. Eso fue el gobierno de Yrigoyen, que estimuló la Reforma Universitaria, mandó un interventor del gobierno nacional a que la estimulara y al mismo tiempo la



contuviera, contuviera sus excesos. Eso fue el gobierno de Yrigoyen respecto a la Reforma Universitaria: estimula el avance, y al mismo tiempo, desde el comienzo, prepara las fórmulas necesarias para contenerlo. Puede acompañar el manifiesto, que ciertamente no es un manifiesto yrigoyenista, pero no acompaña de ninguna manera otro gran suceso que contiene la Reforma, que es el acta por el cual el movimiento estudiantil, que surge prácticamente en ese momento, destina tres estudiantes avanzados a dirigir las facultades de Filosofía, de Medicina y de Ingeniería. Y eso ocurre durante bastante tiempo. Bastante tiempo puede ser un día. Eso ocurría con la gran mitología de los estudiantes goliardos en la Edad Media. Que también tiene que ver con el manifiesto. Al manifiesto de Córdoba no lo escribe ningún dirigente político importante de la Reforma. Lo escribe alguien que ya era un intelectual reconocido. Creo que incluso ya era un joven profesor —me parece—, que era Deodoro Roca. Que es una figura que aún hoy mantiene un atractivo importante para los que lo estudian y para los que lo rememoran. Incluso el nombre es extraño como nombre del idioma: “Deodoro”, que debe, seguramente, indicar que hay que adorar a Dios. Pero se trataba del laicismo argentino, el laicismo idealista, el positivismo idealista, el amor por la ciencia idealista, lo que llevaba a que en ese manifiesto se interpretara que el inicio, el tiempo de alumbramiento, digamos, surgiera de la universidad. Que de ese tiempo pensaba extraer un gran cambio social que involucrara a las clases trabajadoras y que incluso generara gobiernos. De hecho, había generado gobiernos universitarios... Porque la pregunta de la Reforma, antes que la pregunta por el

conocimiento, era la pregunta por quién gobernaba la universidad. Eso hoy podríamos hacerlo motivo de un gran debate. La universidad sigue preguntándose más quién gobierna la universidad que quién genera los canales adecuados para conducir el conocimiento y qué tipo de conocimiento es ese. Entonces, el manifiesto tiene tanta altura desde el punto de vista de sus pretensiones que aun en medio del positivismo, aun en medio del reclamo de que hubiera una ciencia moderna ante el clericalismo que gobernaba esa universidad monástica, coloca a los acontecimientos de 1918 a la altura de la Revolución de Mayo, de otro inicio. No lo dice de esa forma específica, pero lo coloca como el fin de una época. Porque la Revolución de Mayo todavía no había desarmado la gran arquitectura monástica, conservadora y burocrática del país. Entonces, la Reforma Universitaria tanto se pone como un episodio a la altura de la Revolución de Mayo de 1810, o sea, va a buscar en ese pasado específico la fundación de un país, como se pone como inicio de la revolución social. Entonces, la universidad, en ese manifiesto, aparece como el modelo de ciudad. Toda ciudad será universitaria. No lo dice exactamente el manifiesto, pero sí su autor, que tendrá después una destacada acción como intelectual independiente de la izquierda en el país. El manifiesto es un manifiesto que asocia conocimiento a ética. El conocimiento es el fundador de un sujeto de la ética. El sujeto de la ética vuelve circularmente a la idea del conocimiento. La escena de escritura del manifiesto es una sala llena de humo. Deodoro Roca se pasea alrededor del compañero escribiente. Es una gran escena, hoy impensada. Y es impensado hoy un manifiesto, de

carácter lírico, además. “Los dolores que nos quedan son las libertades que nos faltan”: esa equiparación de una idea de afección, espiritual, moral y corporal, un dolor a la libertad es una idea atrevida, es una idea que coloca el cuadro de las leyes, el cuadro del derecho y el cuadro de la filosofía en un receptáculo espiritual, que sería la capacidad de sentir o no dolor e incluso dolor físico o corporal... El manifiesto es muy atrevido y hasta hoy se lo recuerda. Hasta hoy se ven en las paredes de las universidades argentinas frases del manifiesto. Entonces, digamos, un texto breve, contundente y conmocionante del 18 equivale a los libros del 68 francés. Podríamos por ese lado establecer ciertos cotejos, ciertas comparaciones, si es que pudiéramos hoy volver a las universidades con estas preguntas: ¿quién las gobierna?, ¿qué tipo de conocimiento supone un gobierno? Y si es más importante el acto de tomar una decisión gubernamental que vincular la decisión a un problema filosófico. Preguntas que suelen estar ausentes de la vida universitaria. Por el contrario, la revolución técnica digital inventó el concepto de “sociedad del conocimiento”, derrocando de alguna manera la asociación conocimiento - universidad - movimientos políticos - revolución y colocándola, como arrojándola del otro lado de la frontera, en la reproducción de la revolución digital. Digamos: el conocimiento tiene la proporción de un *bitcoin*. Entonces, todos estos temas, del 18 en Argentina y del 68 en Francia, me parecen de una gran actualidad en la medida en que vuelven a la pregunta de si pensamos que fueron hechos interrumpidos. Si la respuesta es que sí fueron hechos interrumpidos, su perduración, en ambos casos, tiene algo que permite la burocracia. Si no abjuramos

totalmente de la burocracia es porque permite conservar un rito, y el rito es un cofre que puede ser abierto en cualquier momento. Por lo tanto, la pregunta sería si lo ocurrido en la ciudad de Córdoba en la Argentina hace ya cien años y lo ocurrido hace cincuenta años en las calles de París puede responder adecuadamente a cómo es el inicio, el *arkhé* de una revolución, de un momento pasional autocontenido respecto al militante de antes, que siente que encierra algo en su militancia de hoy, que no es lo mismo pero que mantiene un hilo secreto de continuidad y que necesariamente no debe conducir a lo mismo, y si se puede romper ese círculo que tiene a veces contornos impropios e indeseables de ver que el militante que golpea las puertas de tu clase, como el militante que entró a la clase de Lacan, es alguien que viene a perturbarnos, viene a recordarnos, viene a establecer el hilo que nos une y que al mismo tiempo está destinado a ser moderadamente negado como se supone que ocurre en toda historia. Porque toda historia interrumpe algo,

**Porque la pregunta de la Reforma, antes que la pregunta por el conocimiento, era la pregunta por quién gobernaba la universidad. Eso hoy podríamos hacerlo motivo de un gran debate. La universidad sigue preguntándose más quién gobernaba la universidad que quién genera los canales adecuados para conducir el conocimiento y qué tipo de conocimiento es ese. Entonces, el manifiesto tiene tanta altura desde el punto de vista de sus pretensiones que aun en medio del positivismo, aun en medio del reclamo de que hubiera una ciencia moderna ante el clericalismo que gobernaba esa universidad monástica, coloca a los acontecimientos de 1918 a la altura de la Revolución de Mayo, de otro inicio. No lo dice de esa forma específica, pero lo coloca como el fin de una época.**

pero su consecución obliga, con todos los atenuantes que puede tener esta idea, a la vieja y maltrecha idea de que el saber dialéctico venga en rescate del interrumpido. Entonces, de esa manera podemos pensar estos hechos, en esta charla que me disculparán que sea tan dispersiva. La única justificación que podríamos tener es que la invitación de Patrice Vermeren a hacerla también tiene muchos ángulos, muchas preguntas. Entonces, aprovecho este final interrumpido, es decir, un final que genera un incómodo vacío para el que habla y genera probablemente una satisfacción indeclarada para el que escucha, sobre todo una videoconferencia, de decir “por fin se ha interrumpido esto”. Pero no quiero interrumpirlo antes de darle un gran abrazo a Patrice, también a Elena Donato, que debe estar ahí, y quiero hacer un recuerdo emocionado para Étienne Tassin.

**MC y SS:** Muchas gracias, Horacio.

Transcripción: Alexis Chausovsky

## Escritos franceses (V)

### La columna de la Vendôme y el sacrificio de los símbolos

Por Horacio González

Traducido por Senda Sferco y publicado como “La Commune de Paris et la démocratie insurgée”, *Le Télémaque*, nro. 59, Caen, Presses Universitaires de Caen, 2021, y como “La colonne Vendôme et le sacrifice des symboles”, en G. Deza y P. Vermeren (dirs.), *La République Universelle. Les chemins aporétiques de la liberté*, París, L’Harmattan, 2022.

En el *Zarathustra*, en el apartado sobre los grandes acontecimientos, Nietzsche deja saber sus dudas sobre todos aquellos hechos rodeados de ruidos infernales y que hacen hervir el fango. Asistimos entonces a cómo Zarathustra condena los perros de fuego que aúllan sus ansias de libertad, lanzando barro por sus narices. Ellos prefieren el estruendo, no el silencio. Pero cuando se retira el fuego, ¿qué es lo que queda? Es el razonamiento del escéptico sobre el mundo histórico. ¿Qué puede importar que una estatua ruede en el pavimento? Los perros de fuego se transforman entonces en “los derribadores de estatuas”. Están seguros de que deben odiar a las estatuas. ¿No creen que ese desprecio, lejos de intimidarlas, les daría nueva vida? ¿No revivirían el granito, el bronce o el mármol otra vez? Arrojar sal al mar es como derribar estatuas en el suelo. Pero el símbolo, una vez erguido, parecería reclamar que lo derroquen. La ley de la estatua es la ley del símbolo. Destruirse y renacer. Pero no solo eso. Renace con mayor fuerza, más sugestiva, con la seducción que antes no tenía. Las columnas que son volteadas por el viento desfavorable de la historia

dan las gracias por haber sido vulneradas. No están en la historia y saben que retornarán más bellas a su mismo lugar. Si nos detenemos un minuto más en estos pensamientos de Nietzsche podríamos intuir que se corresponde con el ocaso del último hombre, que debería aceptarse sumisamente si se quiere seguir el hilo de acero del ultrahombre. Hay que considerar que romper símbolos es despertar una divinidad. El símbolo roto sufre y recién ahí se valoriza como símbolo. Si no media una ruptura del ícono no hay símbolo ni palabra posible. Cuando se repone la estatua, atraerá mucho más por haber sufrido. De ahí el consejo de Zaratustra a los Reyes, Iglesias y Corporaciones: ¡Déjense derribar! No es lo mismo que alguien derribe el monumento por su voluntad iconoclasta, a que sea el propio monumento el que desee yacer en el polvo o ser arrojado a los acantilados. O que los soldados enfervorizados aten cuerdas de acero en sus largas alturas verticales y después festejen embriagados, tomando vino de una rústica cantimplora mientras una figura egregia queda despedazada en su choque contra el empedrado. Si eso ocurre, el monumento les dará las gracias. Eso les dice Zaratustra a los ingenieros especialistas en derribos y anulación de símbolos. Evidentemente el perro de fuego representa la revolución y bastante más evidente es que Zaratustra hace una mención a la columna de Vendôme, cuyo derribamiento en 1871 observa de un modo directo, pues forma parte de una sección de enfermería del ejército prusiano que rodea París. La plaza de la Vendôme contenía antes una imagen de Luis XIV, luego la de la República y luego Napoleón levanta la que corresponde al homenaje de la batalla de Austerlitz, con un revestimiento de bronce

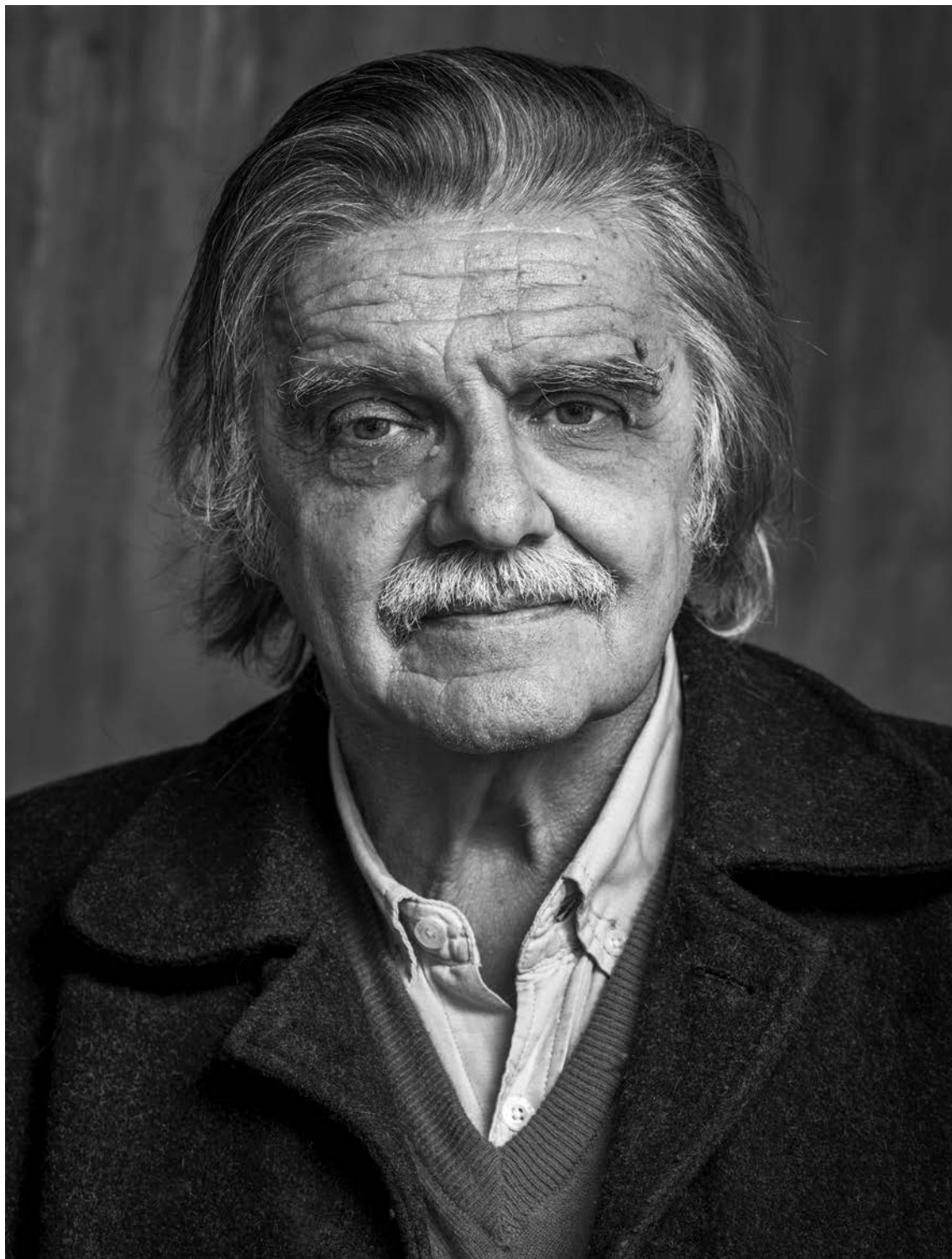
tomado de los cañones austríacos que se habían capturado al enemigo. Napoleón III es quien por último manda poner en el tope de la columna la efigie de su tío, Napoleón I, vestido de general Romano. En 1852 Marx había escrito en el *18 Brumario* que si “el manto imperial cae sobre los hombros de Luis Bonaparte, la estatua de bronce de Napoleón se vendrá a tierra desde lo alto de la columna de Vendôme”. Es un prólogo que escribe en 1869, dos años antes de que efectivamente la Guardia Nacional la tirara abajo. Marx, modestamente satisfecho, dice que “ya es una realidad”, no la destrucción de la columna, sino la designación de Napoleón III como emperador. Pero en poco tiempo más se cumpliría esta profecía —el símbolo napoleónico caería—, profecía que Marx había construido literalmente y que Nietzsche conjeturaba que las estatuas deseaban, llamando como sirenas a los enemigos para que las demolieran. Marx desmentía así su idea del respeto por los ropajes romanos que había en la historia de Francia, pues esta columna, que imitaba la columna de Trajano en Roma, era el objetivo de una decisión de la Comuna, ahora sí desprovista de ropajes de la Antigüedad. El pintor Courbet, presidente de la comisión de artes

**Hay que considerar que romper símbolos es despertar una divinidad. El símbolo roto sufre y recién ahí se valoriza como símbolo. Si no media una ruptura del ícono no hay símbolo ni palabra posible. Cuando se repone la estatua, atraerá mucho más por haber sufrido. De ahí el consejo de Zaratustra a los Reyes, Iglesias y Corporaciones: ¡Déjense derribar! No es lo mismo que alguien derribe el monumento por su voluntad iconoclasta, a que sea el propio monumento el que desee yacer en el polvo o ser arrojado a los acantilados.**

de la Comuna es, como se sabe, culpado por la demolición de la mitológica columna. Fotos de la época, y quizás algunas reconstrucciones, muestran a la Guardia Nacional, la de Flourens, Delescluse, Reclus, Dombrowsky, festejando alrededor de la gran torre de cincuenta metros desplomada en el polvo, a la manera de una derrota del bronce que anticipaba alegóricamente un triunfo de sangre sobre el ejército que preparaba Versalles para entrar en París. Las disculpas de Courbet son interesantes porque entrañan un pequeño catálogo de las situaciones bajo las cuales considerar la relación de las ciudades y sus símbolos ornamentales, conmemorativos o legendarios, tal como afectan la imagen y visibilidad de una urbe. La *polis* al final es un monumento cotidiano que aloja monumentos extracotidianos, y ambas situaciones configuran el anillo de una ciudad, su metal engarzado con sus gemas artísticas. Courbet se exime de ser el autor de la idea ante el ministro Jules Simon, que había participado en la Asamblea Nacional que precede a la Comuna para convertirse luego en colaborador de Thiers. Al parecer, mantenía la idea de extirpar de ella solo la estatua de Napoleón y dejar la columna intacta o reutilizarla para hacer otra estatua en Estrasburgo. Courbet afirma que esas también fueron ideas del republicano Jules Simon. Courbet recuerda que él rechazó que se la guardara en algún depósito del Louvre o que fuera vendida, ya que Italia o Prusia pretendían comprarla. El comisionado de Artes de la Comuna protesta. Él no es un mercader de estatuas, y además había propuesto la alternativa de oponerle a la columna otro monumento compuesto por un cruce de cañones con guirnaldas y el gorro frigio. Courbet esgrime

su inocencia, y si Victor Hugo, tan republicano y socialista como él, verificó sobre la columna, vigilada por la sombra de Napoleón y el sol de Austerlitz, el pintor del pez mortecino que quizá significaba la derrota *communarde* también podía tener ideas artísticas sobre ella. Ponerle un gorro frigio quizá significaba más una fusión de la república con el bonapartismo que de la república con el comunitarismo o el federativismo proudhoniano, o del republicanismo con la anarcocosmología de los blanquistas. Símbolo de la guerra, de las águilas que rondan sobre millares de muertos en campos de batalla, transfiguración de emperadores romanos y de cañones capturados en toda Europa por la razón a caballo, una mirada sobre la columna gloriosa del emperador evocando los sonidos sombríos de la guerra, por parte de los ojos intempestivos de Nietzsche, contribuyen a convertirla en puro símbolo. La despojan de Napoleón, la privan de Victor Hugo, lo alejan más allá de Francia a Courbet e ignoran a Louise Michel en la Polinesia.

Puro símbolo, entonces, que desea ser derribado para que vuelva a reinar omnipotente. Nietzsche resultaría mucho más napoleónico si no fuera que toma el símbolo desnudo, despojado y siniestro, advirtiendo la inutilidad de las sublevaciones, como no sea para que el vuelo de un Napoleón simbólico sea más alto todavía. Si por un momento olvidamos que nuestra vida está hecha de símbolos arrasados por nosotros mismos, pero que guardamos nuestro pequeño símbolo secreto en su insignificante estuche, pensar en cómo concluir con la centella de una esfinge puede convertirnos en víctimas sin que ningún símbolo desaparezca. Pues ese símbolo no sería otra cosa que la víctima misma.



Fotografía: Nora Lezano.

# Lo que se cifra en el nombre

*Por Guillermo Korn*

Acerca de *El peronismo fuera de las fuentes*  
(Buenos Aires, Ediciones Biblioteca  
Nacional y Universidad Nacional de  
General Sarmiento, 2008)

El peronismo fue, para González, una identidad y un problema, objeto de pensamiento y escritura, fervor político, dolor de cabeza. Alguna vez escribió que el partido justicialista era un viejo mamut petrificado. Pero el peronismo es eso y, a la vez, el hecho maldito. Horacio lo pensó y militó, sin aceptar el cautiverio de la liturgia. Guillermo Korn analiza *El peronismo fuera de las fuentes*, donde su autor recorre la existencia de ese movimiento durante veinticinco años, entre 1983 y 2008. Señala Korn que a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de sus libros, en este Horacio asume un lugar de enunciación testimonial, donde él es parte de la historia que narra y va dando cuenta de las posiciones y obstáculos. Es una narración de una época a la que trata con la sagacidad del baqueano que encuentra huellas y rastros, con los cuales pensar no solo los trazos dominantes del mapa, sino lo que fue desperdigado, lo pequeño, lo vencido. Korn considera la singularidad del libro y, a la vez, lo sitúa en otras series de escrituras del mismo autor.

*Actuamos para saber qué eran esos  
nombres que pronunciamos.  
Ahora agrego que actuamos para  
saber cómo nos incluimos en conceptos  
que siempre son abiertos, como lo  
comprueba el hecho de que no tienen  
problemas en acogernos.*

*Para escribir sobre el peronismo,  
entonces, hay que tomar el rumbo  
menos fácil.*

H. G.

Un número impar antecede a una palabra. A dos, en verdad. La colección 25 Años, 25 Libros se publicó por la iniciativa de dos instituciones, la Biblioteca Nacional y la Universidad Nacional de General Sarmiento, frente a las cuales estaban dos viejos conocidos. Horacio González y Eduardo Rinesi, de ellos se trata, apuntaron un conjunto de temas y de autores posibles para darle forma al repaso crítico del período político comprendido entre fines de 1983 y el 2008.

Escogemos entonces del estante González este delgado libro, el décimo de la colección. Sobre *El peronismo fuera de las fuentes* refieren estas líneas. Su título se escapa de la rigidez que supone un trabajo monográfico e insinúa la idea de algo fuera de cuadro, corrido de lugar. El término peronismo —que engloba al movimiento político y a la corriente de pensamiento que se organiza bajo esa idea— acepta nuevos interrogantes y se convierte en objeto de una investigación que no respeta las fronteras de sus fuentes teóricas, doctrinales o las que englobaban las verdades del líder. Probablemente haciéndose eco de las modificaciones del propio sujeto colectivo que otrora recurrió a otras fuentes, mientras

esperaba que el líder asomara, cuarenta años antes. Este cuarto de siglo comprende continuidades, pero también rupturas. Entremedio hay conceptos antiguos que perviven “porque a veces es la única forma de sentir que no se pulverizan las acciones colectivas. Pero nadie puede decir que no sintió el arrebato de vivir situaciones reacias a ser ceñidas por la suave opresión del concepto”, dice su autor. Y agrega, desde el comienzo, “pero hubo, hay, peronismo”. ¿Qué significa esa expresión en este tiempo?, contrapone el lector. Es una “abstracción necesaria, nombre propio resistente a su variedad asombrosa de significados, *el peronismo existe*”. Esa cursiva habla de una subsistencia, de algo que perdura: “lo que garantiza su existencia es el sentimiento de estar siempre fuera de contexto, desadentrado de sus fuentes. Se postula una atadura real para cuya descripción cabal no hay recursos visibles en la lengua política”. Las fuentes son el origen, la escena mitológica (las patas remojadas), los datos de un archivo, los textos vueltos liturgia: ahora, fuera de sus fuentes, para pensar los transformismos que despliega más allá de su identidad nominal.

Para esta lectura recurrimos al auxilio de otro libro, notoriamente más voluminoso: *Perón, reflejos de una vida*, publicado apenas unos meses antes que *El peronismo fuera de las fuentes*. Horacio rastreó en su *Perón...* las fuentes literarias y políticas de la “retórica peronista”. La vida de aquel que signó por lo menos medio siglo de la historia argentina aparece plasmada en ramalazos. El método es el “pálpito biográfico” y la forma surge de la agudeza lectora y la indagación por huellas insinuadas en un conjunto de libros que González elige para hablar



del peronismo. Este movimiento político se asocia a los reflejos de la vida de quien le diera nombre y recurre, para ello, a diversos textos provenientes de distintas vertientes culturales. Horacio decía en una entrevista que este libro sobre el líder que modificó la historia argentina podía pensarse como una historia de lector: la historia de sus lecturas. Siguiendo esa pista, podríamos definir que *El peronismo fuera de las fuentes* es la historia de un testigo: el narrador que aparece como observador participante de una serie de hechos vertebrados en una continuidad histórica. Ambas tapas tienen sutiles

**El término peronismo —que engloba al movimiento político y a la corriente de pensamiento que se organiza bajo esa idea— acepta nuevos interrogantes y se convierte en objeto de una investigación que no respeta las fronteras de sus fuentes teóricas, doctrinales o las que englobaban las verdades del líder.**

aunque significativas diferencias: en *Perón, reflejos de una vida* el caudillo aparece en una fotografía con los brazos en alto; en *El peronismo fuera de las fuentes* está de espaldas, su figura empequeñecida en relación a las manos gigantes que repone el ilustrador. De semejanzas y diferencias. Pero también

de rarezas: este libro tiene singulares e inhabituales huellas autobiográficas que no suelen aparecer en la vasta obra de Horacio. no porque incorpore la narración de notas íntimas, sino porque utiliza una primera persona que sirve de testimonio de una época. Si en *Perón, reflejos de una vida* se colaba, por momentos, un sujeto plural de corte generacional, en *El peronismo fuera de las fuentes* se torna voz que testimonia y registra el tiempo histórico que analiza. Ese método íntimo apela “a la libreta de apuntes personal”. Ese

plus respecto de otros trabajos aparece enunciado como un modo de disculpa hacia el lector que finalmente no tendrá más que agradecer la elección del procedimiento elegido: “Quizás en algún pliegue yacente de la conciencia surja algún momento privilegiado que coincida con lo que hubiera sido un ensayo documentado y preciso”.

Entre su llegada de Brasil en 1986 y el año 2008 —apenas unos años menos que los veinticinco años comprendidos por el libro— González fue colaborador de infinidad de revistas. Mencionamos apenas algunas: *Unidos, El Porteño, Fin de Siglo, Señales*. En ellas fue un analista dotado de una perspectiva muy propia. Si nos restringimos al peronismo veremos que los títulos de sus artículos oscilan entre los vaivenes del ensayo nacional y la biblioteca mental: “El alfonsinismo: un bonapartismo de la ética”, “Renovación peronista. La epopeya de los sobretodos oscuros”, “El menemóvil como objeto cultural. Radiografía de la pampa bárbara”, “La bayaspirina de Cafiero”, “La antropología política de Zulemita. Secretos del corazón”, “Menem, la revolución estilística”, “La bengala perdida”, “Espectros de la cultura menemista”, “Una visita a la Galería de los héroes. El Olimpo menemista”. La elección no es azarosa. Esta muestra homeopática recorre parte del espinal de temas que este libro propone. El paneo sería completo si sumáramos numerosas entrevistas —las del 2001 sobre todo— y sus artículos en diarios en los que planteaba una lectura situada de los años de la Alianza y el gobierno de Kirchner. Este libro no es un “correypegue” de aquellas notas. No podría serlo. Ellas quedaron como partes de un folletín sin final, son piezas inconclusas, arrojadas en la marcha

de distintos medios de prensa. Nuestro autor las fue dejando por doquier, como pistas sueltas, al modo de episodios de una historia no compuesta, sin continuidad. Es el régimen de la escritura en periódicos o revistas, que exige a la vez una cerrazón del artículo como tal y una decidida actualidad.

*El peronismo fuera de las fuentes* está por fuera de la comodidad que otorga tomar distancia del acontecer y con el conocimiento que permite esa lejanía para dictaminar sobre los hechos. Horacio asumía ese riesgo antes, en sus artículos; pero aquí redobla la apuesta: este precioso libro está escrito al fragor del kirchnerismo sin que el conflicto agrario del 2008 tuviera una resolución. *El peronismo fuera de las fuentes* entreteje nombres y hechos de la historia nacional. Su lectura permite una mirada totalizadora —aunque no cerrada— sobre el período. Gracias a esta versión, aquello que creíamos recordar y conocer, incluidos los nombres de personajes que eran pan cotidiano, surgen a los ojos del lector como renovados. Horacio consigue darle un nuevo interés a ese tiempo que sentimos haber padecido y que hasta ahora recordábamos como años de sinsabores eternos. A tal punto que nos lleva a repreguntarnos si algunos de esos nombres son los mismos de los que fuimos contemporáneos o son homónimos. Mi impresión —iba a decir “nuestra impresión”, pensando en términos generacionales, pero me intimida asumir ese genérico— es que los años ochenta y noventa son décadas que atravesamos como una condena a la impotencia política. No abundan en estas páginas motivos de entusiasmo, pero no se trata de predecir un estado de ánimo sino de pensar una época, y hacerlo señala más

tensiones y posibilidades de las que percibíamos en su transcurrir. En uno de sus escritos fundamentales, González define una época como

la libertad intelectual para *invertir* el signo de sus mismos vocablos centrales y no necesariamente la atmósfera cultural común que impregna todos esos vocablos. Entonces, una época es metamorfosis: ese *suspense* de lo que se va tornando su contrario...

Vale. De no entenderla de ese modo, una vez más leeríamos que Alfonsín fue el padre de la democracia, Menem aquel que traicionó un ideario, la Alianza una apuesta que no pudo dar la respuesta progresista que se esperaba y el 2001 exclusivamente una alianza de las clases medias con los movimientos sociales.

A la pregunta sobre qué es una “época” se le añade, en verdad, se cuele por sus intersticios, un concepto más esquivo y escurridizo, con bastante menos prosapia que la idea de democracia: el de peronismo. Pero esa no es una cuestión sobre la que Horacio se deje intimidar. Peronismo es un concepto de comprensión inmediata, dice, y agrega: “Es lo *súbito* que reclama el concepto real de lo político. Sin que deje de suscitar nunca la pregunta por su perseverancia y su prolongación”. *El peronismo fuera de las fuentes* recorre esa doble vía, o si se prefiere, busca las intersecciones en las que se encuentran ambas ideas. Para ello sitúa conceptos dentro de un tiempo histórico, en un par de líneas, y define personajes —algunos de peso y otros menores— que entran, aparecen y desaparecen entre un capítulo y otro. Entre los protagónicos se suceden Alfonsín, Menem, Chacho Álvarez, Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

Y sin ser figuras de reparto, pero sí con menos peso, aparecen Vicente Saadi, Ubaldini, Seineldín, Gorriarán Merlo, Fernández Meijide, Yabrán, Dante Caputo, entre otros muchos. No logramos saber si esos nombres superarán —en caso que así suceda— el umbral de la historia futura. Pero esa advertencia lleva al autor a añadir otros, desconocidos a quien lea esas páginas, como invocación. Aquí referimos al caso más singular:

Podemos así evocar regularmente a uno de los muertos, a cualquiera de ellos, les pongamos o no el nombre de mártires, con fotos en blanco y negro y corbatas afinaditas, sonrisa barrial de otras épocas, entregándonos a necesarias crónicas de reconocimiento. Los resarcimos en nuestro oratorio de hollín. Y así, Julio Goitía, nombro yo. Un nombre en la multitud de nombres que me asalta y que me impongo al efecto de escribir esto. Un muchacho de la calle Bogotá, barrio de Flores, zona pobre de pensiones, entregado con inocencia a los juegos que, por no ser inocentes, siempre lo parecen. Azar del recuerdo años setenta. Necesidad de singularización.

Recuperar y traer el nombre de un trabajador del corralón municipal de Floresta, desaparecido en 1977, significa señalar una ausencia en cuya irradiación se escribe una historia y su inscripción en una tradición. Al mencionarlo, el autor reposiciona a sus compañeros de militancia, a su generación y al vínculo que forja con dos figuras relacionadas con la idea de ofrenda: Kosteki y Santillán son mártires del movimiento social —uno de ellos retrocede para salvar al otro,

logrando tan solo fusionarse con el caído en su propia caída”—. Sus figuras son el *recomienzo de lo social*, recomienzo que dinamiza la historia y enlaza nombres de distintos tiempos. ¿Qué historia se narra en el anudamiento de los nombres de quienes fueron martirizados? Pliegues donde la memoria forma capas de historia, pero no como ancla o tradición, sino como sedimento que se acumula para pensar en el recorrido por estos veinticinco años de democracia. Ese es el concepto con el cual el libro cobra ritmo. La pregunta por qué significaba a comienzos de los años ochenta, qué capas de sentido lo revistieron y qué interpretaciones ofrecía esa idea mentada con insistencia por el presidente Alfonsín, la sociedad argentina, como de quienes se identificaban con la otra fuerza política mayoritaria. Democracia y peronismo cohabitan en el capítulo primero titulado “La Academia”, no por el presunto rigor de un espacio hostil hacia el pensamiento de Horacio, que lo reconoció tardíamente, sino por el bar de Callao y Corrientes, sitio al que fueron a parar quienes habían votado a Luder —entre ellos el propio González— y circulaban por avenida Corrientes el domingo 30 de octubre de 1983. La noche de la derrota se desgrana en memoria militante. En esa explicación aparecen los porqués de ese voto para quien viajó en micro desde Brasil para recuperar su derecho ciudadano. La calle es terreno de sentidos y del reclamo de deshacer crítica y analíticamente el lastre histórico: “era la seducción del escollo, el nudo irresuelto de la historia, su negatividad áspera —ese lado de izquierda en las cosas que nunca habíamos abandonado— que nos llamaba al interior de la comedia y tragedia del peronismo”.

Ese ánimo, ese sentimiento es el que transita por estas páginas. Asumo la tentación de compartir algunos subrayados y sueltos de *El peronismo fuera de las fuentes*. Y con ello el riesgo de que la lectura de este artículo quede sin terminar porque el lector salió a las corridas a buscar el libro en cuestión. De eso se trata. Para ratificar algo que todos sabemos: la confluencia entre el gran analista y el exquisito escritor que era Horacio. Como cuando deja entrever que a pesar de que ciertas propuestas del candidato Luder eran poco seductoras algo impedía ponerlo en discusión. Ese algo era el no poder concebir entonces ninguna discusión esencial por fuera del peronismo. O las páginas dedicadas al “efecto Alfonsín” y la renovación peronista—aquello que Oscar Landi formulaba respecto al peso de las internas políticas que exigían que el vencido tomara argumentos del vencedor y viceversa—; el análisis sobre el juicio a las juntas militares; los señalamientos críticos —no disimulados por el afecto— al Chacho; esta sentencia: “*Unidos* fue alfonsinista y no voy a poner comillas en esta afirmación”; el menemismo como enmascaramiento sobrecargado de simbolismos que se resume en esta descripción: “Menem poseía la beata condición del peregrino y del mercader, santificado filisteo de una picaresca milenaria, con destino de doctor de provincias, reluciendo en los dedos de su mano misteriosos anillos de sello”; las tensiones irresueltas entre Pino Solanas y el Chacho; el 2001 descripto como “multitudes de apariencia medieval, con martillos en las manos, organizaban caravanas y peregrinaciones para golpear las paredes de los bancos...”; la reconstrucción de la figura de Duhalde y, como colofón, el kirchnerismo. Es en este último

capítulo donde se analizan las políticas reparatorias en materia de derechos humanos y un análisis sobre la figura y los orígenes del presidente Kirchner que preanuncia un libro futuro que coloca ese avatar político novedoso dentro de *una encrucijada cultural*.

El kirchnerismo fue, dice González, un reformismo que reinauguró algo de lo político y lo social.

Ese contexto da lugar a que la primera persona vuelva a pronunciarse para narrar su simpatía por la figura de Néstor, “no sin críticas a lo actuado y con distintos grados de dislocación en los reconocimientos”. Y con ello la aceptación a “tener una participación directa en la gestión de la Biblioteca Nacional”. Así mencionada —“una participación directa”— atenúa lo que significó el paso transformador de una institución opaca y para pocos en un poderoso espacio de ideas, lecturas y realizaciones inesperadas en torno a la cultura, si por ella entendemos una opción vital y política.

El kirchnerismo, leemos, logró realizar una “fusión demorada entre peronismo y democracia” y dio lugar a que un profesor universitario independiente aceptara ingresar a un mundo de expedientes, catálogos y exposiciones, sin dejar de lado —y hacía bien en creer eso Horacio sobre sí— un estilo libertario de pensamiento que extrañamos a diario y que lo llevó a sostener la andadura reflexiva y crítica en y sobre cada intervención.

**... este libro tiene singulares e inhabituales huellas autobiográficas que no suelen aparecer en la vasta obra de Horacio, no porque incorpore la narración de notas íntimas, sino porque utiliza una primera persona que sirve de testimonio de una época. Si en *Perón, reflejos de una vida* se colaba, por momentos, un sujeto plural de corte generacional, en *El peronismo fuera de las fuentes* se torna voz que testimonia y registra el tiempo histórico que analiza.**

## Sobre moradas y topos

*Por Javier Trímboli*

*Acerca de Perón. Reflejos de una vida*  
(Buenos Aires, Colihue, 2008)

Reflejos de la vida de Perón, reflejos sobre la vida de quien escribe un ensayo biográfico. Oscilación del sentido, porque este libro es, a la vez, sobre el general que puso su nombre a un movimiento político que aún persiste y sobre sus “seguidores de traje fiado”. La expresión es extraordinaria y en ella se cifran muchas cuestiones, que van del malentendido a la deuda. Javier Trímboli se detiene sobre esa frase y sobre la discusión que a lo largo del libro Horacio González sostiene con los ensayos de Halperin Donghi. Lo hace con la preocupación declarada desde el principio de este artículo: la preocupación por la transmisión generacional, por las posibilidades de que nuevas y nuevos estudiantes de Historia se acerquen alguna vez a un libro de esta índole. Quizá sigamos siendo docentes para que esa cita se produzca, alguna vez, y un libro vuelva a tocar una sensibilidad y abra un cierto estilo de pensamiento.

*El documentalismo argentino padece hoy de infografía periodística. No ha llegado aún a la noción de incerteza documental, que es la que permite perseguir el rastro de las vidas que siempre dejan roeduras parciales en la letra de la historia.*

HORACIO GONZÁLEZ

Ojalá este libro llegue a las manos de un estudiante de Historia. De entrada, quizás apenas lo hojee y, dudoso, busque alguna señal en los títulos de los capítulos; se pregunte sobre la foto de tapa y rebote en una de las oraciones de la primera página. Por ejemplo: “Una biografía, todo escrito sobre una vida, es un malentendido”. Solo eso, y no estaría mal. Un —o una— estudiante que haya llegado a esa carrera en alguna universidad argentina, empujado por el ventarrón que alrededor del Bicentenario hizo que lo que había quedado muy atrás y yerto al parecer, se irguiera y cada tanto levantara los ojos para mirarnos, aunque más no fuera de refilón; como si hubiera algún tesoro oculto por allí y no fuera en vano preocuparse por Moreno, Juana Azurduy, Dorrego o Eva. Sí, todo con mucho nombre propio. Aunque en ese entonces no fuera más que una niña —o un niño—, lo tocó el ventarrón, o la brisa cálida, para moderar. Si existiera ese estudiante —existe— no me molestaría que el círculo se cerrara un poco más y, si no peronista, fuera, como Horacio González se refiere a él y a los suyos de la revista *Envido* cuando aún estaban en la veintena, uno de “sus seguidores de traje fiado”. Que no siempre estuviera dispuesto a cantar la marcha en un pasillo de la facultad, al lado de una mesa con volantes, folletos, un par de libros

y el mate ya frío, o en una plaza. Pero quizá no habría por qué ser tan poco pretencioso y se podría apostar por un par de líneas o surcos más allá de este círculo, donde lo que pesa y define es el apetito por el pasado que es también de presente, de vida, como se dice en la Segunda consideración intempestiva; apetito inestable y por nada del mundo queremos que se extinga, pues sospechamos bien lo que significaría. Más moderado pero nunca tanto, Marc Bloch invitaba a hacer historia pasando la cinta de la película al revés, desde las escenas que nos rodean y nos alojan con más o menos incomodidad hacia las del soterrado pasado.

El “hoy” estricto de Perón. *Reflejos de una vida*, el “aquí y ahora” que precisa como agua el profesor de historia puntilloso, y que quizás entonces ya se le haya inculcado a nuestro estudiante, es 2007, incluso, agosto; en algún momento, González escribe:

Se percibe hoy, muchos años después, que los montoneros (y desde luego, los demás grupos armados) fueron arrasados y masacrados por un plan de exterminio criminal, desarrollado con sofisticadas tecnologías que operaban sobre el cuerpo y la imaginación aterrorizada. Los sobrevivientes, algunos, no importa quiénes, no tiene esto la índole del enjuiciar, han formulado actos o pareceres que indicarían que la morada que se anunciaba extinta —el peronismo y sus fantasmagorías cristianas populares y sus oscuras raíces hundidas en la macilenta memoria nacional, social y militar— pudo llegar a ser nuevamente la casa común.

No abundan en el libro las observaciones pegadas a la coyuntura, son un

manejo. Apenas se habla una vez de la fragilidad del gobierno que todavía es de Néstor Kirchner —a secas se escribe “Kirchner”—, ante los embates de una oposición entrelazada con la “transpolítica televisiva”; también se abren interrogaciones que no concluyen del todo sobre la “transversalidad” a la que se considera “exangüe”. Esta que recogemos del capítulo 9, “La escasez: utopías de las biblioteca montonera”, aunque no se la module nuevamente ni repita en alguna variación, es principal. Quizá por eso también permanece escondida o, mejor, perdida. Si se nos permite, feamente y entre historiadores: la contemporaneidad de esta escritura sobre el pasado —sobre Perón y el peronismo— anida y se descubre en este puñado de líneas incluso algo extrañas para la fluidez de la prosa de González. También por la elección de la figura hogareña que, aunque faltaría hacer un último chequeo, no se reitera.

No son todos “los sobrevivientes” los que han dado a entender que se puede volver a habitar la casa del peronismo. González, que aunque no alardea de tal es uno de ellos, a la vez que toma distancia porque no se incluye entre esos “algunos”, lo hace desde esa misma distancia porque no abre juicio, su libro no es de esa “índole”. No dice ni que esté bien ni mal avivar ese entusiasmo porque, qué duda cabe, encontrar una “morada” en los tiempos que corren —o corrían, ante eso no importa la diferencia—, más aún, volver a una que incluso se había valorado y querido, aunque luego las desavenencias la arruinaran —y todo se lo llevara el diablo!—, es una caricia prolongada, un regocijo. Si tuviera solución este asunto, suponemos que sería para otra escena, una que

no destrabe la escritura. Y, mientras tanto, González escribe este libro en el que muchísimas palabras que Perón escribió o pronunció, en reuniones, ante cámaras de televisión o desde los balcones famosos, se dan cita. Imposible no aclararlo: la impresión es que estas páginas que queremos ver en las manos de un estudiante de Historia las escribió durante toda su vida. Como si en esa coyuntura determinada, eso sí, las hubiera salvado. “Hay que poner la montura sobre los hechos”, “si voy con los buenos me quedo solo”, “somos los de las veinte verdades”: entre el profesor del Colegio Militar y el Viejo Vizcacha, aunque la selección me salió desbalanceada. Sentencias que no solo al estudiante del primer círculo le sacan una sonrisa, que se ensancha si lo vemos a Perón guiñando un ojo. El tema es que en este libro, que es un arcón de esos que escasean y en los que se encuentra de todo, no disimula González esas sentencias que nadie tenía muchas ganas de escuchar, menos que menos los sobrevivientes que sospechaban, con ganas, que se podía volver. Aunque supieran que las asperezas son inevitables, parte del asunto, preferían que no los hinchén con, ¿a ver?, “Sin que aún haya tronado el escarmiento”. La introduce González a las pocas páginas de iniciado el libro: “Pudo no decirlo, pero lo dijo...”. En cuatro o cinco oportunidades la repetirá —“¿Cuál era el ‘alma’ de Perón? ¿Quién hablaba cuando dijo que aún no había ‘tronado el escarmiento’?”, en el capítulo sobre la ESMA—, lo que es suficiente para que recorra el libro y se convierta en uno de los hilos que lo tienden, un tiento de alambre que además retuerce. Porque recuerda esa expresión, la trae a ojos y a oídos de sus

contemporáneos —lo mismo ocurre con el “aniquilamiento” que Feinmann subraya en *Apuntes de Historia Militar* como expresión del horror de la historia argentina—, para, al mismo tiempo, no adjudicarle la paternidad sumaria de los hechos. Aun cuando no sea más que un intersticio o una luz lo que separa a estos de las palabras, es ahí donde ocurre una decisión, “la libertad del sujeto”. Sin embargo, el asunto tampoco termina de fraguar en estados pulcramente desligados, es decir, subsiste un aire de familia.

Las palabras siempre cargan con un excedente de actuación indeterminada. Ese es el punto de una inagotable discusión. Ellas son menos y más que la realidad. Lo primero porque su cuota de gratuidad puede hacerlas inofensivas, no encontrar su objeto. Lo segundo, porque repentinamente quedan grávidas y cargarán sus propias acciones, asombrosamente parecidas —pero no iguales— a lo que enunciaban.

Anotemos para el estudiante de Historia por venir: lo del escarmiento lo lanzó Perón el 1° de mayo de 1974 —muy cerca de él estaban Isabel y López Rega, también Lorenzo Miguel—, en el acto del Día del Trabajador; la militancia montonera, acusando recibo, abandonó la Plaza.

La idea es no cargar las tintas pero la afirmación estremece; me refiero otra vez a la de la “morada extinta” que puede volverse “casa común”. En 2007 nada de lo otro alcanzaba para desteñir la sensación de que el alma volvía al cuerpo; hoy, en 2021, uno y otro solo parecen cosa juzgada, de la que no vale la pena hablar, aunque poco quede a flote. No obstante, es otra la expresión

de Perón que se vuelve principal, el bajo que, aunque solo en oportunidades se despliega en la superficie, se escucha de fondo a lo largo de todo el libro: “Vuelvo desencarnado”. Si se chequea —el profesor de Historia le sugiere al estudiante hacerlo—, Perón en verdad dijo: “Llego casi desencarnado”. Fue el 21 de junio de 1973, a temblar. (Continúa: “Nada puede perturbar mi espíritu porque retorno sin rencores ni pasiones, como no sea la pasión que animó toda mi vida, servir lealmente a la Patria”). Y en cuanto al escarmiento, salvo que los archivos que se pueden consultar en la web estén trucados, es sin “tronado”, apenas “sonado”. González trabaja a partir de su memoria, que

no es suya exactamente, sino de los sobrevivientes. Hasta aquí la sugerencia. De la satisfacción, y es palabra pobre, que le producía a Perón saber que su nombre estaba diseminado —eso sobre todo a partir de septiembre de 1955, pero llegando a su punto más alto en los primeros años de la década del setenta—, suponiendo que a un chasquido suyo todo se disciplinaría, volvería la organicidad, de ese estado a querer recuperarlo a todo costa. De la astucia a la tragedia que, por definición, se resiste a soluciones fáciles. “Su máximo momento de sabiduría consistió en darle libertad al nombre..., declararse anarquista del nombre, como si fuera un cuerpo

**Y, mientras tanto, González escribe este libro en el que muchísimas palabras que Perón escribió o pronunció, en reuniones, ante cámaras de televisión o desde los balcones famosos, se dan cita. Imposible no aclararlo: la impresión es que estas páginas que queremos ver en las manos de un estudiante de Historia las escribió durante toda su vida. Como si en esa coyuntura determinada, eso sí, las hubiera salvado.**



sin necesidad de órganos parlantes. Su momento oscuro fue cuando intentó recuperarlo. Entonces, dijo que volvió ‘desencarnado’ pero no fue verdad”.

Volvamos al “traje fiado”, a la continuación de esa cita a propósito de la muchachada de *Envido*, en la que

**Hay algo que impide decir que el atuendo era propio y listo, “fallaba en nosotros, sus seguidores de traje fiado, el goce de la incerteza que había en Perón, su ínclito festejo del vaivén, de la oscilación”. Todo enunciado para Perón era reversible, cosa que por momentos no habla más que de astucia y se festeja, pero después desespera. ¿González desespera?**

también, claro, la cuestión es la pertenencia, como con la casa. Estamos bajo otro imperio de signos, es otra situación; o, solo un poco más cerca de González, bajo los signos de siempre pero en busca urgente de una solución, incluso definitiva, que, aunque a no todos

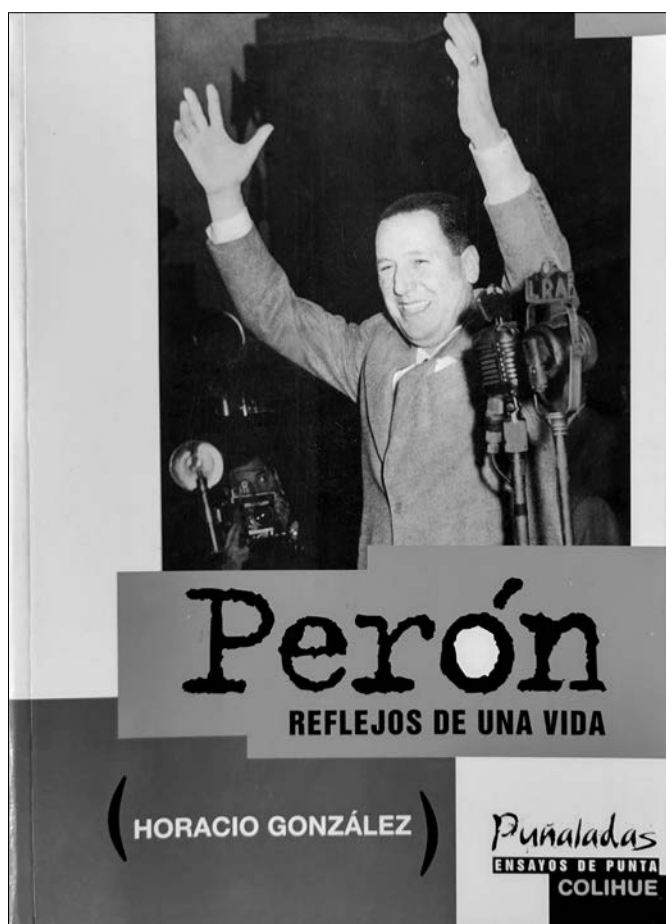
por igual, apuraba. Hay algo que impide decir que el atuendo era propio y listo, “fallaba en nosotros, sus seguidores de traje fiado, el goce de la incerteza que había en Perón, su ínclito festejo del vaivén, de la oscilación”. Todo enunciado para Perón era reversible, cosa que por momentos no habla más que de astucia y se festeja, pero después desespera. ¿González desespera? En carta a Hernández Arregui, desde el exilio en Puerta de Hierro, cita varios “carteles” del Mayo francés, entre ellos: “Son ustedes las guerrillas contra la muerte climatizada que ellos quieren vendernos con el nombre de porvenir”. Hay complicidad con el enunciado, expresión de una crisis civilizatoria de magnitud que ya adivinaba y vaticinio de una “Segunda Revolución Mundial”. “Tiempo después, podía leerse

la inversión de esa frase, mencionada por un Perón que a través de ella condena las guerrillas... ¡ahora ellas atentan contra la civilización!”. Menos de cuatro años median y el asombro lo gana a González. “Si voy con los buenos me quedo solo” tiene su contracara en la justificación de la soledad del conductor, que repite Perón, no tiene que deberle favores a nadie. Es león y es herbívoro. Desquiciante, la oscilación amenaza con extenuar al mejor dispuesto. No hace suyas las palabras de Rozitchner que entienden a Perón como “un formidable malentendido”, pero las atiende y sopesa, incluso se inclina al encomio de su Perón. Entre la sangre y el tiempo. Aun siendo desde diciembre de 2005 director de la Biblioteca Nacional, González va contra su época, que aplana a Perón en una estampita simple, de una sola cara y, añadamos, que expulsa a Montoneros de la historia argentina, ya sea porque lo encapsula en un prontuario, ya sea porque, al identificarse con él —en continuidad con las políticas kirchneristas—, se lo aligera de toda problematización. Lo que tuvo de extravío fue un peaje que pagó a la época. Todo sin miedo. En el Perón de González el peronismo es “tan reversible como irreversible”, se hace mimesis de él, por eso es el ojo de la aguja por el que tanto puede pasar y refleja todo lo que tiene de “fenómeno maldito”.

No hay una afirmación tajante en cuanto al nuevo arribo a la casa del peronismo —¿acaso el kirchnerismo no fue la forma de eludir esa afirmación pero sin que eso paralizara?—, por lo tanto no es la identidad recobrada lo que insufla ánimo a este libro. Rondando al 2001, así como a las políticas que se ensayan desde el gobierno

de Kirchner para con una sociedad estallada, cavila y anota: “Antes, nada existió de lo popular multitudinario, movedizo y suburbano al margen del peronismo; ahora, la mayor parte de esa vitalidad le es ajena”. No es por acá entonces lo que, más que hacerlo volar de contento, lo alivia de tristezas, que no es poca cosa. González no cesa de tropezar con el profliferante libro argentino —violento a veces, inteligente y cruel, conspirador, más o menos remendado—, su mismo libro se convierte en ese tropezado. De las varias maneras en que nombra a esa experiencia en la que conviven “retórica” y “escasez”, vale rescatar en especial una: “El ‘viejo topo’ argentino vagaba traviesamente por las memorias sociales, y un hábito de politización de la ciencia vendría a frustrar la creencia de que un programa científico podía asentarse en un suelo deshistorizado”. Es recontra-sabido que el “viejo topo” hasta aquí no había sido sino el de la revolución, fenomenal figura que termina de pergeñar Marx, tomando algo prestado de Shakespeare. Sabe cavar la tierra, abrirse espacio donde parece que ya no lo hay, perforar lo que está ocluido. El “viejo topo” argentino, con González y en 2007, ya no es el de la revolución sino el de la persistencia de ese libro y de esa historia. Se las ingenia contra todo dique de contención, pide cancha. La figura irrumpe en el libro a propósito de la formación sociológica alemana de Ernesto Quesada y de la tendencia de Gino Germani a “recostarse en los textos provenientes de los ámbitos anglosajones”. Uno y otro intento no prosperan, felizmente frustrados por “el viejo topo” argentino. Entre paréntesis: Halperin Donghi —había que pronunciar por primera

vez su nombre— cuenta que el venezolano Rufino Blanco Fombona, que frecuentaba a Quesada, pues ambos representaban a sus países en el exterior, se burlaba de la fidelidad con la que este emprendía cada una de sus muchas mudanzas, con los cincuenta y dos tomos de las obras completas de Sarmiento a cuestras. Sé que le habría gustado la anécdota. Ni en el ochenta ni en los sesenta ni luego de la dictadura y el menemismo, el topo argentino fue exterminado. Sigue haciendo de las suyas, obcecado. Por eso incluso “por momentos Perón parece Carlos Octavio Bunge” y en el “santoral laico del peronismo” llega a asomar Ingenieros. Escribiré en el pizarrón de la



escuela secundaria para no dejar rezagados: “Siempre, entre los ecos de una escritura en otra, nos permitimos imaginar permanencias. No osamos las rotundas invariantes míticas de Martínez Estrada. Pero esas permanencias van tejiendo un sucederse y una herencia cultural...”. La lengua del peronismo venía desde lejos y, aunque rápido rompiera con él, se sigue forjando en las memorias de Cipriano Reyes. En “¡pi-que-te-ros, carajo!”, González oye el grito de los montoneros, treinta años antes. El ventarrón que se hizo evidente en los alrededores del Bicentenario era efecto del obrar del “viejo topo” argentino.

A contrapelo otra vez, en *Perón. Reflejos de una vida* se cuestiona la crítica por “déficit de historicidad” que Walsh le hace a Montoneros a fines de 1976. Lo subrayamos así porque en una biografía última que dos historiadores de primer orden, Raúl Fradkin y Jorge Gelman, le dedican a Rosas —biografía que los estudiantes de la carrera de Historia no pueden desconocer, aunque es cierto que cada vez se inclinan menos por los temas del siglo XIX—, citan a Walsh, que no puede creer que un oficial montonero sepa con detalle cómo tomaron el poder los bolcheviques en Rusia y no cómo llegó Martín Rodríguez al gobierno después de la llamada anarquía del año veinte. Toda una extrañeza entre académicos. Pero es más que eso, porque hasta el momento, quien esto escribe, no conocía objeción a la crítica de Walsh que se comenta como lo más acertado que cabía plantearse. González: “Era curioso reclamar, cuando la catástrofe se avecinaba, mayor historicidad a un grupo cuya característica máxima había sido la de emerger precisamente de la leyenda bélica

y social argentina”. Retoños de la historia nacional, incluso en sus acciones armadas, que despreciaban las metáforas, se plegaron a la retórica argentina, nacionalista y peronista. Tuvieron mucha biblioteca encima y de ella, “a su manera, fueron lectores. Fueron los mejores lectores”. Montoneros se enfrenta con Perón, pero es a la vez la forma en que el peronismo subsiste, su “secreto esqueleto de preservación”. ¿Astucia de Perón o del “viejo topo” argentino? De este último. Su pecado, su límite —pero González con razón no usa esas palabras— residió en que en esa hora “percibían con asombro y exasperación la naturaleza huidiza e inasible de la musaraña peronista”. Del topo a la musaraña.

Volveremos sucintamente sobre esto, puesto que los nóveles historiadores —procedentes de un círculo u otro— desde hace un tiempo se abocan cada vez más a eso que llaman pasado reciente y, dentro de él, a uno u otro aspecto de las organizaciones políticas armadas. Un poco más que el resto de la obra de González, *Perón. Reflejos de una vida* es un libro que, junto con explorar su “tema”, piensa, se pregunta y toma posiciones acerca de cómo tratar con la historia, cómo escribir a partir y con el archivo. Al respecto se desprende de él que jamás un acontecimiento o un nombre del pasado puede ser delimitado quirúrgicamente, con tiralíneas y escuadra. Ni la fecha de nacimiento —el origen— ni la de defunción —el final— son límpidas de brumas y, por tal motivo, no alcanzan para contener sus vidas. El contorno de su individualidad —o de la singularidad irrepetible— desconoce la nitidez que impediría que alrededor suyo se arremolinaran las alegorías. Por lo tanto, la escritura de la historia, por

más demarcado que sea el tema que nos tocó en suerte —padecimiento algo inconfesable del estudiante de Historia a punto de recibirse—, precisa dejarse agitar por una perspectiva en la que nada de lo que le antecedió, así como nada de lo que le sucedió, le puede ser indiferente.

En lo que hace a este punto Horacio González habla una lengua que se entiende con la de Halperin Donghi, cosa que se pone de manifiesto, por ejemplo, cuando rescata la crítica que en plenos años ochenta, coyuntura en la que lo mucho que se escribía era en “rechazo al mito”, le lanza al libro de Silvia Sigal y Eliseo Verón. Para Halperin la “enunciación peronista” es incomprendible sin la de Echeverría y Mitre, hasta ahí hay que remitirse para explicar los dramas anteúltimos o últimos de la Argentina. Sin embargo, este historiador, que fue monarca absentista de la refundada academia historiográfica argentina, se transforma en el adversario principal con el que discute sostenidamente a lo largo del libro. La hospitalidad de la escritura de González es proverbial, pero también es una forma de antropofagia; con Halperin hace el intento, lo quiere de su lado, que es el del machucado libro argentino y el de nuestro viejo topo. Determinados flancos, estocadas si se quiere, las incorpora. Sin embargo la repulsa es mayor y se exhibe. Las referencias concretas son a *Argentina en el callejón*, a *José Hernández y sus mundos*, a *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional* y a *La larga agonía de la Argentina peronista*, pero van más allá. Es que a través del “sarcasmo”, las “maledicencias” y el “malhumor satírico” lo que su escritura reproduce es el sinsentido de la experiencia histórica. Iba a escribir que

se trataba de otra forma de distanciamiento del mito, pero no; es la denuncia hiriente de lo que juzga como una chapucería generalizada.

Halperin Donghi busca en la propia consagración de los planos paradojalistas de su escritura el mismo movimiento insoportable que descubre en la historia. Por ese movimiento, no pretende dar orientación a alguna cosa que se mueve con sentido, contribuyendo en realidad a ofuscar ese mismo sentido.

A lo que se suma que, mientras en Scablbrini Ortiz solo ve demonización del poder inglés, al borde del “delirio sistemático”, cuando se trata de calibrar las políticas de la última dictadura se esfuerza por reflejar el pensamiento y la conciencia, incluso algo dramática, de sus ejecutores. Por lo tanto, inclina la cancha militantemente. Se empecina en

destratar a José Hernández, en lo que es la señal más segura de su abstención de una responsabilidad mayor ante la historia argentina. De este modo,

nos permite preguntarnos cómo este hombre ha sido considerado un historiador objetivo y respetado, cuando no respeta a nadie y una de sus artes mayores es la de la burlovería exquisitamente escrita, que no mengua en su veneno secreto,

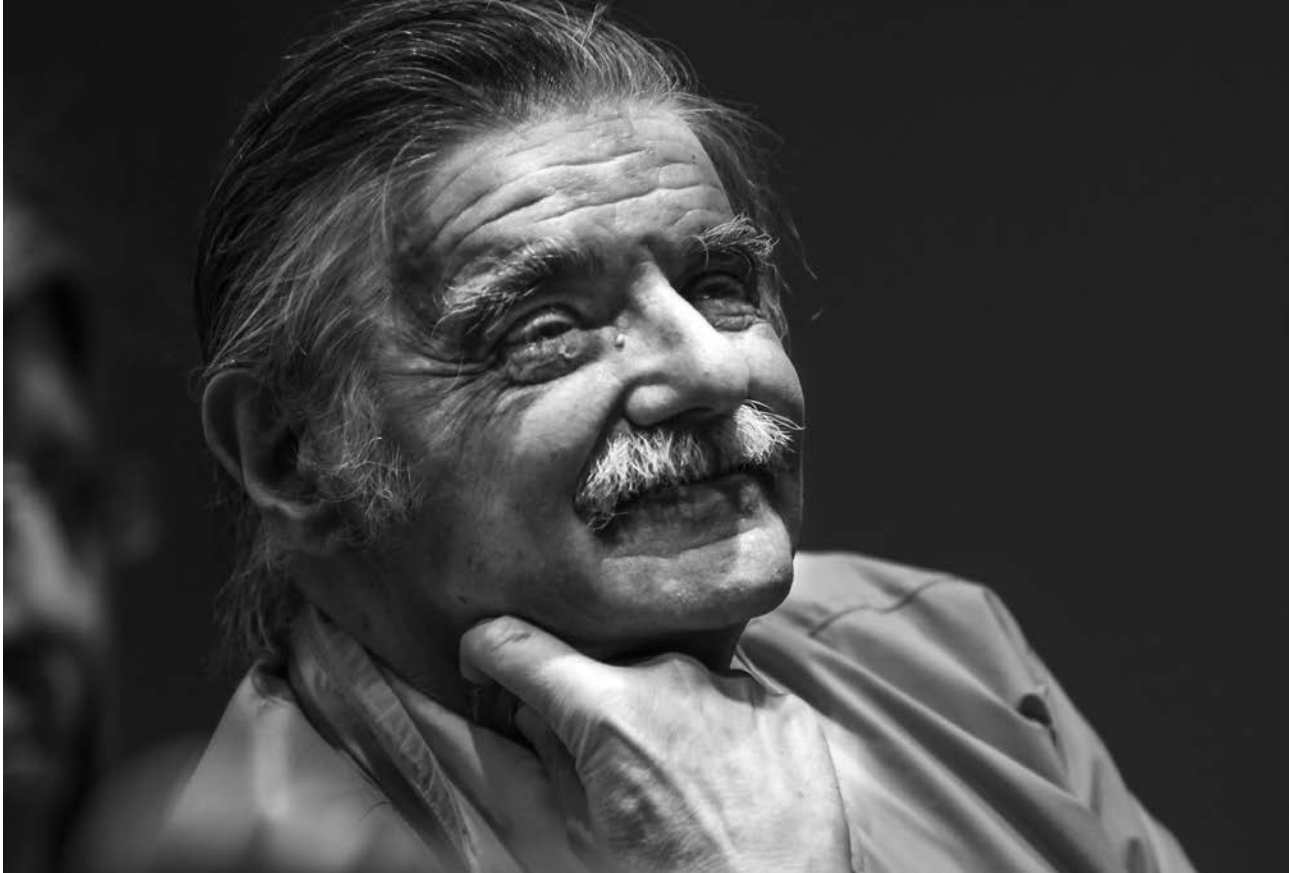
**Aun siendo desde diciembre de 2005 director de la Biblioteca Nacional, González va contra su época, que aplana a Perón en una estampita simple, de una sola cara y, añadamos, que expulsa a Montoneros de la historia argentina, ya sea porque lo encapsula en un prontuario, ya sea porque, al identificarse con él —en continuidad con las políticas kirchneristas—, se lo aligera de toda problematicidad.**

amparado en la gran apuesta churriguesca de su fraseo.

Aunque indigerible, el Perón de González no puede prescindir de Halperin. Nos preguntamos si existe para González una agonía larga de la Argentina peronista, aunque quizás el tema sea que solo se pueda existir, incluso históricamente, en agonía. No obstante, digamos tan solo que ese final que se anuncia puede desovillarse de las páginas de este libro, pero no por el desajuste entre una estructura económica agotada y una superestructura política que incluye a las conciencias y se niega a morir —simplificada pero no tanto es la hipótesis algo “vulgar” del libro de Halperin—, sino por las tensiones del nombre, por los desencarnamientos, la habitabilidad de la morada y los cauces que encuentre la vitalidad social, es decir, los recovecos que trabajosamente alcance el “viejo topo” argentino.

Así y todo, apenas se lo lee hoy a Halperin, lo que lejos de simplificar el asunto y de ser una señal a favor

—es decir, de mejorar las chances para que *Perón. Reflejos de una vida* llegue a un estudiante de Historia—, constituye un nuevo problema. Sus caprichos clasistas y sus ninguneos altamente políticos han sido reemplazados lisa y llanamente por el higiénico *paper* que, con la misma escritura inconvencional registra temas tan distantes como la producción de azúcar en la década de 1880 y la formación de los cuadros de la FAP. Uno y otro no merecen la desdramatización, que es la sustracción de ese soplo de vida —¡tamaño violencia!— que reclamaba Sarmiento para que el pasado y el presente no permanezcan tan solo postrados. No convocamos a ninguna iconoclasia porque de antemano sabemos que no encontraría eco. Por lo pronto, entonces, que el recién recibido, licenciado o profesor de Historia, mantenga una alianza más o menos secreta con este libro de González será una manera de mantener viva la alerta, de impedir que encallemos del todo.



Fotografía: Marcelo Huici.

# Horacio González y el metalenguaje de lxs argentinxs

Por Mara Gluzman

Acerca de *Beligerancia de los idiomas. Un siglo y medio de discusión sobre la lengua latinoamericana* (compilación de Horacio González, Buenos Aires, Colihue, 2008)

Mara Gluzman recoge un conjunto de citas dispersas en la obra de Horacio González para mostrar la persistencia de la interrogación sobre la lengua que trastoca “el quehacer de las prácticas metalingüísticas homogeneizantes, las evidencias que habitan las corrientes lingüísticas instrumentales”, para luego detenerse en el libro compilado por el ensayista: *Beligerancia de los idiomas*. La lengua fue objeto de interrogación como núcleo del quehacer político, como libertad y como servidumbre de las personas, como persistencia comunitaria, herencia e invención, como cuestión de soberanía frente a los poderes mundiales y las marcas coloniales, todo eso en la obra de González. Pero, como bien señala Mara, también es campo de una atención jocosa y lúdica como la que habita algunos tramos de este libro: la beligerancia es amorosa y juguetona, porque esos son los tonos que este escritor le dio a su habitar en el mundo. Los tonos de su habla y de su escritura.

## I.

*Idioma, habla, lengua, lenguaje, argot, jerga, morfema, etimología, causeries, palabra, prólogo, injuria.* La existencia de un conjunto abierto de expresiones de esta índole es indicio y condensación de un tipo específico de práctica lingüística que el propio lenguaje habilita: hablar de sí, hablar sobre el lenguaje. Es, en efecto, una condición, una posibilidad constitutiva que portan las lenguas.

La mirada de Roman Jakobson, figura destacada entre los grandes lingüistas que nos dio el siglo pasado, se posa precisamente en esta posibilidad inherente al proceso de producción de manifestaciones verbales. Sobre el trabajo delicado y sostenido que realizan las Tesis de Praga (1929) en torno del concepto de *función lingüística*, en 1960 Jakobson formula una caracterización de la función metalingüística como aquella orientada hacia el propio “código” o sistema lingüístico. Precisamos, acá, saltarnos lo que conlleva o supone una consideración de las lenguas en términos de “codificación”, idea más próxima a la cibernética de los años cincuenta que a la trama sutil y atenta a las formas significantes que habían sabido tejer los círculos eslavos en el primer tercio del siglo XX. La misma noción de *función lingüística*, a primera vista, tiende a operar como salvoconducto para la reproducción de una idea instrumental de lenguaje: *sirve para, se usa en, su finalidad es*. Suele ser la contracara de una concepción idealista de sujeto que anida en la presunción de existencia del hablante como inicio (“arranque”) de la destinación: origen y punto de partida de los mensajes verbales que se dirigen *hacia* otro, predicando *sobre*

las palabras y las cosas. No obstante, además del valor polisémico que la expresión *función* porta (equivalente a “finalidad”, o bien en el sentido lógico-matemático del término), el escrito de Jakobson aproxima una problemática que solía estar limitada al campo epistémico de la lógica y de la lingüística en sentido restringido:

La lógica moderna distingue entre dos niveles de lenguaje: “lenguaje de objetos” y “metalenguaje”. Pero este no solo constituye un instrumento científico necesario para lógicos y lingüistas, sino que también juega un papel importante en el lenguaje que utilizamos cada día. Al igual que el Jourdain de Molière que utilizaba la prosa sin conocerla, nosotros practicamos el metalenguaje sin darnos cuenta del carácter metalingüístico de nuestras operaciones (Jakobson, 1985, pp. 36-37).

La formulación jakobsoniana, a pesar de la ideología comunicacional que comporta la trasposición de la técnica sistémica al dominio de las formas significantes, trae las huellas de un trabajo materialista: corre la intención subjetiva de la escena, entiende los enunciados metalingüísticos como práctica y registra la tensión constitutiva en el sintagma “nuestras operaciones”, pues si son operaciones (y no estrategias) vienen, antes que de una acción yoica, de las condiciones que sobredeterminan las posibilidades del decir. Y ahí el significante “operaciones” devela el sustrato estructural sobre el cual pivota la “nueva” aproximación comunicacional, el modo en que porta capas de los procesos de composición de la teoría fonológica —sustentada en el concepto saussureano de *valor material*—,



a la cual se dedicó el lingüista ruso en el segundo tercio del siglo XX.

También en aquello que Ana Cláudia Fernandes Ferreira (2020) llama “saberes lingüísticos cotidianos” aparecen trazos de esta posición. Desde una inquietud por la historización de la producción de saberes sobre las lenguas de/en Brasil, Fernandes Ferreira forja un trabajo conceptual para hacer lugar a “lo cotidiano” en la Historia de las Ideas Lingüísticas, campo que en el país hermano articula el estudio de los instrumentos lingüísticos con el análisis discursivo de los procesos de colonización, estatización y producción de subjetividades. El punto que toca esta propuesta es el de repensar no solo la ubicuidad del decir sobre las lenguas y el lenguaje sino, más precisamente, la jerarquía y las relaciones desiguales entre las diversas posiciones desde las cuales los saberes (meta)lingüísticos son formulados. Esta intervención de Fernandes Ferreira cobra aún más interés si la leemos a la luz de la distinción entre *discurso metalingüístico* y *discurso epilingüístico* que, desde los escritos sobre enunciación de Antoine Culioli (1990), se ha difundido en el análisis de políticas o “representaciones” lingüísticas (por ejemplo: Canut, 1998) e incorporado también en la formulación del concepto de *instrumento lingüístico* elaborado por Sylvain Auroux (1992). *Epilingüístico* designa, en esta línea, una aproximación espontánea de lxs propixs hablantes, ese “sin darnos cuenta” que escribe Jakobson en 1960; *metalingüístico* adjetiva, en cambio, un saber “representado, construido y manipulado en cuanto tal con la ayuda de un metalenguaje (elementos autonómicos y nombres para los signos)” (Auroux, 1992, p. 16). Esta distinción supone y genera

una especie de distribución social del trabajo: de un lado, los metalenguajes expertos que producen sistemas de descripción/explicación sobre las lenguas naturales y/o lenguajes formales —computación, lógica, lingüística, gramática, lexicografía—; del otro, un hablar sobre aspectos lingüísticos sin la sistematicidad que un metalenguaje requiere, desde la “pura intuición” de lxs hablantes. El problema de la especialidad, el imaginario científico, la posición social y el papel ilustrado de la producción de conocimiento enmarcado en los campos disciplinares que la historia decimonónica ha sabido institucionalizar se muestra en todo su despliegue elitista.

Puestos a elegir, nos quedamos con la noción de *práctica metalingüística* para delimitar regiones del hablar/escribir, frases, expresiones, zonas de las manifestaciones verbales en las cuales las dimensiones de las lenguas, del lenguaje, de las palabras, los sentidos, los significados y las formas significantes son el foco y el objeto del decir. Surge así la posibilidad de caracterizar prácticas metalingüísticas de diversa índole, esto es, organizadas por el trabajo diferenciado de las formas y modalidades discursivas. Interesará, entonces, no clasificar los saberes sino pensarlos en relación con los modos de hablar sobre la lengua, las tonalidades, el carácter vocal, la diferencia —por caso— entre una conversación que invita a hacer(nos) preguntas y las modalidades prescriptivas o instruccionales que atraviesan, de manera creciente en la coyuntura actual, un conjunto amplio de materiales metalingüísticos en circulación (guías, tuits, grafitis, manuales, hojas de estilo, artículos, notas, entrevistas televisivas). Y, si *metalingüístico* adquiere el sentido amplio de

*relativo al lenguaje —metalangagière* en palabras de Jacqueline Authier-Revuz (2020)—, podemos también pensar de este modo las reflexiones en torno del decir y del callar, de la voz y sus tonos; en suma, todo un conjunto de pequeñas incisiones en el discurrir que nos recuerdan de qué está hecho lo que decimos: “words, words, words”, diría Hamlet.

Las reflexiones metalingüísticas y metadiscursivas configuran pliegues en los cuales la materialidad verbal se inclina sobre sí misma para pensar sus condiciones y funcionamientos (hablar/escribir sobre la lengua o alguno de sus aspectos, hablar/escribir sobre dimensiones del discurso o del decir, de la voz, del sentido o significado de las palabras, de sus formas acústicas o de las condiciones enunciativas). Cuando nos referimos a metalenguaje podemos pensar en los grandes discursos metalingüísticos y metadiscursivos institucionalizados: gramáticas, lógicas, retóricas, poéticas, artes de escribir, diccionarios, materiales para la didáctica de la lengua y varias tradiciones pedagógicas que se habilitan con la expansión de la cultura escrita, la enseñanza de las llamadas “lenguas extranjeras” o “lenguas segundas”, también el conjunto de instrumentos estatales que estabilizan decisiones de política pública en torno de las lenguas y el lenguaje, como resoluciones, legislación, recomendaciones y, crecientemente, guías. Es decir: hay toda una corriente de dispositivos metalingüísticos que lleva agua para las tendencias normalizadoras —tendencias centrípetas— imbricadas en los procesos de epistemologización del saber y en la institucionalización de saberes lingüísticos y discursivos que acompañó

la formación de los Estados nacionales —como caracterizan, para América del Sur, los trabajos de Elvira Arnoux (por ejemplo, 2008) y de Eni Orlandi (entre otros, 2002)—, la expansión de la cultura escrita, la democratización de la alfabetización y de la escuela media más adelante, la ampliación del acceso a las universidades y, en los últimos cuarenta años, la promoción de las carreras de posgrado, que acarrió un efecto de estandarización de las prácticas escriturales y lectoras universitarias.

## II.

La reflexión metalingüística en los textos de Horacio González trabaja a contrapelo de estas tendencias. Con la forma del ensayo, el pliegue metalingüístico va apareciendo en la fineza de un paréntesis, en la valoración de unas comillas, en un adjetivo que saluda ahí donde se habla *de otra cosa*; entrama el lazo con nombres, con épocas, escande amistades y lecturas. Algunos trazos contenidos en *La palabra encarnada* (2021):

Demás está decir (aunque siempre hay que buscar un decir que *sobre*, que sea *además*) que las carreras universitarias vinculadas a las ciencias sociales han proscripto el conocimiento de sí. Ellas son ámbitos donde ha triunfado la escisión entre conocimiento y escritura, lo que es decir entre escritura y autointrospección del sujeto (“Elogio del ensayo”, 1990, p. 39).

El ensayo dice, y pone esa palabra entre comillas (no es nuestro caso), el ensayo es necesario entenderlo como experiencia modificadora de sí (ibídem, p. 40).

El papel de la universidad es el de crear lazos políticos nuevos, que tengan resultados pedagógicos y discursivos originales (“Por una sociología de la voz”, 1990, p. 49).

Para que la voz sea un mundo social (en su doble aspecto de sonido y sentido) es necesario desprenderse de las usuales correlaciones sociológicas entre verbalización y lugar social (ibídem, p. 53).

En el artículo de *Qué*, la palabra “trotskista” luce con inquieta irradiación. Una primera impaciencia nos gana. No es posible decir que John William Cooke fuera trotskista, apenas aceptamos que esta palabra designa valoraciones políticas y llama a una consonancia con identificaciones que, en cuanto tales, no fueron asumidas por él. ¿Pasamos entonces por alto el artículo periodístico, atribuible sin más a un procedimiento habitual de injuria y descalificación, en el que como pocas veces brilló la retórica frondizista? Sin embargo, aparece de inmediato la sospecha de que estamos ante una situación de gran interés (“Fotocopias anilladas”, 1997, p. 139).

Sabemos que Cooke no era trotskista, pero en un *Informe* redactado en La Habana para la lectura de Ernesto Guevara, emplea la frase —en su momento muy citada— “en la Argentina los comunistas somos nosotros”. Pero para entender esta frase es necesario saber algo más: Cooke era peronista. Estamos ya en el corazón de un dilema de gran significación (ibídem, p. 139).

Al retirarnos, en el hall de la Facultad, Carri me confió, atribulado, que recién ahora se le ocurría una digna contestación argumentada. Tarde. Es la tardanza con la que ahora escribo. Es propio del ensayo un pensar en la tardanza, en la insatisfacción de no poder decir las cosas al tiempo que correspondiera, en el lamento de no tener las palabras en las circunstancias esperadas (“Roberto Carri: bandolerismo y ensayo social”, 1996, p. 455).

Sin buscarlo, la serie reúne fragmentos metalingüísticos que anotan una misma década: los noventa. El metalenguaje centrípeta de la estandarización institucional y sus acuerdos con las ideologías de la comunicabilidad constituyen un asunto recurrente de la crítica gonzaliana. Podríamos, entonces, acudir a la antítesis que dispone Roland Barthes para anudar lenguaje y (contra)poder:

Hay lenguajes que se enuncian, se desenvuelven, se dibujan a la luz (o a la sombra) del Poder, de sus múltiples aparatos estatales, institucionales, ideológicos; yo los llamaría lenguajes o discursos *enocráticos*. Frente a ellos, hay lenguajes que se elaboran, se buscan, se arman, fuera del Poder y/o contra él; a estos los llamaré lenguajes o discursos *acráticos* (“La guerra de los lenguajes”, en *El susurro del lenguaje*, 2009, pp. 136-137).

Pero la contraposición simple entre (meta)lenguajes enocráticos y (meta)lenguajes acráticos, el juego del orden estructural que organiza la categorización en rasgos binarios, no permite vislumbrar, en este caso, el proceso

dialéctico. La práctica metalingüística gonzaliana trabaja la relación con las tramas institucionales en una tercera posición. Es decir, ni con el funcionamiento centrípeta de las tendencias institucionalizantes ni en un fuera-de-las-instituciones. En lugar del par *con/ contra*, un tejido cuidadoso que piensa las condiciones en las cuales hacemos metalenguaje con otros:

Todo esto que hablamos acerca de la existencia de determinados problemas y las propuestas que algunos intelectuales hacemos para enfrentarlos son asuntos que hay que probar frente a las grandes movilizaciones populares, en los ámbitos más democráticos posibles. En la tradición de las izquierdas se usó la palabra masas; yo hablé de multitudes, de muchedumbres citando a Borges, o las grandes masas, y muchas veces daba una idea ilusa de que en esas grandes masas no habitaba un conjunto de sentimientos complejo, vinculado a satisfacciones simbólicas que la izquierda no era capaz de pensar. Solo se adjudicaba a las grandes masas pensamientos reflejos en relación a lo que discutía un grupo político de ideas avanzadas, pero la historia demostró que eso no era así. Lo que no se demostró nunca es que un pensamiento, que se adjudica a sí mismo una tarea reformuladora, no haya que ponerlo frente al fuerte veredicto de la historia, al lenguaje público, no diría ya de las masas, las grandes masas es una expresión excesivamente imprecisa, muchedumbre tiene una imprecisión graciosa, multitud tiene una imprecisión teórica, habría que crear el término que contenga hoy a las grandes mayorías para siempre

en construcción, siempre bullendo alrededor de nosotros, y que nosotros integramos en el silencio de nuestro dormitorio o en el silencio de nuestro trabajo (*La lengua conjurada*, 2015, pp. 107-108).

El gesto de quiebre interior insoluble de toda lengua es lo que las constituye. Las lenguas se rasgan o desaparecen en muchas de sus versiones. No hay por qué alegrarse por esto. Pero luego de muchos siglos de espera o de degradación, lo desaparecido vuelve transformado. Se parecerá ahora a otra lengua, que sin embargo conservará un pequeño vestigio de aquello remoto que finalmente no se había perdido. Los hablantes suelen no reconocer ese elemento yacente y licencioso, que está en el interior de movimientos sonorizados del cuerpo, fonemas parecidos a carrasperas, espasmos de las cuerdas vocales que la ciencia lingüística llamó fonemas y que pueden ser la base del hilo que recorre la historia del habla que llega a nosotros (“Ante un museo de la lengua”, 2012, p. 32).

He pensado en cosas como estas ante la inminencia de la inauguración del Museo del libro y de la lengua de la Biblioteca Nacional, donde un gran trabajo de su directora, María Pía López, junto a muchos espíritus que se lanzaron a la invención de un artefacto público de la autorreflexión ciudadana (reflexión sobre sus propios medios de expresión y la específica historia de estos), va a inspirar nuevas obras sobre la empresa común —pero oscura y temible— del hablar de todos (“Ante un museo de la lengua”, 2012, p. 35).

**La práctica metalingüística gonzaliana trabaja la relación con las tramas institucionales en una tercera posición. Es decir, ni con el funcionamiento centrípeto de las tendencias institucionalizantes ni en un fuera-de-las-instituciones.**

Es un poco aventurado, o algo así como una conjetura: no hay texto de González que no (tras)toque —como mirada central o con el fulgor del detalle— el quehacer de las prácticas metalingüísticas homogeneizantes, las evidencias que habitan las corrientes lingüísticas instrumentales. La dialéctica material del decir metalingüístico constituye un modo de trabajo de la palabra gonzaliana: jalar del hilo que abre un trazo significativo (una palabra, unas comillas, una pausa), e ir tejiendo un (des)pliegue reflexivo sobre las tendencias que gobiernan los discursos de la hora.

### III.

*Beligerancia de los idiomas. Un siglo y medio de discusión sobre la lengua latinoamericana* (2008) es un volumen plenamente metalingüístico: no solo practica metalenguaje como modo de trabajo; también destaca el problema de la lengua entre los grandes temas de la formación cultural, política e intelectual argentina. Combina, en este gesto, la crítica y el carácter reflexivo de la escritura en torno de la voz (en todo el juego polisémico de la expresión: *palabra, entrada de diccionario, tono escriturario, modalidad del decir, sonoridad*) con una compilación de autoría polifónica sobre los significantes metalingüísticos que retornan de manera persistente desde los debates decimonónicos: *idioma nacional / idioma de*

*los argentinos, voseo, querellas, Quesada, reforma ortográfica, Bello, Sarmiento, Generación del 37, Chile.*

La estructura del libro se aproxima a la del relato enmarcado. En los bordes, dos textos de Horacio González: “El juego de las etimologías: de las palabras inventadas a las palabras del subsuelo” y un “Breve diccionario de palabras y expresiones del quehacer político en Argentina”, que el humor de González compuso junto a Gustavo J. Nahmías. Los capítulos enmarcados recorren tiempos y documentos, van nombrando elementos del universo que configura en Argentina las cuestiones de la lengua. En “Los orígenes de las querellas sobre la lengua en Argentina”, Fernando Alfón revisa los nombres tradicionales que informan la genealogía del momento fundacional: Juan Cruz Varela, Mariano José de Larra, Florencio Varela, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez. A tales nombres y textos clásicos del romanticismo rioplatense, agrega Alfón una revisión de la conocida discusión sobre la reforma ortográfica entre Domingo F. Sarmiento y Andrés Bello. Gerardo Oviedo trabaja borgeanamente la cuestión del voseo (lo que hay de borgeano en aquellos años veinte de conferencias y aguafuertes sobre el *idioma de los argentinos*), buceando en los archivos dispares de la producción literaria y la ensayística nacional. “Apostillas a la historia del voseo argentino (1828-2006)” juega con el carácter hermenéutico de la práctica metalingüística: se inclina hacia una interpretación de las formas voseantes como *matiz de diferenciación* o indicio de una trama conversacional nacional. El capítulo sobre el neocriollo de Xul Solar trae los aires latinoamericanos que el título

del volumen convoca. En “Xul. Más allá del idioma (de los argentinos)”, Matías Rodeiro abre el problema de la lengua —precisamente— y el *matiz de diferenciación* que comporta más allá de las delimitaciones de la nación entendida a la usanza de un territorio marcado por hitos y mojonos:

Estas dos cuestiones de lo neocriollo, la consideración (particular) de Brasil y la (general) perspectiva americana (de algún modo posibilitada por lo anterior), podrían significar, respecto del grueso de la experiencia del (porteño) criollismo martinfierrista, un (importante) matiz de *diferencia*; que también abriría al neocriollo de Xul hacia otro registro de conversaciones (de ser con otros) posibles (*Beligerancia de los idiomas*, 2008, p. 200).

Bibiana Apolonia del Brutto incorpora a José V. Lastarria en las polémicas chilenas sobre la ortografía, la lengua y el papel del Estado en incipiente proceso de formación. El texto *Memoria sobre ortografía americana* (1843) y las encendidas posiciones de Sarmiento frente al conservadurismo elegante de Bello son indicios de un momento al que no cesa(mos) de retornar. En “La fundación de una lengua. Las polémicas en Chile: Andrés Bello, José V. Lastarria y D. F. Sarmiento”, la incorporación de Lastarria no es banal: señala la orientación del trabajo hacia los archivos pedagógicos chilenos y la persistencia de los asuntos ortográficos hasta entrado el siglo XX. Con el nombre *Ernesto Quesada*, Silvia Severini toca el punto candente del período finisecular, cuando la guerra de Cuba y el panamericanismo condujeron a las elites locales a

formular un ideal de comunidad hispanoamericana que pudiera poner freno al avance del proyecto expansionista estadounidense. Si hay, pues, una expresión que marca el capítulo “Ernesto Quesada: la cuestión nacional y el idioma de los argentinos”, esa es *idioma nacional*. Quesada se hace presente no (solo) porque —el volumen lo muestra, lo sabe— Buenos Aires comienza en aquel entonces a ser ese imaginario babélico que tanto será citado: el punto de inflexión es la coyuntura continental de 1900; ese es el nodo ineludible en la historia metalingüística argentina y sudamericana que se cifra en los fundamentos de Quesada.

En el centro de la compilación, un texto que introduce una cuestión cara a los planteos feministas de las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI, planteos organizados en gran medida en torno de inflexiones metalingüísticas y metadiscursivas —*metalangagière*, habíamos dicho—, pues *lenguaje y palabra, callar y narrar, lugar de enunciación* representan en ese universo tópicos ubicuos. Por el funcionamiento propio de los procesos discursivos, el capítulo de Verónica Gago, “Algunas hipótesis sobre la feminización de la voz en la literatura indigenista”, también aloja otras filiaciones semánticas: el trabajo de una sociología de la voz, el interés creciente por las vocalidades y las voces en el giro polifónico de los estudios del discurso, pero también *voz* puede ser leído como signifiante que adquiere su valor en la formación de los discursos metalingüísticos nacionales:

Muchos, con intención de desconfianza, interrogarán: ¿qué zanja insuperable hay entre el español de los españoles y el de nuestra conversación

argentina? Yo les respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir. Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria. No pienso aquí en los algunos miles de palabras privativas que intercalamos y que algunos peninsulares no entienden. Pienso en el ambiente distinto de nuestra voz (Borges, “El idioma de los argentinos”, 1928, pp. 232-233).

*Voz pivota* y reúne en un mismo significante universos de sentido heterotópicos y policrónicos. Y es ese carácter lúdico de pivote entre diversos universos o campos de sentido lo que oficia precisamente en el juego con el discurso lexicográfico que se arma en el texto final del volumen, “Breve diccionario de palabras y expresiones del quehacer político en Argentina”:

No se trata de que la política es la que se nutre meramente de recursos lingüísticos de otros campos, sino que es ese mismo desplazamiento de términos inspirados en el ingenio con el que se afrontan las dificultades del existir lo que se convierte en esencia misma de la política (*Beligerancia de los idiomas*, p. 363).

Esta suerte de lexicón abierto, antes que la confección de un instrumento lingüístico con fines de delimitar sentidos o bien con el propósito de establecer listados de palabras, lejos al mismo tiempo de la solemnidad dicionarista habitual y del chiste barcelonés *sobre* los políticos, trae una invitación: invita a leer las definiciones que se proveen con el tono de un

humor compartido, ese humor que aflora solo cuando se trata de algo que nos importa. También invita a buscar otras y nuevas expresiones que pivotan en esa intersección semántica. Encontramos así, en estas entradas léxicas, un humor surgido del afecto por el decir político y del trabajo lúdico con los tecnicismos y giros propios del discurso lexicográfico, encontramos también la ocasión de ironías sutiles sobre el discurso politológico, y encontramos una preocupación, una honda reflexión, en torno del derrotero político argentino:

ESMERILAR. Dícese de la acción sutil y múltiple por la cual se va modelando la inanidad de una fuerza política o de un personaje político, restándole poco a poco sus posibles energías. El modo en que se emplea este concepto permite suponer que es ahora la base de una epistemología secreta y novedosa que justifica todo el ser de la política (p. 372).

ABROCHAR. El antiguo concepto de asociar dos cosas homogéneas con un sencillo instrumento —un botón, si se trata de la camisa; un gancho, si se trata de la oficina— pasó a la dimensión metafórica, amparado por el milenar ejercicio de la política (p. 364).

ATAJANDO PENALES. Es sabido que atajar penales entraña una dificultad, calculada casi en un 85% de probabilidades en contra. La suerte —la fortuna— entra en consideración muy especial dentro del porcentaje positivo. El que trasladó —“metáfora”— esa dificultad a la política no deja de ser un pensador de primera agua sobre la relación

entre el azar y la necesidad, mucho más imaginativo que algunos triviales comentaristas del capítulo 22 de *El príncipe* (p. 366).

BANELCO; VULGO: “CON LA BANELCO”. Sugerencia intencionada sobre la acción política por la que se imagina la existencia de sobornos. Más ampliamente: vulgarización del tema del “fetichismo de la mercancía” adecuado a las sospechas mutuas que rigen el accionar político en los tiempos contemporáneos, mediados por mercancía dineraria (p. 367).

CAMINAR. “Me caminaron”, “lo caminaron”, expresiones de profunda sutileza que en las últimas décadas surgieron del vasto arsenal de la imaginación política (p. 369).

La distancia próxima entre este juego lexicográfico y el ensayo con el cual se inaugura el volumen, “El juego de las etimologías: de las palabras inventadas a las palabras del subsuelo”, expresa el carácter significativo de las formas discursivas en las prácticas metalingüísticas gonzalianas. “El juego de las etimologías” pone a trabajar las virtudes heurísticas del ensayo en el horizonte de las reflexiones sobre el lenguaje, sobre las lenguas, sobre las condiciones del decir. Un ensayo, un ensayo metalingüístico, en el cual el objeto se desliza. Nuevamente la dinámica binaria, esta vez entre las palabras y las cosas, no cuaja: la palabra no es aquí ni expresión de algo así como una realidad inmediata ni efecto de la pura postulación nominalista; el texto de González propone la posibilidad de leer, en la emergencia de una palabra, un síntoma:

La palabra *Google* expresa una voluntad de producir un corte en la continuidad etimológica de las lenguas. Esta continuidad es rara, desarreglada y anfibológica. *Google* no sabe tenerla en cuenta, pues imagina una red incesante, sin discontinuidades, sin errores, y encima con “suerte”. Como nueva posibilidad civilizatoria, es banal; como recomienzo de la *paideia* universal, no tiene sutileza para manejar los planos históricos diferenciados de la lengua, cumpliendo solo funciones interconectivas que no consiguen llegar a los mismos niveles de sentido que los sistemas de ordenamiento basados en la voluntad comprensiva del hombre clásico moderno (pp. 17-18).

Y en el jalar del hilo que conduce de la reflexión sobre el *deseo etimológico* y su circulación social a las consideraciones sobre el funcionamiento de los registros (insultos, injurias, expresiones de connotación sexual) en lo que habilitan las instancias concentradas que pretenden regular los (meta) lenguajes —grandes medios, academias y académicos, congresos de la lengua—, se tocan los puntos neurálgicos de una teoría del sentido y del discurso que, desde el afecto que este ensayo provoca, llamamos *materialista*:

**... no hay texto de González que no (tras)toque —como mirada central o con el fulgor del detalle— el quehacer de las prácticas metalingüísticas homogeneizantes, las evidencias que habitan las corrientes lingüísticas instrumentales.**

No se trataba de proscribir la lengua plebeya que otorga connotación sexual a cada verbo, sino de aludirla a partir de la configuración más



elaborada del lenguaje (la alegoría, la propensión cabalística, etc.) siguiendo sus vaivenes, en la larga batalla por la cual cada palabra se recarga de distintos sentidos a lo largo de su empleo (p. 25).

Hablar es una suposición necesaria de libertad y el agrado de perderla sistemáticamente para un fin noble, que ocurre seamos o no seamos de esa filiación, que en verdad no importa. Lo noble es que prolonga dinásticamente la idea humana, una libertad que se pone en juego y se disuelve como homenaje improbable a otras libertades, cada vez que nos sentimos dentro del lenguaje expresando sus términos con el derecho efectivo a creerlos *propios* o a no preguntarnos por ellos (p. 39).

“El juego de las etimologías: de las palabras inventadas a las palabras del subsuelo” es un escrito importante, por lo que trae, por las cuestiones que

**Encontramos así, en estas entradas léxicas, un humor surgido del afecto por el decir político y del trabajo lúdico con los tecnicismos y giros propios del discurso lexicográfico, encontramos también la ocasión de ironías sutiles sobre el discurso politológico, y encontramos una preocupación, una honda reflexión, en torno del derrotero político argentino...**

abre y también —citando acá las consideraciones de María Pía López y Guillermo Korn (2021) en el estudio preliminar de *La palabra encarnada*— por asuntos de *método*. Volviendo al inicio de este escrito, el ensayo que inaugura *Beligerancia de*

*los idiomas* coloca en primer plano la necesidad de procurar formas de acercarnos a una reflexión más descriptiva

y perspicaz, menos normativa, sobre las lenguas y el lenguaje, sobre las palabras y sus sentidos abiertos, insabibles. Leído hoy, el ensayo gonzaiano interroga la tendencia actual —creciente— hacia las modalidades prescriptivas y la moralidad de los discursos instruccionales como forma evidente en el hablar metalingüístico, como si sobre las cuestiones lingüísticas solo pudiéramos predicar o replicar su bondad o perjuicio.

#### IV.

Así, tanto Arlt como Borges a fines de los años treinta y Viñas, Piglia y Fogwill cercanamente entre nosotros —a lo cual agregaríamos novelas como *Cruz Diablo* de Eduardo Blaustein— se sitúan en la misma discusión sobre el *idioma nacional* en la medida en que inventan una bastardía conversacional que apunta a una pregunta esencial sobre el conocimiento: ¿es posible construir una literatura nacional sin inventar una lengua que problematice a la vez el uso ficcional, el uso coloquial y el uso erudito de esa misma lengua? No debemos olvidar que la Generación del 37 pensó la política como un evento a nivel de la emancipación lingüística, que la *sociología* nace con Ernesto Quesada intentando interferir en las experiencias autonomistas con la lengua y que una parte fundamental de lo que aún podemos considerar, con propiedad, como una *filosofía universal pensada en la Argentina* se ocupó de explorar el dilema de un mito idiomático revolucionario alrededor del gaucho. Así lo imaginó Carlos Astrada, desde la pertinaz formulación marxista y culturalista que había intentado (“Ricardo

Piglia y el lenguaje de los argentinos”, 1998, p. 57).

Los textos gonzalianos, especialmente los reunidos en *Beligerancia...*, recogen no solo aspectos del lenguaje de los argentinos, sino las cuestiones nodales y los modos de decir en torno del lenguaje y de las lenguas que han escandido la reflexión sobre la cultura y la nación, sobre las trazas del país y de su inscripción latinoamericana, sus vaivenes, horizontes y literaturas.

Leer *Beligerancia...* a la luz de otros escritos permite trazar líneas transversales. Podemos percibir ahí, en el haz de elementos metalingüísticos

que retornan, el fulgor de un proyecto, una insistencia, un deseo, la extrema lucidez de Horacio González que supo vislumbrar el carácter ineludible y dramático —como el drama de los archivos— que comporta doblemente el problema (meta) lingüístico: en tanto lengua latinoamericana e idioma nacional, el sustituto constitutivo de una emancipación inconclusa; en cuanto lenguaje universal, el conflicto humano entre el querer saberse sujeto hablante y la inscripción en las condiciones del decir; esto es, la tensión constituyente entre libertad y ser-en-el-tiempo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arnoux, E., *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del Estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico*, Buenos Aires, Biblos, 2008.
- Auroux, S., *A revolução tecnológica da gramatização*, Campinas, Editora da Unicamp, 1992.
- Authier-Revuz, J., *La Représentation du Discours Autre. Principes pour une description*, Berlín, De Gruyter, 2020.
- Barthes, R., “La guerra de los lenguajes”, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1994 [1973], pp. 135-139.
- Borges, J. L., “El idioma de los argentinos”, *El tamaño de mi esperanza / El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Debolsillo, 2012 [1928], pp. 123-236.
- Canut, C., “Pour une analyse des productions épilinguistiques”, *Cahiers de Praxématique*, nro. 31, 1998, pp. 69-90.
- Catena, A., *La lengua conjurada. Entrevista a Horacio González*, Buenos Aires, Desde la Gente; Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- Culioli, A., *Pour une linguistique de l'énonciation*, París, Ophrys, 1990.
- Fernandes Ferreira, A. C., “O Cotidiano na História das Ideias Linguísticas”, *Línguas e Instrumentos Linguísticos*, vol. 23, nro. 46, 2020, pp. 4-30. Disponible en <https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/lil/article/view/8661675/23164>.
- González, H., “Ricardo Piglia y el lenguaje de los argentinos”, *El Ojo Mocho*, nro. 12/13, 1998, pp. 55-58.
- , “Ante un museo de la lengua”, en Rocco Carbone (comp.), *Museo de las Lenguas de la Eterna*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2012, pp. 31-36.
- , *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*, compilación de María Pia López y Guillermo Korn, Buenos Aires, CLACSO, 2021.
- González, H. et ál. (comp.), *Beligerancia de los idiomas. Un siglo y medio de discusión sobre la lengua latinoamericana*, Buenos Aires, Colihue, 2008.
- Jakobson, R., “Lingüística y poética”, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1985 [1960], pp. 347-395.
- López, M. P. y Korn, G. (comps.), “Oficio y perseverancia: el ensayo como método”, *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación. Textos reunidos de Horacio González (1985-2019)*, Buenos Aires, CLACSO, 2021, pp. 13-35.
- Orlandi, E., *Língua e conhecimento linguístico. Para uma História das Ideias no Brasil*, San Pablo, Cortez Editora, 2002.

# La conversación, la cortesía y la guerra viajan en taxi

Por Carla del Cueto

Acerca de *El arte de viajar en taxi*.  
*Aguafuertes viajeras* (Buenos Aires,  
Colihue, 2009)

A lo largo de toda su obra, Horacio González pensó los grandes temas de la vida colectiva analizando las formas en que se despliegan —sostenidos sobre todo tipo de reglas, convenciones y sobreentendidos— los intercambios entre las personas en la sociedad. Pensó la sociedad *sub specie conversationis* y a la conversación como una materia oscura y densa, hecha de secretos y de astucias tanto como de un conjunto de cortesías y de ofrendas que —sabiéndolo siempre como lo sabemos todo: a medias— hacemos los hombres y las mujeres que vivimos juntos para sostener ese lazo que nos une. De todas esas conversaciones, las que tenemos en el interior de los taxis que tomamos para ir de un lado a otro de nuestras ciudades, de nuestra ciudad, tienen un valor particularmente precioso. González las consideró en *El arte de viajar en taxi*, pequeño y finísimo tratado —como muestra aquí Carla del Cueto— de sociología de la ciudad y de la cultura.

*Una conversación empieza  
con una mentira.*

ADRIENNE RICH,  
*Cartografías del silencio*

En *El arte de viajar en taxi*, Horacio González presenta una serie de crónicas sobre su experiencia como pasajero en los viajes desde su casa en el sur de la ciudad de Buenos Aires hasta la Biblioteca Nacional. En un tono coloquial, con mucho sentido del humor, ironía y una mirada muy aguda y delicada despliega en esas aguafuertes una serie de cuestiones centrales para pensar la ciudad, los viajes y el tránsito. Horacio González muestra refinadamente los diferentes aspectos que implican la interacción con los taxistas. Desde los códigos no escritos que reglan qué taxi tiene prioridad sobre el viaje, las radios que escuchan, las peleas por los pasajeros y el uso del GPS, hasta las adulteraciones del reloj que define cuánto se cobra por un determinado viaje.

Por lo general, las reflexiones sobre el modo de movernos en la ciudad están cargadas de juicios morales: que no cumplimos con las reglas de tránsito, que tenemos una predilección por la anomía y por estar fuera de la ley. En cada oportunidad en que se conversa sobre el tráfico rápidamente se conecta el modo de circular por calles y avenidas con una visión más general sobre nuestro “ser nacional”. Alguien que cruza un semáforo en rojo, un conductor que no respeta el derecho de paso, un peatón cruzando por la mitad de la cuadra, dan lugar a toda una serie de interpretaciones acerca de nuestro desapego a las reglas, de la falta de respeto hacia los demás y de la imprudencia. De este cóctel de visiones resulta una imagen de nuestras calles

como un espacio caótico y carente de normas, o bien, un lugar en el cual rige una suerte de “ley de la selva”. Un espacio en donde no hay lugar para la cooperación o la solidaridad, en el cual los lazos sociales que ligan a unos y otros están marcados por el conflicto. Afortunadamente están quienes se han permitido pensar la vida en la ciudad por fuera de la vara de la ley. Hay un aire de familia y guiños entre *El arte de viajar en taxi*, las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt y, sobre todo, *La cabeza de Goliath* de Ezequiel Martínez Estrada. Este último ofrece lectura con una doble condición. Por un lado, constituye una mirada aguda sobre las transformaciones en la ciudad desde una sensibilidad sociológica, y por otro, una crítica a la modernidad urbana teñida de cierta nostalgia que lo aleja de la descripción “objetiva” de la vida cotidiana. Son reflexiones que incluso permiten agudizar la mirada sobre transformaciones más recientes de la experiencia de la ciudad y del tránsito. *El arte de viajar en taxi* levanta ese guante porque es una suerte de actualización en ese mismo registro sobre qué pasaba en Buenos Aires en los primeros años del siglo XXI.

En el libro también hay ecos de grandes nombres de la sociología, como Georg Simmel, Norbert Elias o Erving Goffman, en esa descripción fina y atenta sobre códigos, conversaciones y reglas de cortesía y etiqueta. En la obra de Simmel es habitual encontrar que sus reflexiones sobre la modernidad refieren con frecuencia a la vida urbana como escenario privilegiado para ejemplificar gran parte de sus principales transformaciones. Para Simmel, la ciudad constituye el ámbito que ilustra más acabadamente

la desorganización, la alienación y el aislamiento mental. Pueden señalarse los cambios en las sensibilidades que impone la vida urbana a través de sus diversos estímulos. También algunos otros de sus efectos en la experiencia de los habitantes de la gran ciudad: el anonimato, la masificación y los intentos por mantener la individualidad. La tensión entre el anonimato y la identidad recorre todo el libro de Horacio González. Cuando dice que es profesor, cuando dice que es director de la Biblioteca Nacional, cuando no dice nada. De hecho, Simmel sostiene que la reserva es la actitud caracter

ística del metropolitano hacia los otros. Se acrecientan la formalidad y cierta indiferencia unida a una suerte de aversión hacia los demás. Así, la reserva garantiza la vida social en las grandes ciudades dado que permite mayor libertad para las relaciones sociales. Por su parte, Erving Goffman señala que el

tránsito se convierte en una fuente de material para el estudio de las relaciones sociales entre desconocidos. Los participantes deben confiar en otros. Y en ambos casos, se emplean prácticas ordenadas *informalmente* de dirección de tráfico muy parecidas. Destaco el término *informalmente* porque otro hilo que recorre las reflexiones viajeras de Horacio González es el énfasis en la descripción de reglas informales, dilemas que no pueden resolver las leyes escritas. El

dilema de las bocacalles, qué hacer ante una conversación que incomoda una vez en la cabina o cuando nos damos cuenta de que nos estafan con el precio del viaje o con el vuelto.

### **“Toda conversación es una larga espera”**

Todo el libro puede leerse como una reflexión sobre la conversación. Cómo conducir una conversación y cómo conducirse en una conversación. Leer ahora estas reflexiones sobre *cancelar* o no un viaje por diferencias ideológicas con el conductor permite repensar todas las discusiones que se abren a propósito de lo que suele llamarse “cultura de la cancelación”. Esto es, dejar de consumir la obra de un artista por cuestiones ideológicas o por actos moralmente reprochables. Horacio González se pregunta: “¿Qué hago, salto del coche, cancelo el viaje? [...] Abandonar el coche por indignación ideológica. No, no va” (p. 26). Descartada esa alternativa, quedan dos opciones. La primera, continuar el viaje con un silencio, incómodo y sugestivo. La segunda, más pícaro, consiste en intervenir el monólogo del taxista con frases convenientes que lo desarmen:

“¿Así que los mataría a todos? ¿Cómo? ¿Los atropella con el taxi, se baja con el palo de medir el calibrado de las gomas?”. La frase parece seguir la línea más pesada del razonamiento, pero tiene un crujido irónico. El tachero se sorprende vagamente. Quizás también diremos: “Mire, si a todos lo que salen a la calle a protestar hubiese que matarlos, el otro día vi una manifestación de taxistas protes-

**Todo el libro puede leerse como una reflexión sobre la conversación. Cómo conducir una conversación y cómo conducirse en una conversación. Leer ahora estas reflexiones sobre *cancelar* o no un viaje por diferencias ideológicas con el conductor permite repensar todas las discusiones que se abren a propósito de lo que suele llamarse “cultura de la cancelación”.**

tando por no sé qué cosa, seguro tenían razón... ¿los colectiveros, los camioneros tendría que matarlos a todos ellos?”. La frase es estúpida, pero la hemos dicho. En el taxi somos anónimos. No estamos dando clase ni hablando de temas graves, o que creemos graves (p. 26).

Otra alternativa que hace uso de la astucia en la conversación asumiendo un tono lacónico es introducir inflexiones como “¿Le parece?”, “¿Realmente?”, “Mmmm, no estoy tan seguro”, este tipo de intervenciones permiten sostener cualquier conversación sin estar comprometidos en ella. “Aconsejo que se pongan en práctica. ¿Qué se siente entonces? Un abrumador sentimiento de que no estamos en nuestro lugar. El desánimo de no haber sido como somos” (p. 39). Esa distancia, esa lejanía también puede ser una sensación de estar fingiendo ser personas que no somos.

En sus reflexiones, Simmel destacaba el sentido de la vista y lo vinculaba con los medios de transporte. Los ómnibus, tranvías y trenes (y los taxis) obligan a las personas a mantenerse en el mismo espacio mirándose mutuamente durante un tiempo variable, pero sin hablar. De este modo, las comunicaciones modernas hacen que la mayoría de las relaciones entabladas entre las personas queden relegadas exclusivamente al sentido de la vista. ¿Qué sucede con el sentido del oído dentro del taxi? En el taxi suena Radio 10 y genera incomodidad. Horacio González afirma que Radio 10 es “la radio de los tacheros”, y se pregunta: ¿habrá algunos que no la escuchen? Seguramente. Sin embargo, aunque no tiene estadísticas, sí tiene “un razonamiento estadístico que consiste en

pensar que nunca un fenómeno ocurre en su totalidad” (p. 23). Se puede caracterizar como una radio de derecha por los temas que trata: racismo, machismo, rechazo a los derechos humanos, mano dura. Sin embargo, lo que se subraya en el libro es algo más sutil: no se trata tanto de los temas como de los acentos, de los matices de voz, de las inflexiones, “del modo que trata su reflexión, su propia forma de emitirse, esto es, su propia jactancia como utopía imperiosa, alegre en su opresión” (p. 24).

Cuando quien maneja el taxi escucha Radio 10 y las encendidas editoriales de Baby Etchecopar es difícil afrontar conversaciones. Sin embargo, se nos sugiere descartar todo tipo de pedagogismo, ideología, arrebato moral o intento de demostrar que estamos “en otro lado”. Hay que evitar, una vez más, terminar la discusión poniendo fin al viaje por indignación moral. Horacio González nos pregunta si estamos dispuestos a bajar de un taxi un día de lluvia, sobre todo sin garantías de subir a un taxi con un chofer de ideas más afines a las nuestras.

En el libro se vuelve varias veces sobre la cuestión del anonimato como un refugio en la gran ciudad. La impunidad de no darse a conocer permite el juego de la ironía y de tensar la conversación cuando las diferencias ideológicas interfieren en la armonía del viaje. La reserva y el anonimato son característicos de la vida en la ciudad. Es el diagnóstico que muy tempranamente plantea Simmel. La distancia tiene efectos en las relaciones de reciprocidad. En la gran ciudad el individuo está acostumbrado a las abstracciones, a la indiferencia frente al más próximo y a una relación estrecha con aquel que está más lejos. Así,

la intelectualidad ofrece por una parte una base de mutua comprensión y, como contraparte, lleva a cierta distancia entre los hombres porque hace posible la aproximación con los más alejados, pero también una relación más fría y objetiva entre los más próximos. Por eso, en los viajes en taxi “muchas veces conversamos para no ser nosotros mismos. Es extraño asistir a nuestro *no yo* hablando como nosotros. Experiencia fundamental que un viaje en taxi puede proporcionarnos, entre la irresponsable

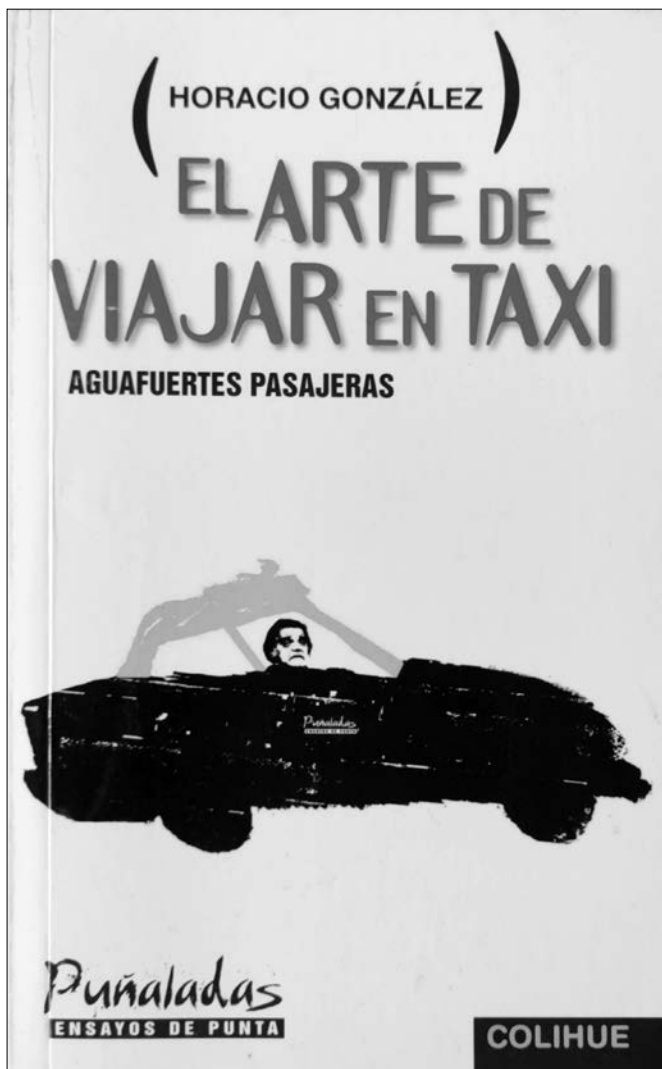
complacencia por un desdoblamiento y el odio por haberlo hecho” (p. 40). Ese juego de papeles, de jugar a ser otro, tan propio de las interacciones sociales tal como las entendía Erving Goffman, está muy presente también en estas bellas crónicas.

**“La cortesía nos rodea, nos alberga, nos solicita”**

Otro de los temas que está muy presente en *El arte de viajar en taxi* es la cortesía. La deferencia, el sentido del tacto y la cortesía son parte constitutiva de las interacciones y se pueden apreciar en encuentros casuales. “La cortesía es lo contrario de la ley de los códigos, pero ella tiene su código, frágil e invisible” (p. 19). Mientras que en las descripciones dominantes sobre el tráfico en Buenos Aires suele concentrarse en el caos y el desapego a la ley, esta atención sobre la cortesía debe subrayarse, entre otras cosas, porque hace justicia a la vida en esta ciudad.

Muchas veces he visto, en cambio, grandes escenas de cortesía, de fino privilegio y don de gentes, ese derecho no escrito de la caballerosidad casual. Un taxista le indica al pasajero que lo paró que un poco antes lo había parado otro, allí detrás, otro lo había visto antes. Un aspirante a pasajero que hizo un gesto exitoso de detener un coche de alquiler, cede su turno a otro pasajero o pasajera, mejor si embarazada, presuntamente más acuciado o más acuciada (p. 48).

La vida cotidiana está llena de esos pequeños gestos humanitarios, los “primero usted”, “faltaba más”,



que permiten “el funcionamiento de las soldaduras y disparidades del mundo” (p. 49).

Sin embargo, también están los “taxis de la cordialidad”. En los autos también se pone en juego la identidad. Por ejemplo, Martínez Estrada sostenía que el automóvil expresaba la posición social del dueño, incluso en una relación mucho más estrecha que la de la casa con su habitante. No hay que olvidar que en el análisis de Norbert Elias sobre la sociedad cortesana, la casa debía representar, sin ambigüedades, el estatus social de quien la habitaba. Algo similar o incluso exacerbado ocurre para Martínez Estrada entre el automóvil y su propietario. “El auto es, como el traje de etiqueta, algo que está en el protocolo y forma parte del ceremonial” (Martínez Estrada). Horacio González identifica en el mundo de los autos negros y amarillos la categoría de “taxis de la cordialidad” y al “tachero anfitrión”. Un gran malentendido, una gran incomodidad invade a quienes viajan en el asiento trasero. Porque los que pensaban que iba a ser un viaje en silencio o con intercambios monosilábicos, se tornaron “el eje de un experimento moral” (p. 28). El taxista ofrece caramelos, galletitas y cigarrillos y coloca al pasajero en una encrucijada de muy difícil resolución: aceptar o rechazar lo ofrecido. Si se acepta, la persona se convierte en un pasajero abusivo; rechazar la hospitalidad es caer en el desprecio.

Otra de las cuestiones que alteran los viajes en taxi son los cambios tecnológicos. La expansión del servicio del radiotaxi cambia el sonido en la cabina con operadores de radio anunciando viajes. En la calle genera confusión porque no queda claro si el

taxi está libre o no: tiene la bandera encendida pero no se detiene porque ya tiene destino. Los apoyacabezas también confunden y hacen creer falsamente que el taxi está ocupado. Los vidrios polarizados hacen lo suyo para aportar a la confusión. Todas estas interferencias refieren al sentido de la vista y recuerdan que, según Simmel, una de las consecuencias en la sensibilidad del urbanita es la experimentación de una sensación de confusión e intranquilidad por ser la vista el sentido más estimulado en la vida de la gran ciudad. De modo que para el pasajero de taxi la ciudad se convierte en “un lugar azaroso para las señales, sujeto a variadas interpretaciones y a las desgracias del gesto” (p. 9). Es interesante recuperar aquí la observación que realiza Pablo Wright, quien destaca que las señales de tránsito que funcionan como signos con un significado unívoco, en nuestras calles son transformadas en símbolos cuyo sentido es negociado de acuerdo a cada situación. Incluso se describe el hecho de dar prioridad de paso al peatón como una excepcionalidad cuando en realidad es la regla. Otra cuestión interesante de *El arte de viajar en taxi* es la de los engaños y las pequeñas estafas: el vuelto o el reloj alterado para acelerar su avance. “El tachero, personalización picaresca de las relaciones sociales que vinculan tiempo, viaje y dinero, es un operario del reloj incluso cuando lo libera” (p. 17). ¿Qué hacer en estas situaciones? “Es sabido que las estafas, sea cual sea su monto, casi siempre interesan menos al bolsillo que al honor” (p. 14). A veces es mejor “dejarte estafar por razones de honor” (p. 16). Nuevamente la indignación y el escándalo no son caminos aconsejables.



### “Soy un mero botín de guerra”

En *La cabeza de Goliat*, Ezequiel Martínez Estrada sostiene que el ritmo febril de la ciudad no solo se expresa en la velocidad del tránsito, en la aceleración en la circulación de automóviles, ómnibus y peatones. El ritmo veloz irradia a diferentes ámbitos de la

***El arte de viajar en taxi resulta fascinante porque describe un juego de impostores, de seres que juegan al anonimato y la actuación. Habla de las armas de la conversación y la ventaja.***

vida cotidiana, se convierte en una forma de modulación inquieta de las conductas, “arrebato cinético”. Este estado anímico altera el carácter y produce irritación. En parte por esto se suele afirmar que en la ciudad rige la ley de la selva. Que su ordenamiento está basado en la jerarquía que se impone por la fuerza. Pero también hay códigos paralelos y reglas no escritas que están muy presentes en *El arte de viajar en taxi*.

La carencia esencial de ley se revela justamente en el lugar que parece ser el más reglamentado del mundo. Mejor dicho: abundan los reglamentos de tránsito, tienen más espesura que los reglamentos del fútbol o del hockey sobre césped. Pero justo ahí lo único que se ve es un sentimiento amorfo, pletórico de luchas incesantes, de inminencia bélicas (p. 47).

Ya señalé algunas confusiones que ocurren para distinguir el taxi libre del ocupado con sus señales algo confusas. Sin embargo, una de las situaciones que genera mayor conflicto es la disputa por los pasajeros en la cual alguien

sube a un taxi desconociendo los códigos del gremio. La escena es conocida. El taxi vacío se cruza y empieza la batalla. “Es la pelea por nosotros, por nuestro cuerpo, por nuestro trasero sentado ahí, en el asiento posterior, pasivos, escuchando la pelea” (p. 45). Esa disputa que deja a quien viaja en el lugar de mero espectador.

Para Goffman (1979), en las encrucijadas se ordena el entrecruzamiento de pilotos que no se conocen entre sí. La calle se convierte en un ámbito privilegiado de estudio de las relaciones sociales entre desconocidos. Tanto en la circulación peatonal como en la vehicular se emplean prácticas ordenadas informalmente de ordenamiento de tráfico muy parecidas (Goffman, 1979, p. 27). En *El arte de viajar en taxi* se caracteriza el dilema de las bocacalles, que es otro escenario de conflicto y es también un problema ético irresoluble: cuando se hace señas a un taxi efectivamente desocupado, pero lo detiene el semáforo y se tiene más a mano otro, también libre, que viene por la calle transversal.

Si estamos apurados, podemos optar por el que el semáforo ha liberado, a pesar de que habíamos parado al que ahora quedó preso a la intermitencia tiránica de la luz roja. ¿Pero nos ha hecho el guiño con sus faros? El guiño hace más compleja la situación. Si el taxista lo hizo, entabló con nosotros un principio de acuerdo, un contrato social indefinible, meramente gestual, que ni es fácil desatar ni sería difícil romper (p. 11).

En el libro este dilema aparece espedido desde la voz del taxista. Se pregunta: “¿no hay respeto por un trato? Me había parado a mí. Pero son muy

frágiles esos convenios. ¿Qué obligación tenía? Ninguna” (p. 58). Sobre este punto volvemos a Goffman, quien sostiene además que tanto en la circulación peatonal como en la del automóvil la confianza que rige es problemática entre otros motivos porque la coordinación no depende de la conversación ni de la comunicación tácita. El pacto con el taxista es resultado de esa negociación gestual de pocos segundos.

\* \* \*

*El arte de viajar en taxi* resulta fascinante porque describe un juego de impostores, de seres que juegan al anonimato y la actuación. Habla de las armas de la conversación y la ventaja. Me interesa detenerme, finalmente, en la ilustración de tapa. Este libro es

parte de la colección Puñaladas de la editorial Colihue. La ilustración muestra un taxi dibujado a mano. En la puerta delantera, en el lugar de identificación del vehículo, figura el logo de la colección. Dentro del auto, en el lugar del conductor, se ve la cara de Horacio González. La imagen es entrañable, pero parece no estar en sintonía con lo que transmite el libro cuando lo empezamos a leer. Ocurre que el narrador, que durante gran parte del libro es un pasajero, pasa al lugar del volante. El libro pasa de crónica a relato ficcional y sobre el final establece un juego de intercambio de manuscritos y de voces diferentes que cambian de asiento. Creo que es por esto que la Asociación Taxistas de Capital recordaron este año a Horacio González así: “Usted seguirá viajando a nuestro lado. Hasta siempre maestro”.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Elias, N., *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1996.  
 Goffman, E., *Relaciones en público*, Madrid, Alianza, 1979.  
 Martínez Estrada, E., *La cabeza de Goliath*, Barcelona, Losada, 2001.  
 Simmel, G., “Las grandes urbes y la vida del espíritu” y “El individuo y la libertad”, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1998.  
 Wright, P., Moreira, M. y Soich, D., “Antropología vial: símbolos, metáforas y prácticas en el ‘juego de la calle’ de conductores y peatones en Buenos Aires”, Seminario del Centro de Investigaciones Etnográficas, UNSAM, 2007.

# La voz adherida a los archivos

*Por Sebastián Scolnik*

*Acerca de Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*  
(Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2010)

La creación de la Biblioteca Nacional no fue el fruto de una planificación de doctos ni fue ideada en los despachos de las burocracias estatales. Surgió como un procedimiento interno de la guerra y fue concebida a través de un artículo periodístico atribuido, no sin polémica, a Mariano Moreno. Esta anomalía la acompañó a lo largo de sus más de doscientos años, atravesando épocas complejas y contradictorias, siempre signadas por la fibra polémica que animó sus páginas más resonantes. Reconstruir su historia, desde el punto de vista de los problemas que enfrentó, las querellas que nunca cesaron, los procedimientos técnicos y administrativos, las figuras de sus directores y sus dilemas irresueltos fue, quizá, el acto más relevante de una destacada gestión como la de Horacio González. Porque abreviar en ella, sin rehuir a ninguna de sus paradojas, fue el medio que encontró para asumir el momento más crucial de las bibliotecas: la modernización tecnológica que amenaza con diluir su sentido histórico en las nuevas formas de concebir los archivos, ya no como “actos dramáticos de la cultura”, sino como soporte digital y banco de datos de la sociedad del conocimiento.

*La Biblioteca Nacional es un concepto acabado pero su forma real se reclama irresuelta.*

HORACIO GONZÁLEZ

Cuando Horacio González fue nombrado subdirector de la Biblioteca Nacional, durante la presidencia de Néstor Kirchner, para acompañar a Elvio Vitali como director, se percibía en los distintos ámbitos de la cultura que se estaba ante un momento de enorme importancia histórica y política. La más antigua institución cultural del país, la que nació de los fervores revolucionarios, iba a ser conducida por dos personas ligadas al mundo del libro y de las ideas que, además, provenían de unas trayectorias que no se inscribían dentro de los espacios tradicionales de la consagración oficial.

La magnitud de esta circunstancia se expresó en la sentida algarabía manifestada el día en que asumieron sus funciones, en un colmado auditorio Jorge Luis Borges —nombre clave en los destinos de la Biblioteca—, donde algo de esta singularidad se verificaba en el discurso leído por González. Un nuevo ciclo se inauguraba, abierto a unas sensibilidades que nunca habían encontrado alojamiento ni reconocimiento posible, tampoco deseado, en las instituciones estatales, a las que habitualmente, desde la posdictadura en adelante, se las resistía por sus compromisos con el entramado represivo del pasado o por su complicidad en la destrucción de las condiciones de la vida material y simbólica del país.

Así, la Biblioteca Nacional, que durante sus casi doscientos años de historia se había repartido entre sus ciclos liberales, de orientación laica, y sus momentos nacionalistas,

marcados con los lacres de un confesionalismo católico y jerárquico, proponía abrirse a una experiencia democrática y crítica, con fuertes inclinaciones hacia los padecimientos y dilemas del mundo popular, en una sociedad lastimada que venía, insumisa pero convaliente, de los sucesos de 2001. Era necesario un nuevo tipo de institución, proponían González y Vitali, capaz de albergar las disidencias provenientes de las artes más desafiantes, del ensayismo incisivo, de la filosofía aguda e imaginativa y de la literatura experimental, ya no sencillamente como una política “reparatoria” hacia aquello que había sido excluido a lo largo de la historia, sino como un reconocimiento que pudiera recibir los rasgos de una crítica inspiradora para afrontar los dilemas que se abrían en un tiempo incierto. Y todo eso debía hacerse con la suficiente sutileza para no menospreciar el peso de las distintas tradiciones y legados. Y así se escuchó, en esas palabras iniciales esbozadas en el discurso “Y la nave va”, que trazaban un plan medular: la construcción de una biblioteca que retomara su fibra histórica, compleja y polémica, al amparo de Paul Groussac y de un Borges no escolarizado ni ceremonial, para intervenir en un campo difícil que determinaba un nuevo umbral en la historia de las bibliotecas. Estos artefactos, herederos de la antigüedad y de los ciclos nacionales, se encontraban frente a su momento más desafiante: la transformación radical e inminente de sus procesos de trabajo y organización frente a las revoluciones técnicas e informáticas que daban su sello al capitalismo global contemporáneo y desafiaban su sentido histórico.

Si la Biblioteca Nacional había sufrido las mismas conmociones que el país,

en un paralelismo que se trazó desde su indisociable acto fundante, un conjunto de problemas específicos la acosaban y era urgente tomarlos en serio: el atraso de muchos de sus procesos organizativos; la desidia respecto a sus fondos documentales, que requerían inmediatas políticas de preservación; el abandono edilicio, que demandaba un plan de urgente recuperación y mantenimiento; la obsolescencia tecnológica; el desprecio y la marginación de ciertas trayectorias laborales y el incesante conflicto entre sus organizaciones gremiales que ya se había consumido gestiones recientes. La incapacidad de equilibrar esos conflictos con la astucia y la cautela de una sensible urdimbre política, desde una imprescindible vocación democrática, era la marca que debía revertirse en una hora dramática.

Abrir la Biblioteca, restaurar, inventariar y organizar su acervo documental y bibliográfico, reparar las injusticias laborales, articular formas de cooperación con las representaciones sindi-

cales y producir nuevos públicos lectores se percibían como ejes imprescindibles de una política capaz de reconstruir esta institución dañada. Si el momento era de felicidad, no lo era menos de preocupación profunda.

Porque esta propuesta, que asumía la envergadura de una gesta, también encontraba una respuesta implícita en un conservadurismo escéptico que desconfiaba de

pensamientos y trayectorias que no se inscribieran dentro del canon oficial ni de la costumbre política. Un murmullo —que suele anidar en las instituciones, aunque no solo en ellas—, a veces asumido como resignación pasiva o como un imperceptible acto de sabotaje desencantado (que en ocasiones suele alcanzar las proporciones de una conspiración explícita), se deslizaba en sordina. ¿Era Elvio Vitali el “hombre práctico” que garantizaría aquellas tareas rudimentarias de la administración esquivas a quienes frecuentaban el mundo de las ideas abstractas, al que supuestamente pertenecía Horacio González? ¿Era posible establecer una división tan tajante entre el pensamiento y la práctica, tanto en el mundo político como dentro de las instituciones culturales? El clásico estereotipo que separa el pensamiento de la “acción”, afincado en las distintas tradiciones históricas (sea para ponderar el ejercicio de la conciencia dentro del credo racionalista, sea para desmerecerla bajo el peso de los prejuicios antiintelectuales que brotan de una oscura pasión “ordenancista”), no encontraba verificación posible en la nueva gestión de la Biblioteca. Porque ni Vitali era un político “práctico” desentendido del mundo cultural, ni González era un pensador aislado respecto a las tareas cotidianas, cuyos dilemas sí se proponía pensar de manera diferente, desarmando los modos en que estos se presentan (la separación entre medios y fines, la distinción entre “contenidos” y “soportes”, las discusiones gremiales y bibliotecológicas tomadas como un cuerpo de saberes y de prácticas que no requería ningún tipo de interpelación o reelaboración creativa, etc.) para poder asumirlos de otro modo.

**El programa de Horacio González para conducirla ya había sido esbozado. Su monumental *Restos pampeanos*, una pieza central de la historia del ensayismo nacional, por su amplitud para abarcar la historia del pensamiento e interrogarlo desde los más insólitos ángulos, envolvía de modo implícito a la Biblioteca.**

El pensamiento es una dimensión inescindible e imprescindible de la gestión. No solo cuando se propone dirigir una institución de manera diferente, con estilos renovados y formas democráticas capaces de problematizar las inercias heredadas, sino que lo es más cuando se trata de la Biblioteca Nacional. El programa de Horacio González para conducirla ya había sido esbozado. Su monumental *Res-tos pampeanos*, una pieza central de la historia del ensayismo nacional, por su amplitud para abarcar la historia del pensamiento e interrogarlo desde los más insólitos ángulos, envolvía de modo implícito a la Biblioteca. Porque la dirección de esta institución bicentenaria es una tarea bibliotecológica, técnica, administrativa, política, institucional, organizativa, pero fundamentalmente intelectual. Su historia así lo dice, en tanto esta dimensión estuvo siempre presente al erigirse la Biblioteca como un núcleo organizador de la cultura, partiendo de la problematización de la política y la memoria colectiva, el debate acerca de los modos del conocimiento y la investigación, la discusión sobre el lenguaje nacional y el papel de los archivos en la historia.

Toda institución tiene el derecho de conocer su pasado. Pero al mismo tiempo, el deber de recrearlo. Reelaborar la historia de la Biblioteca Nacional, así como montar exposiciones, convertir sus salas en foros de discusión democrática y editar libros, no era un ejercicio intelectual que se hacía en los ratos libres, mientras la hosquedad de las tareas burocráticas consumía el *tempo* político. Era el corazón mismo de la gestión. Porque atesorar los legados es una forma de ofrecerlos a una comunidad más o menos

implícita, a un mundo lector complejo en el que siempre piensan las bibliotecas, aun cuando este se ofrezca enigmático y deba tanteárselo en la incertidumbre. Porque el modo de tratar con los archivos y la forma de concebir la práctica de lectura implica crear un estilo de institución, inscribiéndose en sus polémicas, formulando una propuesta de constitución de la vida cultural y la investigación histórica (que abarca dilemas filológicos y teóricos de gran significación). Y requiere de una sutileza para condensar el pasado e incidir en los destinos colectivos.

No hay discusión bibliotecológica que no sea, al mismo tiempo, una discusión ética y política cuyos desenlaces son impredecibles. Y así fue asumida, cada vez que se suscitó, en sus poco más de doscientos años de existencia. Escribir la historia de la Biblioteca fue, tal vez, el acto de gestión más importante de Horacio González. Porque al hacerlo, la recorrió con el cuidado de no soslayar su contenido complejo y paradójico, encontrando en cada tramo de este movimiento heterogéneo —y fundamentalmente en los residuos que resisten la linealidad del tiempo y las interpretaciones evidentes— distintas zonas que impedían conclusiones certeras y obvias. Porque la riqueza

**Escribir la historia de la Biblioteca fue, tal vez, el acto de gestión más importante de Horacio González. Porque al hacerlo, la recorrió con el cuidado de no soslayar su contenido complejo y paradójico, encontrando en cada tramo de este movimiento heterogéneo —y fundamentalmente en los residuos que resisten la linealidad del tiempo y las interpretaciones evidentes— distintas zonas que impedían conclusiones certeras y obvias.**

de sus doscientos años anida más en sus polémicas que en sus logros materializados, en sus discrepancias con la marcha del mundo que en su adaptación lisa y llana, en sus dilemas propios antes que en la generalización de sus procedimientos y en sus preguntas esenciales antes que en sus respuestas decretadas en las fojas de las lenguas estatales, los fraseos mediáticos y las lógicas mercantiles.

### La fundación

La Biblioteca Nacional no nació a través de disposiciones administrativas, sino que fue concebida en un artículo de prensa. Tal vez no haya antecedentes de este singular episodio que desató toda clase de querellas e

interpretaciones en torno al acto fundacional. Porque entre los fuegos independentistas, bajo el riguroso apresuramiento de un tiempo excepcional, un artículo publicado el 13 de septiembre de 1810 en el diario *La Gazeta de Buenos Ayres*, bajo el título “Educación”, obró como su “manifiesto liminar”.

El periódico, dirigido por Mariano Moreno, era el medio a través del cual la Junta de Gobierno comunicaba sus actos y decisiones. Dicho artículo, que

llamaba a la creación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, no llevaba la firma del revolucionario Moreno, aunque su prosa, que destila un aire humanista ilustrado, es susceptible de ser atribuida a su autoría. Pero ese gesto de autoría implícita dio lugar a titubeos, cuando no a polémicas interesadas por apropiarse del legado fundacional, que no se resuelven en la mera objetividad material de los documentos. Porque en este asunto no solo había una discusión de índole histórica y filológica, sino que también, en el fondo, allí se tramitaba un dilema más importante: la autoría o no de este artículo determinaba el tipo de Biblioteca a construir, su lugar en la sociedad y su relación con los problemas ligados a la ilustración y la emancipación popular. Fusiles y libros eran los dos modos de hacer la guerra en una sociedad que se percibía en peligro. Los primeros, claro está, para ganar las batallas; los segundos, para comprender y dirimir, sobre la base del conocimiento universal, el tipo de sociedad en la que se quería vivir. Y, por si acaso, si las bibliotecas no cumplieran tal fin, para Moreno merecerían arder como la mítica biblioteca de Alejandría. Tal vez tampoco haya tantos ejemplos de instituciones, la Biblioteca en este caso, que nazcan de esta manera, con una cláusula interna de destrucción si los propósitos para los que fueron imaginados no se cumplieran como se esperaba.

Si el tradicional Colegio San Carlos fue convertido en cuartel, la Biblioteca Pública de Buenos Aires debía ocuparse —en un edificio destinado a tales efectos en la misma Manzana de las Luces (dando comienzo también a un itinerario edilicio no menos

**Fusiles y libros eran los dos modos de hacer la guerra en una sociedad que se percibía en peligro. Los primeros, claro está, para ganar las batallas; los segundos, para comprender y dirimir, sobre la base del conocimiento universal, el tipo de sociedad en la que se quería vivir. Y, por si acaso, si las bibliotecas no cumplieran tal fin, para Moreno merecerían arder como la mítica biblioteca de Alejandría.**

polémico que el resto de sus dimensiones)— de la instrucción popular. Y sus colecciones (toda biblioteca reconoce su genealogía en el modo en que acopia sus fondos) provenían de las donaciones hechas por los sacerdotes (el caso más emblemático es el de la donación del obispo Azamor y Rodríguez, cuyos fondos tenían como destino primero la constitución de la biblioteca de la Catedral) y de suscripciones, pero también procedían de actos de guerra. La expropiación de los fondos jesuíticos, arrebatados en Córdoba al insurrecto obispo Orellana —que había apoyado el levantamiento de Liniers contra la Junta, según consta en un documento adquirido durante la dirección de Horacio González que lleva la firma de Saavedra y Moreno—, es un acto fundamental del surgimiento de la Biblioteca. Porque, según González, entre “donación y exacción” hay una diferencia sutil en la que media la violencia. Si Cornelio Saavedra se ocupaba de la formación de las milicias que dieron origen al Ejército Argentino, Mariano Moreno impregnaba su sello a la Biblioteca; dos instituciones estatales paralelas y simultáneas, nacidas del latido apremiante de la guerra. Mientras la Biblioteca Nacional se reconocía en un origen mítico jacobino, en la década de 1930, una corriente revisionista, proclive al catolicismo nacionalista, comenzó a discutir esa marca fundacional aupada por el liberalismo. El canónigo Joseph Luis Chorroarín, designado como primer director efectivo de la institución, había sido el encargado de organizarla. De ahí que durante la gestión de Gustavo Martínez Zuviría se lo haya proclamado como el fundador, desplazando a Moreno de ese rol, para

reinterpretar el significado extraordinario de la creación de la Biblioteca, su excedencia con respecto a la materialidad documental de sus fondos. Porque, según Horacio González,

la Biblioteca se funda con un espíritu de trascendencia y no de inmanencia respecto al orden bibliotecológico. Todo lo que se halle en él —puesto que no hay bibliotecas públicas sin bibliotecología efectiva— se expresa en la idea de ordenamiento de libros por autor, tema, otras formas de referencia, pero con un aura superadora. Va más allá de la ordenación libresca para tornarse un acto dramático de la cultura. Moreno representa esto último; Chorroarín, lo primero. Borges, andando el tiempo, configurará en su obra un extraño proyecto de enlazar estos dos órdenes sustantivos. Con lo que la catalogación y otros instrumentos de la disciplina bibliotecaria pudieron convertirse igualmente en campos ficcionales y agrupamientos tocados también por la pregunta de metafísica aristotélica: ¿por qué existe la clasificación y no el desorden?

Por eso la importancia fundamental de la determinación del nombre de su creador. Porque en él se cifra el espíritu y la concepción de la Biblioteca. Porque ese nombre da cuenta de una singularidad irreductible a los criterios generales de organización bibliográfica. Solo Borges, con su ironía especulativa, capaz de crear mundos imaginarios y paradójales, pudo aunar aquello que en la historia fue desavenencia, antagonismo, conspiración y lengua querellante. Si la historia de la Biblioteca Nacional se compone a partir de una reiteración de cuestiones problemáticas a lo largo del tiempo, esa circularidad no es un



maleficio sino una insistencia; una perseverancia que no se agota en el repaso de la sucesión de directores que la dirigieron, a pesar de que en cada uno de ellos se resume una época. La historia de la Biblioteca sucede sin que nunca pueda darse por concluida. Se trata de un despliegue atormentado por anomalías, por una inquietud murmurante y deliberativa que no permite concebir la institución como una sucesión de desarrollos lineales y acumulativos, sino como un conjunto de actos esquivos, a veces contradictorios, y nunca sencillos de interpretar. Sus regularidades se quiebran cuando la excepcionalidad de sus rarezas y la multiplicidad de sus capas genealógicas se hacen presentes. Allí anida su secreto, en esos restos (la “escoria testaruda”) que sobreviven a toda armonía y que no se permiten ser inscriptos por relatos que cultiven la sencilla idea de progreso. Una historia del orden bibliotecario argentino, nos dice González, debe contener ese reverso de la mirada oficial, ese doblez o punto ciego que impide dar por finalizado su trayecto. Porque la historia de la Biblioteca mantiene viva una trama inconsciente que politiza el acto de lectura, que convierte en dramática la lucha cultural y que no puede desprenderse de sus orígenes mitológicos en nombre de la transparencia de un saber que se supone conclusivo frente a las vacilaciones del pasado.

### La mirada del monóculo

La *Historia de la Biblioteca Nacional* elaborada por Paul Groussac en 1893 fue un gesto estratégico para su dirección. Porque con ese compendio, trazado con el más fino lenguaje y con el sarcástico estilo de quien se propone ni

más ni menos que reformar la escena intelectual del país, produjo una mirada que condensó el pasado bajo el sesgo de su genio literario, para producirlo como legado, como antesala de su gestión que vendría a reparar aquellas inconsistencias del tiempo anterior. Se trata de una historia moral e intelectual del país, que va de la guerra hasta la catalogación de libros. Bajo la apariencia de ser un repaso sobre los directores de la institución que lo precedieron, construye un ensayo de las pasiones públicas y del mundo cultural que ahora sí deberían abrirse a un ciclo modernista y conservador.

Si los ecos de la generación del 80 resonaban en la Biblioteca Nacional, la presencia de Groussac no era un hecho incuestionado para la inteligencia de la época. Porque fue pionero en construir un análisis sobre los arquetipos intelectuales, analizando los estilos de escritura de la época con una lengua fronteriza, que se movía implacable entre la sutileza y la incineración. Se sabe que Sarmiento reprochó su nombramiento. Aun si el cosmopolitismo modernizante daba tono a las aspiraciones del autor del *Facundo*, la presencia de un “extranjero” al frente de la máxima institución cultural generaba recelo y suspicacia. Se sospechaba que ese sitio (lo comprobaron después los radicales insurrectos que ocuparon la Biblioteca en 1906, señalándola como el lugar en el que el régimen adquiriría su consistencia) se transformaría en el núcleo de la organización cultural del país. Alguna vez, en un pasillo de la Biblioteca Nacional, Horacio González comparó a Paul Groussac con Luca Prodan. Eran los extranjeros que fueron capaces de ver aquello imperceptible para la normalizada mirada local. Si el francés interpeló a la intelectualidad argentina,

a la que percibió moviéndose entre la chapucería y la imprecisión, para respirar el barrio del Abasto había que recurrir más al cantante italiano que a la liturgia tanguera. Prodan, con un encadenamiento de imágenes que brotaban de la rusticidad del mundo cotidiano, pudo elaborar lo impensado, aquello que resultaba esquivo para la interpretación. Eran los extranjeros, cuya lengua migrante inquietaba el habla oficial, los que podían establecer, desde esa distancia crítica, una proximidad real con un mundo indescifrable, a veces intolerable.

Groussac, nos dice Horacio González, se propuso reformar el campo cultural desde una esfera autónoma, con medios independientes a los de un pensamiento ligado a costumbrismos localistas, a la improvisación de una esfera intelectual autocomplaciente e identitaria que desdeñaba la rigurosidad tanto como los desafíos que la tarea imponía. Sin embargo, Groussac, conservador en lo político y revolucionario en el lenguaje (estas son las paradojas más difíciles de transitar a las que González se animaba sin eludir la complejidad), erraba el vizcachazo al interpretar ciertos estilos del ensayismo contemporáneo a su época. Así lo advierte González, para quien el refinado, mordaz y aristocrático francés, al juzgar precipitadamente la obra de Ramos Mejía, perdió de vista que el rigor, cuando carece de una escritura capaz de ofrecer una imaginación problemática que se sobreponga a la empiria documental, indagando las condiciones mismas en las que un documento fue producido, no basta por sí mismo para elaborar los sucesos del mundo.

¿Es acaso la *Historia de la Biblioteca Nacional* de Groussac el relato de la sucesión de los directores que

lo precedieron? ¿O estamos ante la presencia de un juicio literario, estético y político sobre el que se recorta cada una de las gestiones anteriores? La insistencia y el repaso de los estilos, de los logros en el acopio de fondos y su organización, y la preocupación por los procedimientos técnicos y administrativos convierten la tentativa groussaquiana en una máquina despiadada de lectura del pasado. Allí se superponen capas, estructuras, formas del lenguaje y distintas hendiduras que sabotean todo intento cronológico para presentar un verdadero compendio de dilemas e imposibilidades, de dispersiones y desquicios, que son un verdadero escollo del pensamiento y se ofrecen como la materia real y opaca, la historia invisible, que impide una imagen idílica de una Biblioteca Nacional. La Biblioteca es un núcleo vivo de la cultura. Dialoga con el presente y con la historia, erigiéndose muchas veces como contradictora y fiscalizadora de la marcha política del país. ¿Hay aquí un hito que inspira a Horacio González para forjar su propia historia de la institución que condujo por más de diez años? ¿O es el propio González quien, obligado por las circunstancias de un presente en el que las bibliotecas se encuentran frente a su propio abismo, hunde su mirada en el pasado para extraer de él las fuerzas con las que asumir la situación que le tocó atravesar?

**Groussac, nos dice Horacio González, se propuso reformar el campo cultural desde una esfera autónoma, con medios independientes a los de un pensamiento ligado a costumbrismos localistas, a la improvisación de una esfera intelectual autocomplaciente e identitaria que desdeñaba la rigurosidad tanto como los desafíos que la tarea imponía.**

**La historia de la Biblioteca nacional es una historia de la lectura en Argentina. No la agota, pero la abarca. Son muchas las escenas ocurridas en las salas de sus tres edificios en las que distintos escritores pasaban sus horas preparando libros, revisando bibliografía e investigando documentos.**

Groussac anticipó a Borges entendiendo que hay una relación entre la catalogación, la utopía del orden absoluto y la fuga que es un punto de irresolución que toda biblioteca debe enfrentar. La edición de los volúmenes del *Catálogo Metódico* —que adapta el sistema Brunet de

clasificación, proponiendo un ordenamiento autoral dividido por secciones temáticas— es un intento, siempre útil y siempre imposible, por conjurar ese fantasma al que Borges le sacó brillo literario. A la vez, en uno de los más interesantes e

inverosímiles capítulos de la saga histórica, mandó a España a un copista, Gaspar García Viñas, a reproducir a mano el Archivo de Indias, cuya materia documental le permitiría a Groussac zanjar las polémicas historiográficas que encaró con el crucial énfasis de un duelista. Para ello, se sirvió de la revista *La Biblioteca*, que él mismo había creado, y a la que más tarde se vio obligado a cerrar a causa de la polémica —histórica y filológica— sobre la autoría del *Plan de operaciones*; otra vez Mariano Moreno. Esa revista, junto con una profusa tarea de folletería y edición de libros, era producida en la imprenta de Minerva que Groussac había mandado a traer, entendiendo que la tarea editorial y los medios de producción para dicha empresa eran recursos estratégicos para una Biblioteca Nacional, núcleo

productivo, corazón cultural de un país y epicentro de la deliberación política. La gestión de Groussac atravesó distintos períodos y signos políticos (de Roca hasta Hipólito Yrigoyen, pasando por su amigo Carlos Pellegrini, quien lo visitaba en la Biblioteca para consultarlo sobre diversos asuntos), sin privarse nunca de ejercer la arbitrariedad más descarnada que, en sus dictámenes mordaces, no omitía un refinamiento puesto al servicio del más elevado lirismo.

### **El pogrom de la calle México**

La historia de la Biblioteca nacional es una historia de la lectura en Argentina. No la agota, pero la abarca. Son muchas las escenas ocurridas en las salas de sus tres edificios en las que distintos escritores pasaban sus horas preparando libros, revisando bibliografía e investigando documentos. Algunas de esas imágenes han sido narradas. Producen especial escozor los testimonios que dan cuenta del período de Martínez Zuviría. Porque su antisemitismo no se expresaba solamente en su literatura (como las novelas *El Kahal y Oro*, escritas bajo la reverberación de *Los protocolos de los sabios de Sion* y firmadas con el seudónimo de Hugo Wast), sino que además lo ponía en práctica quitando de la consulta ciertos libros o marginando de sus salas a escritores judíos, como testimonia el caso de Boleslao Lewin, a quien le eran vedadas ciertas posibilidades, en una segregación que ponía al escritor en “situación de pogrom”. Como si Zuviría hubiera llevado la paranoia de su imaginación conspirativa a la gestión misma de la institución. Lo advirtió César Tiempo (seudónimo de Israel Zeitlin), quien

consideraba a la Biblioteca Nacional de ese período como la cuna del antisemitismo cultural, y lo padecieron quienes intentaron sobreponerse al hermetismo disciplinario de ese tiempo oscurantista. La dirección de Martínez Zuviría comprende distintos períodos. Recaló en la Biblioteca Nacional de la mano del golpe de Estado que derrocó a Hipólito Yrigoyen (había sido antiguo compañero de militancia de del General José E. Uriburu), y permaneció allí durante casi un cuarto de siglo, comprendiendo casi todo el peronismo hasta que la escalada del conflicto con la Iglesia, contienda en la que Zuviría reafirmó su fidelidad católica, lo llevó a renunciar. Su gestión fue muy prolifera en cuanto al incremento de sus fondos patrimoniales, llegando casi a triplicarlos. La adquisición de la colección de documentos pertenecientes al hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc ha sido una de las incorporaciones más valiosas en la historia de la Biblioteca Nacional. Documentos históricos, mapas, libros, cancioneros y literatura variada de primeras ediciones componían ese importante fondo.

¿Cómo puede valorarse un período tan complejo? ¿Se puede ser ecuaníme señalando la opacidad política de una gestión notablemente antisemita y, a la vez, reconocer su eficiencia bibliotecológica? Durante el ciclo de Horacio González al frente de la Biblioteca Nacional, un movimiento intenso reclamó con insistencia sacar el nombre de Gustavo Martínez Zuviría de la Hemeroteca. Las razones eran evidentes, pero ¿qué hacer con la tarea bibliotecaria que había protagonizado Zuviría y que fue un hito en el desarrollo de la institución? González quitó su nombre luego de meditar profundamente sobre la cuestión.

Recordó las reflexiones de Nietzsche sobre la Comuna de París y su advertencia respecto a la manipulación de los símbolos del pasado. Extirpar un símbolo —todos los nombres de la historia lo son—, para el filósofo alemán, no era sino el gesto de hacerlo revivir con nuevos bríos. Esos íconos volverían más seductores a empañar cualquier escena del presente. Estas dudas, en una dirección que reclamaba continuidades como la de Horacio González, no eran sencillas de resolver. Por eso eligió, frente a tantos nombres obvios que estaban claramente a la altura de dar identidad a una de las secciones más importantes de la Biblioteca, el de Ezequiel Martínez Estrada. No era el que esperaban muchos de los detractores de Zuviría. Tampoco estamos seguros de si el propio Martínez Estrada se hubiera sentido cómodo con tal nominación. Sabemos, por el extraordinario libro de Christian Ferrer *La amargura metódica*, que el ensayista bahiense frecuentaba el sabor del destierro. Pero, ¿no era acaso la marca propia de González el hecho de desacomodar los nombres y los lugares para salir de las imágenes más habituales y tranquilizadoras, haciéndose cargo a la vez de todas las tradiciones nacionales? ¿No es la Biblioteca Nacional el sitio obligado para replantear el modo en que esas relaciones canónicas entre nombres, literatura y experiencia política liquidan las posibilidades mismas de la memoria crítica?

### **Rituales de la conspiración**

Borges, cuando asumió la dirección de la Biblioteca Nacional después del derrocamiento de Perón, se propuso retomar con énfasis la hebra suelta del

temperamento groussaquiano. Fue heredero de su mordaz ironía, aunque, según González, la llevó a un grado de sutileza tal que terminó “industrializándola” al ofrecerla como un tipo de injuria “apelmazada” para el consumo literario. Ya en el artículo *Borges y Perón*, David Viñas advertía acerca del modo en que el autor del Aleph construía su propio arquetipo de figura inalcanzable, precisamente por su infinita capacidad para trabajar la lengua con el máximo refinamiento hasta su perfección. Borges, entonces, un heredero de Groussac. Pero en la manera de establecer ese linaje (la ceguera común como rasgo algo exagerado, el relanzamiento de la revista *La Biblioteca* —aunque en esta etapa ya no se dedicara a zanjar polémicas historiográficas, sino a proponer un nuevo canon literario— y la elaboración de la teoría más exquisita a escala universal sobre las bibliotecas), había tanto un gesto de admiración como un fondo en el que el ejercicio recurrente de su ironía encontraba su eficacia en una denigración imperceptible. Era parte de su genio y estaba en su naturaleza. La gestión de Jorge Luis Borges puede considerarse a la luz de varias perspectivas. Por un lado, su faceta más visible y más conmovedora: sus formulaciones acerca del carácter paradójico e irresoluble de las bibliotecas. La relación entre el azar, la catalogación y la fuga de aquello inclasificable, la cifra última de lo que nunca puede ser apresado, dan tono arcano y mítico a las bibliotecas. Con esas proposiciones, Borges intentó zanjar la desavenencia histórica entre la textura dramática de todo acto cultural en el que se piensa la existencia colectiva y un orden bibliotecario que siempre se ofrece desligado de los avatares y

las pasiones públicas, como si las decisiones en torno a la organización del pensamiento y las artes de un país, y la interpretación de sus legados, no fuera el más político de los acontecimientos. Por otro lado, está Borges como figura pública. Se trata del personaje ligado al grupo de la revista *Sur*, que ejerció su influencia decisiva en la escena cultural argentina proponiendo un conjunto de temas y estilos literarios que resultaron característicos de buena parte de la mitad del siglo XX. Un tópico intelectual que marcó el tono de las letras por al menos tres décadas y nos dio un Borges escritor y conferencista que deambuló por todos los recodos del pensamiento. No menos relevante es el Borges político, el hombre que cultivó un antiperonismo visceral y encarnizado que lo llevó a avalar los hechos más aberrantes: dictaduras, fusilamientos, encarcelamientos y proscripciones. Ni la movilización de una columna de la Juventud Peronista en 1973, que se detuvo en la puerta de la Biblioteca Nacional y coreó: “Borges y Perón, un solo corazón”, pudo torcer la percepción de su director de que el peronismo era un fenómeno político de carácter monstruoso, al que había que combatir por todos los medios para neutralizar su influencia en la sociedad. Incluso fabricando las más ingeniosas mitologías. La alta cultura y la cultura popular experimentaron, en torno a la figura de Borges, una hendidura imposible de suturar en medio del fragor de la lucha política. Finalmente, y gracias a la publicación del colosal e inclasificable libro *Borges*, de su amigo Bioy Casares, conocemos al “Otro” Borges, al conspirador que viajaba como pensador secreto y denigrante en la máscara del escritor público. Ese Borges que nos

presenta Bioy da cuenta del proyecto de demolición crítica que ambos personajes encarnaban en la intimidad de sus cenas. Una corrosión llevada al último extremo de lo tolerable, en la que los personajes de la escena cultural y política desfilaban por el umbral del cadalso antes de recibir una sentencia implacable. Es un libro sobre la maldad y la historia, una crónica capaz de retratar los nombres con los que se bordó una época. Jueces y cómplices (aunque la publicación de estas conversaciones reservadas haya sido tal vez, como sostiene González, la expresión de una tirantez y un ajuste de cuentas en el que Bioy quiso quedarse con la última palabra, haciendo pasar por la voz de Borges la suya propia), estos conspiradores no dejaban títtere con cabeza. Pero también, cada uno de esos encuentros, precedidos por el encabezado “Come en casa Borges”, era el diario íntimo de una conversación infinita en la que la Biblioteca Nacional aparecía como el reverso atormentado de su director. Su nombramiento, los problemas sindicales, la cuestión presupuestaria, los cambios de gobierno y su continuidad; toda una cartografía de las dificultades reales aparecía por detrás del personaje público, demostrándose en la cocina de estas cenas que las bibliotecas, esos universos borgeanos, no eran ni tan “iluminadas”, ni tan “incorruptibles”, ni “perfectamente inútiles”. Tal vez sí secretas, aunque lo más preciso, quizá, sería decir “infinitas”, sigilosas y conspirativas. Entre las penumbras de esas conversaciones, la cuestión del edificio de la Biblioteca fue un tema extremo que sobrevoló las sobremesas. La historia edilicia es rica, compleja y cargada de simbologías. Su emplazamiento original, la Manzana de las

Luces, expresaba muy bien el proyecto moreniano. Luego, Groussac convenció a las autoridades nacionales, ni más ni menos que a Julio Argentino Roca, de desviar el gran edificio destinado al funcionamiento de la Lotería Nacional, de estilo renacentista, para mudar allí la Biblioteca Nacional. En 1901, se inauguraba la sede de la calle México 564, construida por el arquitecto italiano Carlos Morra, en la que resaltan, en su impactante escalera, las esferas de bronce que emulan los bolilleros de la lotería, elementos que tal vez pudieron inspirar en Borges el genial cuento “La lotería en Babilonia”. Loterías y bibliotecas funcionan, en definitiva, como opuestos complementarios. Si lo propio de las bibliotecas es la clasificación para conjurar el caos, siempre aparece el azar para dismantelar esa ilusoria utopía. Azar y catalogación, una extraña relación fundamental en las conjeturas borgeanas. Groussac mudó su vivienda a la Biblioteca, gesto que siguió también Martínez Zuviría. Borges se tentó también con esa posibilidad (pesó más la oposición de su madre), seducido por el majestuoso edificio compuesto por mármoles, columnas, mosaicos especialmente ornamentados y *vitraux*, en el que se destacan sus

**Borges, cuando asumió la dirección de la Biblioteca Nacional después del derrocamiento de Perón, se propuso retomar con énfasis la hebra suelta del temperamento groussaquiano. Fue heredero de su mordaz ironía, aunque, según González, la llevó a un grado de sutileza tal que terminó “industrializándola” al ofrecerla como un tipo de injuria “apelmazada” para el consumo literario.**

extraordinarias estanterías abiertas, las que hoy esperan “inmóviles” que una nueva imaginación cultural restituya un uso posible que sea capaz de recuperar su pasado mítico.

Martínez Zuviría concibió en 1944 un nuevo edificio en el que la Biblioteca Nacional sería el eje de un conjunto compuesto por el Palacio de las Artes y la Facultad de Derecho. Se trata de el lugar donde hoy se encuentra Canal 7. La Biblioteca funcionaría allí como el

**A Borges lo atormentaba la posibilidad de una mudanza. Se ve en sus diálogos con Bioy. Consideraba que el edificio de la calle México estaba verdaderamente integrado al tejido urbano y no era una implantación artificial.**

centro de una ciudad erudita sostenida en un Estado Bibliotecario, que gobernaría las distintas facetas del Saber. Una suerte de corporativismo arquitectónico, remedo jerár-

quico del fascismo europeo, cuyos ecos resonaban en la cultura local. Pero no fue ese el proyecto que finalmente triunfaría. En la manzana de enfrente, en los terrenos pertenecientes al Palacio Unzué, donde vivieron Perón y Evita, luego de que ese predio fuera sometido en 1955 a los bombardeos de la Revolución Libertadora, se comenzó a vislumbrar la sede actual de la Biblioteca. A Borges lo atormentaba la posibilidad de una mudanza. Se ve en sus diálogos con Bioy. Consideraba que el edificio de la calle México estaba verdaderamente integrado al tejido urbano y no era una implantación artificial. Con su socarronería acostumbrada, se burlaba de la propuesta “brutalista” (un edificio con volúmenes salientes y apoyado en cuatro

patas como un “gliptodonte”) que los arquitectos Francisco Bullrich, Alicia Cazzaniga y Clorindo Testa habían elaborado para el concurso, del que resultaron ganadores. Borges se refería a este último como “Florindo” Testa, y cuando le presentaron una maqueta con el boceto, dijo: “Parece una máquina de coser”. Pensaba que un edificio dependiente de ascensores (fue algo premonitorio) ofrecía un flanco débil para su uso cotidiano. Tampoco le debía hacer gracia la presencia fantasmagórica del peronismo en el solar en el que había vivido el matrimonio presidencial y que fue objeto de especulaciones diversas por parte de un revanchismo que tenía esos lotes como el fetiche del “régimen” depuesto. Dijo Borges, en sus hipotéticas conversaciones de sobremesa, que prefería morir antes de ver la conclusión de ese edificio. Cosa que efectivamente ocurrió, porque la concreción del proyecto duró treinta años, mientras que el misterio del peronismo aún resuena en los pliegues de la obra de estos arquitectos.

### **Aviso de incendio**

Si Paul Groussac construyó su historia de la Biblioteca Nacional para fundar un presente nuevo, luego de inscribirse en una línea de continuidad, Horacio González lo hizo para recuperar un pasado en medio de un tiempo en el que las bibliotecas se encuentran bajo el abismo de su propia disolución histórica. Porque estas instituciones, reorganizadas ahora bajo el llamado unívoco de la modernización, en muchos casos se entregan mansamente a ser objeto de un sistema de intercambios

abstractos en la llamada “sociedad de la información”, cuyas redes mercantiles de intercambios lingüísticos y simbólicos las colocan como soportes pasivos de un proceso de reorganización global del poder transnacional. Bajo una idea de transparencia comunicativa, con tintes de un igualitarismo pedagógico, las grandes corporaciones mundiales someten el peso de estas antiguas instituciones al poder del algoritmo y su estrategia de reorganización de la cultura.

Sin una recreación del proceso de digitalización, los bibliotecarios se convertirán en meros gestores culturales incapaces de ofrecer sus conocimientos para reconsiderar la experiencia histórica; los trabajadores de las bibliotecas formarán parte de un taylorismo inmaterial en el que la mecanización de sus actos inhibirá la capacidad de disponer de los saberes clasificatorios, de la artesanidad de una vocación investigativa en la organización de los vestigios del pasado y, con este gesto, se suprimirá la vacilación que todo lector e investigador experimenta frente a un documento.

Porque esos archivos son la expresión de un mundo efectivamente ya ocurrido, pero también de una vitalidad que existe como sombra de la escritura y que reclama no ser cancelada. Y ese universo implícito que rodea todo papel añejo puede resurgir si somos lo suficientemente capaces para interrogarlo adecuadamente y detectar los mundos posibles entre los que el archivo se recortó y se produjo como testimonio material de los sucesos acontecidos.

Si Horacio González escribió una historia delicada y detallista de la Biblioteca Nacional, capaz de recobrar la historicidad de sus rituales y tecnologías,

sus procedimientos técnicos y administrativos, las coyunturas políticas que la atravesaron, los directores que la dirigieron, un compendio del acopio patrimonial y un pensamiento sobre sus edificios, fue para dar cuenta de una densidad bicentaria que no podía disolverse sin más bajo el imperativo de su modernización. Es una historia de la independencia y la formación del Estado nacional, de un “servicio público” que se constituyó entre la precariedad de las pasiones de la guerra y los enigmas de una existencia nacional irresuelta, de los estilos de investigación y la escritura. La historia de la Biblioteca Nacional es una historia de la lectura, de la presencia del lector arcaico en el lector contemporáneo, de la singularidad irreductible de cada pieza de la cultura que requiere ser problematizada y de una serie infinita que dice abarcarla; y de “la voz adherida a los archivos” que solicita de nuestra inquietud para resucitar de su destino de olvido. Nos hace falta una teoría posborgeana de la biblioteca realmente existente, dijo González, para enfrentar los dilemas que surgen de un presente que propone la conversión de las bibliotecas en factorías de una memoria estandarizada. Esa es la teoría que debemos elaborar colectivamente, con la urgencia apremiante de encontrar lo que callan los archivos, para deducir esa voz sepultada y rodearla del afecto de un legado

**Si Paul Groussac construyó su historia de la Biblioteca Nacional para fundar un presente nuevo, luego de inscribirse en una línea de continuidad, Horacio González lo hizo para recuperar un pasado en medio de un tiempo en el que las bibliotecas se encuentran bajo el abismo de su propia disolución histórica.**



humanista que los resguarde de su conversión definitiva en meros datos inertes. Una institución es la forma del archivo en lucha, pensaba González, quien para asumir la tarea de informatizar la Biblioteca proponía recordar estas discusiones que la abarcaron en su desarrollo con el afán de no olvidar sus dilemas constitutivos.

El libro que escribió Horacio González comienza con una dedicatoria: “A David Viñas y León Rozitchner, a quienes leímos tardíamente y que nos honran con su amistad”. Ambos fallecieron un año más tarde de la

publicación de este libro. Siempre nos hemos preguntado si haber leído algo que ignorábamos podría habernos hecho actuar de otra manera frente a una época o a los desafíos que tuvimos que enfrentar en ella. Cuando la discusión sobre el drama de los archivos o sobre los estilos laborales y sindicales parece haber entrado en un *impasse*, aun si una insistencia larvada impide que estos dilemas se den por cancelados, nos preguntamos: ¿estaremos a tiempo de leer a González, quien efectivamente nos ha honrado con su amistad?



Fotografía: Rafael Calviño.

## Sigue la nave

*Por Federico Galende*

Acerca de *El acorazado Potemkin en los mares argentinos* (Buenos Aires, Colihue, 2010)

Las teorías que ponía en juego en sus exposiciones, las obras en cuya lectura forjó la suya propia, las vidas de los sacrificados en el infierno de una guerra que no quiso, las épocas que, ya transcurridas, buscaba reconstruir en sus escritos eran para Horacio González un rejunte de piezas, una colección de escenas de encuentros o de diálogos pasados, un conjunto de trastos que había que traer a la superficie del lenguaje con el que los pescaba de algún fondo marino o a los que, antes de que completaran su trabajo el tiempo y el olvido, se empeñaba en dar una nueva oportunidad en el presente. De eso se trata en *El acorazado Potemkin en los mares argentinos*, que Federico Galende comenta en estas páginas entre recuerdos de las sensaciones que las clases de González dejaban en sus estudiantes y una precisa consideración sobre el modo en que en este libro de relatos de experiencias y lecturas González construye (como diría David Viñas: “entre Borges y Arlt”) una más de las muchas vueltas de tuerca que le dio a lo largo de su vida al drama del peronismo y de la Argentina.

Recuerdo la primera vez que escuché a Horacio hablar de *El acorazado Potemkin*: fue en un aula del subsuelo de la Facultad de Ciencia Política de Rosario, donde pasaba un ciclo de películas que introducía por medio de largos y exquisitos comentarios. Nunca hablaba de las películas en sí —¡ya las íbamos a ver enseguida!—, sino de las atmósferas que las circundaban y que iban abriendo, clase tras clase, según la improvisación del momento, interminables racimos de libros, en clinámenes como los de Lucrecio, pero cuya materia en estado de transformación no se fundaba esta vez en átomos, se fundaba en ideas en movimiento. El kabuki o el ideograma, tratados por Eisenstein en su teoría del cine, podían conducirlos al Borges de Cozarinsky tras una detención súbita en la fenomenología de Hegel o los *Grundrisse* de Marx, con conectores que remataban en el célebre estudio de Kracauer sobre el psicologismo de los films alemanes.

Terminada la clase, quedaban flotando en el aire volutas de pensamientos. Estaban formadas por ideas que parecían sorprenderse entre sí por el inesperado encaje, y si se habían cruzado de esta manera tan particularmente atractiva, era porque de las teorías de moda que circulaban en los ambientes universitarios Horacio no retenía nunca las hipótesis centrales, sino apenas la masa escurridiza de sentimientos situados que habían llevado a que esas teorías existieran. En realidad todo el lenguaje lo usaba así, como un rejunte de piezas entresacadas con elegancia de algún fondo marino; se trataba de las zonas de las teorías que habían sucumbido al naufragio, sobras con las que urdía nudos delicados entre las ciencias perdidas de los pueblos y sus figuras expresivas faltantes.

Difícilmente estas figuras eran agrupadas en síntesis como las que Eisenstein añoraba, donde dos imágenes superpuestas se resumían en un concepto que contaba con su propio efecto óptico-sonoro (el más recurrente era el del “taco de billar sacudiendo la cabeza del espectador”); por el contrario, exhibían más bien un dinamismo vertoviano, que las liberaba de las masacadas frías de los conceptos para dejarlas que se anudaran por los extremos menos previstos. Por ejemplo, los rostros de esas madres inocentes clavando sus miradas indefensas en los cielos de Odessa. Se sobreentendía que pronto se precipitaría una masacre, que el Neva se llenaría de cuerpos, que la nieve se teñiría de sangre. Pero a la vez esta escena era nada sin el contrapunto de aquella otra en la que los marinos se rebelaban contra un pedazo de carne podrida, amotinándose al interior del barco sin saber que fijaban, en ese instante y para la eternidad, el capítulo que más tarde daría inicio a la Revolución rusa.

Estos pequeños detalles fuera de cuadro a Horacio lo fascinaban, y no era raro que en sus charlas o en sus libros los convocara, comentando, por ejemplo, que en los días convulsos de octubre, el cuartito helado que Eisenstein ocupaba en Moscú tenía una escarcha plateada porque la poca leña con la que contaba la empleaba para calentar el Bolshoi. Parecía un detalle sin importancia, un bostezo de la historia en la vacuidad de la vida, pero que sin embargo le adosaba a la abstracción de las imágenes pizcas de una materia encendida. De inmediato todo quedaba animado por un misterioso procedimiento, que recreaba el ambiente propicio para que de repente se tuviera la sensación de que aquel acorazado

podía irrumpir en el aula, saliendo de la niebla de las palabras como un inmenso barco de piratas.

Entonces, que de repente el Potemkin cambiara las aguas del Mar Negro por el Atlántico o el Río de la Plata no era tan sorprendente, menos aún cuando en su interior cargaba exactamente con los mismos dilemas que Horacio no había dejado nunca de rastrear en el peronismo, sobre todo en el de finales de los sesenta. En este libro, titulado precisamente *El acorazado Potemkin en los mares argentinos*, se lo percibe comprendiendo dramáticamente que en nombre de Perón se tomaran en aquellos años las armas, aunque a condición de que del otro lado prevaleciera, como en esa escena de Odessa, la hilera de los rostros del desamparo atestiguando aquello que el peronismo quizá ya no podía solucionar. De ahí se desprende una fórmula: la de quien, no estando de acuerdo totalmente con la lucha armada, no iba a dejar de explorar en sus dolorosos traspatios, de donde no cesaría de extraer los restos calcificados del izquierdismo de los martirios y las derrotas.

No hace falta decir que esas derrotas Horacio las llevaba consigo, matizadas por la elegancia de quien no se habría sentido a gusto narrándolas en primera persona. Como es sabido, prefería el “nosotros”, en el que si incluía algún pantallazo autobiográfico no era más que para fijar con un dato del existir cotidiano la memoria flotante de los desesperados. De eso trataban sus libros, que tendían con frecuencia hacia un método similar: el de la autobiografía intelectual que se evapora en el macizo pensante de una trama colectiva.

Esa trama estaba hecha de otros retazos biográficos (en este caso los de Sebrelí,

Halperin Donghi, Viñas, Rozitchner y un largo etcétera), eslabonados como las puntas visibles de una atmósfera político-intelectual que había tenido en el pasado sus aristas cruentas y sus hilaridades tenebrosas. Podían ser los tiroteos a la salida de un acto patrio escolar en un liceo de secundaria, un incómodo encuentro con Perón en Olivos, el dedo sangrante de Patty Berger trazando la sigla LOMJE en un muro de la cárcel de Trelew o una inofensiva visita a Bergen, Noruega, en calidad de comentarista asombrado de una tesis sobre Juan José Saer... duras locaciones de un paisaje disperso en el tiempo que ayudaban a explicar retrospectivamente, como en este escrito que comentamos, por qué en determinadas circunstancias se empezaron a leer ciertos libros.

Él los consultaba como arenas movedizas que provenían de un mundo agrietado en el que el acto de respirar o vivir había equivalido alguna vez al de leer. Entonces los libros no eran meros contenedores de teorías que podían aplicarse verticalmente a cualquier situación, tal como aconsejaba un pedregoso estilo académico de la época; eran las vigas endebles sobre las que se posaba una biografía incompleta, en proceso, a la que, si por un lado le faltaba la parte del yo que la desmesura del presente le había arrebatado, por el otro contaba con el relleno de una forma de pensamiento que consistía en extenderse en lo impropio. Por eso los libros eran para él las cifras parlantes de un tiempo, de un lugar, de una edad de la idea.

Si quería podía resumirlo todo en un monumental volumen de Memorias, la vía más expedita al contagio de las catarsis, pero prefería la discreción del ensayo, con el yo desapareciendo

detrás de una reunión sigilosa de linajes y nombres. Con estos se podía decir lo mismo sin caer en las lóbregas ataduras del proclamador de edictos, dejando en su lugar una huella porosa, la carne de una vida política cocinada también por el humo de las palabras. Mal que mal sobre esa vida drásticamente dividida, en estado de absorción permanente, no consideraba Horacio que se tuvieran adquiridos derechos autobiográficos, en cuyo caso se habría rozado el lamento de haber aprendido definitivamente a vivir. Y los libros que valen la pena son los que se las ven con el peso indescifrable del propio pasado, “ya transcurrido y a la vez derramado sin perímetros en la totalidad de nuestro presente”, como leemos ahora.

Por eso en su fugaz referencia al testigo —en este caso, de ese testigo que era él mismo— se disculpa ante el lector bajo la sospecha de que el tono personal no siempre se difumina, justificándose al mismo tiempo en la ausencia de una teoría que complete la historia. Todas sus intervenciones cabían en este formato: era él quien estaba ahí, no su yo, parte de una escultura de la existencia en proceso que el accidente de la muerte podía interrumpir, como siempre ocurre, súbitamente.

Existe antes y después de ese accidente la máquina literaria con la que tan bien supo conjugar las líneas libres del comentarista voraz, con sus rememoraciones estallando y fluyendo en un páramo de felices analogías sin fin. Esta máquina era de alguna forma el semblante de aquella otra que da título al libro, una máquina de reminiscencias trágicas, chispazos fenomenológicos y performances fugazmente oníricas. Desde luego, el conjunto estaba en Horacio antes de asomar en este

libro y, a la vez, ¿quién era él sino la gestación de esas piezas que en el libro hacía chocar entre sí de una manera tan brillante? Solo era uno más, un nombre alojado en la realidad amorfa que, sin embargo, podía atrapar el drama del pensamiento argentino en pequeñas esquirlas que volaban por el aire, aunque para que esa situación se produjera debía recoger antes los mitos fundantes de la nación, acompañarlos con sus comentarios asertivos y depositarlos después en las fricciones más disonantes.

Fue lo que siempre hizo. En este libro aflora ya en el prólogo, donde se nos avisa que lo inadvertido podría ser en estas páginas la propina de un experimento arriesgado: dejar que un acorazado como el Potemkin atravesara lo que creíamos más familiar. Se corre un riesgo, sí, pero se puede tener, a la vez, la suerte de percibir más de lo que nos correspondía. Incluso se apuesta por una fórmula de la dicha, “la de percatarse de que se está recibiendo más de lo que nos incumbía”.

Por supuesto que, como lector avezado de Auerbach, Horacio sabía lo que era una figura, y con toda probabilidad había tomado de esta la enseñanza de que la ficción no es la

**... porque de las teorías de moda que circulaban en los ambientes universitarios Horacio no retenía nunca las hipótesis centrales, sino apenas la masa escurridiza de sentimientos situados que habían llevado a que esas teorías existieran. En realidad todo el lenguaje lo usaba así, como un rejunte de piezas entresacadas con elegancia de algún fondo marino; se trataba de las zonas de las teorías que habían sucumbido al naufragio, sobras con las que urdía nudos delicados entre las ciencias perdidas de los pueblos y sus figuras expresivas faltantes.**

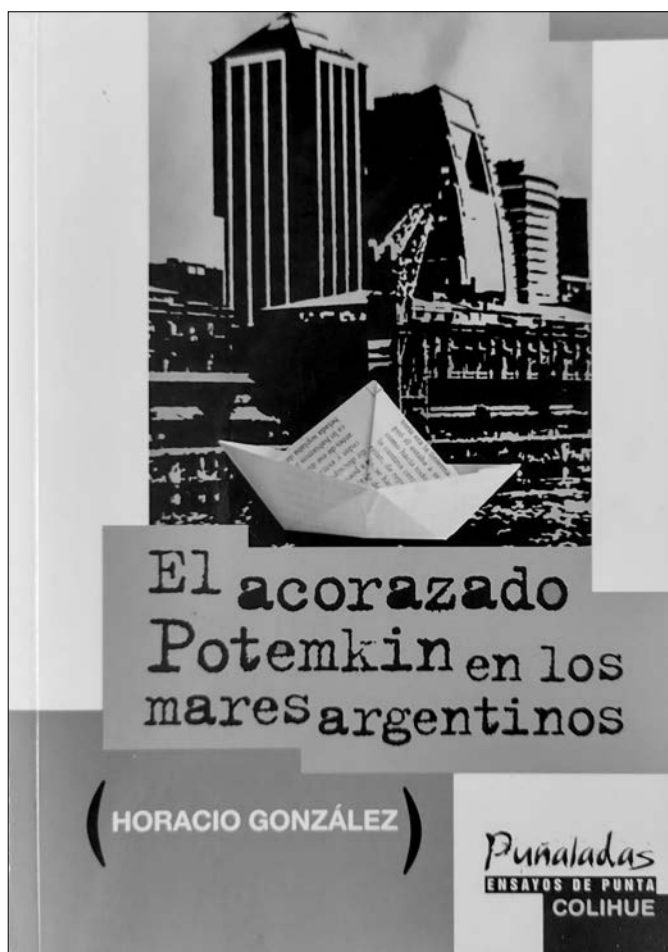
irrealidad, sino aquello que a la realidad la altera y la recrea poniendo una piedra de discordia en su correntada. Los acontecimientos vuelven a repetirse, pero reinterpretados y arrojados nuevamente a la historia con dejos tímidos de futuridad.

¿Futuridad? Si no fuera por esta palabra, arrancada de los vocabularios de un Lévinas o un Blanchot, la frase la suscribiría Borges, de quien en estas páginas se nos recuerda que a comienzos de los años treinta había escrito una de sus habituales diatribas contra la película de Eisenstein, recientemente estrenada en Buenos Aires. En ese comentario se reía con sorna de la

“puntería inocua” del *Potemkin*, cuyos bombardeos a quemarropa no habían pasado de borrar del puerto de Odessa un par de leones de mármol. Era un comentario odioso, que no conforme con distorsionar el film se permitía ahora acusar al cineasta soviético de haber trazado una “voluntaria irrealidad”, con toques de descortesía e infantilismo que solo Horacio era capaz de perdonarle. Quizá lo hacía porque las frases de Borges no le parecían del todo inadecuadas y se podía escribir, incluso, en su mismo espíritu lingüístico, aunque no sin agregarle a este espíritu, despiadado y exageradamente esbelto, la insondable materia sentimental de la que provenían los personajes de Arlt. ¿No es acaso la figura del libro?

En efecto, *El acorazado Potemkin en los mares argentinos* se puede leer como un libro sobre Arlt, quien recorre las páginas electrificándolas desde una corriente invisible. Esto se debe a que si Borges, cegado por uno de sus usuales raptos de injuria, se había dado el lujo de dividir la historia del peronismo entre una fábula de charlatanes y un infierno de cárceles, torturas e incendios, Arlt aparece aquí facultado para ingresar en ese mismo tejido de intrigas con un recurso que era propio de Döblin o de Brecht: el de explorar una idea de la revolución en la ciencias ocultas de los malditos y los criminales. Eran los mismos a los que Borges había aprendido a temerles, leyendo al Lugones de los encuadres cenitales y los sueños regenerativos, solo que reprocesados ahora por una juventud en llamas que ni Perón sabía cómo acallar.

Horacio lo abrevia acudiendo al recuerdo de un último encuentro con Patty Berger, de quien ya dijimos que



había trazado en el muro de una prisión una sigla desesperada con un dedo en sangre: LOMJE. Está bien, pero ¿qué quería decir? Antes de explicarlo, el libro recurre a una de sus típicas elipsis para situar una locación con sabor arltiano: café Las Violetas, Rivadavia y Medrano, donde Patty le refiere a Horacio una reunión en la que el General acaba de brindarles su eterno reconocimiento, pero a cambio de que abandonen las armas.

La idea de que, en medio de las grandes tragedias, la historia pierde su dimensión salvífica para replegarse en alguna corte o algún tocador —la idea de Benjamin del Barroco— adopta aquí, como se ve, una variación magistral: están las tazas humeantes sobre la mesa, puntuando un diálogo sofocante, con elucubraciones compartidas que se retuercen entre el apremio de desobedecer al líder o seguirlo para siempre, aunque con el revestimiento de una mordacidad insostenible. La escena tiene todos los ingredientes que están en las profecías catastrofistas del Astrólogo, ese redentor encubierto, y es dramática por donde se la mire, sobre todo porque la militante que tallaría esa sigla terminaría por desaparecer, razón por la que quien se había encontrado con ella en aquel café de Rivadavia y Medrano se ve impelido ahora a explicar que la frase la había escrito el mismo Perón en sus conocidos *Apuntes de historia militar*, en los años treinta, en este caso no debajo del nombre de Clausewitz, sino del de Spengler. Quería decir “libres o muertos, jamás esclavos”.

Si la sigla tallada por Berger había perseverado era porque tenía su épica: resulta que había abandonado la feble memoria de los ejércitos para inscribirse pasajeramente en un muro,

y ahora era precisamente esto lo que la había salvado del descarte. Curiosamente, esta anécdota tan atribulada se conecta de pronto con otra que se sitúa en el recuerdo de un viaje juvenil a Mar del Plata, donde Horacio dice haber escuchado el nombre de Arlt por primera vez. Había sido pronunciado al pasar en una pensión de estudiantes, aunque no tan al pasar, puesto que de repente alguien le disparó a quemarropa: “¿Vos lees a Gálvez? ¡No, hay que leer a Roberto Arlt!”. Si no era fácil deletrear la sigla LOMJE, mucho menos lo era descifrar ahora este nombre lituano, que su mismo portador se había acostumbrado a pronunciar siempre dos o tres veces, antes de que sus lectores terminaran mascándolo como un apodo inhumano, atezado entre los dientes pero siempre a punto de diluirse. De ahí que quienes volvían a leerlo por la época hallaran detrás de ese nombre impronunciable un retorno a la verdadera literatura. Era verdadera porque prescindía de una elaboración que la justificara, y por eso Horacio la trata en este libro como una pieza muda y conmovedora, que podía descolgarse directamente de los ganchos de un frigorífico.

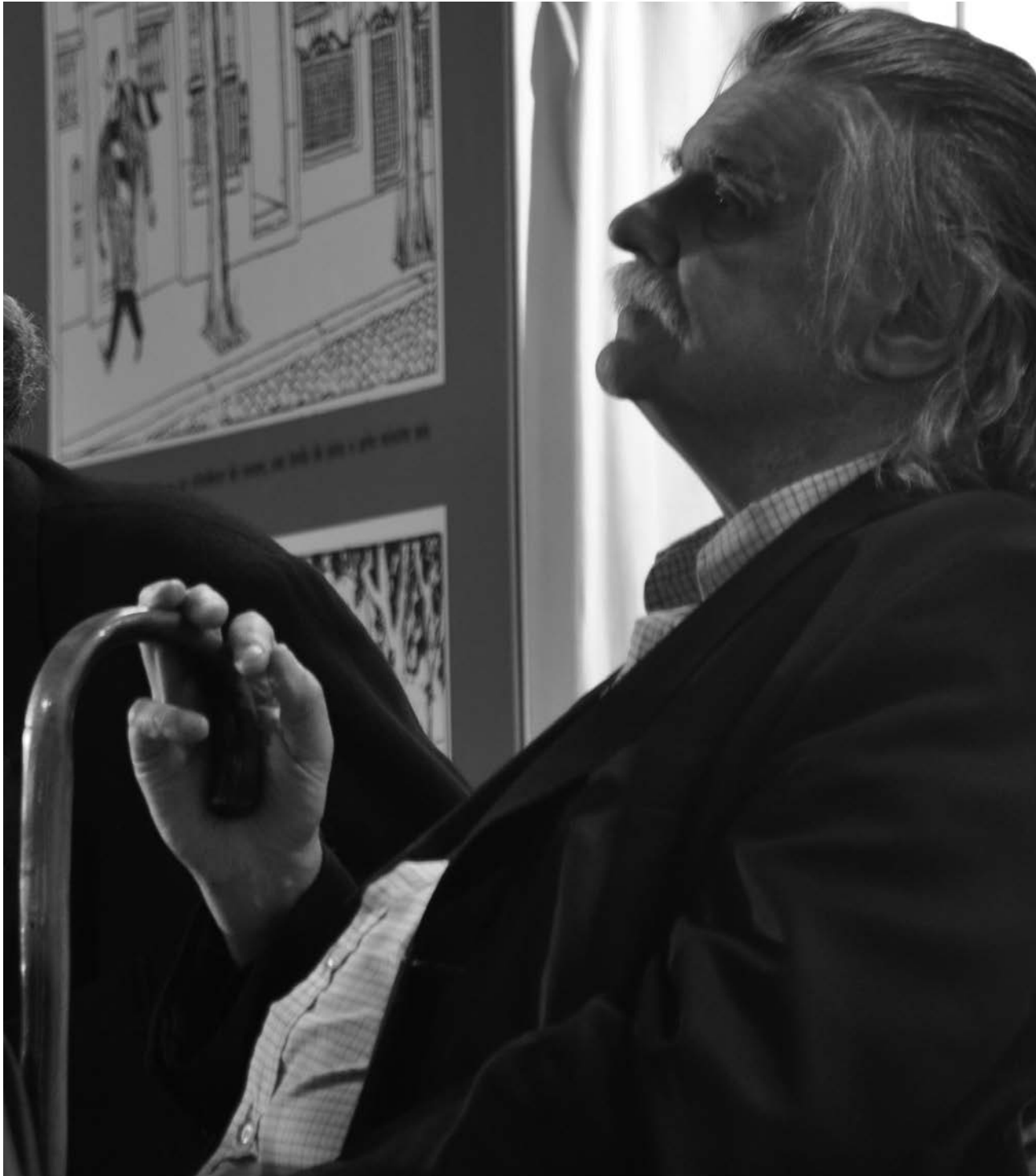
Irigoyenismo tardío, peronismo ecuménico, rosismo ultrajante: era la mezcla de Gálvez, de quien él había partido por escarbar un plan prematuro de lecturas rebeldes. Sin embargo, se exhibe a sí mismo trocándolo repentinamente por el nombre de Arlt. Ahora era este quien acababa de instalar una pista misteriosa, repleta de baches y accidentes, tendida para que ese lector sigiloso que era Horacio no abandonara del todo aquellos respiraderos asfixiantes de la educación media argentina, donde un “azar objetivo” lo convertiría para siempre en el detector acucioso



de todas las respiraciones del presente. En el libro no lo puede decir así (ya mencionamos que era arisco a las entonaciones autobiográficas), pero se nota con facilidad que fue ese hallazgo el que le permitió mezclar, de allí para siempre, la asfixia de aquellos primeros respiraderos estudiantiles con un plan secreto de operaciones bibliográficas. Era cierto que los libros en general podían estar contenidos, como lo quería Borges, al interior de un mundo enraizado que reposaba en la atmósfera que ellos mismos propagaban, solo que, a diferencia de Borges, pertenecían ahora al dorso incómodo de las épocas y permanecían asediados por cruces que conjugaban la militancia, las frases en clave y una idea tajante de la nación. No eran campos de letras sustraídos a las barbaries de las esquinas (esto también era borgeano), sino invitaciones a participar de un periplo oscuro que conjugaba la ética de la militancia con su arista menos enunciada. Auxiliándose nuevamente con el “nosotros”, Horacio define allí el momento crucial en el que la historia no se reducía ya a leer, sufrir o asistir, sino a respirar con dificultad. Es una confesión

desoladora, que estruja el corazón, porque la escribe quien atesora en su interior el tormento de la guerra que no suscribió y a la que solo pudo serle fiel escogiendo la ruta de las intervenciones difíciles y las lecturas embarazosas.

Eran las lecturas de un afligido y solidario buceador de restos —como dijo un día Liliana Herrero—, que rebuscaba con disimulo en los escupitajos de la historia los huesos de todas las batallas perdidas. Con esos restos, sin abandonarlos jamás, construyó la última gran embarcación mitológica de la Argentina. En su interior viajaban recuerdos agolpados y una hilera infinita de nombradías extraviadas que, como se señala en el último renglón, podían dar “un nuevo inicio al pensamiento libertario del país”. Era una nave de quillas humildes, con velas fisuradas que tenían la gracia de dar la espalda al viento dejándose impulsar por los desafortunados agravios del rival. A lo mejor volvía a navegar entre la flota de los zares, aunque antes de marcharse Horacio se aseguró de hacerle los retoques necesarios como para que ya no regresara a aquellos mares tan helados y escalofriantes.



Fotografía: Ediciones BN.

## Ecós argentinos en la FERIA de Frankfurt

*Por Ezequiel Grimson*

*Acerca de Ecós alemanes en la historia argentina. Contribución crítica de la Biblioteca Nacional para la Feria del Libro de Frankfurt (Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2010)*

Toda la tarea de Horacio González en la dirección de la Biblioteca Nacional tuvo un pliegue escriturario: mientras desplegaba la gestión, escribía. Intervenía en la vida cultural y política con escritos y libros, pródigos en su potencia de arrojar una serie de dimensiones muchas veces ausentes en el debate público. Ezequiel Grimson recorre un libro editado para la Feria del Libro de Frankfurt, en el que González construye el mapa de los vínculos entre Alemania y Argentina, una cartografía de intercambios, rugosidades, tensiones, préstamos, viajes, traducciones. Erudito y sorprendente, el libro sostiene un modo de pensar la actividad cultural que no se limita, analiza Grimson, a la lógica del mercado, ni a la compra-venta de derechos de autor, ni a una versión adocenada de los símbolos nacionales, porque decir algo sobre la Argentina, implicaba pensar más allá de los íconos que finalmente no son más que otro gesto de representación mercantil, aliviados de toda discusión cultural materialista e historicista.

En agosto de 2008, el diario *La Nación* titulaba “Polémica propuesta oficial para la Feria del Libro de Fráncfort”, a partir del trascendido de que la Argentina, país invitado de honor para el año 2010, estaría representada en el evento por cuatro figuras destacadas, “íconos” de la “argentinidad”: Eva Duarte de Perón, Carlos Gardel, Diego Armando Maradona y Ernesto “Che” Guevara. El periódico *Ámbito Financiero* había publicado pocos días antes un correo electrónico del editor alemán Isay Klasse, dirigido a la embajadora Magdalena Faillace, manifestando su sorpresa “porque no se han tenido en cuenta autores y escritores vinculados al propósito básico de esta exposición, que consiste en la compra y la venta de derechos de autor, sustento de la industria editorial”. Las discusiones sobre las formas y contenidos de la representación argentina en Frankfurt se prolongarían desde entonces durante más de dos años en la prensa.

Al margen de los acalorados debates, que en otras ocasiones lo tuvieron como protagonista, Horacio González asiste a la Feria del Libro de Frankfurt, con un libro de bolsillo recién salido de imprenta. Se trata de *Ecos alemanes en la historia argentina. Contribución crítica de la Biblioteca Nacional para la Feria del Libro de Frankfurt*, un libro de pequeño formato, en edición bilingüe, que puede leerse en español e, invirtiendo el libro, en alemán, bajo el título *Deutsche Spuren in der Geschichte Argentinien. Kritischer Beitrag Nationalbibliothek zur Frankfurter Buchmesse*. *Ecos alemanes...* es el texto con el que Horacio decide intervenir en la Feria del Libro de Frankfurt, y en los debates que la rodean: frente al *desorden del mundo*, su *búsqueda e*

*interrogaciones* sobre el *sentido*, frente al *caos*, su forma de mostrarnos que ante *la injusticia del mundo*, quiere *organizarlo de otra manera con el poder frágil de la escritura*, como sugiere Griselda Gambaro en la ceremonia de apertura de la Feria.

*Ecos alemanes...* es un texto acerca de las formas posibles, y necesarias, de pensar la cultura, las culturas, así como sobre los modos en que una institución pública como una biblioteca nacional puede participar en el mercado de las industrias culturales. Horacio González lo hace, más allá de disputas triviales y lugares comunes, para adentrarse en las profundidades de la historia, en las grandes aventuras de las vidas de los hombres y en la producción de sus escritos: solo desde allí comprenderemos cómo y desde cuándo resuena Alemania en Argentina, para alcanzar también aquellos ecos argentinos en la cultura alemana. Desde su primer apartado, “Incitación a la lectura”, el libro presenta una doble invitación: a la lectura del propio texto, como acelerada cabalgata por los encuentros y resonancias entre una y otra cultura, y a la lectura y relectura de los textos y autores que se van visitando, a uno y otro lado del ecuador y del océano. Desde Ulrico Schmidl, contemporáneo de la primera fundación de Buenos Aires, hasta el surgimiento del mercado del libro en Frankfurt, pasando por Jorge Luis Borges, como forma extrema de pensar al otro, y en consecuencia, como modo último de reflexión sobre uno mismo: “Ningún país existe sin guardar los ecos de lo que otras naciones producen sobre él”. El libro bilingüe de González comienza y concluye con reflexiones sobre la lengua como modo de entendimiento de la constitución de las culturas argentina

***Ecós alemanes... es un texto acerca de las formas posibles, y necesarias, de pensar la cultura, las culturas, así como sobre los modos en que una institución pública como una biblioteca nacional puede participar en el mercado de las industrias culturales.***

y alemana. Schmidl, en su descripción de la fauna local, denomina al avestruz *abstrausen*, al pez espada *pese espade*, y a un extraño pez sombrero lo llama *pez sumére*. El cuento de Borges *Deutsches*

*Requiem*, lectura con la que concluye el libro, presenta una de las experiencias más extremas acerca de la comprensión de la cultura del otro. En palabras de Borges, con el cuento, “quiere entender ese destino que

no supieron llorar, ni siquiera sospechar nuestros ‘germanófilos’, que nada saben de Alemania”. El título del cuento de Borges cita de algún modo la obra casi homónima de Brahms, cuya música deleita al oficial nazi Otto Dietrich zur Linde, y al propio Borges. Brahms incluye en el título de su obra el artículo *Ein, Un Réquiem alemán*, mientras que en Borges resuena el título como sentencia general. *Ein deutsches Requiem* de Brahms es una composición extraordinaria sobre textos de la Biblia, en la traducción al alemán de Martín Lutero. El “*Deutsches Requiem*” de Borges es una reflexión sobre la difunta Alemania nazi, narrada “en su propia lengua”, desde el interior de su propia cultura.

*Ecós alemanes...* avanza en orden cronológico, de Schmidl a Borges, como una invitación a la lectura de autores de uno y otro mundo, estableciendo puentes impensados, como el de la familia Weil y la Escuela de Frankfurt, el de Paul Zech y Rodolfo Kusch, y diálogos y lecturas que marcarán la historia y el pensamiento argentino,

como el de Juan Domingo Perón lector del mariscal Von der Goltz, o el de Luis Juan Guerrero, temprano alumno de Martín Heidegger.

El origen del nombre de la República Argentina, señala González, volviendo sobre las lenguas, se encuentra ligado a la ciudad de Estrasburgo, el burgo del camino de los merovingios, casi en el límite entre las actuales Francia y Alemania, ciudad también conocida como Argentorate, Argentoratum, Argentum, Argentoria o Argentina, en los derivados de la antigua denominación latina de la polis. Habrían sido los monjes dominicos, que llegaron al Río de la Plata desde las afueras de Estrasburgo entre los siglos XVI y XVII, quienes trajeron con ellos el nombre, la denominación con la que hoy conocemos a la Argentina.

Escribir sobre el libro *Viaje a los Estados del Plata*, de Carlos María Burmeister, director en su momento del que hoy es el Museo de Ciencias Naturales, entonces ubicado en la Manzana de las Luces, vecino de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, permite al director de la Biblioteca Nacional, institución a su vez derivada de la Biblioteca de Buenos Aires, escribir sobre Alejandro von Humboldt, asesor del rey de Prusia, y su fascinación por América. Y escribir sobre Humboldt es una oportunidad para oponer sus apreciaciones sobre América a las de Hegel, quien ve allí “todo inmaduro y débil”, para encontrar luego los “ecos amortiguados” de Hegel en el juicio de Marx sobre Bolívar. Los encadenamientos de autores, instituciones, episodios y sentencias permiten a González ir de Burmeister a Marx por un lado, y de Burmeister a Sarmiento y Mitre por otro, hasta llegar a Francisco Muñiz y Florentino Ameghino.

El año 1848, en el que Marx escribe el *Manifiesto comunista*, tendrá también su deriva argentina: Carlos Adolfo Körn llegará como exiliado, para desempeñarse como médico y juez de paz, y su hijo, Alejandro, quien se establecerá en la flamante ciudad de La Plata, dirigirá luego el Hospital Psiquiátrico Melchor Romero. Revolución, exilio, justicia y salud mental conforman otro de los sistemas de reciprocidades y derivas que teje González desde una escritura que deja en evidencia a un autor y a un lector, con un conocimiento y una capacidad de asociación excepcionales.

Otra saga familiar de *ecos alemanes* presenta González a partir del apellido Holmberg.

El artillero barón de Holmberg era un militar tirolés (nacido en Trento), educado prusianamente [...] En 1812 llega al puerto de Buenos Aires en la fragata Canning. Todo ese viaje comprendía simbolismos, aromas escolares, festividad patria. En ese barco llegan San Martín y Alvear [...] Cuando comienzan las primeras campañas allí está el barón de Holmberg, primero con Belgrano, luego con San Martín...

Su hijo Eduardo Wenceslao Holmberg y Balbastro, también militar, luchará en las filas del trágico general Lavalle, partirá al exilio junto a Sarmiento y a su regreso será padre de Eduardo Holmberg, “médico, viajero, humorista, dotado escritor, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Un naturalista”. Eduardo Holmberg, primer novelista policial argentino y cultor de la literatura fantástica, será anfitrión de otro alemán, Albert Einstein, en 1925. Otra

vez, el encadenamiento de nombres, procedencias y vocaciones permite a González, vincular a Holmberg con otro autor de ficciones, hijo de otro inmigrante alemán natural de Bremen: Ferdinand Karl Oesterheld, padre de Héctor Germán. El nombre de Holmberg nos conduce de la historia de la guerra a la ficción, para encontrar finalmente ficción y guerra en un único movimiento, con ecos alemanes, en las batallas inmortalizadas por Héctor Germán Oesterheld. Para reflexionar sobre Bismarck, Lassalle, Alfredo Palacios y la historia del socialismo en Argentina, González refiere a la fundación del Club Vorwärts:

Eran inmigrantes alemanes que dejaban atrás el país de Bismarck. Muchos de ellos eran trabajadores de la cervecería Bieckert, que luego de diversos intentos artesanales, instala su primera fábrica importante en la zona de Retiro [...] Desde el antiguo Paseo de Julio la chimenea del establecimiento servía de guía a los prácticos de navegación para el acceso a Buenos Aires. En las instalaciones de Bieckert, los obreros cerveceros realizan la reunión fundadora del Vorwärts. Eran socialistas.

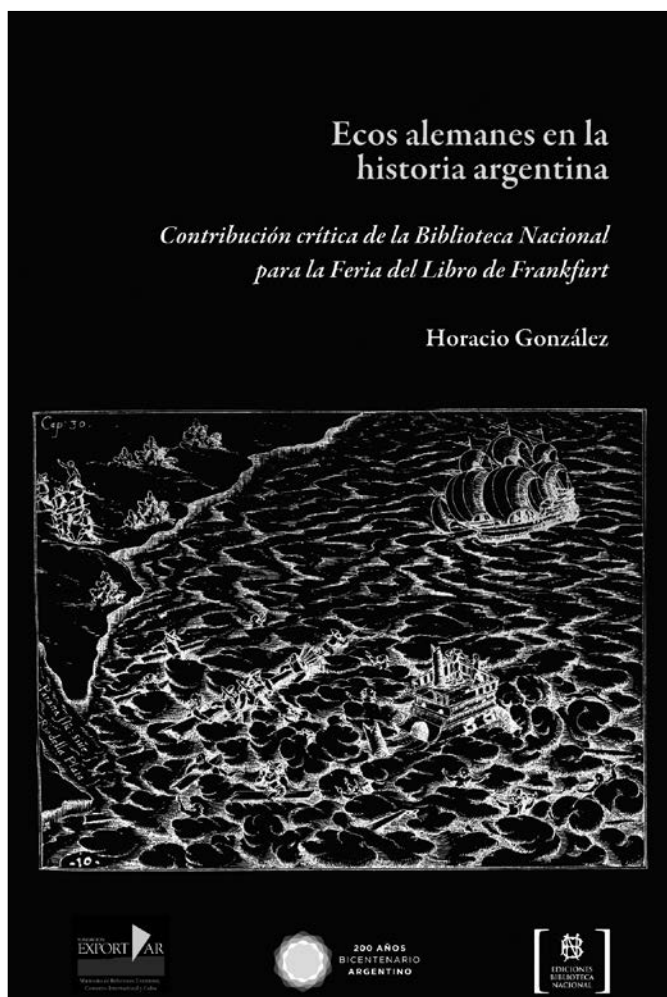
Una nueva saga familiar alemana en América Latina, también asociada a la medicina, la ciencia, el naturalismo, el socialismo y el marxismo, es la que brota del apellido Avé-Llalemant. El padre, “médico y naturalista, permaneció muchos años en Brasil, trabajando en un hospital destinado a combatir la fiebre amarilla. El hijo, Germán, recorrerá los caminos argentinos como ingeniero de minas y pionero destacado del marxismo, dejando

trazos un tanto borrosos sobre su vida, desde su nacimiento en Lübeck hasta su radicación en la provincia de San Luis hacia 1870”.

El capítulo dedicado a Vicente y Ernesto Quesada lleva por subtítulo “La tragedia de los bismarckianos argentinos”. González se ocupa aquí de dos de sus antecesores en el cargo de director de la Biblioteca Nacional. De nuevo, instituciones, coincidencias, nombres, influencias y legados. Padre e hijo, en viaje a Europa, habían cruzado allí parte de la historia viva y simbólica de la Argentina. Ambos han visitado a Juan Manuel

de Rosas en su exilio en Southampton, Inglaterra, y Vicente regresará al país en el vapor Villarino, embarcándose en Le Havre, en el mismo viaje en el que retornan a Buenos Aires los restos de José de San Martín. Julius Petzholdt, director de la Biblioteca Real de Dresde, elogia los informes bibliotecarios de Quesada de 1876, considerándolo uno de los mayores bibliotecarios de su tiempo. La repercusión en Alemania de los escritos de Quesada “quizás no se volviera a repetir con ningún otro autor argentino, salvo Borges”, observa González. De algún modo, la escena del joven Quesada junto a su padre viendo pasar a Bismarck y su comitiva por la avenida Unter den Linden, la herencia por vía materna del archivo del general Ángel Pacheco y el desinterés de las instituciones culturales argentinas son tres hechos decisivos que derivan en la donación de los libros de la familia Quesada al reino de Prusia, donación fundacional del Instituto Iberoamericano de Berlín. Allí, restos de la historia argentina continúan latentes en la capital alemana.

“En 1910, para el Centenario, viajó a la Argentina el mariscal Colmar Von der Goltz, autor del libro *La nación en armas*, uno de los héroes literarios de los militares argentinos, texto obligatorio en las academias militares del país, traducido por la Biblioteca del oficial del Ejército Argentino y citado con indeclinable entusiasmo profesoral por el mayor Juan Perón”. Memorias de viaje y apuntes de historia militar permiten a González afirmar que “El peronismo surge, entre sus tantos afluentes, también de los textos de Von der Goltz”. Las barajas de este capítulo llevan los nombres de Von der Goltz y Juan Perón, Ernst



Jünger y Carlos Astrada, de los diputados del Reichstag Frank y Hasse, de Carl Schmidt y Jorge Dotti, de Osvaldo Bayer y Juan Gelman y de los generales Rauch y Rattenbach. Y es justamente el libro *Exilios*, de Bayer y Gelman, el que permite a González regresar, después de un nuevo despliegue extraordinario de relaciones entre textos y lecturas, al encuentro con un niño de un colegio alemán de Buenos Aires, que define su destino militar a partir de la visita del viejo mariscal.

La historia de un comerciante de la pequeña burguesía de Baden, Hermann Weil, quien pasará algunos de sus años más prósperos como exportador de cereales en Argentina, así como la de su heredero, Félix Weil, autor del libro *Argentine riddle (El enigma argentino)*, conduce a Horacio González hacia la lectura de las obras de los autores de la Escuela de Frankfurt en la Argentina, a partir de las traducciones, que se diseminan desde los años sesenta, de textos de Adorno, Horkheimer, Marcuse, Auerbach, Benjamin y Habermas.

Algunos de los exiliados antinazis que se refugian en Argentina, de quienes González recupera sus resonancias en estas tierras, son Alfred Dang y August Siemens, ambos profesores de la Escuela Pestalozzi en la ciudad de Buenos Aires, cuya fundación en 1938 fue saludada por Stefan Zweig, Sigmund Freud, Thomas Mann y Albert Einstein, entre otros; el actor, músico y dramaturgo Paul Walter Jacob, la fotógrafa Grete Stern, la figura de la danza Renate Schottelius, la fotógrafa francesa nacida en Alemania Gisèle Freund y el poeta Paul Zech.

El capítulo sobre los heideggerianos argentinos comienza por recuperar

la correspondencia entre el joven Luis Juan Guerrero y Carlos Astrada, donde el primero comenta su fascinación de estudiante —“lleno de unción, reverencia y devoción”— frente a las clases de Martín Heidegger en sus seminarios sobre la metafísica de Kant de los años veinte. Pocos años después Astrada sería también alumno de Heidegger en Friburgo. Guerrero y Astrada serán luego sucesivos directores del Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. González postulará en estas páginas a la “Argentina como museo herido de las ideologías del siglo que suelen encallar en sus costas”. Frente al *dilema* Heidegger, González rastrea sus ecos argentinos en los trabajos de Jorge Alemán y Sergio Larriera, de Diego Tatián y José Pablo Feinmann. El problema del nazismo lo devuelve a hechos concretos a partir de la batalla del Río de la Plata, entre la armada británica y el acorazado Graf Spee, que culminará con “la memoria que dejó esa batalla, con cientos de marineros alemanes que comienzan su vida argentina, internados como reclusos en el país, y luego integrados a comunidades alemanas del interior del país, simpatizantes o no del Eje”. El apartado cierra con la influencia de Schopenhauer sobre Macedonio Fernández, a partir de la idea del suicidio, y de su poema “Comandante doloroso Hans Langsdorff”, donde conviven el problema del honor y el museo de la eternidad. El último eco que recupera González en estas páginas se encuentra cifrado en “Deutsches Requiem”, la magistral obra sobre el nazismo de Jorge Luis Borges, narrada en primera persona por Otto Dietrich zur Linde, oficial nazi, subdirector del campo de

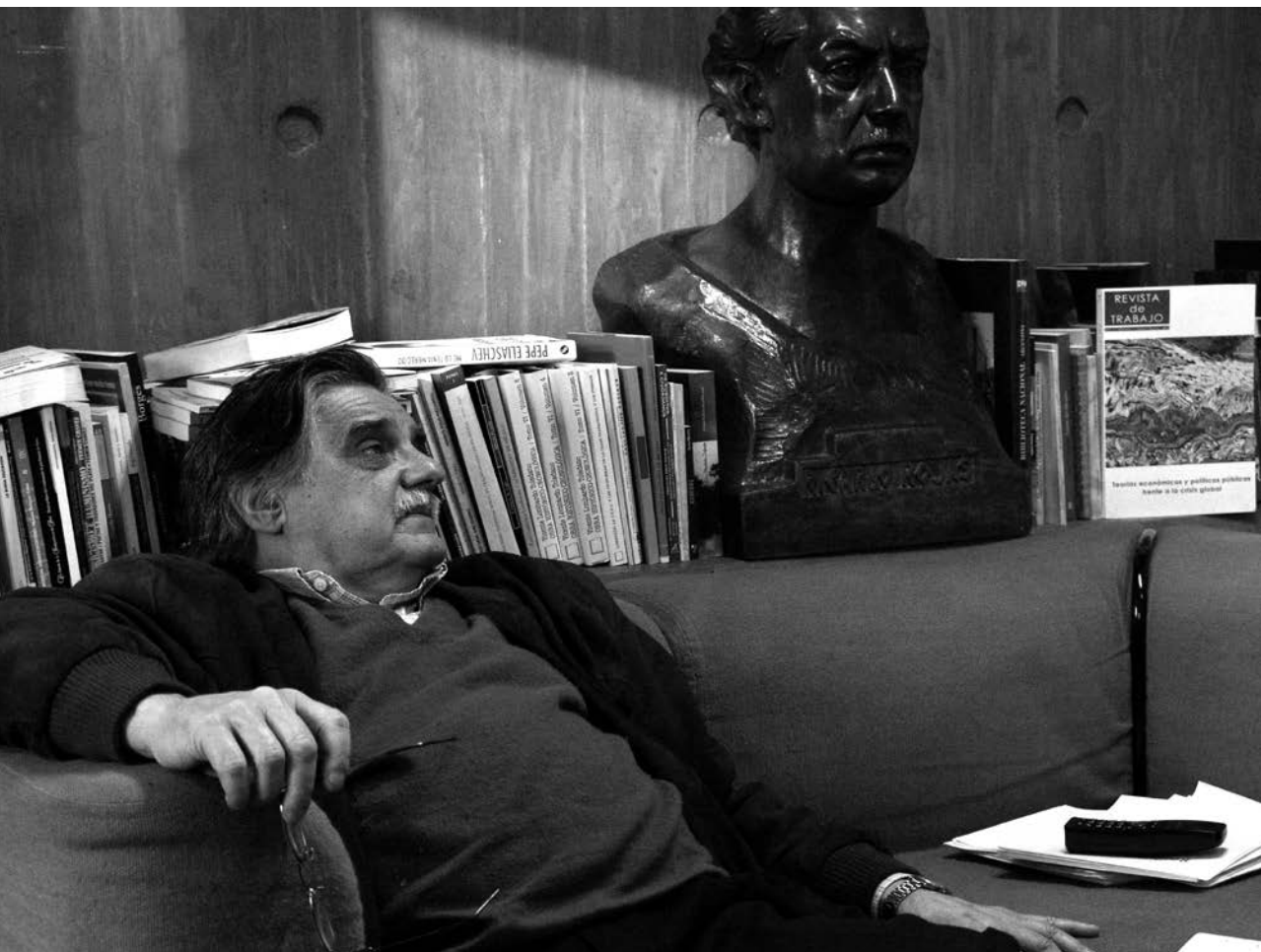


concentración de Tarnowitz, a través de cuya vida recorreremos buena parte de la cultura alemana, de su tragedia, del “destino alemán”, según Borges. El cuento, publicado en *El Aleph* en 1949, en el que González observa “el núcleo ineluctable de la estética borgeana: el recurso sobre sí del mal; la alteridad como simultaneidad de la verdad y la muerte”, es contrastado con el texto publicado por Borges después de asistir en 1985 a una sesión de los juicios contra los comandantes de la última dictadura cívico-militar argentina. Entre uno y otro escrito, González visita *Eichmann en Jerusalén*, de Hanna Arendt, y nos vuelve a estremecer frente a las últimas palabras que profiere Eichmann: “Viva Austria, Viva Alemania, Viva

Argentina”. Volvemos a leer ahora el escrito del viejo Borges: “Descreo de castigos y de premios. Descreo del infierno y del cielo. Sin embargo, no juzgar y no condenar el crimen sería fomentar la impunidad y convertirse, de algún modo, en su cómplice. Era, como ya dije, una suerte de inocencia del mal”. Concluye González: “Borges es difícil. Leerlo no lo es, que según los casos puede ser fácil. Es difícil su teoría del tiempo, de la responsabilidad y de la pena”.

Durante los años en que Horacio González dirigió la Biblioteca Nacional Argentina, la institución mantuvo un énfasis latinoamericanista en sus relaciones internacionales: se profundizaron los vínculos, intercambios y proyectos compartidos con las bibliotecas

Fotografía: Ediciones BN.



nacionales de América del Sur y del Caribe, agrupadas en la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica. Sin embargo, la Biblioteca, a partir de producciones y escritos del propio González, tuvo intervenciones relevantes en por lo menos tres grandes metrópolis europeas, que dejaron textos que seguimos leyendo y revisitando: la presentación de *Ecos alemanes...* como contribución crítica a la Feria del Libro de Frankfurt, la lectura *Mito, memoria y destierro: Argentina e Inglaterra en las leyendas de W. H. Hudson*, realizada en la Embajada Argentina en Londres, con la presencia entre el público de lord Falkland, descendiente de su homónimo quien habría financiado el viaje de la Corona británica al Atlántico Sur, y la presentación del libro *Les Isles Malouines*, de Paul Groussac, reeditado entonces en francés y en español, en la Biblioteca Nacional de Francia. En los tres casos hay migraciones y multiplicidad de lenguas, al mismo tiempo que comprensión de las identidades complejas. Existe un impulso en González que tiende a la generación de un círculo virtuoso: implica la lectura y la creación de nuevos textos que producen a su vez nuevas lecturas, discusiones y escritos, al infinito. Aquello que la publicidad y la burocracia llaman promoción de la lectura, en González se desarrolla como praxis esencial de la cultura y la política cultural.

Mientras González escribía contra reloj estos *Ecos alemanes...*, trabajaba con nosotros en la Biblioteca Nacional Anna Paula Hönig, hija de Jorge Hönig, integrante durante los años sesenta y setenta del Grupo Cine Liberación, exiliado en Alemania desde hacía décadas. Allí nació su hija, quien tuvo a su cargo la primera etapa

de traducción del texto, que corrigió luego Christiane Canale. Al momento de la producción del libro, la presencia de Anna Paula en la Biblioteca encarnaba otra saga de nombres, exilios, historias, aprendizajes y experiencias compartidas.

*Ecos alemanes en la historia argentina* es, una vez más, una generosa invitación de Horacio González a recorrer juntos, leer, pensar y releer a los autores alemanes que más influyeron en el pensamiento argentino, a los inmigrantes alemanes que contribuyeron a forjar este país y a los lectores y autores argentinos que interpretaron las diversas corrientes del pensamiento alemán como parte de la conformación de un pensamiento nacional argentino. Estar presente en una feria del libro celebrando los libros, los autores, sus historias y la historia de los notables intercambios e influencias entre las culturas, estar presente escribiendo un texto especialmente compuesto para la ocasión, editando un libro, fue la forma en que el director de la Biblioteca Nacional eligió como modo de intervención en los debates del momento, sin estridencias, tangencialmente y con insinuaciones, señalando a los mercados, y a los Estados, que la historia de las relaciones entre ambos países no solo es tan antigua como la historia de la propia Feria, sino que las posibilidades de edición no comienzan ni terminan en la compra-venta de los derechos de autor, que la riqueza y diversidad del mundo está más allá de la representación de cualquier ícono y, fundamentalmente, que las relaciones entre las naciones y sus culturas no pueden reducirse a los intereses inmediatos de las industrias culturales.

# Del genealogista como rastreador

*Por Sergio Raimondi*

*Acerca de Genealogías. Trabajo y violencia en la historia argentina* (Rosario, Homo Sapiens y Facultad Libre de Rosario, 2011)

Clases en una Facultad Libre, ante un público que no está definido por su pertenencia académica sino por la escucha curiosa. Clases que se convierten en libro: ¿guardan el movimiento de la oralidad, el ritmo que adquiere la palabra cuando resuena en otros cuerpos? Sergio Raimondi interroga ese pasaje, pensando distintas figuras en la oralidad y en la escritura de González. Se detiene en la digresión, el dejarse ir hacia otro tema, pero que es menos un desvío que la puesta en acto de un pensamiento, la aceptación de que pensar es asumir el riesgo de salirse del esquema previsto. Pensar como acto que se realiza en la materialidad misma del lenguaje, en el devenir de una palabra dicha o en el flujo de la escritura. También como irreverencia frente al orden de la citación y de la autoridad. Raimondi encuentra en el pasaje de la palabra genealogía a la de rastrear, una reformulación del instrumental teórico, que es a la vez, una intervención sobre la historia argentina y una posición frente a la relación con los centros productores de teoría.

Sería una distracción desestimar, en un acercamiento a la obra de Horacio González, la particularidad de la sintaxis de su escritura, porque en ella es posible distinguir tanto un pensamiento que parte de la opacidad de las palabras como, inclusive, la adscripción americana de esa modulación. Pero también sería una distracción desestimar la dimensión oral de sus reflexiones, manifestada en clases, asambleas, entrevistas, mesas redondas y hasta miles de diálogos más o menos casuales. Quizás una indagación simultánea de los dos ámbitos permita evidenciar que la tendencia barroca de su escritura provenía inicialmente de una palabra dicha en voz alta, en la que aquella sintaxis ya emergía como una manera de reflexionar; es decir, de decir. A la vez, cada una de esas instancias tiene sus distinciones, y por tanto existen diferencias entre los textos que fueron escritos para ser publicados y aquellos que se conformaron a partir de una transcripción más o menos revisada de sus exposiciones, tal el caso de estas dos clases ofrecidas en 2010 en la Facultad Libre de Rosario sobre la genealogía del trabajo y la violencia en la historia argentina. Acá, las palabras conllevan en principio la constatación de su escucha y la inminencia de una intervención; a veces, ante algunas frases, es posible imaginar el gesto en los rostros de quienes ocupaban el auditorio. Una lectura de este tipo de textos advierte, además, que González no concebía una clase como la oportunidad para dar cuenta de un saber sino, más bien, como la oportunidad de elaborarlo y ponerlo a prueba. Por eso, al leer el libro no se lee solo una serie de pensamientos sino la experiencia y el acontecimiento de pensar. En su relación distante con

lo fijo y lo definitivo, en la temporalidad presente de la enunciación y, por supuesto, en la mayor disposición para la digresión, la oralidad parece haberle ofrecido a González el ámbito dilecto para el entendimiento de su práctica: un ámbito colectivo, más dinámico que estático, más ligero, aun cuando abordara lo más pesado, más fugaz y también más nebuloso que sólido.

No hay intervención de González en relación con la historia argentina que no sea a la vez una intervención en relación con la historiografía argentina. Los comentarios ocasionales de sus diferencias con Halperin Donghi (en este libro, la denuncia de su impericia para advertir en *La vida del Chacho*, de José Hernández, nuestro “más importante panfleto político”) son menos definitivos que una diferencia radical sobre los modos de abordaje. De ahí que González suela aproximarse a la historia desde los “análogos mnemónicos” de Lezama Lima (donde resuenan a su vez las supervivencias de Warburg), desde esa perspectiva que Blumenberg denominó “metaforología” o, tal como se da en esta ocasión, desde el método de la genealogía, el cual en su misma emergencia se configuró como operación polémica en relación con la constitución de la disciplina. Imágenes, metáforas, conceptos: instancias que tienen la bondad de evitar “la mera secuencia de los tiempos evolutivos”, que advierten sobre una dinámica que no es exactamente consciente y que desagregan la narrativa de la historia en una simultaneidad de temporalidades que operan con insistencia en el presente. “Son historias que han pasado, pero que no han pasado tanto”, dice acá a propósito de los eventos narrados en un poema de Jauretche publicado en 1934. O

advierte que el origen, para el genealogista, “siempre está secretamente presente y en cuestión”. Esto es Nietzsche, por supuesto, es Foucault, por supuesto, y es, también, en la elección del adverbio, por supuesto, González. Porque ya sean las analogías lezamianas, los trayectos metaforológicos de Blumenberg o la genealogía nietzscheana, González nunca utiliza un instrumental teórico —en una operación que es en sí misma un modo de plantear su comprensión de la universidad pública argentina— sin reformularlo. ¿En qué consiste esa reformulación? En la adaptación de ese instrumental a los objetos de indagación y, por tanto, a las propias circunstancias, como si sospechara que no hay modo de establecer una relación con los “grandes maestros filosóficos” sin reconocer, en principio, desde dónde se los lee.

De ahí que, apenas iniciada la primera clase, proponga abandonar el concepto de genealogía por el de “rastreo”, en una operación que bajo ningún punto de vista conviene subestimar.

La elección de ese término vincula el método con una práctica también decimonónica como la de Nietzsche, aunque situada en la llanura y la biblioteca argentina. Es la práctica que Sarmiento describe en el *Facundo* con un sintagma emocionante: “ciencia vulgar”. Pero si aquel rastreador podía atribuir una marca o una huella en la tierra a una mulita o a un ladrón, aún pasados varios días de su impresión, en este caso la mirada microscópica pareciera ser capaz de advertirla cientos de años después. El rastreador viene a mostrar cómo un concepto, una imagen o un drama del más estricto presente están tramados por conceptos,

Anotaciones de Horacio González. Fotografía: Ximena Talento.



imágenes y dramas remotos y, en general, insospechados. De ahí por ejemplo que en *La nueva Argentina*, de Alejandro Bunge, localice los conflictos con relación al INDEC que sucedían al momento de su exposición. Pero la tarea fundamental del rastreador no consiste solo en diseñar tales trayectos; consiste en recuperar un concepto o una imagen para exhibirlos en una vitalidad inseparable de sus contradicciones, equívocos y posibilidades. La perspectiva está inscripta en su léxico más recurrente: “paradojas”, “enigmas”, “reservas”, “secretos”, “drama”, “escena”, “intuiciones”, “curiosidad”. Rastrear un concepto es ofrecerlo en su irreductibilidad. Por eso su insistencia acerca de que la condena o la aprobación son las acciones menos apropiadas para vincularse con los materiales apasionantes de la historia, o su pedido por sostener la pasión desde “una respiración amplia de todos los elementos”. Su capacidad para alternar entre textos políticos, históricos o literarios se justifica porque González no solo atribuye a estos últimos una capacidad para conmover la lengua. Su paciencia es la misma al detenerse en una minuta de 1919, en un pasaje de *Los siete locos* o en la prosa jurídica de la Constitución del 49, y está sostenida por la convicción de que la potencia de hacer del lenguaje —más allá o más acá de quienes puedan percibirlo— continúa y continuará provocando efectos. El rastreo de un concepto es el rastreo de varios a la vez, porque el ejercicio no puede desplegarse sin establecer relaciones. Así, el rastreo del trabajo en la Argentina es indisociable de los “orígenes insospechados” del peronismo, ligados a su vez a la indagación de un Estado que, hacia principios del siglo

XX, ya se hacía esta pregunta: “¿es posible, a partir de la idea de gaucho, pasar a un mundo moderno de trabajadores?”. El recorrido se inicia en 1903, con aquel proyecto de Ley del Trabajo propuesto por el ministro Joaquín V. González, sostenido a su vez por la investigación clásica de Biale Massé, *Informe sobre la clase obrera en la Argentina*. No es un detalle que aquella propuesta finalmente fallida, emanada de los sectores más progresistas del roquismo, le permita comentar al pasar el problema de reducir la figura de Roca a su campaña al sur de la frontera; rastrear es siempre, también, la oportunidad de conmover las imágenes que se han inmovilizado. La segunda instancia de su trayecto involucra la mediación que José Ingenieros, encomendado por la FORA del Noveno Congreso, encara en 1919 con Yrigoyen para intentar una negociación entre aquel gobierno y el movimiento obrero, y por tanto ahí se genera la necesidad de otro rastreo, el del radicalismo, que lo habilita a mostrar cómo el sujeto de ese movimiento, desde su origen con la revolución del noventa, no es el trabajador sino el ciudadano; es más, un ciudadano constituido frente a un Estado

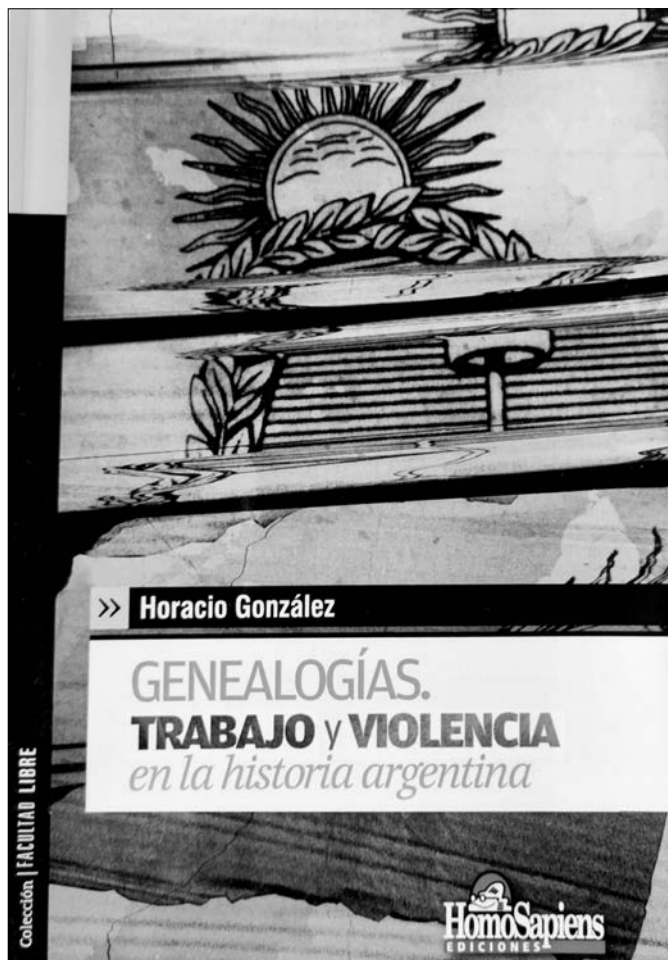
**Una lectura de este tipo de textos advierte, además, que González no concebía una clase como la oportunidad para dar cuenta de un saber sino, más bien, como la oportunidad de elaborarlo y ponerlo a prueba. Por eso, al leer el libro no se lee solo una serie de pensamientos sino la experiencia y el acontecimiento de pensar. En su relación distante con lo fijo y lo definitivo, en la temporalidad presente de la enunciación y, por supuesto, en la mayor disposición para la digresión, la oralidad parece haberle ofrecido a González el ámbito dilecto para el entendimiento de su práctica: un ámbito colectivo, más dinámico que estático, más ligero, aun cuando abordara lo más pesado, más fugaz y también más nebuloso que sólido.**

que se corrompe, en lo que es una reflexión modélica para exponer la presión del origen en el presente. Si bien también esa mediación fracasa, en la minuta planteada por Ingenieros González ya puede distinguirse “un plan entre el capital y el trabajo que preanuncia el peronismo”. El peronismo aparece entonces como el nombre que coloca a la forma, el mundo y las organizaciones del trabajo en el centro de la política argentina, a partir de un ensamblaje particular favorecido por otra etapa menos de la Argentina que del mundo, cuando se ha consolidado un paradigma fabril que es, en definitiva, “la idea del mundo civil bajo la forma de

la idea de la guerra”: entre las nociones corporativas de la experiencia fascista y las lecturas bismarkianas hechas desde el ejército argentino, el Estado se constituye en su rol organizador y arbitral. Este diseño, que bordea una perspectiva foucaultiana apta para verificar en el peronismo su instancia de control social, es excedido de inmediato con la referencia a un movimiento que es, a la vez, el “drama de miles y miles de hombres y mujeres que han militado”. Y por eso, González lee también los dos primeros gobiernos peronistas desde su equivocación de haber creído que la historia se había definido “en un momento único de felicidad”, sin haber podido advertir que las fuerzas sociales desplegadas disponían de su propia dinámica.

No es improbable que, al retornar a sus casas luego de la clase, los oyentes hayan podido experimentar tanto el grado de nitidez con que recordaban cada dato y relación de los rastreos expuestos, como la dificultad para poder elaborar una síntesis. Es sabida la relación equívoca de la escritura de González con la comprensión inmediata. Si bien en la oralidad el carácter expreso de esa dificultad se apacigua, aún en estos casos la acumulación de referencias y reflexiones tiende a generar un grado de indefinición que es menos accidente que aspiración programática. Porque la singularidad de González consiste en exponer esa indefinición desde un interés y una necesidad de intervención decisivos en los procesos y conflictos de cada presente. O sea: nunca la urgencia de la intervención desmerecerá una lengua atravesada de historia.

En este caso son dos, al menos, las cuestiones coyunturales que González parece haber tenido en cuenta a la



hora de encarar su rastreo. Por un lado, la convicción de que se estaba produciendo un cambio fundamental en la configuración del trabajo, visible en el avance cada vez mayor de internet y en las modalidades alternativas de los medios en el marco del debate local por su regulación. Por otro, queda la pregunta de si no estaba detectando en aquel 2010 otro de esos amenazantes “momentos de felicidad”, a la par de un conflicto cada vez menos subrepticio entre el gobierno kirchnerista de entonces y ciertos sectores sindicales. Porque el rastreo del trabajo es también el rastreo de los movimientos de los trabajadores, ya desde aquel anarquismo que fue la otra gran cultura obrera del país. Su planteo acerca de la necesidad de “reformular estilos sindicales” cobra su potencia desde una perspectiva que entiende que, al cambiar el trabajo, cambian también los problemas, la lengua y las imaginaciones. De ahí también esta frase en la que destella un sustantivo que ameritaría también un rastreo: “Ninguna burocracia va a impedir que se reformule el trabajo”, y que, incluso en su extrema nitidez, es una invitación a dimensionar los innumerables matices de un problema con un grado aún hoy altísimo de actualidad.

\* \* \*

La indagación de la violencia en la historia argentina tiene su núcleo crucial en la insurgencia de los sesenta y setenta, a partir de la atención a la figura del partisano o civil que se siente convocado a tomar las armas. Se trata de un sentimiento que detecta en *Ojeada retrospectiva* de Echeverría, desde cuyas páginas puede proponer la comprensión de la emergencia del Che

Guevara. Aquella generación de los sesenta y setenta, que es la suya —tal como el término “burocracia” utilizado arriba lo evidencia—, aparece al inicio de su recorrido en relación con lo que, González entiende, es la “formidable paradoja” de la que surge la nación argentina: el fusilamiento de un héroe, Liniers, en 1810. Si bien no hay ninguna referencia explícita, es imposible no advertir la presencia de esa generación cuando señala que esa orden de fusilamiento estuvo firmada por “muchachos que no pasaban de 25 años”. Tal vez por eso inicia el segundo encuentro con su posición personal de condena de la violencia (“si es que podemos postular que sabemos algo de nosotros mismos”), aunque la confesión sea menos determinante que su modo de modular una reflexión alrededor de los textos desde una voluntad sistemática por evitar una conclusión final. Una ocasión ejemplar de ese comportamiento aparece al invocar el *Plan de operaciones*, adjudicado a Mariano Moreno, que nos convoca a verificar cómo para González la lectura de un texto es siempre a la vez la lectura de las lecturas realizadas de ese texto, como si su idea de obra contemplara necesariamente su devenir y multiplicación. Así, recorre las consideraciones en torno a la falsedad o verdad de esa atribución por parte de Mitre, Groussac, Scalabrini Ortiz, los “grupos insurreccionales” de los setenta e, incluso, del gobierno de entonces, que se inclinaba por afirmar esa autoría en una decisión cuyas consecuencias, pensaba González, no se podían terminar de vislumbrar (es evidente que no consideraba la cuestión como un tema menor). La persistencia del debate sobre ese texto, tramado por un entendimiento radical y drástico



de la Revolución de Mayo, es sintomático: las consecuencias de la violencia no se diluyen a través de las generaciones. Y permite visualizar con más nitidez el propio esfuerzo de González por negarse a disipar las dudas sobre el “enigma”. Su aclaración: “Estoy tratando de describir el problema, que es un problema abierto de la Argentina”, es también una paráfrasis posible de su definición de la tarea del rastreador.

La pregunta por el surgimiento de una moral militante o, en todo caso, sobre “por qué tantos chicos, tantos jóvenes” tomaron las armas en los setenta, aparece vinculada a la posibilidad de vislumbrar su respuesta leyendo *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, en atención a esos “héroes que surgen de la cotidianeidad, de la no heroicidad”. La propuesta, que muestra la desmesura de sentido con la que González entiende los efectos de los discursos, también expone el porqué de su posición de prudencia: siempre se trata

**Tal vez el día en que se cotejen continuidades y diferencias entre su escritura y su oralidad se compruebe que la digresión era una de las figuras predilectas de González. La oralidad suele radicalizarla a tal punto que, en ocasiones, la autonomiza de cualquier trayectoria principal.**

de inspeccionar materiales que, al estar tramados por la lengua, poseen contornos difusos. De ahí que el protagonista mayor de su recorrido en torno a la violencia argentina sea Borges, convocado a propósito del prólogo “de guerra” que escribe para *El paso de los libros. Relato gaucho de la última revolución radical*, de Jauretche, y de ahí que González —a diferencia de Abelardo Ramos, quien redacta un nuevo prólogo para ese libro en 1955, acusando a Borges de “proinglés”— plantee la

dificultad de “agarrar” a este autor cuya obra, en su totalidad, lee tramada por la política. Así entiende la desconfianza borgeana de los sesenta ante la canonización consumada del *Martín Fierro*, desde su capacidad para advertir el peligro de ofrecer el estatuto heroico a un desertor del ejército en los prolegómenos de las primeras experiencias de la guerrilla. Alguna vez habrá que considerar no solo las lecturas que hace González de Borges sino, también, las resonancias borgeanas en su propio léxico y hasta en algunos de sus desplazamientos narrativos. Un caso es la militancia gonzaliana por las paradojas, verificable en un recorrido de pensamiento que finalmente deja entrever cómo, si en *Operación Masacre* se puede percibir de modo inequívoco la presencia de Borges o al menos de su versión de la literatura norteamericana, el surgimiento de la moral militante de los setenta no sería ajeno entonces al autor de *El Aleph*.

Que el *Plan de operaciones* haya sido descubierto recién en 1880, y en el archivo de Sevilla, por Francisco Madero, mientras buscaba información para la construcción del puerto de Buenos Aires, es una manifestación del carácter imprevisto e inconcluso que tiene no solo el presente sino también el pasado. Pero no se necesitan materiales ocultos o desconocidos para que el rastreador encare su tarea desde la convicción de que la historia es agitación. Porque su desconfianza ante la historiografía, evidenciada en un modo poco pudoroso de proyectarse hacia el presente o en una consideración distintiva de la dimensión de la lengua, también se expone en una perspectiva diferente con relación al estatuto con el que son evaluados los materiales y objetos de análisis. De

esta manera, se puede detener en la figura del alemán Germán Avé Lalle-mant, naturalista y agrimensor abocado al estudio de los sistemas de riego, uno de los primeros marxistas en Argentina, que le sirve de base a los cívicos que marchan a la revolución del noventa; o en José Figuerola, estadígrafo catalán, discípulo de Alejandro Bunge y, luego, como ministro de Planificación, el “gran organizador” del Estado peronista, además de autor de una frase ya anónima: “Por un país socialmente justo, económicamente libre y políticamente soberano”, en la que reconoce la influencia de los partidos españoles de los veinte vinculados a Primo de Rivera. La atención a estas figuras indica la tendencia del rastreador hacia la particularidad, como si no fuera posible esbozar ninguna narrativa, por más imágenes, conceptos o metáforas que se recuperen, sin indicar textos, eventos y personas singulares cuyas trayectorias acumulan contradicciones, desvíos y transformaciones. La particularidad es, para el rastreador, un antídoto contra la simplificación: “Quizá no sea posible pensar la historia argentina con personas unívocas”.

Tal vez el día en que se cotejen continuidades y diferencias entre su escritura y su oralidad se compruebe que la digresión era una de las figuras predilectas de González. La oralidad suele radicalizarla a tal punto que, en ocasiones, la autonomiza de cualquier trayectoria principal. A propósito de la negociación fallida entre Yrigoyen y la FORA del Noveno Congreso, por ejemplo, González hace un largo desvío para trazar el panorama de las vertientes del socialismo en la Argentina desde fines del siglo

XIX, en el que de pronto se refiere a la faz del “modernismo estatizante” de la corriente de Lugones e Ingenieros, con su apología de la transmigración de las almas, su curiosidad acerca del sonambulismo o sus modos de usar la ciudad como “un lugar nebuloso”. Estas menciones ameritan ser leídas como una advertencia sobre la necesidad de aligerar el ámbito del rastreo del trabajo y, sobre todo, como una declaración sobre la multiplicidad de experiencias que el rastreador ha de tener en cuenta al operar con la historia. Esto último se vuelve patente unas páginas o, mejor, un rato después, cuando, tras haber mencionado otra de las líneas del socialismo, la de Palacios, con su dandismo y su carácter duelista, encara una nueva digresión en referencia al también duelista Lassalle que se inicia con el comentario: “No es un chiste el duelo”. Quizás hubiera sonrisas en los presentes. González cuenta entonces que Lassalle muere en un duelo con el esposo de su amante y recuerda de inmediato una carta de Marx en la que este escribe, en tono de lamento o reprobación, que el destino del socialismo alemán estaba en manos de uno que moría en un duelo de faldas. “Eso revela la vida cotidiana y esa dimensión que Marx no atendió adecuadamente, porque es oscura su vida amorosa”, añade González de inmediato y advierte así que la perspectiva marxista desde la que ha sostenido su concepción del trabajo es tan fundamental como insuficiente, tal como podría haberse comprendido de entrada con su modo peculiar de enfatizar el vínculo de horizontalidad o simultaneidad entre trabajo e imaginación.

# Konstelaciones. O sobre la palabra (en) política

*Por Sebastián Russo*

Acerca de *Kirchnerismo: una controversia cultural* (Buenos Aires, Colihue, 2012)

Hay un modo intelectual de pensar los fenómenos políticos en tiempo real, mientras suceden. Esos textos son los fundamentales. No porque nos brinden una imagen concluyente del fenómeno en cuestión, sino porque ofrecen líneas de interpretación capaces de orientar la mirada y de incidir en las fuerzas mismas que componen un movimiento político.

Si al kirchnerismo le faltaban textos, como dijo Horacio González, el libro aquí analizado ofrece un ramillete de sentidos para pensar los dilemas políticos que se abrían sin restringirse a las retóricas de obvias filia-ciones partidarias ni dejar de tomar en serio cada consideración crítica. Si en la urgencia dramática de los hechos, John William Cooke fundó un estilo para pensar el problema de los nombres y la política, algo de ese rastro se pone en juego para valorar el kirchnerismo: su pretensión fundante y su relación con los legados, su adscripción a un capitalismo neodesarrollista, su voluntad reparatoria y los anhelos emancipatorios que se albergaron en sus pliegues. De esas amalgamas complejas y nada evidentes surgen problemas, desafíos y aporías, el material con que se forja el pensamiento político y sus posibilidades.

*No todo es discurso y siquiera nada es discurso, pero no es cierto que las dificultades presentes no estén relacionadas con los dramas conceptuales y los signos vitales que se desprenden de las palabras y las biografías personales; una regresión conceptual para garantizar un generoso paso futuro puede ser tan irreal como una inversión publicitaria refulgente sin instrucciones prácticas que la sostengan en experiencia [...] No hay que pasar por alto la discusión real sobre las imágenes.*

HG

*Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música.*

JLB

*Quisiera que esto dure para siempre, casi tanto como una eternidad.*

LRP

## 1.

¿Puede una constelación de signos devenir una ontología? ¿Hay un interés en el origen de aquello que solo tiene sentido en su actualidad interrelacionada y mutante? Habría allí dos perspectivas conceptuales contrapuestas. Una, vinculada a la tradición escolástica, de un conocimiento primero, esencial, original. La otra, a una tradición no lineal, inmanente, mesiánico-montajística. Hay tercera posición. Pues claro. Se llama (también) Horacio González. El que a su vez la llama la “tradición venturosa”. Tomando el

nombre de una operación que honra el procedimiento que también es de desprejuicio: el del cruce entre (el alma bella de) Borges y Jauretche (el monstruo fiestero).

Tal ontología constelar (digamos), o tal constelación ontogénica (por seguir jugando), se da a través del habla mítica. Habla/imagen mítica compuesta de insumos (signos y nombres) y condiciones de existencia y despliegue (método fenoménico errante). Y aquí tiene la forma tematizada de una pseudobiografía, que en un libro (*Kirchnerismo: una controversia cultural*) se articula en sus insumos emergentes y condiciones de emergencia, mítico-constelares. Una pseudobiografía, aquí la de Néstor Kirchner, como antes HG había emprendido la de Perón, pero también las de Macedonio, Arlt, Borges. Para desde allí hablar de otra (misma) cosa, la palabra. Y porque para hablar, escribir, se necesita de un fenómeno, algo que aparezca ante nuestros ojos, ante nuestro cuerpo. Por caso, otra palabra, o hasta una letra: k.

Ontología constelar, tradición venturosa, pues, a través de una pseudobiografía, como expresión de un método. Pseudocientífico, pseudoontológico, o una ontología del margen (de lo óntico), es decir, de lo pseudo. Hacer una ontología de todo aquello denominado falso, maldito, sea quizás una de las claves de la obra toda de HG.

Una sociología sur-real. Más ajustada (y justiciera) que la epistemología del Sur de un De Sousa Santos. Donde lo que predomine sea la reunión de cosas que están separadas, haciendo otra cosa con ellas. Incluso, desde una “realidad del sur”, pícara, juguetona, al tiempo que mítica y marginal (menos por fetiche que por una percepción

altiva del margen). Una sociología del arrabal, donde también lo que predomine sea la mezcla y el barro, los residuos y la astucia. O “simplemente” la recreación de un arrabal, mito de origen y constelación de signos, cosas.

## 2.

Hay, reiteramos, en este libro, aunque en la obra de HG en general, una apuesta y propuesta metodológica. Un gesto analítico diseccionante

**El kirchnerismo no tiene textos. O no tuvo, por lo menos, hasta el 2012, cuando se escribió este libro. [...] Sí tuvo, y tiene, el kirchnerismo, dice HG, frases, muletillas, discursos, una multiplicidad de formas de la palabra pública. Pero también quienes hablaron, pensaron, vivieron en él (vivir en/contra el kirchnerismo fue pensarlo, hablarlo): gente, toda, que dijo algo. Ellxs también son parte de la constelación ontogénica gonzaliana.**

(sur-real), de una deconstrucción conceptual. Que es analítico pero también lúdico. Popular. Y hay en esa combinación analítico-popular una apuesta singular, una singularidad de la apuesta estético-política gonzaliana. Algo que puede incluso recibir ese mote, gonzalianismo. Siendo los ismos el gran

tema de este libro: qué hace de un nombre una herencia, un campo de acción, un teatro de operaciones.

A qué llamamos kirchnerismo, quien fue NK. Qué es el peronismo. Si hay una insistencia gonzaliana (aquí, siempre) es la del problema del nombre, de los nombres de y para la política. Qué es la política sino la reverberación emotiva, intelectual y activante de un nombre. Se entrelee en cada glosa gonzalezca una definición performativa espectral de la política. Un

campo de acción plagado, marcado por signos y fantasmas. Qué es un intelectual, un pensador, un escritor, un ensayista, sino aquel que ve signos y entrometiéndose en su estela fantasmal —histórica, reverberante— los convierte no en inteligibles sino en una narrativa otra. El que “traduce”, menos como un acto objetivista que maldito. Haciendo de un texto, de una acción signada al olvido, un material que insiste, resiste. Porque qué son las cosas, los mitos, sino hitos del lenguaje. Entendiendo por lenguaje todo: los cuerpos en la calle, las corrientes y tradiciones históricas.

“El kirchnerismo no tiene textos”, dice, insiste, a lo largo del libro, cual *ritornello* que (lo) exige. Pero dice también: “[el kirchnerismo] es un fuerte promotor de símbolos”, evidenciando una constelación signica, compuesta por mucho, por todo lo que entra en la mirada gonzaliana. Es decir, todo, todo aquello que vibra y hace vibrar (o intentar abjurar) a un pueblo.

Dijo Diego Tatián que en este libro se expresa una fenomenología. La del que habla por y desde lo que ve, oye, lee. En una reciente rememoración público-callejera de Horacio, alguien me dice al oído, o se lo escucho decir quizá para él mismo, de modo susurrado, intempestivo, que González se aburría en la playa, porque el mar no se puede leer. Y si bien el mar se puede leer, lo que dijo el susurrante amigo de modo impulsivo, es que el acto vital de González era leer, leerlo todo.

Una fenomenología errante es otra (misma) característica del discurso de HG, un método. Conversante y crítico. Con y desde lo que aparece, caminando, viendo, lo no tenido en cuenta, mal-dicho, poniéndolo/se en conversación, que ya es una forma de

la crítica: a un conversante se le notan los hilos, tiene que mirar a la cara; un disertante puede falsear, un conversador no, no tanto, queda expuesto, a la intemperie. Desde allí, cada vez, debe re-construir-se.

Una fenomenología, decimos, popular. Lo que aparece ante sus ojos, pero viendo con ojos de pueblo. Ojos de cielo. Principio empático libertario. Del que, sin arrogancia, con un compromiso en el que se le juega el propio cuerpo, mira, intenta mirar no por arriba de los otros, sino en perspectiva. En perspectiva popular. Como dijo CFK —otra sigla, otra frase—, “pensemos, hagamos siempre lo que le hace bien al pueblo”. HG piensa, escribe así. Incluso cuando cargue con un epíteto que lo incomodaba: barroco. Redimible solo en tanto pliegue barroco, y más por lo creacional y enchastrable del barro que por lo pegajoso y dificultador.

### 3.

El kirchnerismo no tiene textos. O no tuvo, por lo menos, hasta el 2012, cuando se escribió este libro. Citemos dos, entre muchos, publicados luego del de HG: *Sublunar*, de Javier Trímboli, y *Teoría de la militancia*, de Damián Selci, que conmovieron las aguas de la “intelectualidad kirchnerista”, sobre todo porque recuperan una apuesta reflexiva, ensayística, creacional. Sí tuvo, y tiene, el kirchnerismo, dice HG, frases, muletillas, discursos, una multiplicidad de formas de la palabra pública. Pero también quienes hablaron, pensaron, vivieron en él (vivir en/contra el kirchnerismo fue pensarlo, hablarlo): gente, toda, que dijo algo. Ellxs también son parte de

la constelación ontogénica gonzaliana. Y cuando cita a autores no lo hace de modo anecdótico o para reforzar su discurso. Se mete en el citado, con/ contra el citado, le hace una pequeña biografía, sin concesiones. Una biografía intelectual, es decir, de sus capacidades de construir discurso. De construir la constelación de nombres que NK (o luego simplemente una letra: K) arremolina(ba). Nombres y temas, expresiones, palabras. Cual máquina interpretativa y pulsional. Ese tipo de máquina era HG, las que incansables abren surco pero de forma inédita, espiralada, como las de su muy mentado Serguéi Eisestein. Una descripción derivaba en un pequeño tratado, una ontología al paso.

Un modo de habla. Incluso la sonoridad intraducible (como el mar) del dejo de un habla es suficiente para hacer funcionar la máquina: “El chasquido final de angustia en el fraseo de Kirchner quería ser el exceso del hombre prudente para conjurar el escepticismo que imagina en un mundo cada vez más agrietado”. Una de tantas frases donde se expresa tanto el afán de HG de analizar la constelación signica kirchnerista (su método: una fenomenología errante) y una lectura político-ritualística (menos por liturgia que por gesto sacrificial).

¿Qué es/fue/será el kirchnerismo? Aquello que emerge entre el gesto anímico sacrificial y la sospecha de fachada, de engaño. Pero también la “creación de una atmósfera evocadora de nacionalismos populares y estatistas de los ciclos históricos anteriores”. Creación de atmósfera, dice, y agrega “subrayo esta palabra”: atmósfera. Un subrayado de lo etéreo, la evocación, el halo. Formas político-espectrales. Muecas espectrales. Atmósfera / constelación

signica. De una fuerza que excede la institucionalidad pero que tiene su fuerza-mito de origen en el emplazamiento conviccional palaciego. Institucionalidad soberana. Un institucionalizado halo destituyente. Como la palabra de HG en voz de Américo Cristófalo. Algo se desprende, parece romper el *continuum*, pero hace a la máquina dar su espiral.

“Las consignas pasaban a ser una superestructura con potencialidad agitativa, sin que necesariamente hubiera consonancia con las estructuras que se imaginaba poder reponer”. La fuerza discursiva de una consigna, de una palabra pública, dicha, contagiante, que alienta. El kirchnerismo no tuvo

textos, pero tuvo una atmósfera de signos, signos en forma de atmósfera, efluvio dispersante, “reflejos tornasolados”, desde los que vive y vivió, propios de la “discordancia desestabilizadora” del pensamiento político.

La hipótesis del falsario, de la impostura (montonerismo, capitalismo de amigos), la simulación, proveniente de liberalidades de todo tipo y que hacen de NK un superhéroe estrábico, que se entramó con la caracterización de “informalidad” como “gesto para —dice HG— acentuar la ontología plebeya del poder”. La ontología plebeya del poder de NK, pero también la ontología plebeya del poder. La im-postura, la in-formalidad, incluso el anacronismo, modos de una negatividad instituyente, inatrapable, indescifrable.

#### 4.

En 1977, alguien dice “esto va a durar muchísimos años”, HG, lo marca, como una frase extemporánea, por no enunciada ni siquiera pensada, obturada por una tragedia que había tomado su vertiginosa y fatal vuelta final. Cuánto dura el tiempo, cuánto dura un tiempo histórico, dónde comienza, termina y qué.

HG escribe en el cenit del kirchnerismo, antes de que ni siquiera se imagine un triunfo macrista (y su voto desgarrado —el de una mirada, y escritura desgarrada, desgarradora, y desgarradora del velo, que tienen y hacen los signos—). Escribe, trayendo viejas/renovadas preguntas, avizorando un posible incendio, un peligro del retorno (por otras formas) del incendio más temido. El que podía (y pudo y por otros medios) durar



incluso en democracia (he allí la hipótesis de Silvia Schwarzböck en *Los espantos* —de la misma editorial que los de Trímboli y Selci, donde se escribieron finalmente libros sobre/desde el kirchnerismo)—. Y como contrapartida a la supervivencia del mal por otros medios. “Quisiera que esto dure para siempre”. La manutención en el poder que, en el Maquiavelo también citado, parece vislumbrarse y desearse menos para una fuerza electoral que para una fuerza popular.

Qué vuelve con NK, un subsuelo anímico/animado, la letanía del estigmatizado, una situación de hibernación que despierta, un arrastre (rescate) emotivo. Un “hombre arrastrado por la vida política es casi siempre un hombre en espera”. Un hombre, un nombre, que lejos esperó. Que fuera cifrada su hora. Y donde lo monstruoso deviene compadrito sureño. Cuál es la hora señalada. “Hay un momento en la vida política de un arrastre que susurra y exige: déjense arrastrar; un flujo heteróclito que lleva y empuja, aguardando el momento de la revelación, donde el pasado y sus ambigüedades puede quedar esclarecido. Sobre todo, redimido”, dice HG. Pero en su voz está la bella alma. “Hay un momento de la tarde...” en la vida de una persona que lo define y explica todo.

Los tiempos de la política. Los de un hombre, un nombre y su tiempo. El de una era que se titula como él. “Una hendidura en la historia siempre es la hipótesis maestra de los políticos que aprecian el lado aventuresco y contingencial de su oficio, que es el legado de los rizos de la fortuna considerada por todos los escritores mayores de la política”. La fortuna, el acontecimiento, el momento preciso, irreplicable, aurático. Signos encarnados, míticos,

fundacionales de una época que hizo de una letra la llave de relectura de la tradición político-popular más importante del país, como mínimo.

## 5.

Así y todo, y como no podía ser de otro modo, esa tradición, sobre todo en su carácter de fuerza popular, es resistida. Es la efigie que desplegada su insumisión permitiría hallar la clave. ¿La felicidad de los pueblos? La clave tal vez sea hallar una palabra, una palabra encarnada, un “verbo movilizador”. Dice HG que “puede que la lengua política argentina aún no haya encontrado esa forma de verbo movilizador que sepa esquivar la disyuntiva falaz entre la falta atribuida de estructuras (realizativas) en relación a la supuesta abundancia de superestructuras (discursivas)”. Pero cuál es ese verbo, movilizante, no del todo institucional pero tampoco abjurador de las estructuras. Ese verbo falta. Tal vez constitutivamente. ¿Ernesto Laclau y el significante vacío? Sí, pero no solo. Digamos también que esta suma a la que siempre restar incluir algo (“sí, pero no solo”) es no solo un modo gonzaliano de expresión, sino también del propio kirchnerismo. ¿Es, y por esto mismo, González su teórico dilecto, más que el autoerigido Laclau? Al “pseudobiografiarlo”, como hace con varixs de su generación o cercanos (de Casullo a Sarlo, de Feinmann a Abraham, de Rozitchner a Viñas), dirá de Laclau que su nominalismo academicista, si bien es audaz y pertinente —la razón populista, por caso, es una apuesta también nominal provocadora de afirmación de lo maldito (lo populista)—, es insuficiente. Laclau, pero no solo.



Sino la constelación, “contaminante”, tanto de “lo normalizador y lo patologizado” (cifras médico-disciplinarias de civilización/barbarie) imbricados, como de las tradiciones políticas que incluso de esa tensión emergieron. Y no por la potencial indefinición que eso generaría (el populismo es instituyente e institucional: lo que convoca a la crítica de una Sarlo, de un De Ípola,

**Dice HG que el kirchnerismo tuvo y tiene un dilema fundamental. “Qué hacer con Perón”. Es decir, qué hacer con la herencia-fundamento, para devenirla —diremos— no solo una herramienta política sino cultural. Y algo más que una herramienta, sino una perspectiva, un modo de ver y actuar. Incluso, perdurable.**

es decir, de tradiciones liberales y/o republicanas que, al no encontrar pureza conceptual, apuran con el mote de farsa, de simulación), sino porque es la indefinición su potencia, su expresión (verbal) moviliza-  
dora. Indefinición no como carencia sino como constelación de tradiciones, que solo consteladas devienen venturosas. Y dirá HG que es Eduardo Rinesi quien da con la “arquitectura conceptual del kirchnerismo”, al verlo como un “amoldamiento permanente de distintas piezas conceptuales extraídas de terrenos ideológicos heterogéneos: el peronismo nacional-popular, el republicanismo social, el liberalismo institucional, la democracia avanzada, incluso el jacobinismo. Agregaría —dice HG— el desarrollismo y las insinuaciones más o menos volátiles de una filosofía de la emancipación”. Diremos que tales “agregados”, sobre todo bajo la idea de insinuación más o menos volátil (nuevamente la “atmósfera”) de tradiciones que solo juntas y contaminándose entre sí son venturosas, hacen de HG el arquitecto sur-real no solo de esta ontogenia constelar,

sino de la atmósfera conceptual kirchnerista, y aún más, de las formas políticas de lo popular.

El verbo movilizador falta, pero HG lo invoca cuando piensa sobre todo al peronismo, al kirchnerismo como expresión de la cultura popular (una de las claves de la controversia mentada en el título). La falta de ese verbo incluso es, podemos decir, porque el pensamiento de HG no termina de ser incorporado como “teoría política”. Y porque no puede ser incorporado, a costa de discutir profundamente la “teoría política”, en este caso atravesada por aquello que la expande e in-disciplina, tal la lógica del resto (que continúa y expande Eduardo Rinesi en su “Restos y deshechos”, otro texto del kirchnerismo), la del desgarrar, la teoría sígnico-espectral, la anímico-fenomenica.

Hay allí tanto una/otra clave y fundamento, incluso en términos de pensar una cultura americana. Junto a la Antropofagia, las estéticas del hambre, del sueño, y fundamentalmente la obra de Leonardo Favio y de Daniel Santoro. Conformando una palabra política, que no proviene de la teoría política, sino de la teoría cultural o, mejor aún, de la praxis cultural (todo y nada debe y puede ser enunciado como Teoría), que asume a lo político como forma, como una forma dramática de la acción común. Como así también, este libro es (o anida en él) una Teoría de lo popular. Una Teoría de la cultura argentina. En paralelo a una Teoría del peronismo, de la que florecerán mil teorías. No solo una historia (cultural, política), una reflexión, una biografía. Sino una Teoría del peronismo y lo popular. Del peronismo como la expresión de lo popular. Siendo lo popular en González (según puede rastrearse

en sus múltiples apelaciones) como lo mutante, el refranero, lo poroso, a su vez lo invariante, los sedimentario, la mezclanza, lo religioso, lo mítico, vociferante, gozoso, dramático. Abriendo, indagando cada uno de estos conceptos, se desplegaría una Teoría Popular de la cultura argentina y, por qué no, latinoamericana. Este afán es el de la obra de González toda. Desde *La ética picaresca*, intentando encontrar la clave local (americana) del espíritu del capitalismo (local), a *Traducciones malditas* y su prólogo a *Ensayos barrocos*, compilación de textos de Lezama Lima: la búsqueda de la “imagen americana”. El peronismo es su expresión nacional. El que expresa las formas donde lo popular es una reserva inalterable de temáticas o lenguajes que subsisten. Los elementos sociales y estatales del peronismo son una absorción de estilos y caracterologías del acervo vibrante de la cultura popular. Aunque decir una cosa es decir la otra, allí una hipótesis tanto de por qué González no es leído como un teórico —es de difícil incorporación en programas de materias—, sino como el que moviliza un pensar, que algunos sistematizan, aquietan, burocratizan. La misma hipótesis expresa lo conocido, pero no tan incorporado al análisis político, que el peronismo es más que un movimiento político, es eminentemente la expresión político-cultural de una trama de signos que arraigan en múltiples tradiciones, pero que tienen un lugar de anudamiento desanudado y desanudador (emancipado) en lo ingobernable y maldecido (por las elites del pensamiento, por las elites de las expresiones artísticas, incluyendo a los progresismos de todo pelaje) de las formas culturales populares.

## 6.

Dice HG que el kirchnerismo tuvo y tiene un dilema fundamental. “Qué hacer con Perón”. Es decir, qué hacer con la herencia-fundamento, para devenirla —diremos— no solo una herramienta política sino cultural. Y algo más que una herramienta, una perspectiva, un modo de ver y actuar. Incluso, perdurable. Y cómo hacer que tal persistir, que no sería otro que el de una fuerza popular (o la de la fuerza de lo popular como magma vibrante y maldito para un país/mundo burgués, rechazado, como el actual), contenga y encarne y expanda los insumos básicos para tal supervivencia. Y que en el marco de su propia tradición se articulan en la fortuna y la audacia que arremolinan un nombre. El que espera y asume su rol, el de abandonarse a una constelación de signos desde los que habla, parecería, por primera vez. El que fundando se funda. Performatividad de toda política instituyente. ¿Es/fue Néstor Kirchner donde ese nombre, ese hombre, se cifra? ¿Es simplemente su apellido el que tiene una continuidad aún vigente, y vaya si vigente, en términos electorales, pero también como controversia? Qué hacer con Perón es (hoy) qué hacer con (lo) Kirchner. Menos como un nombre que como una modulación. Un modo. Ya que si hay triunfo alguno en el marco político-cultural es el de hacer de un nombre propio, la forma de nombrar las cosas. Tal como hacía Carlos Godoy (también citado por HG), en su *Escolástica peronista*: “los domingos son peronistas / el pajearse antes de dormir pensando en la novia de tu amigo también / es peronista quien premia lo miserable / los presidentes son peronistas”.

Si el kirchnerismo es una controversia cultural lo es porque maldice y conmueve para adentro y para afuera. Y solo en tanto controversia puede no solo persistir sino transfigurarse. “No hay peronismo sin su reconfiguración incesante”, dice HG. Y diremos aún más, sin su transfiguración como llave superviviente. Siendo la metamorfosis no solo un tema gonzaliano (recuérdese *La crisálida*), sino a su vez la controversia político-popular fundante. Que es la de la tradición venturosa, la de una eternidad vibrante. No otra cosa, una ontología errante surreal, vendría a aportar como método/arma. No otra cosa es la obra de González: un enclave discursivo macerado cual tesoro emancipatorio.

## 7.

Dice que no hay el libro que de hecho está escribiendo. Decir lo que (no) hay, (hacer) lo que debe haber. Fórmula walsh-perlongheriana: “hay”, lo que es insoportable que (no) haya. Un cadáver que vive. Perón. Los 30.000. Mariano Ferreyra. Néstor. Qué (ya) no hay, qué debe (no puede no) seguir estando. Misma clave de la pregunta: “Quién de nosotros escribirá el Facundo”, según dice un personaje de Ricardo Piglia en *Respiración artificial*.<sup>1</sup> Qué es, pues, un intelectual, o mejor, un escritor popular, sino aquel que emprende la tarea escritural del texto que entiende que falta. Y cómo hacerlo sino desde su aparente anverso: a lo que falta, se lo compone con lo que sobra, los restos, incluso lo des-compuesto, lo maldecido.

Dice que no escribirá una biografía, ni un libro de teoría política, ni de semiología. Por supuesto es las tres cosas al mismo tiempo. “No somos investigadores o hurgadores de biografía, podemos ser imprecisos”. Es un libro sobre su método, o en tal caso todo libro habla y pone en acto su método, y hoy nos parece importante resaltarlo, rescatarlo, como herencia.

Dice en cambio que sí será un libro de crítica y conversación. Y porque “precisamos críticas”, le dijo NK a HG. Y porque toma a “este libro como la conversación (con NK) que no fue posible concretar”. Crítica y conversación, las armas políticas de un insatisfecho, de un sufriente y vitalista. “Fuimos de los tanto que aceptamos el llamado de NK para actuar”. Condición de enunciación: desde dentro, crítico y conversando.

Decimos, que es un libro este (todo) sobre la palabra política, sobre cuál es ella, cómo sostenerla, expandirla. Qué política de nombres arremolina. Si un “político trabaja desde su biografía”, también un escritor, un pensador (de lo) popular. Ambos trabajan desde lo propio, pero respondiendo a la fibra política que los impulsa (el pueblo). A lo propio —el político, el escritor: los dos en uno, en uno los dos— le introducen la noción de lo impensado, de lo impropio, tanto por inapropiado, inusitado, como lo que urge ser reapropiado. Formas de la tradición libertaria popular. En tanto “una estopa que modela fuerzas que no domina”. Tal la visión trágica del conductor, de un nombre propio de lo impropio, un líder/referente popular, que intenta modelar lo que lo termina arrastrando. A él, a la historia.

## NOTAS

1. Agradezco el recuerdo a Darío Capelli y Matías Rodeiro.



Fotografía: Rafael Calviño.

## Sobre ultraje, lengua y género

*Por Alejandro Kaufman*

*Acerca de *Lengua del ultraje. De la  
Generación del 37 a David Viñas*  
(Buenos Aires, Colihue, 2012)*

La proliferación de lenguas ultrajantes en el contexto de la mediatización de la sensibilidad colectiva, no cesa de producir un estremecimiento. Si estas palabras oscuras emergen con más fuerza y nitidez ante el sentimiento de quiebra del “yo”, en la fragilidad de una experiencia acechada por el sentimiento de crisis, esto no implica que no tengan una densa carga de historicidad. Pues el honor, la soberanía y la injuria son las terminales de un patriarcalismo declinante pero que sustenta buena parte de la historia de las guerras, los imperios, los ejércitos, los Estados y el poder. Horacio González centró su atención en estos problemas, tratándolos con el máximo rigor en muchos de sus textos, entendiendo que en la problematización de estas categorías había un quiebre posible de la masculinidad y sus mandatos que podría considerarse, aun si la cartelería y los rótulos no lo presentaran de esta manera, como precursor y legado de un feminismo en lucha, capaz de reorganizar las palabras y realizar los proyectos irredentos con nuevas lenguas emancipatorias.

## I.

¿Qué hizo de nosotros el acontecimiento Ni Una Menos? ¿Qué le hizo a la historia del presente y a la vida en común? De igual manera que todo suceso revolucionario, provocó el advenimiento —fue tal— de una apertura de la conciencia hacia aquello que estaba subyugado, encerrado en criptografías sociales, códigos de interpretación y performances constitutivas de un orden destinado a derogarse. En tales tiempos cataclísmicos, múltiples sensibilidades experimentan el despertar frente a una condición que se les revela como un amanecer, como una nueva condición que habitar. Pero esto no es así, según también dice la revolución. No hay algo que aparezca desde afuera de lo viviente, sino que es lo viviente oprimido aquello que se suelta de lo que lo sujetaba hasta entonces cada día. Cada día vio reproducir el cierre de los grilletes, la clausura de los portales que segregaron entre el privilegio y la subordinación a lo largo de siglos. La revolución invierte el saber sobre los sucesos. El “orden” muestra el movimiento por el que se segrega y se cierra, la “revolución” reúne y abre. Pocas veces se nos efectúa aquello que las alegorías ilustran de modo binario y sin ambigüedad pero que nos conmueven siempre por empatía con lo innominado: suelta de aves que se alejan volando, rejas que se abren, cadenas que se rompen. En la trama efectiva de la historia social poco sucede así. Las alegorías son traducciones de aquello que en el devenir de los días se presenta como orden natural.

Así sucede entonces con lo que llamamos patriarcado y la serie innumerable de palabras que determinan su sentido,

y que hacen tal designación insuficiente, no porque la palabra patriarcado sea fallida, o no solo por eso, sino porque tantas son las formaciones de sentido que no se reconocen como atinentes a las categorías con que intentamos develar la injusticia.

En esto que venimos diciendo reside lo significado por lo “precursor” de las ideas críticas antes o entre los sucesos revolucionarios, aquello que se pensaba y decía en duermevela, en el estado de ensoñación en que transcurren los días de la desigualdad hasta que estalla el despertar y las palabras cambian, se dicen de otras maneras, porque dan las palabras entonces hospitalidad a la liberación. Entiéndase lo dicho hasta aquí como introducción en estas líneas a un evento que invoca el modo revolucionario de releer el pasado como precursor. Necesita la revolución esa relectura para no dejar que se la someta al olvido que no obstante se requiere para la gran transformación deseada. Transformación que debe muñirse de los legados predecesores, aquellos que estaban entre las sombras y que el despertar ilumina. Nada de todo ello es un destino, sino solo contingencia, parte de las labores necesarias para que el entusiasmo prorogue su delimitada inminencia y no se deje tan pronto apagar por la perseverancia de la opresión.

Leer entonces algunos textos gonzalianos como precursores de teorías de género, tal como supuso una lectura explícita en el caso de la cautiva,<sup>1</sup> entendidas teorías de género en lo concerniente a la declinación, abdicación o deconstrucción de la masculinidad. No es aquí donde determinar el léxico que se decida conceptualmente por unos u otros términos, tanto en cuanto a las acciones mencionadas, tales como la

**Pocas veces se nos efectúa aquello que las alegorías ilustran de modo binario y sin ambigüedad pero que nos conmueven siempre por empatía con lo innominado: suelta de aves que se alejan volando, rejas que se abren, cadenas que se rompen. En la trama efectiva de la historia social poco sucede así. Las alegorías son traducciones de aquello que en el devenir de los días se presenta como orden natural.**

denominada deconstrucción, como así también respecto del objeto llamado masculinidad. Aludir a las categorías no tiene un propósito concerniente a consolidar nociones identitarias sino a señalar relaciones donde podrían pasar inadvertidas, lo cual es habitual y forma parte asimismo del “problema”. La relectura del archivo de la cultura que se encuentra siempre con la agencia femenina allí

donde estaba denegada también necesita dar cuenta de la construcción de la llamada masculinidad como emergente de una saga conflictiva en el trance de desnaturalizarla. Si al volver atrás en el archivo se encuentra la agencia femenina por todas partes, también por todas partes se hallará la masculinidad fallida, desviada, transgresora, objetora de conciencia. No se

nace soldado “ni duelista”: se disciplinan cuerpos sobre los que se sobreinscriben prácticas y códigos.

Nos convocan aquí textos anteriores al Ni Una Menos. La temporalidad de un suceso de ruptura como el acontecido en 2015 no comienza en la misma fecha. La trama de su génesis viene del pasado. Climas de inquietud lo preceden. Sabemos también por textos tales como algunos de estos, aunque con posterioridad, que la genealogía del suceso, compuesta por multitudinarios eventos moleculares, lo precede e irradia su influjo de maneras inadvertidas. Afirmaciones que son hipotéticas, como muchas de las vinculadas

con lo emancipatorio, hasta que arraigan y mientras se mantengan. Vincular nociones y descripciones desarticuladas entre sí pertenece al contexto del descubrimiento y no al de la justificación. Fácil es hacer caso omiso de lo que vincula de modo esclarecedor aquello que la opresión presenta como segregado. Las hipótesis que encuentran vínculos solo se ratifican por los movimientos sociales y sus realizaciones. Son las multitudes en estado de emancipación las que realizan semejantes relaciones y las remiten al orden de lo real. Bien se podrá argumentar hasta el cansancio sin réplica ni escucha hasta que las calles, las organizaciones, las prácticas y las performances hagan plausible lo que no aparentaba ser más que una fantasmagoría o un evento aislado de todo aquello que después se evidencia vinculado. También sucede que textos así no lleven el rótulo indicativo de lo que leemos en ellos. No necesitan decir “masculinidad” ni “género”. En este caso nos hablan de las condiciones constitutivas de las categorías de género: “honor” y “violencia”, aquello que en la base de la trama social excluye a las mujeres y obliga a los “hombres” bajo caución de muerte y abyección. La abyección se distribuye en todas las direcciones, en forma vertical y en forma horizontal, en un sentido, como dadora de privilegios, en el otro como destino de subalternidad y subyugación. Los textos gonzalianos, sin rótulos ni identificaciones explícitas, posan su mirada sobre los asuntos que precisan ser motivo de reflexión si queremos transitar hacia arriba la pendiente emancipatoria. En ello cifran su determinación, en realizar ese trayecto, no en disponerlo en un envoltorio que puede no contener

después lo que anuncia. Aquí hay contenido sin envoltorio, o con un envoltorio oblicuo, o inusual para la atención corriente.

## II.

“Dar la muerte”, dice Horacio en su intervención sobre la carta de Oscar del Barco, comporta una

facultad perturbadora [...] amparada en una concepción del yo espiritualizado, fraguado en sacramento y dolor, pues la forma justa que toma el evento proviene de que el autor de una violencia siente que es un sacrificio necesario para dar cauce a una historia de otro modo lacrada y vallada, inhumanamente detenida en lo que sería su libre travesía. [...] Es posible que lo que llamamos política sean infinitas formas de lenguaje que descienden de esa insoportable situación, y que tratan de hacerla tolerable [...], convirtiéndola en acciones de muerte, matizadas, y a veces excelentemente impulsadas en el seno de grandes metáforas. La política, diríamos, son esas metáforas desgastadas de los actos primordiales del pensar, donde se aloja la muerte del enemigo, ese pensamiento real, pero insoportable, de tener que matar para permitir que no haya obstáculos en los valores elegidos como superiores [...] ¿Y si la política, o la historia —que es su expansión en el tiempo—, no fueran en ningún caso superiores a una vida? Esta frase nos gusta decirla.<sup>2</sup>

En las cerca de 750 páginas de los dos tomos<sup>3</sup> que compilan gran parte, si no la mayoría, de las réplicas que

intervinieron en la polémica por la carta de Del Barco, la palabra “honor” aparece diez veces. De esas diez solos dos en el sentido deconstructivo aquí propuesto. Las demás, del modo convencional. “Ultraje”, una sola vez en el segundo tomo. El sentido deconstructivo aparece en esa polémica apenas insinuado, tratándose de un debate sobre honor y violencia.<sup>4</sup> Los guerrilleros del EGP ajusticiados lo fueron por razones de honor, en el sentido constituido por las prácticas bélicas, las necesarias para emprender las guerras convencionales, históricas. Hoy en día ese tipo de guerras son residuales en contextos que dan lugar al marco experiencial indicado por Walter Benjamin cuando describió la mudez con que volvían los combatientes de la Primera Guerra Mundial. No es que estuvieran privados de la fonación, como tantas lecturas malentienden, sino que daban testimonio de la ausencia de la gloria, de la imposibilidad de profirir el léxico épico que la historia precedente había cultivado durante milenios. De ese silencio se trataba. La Gran Guerra, pródiga en gases lanzados desde el aire y tantas otras parafernalias técnicas, convirtió el honorífico combate, declinante ya décadas atrás por el dominio de la técnica sobre las artes del combate, en abyecta carne de cañón. La “bella muerte” del héroe devino “Soldado desconocido”, cuerpos desaparecidos, sin querer, por la naturaleza industrial de la administración bélica de la muerte, anticipadora de futuros horrores, y ya entonces concomitante con varios genocidios, de los cuales el armenio fue el decisivo para acuñar la palabra que denota el fin de la historia del género épico tal como había sido legada por generaciones y constituido matrices decisivas



de la “cultura”. Desde luego, es Horacio quien repara en que el problema del honor, el honor como problema, impone una contrariedad a la inadvertencia con que gran parte del debate analiza el acontecimiento de la carta dirigida a la revista *La Intemperie*. En su contribución a la polémica, Horacio ensaya un léxico deconstructivo en el estilo y en la forma, también estilística, con que navega la por momentos tempestuosa polémica, atravesándola en puntas de pie. Su manera de situarse frente a las polémicas, sin cejar en argumento crítico alguno pero a la vez sin ceder a las lógicas del honor, o sea, de la violencia ultrajante, fue ejemplar en todas sus intervenciones, ya fueran orales, en presencia, o escritas en su obra. De ello da fe la carta suya aquí mencionada, de la que la cita es ejemplo. El interés de observar esta

**Los textos gonzalianos, sin rótulos ni identificaciones explícitas, posan su mirada sobre los asuntos que precisan ser motivo de reflexión si queremos transitar hacia arriba la pendiente emancipatoria. En ello cifran su determinación, en realizar ese trayecto, no en disponerlo en un envoltorio que puede no contener después lo que anuncia. Aquí hay contenido sin envoltorio, o con un envoltorio oblicuo, o inusual para la atención corriente.**

carta de la polémica “No matar” en los presentes párrafos tiene como propósito la tentativa de trazar una línea de sentido que lleva a lo que queríamos comentar sobre *Lengua del ultraje*. En la secuencia de esa línea figura el carácter “femenino” de las guerras de guerrillas en relación con los aparatos bélicos imperiales, sensibilidad nunca desmentida por los acontecimientos, tal como en la propia actualidad sucede con las combatientes kurdas, y esto, no solo por la composición de género de las guerrillas sino porque sus

códigos son de emancipación y no de honor y soberanía. De un lado emancipación, y del otro honor y soberanía, no son opciones sino antagonismos inconciliables como tales. En aquellos tiempos no era inusual discutirlo. Hoy parece una extravagancia o un error. Digamos por ahora, y a cuenta de otras referencias existentes y futuras, que lo femenino en este caso no es por afirmación de género directa y explícita contra el patriarcado como tal, sino por otra razón concomitante y atinente a la deconstrucción, a saber, que equivalente femenino es el hombre que no obedece al código de honor en sus términos.<sup>5</sup> Es aquel a quien el patriarcado sanciona como réprobo o por defección de la norma. Con otras palabras ese fue el crimen castigado en el evento que la carta de Oscar del Barco interpela.

### III.

¿Cuánto habría que justificar la formulación aquí expuesta? En otras ocasiones no se procedió a explicitar lo deconstructivo de la masculinidad. Y dado que esta palabra ya ha sido ocupada por las perspectivas que politizan la subjetividad pero no subjetivizan la política —operación, la primera, del todo legítima y necesaria, pero insuficiente, sobre todo, porque no suele dar cuenta de sus límites—, ¿por qué hacerlo? ¿Por qué “aguar la fiesta” —como dice Sara Ahmed— introduciendo un término intempestivo? Porque no son solo las “masculinidades” las tributarias o beneficiarias de este enfoque crítico, sino la entera empresa de las luchas emancipatorias de género, vector ineludible de *todas* las luchas emancipatorias, actuales, del pasado y del futuro concebible.

Es este propósito aquello que impulsa la mirada retroactiva sobre los textos precursores en favor de la brega por la revisión civilizatoria que suponen las luchas de género, y la constatación de que no nacieron de repente, sino que tienen detrás y abajo una historia tan extensa como la del propio patriarcado. Se es precursor por haber dicho algo con otras palabras antes que las actuales se hubieran configurado como el habla natural del presente. Sin embargo, también hay desencuentros y malentendidos con el pasado, así como asimilaciones de lo emancipatorio por lo instituido, y es así como las cuestiones del honor y la violencia se cuentan entre las más refractarias a las transformaciones que el talante igualitario requiere.

En *Lengua del ultraje*, la violencia implicada por la injuria, su historicidad e inmanencia es objeto de un tratamiento radical, sin concesiones ni esteticismos, de una politicidad y analítica conceptual ejemplares como cimiento de la ensayística nacional. Como tantos otros textos de Horacio, revista en el estante con Sarmiento, Borges, Martínez Estrada y Murena, claro que no solo con ellos. Tan difícil pensar o escribir sobre Horacio cuando ya no está presente, y sin embargo es también cuando su ausencia disipa las dudas o la timidez para situarlo donde le cabe. Su propia amable y dubitativa humildad ya no nos puede detener. Ahí está él y este libro es una obra maestra. No será aquí el lugar donde se diga nada exhaustivo, apenas unas líneas que marquen un hito en el mapa del pensamiento y de sus escrituras. Toda historización sobre violencia y soberanía concerniente a nuestro país como caso, pero al mundo, por la perspicacia conceptual con que se trazan cabalmente los problemas atinentes, podrá dialogar desde las páginas de este

libro. Y si tal papel desempeña el libro sobre sus temas, cualquier estudio radical sobre las problemáticas de género que no omita la dimensión inherente a las lógicas internas del patriarcado no habrá de omitirlo. Es aquí la ocasión de declararlo y limitarnos a algunos comentarios.

#### IV.

Habría que pensar también una y otra vez acerca de la discreción. Las escrituras de Horacio son discretas, y por eso no están destinadas al uso crematístico instalado como regla de las instituciones del saber, reglas y protocolos que nos hacen saber siempre de qué se trata antes de saber, antes de leer, antes de pensar. Los títulos, las palabras clave, las referencias bibliográficas, y nada más será necesario, todo habrá sido materia del decir asertivo, agotado el sentido bajo caución de la representación. Tampoco es rendirle tributo a Horacio esclarecerlo, y ese no es el objeto de estas páginas, sino deambular por un terreno hospitalario para asuntos que se suelen expresar sin reservas ni cuidados. Se ha dicho mucho en la crítica cultural acerca de las devastaciones padecidas por las significaciones. No es extraño también, y aun sobre todo, que las tramas emancipatorias se vean colonizadas por protocolos, binarismos y señales de tránsito. Avanzar supone también aliviar el equipaje y despejar la mirada.

En *Lengua del ultraje* se transitan los problemas concernientes al duelo, el honor, la polémica y la injuria, palabras referidas a nociones constitutivas del patriarcado frente a las cuales solo mediante su deconstrucción es posible imaginar otra forma de vivir.

Solamente si se supera la inmediata tentación a que nos somete el patriarcado es tal horizonte concebible, porque lo que viene a la mano es incorporar a las mujeres y disidencias a los códigos legados por la historia cultural pero *aggiornados*. El destino moderno de la liberación ha recurrido a semejantes trucos y no le ha ido nada mal para alucinar-nos con una saga de progreso que per-

manece, o intenta hacerlo, con perseverancia, en homólogas estructuras verticales de poderes opresores.

Duelo, honor e injuria configuran el utillaje del patriarcado, son sus trebejos insustituibles. A la vez, la modernidad no ha hecho otra cosa que someterlos a sutiles declinaciones, con idas y venidas. La muerte infligida en duelo ha sido motivo de interdicción. La sustituyen las muertes civiles, las difamaciones, desmoralizaciones múltiples des-  
vuelvas bajo reglas de

etiqueta que se transgreden de maneras variables pero recurrentes.

El libro rinde homenaje a la premisa mítica de que ciertos grandes textos son tributarios de sus comienzos, de su primera oración. “En un lugar de la Mancha...”. Y entonces dice González para comenzar:

El sentimiento de ultraje proviene del quiebre de un manojito de creen-

cias que protegen el iluso recinto de nuestro yo. De repente se exte-núan las imaginarias defensas que nos hacen pensar que cada vez que pronunciamos o pronuncian nuestro nombre, automáticamente se consuma un acto de rutina que garantizaría su valía. Fundadas en la ingenuidad, esas creencias son dogmas de nuestros insuficientes simbolismos de resguardo.

Sobre todo lo que se afirma en páginas deslumbrantes de ese libro se cierne en forma más o menos directa, más o menos entre líneas, de modo más o menos explícito, más o menos a la manera de la carta robada, una “metodología” de la deconstrucción del patriarcado en su fase dominante, opresora, en lo atinente a las reglas internas que determinan la asociación secreta, pero no consciente para nadie, de los hombres entre sí contra todas las demás vidas que no cumplen con sus requisitos normativos estructurados por el código de honor. El código de honor no es un algoritmo ni una lista de reglas legaliformes. Es un protocolo inherente, naturalizado e internalizado, pocas veces puesto en cuestión, y siempre puesto en cuestión, en tanto es responsable de las mayores calamidades de la historia. Su cifra es que quienes integran la obligación de su cumplimiento al “hacerse hombres” estarán destinados al privilegio y al sacrificio que lo justifica. Clastres, en *La sociedad contra el Estado*, describió de manera singular la dislocación entre honor y violencia que da lugar a la emergencia de la estatalidad. Algo que cualquier integrante kurda practica y defiende con su vida, o que constituye (¿constituyó?, ¿constituía? No sabemos

**Interpretar es el nombre de la acción crítica habilitadora que hace posible, en escrituras como las de Horacio, transitar entre signos sin señales de tránsito, contemplando en cada escena situada las fuerzas heterogéneas que fugan de múltiples direcciones. De eso trata la empresa deconstruccionista de la “lengua del ultraje”. Es la lengua habitada por generaciones, y que en nuevas formas epocales nos constituye en nuestra dramática actualidad. Esto solo empieza de nuevo cada vez que el deseo gravita sobre el magma innominado de la historia.**

cómo conjugar aquí este verbo) práctica implícita en las guerrillas seculares. La violencia ejercida por quienes integran el compromiso con el código de honor sobre quienes les son exteriores sigue dos caminos paradójicos. El código de honor impone un trato honorable sobre semejantes víctimas, pero a la vez da lugar, en tanto y en cuanto no le son propias, a conducir las a la servidumbre, a la violación y a la “nuda vida”. Transcurre entonces un modo de hablar del todo ajeno a las escrituras de Horacio y ese no es un rasgo menor: nada puede decirse en los términos de la verdad como norma. Ante la anfibología del código de honor se nos replica siempre que solo el verdadero caballero cumple con el sentido que lo rige, en consecuencia exento de actos reprobables. El ejercicio de la violencia cumple con el código de honor en tanto siga las prácticas del duelo, sus protocolos formales. Digamos que la pena de muerte también lo hace. Las prácticas de muerte digna con que se aplica la pena capital suponen una transposición de los protocolos caballerescos. La cuestión no se dirime, en este como en otros asuntos vinculados con una

referencia normativa, por si tal o cual caso obedece de manera fiel a las normas o las transgrede. Los códigos, los de honor como tantos otros, conforman los espacios simbólicos habitados por los colectivos sociales. En sus tramas no se verifican las lógicas del tribunal que evalúa desde afuera con ojo normativo y sube o baja el pulgar en cada caso. La vida realmente existente habita el patriarcado. Reclamar su caída es un movimiento, respirar en su seno mientras tanto es otro, bregar por su conservación, otro. Ninguno de esos movimientos lleva en su frente la marca de lo que lo define. Interpretar es el nombre de la acción crítica habilitadora que hace posible, en escrituras como las de Horacio, transitar entre signos sin señales de tránsito, contemplando en cada escena situada las fuerzas heterogéneas que fugan de múltiples direcciones. De eso trata la empresa deconstructiva de la “lengua del ultraje”. Es la lengua habitada por generaciones, y que en nuevas formas epocales nos constituye en nuestra dramática actualidad. Esto solo empieza de nuevo cada vez que el deseo gravita sobre el magma innominado de la historia.

#### NOTAS

1. Cfr. “Prometeo encadenado, masculino deconstruido”, *Papel Máquina*, año 11, nro. 13, diciembre de 2019, acerca de Horacio González; *La Argentina manuscrita. La cautiva en la conciencia nacional*, Buenos Aires, Colihue, 2018.
2. Horacio González en Pablo René Belzagui (comp.), *No matar. Sobre la responsabilidad*, vol. I, Córdoba, Del Cíclope / Universidad Nacional de Córdoba, 2008, p. 340.
3. Textos reunidos por Luis García, *No matar. Sobre la responsabilidad. Segunda compilación de intervenciones*, vol. II, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2010.
4. La palabra perteneciente a la nube semántica de la hombría que aparece en ambos tomos de manera mucho más frecuente es “héroe”, heroico, pero esta palabra remite con mayores mediaciones a las problemáticas que suscita la noción de “honor”, porque las acciones heroicas son aquellas que resultan en favor de terceras personas, colectivos sociales o causas, y no están limitadas al género, ni siquiera a la humanidad, a diferencia del honor y lo honorable. El honor es en favor propio, la acción heroica es donación.
5. Para los genocidas de la dictadura, los combatientes populares no pertenecían a la esfera del código de honor, y es por ello que no eran susceptibles de los tratos requeridos por los prisioneros de guerra. Del mismo modo, la población en general, perteneciente a una plebe ajena al código de honor, tampoco lo era.

# Pervivencias. Cartas arrojadas al mar del presente

*Gabriel D'Iorio*

*Acerca de ¿Cómo juzgar al kirchnerismo?  
Dos miradas contrapuestas sobre la Argentina de  
la última década, escrito junto con Isaac Rudnik  
(Buenos Aires, Nuestra América, 2012)*

Una correspondencia polémica: cartas que intentan pensar las diferencias y los puntos en los que se obtura el quehacer de la política. El kirchnerismo es el objeto de la polémica entre Horacio González y Yuyo Rudnik. Uno como integrante de Carta Abierta, el otro desde las filas de Libres del Sur. El kirchnerismo: su significado y valor. Gabriel D'Iorio vuelve a leer esas cartas, editadas como libro, encontrando un punto central: para González esa experiencia política no es el mal menor en un terreno devastado por las lógicas de poder y conservadurismos varios, sino lo mejor que sucede en la época. Y porque es lo mejor, sus argumentos no fueron solo defensivos (si esto cae, lo que vendrá serán las derechas tenaces y obvias), sino que fueron de una profunda exigencia, reclamándole al propio movimiento del que era parte una asunción de esa promesa, una realización de un destino que quizá solo balbuceaba. Por eso, su palabra siempre fue ineludiblemente crítica, forjada al interior de un compromiso, no solo con lo existente sino con lo que ese existente anida y preserva.

*Somos hijos de la phrónesis,  
virtud antigua si las hay,  
pero no olvidamos las tempestades.*

HORACIO GONZÁLEZ

## 1. Miradas

El libro en cuestión tiene un título que no termina de anticipar todo lo que se discute en él, aunque deja entrever su nervadura central. *¿Cómo juzgar al kirchnerismo?* recoge un extenso intercambio epistolar que tuvo lugar durante ese período intensísimo de la experiencia política argentina reciente que osciló entre el antagonismo político y social abierto en torno de la resolución 125 y el triunfo electoral del 54% de Cristina Fernández tres años después. Yuyo Rudnik, integrante de Libres del Sur, fuerza política que acompañó a Néstor Kirchner entre 2003 y 2007, pero que en 2008 empezó a tomar distancia del gobierno nacional señalando diferencias irreconciliables, polemiza en forma severa, militante y a la vez amistosa con Horacio González respecto del destino histórico y político del gobierno y su relación con los movimientos sociales y las fuerzas políticas populares. El intercambio lleva la controversia lo suficientemente lejos como para proponernos una caracterización de la época que trasciende toda reconstrucción complaciente. Pero ni siquiera en sus momentos dramáticos las diferencias cada vez más ostensibles entre ambos les impide continuar con el debate. Es por ello que el subtítulo parece precisar mejor de qué se trata, porque a medida que nos adentramos en el libro nos encontramos efectivamente con *Dos miradas contrapuestas sobre la Argentina de la última década*. El desafío filosófico

que presenta esta polémica, que es también conversación entre viejos conocidos, se puede sintetizar en algunas preguntas: ¿cómo construir una mirada sobre la nación a partir de la interpretación de un conjunto de acciones que se conjugan en el “todavía en curso” del tiempo presente?, pero, además, ¿cómo proponer una relación inespereada entre imágenes y palabras recientes y otras del pasado para comprender mejor el decurso de lo social contemporáneo? Traducido al campo cultural y político, que es el propio de esta polémica, implica también responder otra pregunta, tan o más difícil por lo que supone de compromiso práctico: ¿cómo vincular los restos y espectros del pasado con los cuerpos que habitan el presente, sobre todo con aquellos cuyo deseo los arroja a transfigurar con sentidos de justicia los símbolos de lo común?

## 2. Cartas

Estas cartas tienen la rara temporalidad de lo que está fechado, firmado y dirigido a un individuo o grupo, pero que a la vez tuvo un cierto eco público. Llegan hasta el presente como artefactos de lectura, como pequeñas máquinas ópticas que nos permiten vislumbrar las pasiones de una época, aquello por lo que estuvo tomada. Pero junto a las cartas o a través de ellas también leemos los dramas irresueltos que perviven entre nosotros.

## 3. Derecha afuera, derecha adentro

El recorrido del libro comienza con un escrito de Rudnik dirigido a los integrantes de Carta Abierta fechado

el 28 de diciembre de 2008. Esta nota responde a otra publicada en el diario *Página/12* por Ricardo Forster un día antes, cuyo título y contenido funcionaban como un balance provisorio de año: “Marcas, huellas y gestos en un año memorable”. Dada la centralidad del punto de partida, la nota de Forster es recuperada en la edición del libro como Anexo. La respuesta de Rudnik, que es también la de Libres del Sur, es una síntesis breve de “algunas reflexiones que llegan de nuestra propia experiencia” y que se hacen extensivas también a Carta Abierta, colectivo por el cual manifiesta un “profundo respeto político e intelectual”. Horacio González afirma entonces que es necesario responder

la carta “en lo que debemos llamar un debate entre compañeros”. El tono de la polémica queda así definido, y el tablero de cuestiones empieza a ser esbozado. Ahora bien, ¿qué se pone en discusión en este balance? No tanto la lectura de los acontecimientos de 2008 sino el kirchnerismo como experiencia abierta desde el 2003, y no solo su vínculo con el pasado-presente, sino su futuro posible, que está sin dudas amenazado. Rudnik propone una serie de críticas “por izquierda” que se han transformado con el tiempo en un lugar común: si el 2008 es un año memorable, lo es menos por los logros políticos o sociales que por los límites que mostró el gobierno nacional, por su

Fotografía: Rafael Calviño.



debilidad para confrontar con “las poderosas minorías que desde siempre actuaron como dueñas excluyentes del país”. Estamos ante un doble peligro, afirma Rudnik: el de una derecha que empieza a reagruparse políticamente y el de otra derecha que vacía el proyecto popular desde adentro, a través de la convocatoria por parte del gobierno de figuras del PJ tradicional, en las que se reconoce de modo patente una mayoría de ex funcionarios o dirigentes duhalistas y menemistas finalmente rehabilitados en nombre de la necesidad política. Para Rudnik y sus compañeros de militancia todos estos movimientos implican un claro retroceso para el campo popular. Por eso los errores de la conducción kirchnerista resultan inadmisibles: “No es serio denostar a Cleto Cobos y sentarse con Reutemann y Schiaretti”. Y no lo es, según Rudnik, porque el doble discurso y los métodos clientelares implican un regreso a la forma de hacer política de los años noventa, regreso que no puede ser pasado por alto por Carta Abierta, espacio que “comprendió el sesgo esencialmente cultural de la batalla política”, que entendió la necesidad de quebrar el discurso de la derecha que encuentra su verdadero cauce en los dispositivos mediáticos y que se dirige sin pausa a la conquista del sentido común.

#### 4. El vocerío del fin

González responde a la carta de Rudnik sin dejar tema por tocar, pero advertido de los indicios que es posible leer en el “tejido invisible de la época” que expresan diarios y medios masivos. Estamos ahora en los primeros

días de enero de 2009 y Horacio traza un vínculo entre las críticas de Rudnik, los artículos de Claudio Lozano en *Perfil*, las diatribas antikirchneristas de Miguel Bonasso en diversos medios y las habituales columnas de Joaquín Morales Solá en *La Nación*. Se trata de figuras con intervenciones y compromisos muy distintos respecto de lo histórico-social, y así lo reconoce Horacio, pero la canción que entonan, con matices, parece ser la misma: el kirchnerismo está “agotado” y su “fin” se reconoce próximo. Se trata de un “vocerío que recorre desde hace tiempo toda la emisión de consignas políticas, de derecha a izquierda”. Enfrentar este vocerío persistente implica hacer una crítica del “más formidable aparato de demolición simbólica que se conoció en la Argentina posdictatorial”, pero sobre todo exige interrogar la experiencia propia sin apelar al “centrismo” o a las coartadas enunciadas en nombre de la necesidad y el pragmatismo, sino a las razones de la convicción y del argumento renovado: “¿consideramos que el kirchnerismo es un proyecto diferente de la lógica política dominante?”, pregunta Horacio. Y si la respuesta es clara: “A nosotros nos parece que sí”, lo es por las razones que la sostienen. “La memoria de su irrupción azarosa”, la capacidad de “trascender límites costumbristas”, la vocación de tomar y avanzar sobre temas centrales de la vida pública como los derechos humanos, la deuda externa y las estatizaciones, y a la vez proponer nuevos derechos, son razones que van a más allá de preferencias partidarias y sostienen un núcleo de convicciones que inscriben al kirchnerismo en la historia del peronismo y del movimiento nacional, popular y democrático. No



son las únicas razones, pero el hecho de enumerarlas constituye un punto de partida de aquello que hay que demostrar: que no se trata de elegir el mal menor sino de argumentar por qué estamos ante lo mejor del tiempo presente, incluso asumiendo que “lo político se mueve siempre”, que “todo está (siempre) en movimiento”.

### 5. Demostración

Para González el kirchnerismo no representa el “mal menor” sino “lo mejor” de un presente abierto y tumultuoso. Si efectivamente es así, si esa fue primero la intuición y luego la convicción que estuvo presente desde el 2003, resulta preciso asumir, decíamos, la tarea de demostrarlo, de proponer textos que actúen, tanto como proponer acciones que inspiren nuevos y mejores textos. Las intervenciones de Carta Abierta pueden leerse no solo como documentos escritos en defensa de un gobierno acechado por fuerzas reaccionarias y conservadoras, sino como el movimiento intelectual que encaró la larga tarea de demostrar que el kirchnerismo era “lo mejor” dentro de los límites y coacciones impuestas por la historia a las fuerzas populares. De esta larga demostración forman parte muchos textos de la época, mucho de lo que se puso en juego en cada acto de la gestión de la Biblioteca Nacional durante su dirección y también en las intervenciones de Horacio en esta polémica.

### 6. ¿Eso querían?

Quien decide ir a fondo en la interpelación pública de su propia

conciencia, también interpela la de sus interlocutores. No escapa a González la acusación de impostura y falsía de origen respecto del kirchnerismo agitada por toda la oposición, de izquierda a derecha, pues sobre ella se cimentan denuncias, impugnaciones y un visceral rechazo a cada una de las decisiones del gobierno. Las críticas de los compañeros de Libres del Sur que Horacio no deja de reconocer como valiosas en algunos puntos no están, sin embargo, muy alejadas de las de otros opositores: ¿no es el síndrome de toda oposición encontrar “la secreta solidaridad actual de quien puede ser el próximo enemigo”? Por eso mismo, si bien Horacio reconoce la valía de las críticas y a la vez sostiene que no se trata de elegir el mal menor sino de argumentar las razones de lo mejor, no deja de imaginar *proféticamente* un horizonte político sin kirchnerismo: “Si cesa la experiencia kirchnerista —por razón exógena, errores propios o voluntad intrínseca— el país quedaría nuevamente en manos de los que hace varios años conjuran a favor de una Argentina hueca, ordenada según la cartilla neoconservadora”. Y todavía más: “si así ocurriera, por resignación propia, carencia de ideas o arrebatos entorpecidos de una memoria justicialista de corto vuelo, nos tendremos merecido tal retroceso”. Quienes describen al kirchnerismo desde la derecha como una fuerza populista y de izquierda a la que es preciso derrotar parecen tener claros sus intereses y así los defienden, dice Horacio. Pero quienes desde el campo nacional y popular se pliegan demasiado rápido al dispositivo demoledor del incesante vocerío, ¿qué imaginan que sucederá ante la

anhelada caída de un gobierno al que sus enemigos describen como “anti-rrepublicano, corrupto, hitlerista, mafioso”? No es imposible imaginar, dice Horacio, que ante la derrota del campo popular un grupo reducido, otro “grupo de los 8”, quizá más vigoroso y amplio que aquel, llame una vez más a la “larga marcha”, y que “el mito nacional popular” busque ecos en una lúcida bancada parlamentaria y que nos convoque a todos a resistir la infamia o a detener las privatizaciones. Pero entonces, la pregunta —nada reprimida— retornaría con fuerza: “¿Eso querían?”.

## 7. El tema Cooke

Para seguir la conversación, para responder a la pregunta de González, es preciso encontrar “los elementos indispensables que permitan comprendernos” como parte del proceso histórico. Rudnik encara así una breve lectura de la historia política de la Argentina —desde 1916 al presente— que intenta situar ciertos núcleos de sentido en momentos específicos para abordar de otro modo los temas planteados. Así, son revisitados el radicalismo yri-goyenista, el peronismo clásico, el peronismo en los años setenta, el alfonsinismo y el menemismo, y finalmente, el kirchnerismo. La relación entre el pueblo y las formas y decisiones que fueron tomando las diferentes conducciones del movimiento nacional son leídas por Yuyo Rudnik a través del lente de una invariante: los errores, los desvíos y las traiciones de las sucesivas conducciones se produjeron por no comprender (o por comprender demasiado bien) que la estrategia de conceder demandas a los enemigos de la nación —a la

derecha de afuera y de adentro— no ha hecho más que fracasar una y otra vez. El kirchnerismo, que nació como una experiencia dinámica y transversal, que no necesitó del PJ para gobernar durante su primer período, parece recaer así en el mismo error histórico de elegir la peor herramienta para enfrentar la crisis: la asunción de Kirchner en la presidencia del PJ, para Rudnik una verdadera “asociación ilícita”, es un signo inequívoco de este error. Horacio González no dirá tanto —de hecho, esa expresión, “asociación ilícita”, exigía ser revisada como parte de las acusaciones que utilizaba la derecha de “afuera” a la que también se quería impugnar—, pero en modo alguno es complaciente con el PJ, que se ha transformado en “una figura pensionista de la historia”, en “una caricatura al cuadrado”. Si bien significativo, el problema del PJ necesita para su abordaje de un paso previo, una relectura de aquello que permanece verdaderamente “irresuelto”, eso que González llama “el tema Cooke”. Este tema, que es el de la “asincronía” entre la lucha social y democrática del peronismo —lucha épica y en ocasiones sacrificial por ampliar derechos, por la dignidad del pueblo— y la cuestión económica —la necesidad de modernizar las fuerzas productivas y explorar vetas de un desarrollismo integrado de

**El texto que escribe Horacio González y publica *Página/12* el 22 de octubre no es un lamento sentimental ni un manifiesto denunciador, es un testimonio ético que expresa la voz por momentos desesperada pero firme de quien ya ha visto demasiado como para no pensar el crimen de Mariano Ferreyra junto a los de Kosteki y Santillán, y también al de Julio Troxler, todos “eslabones diversos de una cadena que serpentea en las cuencas sombrías de la historia reciente”.**

forma continental—, esto es, la de su “corazón proscripto” y la de su “víscera economicista”, nunca pudo resolverse. Cooke no dejó de pensar en esta “doble naturaleza del peronismo” como sujeto social y alma colectiva, pero también como máquina realizadora de actos de reparación de la economía popular y la reconstrucción del Estado. Ese pensamiento obstinado y persistente de Cooke expresa una tensión irresuelta en la historia que reaparece en las nuevas controversias y desafíos que propone la experiencia kirchnerista. Es esta experiencia —y con ella, la nación toda— la que enfrenta en el 2010 acontecimientos inesperados que significaron una bifurcación dramática en la historia reciente.

## 8. Historia criminal

Entre el crimen de Mariano Ferreyra y la muerte de Néstor Kirchner pasó tan solo una semana: 20 y 27 de octubre de 2010. Esos días, también los que prosiguieron, quedaron signados por los reclamos de justicia ante el

**Para el pensamiento que Horacio González cultivó con un vitalismo lúcido y militante, lo político no cesa de moverse, aun cuando parezca estar fijado de una vez y para siempre, causal y monolíticamente determinado.**

crimen del joven militante y por el duelo popular ante la partida del ex presidente. Esos días, a su modo, cerraron los meses vertiginosos que empezaron con los

festejos del Bicentenario durante mayo de 2010. En las cartas de ese año no hay más que breves alusiones a la muerte de Kirchner y a los eventos del Bicentenario, aunque tiene lugar un hondo intercambio

sobre los acontecimientos que llevaron al crimen de Ferreyra, junto a las interpretaciones que se hicieron entonces de los sucesos. El texto que escribe Horacio González y publica *Página/12* el 22 de octubre no es un lamento sentimental ni un manifiesto denunciante, es un testimonio ético que expresa la voz por momentos desesperada pero firme de quien ya ha visto demasiado como para no pensar este crimen junto a los de Kosteki y Santillán, y también al de Julio Troxler, todos “eslabones diversos de una cadena que serpentea en las cuencas sombrías de la historia reciente”. Esta vez el crimen no fue obra de aparatos clandestinos del Estado sino de “infames pandillas armadas en el interior de cenáculos políticos sindicales”. Y, sin embargo, como sugiere desde el título mismo de su nota, hay una *Historia criminal* que exige genealogías y pronunciamientos. “¿Qué esperamos para torcer estos infaustos destinos?”, se pregunta Horacio, para responder luego que el asesinato del joven militante es una cuestión de Estado que sacude la conciencia pública de la ciudadanía y de todos los militantes, y que a la vez exige investigación, condenas sociales tanto como jurídicas y un esfuerzo excepcional para renovar la vida política en un país que aún necesita “dar su último grito de emancipación respecto de una historia criminal que lo acecha”.

## 9. Determinismo y tragedia

Rudnik no duda: el crimen de Mariano Ferreyra hace caer el “velo progresista” con el cual el kirchnerismo buscó proteger su propio modelo de lo que no

puede desprenderse: las lógicas *neoliberales*. Que la faz continuista no se cesa de triunfar sobre los rasgos rupturistas del modelo, se verifica para Rudnik en el crimen de Ferreyra —que es un corolario extremo de la tercerización que se impuso en los años noventa con las privatizaciones—, pero también en la matriz de distribución del ingreso que no llega a torcer el rumbo heredado a pesar del crecimiento económico y de los millones de puestos de trabajo creados. El gobierno propone “una versión *aggiornada* del ejército industrial de reserva” con situaciones extendidas de precariedad y una “apropiación hiperconcentrada de los enormes recursos que ingresaron al país en los últimos años”. La masa salarial crece muy por debajo del PBI y la alianza del gobierno con la burocracia

sindical y los intendentes justicialistas del conurbano —con Moyano y Scioli como epítomes del mal— impide darle una orientación popular que incluya a los movimientos sociales y a las expresiones políticas diversas que acompañaron durante el primer gobierno. “Los bergantines de las pintarrajeadas derechas del país [...] están también alojados en el corazón del kirchnerismo, se han apropiado definitivamente de él”. La impugnación de Rudnik es así total: no parece haber lugar para azares redentorios. No obstante lo cual, la conversación persiste: “Agradezco tu carta, Yuyo”, dirá González, y con ánimo de ir a fondo sobre lo que está en juego en términos de interpretación política —sin dejar de revisitar lo ya dicho una y otra vez— propone unas consideraciones sobre

Fotografía: Rafael Calviño.



el Partido Obrero, en el que militaba Mariano Ferreyra. Se trata de un momento ejemplar, de los más extraordinarios de todo el intercambio, porque González muestra la dignidad de un pensamiento que busca pensar las diferencias sin reducir la posición del otro, otorgándole toda la valía que a su entender contiene. Es así como González llega a decir sin sarcasmos ni ironías que todos pensamos sobre “variaciones aligeradas de las hipótesis magnas del PO”. Además de un partido, el PO es para Horacio “un modelo de teoría política extensa que recoge el inconsciente generalizado de la idea de colapso capitalista”. Si bien interpreta de manera monolítica los hechos y las voluntades sociales, como si todas las piezas estuvieran “unidas con una masilla coherente, fijada en compactos intereses de clase”, su lectura de los acontecimientos es fundamental para comprender cómo funciona un “ensamble determinista”, en el cual todo se origina y explica a partir de un omnímodo y macizo poder burgués-estatal. De algún modo, los demás pensamientos de lo político, incluidos los propios, proceden aflojando ciertas piezas, diluyendo y combinando otras, asumiendo “un grado de contingencia tal que permita imaginar que lo ocurrido podría no haber ocurrido”. Es en este punto en el que adquiere relevancia el lenguaje de la tragedia, que ofrece otro lente posible para leer los hechos, un lente no determinista. Hay tragedia porque hay contingencia, hay errores y puntos ciegos “que solo luego del acontecer se asemejan a una arquitectura necesaria”. Si el crimen de Mariano Ferreyra es también una tragedia, es “porque pudo no haber sucedido”. Ahora bien, una vez sucedido, hay que observar de

qué modos “deriva de una decisión preñada de intereses sociales, en este caso, coercitivos y lóbregos” sobre los que habrá que actuar con un “sentido de justicia emancipada”. La lectura que propone Horacio González sobre el lugar del PO en nuestros pensamientos de lo político se corresponde con la posición ético-política asumida ante el crimen de Ferreyra. También es lo que hace posible sostener una firme diferencia a pesar de compartir algunos diagnósticos y las más justas exigencias. “Lo ético es lo que nos pone en peligro y sabemos encararlo con templanza, desconsuelo y estoicismo”. Para el pensamiento que Horacio González cultivó con un vitalismo lúcido y militante, lo político no cesa de moverse, aun cuando parezca estar fijado de una vez y para siempre, causal y monolíticamente determinado. En ese devenir incierto que es el río de la historia, las marcas trágicas que constituyen nuestras identidades políticas y los abismos de la propia conciencia que no cesa de enjuiciar la época, también reclaman una idea de responsabilidad que nos sostenga ante las tempestades sociales, sobre todo cuando el horizonte se oscurece no en virtud de un declinar natural de las cosas, sino por obra de voluntades ominosas y sombrías que nos colocan ante el desfiladero del crimen, la desigualdad y la injusticia.

## 10. Dichosa debilidad

La falta de textos que Horacio González atribuía al kirchnerismo, de quien sin embargo reconocía la potencia política y simbólica de sus actos, puede ser leída retrospectivamente como una virtud: se escribió y discutió sobre el

kirchnerismo en estas dos décadas más de lo que en general se ha escrito sobre casi cualquier tema o cuestión social y política. De hecho, esta intensa producción dio lugar a polémicas ejemplares como la que presentamos y al que quizá sea uno de los libros más importantes de la época, escrito justamente por González: *Kirchnerismo: una controversia cultural*, que es preciso leer —junto a *Perón. Reflejos de una vida*— para comprender mejor cuán hondas son las vetas de comunión y

antagonismo sobre las que inscribimos nuestros balbuceantes enunciados y acciones en este, nuestro presente. “El kirchnerismo, lo supiera o no, promovió en política la dichosa debilidad”, escribió Horacio en aquel libro. ¿No es esa dichosa debilidad, esa fuerza “minoritaria” la que todavía perdura en la escena actual? ¿No es ese hilo con la historia el que se quiere cortar en nombre del pragmatismo y de los grandes intereses económicos que se disputan hoy los destinos nacionales?

# Guía para una redacción emancipadora

*Por Cecilia Flachsland*

*Acerca de Historia conjetural del periodismo: leyendo el diario de ayer*  
(Buenos Aires, Colihue, 2013)

Una intervención en la coyuntura: 2013, agitadas las aguas del debate público alrededor de la Ley de Medios y la confrontación entre el gobierno y algunas empresas comunicacionales muy poderosas. La antigua presunción de objetividad era suplantada raudamente por el periodismo de guerra, a su vez confrontado por la opinión militante. En ese tembladeral, González escribe una historia que es una reflexión y un llamado, la solicitud a pensar con más planos y matices y a preservar una cierta idea de veracidad en la voz pública. Cecilia Flachsland vuelve con entusiasmo a las páginas de ese libro y se pregunta por su transmisión: cómo enseñarlo, cómo hacerlo leer en las carreras de periodismo y comunicación, cómo hacerlo para refundar esos mismos oficios. No se lo puede hacer sin poner en estado de novedad la lengua misma. Si el libro fue escrito para el debate coyuntural, la pregunta de la profesora es por su potencia para encontrar nuevas lecturas, para conmover a quienes esos años les resulten también un capítulo de la historia.

Seguramente Horacio González pronunciaría alguna ironía gentil frente a esta propuesta que voy a hacer: este libro tendría que ser obligatorio en todas las carreras de periodismo y comunicación, al menos, de nuestro país. Y eso solo para empezar, porque se podría ir más allá y proponer que el libro mismo sea la base de un plan de estudios que despliegue estas conjeturas sobre un periodismo cuya historia, como afirma el autor, “es la historia de la Argentina sin más pero pasada por escrituras, noticias e intentos de comprender la realidad en el drama comprimido de un día”. La muerte de González fortaleció la idea de que es necesario leer, divulgar y compartir su obra. Todxs tendrían que tener acceso a ella. Por eso se me ocurre presentar este libro como si estuviera dando una clase, frente a un cuerpo estudiantil que, en gran parte, aun estudiando comunicación, conoce poco de la historia del periodismo y de esta herencia cultural enorme que es la obra de González.

Una profesora clásica empezaría haciendo un esfuerzo por contextualizar el libro sabiendo que es mucho más que las urgencias que lo dictaron, pero que ellas también están contenidas en sus páginas. Fue publicado en lo que parece un lejano 2013, mientras todavía resonaba Néstor Kirchner blandiendo con justicia y tono pendenciero su frase “¿Qué te pasa *Clarín*?, ¿estás nervioso?”, en medio de un debate público sobre la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, una deuda pendiente de la democracia, que venía a cambiar una normativa de la dictadura, tocaba los intereses de las grandes corporaciones mediáticas y convocaba a discutir quiénes podían acceder a la propiedad de los medios

y cuáles eran las condiciones en que debían producirse las narrativas comunicacionales que informan, constituyen subjetividades y fortalecen el sentido común colectivo. González tomó partido en esa lucha y lo hizo con su estilo, ensayístico, sinuoso, denso. Sin escribir ni una vez la palabra “corpo” o “medios hegemónicos”. Para él eran motes apresurados que no alcanzaban para nombrar una encrucijada de larga data histórica. No desconocía la materialidad de esos intereses —hoy sabemos que una vez más salieron victoriosos— pero consideraba que la historia del periodismo no era reducible a ellos, ni siquiera en los casos donde estaban más concentrados. En un capítulo, incluso, se anima a retar a unos de esos medios hegemónicos, el diario *La Nación*, por haberse olvidado de su propia historia llena de vaivenes: no hay necesidad de que seas siempre tan reaccionario, tan opositor, parece decir González, ¡si supiste escribir editoriales laudatorias sobre Perón y hasta publicaste elogios sobre Marx! Para dar una clase consistente también tendríamos que ubicar este libro en la saga gonzaliana y decir que ya en otros había hecho movimientos similares analizando desde el pensamiento nacional otros objetos de la cultura como la sociología o el ensayo. Ese mismo pensamiento, ahora interrogado sobre el periodismo, dice cosas nuevas, por eso acá surgen otras imágenes de Moreno, Sarmiento, Alberdi, José Hernández, De Angelis, Borges, Arlt y Walsh, por citar algunos de los autores tan revisados por González en sus escritos y en sus clases. “En este libro, además, pagué el precio de la cita”, bromeaba el autor reconociendo que, aunque no gustaba demasiado de esa convención académica,



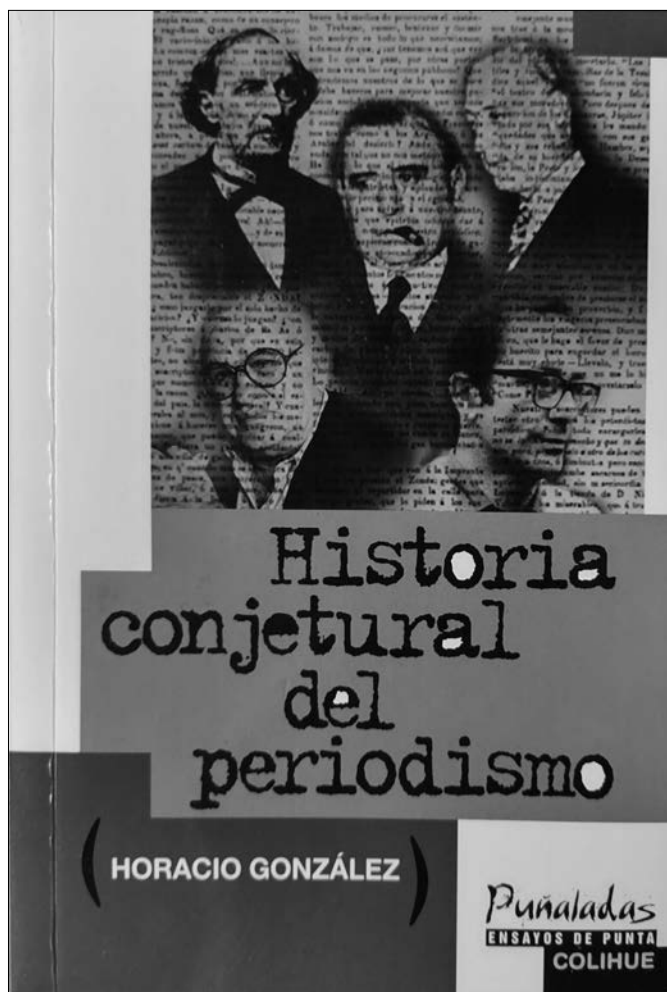
en este caso la había utilizado recurriendo a muchos de los libros que se escribieron sobre el periodismo argentino, entre ellos, el de Ricardo Sidicaro sobre *La Nación*, *La política mirada desde arriba*, y el de Sylvia Saïtta sobre *Crítica*, *Regueros de tinta*. Por supuesto que la cita, en González, lejos de ser carcelera u obediente, pone a estos libros en una trama textual que amplifica aún más sus investigaciones sugerentes.

Esta introducción nos llevaría, ahora sí, a ese momento de la clase donde pedimos que tomen apuntes porque vamos a proponer algunas líneas

posibles para abordar el libro. Una primera podría señalar que, a diferencia de muchos otros libros dedicados a un medio, un período o alguna biografía, esta *Historia conjetural* es ambiciosa, recorre la totalidad de la historia del periodismo argentino, desde *La Estrella del Sur* —ese periódico editado en dos idiomas en 1807 desde Montevideo por la fuerza de ocupación británica que González elige como punto de origen— hasta el citado debate por la ley de medios y el análisis de *Página/12* con el que elige cerrar el libro.

El recorrido está organizado en cinco capítulos: “El periodismo de ideas”, “El periódico de izquierda”, “Periodismo y nación”, “El periodismo como juguete ficcional” y “Desde 1945 a Papel Prensa”. El índice parece tranquilizador, por ejemplo, para hacer un resumen, pero no es así: esta distribución, que parece lineal y ordenada, se entretiene y va de un tiempo a otro para establecer diálogos y cruces inauditos entre el periodismo, la literatura y la política; iluminaciones sobre una tradición que parece dormida pero que encierra la potencia para reaparecer bajo nuevos nombres y desafíos. Entonces, cuando la docente cree que ya explicó un tema y puede pasar a otro, inesperadamente se vuelve a iniciar una conversación anacrónica que convoca a pensarlo todo de nuevo. La cronología queda tan pasmada como agradecida ante estas conexiones inesperadas.

Veamos una de ellas, por poner un ejemplo, que enlaza al Juan Bautista Alberdi que dirigió el periódico *La Moda* en 1837 con el Rodolfo Walsh que participó del semanario de la CGT de los Argentinos en 1968. Alberdi se pregunta, tal vez por primera vez en el periodismo argentino,



cómo escribir para un pueblo que casi no lee y cómo hacerlo desde un lenguaje que proviene de fuentes eruditas. Walsh, por su parte, más de un siglo después, se atormenta por algo similar cuando recibe la carta de un obrero de la industria del vidrio, enojado, porque dice que el semanario interpela a los intelectuales y no a la clase trabajadora. A quién hablarle, cómo hacerlo y desde dónde, fue y es una de las grandes preocupaciones comunicacionales de un periodismo que, desde sus orígenes, estuvo imbricado con las grandes luchas políticas que, tal como enseña González en este libro, son también combates por la lengua nacional.

Este afán de González por comprenderlo todo, por convocarnos a pensarlo todo, sin concesiones pero sin caer en grietas (aun cuando sentimos que las necesitamos), tiene un momento dramático en las tres paginitas que le dedica a *Convicción*, el diario del genocida Massera, famoso por sus páginas culturales de alto nivel, dirigido por Hugo Ezequiel Lezama. “El diario es de alguna manera la época y la versión literaria de la ESMA”, escribe Horacio, pero no acepta llamar “colaboracionistas” sin más a quienes trabajaron allí, volviendo sobre la incomodidad que provoca siempre pensar la vida cotidiana durante el terror estatal, porque mientras se torturaba en un sótano la gente se seguía casando, estudiando, teniendo hijos o trabajando en un diario. Las vidas involuacradas, escribe González, tenían singularidades que “conviene adjudicar a la precariedad de la existencia, a las distintas formas del miedo y al hecho irreversible de que ninguna época permite imaginar los contornos reversibles con que la cancela una época posterior” (hoy releo esta frase y, aunque

entiendo que fue escrita para indagar en aquel contexto pesadillesco, no puedo dejar de pensar cómo resonará en los feminismos tan atravesados por los debates sobre la cultura de la cancelación).

González repite varias veces que este largo recorrido es conjetural. Y leemos con ironía esta suerte de reparo porque ¡qué conjeturas propone!, ¡qué hipótesis arriesgadas! Algunas de ellas podrían editarse a la manera de los aforismos de Karl Kraus y ser leídas con relativo éxito durante cualquier clase por su brevedad y su ausencia de subordinadas: “el parte de guerra es un antecedente del periodismo moderno”, “el género por excelencia del periodismo se reduce a una sola cosa: destruir simbólicamente, metonímicamente y semióticamente la vida de una persona”, “los estilos periodísticos hacen surgir regímenes políticos”, “Arlt muestra que la redacción es un tribunal de primera instancia sin apelación”, “*Crítica* anticipa, desde el socialismo conservador y la concordancia nacional, algunos rasgos salientes del peronismo”.

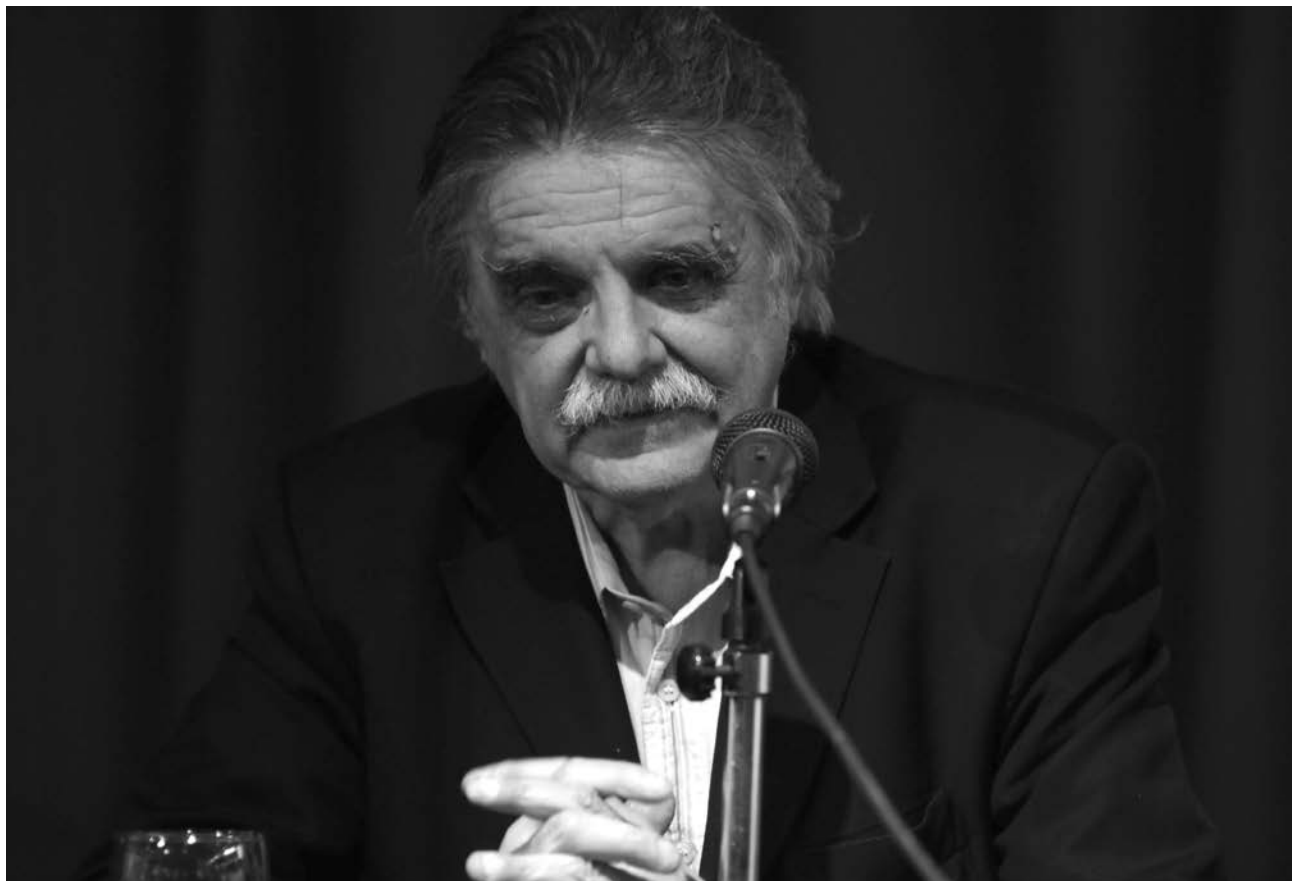
Además de pensar el periodismo, González fue un gran lector de diarios y un columnista brillante de muchos de ellos. Por eso en estas páginas también hay cantidad de ideas sobre los géneros, la edición, los estilos y el modo en que el periodismo convierte “los hechos” en noticias. Esta forma de producir lo real, advierte González, no cabe en ninguna guía de redacción —esas que

**A quién hablarle, cómo hacerlo y desde dónde, fue y es una de las grandes preocupaciones comunicacionales de un periodismo que, desde sus orígenes, estuvo imbricado con las grandes luchas políticas que, tal como enseña González en este libro, son también combates por la lengua nacional.**

con tanta insistencia ofrecemos quienes enseñamos periodismo—, porque estas despojan de historicidad a esos lenguajes y los reducen a una técnica. Puede ser que tenga razón, pero ¡qué hermosa guía de redacción emancipadora podría hacerse con las ideas de este libro! La crónica, entonces, podría definirse como ese texto ansioso “por conjugar el tiempo”; la cobertura periodística podría luchar contra su propio nombre que la lleva a ser “el acto sagrado de velamiento”; y el uso de las negritas podría imaginarse diferente al que le dio *Clarín* que, en lugar de resaltar una frase, encontró en ese destacado “la génesis del miedo ante el escándalo que anilla en los subterráneos de lo escrito”. Sobre el cierre del libro, sorprende un poco el cambio de tono de algunos fragmentos, que parecen dictados por el dolor de aquel lector de diarios ante un mundo que se esfuma. González interpela, con algo de súplica, al periodismo, esa profesión que está en

apuros, astillada por dentro, y dice: “Es preciso crear en el país las verdaderas voces autónomas que se hagan cargo de la existencia de conglomerados que se han escrito con sangre”, “se necesita una nueva filosofía de medios que no sustituya la vida por el triple play”, “es necesaria una nueva forma de objetividad, autorreflexiva, capaz de evidenciar sus autocríticas”. Y concluye: “Hacemos un llamado a esos periodistas salidos de las múltiples escuelas de periodismo que tiene el país”.

Podríamos terminar la clase, y también esta reseña, con este llamado que incluye, por supuesto, la invitación a leer este libro. Porque si el periodismo, si todxs nosotrxs, pudiéramos vernos a través de los ojos de Horacio González, no querríamos privarnos de la oportunidad de intervenir en el periodismo, en la cultura, en la política y en la lengua estando siempre abiertos a la renovación de la vida.



Fotografía: Marcelo Huici.

# La generación del Cordobazo

*Por Edgardo Mocca*

*Acerca de Historia y pasión.  
La voluntad de pensarlo todo,*  
escrito junto con José Pablo Feinmann  
(Buenos Aires, Planeta, 2013)

La historia de un país describe épocas que el historiador puede después circunscribir entre tal y cual fecha o caracterizar por tales o cuales rasgos, y que los militantes atraviesan trayendo a la suya los legados (los recuerdos, los restos, los vestigios y las contradicciones irresueltas) de las precedentes. Edgardo Mocca analiza aquí el modo en que dos viejos militantes del peronismo —de los años, dice, que se abrieron en el país con el Cordobazo—, Horacio González y José Pablo Feinmann, reflexionan, en el libro que recoge la conversación que sostuvieron sobre estos asuntos, acerca de las herencias de ese tiempo sobre los modos de hacerse y de pensarse la política que siguieron a la dictadura, y muy especialmente sobre los que se cristalizaron, veinte años después, en la original experiencia a la que damos el nombre extraño de kirchnerismo.

Horacio González, en su prólogo de *Historia y pasión* —testimonio de varias conversaciones con José Pablo Feinmann ocurridas en 2013 y coordinadas por Héctor Pavón—, dice que el texto tiene solamente un punto de interés: “el modo en que llegaban hacia los márgenes de nuestras existencias flotantes o intermedias —en la espuma periférica de los acontecimientos— los acentos más terribles de una época”.

Esa “época” es la que nace con el Cordobazo. La que protagonizó una generación que se recorta nítidamente entre ese acontecimiento y el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976; es la generación de las personas nacidas en la década de 1940 y los primeros años cincuenta del siglo pasado. El final de esa saga podría situarse acaso antes del golpe, en algún punto del proceso de reflujos de las movilizaciones juveniles y populares y de la violenta respuesta estatal que se puso en marcha contra los militantes de las organizaciones políticas que fueron protagonistas centrales del drama argentino en esa etapa de la vida del país. Quien esto escribe sintió que el texto de la conversación atravesaba el centro de su propia biografía de militante juvenil, la de un cierto hermano menor de los protagonistas del diálogo. Al momento de escribir estas palabras, uno de los hablantes acaba de irse de nuestra compañía. Por eso, cierto recorte de la mirada sobre el texto apunta a “seguirlo” especialmente a Horacio, dejando claro, de todos modos, la sensación de gratitud con los dos por lo que es una enorme reflexión compartida sobre el país en el dramático período que ambos habitaron y sobre los avatares de la juventud militante de la época. Una reflexión que parte

desde allí y recorre ricos y variados momentos de la política, la cultura y la vida de nuestro país.

“Yo era un muchacho de los barrios bajos”, dice Horacio, en referencia al momento en que ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras (“allí donde empezó todo”, según una dedicatoria de Ernesto Laclau en uno de sus libros). En la facultad de la calle Viadomonte, en el centro de la ciudad, se produjo el encuentro inicial con la potente cultura intelectual de la época, con Viñas, con Eggers Lan, con tantos pensadores que estaban en la entraña del pensamiento de la época. HG se reconoce en ese “comienzo de todo”; su experiencia, dice, es la del profesor, “dar clase”, aunque también reconoce tener alguna experiencia “de la política”. Filosofía y Letras fue la experiencia de un tránsito: de los barrios bajos al “centro”, de la vida humilde de la gente común al torbellino de una estudiantina muy especial. No eran muchachos y muchachas en busca de un título que asegurara su futuro: buscaban verdades y amasaban rebeliones. Ahí estaba el país y estaba el mundo, los grandes pensadores y los revolucionarios en acto o potenciales. Era una iniciación. Lo que el pensador italiano Francesco Alberoni llamó *stato nascente*, algo así como un nuevo nacimiento en el que todo el mundo adquiere otra forma. Y dice Alberoni que ese “estado naciente” es lo que está tanto en la base del amor personal como de la creación institucional. El estado naciente está también en el fenómeno religioso y en la política. Horacio se revela como un ser profundamente religioso, no de las prácticas pastorales, de las que dice que “no son de liberación de las almas sino de enclaustramiento de las almas”.

También descubre un “horizonte religioso” en las movilizaciones juveniles de los setenta. Era, claro, la época de *Cristianismo y Revolución*, de los sacerdotes del Tercer Mundo. El universo de la política, particularmente el que giraba en torno del peronismo, y en el que la palabra política y la de la religión estaban profundamente imbricadas. El dios de Horacio González es el dios de Spinoza, un dios que es “la composición de las formas del mundo, inherente al mundo”. “Veo a Dios (o a los dioses) en el lenguaje”, dice también. Cualquiera que haya escuchado una larga intervención suya compartirá la sensación de haber asistido a una ceremonia religiosa; las palabras

**Cualquiera que haya escuchado una larga intervención suya compartirá la sensación de haber asistido a una ceremonia religiosa; las palabras fluyen como si estuvieran escritas en algún sitio solamente accesible para los ojos del orador.**

fluyen como si estuvieran escritas en algún sitio solamente accesible para los ojos del orador. Las ideas se encadenan de un modo extraño, no siempre en un orden lógico o gramatical, suenan como

dibujos y se autoorganizan en un cosmos surgido del más absoluto caos. Es más la forma y la retórica de un predicador que la de un profesor, aun cuando se abstuviera plenamente de todo recurso artificial dirigido a provocar emoción en el público. Lo artístico de su oratoria no estaba en ninguna impostación, estaba en las palabras. Ver a Dios en el lenguaje... ¡Eso sí debe ser una extraordinaria experiencia religiosa!

Un día le propusieron a Horacio González “hacerse peronista”. La idea fue de Leonardo Bettanin, militante peronista hoy desaparecido. ¿Cómo

entender la incorporación al peronismo de un joven lector apasionado del marxismo que además militaba en un grupo estudiantil de izquierda, llamado TAU (Tendencia Antimperialista Universitaria)? “El peronismo era la transfiguración de todo sin abandonar nada”, dice como para explicarlo. Pero la frase no parece remitir a la variedad ideológica en el interior del movimiento. En cambio, puede significar una cierta colocación del fenómeno de la radicalización de los sectores medios en Argentina entre los últimos años sesenta y los primeros de la década siguiente. ¿En qué sentido se producía la “transfiguración de todo” sin abandonar nada? En el sentido del lugar del peronismo argentino como significante de patria, de revolución, de socialismo, de justicia, de libertad. Como expresión de todo lo que en otros sitios se designaba con diferentes palabras que, habiendo nacido en Europa, habían “colonizado” el lenguaje sudamericano. De modo que ser peronista equivalía a asumir el discurso libertario, revolucionario, igualitario desde la específica experiencia argentina. El líder exiliado cultivó relaciones con el mundo de los años sesenta, con su clima radicalizado, su Revolución cubana, su Mayo francés, ¿qué podía tener de extraño que sus militantes juveniles abrazaran esa apertura ideológica hacia los movimientos y procesos centrales de la época? En esta “transfiguración de todo” se producía el doble proceso de “nacionalizar” las doctrinas liberadoras y universalizar al peronismo como pensamiento. Si eso fuera así, la frase sería una respuesta al fenómeno de la “peronización” de la juventud de las clases medias, superadora de la idea policial y macartista de la “infiltración” de la izquierda en

el movimiento: eran la juventud del peronismo en una época distinta de la del 17 de Octubre, traían prácticas y lecturas nuevas que se fusionarían con los textos y con la iconografía de los orígenes. Es decir, eran el “peronismo de la época”, correspondían al mundo de la Revolución cubana, de la guerra de Vietnam, de la disputa por la hegemonía entre las superpotencias capitalistas y comunistas. En este sentido, eran fácilmente explicables las tensiones que después llegaron a una guerra interior con las facciones más conservadoras del movimiento.

Lo cierto es que González y Feinmann fueron parte del peronismo de esa época. Y su diálogo es un relato trágico. Nos lleva al soleado 25 de mayo de 1973, con Salvador Allende, presidente socialista de Chile, y Osvaldo Dorticós, vicepresidente de Cuba, presentes en la Plaza de Mayo. Con helicópteros que evacúan del lugar a militares que prefirieron no cruzarse con la multitud. Y con Horacio recordando al militante que hacía de locutor de la fiesta (el ya citado Bettanin) en el mismísimo balcón de la casa de gobierno, anunciando que se había encontrado un documento de identidad y diciendo su número para que el interesado pudiera retirarlo en la misma plaza: “era como una fiesta del club Gloria de mi viejo barrio”, comentaba Horacio en su diálogo con José. Era el amanecer, con la caída del régimen militar, con el pueblo en la calle, con su juventud a la cabeza, con el sueño de una profunda transformación social que encabezaría el peronismo.

Era una época —decía Juan Pablo Feinmann—, yo recuerdo, de enorme esperanza... porque además éramos muy jóvenes, no sé si vos ya

habías tenido una tragedia en tu vida. No. Yo tampoco. No conocíamos la tragedia. Y la historia se nos brindaba, porque venía Perón, nosotros lo habíamos traído... Todo va a ser difícil, con las luchas y todo eso, pero uno era joven y era lindo vivir así, en una sociedad tan enervorizada.

En ese tiempo se conocieron Horacio y José, compartiendo la redacción de la revista *Envido*. De ese momento recuerda HG cómo el anuncio de que José López Rega formaría parte del gabinete de ministros nacionales le produjo “un vago sentimiento de la realidad, porque había un hombre de la realidad... Entonces Cuba, Chile, los brazaletes, todo parece tener algo de verdad pues había algo de Perón allí...”. Según JPF, el punto de quiebre de Perón, lo que radicaliza su violencia, es el asesinato de Rucci.

Gana con el 64% y lo tiene a Gelbard a su izquierda con la CGE... Y lo tiene al petiso Rucci, bravucón, macartista, todo lo que quieras, pero le era fiel, y la ley de contratos de trabajo que si la leemos hoy es un manifiesto leninista, más o menos... Si ahí los Montoneros dan una tregua de un año... No quiero decir que no hubiera ocurrido nada, pero habría que pensarlo, el esquema era interesante.

### De la esperanza a la tragedia

El diálogo está atravesado por ese pasaje brusco de la esperanza a la tragedia que sucedió en tiempos muy cortos. La caída de Cámpora, el paulatino crecimiento de los hechos de violencia (comenzado por los mismos



que rodearon el regreso de Perón). El triunfo electoral y, de inmediato, el asesinato de Rucci. El conflicto entre Perón y los Montoneros en la plaza el primero de mayo de 1974, la muerte de Perón dos meses después... El clima de la primavera democrática se esfumó con asombrosa rapidez y la violencia comenzó a llenar todo el ambiente político. JPF recuerda que su padre le había hecho una pregunta terrible: “¿ustedes qué creían que iba a pasar?”. Y HG reflexiona: lo que uno festejaba de la militancia era lo contrario, la creencia de que todo sería fácil. No es la primera vez que encuentro un testimonio de esta extraña sensación en gran parte de la militancia, de que lo que había empezado ese 25 de mayo en la plaza era una era de democracia popular, de avance indetenible de profundas transformaciones sobre la base de un protagonismo central de los jóvenes. Extraña sensación en el interior de una militancia que no tenía (no teníamos) derecho a ignorar las pulsiones violentas que atravesaban nuestra sociedad. Pulsiones que habían llevado a que, en esa misma plaza, hacía menos de dos décadas, los aviones de las fuerzas armadas asesinaran a más de trescientas personas con el solo objetivo de exhibir su decisión de voltear al gobierno de Perón. En una región, además, en que un golpe militar había abortado el histórico intento del pueblo chileno de construir el socialismo sin interrumpir el curso de la democracia liberal. Pero el hecho es que esa sensación de confianza se había instalado en la generación del Cordobazo. ¿Es posible construir un nexo de sentido entre la pregunta que se hace JPF acerca de qué hubiera pasado si los Montoneros establecían una tregua con el gobierno de Perón, con esta

sensación de confianza fácil que resultó una grave subestimación respecto de las fuerzas antagónicas de la experiencia peronista? ¿Podría decirse que la conducción montonera padecía del mismo síndrome de irrealidad que no incluía en sus cálculos la nueva irrupción de la violencia estatal-militar contra quienes cuestionaban la matriz oligárquica del Estado argentino y por eso se negaban a la tregua con el gobierno? Parece difícil concebir semejante error de cálculo estratégico de la conducción montonera. Aun cuando una vez, en una reunión, escuché decir a un alto dirigente de otra organización político-militar que su principal error había sido no pensar como posible el grado de barbarie de los militares de la época. Y hoy estamos obligados a agregar a sus mandantes, las grandes corporaciones locales y su circuito de relaciones “interamericano” coordinado por Estados Unidos. En el caso de los Montoneros, el cálculo erróneo (lo dice la experiencia de la “contraofensiva”) sobre la supuesta capacidad para retomar la iniciativa militar después del desgaste de la dictadura parece haber sido la matriz (casi inverosímil) que agravó los costos de la derrota.

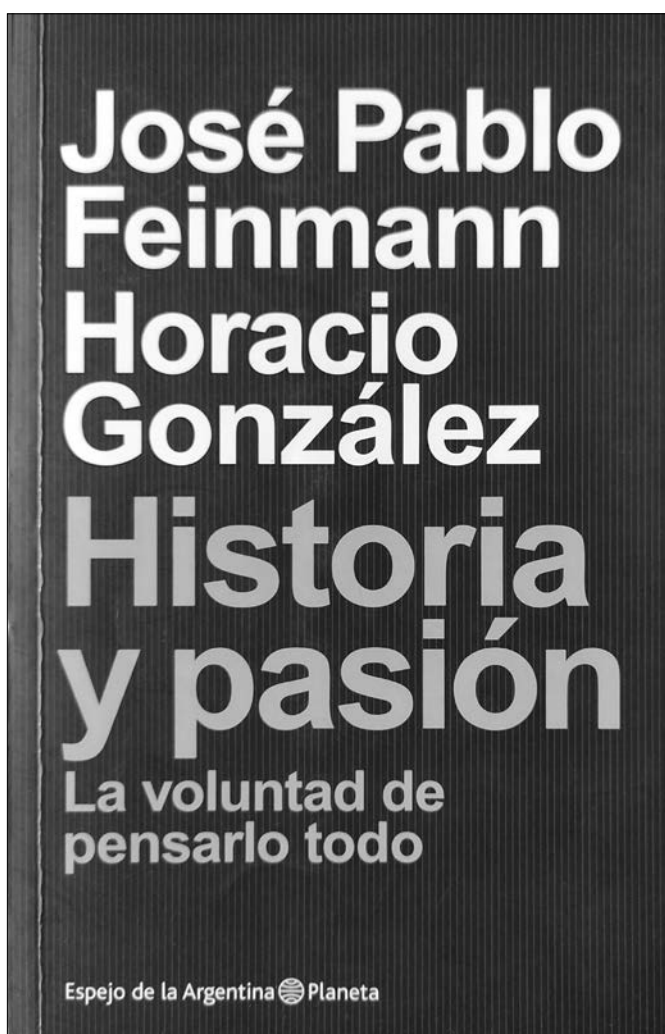
### Cuando Horacio estuvo preso

Horacio cuenta la experiencia en el libro *La voluntad* de Martín Caparrós y Eduardo Anguita. Pero un programa de televisión varios años después la actualizaría. Allanaron su casa, aparentemente porque habían asesinado a varios comisarios de la Policía Federal y Horacio estaba parado en la esquina de la casa de otro comisario. Así fue como sus libros fueron revisados en profundidad —dice Horacio que en busca del secreto del

destino del comisario—. Y una noche de interrogatorio, el oficial le mostró sus libros en una repisa de su despacho y le preguntó: “¿Usted lee a Jauretche, no?”. Jorge Coscia, conductor del programa que trata el tema, le dice a Horacio: “Bueno, de alguna manera Jauretche te salvó”. El equívoco desarrollo de la conversación puede dejar la sensación de que el comisario ayudó a Horacio a causa de sus comunes gustos literario-políticos. En realidad, el episodio ocurrió en un período en el que había asumido la conducción de la Policía Federal el general Corbetta, que había afirmado que la represión iba a ser “de azul”. Es decir que se iba a pasar de la etapa del terrorismo sin el uniforme a otra con el uniforme. Terrible porque se afirmaba la cercanía del golpe y el proceso de represión más violento de la historia. Pero ocasionalmente la posición del comisario facilitó que Horacio no corriera la suerte de muchas víctimas del terrorismo paraestatal. Pero lo interesante del relato consiste en la angustia que le produce a Horacio el malentendido televisivo, al punto que dice, como pensando en voz alta: “Si compartís una lectura, ¿cuántas cosas más podés compartir?”. El viejo tema de las comunidades literarias entre sectores antagónicos en el interior del peronismo lo pone en la incomodidad de ser objeto de la ayuda de un comisario.

Es una constante el hecho de que los militantes que pasaron por la cárcel y salvaron su vida sienten una extraña culpa por su destino. Y es cierto también que aun cuando no hayan estado presos, el solo hecho de que la barbarie dictatorial no los haya tenido por objeto sigue vibrando en su sensibilidad de personas que ya cuentan con edades lejanas a su experiencia juvenil. La atmósfera de la violencia autoritaria

consigue que el sobreviviente viva con culpa el recuerdo de esas épocas. En su libro *Secretos de la concertación*, el político e intelectual chileno Carlos Ominami describe cómo el recuerdo de la barbarie pinochetista fue usado durante los gobiernos de la coalición de centroizquierda en ese país como argumento extorsivo contra quienes disientan con las políticas gubernamentales: “por tu intransigencia vas a terminar logrando que vuelva a ocurrir la tragedia” era el argumento para justificar políticas complacientes con las clases dominantes. En un apartado



del libro sobre el que estamos conversando, Horacio se explaya acerca de la importancia que el “exilio mexicano” tuvo sobre un conjunto de notables cuadros político-intelectuales argentinos que compartieron su trágica experiencia con los aires de revisión ideológica que entonces recorrían. El punto tiene una enorme importancia en la conformación de la conciencia social y política posterior a las experiencias del terrorismo de Estado. Si no fuera por esa evidencia, un programa de televisión que alude confusamente a un episodio de su vida de hace mucho tiempo y en el que no había cometido ninguna falta no lo hubiera conmovido tanto.

### El kirchnerismo

“La generación diezmada interrogó las corrientes subterráneas del país”. La frase de HG, referida a la experiencia de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, puede instalarse como cierre de un recorrido. Porque no es para nada forzada una visión del kirchnerismo como un regreso de viejos sueños, palabras y gestos que en algún momento de los años noventa pareció haber ingresado en las actas del olvido. A ambos hablantes los irrita que se utilice el mote de “filósofos K” para hacer referencia a sus posiciones políticas en ese período. Ambos sienten que eso es a la vez una simplificación de la posición política por ellos adoptada y una negación de sus capacidades críticas en la observación del itinerario de quienes gobernaron el país entre 2003 y 2015. Para HG el mote “K” “obtura la discusión sobre el lugar en el que estamos y se obtura,

el que dice esas cosas, también a seguir discutiendo. Por lo tanto, está declarada la guerra”.

Más allá de esa incomodidad, el diálogo entra en una región de inocultable valoración de la experiencia, en la medida en que se consideran los episodios político-simbólicos que forjaron una identidad política nueva en el país. Una identidad que tiene indudablemente el sello genético del peronismo y su materia práctico-programática pero cargado de nuevos temas, de nuevas subjetividades. Es esa generación que “empezó todo” en la Facultad de Filosofía y Letras. Es la que tocó el cielo con las manos en la plaza el 25 de mayo de 1973, la que intentó imprimir sus propios sellos de identidad en el curso del proceso que se abrió ese día. La que chocó con el General. La que no le dio esa tregua que, según vimos, podría haberle creado condiciones de éxito a un gobierno sobre el que sobrevolaba la amenaza golpista que ya avanzaba por el Cono Sur. Los tiempos de los Kirchner fueron los de la generación del Cordobazo. Lo fueron tanto por las conquistas de derechos y la recuperación de soberanía y justicia como por los modos en que adquirieron el estatus de sentido común masivo. Sobre el final de la conversación, Horacio reflexiona: en realidad “todo empezó” en el barrio, en los barrios donde nacimos. Es una afirmación potente e iluminadora. Esa generación fue el entrecruzamiento de una evolución intelectual de alcance nacional y enorme potencia con un actor nuevo: eran los pibes a los que las luchas sociales de fines de la década del sesenta del siglo pasado (nos) atrajeron a una experiencia de esperanza y tragedia que marcó sus biografías.



Fotografía: Marcelo Huici.

# Digresiones en torno a la carne

*Por Gustavo Ferreyra*

*Acerca de *Besar a la muerta*  
(Buenos Aires, Colihue, 2014)*

Entre los rituales clásicos de la conversación argentina está el asado, centro neurálgico del drama político, en cuyo ceremonial sacrificial se ponen en juego cuestiones míticas, teológicas y metafísicas. Así transcurren en la narración de González, quien asume cada vez más dimensiones de la existencia para experimentar con el lenguaje tensándolo hacia sus posibilidades más extremas, todo un conjunto de asuntos constitutivos de su propia biografía. Las ciencias sociales, el peronismo, la cuestión del honor, el habla popular e intelectual y la historia, enigmática y persistente compañera, son los temas que se suceden entre el crepitar de unas brasas ardientes. La destreza del asador, capaz de tratar con las más disímiles piezas cárnicas que inspiran la charla, condimenta el encuentro entre unos personajes capaces de salir, al menos en esa mágica noche, de sus escondrijos donde las vidas cargan con el peso de sus propias sombras.

Que Horacio González llegara a la novela se puede explicar también por razones hidrográficas. Como una masa de agua que puja por drenarse y derrumba orillas, límites y se abre en estuario, así su prosa iba pujando contra los terraplenes de la ensayística y del artículo, de la nota y de la oratoria. Un derrumbador de márgenes como él debía de llegar a la novela por agregación. Hoy, que está de moda la sustracción. Pero ¿iba Horacio González a entregarse a modas mercantiles?

Esta, su primera novela, *Besar a la muerta*, lo muestra justamente en expansión, socarronamente feliz de llegar con el menor bagaje posible de pruritos a las digresiones. Porque el arte de González ha estado ligado en buena medida a ellas. La etimología lo lleva en sus vórtices y cada palabra a su vez es muchas cosas. Y González se deja llevar por remolinos y se hunde en las aguas para traernos todo lo que permanece invisible, todo aquello que hace al sustento mismo del río y que no vemos. Siempre, en todas sus facetas, es un develador. Nos trae lo que, por pereza intelectual o por astucia macilenta, no vamos a buscar. Él trae a superficie lo que está en profundidades que ignoramos con petulancia. Es un curioso y saca a la luz los buenos peces del río o las inauditas raíces de las plantas. Luego, tenemos que contemplar lo que antes veíamos con nuevos ojos. Es un renovador de miradas. En *Besar a la muerta* va con su arte al mito de la carne sacrificada, al asado, a la religión. Incidentalmente, al peronismo, pero más bien como epifenómeno de honduras humanas a las que no llega la vista y menos aún la razón. (A veces me parece que González toma el peronismo como puerta de entrada o vestíbulo para llegar a la filosofía,

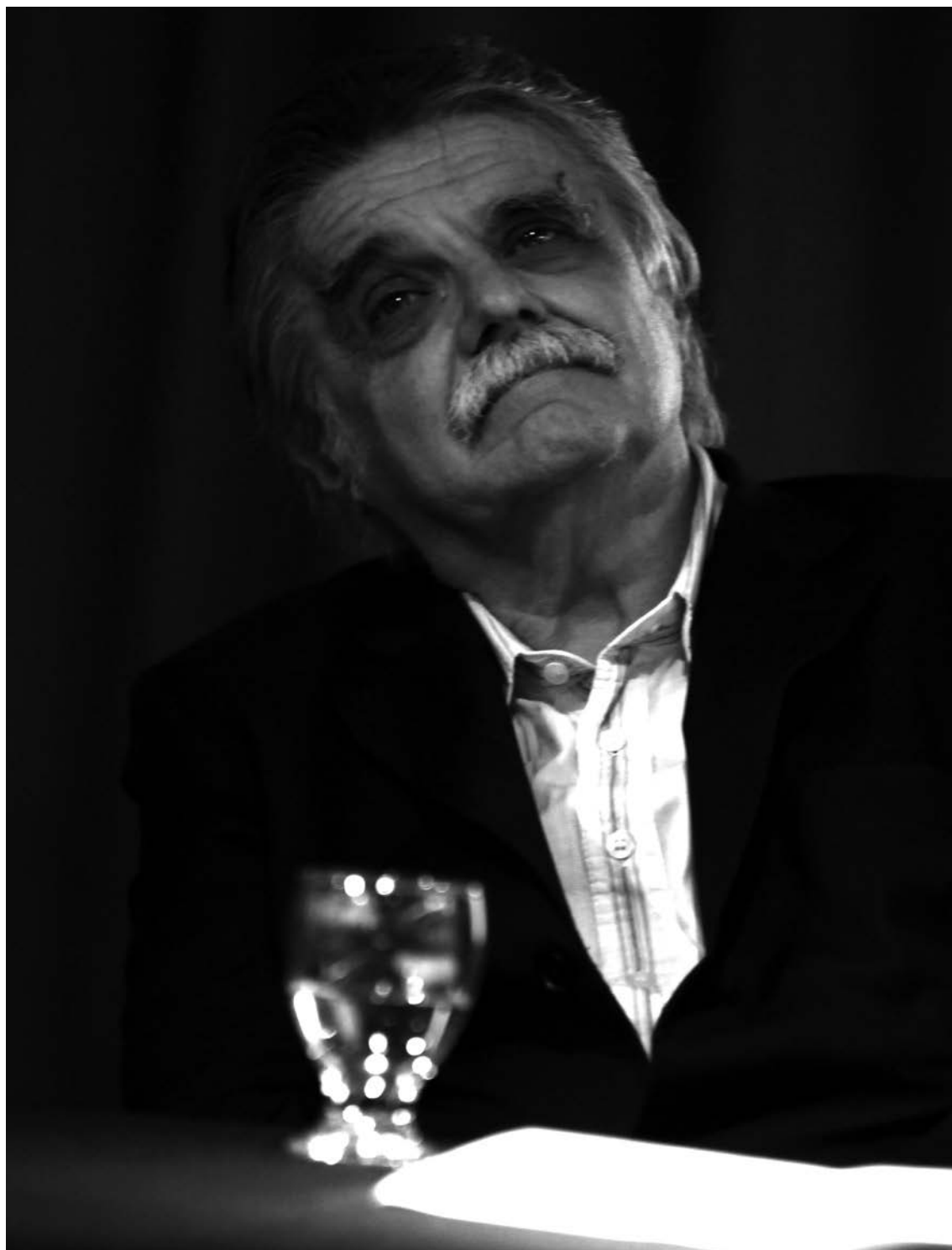
a la religión, a la cultura, en definitiva, a lo humano. En este sentido, creo, es el mejor peronista). Los que rodean las brasas, las tiras de asado con hueso y las achuras son tres hombres: el padre Poggi, el ex fraile Santiesteban, que dejó los hábitos para casarse, y Rupestre, profesor en la Facultad de Ciencias Sociales, especialista en Max Weber. La voz cantante la lleva Poggi con la excusa de exponer la carta que el padre Hernán Benítez le escribió a Blanca Duarte, hermana de Evita, relatándole minuciosamente lo ocurrido en los momentos postreros de su hermana. Fallecida ya Evita, Benítez, su confesor, insta a los presentes, primero a Perón, a besar a la muerta. El rito del beso de despedida que supo existir y que se niega a dejarnos. Pero por supuesto, el hecho mismo del beso importa poco frente a las interpretaciones de Poggi, que hace de los hechos, metafísica. Podría decirse también teología, porque en Poggi son perfectamente intercambiables. Nada hay en este hombre de la Iglesia que no pueda ser refrendado por un laico. Y de aquí uno de los grandes méritos de siempre de Horacio González: nada es estereotipo ni siquiera por aproximación. Los sacerdotes de la novela son carnadura de las largas y hondas reflexiones de las teologías de los siglos y los milenios, y, también, carnadura de las circunstancias de la nación, de las décadas y los lustros de frustraciones nacionales y, al fin, también del momento, de los chispazos de las brasas quemando la manga de la sotana. La linda verba de Poggi nunca deja ser alegre de algún modo, como si se satisficiera con el privilegio de la reflexión. Es una oralidad con giros arcaicos y contemporáneos, dejándose ir de repente a una expresión

cruda del habla popular. Y este giro no parece sino hacer un contraste de necesidad mutua: la verba del intelectual y la de la calle puestas en relieve, una frente a la otra, no como una refutación sino como complementariedad y espejo. Es el mundo de Horacio González, creo; en el que encontraría la felicidad del filósofo (la felicidad socrática) de hallar en el otro el conocimiento.

Novela conversacional, nuestro banquete (dice María Pia López en el prólogo). El diálogo como forma de exposición pero también de búsqueda. Territorio propio de Horacio González si pensamos en su oralidad, muchas veces pasmosa por esas digresiones que luego retomaban el camino central como si no se hubiera fatigado para nada por los caminos vecinales. Demostrando en realidad que el intrincado trayecto de los caminos

vecinales era también el camino, el que cabía tomar para no perderse de ver ciertas bellezas. La oralidad de González, que se hacía también con la cortesía de alguien tan veloz en el run-run de su cabeza que podía estar cómodamente en la reflexión y en el discurso; aquí, allá y acullá, y también, y fundamentalmente, en el interlocutor, escuchándolo. En la era de los bits, de las máquinas petulantes y humillantes, la cabeza de *speedy* González era más rápida y, desde ya, más amable. Él tenía tiempo, los instantes, que llevaba como “pegados al pie” se diría, y las centurias.

Banquete jocoso, la primera novela de Horacio González. Nada sorprendente seguramente si se piensa que era el intelectual no enojado por antonomasia. Ese no enojo (ni con la vida ni con nada) era su superioridad y nuestra envidia devota.



Fotografía: Marcelo Huici.



## En la cámara oscura: Lezama leído con Horacio

*Por Américo Cristófaló*

Acerca de la edición de *Ensayos barrocos:  
imagen y figuras en América Latina*,  
de José Lezama Lima  
(Buenos Aires, Colihue, 2014)

La obra de Horacio González es una interminable conversación con otras, un inacabable diálogo con los vestigios de toda la cultura, una infinita *investigación* sobre la cultura, si aprendemos de él mismo que investigar es precisamente hacer hablar a los vestigios. En esa conversación, en esa investigación que es toda su obra, los prólogos que dedicó a los escritos de otros constituyen momentos particularmente preciosos. El que consagró a los *Ensayos barrocos* de José Lezama Lima no sigue la forma de una “introducción” de vocación didáctica ni de una “traducción” que quisiera ofrecer una clave de inteligibilidad a lo que sin él resultaría tal vez impenetrable, sino que se sumerge en el interior de los escritos, trabaja con ellos desde adentro. No simplifica: acompaña y *nos* acompaña. No descifra: reduplica el juego de máscaras y metamorfosis de los textos que comenta. Américo Cristófaló usa la metáfora de una “cámara oscura” para pensar el mecanismo por medio del cual González deshace las imágenes lezamianas y nos incorpora, al hacerlo, a la aventura de su lengua.

*Debajo de la mesa  
se ven como tres puertas  
de pequeños hornos  
donde se ven piedras y varas ardiendo.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

Si en plenitud de sentido taxonómico fuera posible clasificar el género prólogo, ese forzoso aunque incumplido adelantamiento, por norma general destinado a ser leído antes que lo prologado, preludeo, advertencia, presentación, a su vez histórica, biográfica, poética, concurrente con representaciones, imágenes de sucesos que pudieran, al lado de otras estrategias de foco, acercamiento o distancia, dotar lo presentado de signos explicativos, de alguna clase de conocimiento susceptible también de clasificación, semblanza, interpretación, boceto, si fuera entonces posible, González, que prueba siempre un salto sutil más allá de estas vías de acceso, diríamos que establece con lo presentado una intimidad viva, un estado de experiencia, de conjugación y metamorfosis, de ascesis. El discurso que, por comodidad, llamamos universitario supone ahí una figura débil, desdeñosa de principios y procedimientos elementales de la escritura crítica. Se le señala una ausencia de facultad de juzgar. Una dificultad inconducente, innecesaria. De improbable efecto adquisitivo. Se le adjudica imprecisión, pereza. Argumentos severos, de propiedad, de forma, de valor, que no dejan de comportar un rasgo deforme de comicidad en cuanto se los contempla como declaración de fe. Nada nuevo, la querrela acerca de los modos de decir. De la aptitud del lenguaje como “agente de comunicación”. Horacio, desde todos los ángulos, en todos los campos posibles y con intensidad mayor, combatió

esa inhóspita declinación instrumental de la lengua. Leer a Lezama en la órbita de Horacio es, de entrada, aceptar un movimiento que se cuida de convertir lo leído en *pasto para profesores*, y que propone seguirlo en los recorridos de una *fiesta intelectual, poética*. Los subrayados son de Lezama, pertenecen a una ocasión de incertidumbre, de indiferencia acerca de cómo sería recibido su *Paradiso*. Conviene preguntarse por ese “seguir”. Puesto que hablamos de vías, y al parecer de una que habría de poner a prueba su exterioridad, su ausencia. El modo en que González sigue a Lezama, lejos de producir intimidación por *mimesis*, la despierta por una potencia singularísima de ritmos, de irrupciones, de sutiles engendramientos. El ensayo barroco de Lezama es la pieza justa para estos ejercicios de Horacio. Se ofrecen como iniciación de la secuencia alterada, de la causalidad oblicua del sistema poético prologado.

González parte de concebir que el método Lezama “se explica en y con su propia obra, inmanente a ella”, en su propia realización “y en ninguna otra cosa más”. Lo que vaya a explicarse es “un intento que a su vez exigirá también explicación”. Para situar un momento de comienzo del prólogo, elige o es elegido por lo que, aislado “con unas tenacillas de alta precisión”, podría pensarse como “prolegómeno”, como “exordio” de esa obra, un párrafo escrito de innumerables modos, de escorzos inagotables, tomado en este caso de “Mitos y cansancio clásico”, uno de los ensayos de *La expresión americana*. Quizás haya que detenerse aquí, antes de entrar en el asunto, en dos consideraciones, dos juegos preliminares, aun a riesgo de reiterar el humor macedoniano: el primero tiene que ver con la economía de un prólogo

**Leer a Lezama en la órbita de Horacio es, de entrada, aceptar un movimiento que se cuida de convertir lo leído en *pasto para profesores*, y que propone seguirlo en los recorridos de una *fiesta intelectual, poética*.**

que para comenzar evoca aquello que recae sobre las palabras “prolegómeno”, “exordio”, palabras que están, como “prólogo”, en la constelación de lo que habla antes; el segundo, con el uso del diminutivo, tan lezamiano por otra parte: esa forma entrañable y arcaica del idioma en Cuba, y que pro-

mueve aquí un estilete irónico a propósito de la posición y de la técnica de quien escribe: “ninguna otra cosa más”, sobre esa obra. El párrafo en cuestión “preside muchos de sus textos

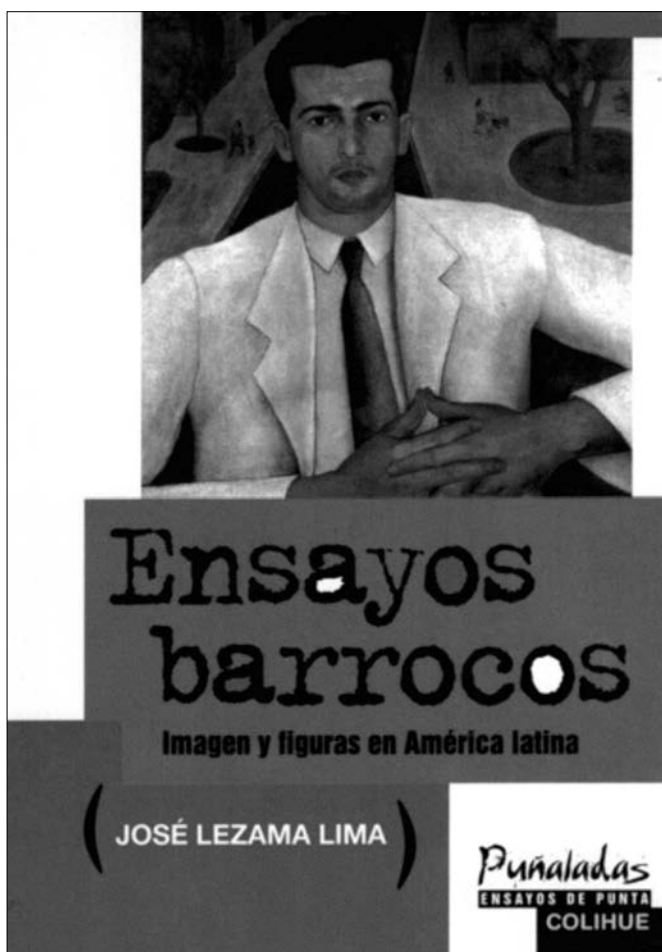
—escribe Horacio— sentado como en el medio, como alguien que tranquilamente fuma un *narguilé* en lo interior de lo escrito”. Ahora nos detenemos en esa presencia que preside y fuma. Entre las tenacillas y el *narguilé* no hay sino un oportuno recorrido metafórico, por más de una razón son imágenes continuas y distantes, claves del modo de seguir que interrogábamos, indicaciones de pasaje, del estilo diminutivo que presta sonoridad cubana y que rige el intento, a la figura oriental del fumador que en Lezama conduce una pulsión irradiativa. Lee-mos ahora en la cita: Lezama propone revisar lienzos, ilustraciones de libros de horas, pintura flamenca y pintura italiana del Renacimiento para encontrar “causalidad de sentido”, “esa imagen que da la visión histórica”. En ese movimiento, Horacio ve algo más que la voluntad de una secuencia comparativa entre “semejanzas apacibles”. Uno más de los movimientos de la poética Lezama del exceso: “busca un resultado inaudito, la causalidad que

implica la pintura, la imagen” imponiéndose sobre el curso de la historia. Entramos en uno de los grandes temas de González, repartido en muchos de sus libros y artículos, minuciosamente tratado en *Traducciones malditas*: la imagen. El mundo de las representaciones y las representaciones del mundo, las relaciones complejas —a lo Merleau Ponty— entre lo mirado y lo que nos mira, entre la imagen y su trasposición a concepto, entre imagen y lenguaje. En su lectura de Lezama se trata de recorrer la marcha súbita de una imagen a otra, las extraordinarias mutaciones que van de *La cosecha* de Brueghel a las ruinas de Cartago, del *Popol Vuh* a Ulises o a Kublai Kan apoderándose de estepas mongoles. Mutaciones sometidas a una “fuerza animista” que media entre lo natural y lo cultural, y que están gobernadas por lo que Lezama define como *sujeto metafórico*: “vivencias invisibles de las imágenes”. El ejemplo que toma Horacio para acompañar esta compleja disposición es una muy breve nota de 1968, “Ernesto Guevara, comandante nuestro”. Lezama comienza por un advenimiento, “la última prueba”. La muerte lo busca sobre una piedra pelada. Muere, pero como la piedra es imagen, y “como dio las pruebas terribles de su tamaño para la transfiguración”, irrumpe la actividad del “sujeto metafórico”, y el Che, que ya había citado a Tupac, que ya había usado charreteras bolivarianas, rodeado por la imagen solar de Tiahuanaco, se reitera en un Nuevo Viracocha. Milagro. Lezama dice prodigio. Su sistema implica inevitables relatos de resurrección. La cal de la pared que va cayendo en “El pabellón del vacío”, el poema que cierra *Fragmentos a su imán*. Horacio comenta el pasaje con una nota

de medida sutil: el combatiente contemporáneo convertido en mito inca, lo que también podría enunciarse por su inversión. Y que revela una potencia “revulsiva” del sujeto metafórico, una fuerza que pone en movimiento las cosas: “la metamorfosis —escribe González—, la más antigua figura del pensamiento de conversión de las cosas animadas e inanimadas, es el tejido lezamiano interno del pensar”. Hay en González un matiz, una distinción al parecer menor, dicha en medio tono, pero extraordinariamente activa: el poder de la imagen —sus infinitas potencialidades— no alcanza a definir el rumbo de la historia, la sintaxis de los acontecimientos, por razones que no enuncia pero que imaginamos de último resguardo, la exceden.

Un segundo tema del repertorio de Horacio tiene aquí que ver con el mito. El pensamiento sobre el mito, sus apariciones, resonancias gramscianas, levistraussianas, y un modo particular de desplegarse en relación con objetos diversos y centrales, los lenguajes de la política, de la vida social, de la literatura, de nombres y circunstancias. No podía obviamente escapar Lezama a estas consideraciones: el enlace de imágenes, de eras imaginarias, de transposiciones y alegorías, constituye una gran biblioteca mitológica, una forma proliferante del análogo metafórico. La economía del mito en Lezama tiene, para Horacio, la cualidad de mostrarse por su cara y su reverso. Es, por una parte, la expresión de aquello que puede decirse en variantes infinitas, y que a su vez y para ser dicho se anuncia perdido, se pronuncia como falta, como huella metonímica. Es el modo en que la lengua misma se constituye en mito. La materia europea de los

mitos está sometida a leyes de agotamiento y cansancio. *Barroco americano* es el nombre que da Lezama a la supervivencia “encargada de proseguir la tarea de las analogías y las causalidades súbitas”. Lo que equivale a decir que también es el nombre del sujeto metafórico. El barroco europeo, privado de tensiones y “plutonismo”, recupera en el paisaje americano su tonicidad mayor. “Monjes, indios, poetas o teólogos, y aun los estancieros martinferrescos —escribe González—, son señores barrocos de una suerte de contraconquista”. El barroco genera un despertar americano en una simbiosis de “astucia,



cautela y gracia sobrenatural”. Y en ese nacimiento ya está instituida la visión de un imperio debilitado. En los pliegues del barroco español emerge no solo un *discurso* de Contrarreforma, sino además esa contraconquista que es su espejo invertido. Reforma y conquista se organizan en una equivalencia cuya economía es de índole acumulativa. Lezama, y con él Horacio, se detiene en un complejo catálogo de estaciones de esa incipiente novedad. Sor Juana, que hace del sueño un objeto que llega a Rilke, a Valéry; Carlos Sigüenza y Góngora, señor barroco por excelencia: “nadie supera en él el arte del paisaje, penetrado de utensilios artificiales y voluptuosos”. Hay un gongorismo, en Sor Juana como en su amigo Sigüenza y Góngora, de matriz germinativa, pero que se supera en el mundo americano.

**La economía del mito en Lezama tiene, para Horacio, la cualidad de mostrarse por su cara y su reverso. Es, por una parte, la expresión de aquello que puede decirse en variantes infinitas, y que a su vez y para ser dicho se anuncia perdido, se pronuncia como falta, como huella metonímica.**

La España contrarreformista, la España de los ejercicios loyolianos, solo se consume en ese mundo, en “los bienes gozosos de la naturaleza, absorbidos por la lengua poética”. Un descentramiento que, como en el jesuita bogotano, Hernando Domínguez Camargo, rige ritmos festivos, dionisiacos, de “prolífica descripción de frutos y mariscos”. Son los mitos americanos ya inscriptos en la lengua. En Lezama desfila el gran banquete literario que hace suyo el mundo exterior, un movimiento que procede del tono y la altura de Gracían, pero que se multiplica al pasar

por un horno transmutativo de asimilación. De las aceitunas a las berenjenas, del vino al “enigmático” tabaco, a una bandeja mayor donde Lugones acerca una gallina, es el gran banquete americano de los dones. Lezama los persigue en los cielitos de Bartolomé Hidalgo, en la guitarra de Fierro, en las enormes extensiones donde el gaucho, señor barroco del sur, combate con el brazo envuelto en su poncho como en Roma el guerrero cubriría su brazo izquierdo con una manta y se disponía a sacar la espada. Estas indicaciones, que se distribuyen asimismo en la arquitectura de Aleijandinho en Brasil, y que parten de la idea de “contraconquista”, de la idea de que el barroco americano es una fuerza que infunde nueva vitalidad, y que al hacerlo se dota de un rasgo autónomo, marcan un tercer momento de interés en la lectura de González. *Imagen, mito* e inscripción de una lengua que se presenta como *fuerza emancipadora*. “El barroco artístico es premonición política —escribe Horacio—; es entonces que se revela la potencialidad histórico-social del barroco, pues es el lenguaje que permite adquirir la facultad emancipadora”. En esas líneas, leemos también la secuencia que va del barroco al romanticismo americano; motivo de emanación del señorío barroco, ahora ajustado a las tensiones entre Bolívar y Simón Rodríguez, y a las imágenes de independencia. Acercándose al final del prólogo, González vuelve a preguntarse si “en las anteriores apariciones del concepto de imagen [...] hemos abordado adecuadamente este profundo ideograma místico”, que hace de la historia una historia mitológica, y de la imagen “la causa secreta de la historia”.

Se trata de Lezama escribiendo sobre el Movimiento 26 de Julio y la toma del cuartel de Moncada. ¿Hay una secuencia que vaya de la razón creadora —el lenguaje iniciático, el *logos septamtikos*— y que pueda terminar en el asalto a un cuartel? En el movimiento constante de genealogías y formas mitológicas, la “hipótesis de la imagen es la posibilidad”, hay para Horacio un orfismo subterráneo, un sentido oculto de la posibilidad “solo esclarecido en la imagen”. La interpretación del acontecimiento revolucionario está así sujeta al horno transmutativo. Se escucha un llamado a la acción, un rumor insurreccional que se presenta en el tiempo, en la historia y que “exige estar despierto” para que la imaginación lo engendre. En *Paradiso* el célebre relato de la revuelta universitaria de 1930, se anuncia aquí en Sierra Maestra, como “un río silencioso que descendía”, el mito cae en la historia, el hilo alegórico baja las escaleras de piedra de la Universidad como se baja de la Sierra Maestra. Pero no hay una respuesta lineal para estas preguntas de Horacio. Puesto que entre la imagen y el llamado, entre la imagen y la posibilidad se interpone una sospecha, un “fuego inverso”, “un soplo sin presencia”. Es “la lucha entre la causalidad y lo incondicionado”. “El pensamiento de Lezama —dice Horacio— tiene su morada en el mito” y su dificultad en el barroco: está obligado a inagotables desequilibrios y trayectos, dividido por aquello que constantemente se pierde, se desplaza y recupera fulgor, el lenguaje de una pintura exuberante que “recusa toda instauración”. González es autor de innumerables prólogos. De circunstancias, métodos y tonos diversos. En este —complejísimo, de elocuente

erudición— se confía a la glosa. No en cuanto procedimiento de comentario imitativo, más bien como ensayo de un arte de composición. Refinado *tal-mudismo*, método poético —de tejido y materia poética— que se propone como guía del autor de *Paradiso*. Un sistema poético leyéndose en otro. Uno siguiendo a otro. Si *Oppiano Licario* iba a recibir el título de *Inferno*, título que finalmente Lezama despejó por redundancia, no deja de ser evidente la evocación de *Commedia* que hay entre ambas novelas. Horacio trabaja con Lezama, prologa y selecciona; diríamos: es el guía virgiliano de los *Ensayos barrocos*. El glosar de González no desplaza las dificultades de Lezama. No tiene por atributo atenuar, hacer dócil la frase lezamiana, descifrarla para que el lector, ante el imprevisto desorden de sentido, quede en estado de transparencia. Estamos casi más seguros de la conjetura contraria. Horacio pone a Lezama en el interior de una cámara oscura, un juego de representaciones, de imágenes, de máscaras y contrapuntos. Dámaso Alonso, en una conocida edición de *Las soledades*, pasa el poema a prosa, lo sustrae de su densidad metafórica, deriva las pasiones barrocas en argumento; en secuencias prudentes, pierde el ritmo y el valor de las imágenes gongorinas. Dámaso Alonso traduce a una

**El glosar de González no desplaza las dificultades de Lezama. No tiene por atributo atenuar, hacer dócil la frase lezamiana, descifrarla para que el lector, ante el imprevisto desorden de sentido, quede en estado de transparencia. [...] Horacio pone a Lezama en el interior de una cámara oscura, un juego de representaciones, de imágenes, de máscaras y contrapuntos.**

lengua de intelección, tributa un servicio de “buen entender” destinado a lectores modernos no iniciados, bajo el supuesto de que las complejidades gramaticales, las alusiones mitológicas y las citas culteranas requieren normalización. El “agente de comunicación” *gestiona* (para decirlo con una palabra que corresponde a su diccionario político) una maniobra de apacible cortesía informativa, una docencia de propagación. Admitamos el ejercicio; pero también que nos situamos a distancia de *Las soleadas*, se interpone ahora con ellas un resto abatido. La divulgación de una empresa abstracta, codificada por reglas y técnicas de la cultura. En esa pedagogía, cuya propiedad define un conocimiento incierto, que desconoce su incertidumbre exponiéndose al aprendiz como mercancía interpretativa (podríamos hacer aquí una pausa para recordar al profesor González, sus intervenciones, la explícita renuncia a esas prácticas y registros de subordinación), nada o muy poco sobrevive, apenas una cuantas fibras tenues. Esa modalidad hermenéutica se ausenta del eros de la materia barroca, de esa lengua que no resulta de identidades esenciales ni de centros fijos en reposo. Porque su procedimiento, de lo que habla con toda precisión Horacio, es metamorfosis, transfiguración, imagen y mito, fuerzas de evaporación y reunión, de composición y descomposición continuas, una forma nutriéndose de otra, que enlaza, que declina en otra y la desborda, siempre guiadas, como se dijo, por la naturaleza y el nombre de un sujeto metafórico. Y en todo caso, adicionalmente, una pregunta dirigida a conmover el concepto barroco de imagen en Lezama.

El concepto de *imago* imponiéndose sobre el curso de la historia. “Confío en la glosa —escribe en *Traducciones malditas*—, figura central del intervínculo entre textos”, y un poco más adelante: “la glosa implica variaciones y la incerteza sobre las variaciones”. Con Lezama “nunca estamos seguros de seguirlo en sus acrobacias”. Pero esas preguntas de Horacio, si lo seguimos bien, solo pueden proceder de la intimidad que surge de un método en otro, son pormenores inacabados de un desvío flotante. Leer a Lezama exige atención sobre lo sustraído, sobre lo que falta, lo que se ausenta y pierde, pero también sobre esa deliberada dialéctica de lo lleno, de la abundancia y voluptuosidad de los cuerpos. Imágenes deshechas en imágenes que infunden nuevas impregnaciones, vías oblicuas, repentinas y súbitas, acontecimientos en el acontecimiento escrito. Pensado así, el arte de la glosa persigue una experiencia viva, la detecta, funda un modo de penetrar la escritura, sus movimientos, su volumen, su contrapunto, alejado de lo propio y trayendo ante sí lo otro. En Lezama, “la muerte está a su lado como condición, para encarnar algún sentido en la *posibilidad*. Esta posibilidad resuena como intencionalidad fenomenológica, forma laica, quizás, del pensamiento órfico”.

En 1967, Julio Cortázar describía los síntomas locales del rechazo al barroco lezamiano: la lectura argentina es poco propicia a lo que juzga oscuro, cerrado, hermético, muy escasamente benévola con los encantamientos del *trobar clus*. Estos juicios, que se suspendieron a propósito de Lezama, se dirigieron, se dirigen activamente, en relación con el estilo de Horacio. Menos untuoso,

menos hedonista que Lezama, González comparte con él un suelo común: la palabra encarnada, retomando aquí el precioso título de una reciente compilación de María Pia López y Guillermo Korn. La palabra de una lengua absuelta, indiferente a los cargos que se le imputan, una lengua dispendiosa, de generosidad mayor, que no puede sino atribuirse a un difícil trabajo de soberanía, “un intento de volverse sobre sí misma” e interrogar su drama. Se dirá, la palabra del don, interrumpida en el preciso momento de un intercambio, la figura del círculo volviendo a su punto de partida, sí, pero que ha dejado pasar su promesa iluminada, festiva. Leímos extraordinarios ensayos sobre Lezama, Severo Sarduy, Cintio Vitier, Juan Goytisolo, Fina García Marruz; en todos ellos se honra su magnífico desfile de metáforas, su “castellano atemporal”, sus joyas, hechizos y pedrerías. Lo sitúan en el mapa de las literaturas latinoamericanas, ponderan su novedad, teorizan su política de la lengua. Sin dejar de ofrecernos una

parte de estas preocupaciones sustantivas, González nos incorpora (hay que darle a esta palabra su sentido literal) a Lezama, recorre y nos hace recorrer ese edificio, su cadena significativa, sus motivos irreductibles. Lo vemos vivir desde su ritmo interior, en conformidad con una afirmación del oído. Somos lectores susceptibles de lo que Horacio trae como inmanencia suficiente para explicar su obra. Salimos con esa experiencia de lectura, con esa “trasmutación” que se inicia desde el título y retorna como *horno transmutativo*.

Hay en La Habana, sobre una terraza de la Plaza Vieja, una cámara oscura. Un juego de espejos que proyecta todas las imágenes posibles. Se ve la ciudad viva, próxima y a distancia, siempre barroca. El invento suele atribuirse a Leonardo Da Vinci; Horacio nos ofrece una cámara complementaria; desde ahí vemos la calle Trocadero, la persistencia de una vajilla, una revuelta de estudiantes, una gran comida de familia, paisajes, animales, catedrales de piedra blanca, capítulos de lo imposible, a resguardo y cumpliéndose.



# El lector sonámbulo

*Por Luis Gusmán*

Acerca de *Redacciones cautivas*  
(Buenos Aires, Colihue, 2015)

¿Cómo se escribe sobre una época en la que el terror mostró su rostro despiadado? ¿Con qué lengua habló la dictadura? ¿Qué palabras se forjaron en sus pliegues? Lenguas clandestinas y de entrelíneas, parodia y picaresca, restos de consignas difuminados, fonemas de autoridad y denigración, formas de la designación y siglas perdidas en el torrente de la historia. Todos estos retazos semióticos, tratados con la fina elegancia de un orfebre en *Redacciones cautivas*, nos remiten a la verdadera naturaleza política de la lengua. Sus condiciones de posibilidad, la materialidad de los cuerpos, vejados y desaparecidos por el terrorismo de Estado, obran como el verdadero fondo y soporte de lo decible en una época. Este tratado lingüístico y político, cuya compleja trama revela la oscuridad de un tiempo que no cesa y se actualiza en nuevas formas de la infamia, nos permite descubrir que en el juego de apropiaciones entre poder y resistencias siempre hay un resto, una demasía irre recuperable en la que la sutileza, irónica, sugerente e implícita, se escurre entre los tejidos de las redes de comprensión con las que un tiempo cree forjar sus sentidos, sus palabras y sus hechos.

La solapa de María Pia López a *Redacciones cautivas*, la novela de Horacio González, dice algo verdadero: “Es un escritor que con cada libro afecta la lengua en la que escribe”. Pero, en este caso, el quiasmo también es verdadero: lo escrito está afectado por la lengua.

La novela de González es una novedad en un recorte histórico que Martín Kohan, en una nota sobre *Villa*, ha condensado de manera ejemplar. Y si cito *Villa* es porque hay una cuestión que nos concierne y trasciende como autores. Me refiero a lo que Michael Riffaterre designa como el estado de lengua de una época.

Martín Kohan enumera una serie de novelas concernidas por esa “época”: *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, de Jorge Asís; *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia; *Cuarteles de invierno*, de Osvaldo Soriano; *Cuerpo a cuerpo*, de David Viñas; *La casa y el viento*, de Héctor Tizón; *Composición de lugar*, de Juan Martini; *El vuelo del tigre*, de Daniel Moyano; *Glosa*, de Juan José Saer. Y detalla:

Al cabo, contábamos con un mapa razonado de las modulaciones posibles entre ficción y política: testimonio o ciframiento, realismo o alegoría, picaresca o radicalidad formal. Y también, por eso mismo, algo así como un panorama de las coordenadas con las que hasta entonces se había podido narrar (es decir, pensar) la dictadura militar argentina, durante su transcurso o inmediatamente después, desde la oscuridad del país o desde el desgarramiento del exilio: las condiciones de posibilidad para narrar (es decir, pensar) que se habían ido dando o generando a través de esas distintas novelas, según las coyunturas, según las perspectivas.<sup>1</sup>

Escrita en 2016, *Redacciones cautivas* incursiona en una cuestión que me recuerda el libro del lingüista y escritor Victor Klemperer sobre el estado de lengua del Tercer Reich, donde se puede leer la propaganda del nazismo tanto en una inscripción en una pared como en una factura de luz, o en un informe médico o escolar, para relevar cómo funcionaba la lengua nazi en Alemania. *Redacciones cautivas* se ocupa de cómo la lengua se vuelve dominante y a la vez se vuelve un “delito semántico” durante el Proceso. También, de cómo era utilizada por el poder y, a su vez, de cómo se las arreglaban los escritores para burlar una censura real que hasta podía costar la cárcel o la vida. La novela cuenta de qué manera el estado de lengua de esa época era afectado por la mimesis, la escritura entre líneas, la alegoría, la parodia; el balbuceo para escribir en esa lengua de los años del terrorismo de Estado que también tenía su lenguaje. “Pero cuando cree disponer de todos los recursos del habla, entra en un temeroso estado de balbuceo, un mundo de confusión. No encuentra el camino, como si todo lenguaje tropezara con un trabalenguas o necesitara un cuidadoso deleiteo previo para manifestarse”.

### La trama

El periodista Joseph Albergare es el principal personaje de la novela: “Dirigí dos diarios. El mío y el de los otros. Con este último, debí pelear contra el mío”. El primero, *El Heraldo*, es el diario de la familia, y el propio, si se puede llamar así, su suplemento cultural: *Creencia*. También: “¡Dirigí un diario liberal de izquierda y un diario de la dictadura!”.

La historia es simple: raptan al hijo y al socio de Joseph Albergare. Le proponen el trato de mantenerlos vivos a cambio de transformar la ideología de su diario a favor del poder imperante. La anécdota podría concluir ahí; lo que el libro tiene de diferente es que ocupa y se ocupa de un territorio poco transitado: la lengua posible en esa época.

***Redacciones cautivas se ocupa de cómo la lengua se vuelve dominante y a la vez se vuelve un “delito semántico” durante el Proceso. También, de cómo era utilizada por el poder y, a su vez, de cómo se las arreglaban los escritores para burlar una censura real que hasta podía costar la cárcel o la vida. La novela cuenta de qué manera el estado de lengua de esa época era afectado por la mimesis, la escritura entre líneas, la alegoría, la parodia; el balbuceo para escribir en esa lengua de los años del terrorismo de Estado que también tenía su lenguaje.***

El discurso que bajo la forma de una pregunta que por retórica no deja de encerrar la verdadera ideología con que el militar le dirige su discurso al director cautivo indica: “¿No resulta profundamente paradójico que le suministremos esta rara forma de libertad estando prisioneros, obligado a escribir para nosotros como fianza para que su hijo y su socio no sean fusi-

lados, masacrados, desvanecidos, atormentados, cloroformados?”.

Este parlamento se lo dice Lezama Park a Albergare, bajo el lema “El fuerte imperativo de las cosas”:

Las fuerzas armadas necesitaban un periódico inteligente. La fuerza son muchas hebras desamarradas, la Fuerza es en verdad un archipiélago de fuerzas. Su base material de poder es la producción de desapariciones, las torturas y los cadáveres sin nombre [...]. Lo que

hay son cadáveres y esa noción de ausencia la confirma el lenguaje hablado, poniendo en esa palabra lo contrario a la desaparición real que la fundamenta.

El director del diario se ve “obligado” al uso de seudónimo: “Alguna vez me obligaron a cambiar (otra vez) de nombre. Pero todo nombre es provisorio; en realidad no tenemos nombre, sino que ellos nos tienen a nosotros”. Joseph cita a Hegel: “Los diarios son las plegarias matutinas del buen burgués”; como toda plegaria se convierte en hábito, que es más poderoso que la fe o, quizá, la fe misma sea un hábito.

## Los personajes

### *El socio*

Segismundo Siffredi es secuestrado junto con el hijo de Joseph en la redacción del diario. Lo que sucede es que en el operativo de secuestro confunden a Siffredi con Joseph: “La misma edad, la misma indumentaria, ambos vestíamos traje oscuro con chaleco, el mismo rostro de cincuentones de buen pasar, con bigotes de época, pero no bigotes castrenses [...] Sea como sea, se lo llevaron por mí”.

La descripción del parecido de los dos personajes me recuerda una película de Joseph Losey: *El otro señor Klein*. En esa época, la del nazismo, a un tal señor Klein la Gestapo lo confunde con otro señor Klein y lo llevan en un tren a un campo de concentración. Esto quiere decir que cualquier judío era el señor Klein: “Yo debía llamarme Joseph Kalbergaresky”.

*El hijo*

A Miguel, conocido como Albergarito, lo secuestraron por haber escrito una nota sobre unos cuerpos exánimes aparecidos en el Río de la Plata, comprometido, “dicen, no sé, con un grupo del ERP o de la guerrilla peronista”. Ya liberado y desde París, Albegartito le escribe una carta a su padre confesando su responsabilidad (que bordea la culpabilidad):

La Organización procuró que entraran a trabajar allí numerosos muchachos del barrio, mediante una lucha gremial exitosa, y luego lograron crear un fuerte grupo de acción como empleados de esa gran curtiembre. Yo era uno de los encargados de lo que en el lenguaje de la época se denominaba adoctrinamiento político... Esta es mi parábola. Padre. Los culpables materiales fueron otros. Pero entre los culpables intelectuales, en ese libro de víctimas y verdugos, quizás yo.

*Lacoste y Ostende*

Dos personajes, los corresponsales del diario, descriptos como los mensajeros de Kafka: “Me acostumbré a pensar esos dos nombres como mitades inseparables de un todo”.

Ostende cuenta el secuestro de Siffredi. Recuerda que cuando fue golpeado, manchó con sangre el cuerpo de su secuestrador, quien, al sentirse manchado por la sangre de un subversivo, respondió con una puteada. Entonces, Ostende escribió: “La reversión de la sangre”. En esa mancha que se fue extendiendo podría situarse un punto de partida de un racismo que se fue desplazando de lo político a la

piel, a la lengua, a las costumbres, a un odio hacia un determinado grupo social, aun en ocasiones perteneciendo a esa misma clase.

*Los militares*

Muchos sectores militares le deben favores a Joseph. Después del secuestro de su hijo, va a ver, primero, al general Corcuera Gutiérrez al Ministerio de Guerra. Después, al general Adalberto Criscaute (quien terminará su vida suicidándose), lector de Thomas Mann y Stefan Zweig, al Ministerio del Interior. En ese tiempo, tener libros en la biblioteca era peligroso. Criscaute le devuelve a Joseph los libros del hijo secuestrado: “Ya dije que había el de Trotski, *Mi vida*; además de los mencionados (*Los profetas del odio* de Jauretche, vi unas aguafuertes de Arlt), había un Debray, un Malraux, un *Operación Masacre...*”.

Luego, una serie de personajes del ámbito militar aparecen a lo largo de la novela.

El general Jorge Abigail Castaño, quien años más tarde hablará de Malvinas, reproduciendo esa retórica militarizada, como “perla austral, nombre de mujer tras las brumas”, y reivindicará como héroe a un suboficial muerto en servicio, nada menos que el Cotur, “con hombría fallecido”, “un soldado nuestro”, “disparo inglés”, “víctima heroica”. “Cumplía con su deber”... palabra añeja cuando de lo que estamos hablando es del deber con la Patria, con mayúscula.

El discurso imperante a través del capitán Ignacio Prieto Gurruchena (capitán Allora) y su aparición siempre súbita y fantasmal. “Están a la defensiva y nos ayudan a mostrar que en el terror se construye, en el terror

se argumenta, en el terror se vive, en el terror se ama, en el terror se escribe, con el terror se cura y se come. Le digo más, con el terror se educa”.

El doctor Julio Argentino Lezama Park, nuevo director de *El Heraldo*, ideólogo y representante del poder militar del diario, a quien debe responder Joseph, quien ha pasado de su apellido Alberbare al seudónimo de Hospedare, jugando con el sentido de dar un lugar físico, en una física de la letra y la nominación, que connota el pasaje entre albergar y hospedar.

El torturador, conocido como el Cotur.

#### *El escritor*

De nombre Ernest Abadon, quien se ha entrevistado con el general Castaño y el presidente de la República, pare-

ciera parodia de Ernesto Sabato, autor de *Abaddón el exterminador*.

Se encuentra con Joseph en el Bar Británico, donde le lee el informe de la comisión repleto de extrañadas definiciones. Un deliro semántico, encabezado por calificaciones como: “En el marxismo-leninismo, apátridas, materialista y ateos, enemigos de los valores occidentales y cristianos, todo era posible: desde gente que propiciaba una

revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a las villas miserias para ayudar a sus moradores”, hasta alusiones a la teoría de los dos demonios: “Durante la década del setenta la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía de la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países”. La repuesta de Joseph nos sitúa en el estado de lengua de la época: “Pienso, querido Abadon, que en nuestra rica lengua hay recursos para diferenciar, uno del otro, en caso de que sea adecuado ese extremo concepto”.

#### *La Boca del Riachuelo*

Joseph Alberbare no puede precisar el registro en el que está escribiendo: “Tachen Confesiones. Son apenas murmullos culposos de mi existencia”. Se pregunta: “¿Confesiones? No. ¿Géneros? Tampoco”.

No obstante, hay en esta novela una palabra que es decisiva. Esa palabra es “boca”:

Hablaremos, estimado lector, de las innumerables derivaciones metafóricas de la expresión boca... Hay bocas y bocas, y en el transcurso de una cadena de metáforas [...] ahora ponerse a pontificar, a pedir de boca, sobre los ríos (desembocadura), el básquet (embocar), los peces (boca de fuego: *firemouth*), la cigarrería (boquilla), la fortuna (boca de la verdad), la oscuridad (boca de lobo), el gusto (*boccato di cardinale*), el fútbol (Boca Juniors), las novelas (*Boquitas pintadas*), lo repentino (a bocajarro). Podríamos seguir *ad infinitum* con estos ejemplos.

**Introduciendo una novedad flagrante, esta novela revela como ninguna otra —quizás por la mediación de los años transcurridos, pero no solamente por eso— la posibilidad de reproducir y ocuparse del lenguaje del terrorismo de Estado y sus ejecutores. También de cierta militancia política, los discursos estereotipados, las consignas, hasta permitirse construir una entrada de diccionario, los vocablos del lenguaje totalitario, con una libertad crítica que hace de esta una novela diferente, en un territorio temático en el que se seguirá escribiendo. Pero será difícil, por no decir imposible para el que lo haga, soslayar estas *Redacciones cautivas*.**

Pero es una cadena de metáforas y no un deslizamiento metonímico. Por eso el personaje es: la Boca del Riachuelo. *Creencias*, el suplemento cultural del diario oficializado, titula uno de esos números en torno a las posibilidades de la boca. El director interventor, el doctor Julio Argentino Lezama Park, le dice al director cautivo, Joseph Hospedare: “No me asombran esas concepciones que ha hecho el estimado lector, y la serena arbitrariedad con que desencadena el poder metafórico de la palabra *boca*”.

La primera boca elegida es nada menos que un símbolo: el Riachuelo. Ese río “donde una vez la victoria estuvo a la vista”, y más tarde se convirtió en un depósito fúnebre, pero no por ello necesariamente mudo. El capítulo “La Boca del Riachuelo” es un hallazgo, una novedad que introduce una manera diferente de contar lo ya contado.

González encuentra una lengua física para contar lo que pasó, no solamente en la escritura sino en la gramática y hasta en la materialidad misma de la letra:

Fue entonces [...] como si esas comillas que envolvían bajarán con guinchos gramaticales, capaces de sacar y poner formas lingüísticas, fundidas en poderosos moldes de hierro forjado, como si fueran gigantes pares de alfileres con una hinchazón en su extremidad que actuaran por cercenamiento obsceno de la frase, fue entonces, digo, que descendidos esos ganchos que hacen colgar las palabras como destinándolas a otro tiempo, a otros espacios, aunque sin sacarlos de su lugar ilícito, fue entonces que vi los cuerpos desnudos semitapados con colchas de Alberga-

rito y Siffredi, en medio de tantos otros cuerpos.

De repente, González interrumpe la narración de su novela con un grabado de Christiano Junior, de 1887, acompañado de este texto:

En esa Boca del Riachuelo se han tejido y destejido tantas historias desde la fundación de este país que no solo podemos afligirnos cautamente por la inexistencia de relatos mayores, sino pensar también en todas las adyacentes posibilidades que nos brinda la palabra boca, y que quizá no sabemos escuchar. De ella salen palabras. Ella es palabra que emite palabras. Y de tanto en tanto, debemos oír también cómo aflora en sus labios para emitir el grito desgarrador de los que piden paz, clemencia y tolerancia.

Sí, los cuerpos desaparecidos que piden descansar en paz. Sí, el río habla y este escritor lo escucha. Se habla de la novela río, de la novela que fluye. Podría leerse una historia de nuestra literatura en que distintos escritores, según su clase social, le fueron dando al río un nombre diferente.

### Estado de lengua

Lengua de los torturados y del torturador:

Y sin embargo el Cotur había dejado caer la palabra *pibe*. O era un error en el vocabulario del torturador, o era un requisito que atemperaba deliberadamente la acometida exterminadora contra un cuerpo [...] Primero se arrebatava la locomoción

y después, según el habla, la noción de espacio, de tiempo, de identidad.

Por haber publicado un artículo que molestó a sus jefes, Joseph es secuestrado, torturado y llevado para que vea dónde están secuestrados su hijo y Siffredi. Recorre los pasillos:

Preferí no escuchar el vocerío de las noches, un enjambre de nombres vagantes, fantasmas de la imaginación donde se entrelazaban y crecían como enredaderas condenadas pseudónimos, sobrenombres,

epígrafes, apellidos, patronímicos monogramas, abreviaturas o contraseñas. A veces se comprendían, pero eran en general gemidos, arracimados, voces rotas por dentro que, en lamentaciones que arrasaban la fonética del habla, permitían imaginario todo [...] aunque no condescendían a comprender la cosa que se quería designar.

En la novela hay una lucha de vocablos. Lezama lo incrimina a Hospedare: “¿Por qué inventa palabras como denunciador? ¿Dónde la leyó? Es usted un falsificador de vocablos”. Los secuestrados en la novela no solo están “en el pozo”, sino también en un pozo idiomático:

Los personajes que se movían sacudiendo cuerpos inertes, extenuados y desmayados tenían todos nombres que quedan en mi memoria como un diccionario de pseudónimos salido de un anegado pozo idiomático. [...] Eran los nombres de un siniestro diccionario que contaba con el reverso tétrico toda una historia. Cotur, Chivo, Chirilota, Mendieta chico, Mendieta grande, Gallequito, Ferchu, Tortolo, Chotito, Dios, Poronguetti, Petronio, Erpio, Solapa, Abuelo, Gaita, Chino, Bull Dog, Tanguito, Doctor, Delfor Cabrera, Barbera, Pelotari, Lauchón, Moncho, Monto, Pijotero.

Se manifiesta una violencia sobre la lengua y el nombre propio: “Era una baulera humana de cuerpos vulnerados que luchaban por recuperar la designación”. Este fragmento lo describe brutalmente: “Esta mezcla de nombres falsos ponía toda autoridad en tensión; creaba nuevos



hombres dispuestos a todo por medio de una colección de denominaciones pornográficas, humorísticas, burlescas o paródicas, lúgubramente barriales, colocadas como capuchas fraguadas sobre nombres verdaderos para dar derecho a la golpiza o al asesinato”.

Dos diarios, dos redacciones paralelas. Pero también dos tipos de escritura posibles para esa época. Tuvieron que pasar años —y seguirán pasando— para que apareciera una nueva novela de este tipo. Como esos recordatorios implacables que publica *Página/12*, que revelan no una nostalgia sino un suceso histórico que retorna —y retornará— todo el tiempo. No solo por el duelo no realizado en cuerpo presente es que hubo que esperar años para llegar al cenotafio, sino por la propia enunciación en el discurso de Videla: desaparecidos.

Desaparecidos del discurso. Introduciendo una novedad flagrante, esta

novela revela como ninguna otra —quizá por la mediación de los años transcurridos, pero no solamente por eso— la posibilidad de reproducir y ocuparse del lenguaje del terrorismo de Estado y sus ejecutores. También de cierta militancia política, los discursos estereotipados, las consignas, hasta permitirse construir una entrada de diccionario, los vocablos del lenguaje totalitario, con una libertad crítica que hace de esta una novela diferente, en un territorio temático en el que se seguirá escribiendo. Pero será difícil, por no decir imposible para el que lo haga, soslayar estas *Redacciones cautivas*.

Comencé esta lectura con la primera frase de la solapa y quiero concluir la con la última: “*Redacciones cautivas* tiene algo de albergue, de resguardo para que la lengua pueda pensar el horror, para que encuentre palabras para decirlo”.

#### NOTAS

1. “Era el año 88: no había pasado tanto tiempo desde el restablecimiento de la democracia; no obstante, ya habían ocurrido los juicios a las juntas militares y ya luchábamos en las calles contra las subsiguientes leyes de impunidad, pues la primavera democrática iba virando hacia su otoño o hacia su invierno austral. Esas condiciones de posibilidad para narrar y para pensar un pasado van cambiando según las circunstancias de cada presente, pero puede ocurrir también que un texto de excepción aparezca y las transforme. Es lo que ocurrió con *Villa* en 1995 (no tantos años después, pero en un contexto distinto: el país de los indultos de Menem, la insistente invitación a la amnesia, la pretensión de que la frivolidad nos hiciera invulnerables). [...] [La novela] aportó una visión diferente. Por lo pronto, una inscripción cronológica determinante: la muerte de Perón, el imperio del lopezrreguismo, y solo después, el golpe de marzo del 76. Es decir, aquello que, precediendo al terror, ya era el terror, ya fue el terror” (diario *Perfil*, 3/11/2020).

En ese recorrido se podría agregar otros autores: *Ciencias morales*, del propio Martín Kohan, y *El colectivo*, de Eugenia Almeida, es decir, una manera oblicua de contar lo que nunca se dejará de contar. El catálogo no va a cesar, pero quiero referirme a la diferencia con que irrumpe la novela de Horacio González.



# Archivo y bricolaje

*Por María Pia López*

Acerca de los prólogos a las ediciones facsimilares de las revistas *Envido* (2011), *Pasado y Presente* (2014) y *Nuevo Hombre* (2015) (Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional)

Las revistas políticas, en las que grupos militantes esclarecían para sí mismos, discutían con otros grupos y presentaban a la opinión politizada del país sus diagnósticos y sus proyectos, son una presencia constante en nuestra historia. El propio González, protagonista fundamental de muchas de esas experiencias, ha contado esto muchas veces. Lo ha hecho, por ejemplo, en su libro *Historia conjetural del periodismo argentino*, pero también en muchos otros sitios, incluyendo dentro de ellos las presentaciones de las ediciones facsimilares de unas cuantas de esas publicaciones que formaron parte de sus múltiples emprendimientos como director de la Biblioteca Nacional, con especial énfasis en las que se editaban y leían por acá en los años sesenta y setenta. María Pia López revisa los prólogos de González a esas nuevas ediciones de esas ya añejas revistas argentinas, como prisma a través del cual pensar algunos núcleos fundamentales de su pensamiento sobre qué cosa es una época (González decía: el conjunto de sus tensiones irresueltas, de sus síntesis imposibles) y cuáles son las maneras de heredarla.

*... la historia puede ser pensada  
pero nunca sabemos en qué porción  
de ese pensamiento se refugian las  
burlas a las que nos somete.*

HORACIO GONZÁLEZ

## 1. Los restos

Aquí estamos. En el proceso de recordar. De preservar, en nuestra conversación, una obra. Horacio González escribió mucho sobre los modos de la memoria, sobre archivos y custodias, sobre el acervo escrito y la transmisión. Todo archivo es lacunar y frágil, se sostiene sobre la imposibilidad de su totalización, sobre lo dudoso de sus existencias, sobre la politicidad soterrada de lo que en él se guarda. González cultivó un modo vitalista de la memoria, de allí las tensiones con otros modos que se anclan en la conservación.

Restos y no reliquias. La reliquia es la pieza o fragmento que remite a una totalidad que debe ser recordada siempre idéntica a sí. Una reliquia es sacra, porta el aura de un pasado memorable y extinto. Es objeto de culto. El resto no, aun cuando provenga del mismo tiempo pretérito. El resto es fragmento disponible, es lo que está allí para ser solicitado en otra composición. El resto vive para un nuevo bricolaje —Horacio fue un lector insistente de *El pensamiento salvaje*— o para disolverse en un compost, productivo en su descomposición. Si la reliquia debe cuidarse como oro, no mezclarse, reclamar siempre su prístina identidad, el resto anda a los tumbos tratando de encontrar un nuevo destino.

Esta diferencia tiene consecuencias en el trato de los archivos nacionales como conjunto de textos y documentos. Porque una nación también es un conjunto de textos en los cuales navegar (y vivir, todo ello es preciso). En América Latina, la nación es resultado de la rebelión contra la opresión colonial y la herencia de la propia experiencia que se trataba de derrotar: su soterrada continuidad en la opresión de los pueblos originarios de la región. Es lucha emancipatoria y guerra de fronteras para valorizar las tierras, es enclave en el mercado mundial y disputas por la justicia al interior de un territorio. Reivindicar una experiencia nacional exige considerar esos desvelos y contradicciones. En *Restos pampeanos*, uno de sus libros fundamentales, González discute cómo considerar las naciones, desdeñando por perezosos los usos habituales de las categorías de comunidad imaginada o de recepción cultural. No por falsas, sino por obvias: quién no sabe que en la traza de la acción estatal se producen símbolos y narrativas dispuestos a forjar la pertenencia en común. Lo sabían José Martí y Leopoldo Lugones, tan en las antípodas. ¿Con qué modos de conocer se puede comprender las naciones y hacer justicia a esos formidables textos en los que fueron pensadas? Esa es la cuestión, porque “la praxis argentina es ante todo un conjunto de textos que debaten entre sí y pueden ser sometidos a una interpretación que los libere del engarce que los atrapa al artificio de la dominación”.<sup>1</sup> La nación es condición pero no límite para la imaginación política. A la vez, su historia, no es solo la historia de los dominios que se realizaron en su nombre sino también la de los pasadizos contruidos por las distintas disputas

**Aquí estamos. En el proceso de recordar. De preservar, en nuestra conversación, una obra. Horacio González escribió mucho sobre los modos de la memoria, sobre archivos y custodias, sobre el acervo escrito y la transmisión. Todo archivo es lacunar y frágil, se sostiene sobre la imposibilidad de su totalización, sobre lo dudoso de sus existencias, sobre la politicidad soterrada de lo que en él se guarda. González cultivó un modo vitalista de la memoria, de allí las tensiones con otros modos que se anclan en la conservación.**

por la justicia, que se nos presentan, también, como memoria de los textos, memoria en los textos. Cada escrito es un resto y cada resto un jeroglífico a descifrar, un enigma que nos solici-

ta. ¿Cómo tratar con justicia los textos del pasado nacional? ¿Cómo considerarlos en la promesa vital que portaban y no en la sujeción con las pinzas de una contextualización que, si bien es necesaria, nunca agota el sentido? Al mismo tiempo, ¿cómo no ejercer sobre ellos una violencia anacrónica, poniéndolos ante una vara que sería construida en épocas posteriores? Estos son los dilemas metodológicos de los libros

de ensayo de González, y es claro que nombramos metodología a una cuestión que está en el corazón de la política. Tratar con justicia los textos es considerarlos a la luz de las luchas en las que se inscribieron pero también en las del presente.

Lejos de la pasión del archivista por la catalogación total y la colección completa, el modo en que trae los añejos documentos es el del reconocimiento de la lacunaridad de la serie y de la vitalidad de sus fragmentos. Restos. Nada más y nada menos que restos. Un echarpe partido. Los restos no son ruinas —testimonios de la destrucción, como en Euclides Da Cunha o en Sebald—, sino solicitud.

## 2. Piedras

Las ediciones facsimilares de revistas por parte de la editorial de la Biblioteca Nacional, mientras fue director, contaban muchas veces con sus generosos prólogos. Ponían a disposición de los lectores una interpretación: cada revista hablaba de la época en la que se había producido, pero volvía a reclamar una lectura que no era solo la de la arqueología respetuosa. Las ediciones facsimilares fueron claves en el modo gonzaliano de pensar el archivo, no como disposición de un material guardado para quienes investigan, sino como cita a quienes podían considerarlas por vez primera. Un dispositivo más para su procurada cita entre generaciones. Prologa, entre otras, las reediciones de *Nuevo Hombre*, *Envido* y *Pasado y Presente*, fundamentales publicaciones de los años sesenta y setenta, producidas al calor de la intervención militante y de la búsqueda de una esquina propicia entre teoría crítica y praxis política. Esos estudios son claves para comprender su modo de intervenir sobre la memoria de los años de la revolución, sobre la producción del pasado como conjunto de restos.

González, se sabe, fue parte de la multitud de jóvenes conmovidos por la revolución. Militó en las izquierdas peronistas y discutió con el giro militarista de la conducción de Montoneros. Sobrevivió a la cárcel y estuvo exiliado. Ese compromiso político sería carne de toda su experiencia, como lo sería la condición de sobreviviente para todas sus intervenciones. Porque quien sobrevive de algún modo contrae una deuda con aquellos que no lo hicieron: la deuda de testimoniar, la de narrar, la

de volver comprensible, la de impedir el olvido. Horacio González asumió el lugar de construir una narración de la época y de la experiencia para que no resultara un lenguaje absurdo para quienes llegábamos, en muy distintos momentos, a la vida política. Narró menos la sevicia del terrorismo de Estado que la trama intelectual y política en la que había sido pensable la revolución. Fidelidad a las y los muertos, pero no en su carácter de víctimas sino en el pliegue viviente de sus compromisos. O mejor: fidelidad a un acontecimiento y a las personas que participaron en él. A diferencia de otros trayectos vitales, desplegados alrededor de la idea de etapas que se desmienten o corrigen en su sucesión, su biografía es la realización de una perseverancia, que no es repique de lo idéntico o lo inmutable, sino de un modo de tramar la presencia en el mundo y pensar su engarce político, de atender a las urgencias siempre modificadas de la coyuntura y a las tensiones renovadas de una época con un mismo tipo de comprensión sensible. En la Noche de los Bastones Largos, el 29 de julio de 1966, Oscar Terán estaba entre las y los ocupantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Ya nada había por hacer. Estaban rodeados. Terán recuerda que se asoma a una ventana y ve “la única imagen bella de esa noche”, a dos compañeros que arrojaban piedras a la policía: “vanas piedras, en fin, pero con unos giros que lucían como pasos de bailarines, como un gesto de rebeldía más estética y surrealista que política, o quizás todo eso a la vez”. Uno de los danzarines era Horacio González. Javier Trímboli —que puso este relato a disposición de los lectores— dice: “esas piedras no

fueron vanas porque estética y política no pueden sino ir de la mano”.<sup>2</sup>

Ese nudo entre estética y política estará presente en toda la obra de González como reflexión respecto de las formas expresivas y la construcción de lenguajes precisos: esa piedra que vuela es también la piedra en la que José Lezama Lima lee al Che Guevara: “Donde quiera que hay una piedra, decía Nietzsche, hay una imagen. Y su imagen es uno de los comienzos de los prodigios, del sembradío en la piedra, es decir, el crecimiento tal como aparece en las primeras teogonías, depositando la región de la fuerza en el espacio vacío”.<sup>3</sup> Pensar al Che desde la escritura de Lezama, porque no hay mito prístino sino pliegue barroco, y en ese pliegue, la tensión de una expresión americana. No hay derroche estético que vendría a enturbiar la limpidez de la política, porque esta surge de ese magma de lenguajes. Aprender un sentido en los acontecimientos exige detención en sus rugosidades.

La otra cuestión es la interrupción de una lógica de autoridad. Recuerda a otro momento narrado por el propio González:

una interrupción de una clase de Borges de Inglés Medieval, mientras fuera hervía el país [...]. La puerta corrediza del aula era pesada y abrirla producía un chirrido indignado, una hosca interrupción de un mundo de letras ajenas, ante las que un estudiante del CEFYL, que estaba a mi lado, iba diciendo, ante un Borges que desde el fondo había salido a cubrir la parada: “Venimos a levantar la clase porque han asesinado a Mussy, Méndez y Retamar”. El autor de *Poema conjetural* escuchaba

esos vocablos con una indignación genuina, sin condescendencia ni disimulo. Su ardua mandíbula inferior temblaba de ira...<sup>4</sup>

La escena es narrada en 2019, en un libro hermoso en el que González revisa la obra del escritor central de la literatura argentina. Había pasado medio siglo desde ese encuentro ante la puerta entreabierta de un aula y, entre tanto, ambos habían sido directores de la Biblioteca Nacional. Borges la dirigía cuando transcurre esa escena; uno de los jóvenes que irrumpen fue su más notorio sucesor y pensó su vínculo con el autor de *El hacedor* sin renunciar a la consideración lúcida de su obra y, a la vez, interrumpiendo el monólogo de la autoridad literaria.

### 3. Revistas

La Biblioteca Nacional fue genealogista y vanguardista. González la pensó como una nave y una máquina excavadora: “La Biblioteca es un centro de actividad cultural y de homenajes, pero excluye lo rimbombante, que invoca grandes representaciones de la cultura pero las deja inertes”.<sup>5</sup> La edición facsimilar de las revistas es clave en esa disposición sobre el pasado, porque en esta puesta en disponibilidad se esquinan la cultura del papel escrito (hay formidables archivos digitales de revistas, como AHIRA) y la idea de que es posible sostener una conversación con los escritos que surgieron en otras épocas. Conservación y conversación: la leve distancia entre una y otra palabra supone distintos modos de la memoria. En la edición de revistas se conjugan ambos. González funciona como mediador: fue su lector en el momento

en que eran publicadas y ahora las dispone para un público de distintas generaciones. Me detengo en tres, que nos permiten pensar las relaciones entre izquierda y peronismo y la figura del organizador cultural.

John William Cooke fue, para González, clave en la primera de esas cuestiones. No pocas veces recurrió a la tensa correspondencia que sostuvo con Perón para comprender el tejido de la rebelión y la bifurcación de caminos, que tendrían también sus localizaciones geopolíticas, porque si Cooke lo reclamaba desde Cuba, Perón insistía con la estadía en España. Cooke murió en 1968, un año después de la muerte del Che. En ese año escribió algunos apuntes que quedarían inconclusos, preguntándose si sería convertido en mito —imagen capaz de conmover las subjetividades llamando a la revolución— o en fetiche —santo congelado de una iglesia—. Esos “Apuntes sobre el Che” fueron publicados en la revista *Nuevo Hombre*,<sup>6</sup> en la que tenía un lugar central su compañera, Alicia Eguren. Poeta y militante, nacionalista y guevarista, Eguren fue tejedora de alianzas entre grupos de la insurgencia latinoamericana. El prólogo se cierra con un recuerdo:

al finalizar una de las clases multitudinarias que entonces daba en la Universidad, se acerca una mujer un tanto mayor (que hoy tendría como veinte años menos que yo) y me dice “bravo, profesor”. Quizás era una ironía, pues en esa época, uno no ahorra estereotipos, pero esa presencia que se vestía con elegancia y hasta exhibía un sombrero de alas anchas, inusual ya para ese estudiantado, era una curiosa visitante. Era Alicia Eguren.



Anotaciones y dibujos de Horacio González. Fotografía: Ximena Talento.

El recuerdo sitúa todas las dimensiones del tiempo: el escurridizo sentido de lo dicho, la inactualidad del aspecto de Alicia, la comparación entre edades en un tiempo y otro. En esa dificultad, hay que pensar estos escritos de presentación de González: trae lo que se escurre para dar cuenta de que eso sucede, no para aliviarlo con una confiada historia de las ideas.

El prologuista declara: “mis lecturas de aquellos tiempos no se guiaban por *Nuevo Hombre*”. La veía aquejada de un “déficit de historicidad”. Esas revistas que trababan lazos entre la experiencia popular y masiva del peronismo y las izquierdas insurgentes, antes podían leerse, ahora deben descifrarse. Un enigma que exige una comprensión arrojada sobre los modos en que una época hablaba. La época era la del corazón de la revolución y apenas nos resta pensar sus “lápidas museificadas”. Se comprende el problema de la historia, el que aqueja a una publicación en su propia época, el que surge cuando queremos volver

la vista hacia ella desde otro tiempo. Toda la obra de Horacio es un combate contra el déficit de historicidad —estamos usando la expresión que él toma de Rodolfo Walsh en su discusión interna con Montoneros—.

La revista de la que no solo fue lector sino uno de sus editores fue *Envido*,<sup>7</sup> desde el número 5, invitado por Arturo Armada. La recorre mientras recuerda el lugar de reuniones —Las Heras y Pueyrredón, a pasos de la Biblioteca Nacional— y el asedio de los hechos políticos a las templanzas filosóficas: se escribía sobre filosofía para intervenir políticamente, la militancia era prueba de la comprensión de la historia. La “época era una sola membrana transparente y solo se conocía a sí misma sin mediaciones”. Lee aquellos “párrafos ingenuos” que serían arrastrados por el curso violento de la historia: en su último número, el décimo, *Envido* intentó rendir un tributo a la ascendente organización armada y quitó de su subtítulo “Revista de Política y

Ciencias Sociales” para sumar esfuerzos al proceso revolucionario. No sin discusiones y disensos. No juzga lo hecho: no se puede hacer revistas sin saber que el dramatismo de la historia es también un cedazo que selecciona vocablos y expresiones.

*Envido* cierra su ciclo en Montoneros y *Pasado y Presente*<sup>8</sup> vuelve a editarse,

después de ocho años de suspensión, para declarar su adhesión a ese movimiento. Lo cual configuraría un ciclo más extraño, porque se trataba del grupo que, habiendo sido expulsado del Partido Comunista, procuró llevar adelante una actualización teórica y cultural bajo el signo del marxismo. En su primera época se ligó a la guerri-

lla guevarista —de ahí la discusión que va a surgir, décadas después, cuando uno de sus editores, Oscar del Barco, decide revisar el vínculo con la militancia armada—, pero cuando retorna se trata de interrogar al movimiento de masas, encuadrado bajo la identidad peronista.

Gramsci, tenazmente solicitado por los escritores de *Pasado y Presente*, se vuelve argumento para comprender el movimiento nacional y popular, y la parábola culmina con la inclusión de un artículo de John W. Cooke en el último número de la revista: “visto de otro modo, es un número cookista”. Dos años antes, González había editado una compilación de artículos

del filósofo italiano y su prólogo llevaba el título “Para nosotros, Antonio Gramsci”. Ese nosotros es el del peronismo y el ademán de recuperación es una intervención polémica frente a los “gramscianos argentinos”: Gramsci, entre nosotros, es Cooke. El movimiento del último número de *Pasado y Presente* parece ratificar esta posición, pero lo hace de un modo que para González es poco aceptable: declarando al peronismo como dato sin teoría, pura empiria. Modos de buscar esa esquina entre masas y revolución, en una mesa en la que los nombres que se ponen en juego son los mismos, interpretados en diferentes énfasis.

El estudio preliminar de González a esta revista, de la que fue lector polémico, es un tratado sobre los tiempos de la escritura y el de la lectura. Hay artículos que aún hoy se pueden leer sin melancolía ni como “profesional de la historia de las ideas”, porque poseen cierta intemporalidad. Otros nos sitúan ante “una necesidad y una imposibilidad de leer dos veces lo mismo, haciéndonos y haciéndolo distinto”. Pero también hay los que se inflaman con las llamas de la historia y son mojones de una travesía. González los lee cuidadosa y respetuosamente, porque “todos fuimos tocados, en distintas medidas, por esas oscuras maniobras de la razón y la historia”.

#### 4. Huellas

Hueco y hospitalidad. Sin oquedad, nada puede ser hospitalario, porque no hay donde alojar. Pero hay huecos inhóspitos. La H de Horacio conjugó uno y otro. Nos hizo lugar, nos hospedó: a lenguas diferentes a la suya, pero también a nuestros modos de dialogar

**Michel elige a los insurrectos, parte su banda roja de comunera y le da un trozo a uno de los rebeldes. En ese pequeño gesto, establece la continuidad entre una y otra pelea. González toma la escena para decir que “no es necesario preguntarse qué es lo que queda de la revolución. De la revolución nada queda. Porque la revolución, siempre, es lo que queda. Resto, excedente, sobra...”.**

con su lengua. Hoy, ante su ausencia, pienso esa H como tranquera, como lugar donde saltar o pasar por debajo, no la tranquera que clausura en su custodia, sino la que solicita el juego infantil, nuestras infancias siempre por volver, habitándonos.

H de huella, también. Huella en la que se inscribe a la vez el modo de conocer que he intentado describir, una geografía de textos o una biblioteca que puso a disposición, la generosidad para escuchar lo diferente, el compromiso nunca formal con el pensamiento, la pasión política. En las semanas posteriores a su muerte, el 22 de junio de 2021, se realizaron distintos homenajes y circularon en redes sociales y periódicos, conversaciones y correos, muchas anécdotas sobre esa huella en distintas trayectorias vitales. Uno de los más tempranos homenajes fue realizado por el sindicato de ladrilleros, la UOLRA, con la que tenía un vínculo muy cercano. Uno de los trabajadores dijo que con sus intervenciones “todos nos hacíamos un poquito intelectuales”. Otra trabajadora precisó: “nos enseñaba las palabras y a la vez su significado”. Quizá no haya modo más agudo de definir la tarea del intelectual-militante, del gramsciano organizador de la cultura, que ese enseñar a cualquiera a descubrirse un poquito intelectual. Lo hacía produciendo una ruptura sobre la temporalidad de la época, tensada entre el festejo de los adalides del orden del “fin de la historia” y la melancolía crítica que surgía de constatar “la revolución como pasado”. La revolución, reina del deseo en el siglo XX, había quedado sepultada en los escombros del muro de Berlín y enterrada en los campos de concentración creados por las dictaduras en América Latina. González

trabajó, cual viejo topo, para evitar ese cierre, pensando la revolución como resto y como don.

La revista *Nuevo Hombre* cierra su último número —17 de marzo de 1976— con un homenaje a la Comuna de París, la insurrección obrera derrotada, que persistiría en el imaginario de las luchas populares como el cielo asaltado. Tanto que Biale Massé en su *Informe sobre el estado de la clase obrera*, escrito en 1904, ve en la militante Virginia Bolten, una Louise Michel, la militante comunera que fue encarcelada y desterrada luego de la derrota.<sup>9</sup> Horacio narra un episodio tomado de las *Memorias* de Michel: en Nueva Caledonia, donde está deportada, estalla una rebelión canaca. La mayoría de los desterrados se ponen del lado de Francia. Michel elige a los insurrectos, parte su banda roja de comunera y le da un trozo a uno de los rebeldes. En ese pequeño gesto, establece la continuidad entre una y otra pelea. González toma la escena para decir que

no es necesario preguntarse qué es lo que queda de la revolución. De la revolución nada queda. Porque la revolución, siempre, es *lo que queda*. Resto, excedente, sobra, la revolución no es lo que primero existe y después deja una aureola que sus hijos tratarán de asumir, encauzar o retomar. La revolución es precisamente ese algo que queda y que existe solo porque es la aureola, el contorno iluminado cuya única existencia real descansa en ser fugaz. Una moneda fugaz, que alguien tiene en sus manos, como depositario de un incómodo residuo.<sup>10</sup>

En sus clases y escritos mantuvo ese gesto de cortar un echarpe y entregarlo.



Ahí, la huella. Porque recibir un trozo de echarpe es una exigencia, un llamado, como todo don. Una exigencia no a cumplimentar un camino semejante o a cultivar la repetición de lo hecho, sino a alojar, en cada trayecto vital, intelectual y político, la pregunta por cómo preservar ese estado de apertura comprometida con el mundo. No otorgar una reliquia para ser respetada y ampliar el museo de lo existente, sino pasar un resto para que un bricolaje lo devore. Porque siempre el canto será inconcluso aunque nuestras vidas encuentren su punto final, no debemos temerle a los restos como forma en que se nos presentan los momentos

anteriores de la historia, sino trabajarlos para seguir habitando el presente e imaginando el futuro. Entre sus últimos proyectos estuvo *Mojones*: una cantata, que imaginaron durante la pandemia con Liliana Herrero, Juan Falú y Teresa Parodi. Los mojonos son acontecimientos históricos de la nación y ocasión de pensar la vitalidad de su memoria. Cada canción es precedida de un pequeño texto de Horacio. Y es quizás el modo más intenso de considerar la memoria del que ya no está: en el cruce entre el arte y el pensamiento, la exigencia crítica y el homenaje dolido, el canto colectivo y la palabra singular.

#### NOTAS

1. Horacio González, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999, p. 423.
2. Javier Trímboli, "En memoria de Horacio González", en <https://cck.gob.ar/en-memoria-de-horacio-gonzalez-1944-2021/12772>.
3. José Lezama Lima, "Ernesto Guevara. Comandante nuestro", La Habana, Casa de las Américas, 1968.
4. Horacio González, *Borges. Los pueblos bárbaros*, Buenos Aires, Colihue, 2019.
5. "La nave va", discurso de asunción como vicedirector de la Biblioteca Nacional, junio de 2004. Publicado en *Página/12*, 27 de junio de 2004. [Nota de los editores: una transcripción de este discurso puede leerse en el presente número especial de *La Biblioteca*].
6. *Nuevo Hombre* publicó setenta números entre julio de 1971 y 1974. En noviembre de 1975, comenzó una segunda época de la cual editaría diez números. El último, el 17 de marzo de 1976. Ver *Nuevo Hombre. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2015.
7. La revista *Envido* publicó diez números entre julio de 1970 y noviembre de 1973. Ver *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2011.
8. *Pasado y Presente* se edita entre 1963 y 1966 (nueve números) y vuelve a salir en 1973 (dos números, el segundo doble). Ver *Pasado y Presente. Edición facsimilar*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2014.
9. Debo a un comentario de Matías Rodeiro este recuerdo.
10. Horacio González, "La mitad de un echarpe o un canto inconcluso", *Fin de Siglo*, nro. 3, septiembre de 1987.



Fotografía: Marcelo Huici.

# El Perón de Echeverría

Por Roberto Retamoso

Acerca de *Tomar las armas*  
(Buenos Aires, Colihue, 2016)

Una novela a la que su autor llamaba “noveleta”, para escurrir la presunción que —suponía— arrastraba declararse escritor de ficciones, le da el pie a Roberto Retamoso para interrogar la cuestión de los géneros literarios como meros rótulos cuando estamos ante el flujo de una escritura que pone a disposición y en estado de pensamiento una serie de temas, ya sea de modo más ensayístico o más ficcional. En *Tomar las armas*, la conspiración se despliega atenta a las instrucciones no siempre claras del Viejo, tenaz escritor de cartas y organizador de una suerte de Orden ferroviaria; el protagonista lleva el seudónimo de Echeverría, que le fuera endilgado por sus frecuentes citas del autor del *Dogma socialista*. Pero a esta lectura llega por incitación de otro Viejo, David Viñas, en un cruce en las cercanías de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En Echeverría están González y su hartazgo respecto de que las ideas políticas pueden enunciarse de modo claro y distinto. La novela es un juego de máscaras para pensar los hechos, porque solo podemos rozar el sentido del pasado si renunciamos a una repetición de las líneas en las que este fue hablado.

*A la memoria de Pepo Briggiler*

### La escritura y sus formas

¿Qué es una forma...? Un contorno, una figura, pero también un límite. Incluso —por qué no— una frontera, que separa un adentro de un afuera.

Por ello, las formas son huecas, inevitablemente. Lo que está dentro de ellas, su materia o sustancia, puede resultar muchas veces secundario, cuando no irrelevante: lo que cuenta, en todo caso, son justamente sus formas. Pero además, las formas son singulares o son genéricas. En ocasiones valen para un caso, en ocasiones para muchos.

Cuando valen para muchos, solemos hablar de géneros, y en un sentido más bien técnico y material, de formatos.

Es así que los géneros y los formatos son grandes *ordenadores* que las culturas utilizan para organizar la vastedad ubicua de los textos que las sostienen. Que las sostienen y que las dicen, cabría agregar, porque las culturas no son mucho más que eso, un entramado de textos donde una comunidad adviene, acontece, persiste y se expande, o se agota, cuando no sucumbe, a lo largo del tiempo.

De manera que los géneros —y los formatos— son una suerte de categoría abstracta y formal que funciona como la primera instancia de recepción de todo aquello destinado a leerse. Por lo mismo, son tan amplios como imprecisos. Decimos novela, decimos poesía, decimos ensayo, sin que eso signifique más que una especie de etiqueta o de rótulo, que se aplica indiscriminadamente a una variedad heterogénea de enunciados orales y escritos. Pero sin los cuales nada podríamos leer, puesto que son la

instancia primera donde el sentido se configura. No habría, así, lecturas sin géneros, ni tampoco formatos.

¿A qué vienen estos circunloquios?, podrá preguntarse quien lea estas líneas. A poder hablar de Horacio González, sería la respuesta. De Horacio González y su escritura, de Horacio González y sus textos, de Horacio González y sus libros, que son cosas semejantes pero no idénticas. Porque cuando leemos a Horacio González —pero no tan solo a él, sino, en rigor, a cualquier autor— *calificamos* eso que escribió, nombrándolo por medio de uno de esos rótulos, como si esa denominación fuese la condición misma de la posibilidad de leerlo.

Por ello la rotulación llega a sobrevalorar y exceder el campo acotado de un libro o de un texto, para proyectarse sobre el conjunto de la obra —de la escritura— que produjo ese autor. En este caso, Horacio González.

De ese modo, solemos decir que Horacio González es un *ensayista*, designación que pretende agrupar sus escritos bajo un común denominador: el del ensayo. Esa manera de nombrar sus escritos ha sido eficiente a lo largo de décadas, hasta el momento en que Horacio González decidió escribir novelas. Fue entonces cuando el rótulo dejó de funcionar, porque fue necesario reemplazarlo por otro.

Ello ocurrió entre 2014 y 2016, años en que publicó *Besar a la muerta*, *Redacciones cautivas* y *Tomar las armas*, tres genuinas novelas a las cuales el autor, haciendo gala de la ironía, pero, además, del pudor que lo caracterizaba, prefería llamar “noveletas”, no por su extensión menor, como suele entenderse, sino por su liviandad, un carácter que él mismo les imponía, acaso para justificarlas.

Noveletas según él, o novelas según nosotros, lo cierto es que se trata de tres textos en principio diferentes del resto de su obra, dado que ahora nos encontramos con ficciones narrativas o narraciones ficticias.

¿Pero cuán diferentes son respecto de los otros textos de Horacio González? ¿No poseen el mismo hábito reflexivo, el mismo sentido inquisidor que sus ensayos, sus estudios históricos e, incluso, sus crónicas? ¿No abordan las mismas cuestiones?

La respuesta no puede ser menos que afirmativa. Lo cual probaría dos cosas: una, que los rótulos no son más que

eso, rótulos, con perdón por la tautología; y otra, que la escritura suele ser un flujo multiforme o, tal vez, un cauce difuso, que arrastra materias, memorias, incluso despojos —*restos*, supo llamarlos González—, atravesando esos límites que la *ratio* de una cultura pretende imponerle.

### ***Aux armes, citoyens!***

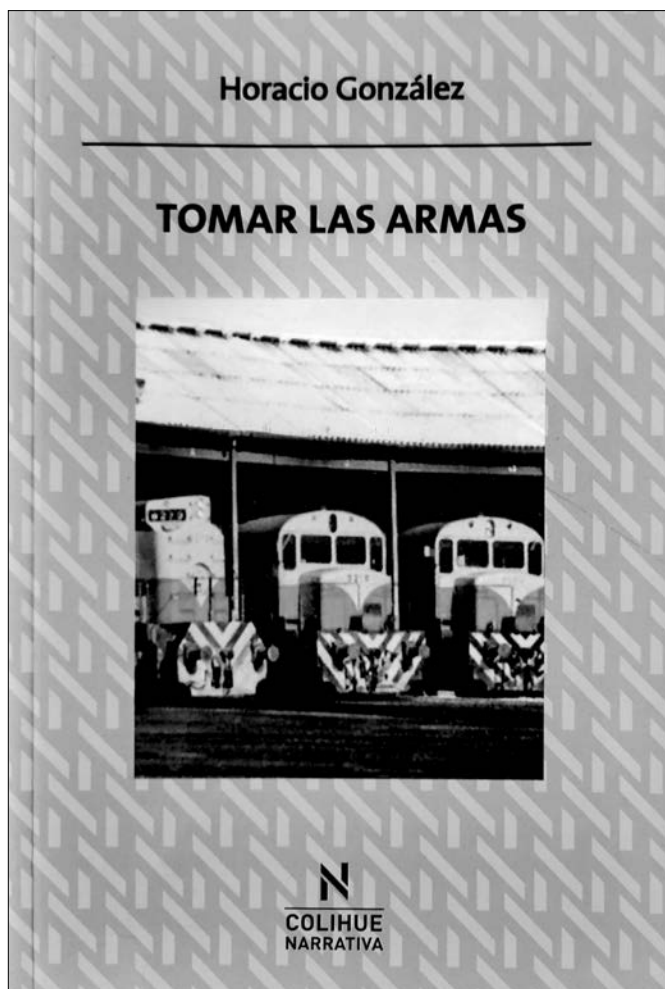
Pero acotemos lo nuestro: acá debemos hablar de la última de esas novelas, *Tomar las armas*, cuyo título enunciado bajo la forma del infinitivo se lee, además, como una prescripción o como una orden dicha en modo imperativo.

¡Tomar las armas...! El sintagma posee todo un linaje, que remite en principio a la Revolución francesa. Es cantado en el primer verso del estribillo de “La Marseillaise”, agregando un destinatario: los ciudadanos. Se trata, así, de una exhortación que impele a las armas no a los militares o guerreros sino a los meros ciudadanos, que devendrán a partir de entonces en combatientes.

¿No es ese, por otra parte, el sentido de todas las revoluciones que sucedieron a la de 1789, donde quienes empuñaron las armas fueron mayormente *civiles*, que arribaron a tamaña circunstancia conducidos por el sino de la Historia?

Una revolución consiste, de esa manera, en una suerte de desfasaje o desacople, por el cual ciertas personas, que tenían trazados otros destinos individuales y colectivos, se ven obligadas —por imperio de las cosas, como suele decirse— a “tomar las armas”.

Pero una revolución —y esto es *medular* en el asunto que plantea la novela de Horacio González— no supone



como *conditio sine qua non* el uso de la fuerza, ya que ese uso es una opción para nada fatal, que puede ser asumida —o no— por los revolucionarios. Y que cuando es asumida, afirma la novela, lo hace a título de sacrificio, incluso de martirio. Por ello, el uso de la fuerza o de las armas con fines insurreccionales muchas veces conlleva enormes y profundos conflictos éticos: ¿es lícito hacerlo? Y si lo es, ¿bajo qué condiciones o circunstancias?

Pues bien, es ese y no otro el dilema con que se enfrenta el narrador-protagonista del relato gonzaliano, un joven estudiante de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires durante los años sesenta del siglo pasado.

No puede ignorarse que esa situación puntual remite a un inmenso debate, propio de aquel entonces, desarrollado dentro del movimiento peronista —aunque también fuera de él—, referido a la pertinencia o la necesidad de tomar las armas para llevar a cabo sus objetivos políticos. Sin embargo, no es necesario desplegar aquí los pormenores de aquella cuestión, ya que esa tarea corresponde a otra clase de escribas.

Lo que sí debemos recordar es que, ya en los primeros capítulos, ese narrador relata su ingreso a la Facultad de Filosofía, donde dos hechos habrían de marcarlo de modo decisivo: un encuentro azaroso con David Viñas, que le dice “Hay que leer a Echeverría, pibe, a Echeverría”, y oír hablar del Viejo, de forma insistente y reiterada en los pasillos de la Facultad, hasta presenciar una corrida, con un disparo al aire incluido, por parte de un policía, que con sus colegas intentaba dispersar una manifestación a su favor.

Echeverría y el Viejo serán, entonces, los signos o los símbolos que orienten su rumbo futuro. ¿La conjunción

resulta extraña? Hasta cierto punto, podría decirse. A Perón lo seguían numerosos peronistas que pretendían tomar el poder por las armas para consumir una verdadera revolución, liderados por organizaciones guerrilleras. Echeverría, por su parte, había escrito textos altamente dramáticos, en los que se interrogaba acerca de la validez de las formas cruentas en la lucha política. En ellos pintaba a quienes se volcaban a las armas como verdaderos mártires, que sacrificaban una vida dedicada a las ciencias o las letras en pos de derrocar al tirano.

Iluminado por esas angustiantes reflexiones, el narrador-personaje de González sostendrá que tomar las armas está más cerca de una elección existencial que de un sentido determinado previamente. No se trata, para él, de cumplir con la fuerza ciega de la Historia, sino de situarse en sus contradicciones y sus ambigüedades, con el fin de vislumbrar aquello que se corresponda con su *ethos*.

Con una particularidad, debería agregarse: ese narrador no enfrenta esos dilemas como protagonista sino como *pensador*, como alguien que más que llamado a participar de esos momentos trágicos, se halla abocado a desplegar sus pliegues, a develar sus enigmas, por más que esa tarea sea tan ardua como infinita.

### **Echeverría, la Historia, la Lengua**

Precisemos: ese personaje que narra su historia posee un nombre, Echeverría. No es su nombre real, verdadero, sino un nombre vicario. Pero tampoco es un *nom de guerre*, tan frecuente entre sus contemporáneos. Es un nombre que le ha sido asignado por

un desplazamiento, o mejor dicho, un deslizamiento semántico: puesto que siempre menta a Echeverría —que es el objeto de sus desvelos, sus lecturas, sus meditaciones y sus escritos—, quienes lo rodean terminan llamándolo de esa manera.

Es por ello que los otros le llaman Echeverría, por medio de una asociación que, según el narrador, es común en los usos populares de la lengua (a una persona suele llamársela, por ejemplo,

con el nombre del club de sus amores, explica).

Esa observación no es irrelevante: anticipa, allí, toda una teoría de la lengua que la define por sus ambigüedades, sus insuficiencias, sus equívocos y, sobre todo, por la ausencia de una correspondencia plena entre las palabras y las cosas.

Echeverría posee, de tal modo, no solo una teoría de

la lengua, sino también una teoría de la historia. Ese semblante teórico tiene que ver, por otra parte, con su condición de intelectual, puesto que más que ser un hombre volcado a la acción, es un hombre que gusta de pensar en ella. No le rehúye, podría agregarse, aunque aclarando que antes que protagonista pleno, es un pensador que la acompaña reflexivamente.

Situado en ese momento y en ese lugar de la historia argentina, Echeverría está iniciándose en el mundo del pensamiento y en el de la política (también

en el del amor, deberíamos añadir, dado que ha conocido a Estefanía, una compañera de estudios que lo deslumbra con su rubia cabellera rizada).

Su pensamiento —y su mirada, por ende— tiende a poner en cuestión todo lo que se le presenta. Cuando habla del pasado dice: “Lo pasado parecería lo elemental que está detrás. Lo accesible en su pureza”. Pero al preguntarse si el pasado “es tan natural”, surge de inmediato la vacilación, que puede irrumpir también en la palabra del otro. Cuando Sebastopol, uno de los personajes de la novela, refiere su tarea como fumigador de insectos, particularmente de esas arañas conocidas como “viudas negras”, pregunta —no sin dramatismo—: “¿Esta es una historia de arácnidos, de los amores que matan o de las riquezas agrícolas y minerales del país?”.

La historia, para Echeverría —que puede hacer suya la palabra de su interlocutor sin inconvenientes—, supone napas de sentido, superpuestas a la manera de un fractal. Por ello sus reflexiones parecen deslizarse sobre un conjunto de cuestiones implícitas, pero no por ello carentes de presencia: ¿qué es la Historia?, ¿qué ve el que escribe la Historia?, ¿qué Historia narra ese que la ve?

Por otra parte, el problema no es solamente la Historia, sino también las palabras que la cuentan. Echeverría evoca un bar llamado Moderno, del que dice que “desde su primer día ya fue pasado”. Los bares no se llaman El Pasado, añade, pero nunca son modernos. “Lo moderno siempre está en el pasado”, continúa, “solo que hay varios tipos de pasado”.

Así, palabras tan comunes como “moderno” o “pasado” exhiben no solo sus límites, sino además sus equívocos,

**Noveletas según él, o novelas según nosotros, lo cierto es que se trata de tres textos en principio diferentes del resto de su obra, dado que ahora nos encontramos con ficciones narrativas o narraciones ficticias. ¿Pero cuán diferente son respecto de los otros textos de Horacio González? ¿No poseen el mismo hálito reflexivo, el mismo sentido inquisidor que sus ensayos, sus estudios históricos e, incluso, sus crónicas? ¿No abordan las mismas cuestiones?**

por no decir engaños. Y las palabras confunden o engañan, según Echeverría, porque, aparentando decir una cosa, en realidad terminan por decir otra.

Una vez más, estamos ante el desacople de las voces en relación con el sentido; ante expresiones que no guardan correspondencia con las ideas o los significados que intentan manifestar. Dice Echeverría: “si tuviera un telescopio ajustable [...] dejaría el pasado en estado de nitidez”.

¡Si tuviera un telescopio, es decir, un aparato, es decir, un instrumento mecánico, es decir, una herramienta extraña y ajena respecto de su ser, podría ver con nitidez al pasado! Pero eso no es más que una irrisoria ironía. Porque Echeverría dice que al pasado “lo tiene descrito en su prosa afectada”, hecha estropicio por subordinadas, períodos a veces inacabables y adjetivaciones sobrantes. Dice asimismo: “Todos saben, por otra parte, que un enfoque claro y distinto es imposible”. Recuerda que sus temas son confusos y que su prosa enmascarada “se parece al pasado”. No hay claridad en lo que ve o recuerda, como no la hay en las palabras que intentan referirlo. De su prosa dice además que es “anfractuosa, quebrada, con sonidos guturales” y que “regurgita como un bebé, un no sé qué indiscifrable”. Y remata: “¡Claro y distinto! De ser posible, yo cancelaré esa consigna, fruto de una mera contingencia filosófica”.

¡He ahí a Echeverría, el teórico de la historia y de la lengua...!

### El Gran Maquinista

Ya hemos dicho que Echeverría es un “seguidor” del Viejo, como tantos

jóvenes de su época. “La palabra Viejo comenzó a hacerse luminoso talismán en mi boca”, recuerda.

Un talismán: pero también un imán o un ancla capaz de arrastrar las palabras “en un cieno promiscuo que yacía alrededor”. Por ello, todo naufraga en aguas profundas, no del mar, sino “en las correntadas acuosas del Viejo”, expresión que, según Echeverría, refiere tanto “a la palabra ‘Viejo’” como “a las palabras del Viejo”.

El nombre del Viejo y sus palabras devienen, así, en correntadas. No por sorprendente, la metáfora carece de sentido: las corrientes de agua —ya sean fluviales u oceánicas— son una masa líquida dotada de una potencia vastísima. Por momentos, son irrefrenables o incontenibles... ¿como el habla del Viejo?

Pero la metáfora no se agota allí. Echeverría agrega que esas palabras son “más que acuosas, más que húmedas” —¿el exceso absoluto de lo acuático, su desmedida hipérbole, su transmutación en una sustancia y una fuerza que, desde sí, las trasciende?—, porque eran también “una forma infinita del regadío, una pista de patinaje quebradiza, pastizal que dejaba escurrir un fino rocío”. Palabras “como espinazos”, que “al pronunciarlas se mojaban en el acto”, y que “se hallaban respaldadas por el agua”.

Tal el discurso de Echeverría, poblado de metáforas, de símiles, de devenires verbales que parecen no cesar nunca. “Hablar es insistir en decir, variando los dichos sin que el sentido se plasme por más que se insista”, diremos ahora nosotros, tratando de parafrasear sus recurrentes perífrasis.

Con ese lenguaje, Echeverría llama al Viejo “el Gran Maquinista”. Por su parecido lexical y semántico, esa denominación evoca otra muy popular por



aquellos tiempos: “el Gran Timonel”, que designaba a Mao Tse-Tung, con quien Perón sentía grandes afinidades. Son claras figuras que representan a un Gran Conductor, ambos lo eran. Pero acá la metáfora no carece de sentido literal, que en vez de hallarse relevado como ocurre en cualquier metáfora, se halla presente, puesto que la expresión puede leerse tanto de manera figurada como literalmente.

En el relato de Echeverría, el Viejo será el conductor de una Orden, una organización informal, inabarcable y sin jefaturas intermedias, destinada a adentrar una multitud de voluntarios en su pensamiento, y que en vez de ser clandestina, se reúne en espacios facilitados por los ferrocarriles, instituciones que representaban el arco troncal de la Argentina, como pensaba Scalabrini Ortiz.

A esa Orden asentada en los espacios ferroviarios el Viejo habrá de convocarlo. Y lo hará por medio del instrumento que utilizaba para comunicarse con sus seguidores: sus cartas manuscritas. Ese recurso conjuga una serie de caracteres propios de una tradición no solo nacional, como son las epístolas remitidas desde un remoto exilio. En eso, el Viejo es un personaje clásico.

Un personaje clásico en una escena asimismo clásica, podríamos precisar: la distancia que impone el exilio supone una lejanía que no es solo espacial, ya que también lo es en el plano del tiempo. Las cartas vienen del pasado, podría decirse, con todo lo que de inquietante supone esa idea. Sin embargo, en el caso de Echeverría las misivas muchas veces aparecen “en tiempo real”, como se dice ahora. Ello intensifica la presencia fantasmal del Viejo, ya que no resulta necesario mantener un vínculo efectivo con él. “Me

bastaba saber que estaba en alguna parte del mundo escribiendo miles de misivas”, relata Echeverría, indicando que esas cartas conformaban un círculo mortal —epistolar— sobre sus enemigos.

Las cartas del Viejo son, entonces, poderosas armas de la lucha política. El Viejo las utiliza tanto para cercar a sus enemigos como para orientar a sus seguidores, ocupándose de que ninguno cobre vuelo por encima del resto. Se trata de un principio homeostático inherente a la ciencia y al arte de la Conducción. Escritas con un tono campechano y un estilo inspirado en la elocuencia clásica de pensadores antiguos, esas cartas mechan dichos, proverbios y refranes enraizados en el habla prístina del pueblo. Son políglotas aunque su lengua sea la misma. No carecen de enigmas, o de un gran enigma relativo a su sentido posible cuando no a su probable veracidad. Son textos a descifrar, por más que su superficie se muestre cristalina. En consonancia con ello, asimismo es enigmática la figura de quien las redacta. Otro de los personajes de la novela, el guarda que lo acoge a Echeverría en su incursión por los talleres ferroviarios de San Martín, dirá al respecto: “El Viejo no tiene domicilio sino refugios, no tiene paradero sino mutancia, no tiene dirección sino mandatos, no tiene relaciones sino símbolos, no tiene recopilaciones sino cartas... Incluso, no tiene nombre”.

### **Pedagogía del martirologio**

¿Para qué quería el Viejo a Echeverría en los talleres ferroviarios situados en San Martín? Para que actuase como profesor en una escuela de formación política. En una escuela “de cuadros”. Viaja entonces hasta ese lugar, donde

lo recibe ese guarda, que es la vez uno de los carteros que distribuyen las cartas del Viejo por todas partes y bedel de la escuela.

El guarda o bedel le explica que en esa escuela se dictan diversos talleres para los alumnos. Hay uno sobre Ocupación Territorial, otro sobre Historia Objetiva de la Insurrección, y el suyo, sobre Ética del Hombre Armado. Por otra parte, se permite sugerirle tópicos para las clases, como la correspondencia del Viejo con Cooke, una entrevista en la que Carlos Olmedo expone sus ideas y un estudio sobre el martirologio de Dorrego, aclarándole que todo está supervisado por “el que te jedi”.

Los alumnos de su taller son tres, llamados con nombres de importantes batallas históricas: Sebastopol, Cunnas y Maipú. No ocultan sus nombres reales, pero en la Orden es menester llamarse de esa manera alegórica.

El novel profesor comienza así a dictar sus clases, que tienen como objeto los escritos de Echeverría, en los que irrumpe con una fuerza inusitada la cuestión del martirio en la lucha por medio de las armas. ¿Los caídos en combate contra la tiranía son combatientes o mártires?

Advierte junto con sus alumnos que los mártires de los que hablaba Echeverría pertenecían todos al bando unitario, aunque en algún lugar de su obra vacila y admite la posibilidad de que hubiera mártires en ambos bandos.

Pero más allá de esas cuestiones temáticas, como suelen denominarse, en sus clases primerizas se encuentra con situaciones que lo llevan a reformular sus supuestos acerca de la enseñanza, basados en el ejemplo de sus profesores universitarios. Para su sorpresa, comprueba que con sus alumnos no basta

con explayarse mediante derivas discursivas, a la manera de una inacabable *digressio*, hasta arribar, partiendo de un tópico inicial, a numerosas estaciones imprevistas. Por el contrario, sus alumnos del taller copian lo que dice como si fuese un dictado, lo cual le hace revalorizar el papel de la memoria en el aprendizaje de asuntos trascendentes.

Sin embargo, lo más significativo desde el punto de vista del relato, lo que puntúa y modula el devenir de sus clases, es la aparición reiterada de cartas del Viejo, donde comenta, con suma precisión, distintos aspectos de su enseñanza. El Viejo le dice, por ejemplo, “Conozco al dedillo, como quien dice ‘de naranjo’, los pasos que usted ha dado, su análisis del tema martirologio, tan cercano a mi propia percepción del tema, y su especial atención hacia el concepto de soldado argentino, que figura muy sustancialmente en los escritos que usted maneja”.

Pero no siempre las cartas manifiestan esas coincidencias plenas o enfáticas aprobaciones por el estilo. En ocasiones, acordando en apariencia con lo que expone en sus clases, el Viejo señala veladas objeciones que pueden equivaler a una quita de adhesión o de apoyo. En otra carta le dice: “Con atención que no tiene desmedro he seguido sus apuntes de historia sobre la polémica de Echeverría y De Angelis. Hace bien, en mi modesta opinión, en considerarla un callejón sin salida, como suelen decir los muchachos”.

Hasta que se produce el temido —¿y acaso esperado, aunque fuese inconscientemente?— momento de su destitución, de su baja como profesor en esa escuela funambulesca. La última carta que recibe expresa que “hay cierto mar de fondo contra usted”, evitando mencionar las fuentes del polígono.

Magnánimamente, también le dice que “lo exime de toda y cualquier responsabilidad”, sin evitar por ello el fatídico *dictum* que afirma: “Sea como sea, le recomiendo que dé por concluidas a satisfacción sus clases, que sé que fueron del agrado de todos, y demos por finalizadas sus funciones con el agradecimiento infinito de quien suscribe estas líneas”.

### La trama de la historia

Lo que hemos apuntado hasta acá, acaso un tanto desordenadamente, son ciertas cuestiones expuestas en la novela que juzgamos relevantes, sin que ello signifique que no haya otras que también lo sean. En todo caso, son las que nos parecieron dignas de subrayar en esta reseña.

Pero no podríamos concluir este comentario rápido sin añadir que todos estos asuntos están tramados por medio de una precisa y rigurosa forma novelesca. Esa forma supone un momento actual de comienzo y conclusión, en el que el profesor Echeverría aparece solo en la vieja casa que habita desde hace años.

Allí se encuentra condenado al ostracismo en que lo sumió su destitución como profesor de la escuela de cuadros

por parte del Viejo, y el ulterior fracaso de una asonada o conato revolucionario que intenta consumir la Orden, llevado a cabo por trenes que atraviesan el país promoviendo el levantamiento en contra de las autoridades de turno. La aparición, al comienzo de la novela, de Sebastopol, uno de sus antiguos alumnos, y de Estefanía, aquella joven compañera de la que se sintiera enamorado, será el detonante que abra y despliegue su memoria y su relato. Que habrán de cerrarse volviendo a ese encuentro con Estefanía y Sebastopol mediante un perfecto movimiento circular, cuando reaparezcan asimismo los otros alumnos de sus clases, junto con otro personaje destacado en la novela, su rival ideológico y personal, Alterius.

La narración —el relato— consistirá en contar, de esa forma orbicular —como si esa vuelta al origen tuviese tanto de redención como de augurio—, su historia. Que es singular pero también común, colectiva, porque es la historia de una generación que decidió seguir al Viejo en sus avatares por la Historia, y aún más allá, después de su partida.

Que lo siguió como a un padre amado pero también ingrato, capaz de abandonar a sus mejores hijos en circunstancias ciertamente trágicas. ¡Como si fuesen esos mártires de los que hablaba Echeverría...!



Fotografía: Ediciones BN.

# Un vitalismo prudente y sobrio

*Por Patricia Funes*

Acerca de *Manuel Ugarte. Modernismo y latinoamericanismo* (Buenos Aires, Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2017)

Entre los capítulos menos frecuentados del antiimperialismo latinoamericano, tal vez por tratarse de una trayectoria que no puede ser clasificada bajo los sellos que la obviedad a menudo facilita, está el de Manuel Ugarte. Gran escritor, orador y duelista, Ugarte consagró su atención a problematizar el socialismo a partir del drama concreto de sus pueblos, sin temer a un llamado patriótico, desacreditando cualquier idea de socialismo que se guiara por principios abstractos sin asumir ese mandato urgente de la hora. Tal vez en su vocación modernista, sensible al problema de la nación, en el vitalismo “prudente y sobrio” de su lengua, en su pesimismo intelectual y en su destino de escritor “maldito, perseguido, silenciado”, haya que encontrar los dignos motivos que inspiraron a Horacio González a ocuparse de la obra de un gran escritor que nunca frecuentó el camino de la consagración ni de la estridencia.

Cómo se expresan modernismo, latinoamericanismo y antiimperialismo en la obra de Manuel Ugarte son las preguntas que entrelaza Horacio González (en adelante, Horacio) en su libro. Esa urdimbre trama otras cuestiones que se iluminan a partir de su análisis. Unas, propias de ese “Juan Bautista del hispanoamericanismo”, como lo llamó Gabriela Mistral, otras, de esa mancha modernista en la que inicialmente se inscribe la obra de Ugarte, también, en los énfasis de la lectura de Horacio: la nación, el socialismo, la nación y el socialismo, las multitudes, la *raza*, las formas de la política y sus sensibilidades. Muy tempranamente Ugarte quiso ser escritor. Hijo de una familia acaudalada (caudales que no serían infinitos), en la Francia de comienzos del siglo pasado se propuso vivir de aquello que escribía. Así, la crónica se le impuso como forma y posibilidad. La crónica periodística era el escaparate de lo moderno: expresión y experiencia de la fugacidad, la inmediatez, lo sagrado y lo profano, las bellezas y su contrario. París era la meca que todo lo concentraba: las cotidianidades de salón, el murmullo de las multitudes, la política, las artes, las magias ocultistas, las mujeres deseables, las izquierdas, las derechas y los bulevares.

El modernismo —una valija donde cabían muchos viajes, como señaló Ángel Rama— adoptó la crónica para auscultar lo social y lo nuevo. José Martí escribió entre 1880 y 1892 más de cuatrocientas crónicas sobre Latinoamérica, Europa y Estados Unidos para muy diversos diarios de la región y las llamó “pequeñas obras fúlgidas”. Otro tanto podría decirse de Manuel Gutiérrez Nájera o de Rubén Darío. Este último prologó las *Crónicas del bulevar* de Manuel Ugarte y señalaba ese empeño por vivir de la escritura:

“Poeta, ha cantado a los caídos; periodista, ha procurado difundir entre nosotros las ideas que cree justas y verdaderas. Siendo persona de fortuna, hace una vida retirada, modesta; estudia y trabaja”. Y Darío se pregunta por qué, sin tener necesidad, ha escogido “el oficio de cronista, duro y dificultoso, sobre todo en este vasto caleidoscopio de la capital de las capitales respecto del reposado del libro, más intelectual, más fundamental”. Ugarte pareciera responder a esa inquietud de Darío que presupone una colocación en la incipiente cofradía intelectual: las musas no admiten soborno, dice, “si alguien publicaba un libro por su cuenta, quedaba descalificado. No cobrar en los diarios las colaboraciones era pasar por esquirol. Había que entrar a la literatura por la puerta grande [...] que cierra las puertas al diletantismo y afianzaba la responsabilidad profesional”.<sup>1</sup> Horacio ubica, dentro de esa tendencia general, la singularidad de Ugarte, diferenciándolo, entre otros, del prologuista “ajeno a orientar políticamente a las almas colectivas, sentimiento que en cambio muy tempranamente tuvo Ugarte”. Los trasiegos por el socialismo rioplatense (con las adhesiones, los rechazos y las idas y vueltas) y su adscripción a determinadas vertientes de la Segunda Internacional arraigadas en Europa (más cerca de Jaurès que de Bebel, apunta Horacio) imprimen desde sus primeras crónicas el rechazo al decadentismo y la vida muelle de “lo justo, lo bueno y lo bello”, habida cuenta de que “la existencia borboleeante y atormentada de su época no daba lugar a tan altas prescindencias”. Algunos cisnes y metáforas de una libertad atrevida y voluntariamente artificiosa caben en su escritura pero no en su pensamiento.

Una misión que se propone desde la primera crónica es pensar la relación entre periodismo, masas y política, para desarmar el rumor y el murmullo de la ciudad moderna: la difamación. Horacio se detiene en ella. Ugarte explica las infamias que Émile Zola recibía de la derecha francesa por su intervención en el caso Dreyfus y la respuesta estoica del escritor del *Yo acusó*: “habiendo intervenido en una cuestión altamente política sé que hay que aprender a tragar un sapo frío todas las mañanas”. El interrogante de Horacio es de dónde viene esa sentencia que se ha detenido en tantas estaciones de la historia. Y elige esa deriva para saltar a la frase (más simplificada, explica) de Juan Domingo Perón: “si estamos en política, es menester tragarse un sapo todos los días”, gambito para decir que Ugarte, “luego de tantas peripecias biográficas”, sería embajador en México, Nicaragua y Cuba, designado por Perón, entre 1946 y 1950. Y, nuevamente, trastrueca las temporalidades de manera cómplice aconsejando que no nos apresuremos porque “falta mucho tiempo todavía para ese encuentro”.

Horacio se pregunta en qué momento Ugarte comienza a invocar con tanta fuerza la palabra “imperialismo” (y su par contradictorio el antiimperialismo). Ugarte dedicó numerosos escritos a una insistente prédica contra las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos y por la unidad latinoamericana. La denuncia del imperialismo norteamericano fue su obsesión y pasión. En un temprano opúsculo de 1901, Ugarte desnudaba los propósitos históricos de EE. UU.: “Basta un poco de memoria para convencerse que su política tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominio en zonas

graduadas que se van ensanchando primero con la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas”.<sup>2</sup> La manera de contrarrestar ese peligro era la unidad de los países de América Latina que, en su ideario de “latinidad”, constituían una sola nación, o —más precisamente— una *patria grande*.

Esa latinidad reactiva que se volvió afirmación en los albores del siglo pasado era resultado de los efectos de la guerra de 1898, la pérdida de los últimos dominios imperiales de España: Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y su contracara, el avance de los Estados Unidos a través del panamericanismo, el monroísmo, la anexión de Puerto Rico, la Enmienda Platt a la Constitución cubana. Esto también se ligaba a la crecientemente crepuscular idea decadentista que no solo anegaba los ánimos en la España del “desastre”, sino que también se mostraba residual en el pensamiento francés después de la guerra franco-prusiana.

Entre esos derroteros, Horacio recorre los nudos inspiradores de la insistente prédica por la unidad de América Latina de Ugarte: el Bolívar de la *Carta de Jamaica* y del *Discurso de Angostura*, los escritos de Monteagudo y, por supuesto, el *Nuestra América* de Martí. También señala las distancias de los escritos de Ugarte respecto de aquellas versiones estetizantes de la oposición latinos/sajones en los varios *calibanes* que surgen a partir de 1898: Groussac, Darío, Rodó. Porque para él la llave que abre la consideración sobre el imperialismo en la interpretación ugarateana es —por entonces— la omnipresente hermenéutica de las “razas”. Tengamos en cuenta que el fenómeno imperialista está en pleno desarrollo y el concepto concomitante

aún no ha sido analizado por Hobson y menos aún por Lenin. De Renan a Le Bon, el latinismo era una calle por donde transitaban interpretaciones idealistas/espiritualistas, pactistas y racialistas positivas, es decir, “científicas”, para analizar lo social tanto en las metrópolis como en los espacios coloniales o subalternos.

Frente al tenaz ensayismo de microscopios, aludes, crisoles, taxonomías, leyes de las sangres, taras y minusvalías expuestas en las muy recorridas “psicologías sociales” de la primera década del siglo en la región, Ugarte elige otros senderos, no sin mostrar vacilaciones ambivalentes. Pero, incluso, en su libro *Enfermedades sociales* (1906), intentó despojar de cargas somáticas fatales el concepto de raza. Así en “La raza”, de sus *Crónicas del bulevar*, se alejaría desde temprano tanto del mensaje olímpico de Rodó como de la crudeza del análisis biólogo-darwinista, por caso, de Carlos Antonio Bunge o de Alcides Arguedas, quizá conservando su lógica de dominancias y subalternidades. Sabemos que la raza ha sido un concepto transeúnte y muy versátil en los discursos del poder y del orden. Ugarte lo atraviesa de colores culturalistas en el péndulo de metrópolis-colonias en el orden internacional, politizándolo. A veces es sinónimo de pueblo o lengua o de notas primordialistas-idiosincráticas. Instala el problema en el contexto de la expansión colonialista de Europa (y de Estados Unidos) restándoles legitimidad política a esos pretextos civilizadores. La raza, entonces, “es la única valla que pueden oponer los débiles a la ambición de los fuertes porque es indivisible e imborrable y resurge a pesar de todo”. “Decir raza para Ugarte —escribe Horacio— es aludir a la

última estribación que caracterizaría el genio irreductible de un pueblo”. Su uso no es biólogo sino *rubendariano*, y ese rasgo de sus primeras obras de alguna manera sobrevolará en las posteriores, incluso en párrafos vibrantes que sobre este y otros asuntos “dejan cierto estremecimiento en la percepción de quienes serán los lectores futuros, es decir, nosotros” (p. 33).

El latinoamericanismo de Ugarte se va construyendo narrativa y conceptualmente cuando deja Francia para viajar por Estados Unidos y luego en ese periplo por veinte países de América Latina entre 1911 y 1913. Conferencias, mítines agitadores y vibrantes (no exentos de boicots por parte de los EE. UU.) y las crónicas que compila en varios libros lo vuelven una temprana referencia antiimperialista para obreros, campesinos, pensadores y para un potencial actor social que estima imperioso reforzar: las juventudes (más adelante sería el principal orador en el acto de fundación de la Federación Universitaria Argentina en las Jornadas de la Reforma Universitaria). Augusto César Sandino, por ejemplo, reconoce esa magistratura política en una carta a Ugarte en 1933, dirigida al “distinguido hermano racial”, en la que afirma que sus escritos “nos han servido de estímulo en nuestra gran jornada libertaria de siete años, que apenas son los preliminares de la gran batalla espiritual, moral y material que Indoamérica por su independencia tiene que empeñar contra sus tutores Doña Monroe y el Tío Sam”. Su recepción es más generosa entre sus pares latinoamericanos que en los de su país (el nuestro). Otro tanto su campaña en defensa de la Revolución mexicana (una vez sorteado algún equívoco respecto de



Porfirio Díaz). Horacio no se detiene demasiado en estos sentidos, quizá se vea relevado de hacerlo ya que en varias ocasiones cita o remite al estudio preliminar de María Pia López sobre el libro *La patria grande*<sup>3</sup> (el libro que reseñamos le está dedicado) o bien a la señera obra de Norberto Galasso.

Pensamos que la estrategia, o mejor, el fluir del análisis de Horacio es otro: recorta la obra de Ugarte haciéndola dialogar en el no sencillo bosque de ideas disponibles. Ejercicio comparativo para definir quién *no* es Ugarte y, en espejo, asir su vida y obra. Porque latinoamericana o contenida en los perímetros estatales, aparece insistente la demandante idea de nación. Allí Horacio problematiza la colocación de Ugarte respecto de las obras de Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez, José Ingenieros o Ricardo Rojas en torno al Centenario. También, las tirantes relaciones con el Partido Socialista que desembocan en su renuncia/

**Pensamos que la estrategia, o mejor, el fluir del análisis de Horacio es otro: recorta la obra de Ugarte haciéndola dialogar en el no sencillo bosque de ideas disponibles. Ejercicio comparativo para definir quién *no* es Ugarte y, en espejo, asir su vida y obra.**

expulsión. Si *La Vanguardia* celebra la separación de Panamá respecto de Colombia como un acto civilizatorio, Ugarte (que en varias ocasiones ha señalado ese “peligro yanqui”) desata una

retahíla de argumentos en su contra. El hecho precipitaba diferencias y sospechas recíprocas precedentes, sobre todo con Juan B. Justo. El Partido Socialista desconfía de ese “patriotismo superior” latinoamericano de Ugarte que licuaba el internacionalismo socialista, incluso (estamos antes de la Revolución rusa) las lógicas del capitalismo y la confrontación capital-trabajo.

Nación, latinoamericanismo y socialismo para Ugarte son articulaciones imprescindibles para la defensa de las débiles repúblicas y sus más débiles soberanías frente a la voracidad colonial y comercial de las potencias imperialistas. Años antes (2 de julio de 1908), escribía en *La Vanguardia* el artículo “Socialismo y patria” con estas convicciones/advertencias:

Todos los socialistas tienen que estar de acuerdo para simpatizar con el Transvaal cuando se encabrita bajo la arremetida de Inglaterra, para aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia [...] Todos los socialistas tienen que estar de acuerdo, porque si alguno admitiera en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande, justificaría en el orden social la sumisión del proletariado al capitalista, la opresión de los poderosos sobre los que no pueden defenderse. Por eso cabe decir que el socialismo y la patria no son enemigos.

Por otras razones (el reto a duelo con Alfredo Palacios) fue expulsado del Partido, escribe un manifiesto que publica en *La Nación* y, posteriormente, funda el desafiante diario *La Patria*.

Aquí el drama de Ugarte: nación y socialismo. Horacio reflexiona en varios tramos del libro sobre “las dificultades de una tarea de encuentro de conceptos que actúan con fuertes disyunciones que se buscan continuamente mientras también se combaten”. Y también resalta las subjetividades de Ugarte “en la búsqueda de ese momento en permanente deslizamiento que es oficio de honor encontrar, su carácter escurridizo es tal

que lo lleva permanentemente al estado de duelo, con todos los fondos conceptuales que abarca esa noción” (p. 35). La Gran Guerra, esa guerra imperial y de naciones, conmovió mapas geográficos y sentidos de todas las mayúsculas precedentes: Razón, Progreso, Civilización, Positivismo, Ciencia. Manuel Ugarte planteaba dramáticamente no solo el fracaso del socialismo sino la bancarrota general de todas las teorías:

Sustituidas las bibliotecas por campos de batalla, comprendemos que se aprende más en los hechos que en los libros y no podemos reprimir un movimiento de asombro al considerar el tiempo que ha perdido la humanidad barajando silogismos, edificando sistemas, disociando principios y persiguiendo equidades que un soplo barre y se lleva, dejándonos, en medio del cataclismo, la certidumbre definitiva de que el mundo no obedece a sentimientos sino a necesidades.<sup>4</sup>

Quizá más que el socialismo, eran las “abstracciones”, las especulaciones, las teorías hasta entonces acuñadas (porque al año siguiente de este escrito de Ugarte, la Revolución rusa mostraría voces y sentidos determinantes). Pero siguiendo con Ugarte, Horacio señala que respecto de esos y otros cataclismos de posguerra para Ugarte “cruje la vida intelectual”. Así, un vitalismo que portaba como en el resto de su personalidad y sus escritos, con prudencia y sobriedad (no era amigo de los extremos) se fortalece, tanto como un espeso pesimismo antiintelectualista. Su tenaz neutralismo despertó aviesas sospechas de simpatías germanófilas. No lo fue y lo pagó muy caro (como Scalabrini durante la Segunda Guerra, recuerda Horacio), transformándose en un

escritor “maldito, perseguido, silenciado”, hasta su recuperación, en principio, por parte de su discípulo Jorge Abelardo Ramos y posteriormente por Norberto Galasso.

Son más los espejos que Horacio repone entre los tantos debates del polemista Ugarte. Por ejemplo, aquella respuesta al mexicano Carlos Pereyra, historiador antes crítico del monroísmo y de simpatías latinoamericanistas que en los años treinta reforzó en España su hispanismo justificando la Conquista. En su respuesta, Ugarte reivindica un programa de igualdad entre los hombres, el Estado laico, el fraccionamiento de la tierra, la resistencia al imperialismo, la explotación, por parte del Estado, de las reservas naturales, asuntos que luego formaría el programa de Lázaro Cárdenas. Y le aclara: “Yo que simpatizo con la reforma agraria, el laicismo y la república, me embarco, sin circunloquios, con las izquierdas”.

Este y otros debates que Horacio elige no son caprichosos, contribuyen a recordar un rasgo recurrente de la obra y acción de Ugarte: debía explicar qué entendía por izquierdas y adscribirse en ese espacio sin pertenecer a la Segunda o a la Tercera Internacional, ni al genérico aprismo (asunto que, a mi juicio, debería ser mejor estudiado), ni a la senda de Mariátegui, aunque escribiera en la revista *Amauta*. “Ugarte tomaría lo que él mismo llama ‘el camino de la izquierda’ preservando un ‘núcleo superior’, así lo llama, que vendría a ser la integridad de los espacios nacionales que no logran su camino autonomista. Izquierda, sí, pero bajo el prisma que lo antecede, le da vida y en última instancia lo justifica: la nación”. Y agrega que esta idea “cobraría fuerza en las izquierdas

nacionales de los años sesenta, incluso en las programáticas peronistas en las inmediaciones del 45”.

Entre otras polémicas desplegadas o insinuadas en el libro, voy a retomar solo dos de ese juego comparativo que nos propone Horacio y que involucran al mismo personaje (que, si buscaba un autor, claramente lo encontró en Horacio): José Vasconcelos. Más allá de las intensas sociabilidades intelectuales de los años veinte y de algunos tramos biográficos del *Ulises criollo*, Horacio arriesga una interpretación vehemente, original y algo sorpresiva de *La raza cósmica*. Aclara que Ugarte no comparte con Vasconcelos el “*epos* cósmico-mitológico” ni su socialismo laico. Interpreta la idea de mito en Vasconcelos y en Mariátegui, y saca sus conclusiones: “el desencuentro entre Mariátegui y Vasconcelos afecta a lo que hubiera sido un planteo más enérgico del modernismo transformador latinoamericano”. Pero la sección áurea de su análisis en este tramo, es su valoración de *La raza cósmica*: “un escrito fundamental, imaginativo, riesgoso, pasmoso y vituperable, al que Ugarte no se hubiera atrevido”. Páginas después de su argumento —que no voy a desplegar porque en el comentario de un libro debe haber algo de misterio para llamar al lector hacia él—, Horacio insiste: “el texto está allí: magnífico, irritante, temerario. Leerlo todavía hoy nos deja intranquilos”. Y remata con esta idea que nos deja pensando en un arcano que hay que descifrar: *tiene todos los elementos de las guerras culturales así como todas las previsiones para conjurarlas* (el énfasis es nuestro, p. 59 y ss.). La segunda polémica se da entre José Vasconcelos y José Santos Chocano en el contexto del centenario de la batalla

de Ayacucho y la “Hora de la Espada”. El primero lo acusa de “bufón” por haberse puesto al servicio de todos los poderes: después de haber estado junto a Pancho Villa en México y a Juan Vicente Gómez en Venezuela, “ya sin freno ni pudor, se fue a cortejar a Estrada Cabrera, la víspera de que se derrumbara. Después de aquel fracaso, Chocano recorrió otros caminos todavía más sucios y finalmente se ha ido a juntar con el verdugo de su patria, el poeta hace tiempo que se había perdido”.<sup>5</sup> Chocano no se quedó atrás y lo trató de farsante porque “no prestó ningún concurso a la revolución, ni con la palabra ni con la acción ni dentro ni fuera del país”, “farsante por pregonar su antimilitarismo y haber sido miembro del gabinete del general Obregón”. La polémica se profundizó con el desgraciado asesinato del estudiante Edwin Elmore por parte de Chocano, lo que atizó rechazos en toda América Latina. Víctor Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui se solidarizaron con Elmore y con lo que este significaba para la “nueva generación”. Nuevamente Vasconcelos se pregunta “¿a dónde iremos a dar hoy, que aun nuestros poetas se convierten en bandoleros? ¿Y todo para qué? Para allanar el camino del ‘reino de la Espada’. ¡Pobre América Latina!”. Chocano y Vasconcelos de alguna manera actúan inversamente a la trayectoria de Ugarte, señala Horacio, entre otras consideraciones (p. 70). La década del treinta encuentra a Ugarte sumido en oscuridades: la crisis económica mundial lo afecta personalmente y ya no cuenta con el respaldo familiar. Luego será su regreso a la Argentina (1935) y el reingreso efímero al Partido Socialista y nuevamente su desafección por

incomprensiones mutuas. Se acerca a los nacionalistas pero no se incorpora a sus filas; dos barreras lo limitan: la Iglesia y el elitismo. En 1939 se traslada a Chile: lo conmovían hondamente la serie de suicidios (Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga) y el asesinato de Lisando de la Torre. En Chile escribe desencantado *El dolor de escribir* (1933) y Horacio apunta: “suicidios, exilios, proscripciones era el alto costo de abonar a los dioses más férreos de la política [...] que repudian a los escritores y estos deben elegir permanentemente entre ser perseguidos y estigmatizados por decir las verdades [...] o convertirse ellos mismos en arlequines o adulados [...] con un secreto desconuelo que los puede llevar al suicidio” (p. 84). No resulta extraño que Ugarte se vea atraído por Perón en 1945, señala Horacio, aunque “si bien la doctrina peronista poseía una gran eficacia, era en un lenguaje que le era ajeno” (como a Scalabrini, Jauretche y Puiggrós). Ugarte vuelve a hacer sus valijas para ser embajador en México, Nicaragua y Cuba, hasta su renuncia en 1951. Regresó a la Argentina por muy poco tiempo, votó a Perón en las elecciones de ese año y volvió a armar su última valija para viajar a Europa. Muere en Niza a los pocos meses; tres años después sus restos fueron repatriados

y Jorge Abelardo Ramos organizó un funeral cívico en la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA), en el que hablaron el organizador (que ese año reimprimía *El porvenir de América Latina*), John W. Cook, Rodolfo Puiggrós, Elías Castelnuovo, Carlos Bravo y Ernesto Palacios.

El libro casi termina con una larga y contundente cita extraída de un documento escrito por Ugarte en Viña del Mar (1940). No es azarosa la elección de Horacio. Coincido en que es un texto quejoso, algo resentido pero denso en sus texturas y propuestas.

En ese formidable escrito Ugarte expresa un resumen de su programa y los hilos persistentes de su boceto vital de lo que aún era posible y de lo que había surgido frente a él como obstáculo [...] están allí todos sus temas, todos sus conceptos: los alcanzados por una mayor originalidad, los inscriptos en los dilemas de una época, los que hoy no nos serían fácilmente pronunciables (p. 90).

El final es ingrátido, sutil, tierno: un hombre se retira de un salón después de expresar sus ideas abrochándose lenta y sigilosamente el abrigo y meditando silenciosamente sobre lo que acaba de decir, ¿Ugarte? ¿Jauretche? ¿Horacio?

#### NOTAS

1. Manuel Ugarte, *Escritores iberoamericanos de 1900*, México, Vértice, 1947, p. 56.
2. Manuel Ugarte, “El peligro yanqui”, en Norberto Galasso (comp.), *La nación latinoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 65.
3. Manuel Ugarte, *La patria grande*, estudio preliminar de María Pia López, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2010.
4. Manuel Ugarte, “La guerra, el socialismo y las naciones débiles”, *La Nación*, 16 de mayo de 1916. Reproducido en Norberto Galasso (comp.), *La nación latinoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 218-219.
5. Todas las citas corresponden a *Poetas y bufones. La polémica Vasconcelos-Chocano. El asesinato de Edwin Elmore*, París, Madrid, Lisboa, Agencia Mundial de Librerías, 1926.

# Ascesis y redención

Por Leonardo Eiff

Acerca de *Traducciones malditas. La experiencia de la imagen en Marx, Merlau-Ponty y Foucault*  
(Buenos Aires, Colihue, 2017)

En su bello libro *La crisálida*, Horacio González estudió las formas del cambio (o de la reflexión sobre el cambio) de las cosas en la historia en torno a dos figuras o a dos recursos narrativos mayores: el de la dialéctica, en la que las fuerzas de la corrosión y la transformación actúan en la inmanencia de lo existente, y el de la metamorfosis, que supone siempre una forma de la heterogeneidad y de la trascendencia. La traducción es una forma notoria de la metamorfosis, y ese es el tema de esa verdadera *Summa* de todas las obsesiones gonzalianas que es *Traducciones malditas* (lo maldito: tema fundamental de la obra de ese gran lector de Cooke que fue González), que estudia aquí, con sensibilidad y erudición, Leonardo Eiff. Se trata, en este libro ambicioso y al mismo tiempo abierto, de pensar la trabazón entre la experiencia (y sobre todo la muda experiencia de la imagen) y el lenguaje.

*Este trabajo tiene que desarrollar el arte de citar sin comillas hasta el máximo nivel. Su teoría está íntimamente relacionada con el montaje.*

WALTER BENJAMIN, *Libro de los pasajes*

*No podía quitarse de encima la idea sombría de que la verdadera violencia es la del eso-va-de-suyo: lo que es evidente es violento, aun si esa evidencia aparece representada suavemente, liberalmente, democráticamente; lo paradójico, lo que no cae de maduro, lo es menos, aun cuando se imponga arbitrariamente: bien mirado, un tirano que promulga leyes descabelladas sería menos violento que una masa que se conformara con enunciar lo que da va de suyo: “lo natural” es, en suma, el último de los ultrajes.*

ROLAND BARTHES, *R. B. por R. B.*

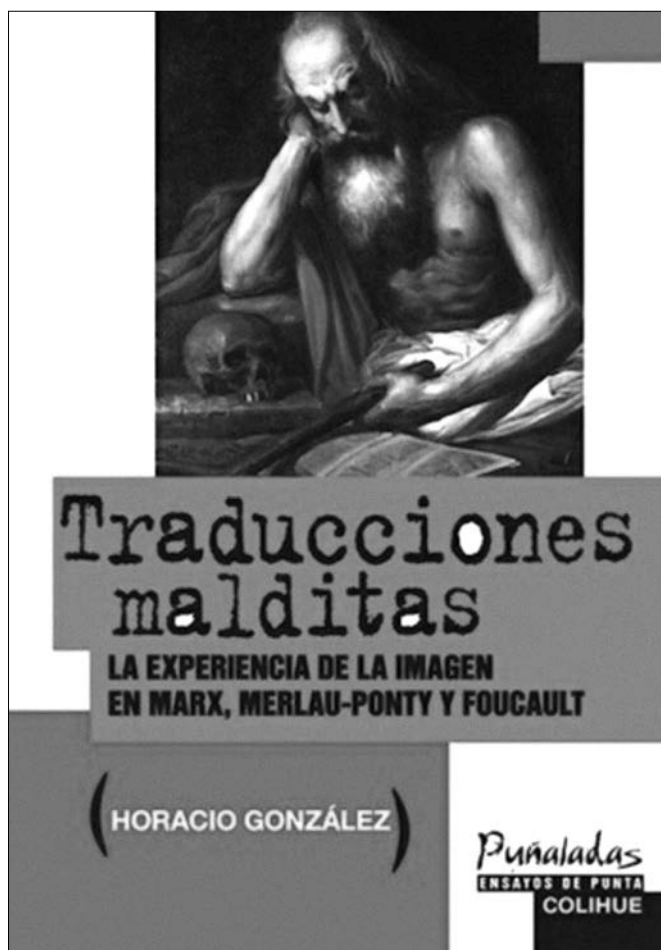
“¿Cómo leer a Derrida?”, pregunta Horacio González hacia el final de *Traducciones malditas*. Su filosofía astilla en mil pedazos la lengua; su manera es el soliloquio, que coquetea, burlonamente, carnavalescamente, con el ser. Como escribió Agamben sobre Kojève y su célebre nota a la tesis sobre el final de la historia, en la que “no es posible distinguir entre la absoluta seriedad y una ironía igualmente absoluta”, Derrida, “en sus diálogos socráticos llevados al absurdo”, revierte sutilmente, jugando con la lengua, la grave pregunta heideggeriana por el ser. Pero esas alusiones, un modo de acceder al filosofar de la desconstrucción, también pueden ser viradas, ironizadas, porque, dice González, “nunca sabemos lo que piensa Derrida”. Así, “leer a Derrida puede ser un placer o

una tortura”. Es la imposibilidad de fijar el sentido, que discurre, abriéndose, deshilachándose, por los textos, las imágenes, la existencia, provocando zozobra en el lector. ¿Podríamos revertir sobre González lo que este aventura sobre Derrida? Pliegue sobre pliegue. ¿Demasiado fácil? En un momento de sus idas y vueltas con Foucault, casi como pidiendo tablas, Horacio escribe: “nunca se termina de comprender *Las palabras y las cosas*”.

*Traducciones malditas. La experiencia de la imagen en Marx, Merleau-Ponty y Foucault* es un libro de libros. Babilónico; pues la traducción es mito fundante después de Babel. Un libro atestado de autores, con demoradas glosas y largas, larguísimas citas. “Un vilorrio de nombres”, dice Horacio. Es habitual, pero este libro, a diferencia de *Restos pampeanos*, exterioriza la cita, sin siquiera recortarla, o acicalarla; van directo, sin “edición”, como un flechazo al corazón paciente del lector. Las citas proliferan y parecen amenazar la voz autónoma del texto: *Traducciones malditas* coquetea con su propia innecesaridad. Es la hipótesis del malditismo traductor al operando contra sí mismo, como sucede, con las citas y la glosa casi completa, en *La tarea del traductor*. Benjamin ya escribió lo esencial: ¿qué se podría añadir? A lo sumo un entrelazamiento astuto de citas (¿que por supuesto ya lo hizo Benjamin con su “teoría del montaje”!). Sin embargo, el ensayo como forma y método —“método del enhebramiento distraído de temas”, escribe Horacio—, que piensa escribiendo, logra esbozar una *filosofía de la traducción* —como antes una *filosofía de la conspiración*, o incluso una *filosofía de la biblioteca* o del *periodismo*, y, sobre

todo, una *filosofía argentina*— a partir de la generalización ontológica del acto de traducir, que interroga la traductibilidad de lo sensible e inteligible, de las palabras y las cosas y, más específicamente, de la imagen y el texto. La traducción es el momento mítico de toda teoría de la cultura, de la lectura o de la clase universitaria (ver *Retórica y locura*). Pero, sobre todo, el rasgo filosófico de la traducción, donde anida la posibilidad de una *filosofía de la traducción*, proviene de la fenomenología: la traducción es una *epojé*. Un despojarse de la ingenuidad naturalista, que González no demora en vincular con la

ascesis (la *ascesis traductoral*), cuya maldición es que jamás puede completarse. Es la *parte maldita* (Bataille), el *resto* (Derrida), la imposibilidad de acabar con la *reducción fenomenológica* (Merleau-Ponty), la unilateralidad de la ascesis del *alma bella* (Hegel), lo que Horacio nombra *traducciones malditas* o, citando el título del libro de Starobinski, la *transparencia y el obstáculo*. La traducción es crisálida. En efecto, *Traducciones malditas* interroga lo que siempre desveló a Horacio, aquello que motoriza sus preguntas inquietantes y sus reflexiones arborescentes, sobre todo cuando incursiona en las bibliotecas clásicas: las fuentes primigenias del pensar. La traductibilidad del mundo, la estofa del ser: el mito y la dialéctica. El *Saint Genet* de Sartre constela este conjunto problemático. Allí el filósofo dialéctico rastrea las metamorfosis existenciales del ladronzuelo y engarza la *epojé*, la ascesis y el malditismo: el instante fatal que nombra el destino de Genet es vivido por él como una *epojé*, un deslumbramiento que lo conduce por los caminos escarpados de la ascesis maldita, un *cogito* del mal. Es ese instante oscuro el que persigue Horacio, quien no cita el *Saint Genet*, alumbrado por las tesis benjaminianas del lenguaje puro y la traductibilidad no comunicativa. El traductor, figura monacal, es un personaje sombrío, errabundo, puede ser un aprendiz de brujo, y casi siempre es un pobre diablo, como en el cuento walshiano “Nota al pie”. La traducción es un hecho maldito (en otros textos, Horacio convoca el *Saint Genet* para asir la versión política del *hecho*, enhebrando a Cooke con Masotta, Sebrelí y Correas, y a todos, por supuesto, con Sartre, vía Baudelaire), un ángulo iridiscente que permite revisitar, bajo la



pluma habitual y sorprendentemente confesional de Horacio, el vasto campo problemático del quehacer filosófico: ¿cómo penetrar el mundo sensible desde la frontera infranqueable del lenguaje? La traducción acaso sea una ampliación sensible del lenguaje, lo que Merleau-Ponty llamó *logos sensible*. En suma, Horacio González escribió un libro que elogia y encomia a los sujetos que simplemente hacen su bella tarea en la calma de su estudio, nunca exento de borrascas; pero que habilita el tendido de una cuerda entre un E. R. Curtius y un Althusser, un Auerbach y un Gramsci, e invita a pensar que Horacio, contra los que insisten en colocar su faena bajo ciertas banderas y compromisos, jamás confundió *vita contemplativa* y *vita activa*, e incluso juzgó sus respectivos rangos casi en total acuerdo con la tradición. Es lo que ilumina el ejemplo prioritario de la *mesa* (la mesa de la descripción fenomenológica, la mesa fetichista de Marx), que sortea la burla sociológica (el horizonte perceptivo del profesor de filosofía cabe en los objetos que descansan en su mullido hogar burgués) y accede, mediante la pregunta por la cosa y su traducción vivificante, a los *conceptos fundamentales*. *Traducciones malditas* trata de pensar el vínculo entre la mudéz de la imagen, su “desnudez” y la razón discursiva (*diánoia*) —que incluye, a partir de las perseverantes digresiones gonzalianas, una interrogación sobre el nexo retórico entre la verdad y lo verosímil—. El entrelazo es también hiato, ruptura, que, en conjunto, surcan el libro en múltiples direcciones. Hay una, sin embargo, acaso porque así lo exige el título, que sufre menos el proceder dispersivo: los contrapuntos entre la pintura y la filosofía. Horacio despliega

una reflexión agudísima, recorriendo momentos decisivos de ese diálogo (Benjamin y el *Angelus novus*, Heidegger y *Los zapatos de la labriega*, Foucault y *Las meninas*, Merleau-Ponty y “La duda de Cézanne”), y a la inversa: los ensayos cinematográficos sobre *El capital* (Eisenstein, Kluge), sin olvidar los albores de la modernidad estética: el *Laocoonte* de Lessing y su polémica con el tópico antiguo *ut pictura poesis*. Allí donde escribimos “vínculo”, “diálogo”, Horacio esgrime traducción, pues implica indagar, al mismo tiempo, la posibilidad y el límite. La posibilidad reside en lo que Sartre conceptualizó, a fin de tender un puente entre la percepción y la imagen, como *analogón*, en tanto vector de una originaria conciencia imaginante, y Barthes refirió como el demonio de las analogías. Según Barthes, o según Saussure filtrado por Barthes, la arbitrariedad del signo encuentra en la analogía —pues el signo no tiene comienzo ni origen— el principio estructurante del lenguaje. La significación, lazo de unidad entre el significante y el significado, procede analógicamente. Es el campo retórico del estructuralismo (“el estructuralismo fue el nombre de la máxima retórica ilustrada del siglo XX”) que prelude el ingreso, ineludible para el pensar gonzaliano, de Lévi-Strauss. En este sentido, el villorrio de nombres se reduce a un puñado, puesto que son pocos los que movilizan, y de algún modo organizan, el pensamiento centellante de Horacio. En *Traducciones malditas* es la sinergia

***Traducciones malditas* interroga lo que siempre desveló a Horacio, aquello que motoriza sus preguntas inquietantes y sus reflexiones arborescentes, sobre todo cuando incursiona en las bibliotecas clásicas: las fuentes primigenias del pensar.**



que produce la resistencia cruzada entre fenomenología y estructuralismo —que Horacio siempre presentó a partir de la polémica entre Sartre y Lévi-Strauss y ahora aparece desplazada hacia el contraste implícito entre Merleau-Ponty y Foucault—. Conocedor preciso, como todo “sujeto formado por la cultura de Buenos Aires” (así retrató Osvaldo Lamborghini a Oscar Masotta), de los ciclos de la filosofía francesa, Horacio recrea esa querrela por el surgi-

**... Horacio, contra los que insisten en colocar su faena bajo ciertas banderas y compromisos, jamás confundió *vita contemplativa* y *vita activa*, e incluso juzgó sus respectivos rangos casi en total acuerdo con la tradición.**

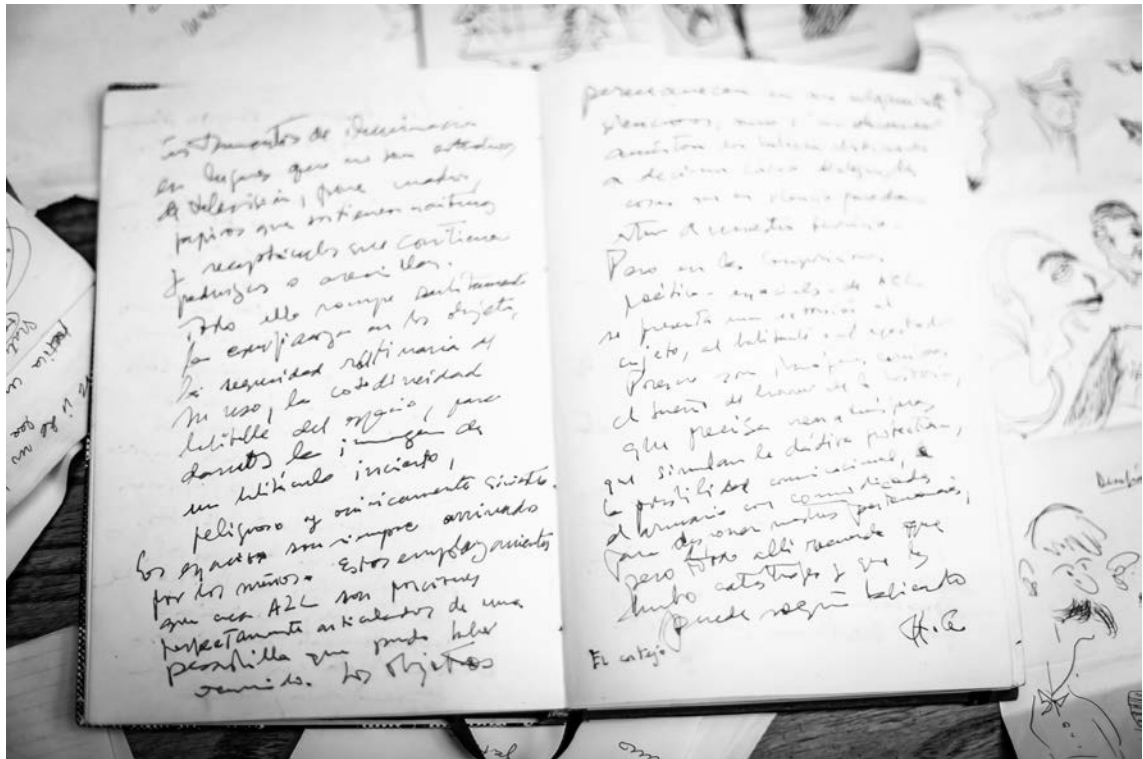
miento del sujeto: ¿la experiencia vivida o las mallas del lenguaje?, ¿la conciencia o la estructura? (atribulada interrogación de Masotta a fines de los sesenta). Como es obvio, no se trata

de optar sino de empujar la pregunta hasta el linde de su consistencia para que pueda emerger la traductibilidad. Los tres nombres que acompañan el título del libro (Marx, Merleau-Ponty y Foucault) constituyen el anclaje donde convergen las hebras que hila González, y el lugar, o el umbral, de la traducción. O la trabazón de la experiencia y el lenguaje.

Antes de emprender el abordaje gonzaliano del mentado tríptico, un ejemplo de lo que María Pia López llamó con pulcritud el *método H. G.* —cuyo correlato filosófico-salvaje es el *bricoleur*— y el propio Horacio, citando a Piglia, “proceder argentino”:<sup>1</sup> la lectura al sesgo, la asociación furtiva, el encuentro azaroso. Al añadir un capítulo argentino a la protohistoria de la metáfora del tropiezo de Tales y la risa de la campesina tracia, magistralmente desplegado por Hans

Blumenberg, irrumpe el recuerdo de un apotegma tracio citado por Perón en su juventud, cuyas resonancias en el drama nacional son elocuentes: “libres o muertos, jamás esclavos”. Cinco páginas más adelante, Horacio agrega: Perón extrajo la frase de su lectura de Spengler, que, en verdad, “ahora reparo en ello”, atribuyó a los frigios, no a los tracios. El comprensible fallo de la memoria hubiese sido compensado con un cambio donde se produjo la inexactitud, si eso no arruinara, no solo el colofón del capítulo argentino del mito de la campesina tracia, sino también la propia validez del método cuyo proceder enjambra conocimiento y error, encuentro y tropiezo. Además, la anécdota explicita aquello que, al menos en parte, el libro pretender ser: un viaje a los lugares recónditos de la memoria de un profesor.<sup>2</sup> Las páginas dedicadas a Virgilio y a Dante lo confirman, así como los pasajes confesionales, atenuados por la certeza sobre el carácter irrisorio del yo, y una disposición existencial que remite al heideggeriano *Holzwege*.

El cotejo entre Merleau-Ponty y Foucault discurre alrededor de la palabra *quiasmo*. Horacio lee *Las palabras y las cosas* con extrañeza, cautivado por su escritura sagaz, preciosista, mallarmeana, y sorprendido por los giros insólitos de un pensamiento que resuelve caprichosamente su deuda palmaria con la fenomenología. La crítica foucaultiana a las intuiciones eidéticas y al análisis de lo vivido, ligada a la imposibilidad de una experiencia originaria o al develamiento de un polo privilegiado de vivencias (el tema del hombre y sus dobles, de la duplicidad empírico-trascendental), soslaya al “último Merleau-Ponty”, el de *Lo visible y lo invisible*. Merleau-Ponty había



Anotaciones y dibujos de Horacio González. Fotografía: Ximena Talento.

producido una severa crítica —que incluía su noción de *cuero propio*— de la fenomenología como filosofía de la conciencia, incorporando la novedad de la lingüística y la antropología estructural, socavando, incluso, el “sueño antropológico”, para explorar un conjunto de figuras (quiasmo, entrelazo, *ineinander*, reversibilidad, hiperdialéctica, transtemporalidad) que no solo procuraban superar el estadio filosófico de las *Meditaciones cartesianas* sino que desmentían el gesto soberano —y en este sentido Foucault es tan cartesiano como Sartre— que anidaba en *Las palabras y las cosas*. Horacio entrecruza a Merleau-Ponty y a Foucault para abrir una puerta lateral que nos saque del sopor crepuscular de las filosofías del significante hacia un renovado campo fenomenológico, cuya cifra es *lo viviente*.

Allí la *vida personal* es entramado de lo sensible y lo inteligible, envolvimento recíproco que no remite a un polo de vivencias primordial (la conciencia como para sí) sino a la encarnación. Ese momento, de engarce o entrelazamiento (mito y dialéctica), es lo que Horacio persiguió de muy diversos modos, y que puede ilustrarse tomando prestado el brillante título de la reciente compilación de algunos de sus ensayos decisivos: *la palabra encarnada*.

En *Traducciones malditas* la encarnación adquiere los ropajes de la personificación. Es la cuerda que enlaza la figura retórica de la prosopopeya, la ontología animista y la crítica de la economía política. El plexo gonzaliano: Quintiliano, Viveiros de Castro y Marx. O cómo trastocar lo heteróclito en matiz; juego de semejanzas y diferencias, que es un

modo de postular una razón dialogante entre la fenomenología y el estructuralismo, y permite connotar la original posición gonzaliana (tan próxima como lejana) respecto a las “filosofía post” y su lenguaje desesencializador. Sobre el concepto de *persona* diremos que transita de un iniciático carácter relacional y plural —y no solo por su origen proveniente del vocabulario teatral, puesto que, como reveló el magistral jurista, historiador del derecho romano, Yan Thomas, su absorción por el lenguaje jurídico latino complejizó esos rasgos— hacia una unidad que se pliega

**Traducciones malditas insiste con esta enseñanza: la filosofía, si rehúsa la vida decente de los sistemas o la maquinaria reproductiva de la academia, debe pensar con, y a partir de, el obstáculo, que es fundación de la verdad y privación de lo verdadero. Con la posibilidad latente del tropiezo que desata la hilaridad de la campesina tracia.**

al “individuo natural”. La definición clásica de Boecio: *substantia individual de naturaleza racional*, produjo un giro conceptual de consecuencias incalculables, que, en principio, se agudizaron con el *cogito* cartesiano, pues Descartes funde la persona con

el ego, privilegiando la relación personal con nosotros mismos. Desde ese momento, la noción de persona procurará la congruencia —como antes los juristas medievales buscaron compatibilizar las *ars iuris* romanos con el plan divino, esto es, la singularidad de la persona humana y la tripartición de la persona divina— con la conciencia subjetiva, soberana, barómetro moderno de la verdad. Sin embargo, Horacio, indagando el trasiego de los senderos de la metafísica occidental, recupera las metáforas plurales de la personalización como vehículo de intelección de

lo social: el *Theatrum mundi* de Marx. Las cabriolas circenses, los saltimbanquis, las mesas que bailan y las levitas que se abotonan solas son *exempla* de cruce entre crítica política y ética picaresca, ilación entre el derrotero dramático de la historia y su suspensión carnavalesca: la tragedia y la comedia, anverso y reverso de la existencia. Es, como sabemos, el Marx shakespeariano, el del uso agudo de los tropos, cuya emergencia fantasmal Horacio no está dispuesto a subordinar a ninguna espectrología derridiana. Por *El capital* circulan toda una serie de mitos propiciatorios, como el rey del espejo de Velázquez para Foucault, que Marx releo como acicate crítico del mundo invertido promovido por el capital. La serie, como la primera versión francesa del *opus magnum* marxiano, funciona como una historieta, “por entregas”, y, como tal, arrastra el problema de su traducción popular: ¿Puede la intrincada teoría del valor interpretarse a partir de la experiencia vivida del obrero medio? ¿La campesina tracia puede ser una socialista risueña? Horacio explora el “momento merleau-pontyano” en el seno de *El capital*: el mundo *antepredicativo* en el libro de las formas. Su impensado. Y también una convergencia plausible que jamás puede acallar completamente el sonido de la disonancia entre la fe perceptiva y la crítica. Sin duda la cuestión medular es el *desciframiento* de la mercancía y la persistencia de sus halos fantasmáticos, que hacen pensar en el oscuro vínculo entre imágenes y texto, y preguntar por el lugar de lo imaginario, que extraviarnos si lo confundimos con lo meramente ideológico —aunque de esa confusión no estuvo exento el propio Marx— en el método crítico

de la economía política. La *persistencia* reenvía a la conocida interrogación sobre los modos de perdurabilidad del arte griego, que anticipa el drama de la *Nachleben* warburgiana (la imagen fantasma, según Didi-Huberman) y lo imaginario, por supuesto, nos arroja a los pies de *El Dieciocho Brumario*. Para Horacio, el fundamental ensayo marxiano es un lugar de confluencia, ¿mítica, imaginaria?, de todas las percepciones del mundo social (las de Sartre, Lévi-Strauss, Merleau-Ponty o Foucault). Veamos: “En *Dieciocho Brumario* encontraremos quizás la manera de salir de la encerrona entre el rechazo ‘sociológico’ del concepto de persona y su aceptación meramente metafísica o teológica”. ¿Y qué encontramos? La posible traductibilidad de las relaciones sociales en formas de personalización que ponen en un mismo plano (cogollo de la polémica de Horacio con las “ciencias sociales”) conocimiento y expresión. *El Dieciocho Brumario* como un tratado de los nombres —o mejor: de los nombres dislocados, malditos, catalizadores de una agónica vindicación de Sartre—, cuyo “nominalismo”, lo sabemos, es el numen del pensamiento gonzaliano. Y así prosigue Horacio: la sala

de montaje de *El capital*, la catarsis gramsciana, la poética de Valéry o Lezama Lima, el teatro de Artaud, el *parergon* derridiano, la obra y la cosa en Heidegger, lo intraducible según Steiner, el contrapunto interpretativo entre Lacan y Foucault alrededor de *Las meninas*, los modos de ver según Didi-Huberman o Daniel Santoro... En fin, *Traducciones malditas* insiste con esta enseñanza: la filosofía, si rehúsa la vida decente de los sistemas o la maquinaria reproductiva de la academia, debe pensar con, y a partir de, el obstáculo, que es fundación de la verdad y privación de lo verdadero. Con la posibilidad latente del tropiezo que desata la hilaridad de la campesina tracia.

Horacio escribe: “no debemos abandonar la escritura de este libro si no esclarecemos (y nos esclarecemos) sobre las distinguibles e indistinguibles relaciones entre traducción y mito”; pero el libro concluye, o se abandona, sin resolución alguna, porque no era dilucidar lo indisoluble el tema del libro, sino la acuciante cuestión vital de un pensamiento que ahora nosotros, si logramos estar a la altura del desafío, debemos encontrar la forma de atesorar inventando su herencia.

#### NOTAS

1. “Trabajar con lo que uno va encontrando, lo que consideramos un matiz paralelo con lo que queremos apuntar en torno a la traducción imaginaria o traducción ascética”. Como sabemos, el proceder aparece condensado en la anécdota de la atribución errónea y la cita apócrifa, y su traducción-apropiación, de *On ne tue point les idées*; momento inaugural, del libro inaugural (“el Facundo es la historia de las citas”), de la cultura argentina (Ricardo Piglia, *Notas sobre Facundo*).
2. “Se nos ocurre que debería leerse algo así como las tribulaciones de un profesor, su historia de lecturas, su empeño por salir bien redimido de sus clases, esos cubículos insignes, cartujas mudas donde transcurren batallones bibliográficos que desfilan con vigor y luego se tornan vestigios y frágil persistencia”.

# La lengua universitaria contra el *ethos* del imperio burocrático

Por Cintia Córdoba

Acerca de *Saberes de pasillo*.  
*Universidad y pensamiento libre*  
(Buenos Aires, Paradiso, 2018)

Horacio González pensó las instituciones y el lenguaje de las instituciones. E igual que supo que los mitos no eran eso que nos alejaba de la posibilidad de la verdad, sino el único lugar donde ella podía fulgurar, y que eso requería su revisión crítica y lúcida, así también supo que las instituciones no eran lo que nos alejaba de la libertad, sino el único espacio en el que la libertad era posible, pero que eso requería el ejercicio permanente de la crítica de su historia, de sus rutinas y de sus lenguajes. Entre esas instituciones a las cuales dedicó su vida y su pensamiento se cuenta sin duda la universidad, siempre tensionada entre las promesas de redención que todavía alberga y las múltiples concesiones que reclama. Cintia Córdoba estudia aquí lo que deja ver el pensamiento de González acerca de la universidad (en la cual y de la cual, dice Córdoba, González fue viajero, arconte y militante), en una preciosa compilación de escritos y discursos aparecida en ocasión del centenario de la Reforma de 1918.

*Que las cosas escapen de sus formas,  
que las formas escapen de sus cosas  
y que vuelvan a unirse de otro modo.  
El mundo se repite demasiado.  
Es hora de fundar un nuevo mundo.*

ROBERTO JUARROZ, *Poesía vertical*

Hay en la escritura de Horacio González —como lo había en el movimiento de su voz— algo del orden del desplazamiento, una prosa compleja y ávida de *poiesis* que se obliga a sí misma a entrar en las arenas movilizadas de la historia. Frente a las pretensiones anquilosantes del cómputo y la objetividad, el pensamiento de González convoca al viaje de la interrogación y desbarata la arrogancia del estilo academicista. No será solo la lengua universitaria,<sup>1</sup> pero sí recurrentemente ella, y de modos diversos, el objeto de reflexión de *Saberes de pasillo*. De un modo peculiar, pensar la universidad implicó desplegar en términos renovados uno de los problemas fundamentales de la filosofía, expuesto por Hegel: “existe una ligazón esencial entre forma y contenido”. El acatamiento a una mera exterioridad, a una forma premoldeada de la lengua, no ofrece garantías con respecto a la producción del conocimiento ni sobre su rigurosidad. Habilitar a la lengua a producir y formular la *dynamis* del pensamiento parece ser mucho más que una apuesta de renovación, significa atender la filosofía primera de la universidad. En otras palabras, para que las pupilas de la universidad sean siempre capaces de captar la imagen de conjunto de los lenguajes del mundo deberá primero soltar su lengua. Pero la cuestión sobre la “lengua universitaria” debe ser pensada en

vínculo con otra. Hay otro ligue esencial entre la vida y el concepto. Este libro, que es una forma de ensamble de algunas de las intervenciones públicas de González, en las que pensó la universidad y sus problemas, es también el reflejo de un itinerario de pensamiento que respondió sin titubeos a cada una de las convocatorias del presente. La lengua universitaria es capaz de cincelar el pensamiento, a condición de sostener ciertos anudamientos existenciales que permitan la pregnancia de una decisión política que constituye siempre su diferendo.

Es el pensamiento en la búsqueda de su lazo expresivo —en donde el concepto deviene camino y cuyo punto final se desconoce—, la interpelación más osada al mandato de adecuación proveniente de las “logocracias académicas”. Pero esa búsqueda, que es una situación de viaje, es a la vez una interlocución infinita con la tradición. Solo se viaja a condición de quedar cada tanto anclados en los textos, sumergidos en las grandes obras, detenidos en las palabras. Apelar a la enmarañada y apátrida cultura universal como fontanal del pensamiento supone asumir la errancia como cualidad constitutiva del trabajo académico en la medida en que carece de punto de aplomo. No existe una línea de demarcación fija entre lo digno y lo indigno de ser estudiado, así como tampoco hay demasiada claridad entre las voces autorizadas y las desautorizadas; ese tipo de certezas es solo propiedad de los procesos contables que —como afirma González— suelen portar en su afán evaluador algo de inquisitorial. Y vaya si las voces femeninas de la historia no conocen bien de inquisiciones.

## La naturaleza de lo pensado y del pensamiento

Señalaremos que la reflexión en torno a lengua universitaria anuda tres cuestiones: la complejidad de la naturaleza de lo pensado, la manifestación creativa de aquello que se piensa y el sentido político de pensar lo que pensamos. Por esta razón, plantear el problema de la lengua universitaria, desde ya, no se circunscribe a un problema estilístico y mucho menos retórico. O tal vez, para empezar a pensarlo, podríamos referirnos a la formulación, en apariencia contraria, del propio González:

En este sentido, yo planteo una revolución de los estilos y eso son los posgrados y eso son los doctorados, porque si no vamos a repetir [...]. Da la impresión de que no tiene salida a no ser que haya una revolución estilística en la universidad. Eso va desde la técnica a la retórica, desde el arte a la sintomatología y recorre todas las carreras (p. 156).

Nos preguntamos entonces qué implica esta “revolución estilística” sino la necesidad de transformación del modo hegemónico del ser universitario. En la misma página podemos leer lo siguiente:

Escucho investigación y cierro los oídos [...] francamente. Escucho “estoy investigando tal cosa” y no escucho, porque lo que he escuchado en los últimos diez años sobre lo que son las investigaciones en la universidad... Yo digo “no soy investigador”, perdónenme, a veces me han dicho investigador y yo no soy investigador porque no quiero estar vincu-

lado a un lugar donde me parece que se juegan otras cosas y no de índole del conocimiento (pp. 155-156).

Todos los escritos presentes en este libro portan algo del orden de la incomodidad frente a lo que suele denominarse “rigor académico”. En algunas de sus conclusiones señala que es esta forma predominante de entender la tarea universitaria la que promueve una condición de existencia del pensamiento débil, y que en su formato pseudocientífico solo le resta habitar estas instituciones suturado, utilizando un lenguaje desnutrido y clasificatorio. El neoliberalismo filtra en la universidad un sentido particular de entender el conocimiento “como técnicas de control, formas de medición del tiempo, como un orden discursivo previsible y acotado” (p. 211), generando a su vez un promedio identitario que es siempre imaginario, pero que se transforma en la medida de la normalidad y modela con suspicacia las subjetividades. Ha sido esta manera de nombrar y de identificar al investigador/a y al conocimiento con el análisis endémico y fragmentario lo que ha permitido la construcción de un patrón de medición externo para determinar qué es y qué no podrá ser considerado como tal. La homologación total a esta figura y a este modo de entender el “rigor académico” es lo que debe ser puesto en cuestión por la propia lengua. Es por esto que sortear esta encrucijada actual para abrir una nueva “posibilidad” para la universidad parece ser la gran inquietud de este libro. Ser o dejar de ser un mero *homo academicus*, esa es la cuestión. Nos preguntamos, ahora: ¿cómo conjugar la ambiciosa pretensión de habitar las universidades postulando otra

concepción del conocimiento que nos permita “ser” de otro modo? Si en algún lugar puede producirse conocimiento, es precisamente en el seno de estos espacios donde el saber es lo que arma diversos lazos entre lxs sujetxs allí dispuestos. La crítica discute en primer lugar y de manera sostenida cuál es el sentido de la noción de “rigor”, puesto que ese es el nombre que, por momentos, adquiere cierto régimen instituido de la palabra en la academia. Es Jacques Rancière quien afirma que en la base de toda política hay una “estética”<sup>2</sup> y es precisamente en la alteración total del reparto de lo sensible —quiénes hablan, qué dicen y cómo lo dicen— que la revolución estética —y luego estilística— tiene lugar. El “rigor”, entendido en su sentido político, se ha transformado en una exigencia fundamental para todos los saberes y disciplinas académicas, y constituye en sí mismo una forma de habilitación de un discurso. La vara del “rigor académico” más de una vez se alza para excluir no solo aquello que no es digno de ser pensado, sino también aquello que no es lo suficientemente “sólido” como para ser reconocido como conocimiento. Está claro que el conocimiento no puede desplegarse sin rigor alguno, así de claro es también que un modo de entender el rigor académico solapa una forma mortal de tejer la política universitaria. Hay rigor en el pensamiento cuando se sustrae de la mera opinión, pero también cuando se convierte en trabajo minucioso con los conceptos y tejido artesanal con la vida, cuando la erudición no se disuelve en el formato particular de un tipo de escritura predefinida. El rigor deseable no se garantiza mediante pautas fijas, sino dándole texturas e intensidades al propio peso de un pensamiento.

Cuestionar este destino debilitado del conocimiento, ya no mudo sino ventrílocuo, requiere pensar en la lengua universitaria como límite y/o posibilidad de otra forma de pensamiento, de un pensamiento que se manifieste mediante nuevas formas. Nos enfrentamos entonces a una pregunta: qué posibilidades ofrece la universidad para generar otros perfiles, más atentos al presente, dispuestos a intervenir con su pensamiento en el mundo y así sortear la “jaula de hierro académica”. En principio, parece claro que ese habitar la universidad es cuestionarla en sus formas más elementales, recuperando en ese recorrido la fuerza creativa trazada por otrxs. No será posible andar por la academia sin renegar de la “catequesis profesionalista”, sin cuestionar “la evaluación taxidérmica reinante”, sin intentar burlar las “alambradas disciplinarias”.

Pero esta incomodidad es más que un andar incómodo, es una incomodidad que incomoda delineando y albergando tensiones e imposibles.

En uno de los textos presentes en este libro leemos una formulación ejemplar sobre la cuestión a la que nos referimos antes:

Todo lo real está compuesto de conceptos vacíos o bien que se hallan flotantes, para que la no plenitud de los significados y la imposibilidad de

**Hay en la escritura de Horacio González —como lo había en el movimiento de su voz— algo del orden del desplazamiento, una prosa compleja y ávida de *poiesis* que se obliga a sí misma a entrar en las arenas movedizas de la historia. Frente a las pretensiones anquilosantes del cómputo y la objetividad, el pensamiento de González convoca al viaje de la interrogación y desbarata la arrogancia del estilo academicista.**



saturar las concepciones permitan la creación del lenguaje político. Esta creación tiene que estar vinculada y ser una sola cosa con la idea de que hay conceptos políticos en la misma medida en que no se puede consumir íntegramente la propia noción de concepto político (pp. 80-81).

La no plenitud de los significados, la imposibilidad de saturar las concepciones como condición misma para la creación de lo que el propio autor denomina “lenguaje político” opera como prescripción. Hay algo que el pensamiento

**Este libro, que es una forma de ensamble de algunas de las intervenciones públicas de González, en las que pensó la universidad y sus problemas, es también el reflejo de un itinerario de pensamiento que respondió sin titubeos a cada una de las convocatorias del presente. La lengua universitaria es capaz de cincelar el pensamiento, a condición de sostener ciertos anudamientos existenciales que permitan la pregnancia de una decisión política que constituye siempre su diferendo.**

debe tomar bajo custodia, las deducciones reduccionistas deben ser evitadas, y aquello que se presenta como inevitable debe ser puesto entre paréntesis, porque hay formas del determinismo capitalista que se valen de la lengua académica para reproducirse. Nada es más improbable que ajustar el concepto a los pliegues de la realidad y, aun así, nada es más importante que forzar al lenguaje a continuar la búsqueda de la creación. El lenguaje es lo que construimos para soportar el viaje, las errancias y los arribos, y para esto requiere cierta volatilidad. Todo texto gobernado por esta tensión —la imposibilidad de capturar conceptualmente lo que es y la necesidad de seguir construyendo conceptos— rehuye a la

tentación de las clausuras, antes bien se dedica a colocar cuñas, a dinamitar certezas. He allí el ejercicio crítico por excelencia. Una de las grandes inquietudes de González fue la de restituirle a la lengua universitaria esa capacidad crítica, que tiene origen en los textos, pero también los subvierte. La cinética de la crítica extirpa en nosotros, los universitarios, las facilidades del ordenamiento, de la simetría, de la serie. Pensar es asumir riesgos. Es el vértigo que proporcionan los recorridos sinuosos del pensamiento el que puede abrir dimensiones ocultas frente a la mirada miope del mero comentarismo.

Señalaremos ahora otra cuestión. González nos advierte sobre otra imposibilidad de la lengua:

Los saberes entrelazados son el necesario espíritu de conocimiento, pero su mancomunidad está siempre en discusión, siempre desafiada por el vacío de la inconclusión, la imposibilidad de la interconexión previsible y canónica. El saber es lo que ocurre alrededor de un permanente hueco que siempre nos invita o nos amenaza (p. 193).

La lengua universitaria que es capaz de habilitar un saber entrelazado que merodea un hueco imposible de contornear definitivamente —a menos que ya no nos interese merodearlo— evita al mismo tiempo que esos enlaces devengan meras formas expresivas ritualizadas, clausuradas, previsibles. El propio acto de merodear, que es el gesto distintivo en la obra de González, puede operar como una forma —estilo— de habérselas con el meollo del conocimiento.

Evoquemos a modo de ejemplo y de homenaje algo del estilo gonzaliano.

Los textos literarios, históricos y filosóficos se atropellan en sus escritos y, por momentos, parece sostener un curso imprevisible, pero no hay nada allí de anárquico. Tal vez sí de invocaciones arriesgadas. Al leerlo asistimos al despliegue apasionado de la tradición que se vale de próximxs y lejanxs. González sabía reclutar en su escritura aun a aquellxs que se encontraban muy alejadxs de él, y la fuerza de esa convocatoria es producto de la donación de sus lecturas remanidas. La tradición no es una línea transversal que se ejecuta sobre el canon de la sociología, la política o la filosofía, es más bien la posibilidad de construir diagonales. Conocidas son sus recurrentes constelaciones de pensamiento: Martínez Estrada, Weber, Borges, Cooke, Fogwill, Arlt, Sarmiento, Macedonio Fernández, Joseph Conrad, Echeverría, Carlos Astrada, Gramsci, Hernández Arregui, Marx y la lista sigue... El gesto del pensamiento es abrazar un problema en su compleja inmensidad —a sabiendas de la siempre imposible captación— en clara oposición a la compulsión burocrática de su recorte artificial en disciplinas. Un *ethos* burocrático —de espíritu capitalista— dictamina ceñir, acotar, recortar; una lengua desatada puede contornear ese proceso extraviado de naturaleza kafkiana.

En consecuencia, una revolución estilística consiste en establecer tramas de pensamiento capaces de hacer confluir en la escritura el acervo de una tradición que constituye un reservorio constante de referencias para el presente. Es también necesario señalar que el resguardo de esas voces antiguas nos remite a la exigencia política de toda práctica intelectual: arremeter contra las políticas de la amnesia, tanto las que

se presentan bajo la forma de la censura como aquellas de nuevo tinte, bajo la forma de la hiperinformación. En este sentido es que podemos decir que González encarnó una función arcóntica —para utilizar una hermosa expresión de Graciela Frigerio— en cuanto creador de un archivo peculiar repleto de enlaces y de contacto interesado con la cultura nacional.

Como bien proviene la autora, cualquier sinonimia entre archivo y tiempo pasado no sería más que una torpe simplificación. Un arconte no es un mero acumulador, sino quien construye una lectura puente entre esas voces del pasado y el presente para contrarrestar la pulsión antiarcóntica que trabaja a base de olvido e insignificancia. Nuevamente González nos ofrece una reflexión al respecto:

La tradición es la historia de la lectura de los textos y no los textos implantados en bibliografías que constituyen el mapa axiomático con el que se sellan casamatas de rivalidad y sigilo (p. 115).

Y más adelante:

Sin esta idea de tradición —pues tradición es lo que está abierto, no pesa ni obliga— no hay institución. Sin esta idea de tradición hay Inquisición (p.115).

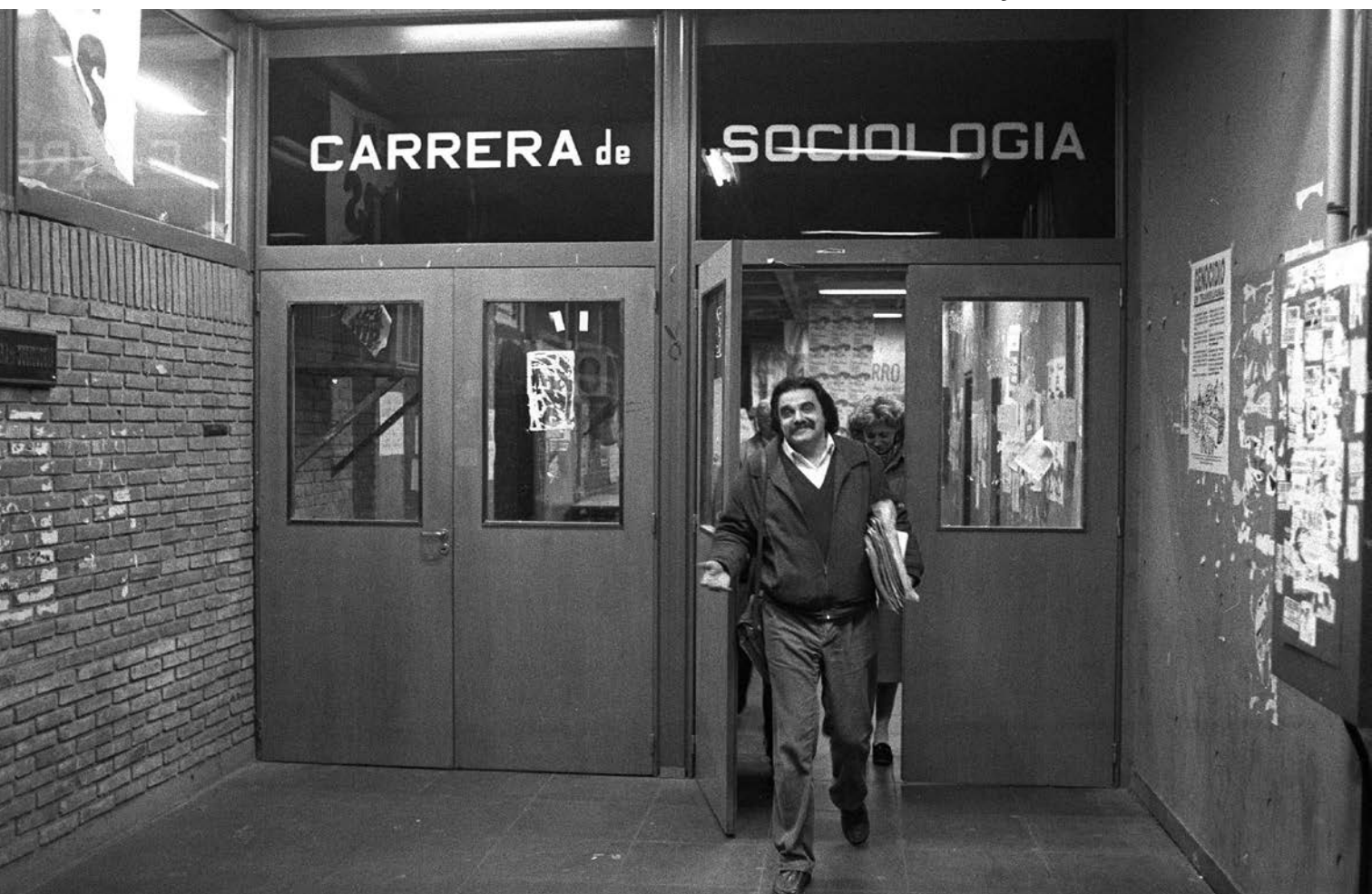
**Todos los escritos presentes en este libro portan algo del orden de la incomodidad frente a lo que suele denominarse “rigor académico”. En algunas de sus conclusiones señala que es esta forma predominante de entender la tarea universitaria la que promueve una condición de existencia del pensamiento débil, y que en su formato pseudocientífico solo le resta habitar estas instituciones suturado, utilizando un lenguaje desnutrido y clasificatorio.**

“La historia de la lectura de los textos” es la elaboración de una concatenación intencionada ofrecida para pensar. Las lecturas que González presenta en sus obras nos despabilan, nos obligan a perder toda ingenuidad con respecto a la posibilidad de obtener ideas consumadas. “Pero todo insinuado, lector”, nos advierte en *Filosofía de la conspiración*.<sup>3</sup> “Insinuado: no esperes que haya agotado o explorado exhaustivamente este poliedro”. El escritor conspira en complicidad con el/la lector/a, como el/la profesor/a en la clase. Y la institución de la transmisión se completa en un procedimiento que consiste en desplegar una particular inscripción en la historicidad de los textos. El acto de enseñar, que condensa la conocida paradoja del “más suave de los yugos” entre los iguales,

nuevamente es presentado bajo tensión y encuentra su coartada en las motivaciones públicas que lo sostienen:

Quizás la mención a estas situaciones de escena pedagógica como sueño eterno en la angustia inconfesada de los profesores, sea una gran coartada que imaginamos con un “deseable imposible”. El deseo de lo imposible, cuando es representado y convertido en motivo de nuestras motivaciones públicas, nos coloca en una fisura excepcional en tanto agentes de un aprendizaje. Nos revela que podemos llegar a la profunda lucidez que rechaza como inadmisibile (o más suavemente insoluble) lo que hacemos, y al mismo tiempo no dejar de hacerlo (p. 226).

Fotografía: Rafael Calviño.



Será ese primer compromiso, ese mandato de resguardo y don que implica toda tarea de transmisión, ese otro vértice de la institución universitaria. Las universidades son una promesa que se expande en el elemento vital y fundamental de la enseñanza. Pero nuevamente aquí González señala que el programa pedagógico debe encontrar su propia fisura y producir tanto las grietas en el saber que se autoestructura como absoluto, como en el que se inflama en su propia singularidad. Una extraña combinación entre una pedagogía demorada —en la medida en que tamiza la urgencia del presente con categorías precisamente para pensarlo— y una pedagogía de la insinuación —que reconoce lo imposible pero necesario de los efectos incalculables de la propia palabra— boicotean la frontalidad del método de la divulgación que se presume efectivo a la hora de su constatación.

La figura de González aún años de compromiso intelectual y de furia rigurosa experimentada en pasillos y aulas de la universidad. Su condición de universitario amalgamó al viajero,

al arconte y al militante. Tal vez, y después de todo, la fuerza todavía vigente de su lengua no pueda escindir del poder de atracción que generaba su lúcida lealtad política. Exponente singular de la alianza necesaria entre la distinción de la cátedra y la banalidad de las calles, González construyó un estilo de escritura que es en sí mismo la mostración de otra forma de pensamiento universitario. En los diversos pliegues de la historia de la universidad argentina encontraremos las formas que González tuvo de habitarla, de narrarla, de cuestionarla.

Hasta hace poco, estábamos bajo el amparo de su pensamiento, sus intervenciones públicas establecían el hiato necesario entre el peso de la realidad (o lo real) y el sostenimiento de nuestros sueños colectivos. Sobre este camino transitado, sobre sus escritos e intervenciones debemos volver una y otra vez para nutrir nuestra propia lengua del buen alimento que nos proporciona y mantener así el paso ganado por su pensamiento.

#### NOTAS

1. Diremos que el problema de la lengua ha sido una cuestión recurrente en toda la obra de Horacio González. Suele decirse en filosofía que los filósofos —y no dudamos un minuto en reconocerlo como tal— no tienen más que una sola idea, y que las cuestiones que dispersan en sus escritos encuentran siempre un hilo invisible de sentido que las concatena y las justifica. Tal vez, pensar insistentemente en la lengua tenga que ver con —diremos para sostener nuestro parafraseo obstinado— la voluntad de pensarlo todo. Si la lengua es un tema recurrente, la preocupación más importante es amplificar el pensamiento y hacerlo pivotear por la historia y la política y por todas aquellas condiciones que lo promueven sin reservas. Un claro ejemplo de ello lo encontramos en *Lengua del ultraje. De la Generación del 37 a David Viñas*. Allí nuevamente la lengua aparece analizada en un período específico y mediante una heterogénea selección de fuentes situadas, pero escapándose todo el tiempo, por la profundidad de la reflexión, a la reducción de una “historia nacional” de la lengua política. Abordar la injuria y el ultraje como elementos primordiales del conflicto político, no solo nos convoca en cuanto argentinos, sino en cuanto cleptománx del fuego.
2. Jacques Rancière, *El reparto de lo sensible: estética y política*, Buenos Aires, Prometeo, 2014, p. 20.
3. Horacio González, *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas y carbonarios*, Buenos Aires, Colihue, 2004.

# Fenomenología de un tropiezo

*Por Santiago Azzati*

Acerca de *La Argentina manuscrita. Cautivas, malones e intelectuales* (Buenos Aires, Colihue, 2018)

Un baqueano busca huellas, rastros en el camino. Esa figura le cabe al modo en que Horacio construía sus escritos. Lo hacía, como señala en este texto Santiago Azzati, poniendo en diálogo restos y mito, porque la tarea del baqueano no es la de multiplicar la dispersión de indicios, sino la de escuchar las voces que asoman de una urdimbre profunda, mitológica, un tanto opaca. El mito es objeto de múltiples reescrituras, como si su signo fuera siempre el de la transfiguración. En *La Argentina manuscrita*, examina la fuerza fundante de la leyenda de la cautiva, en una serie que se inicia con la historia de Lucía Miranda y llega a la literatura contemporánea. El rapto de mujeres se convierte en un tópico central de toda la historia europea y americana y Horacio lo considera para situarse en el horizonte abierto por los feminismos populares y masivos. Pero si el escritor se deja interrogar por su contemporaneidad, al mismo tiempo deja huellas sobre las existencias que toca. Aunque lo haga, según cree, tropezando.

*Todo era vasto, pero al mismo tiempo era íntimo y, de alguna manera, secreto.*

JORGE LUIS BORGES

*Como todo mito, puede vérselo el interés de las incontables fisuras que lo componen y en el interior de esas estrias se prepara toda quimera para volverse contra sí misma.*

HORACIO GONZÁLEZ

Conocí a Horacio González en 2014. El encuentro, improbable y varias veces pospuesto, ocurrió a propósito de una clase que dio en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, en un aula del tercer piso del edificio de Marcelo T. de Alvear, una mañana soleada y algo fría de junio, para una materia de la que había sido titular y en la que desde el año anterior ya no dictaba clases. Cuando entré al aula, algo tarde, mientras buscaba dónde sentarme, escuché: “Debo haber dado más de dos mil clases y estoy tropezando con esta como si fuese la primera”. No sé de qué tropiezo hablaba, pero no olvidé esa frase. Más de una vez creí que de alguna manera esas horas habían valido los años de estudiante y que esa clase era una suerte de umbral, una secreta forma del don. Aún conservo algunas notas que releo cada tanto y una foto del pizarrón, en la que estamos con Horacio, fuera de foco, los dos riendo.

El pizarrón de esa clase es la síntesis del estudio preliminar sobre la obra de Lezama Lima, estudio que “corona su propio concepto del barroco, o sea, de la función del mito y de su transfiguración”, como escribió por esos días Gerardo Oviedo. Cuando me arrimé, terminada la clase, creo para presumir

de alguna escasa referencia a la obra de Aby Warburg, alguien sacó la foto. Por esos días, supe más tarde, Horacio había presentado la edición de los *Ensayos barrocos* de Lezama Lima. El nombre de Warburg sobrevoló esa clase entre tantos otros que fueron convocados para mostrarnos qué podía ser aquello del “horno transmutativo de la asimilación”, fórmula que repitió más de una vez. Warburg es una rara ausencia en la publicación de su libro *La Argentina manuscrita*, que me propongo, ahora sí, reseñar.

\* \* \*

*La Argentina manuscrita* está dedicado a un tema “notoriamente frecuentado”: la presencia insistente de la figura de la cautiva en la literatura y ensayística argentina. Asunto que desciende del mítico rapto de mujeres que forma parte del patrimonio mitológico de la humanidad y que adquiere singular expresión en la literatura argentina. El libro gravita en torno a un texto de Ruy Díaz de Guzmán —historiador mestizo de origen noble— que tiene “la envergadura de un mito clásico” y narra, entre otras, la leyenda de la cautiva Lucía Miranda. Pero De Angelis es el primer editor del texto de Ruy Díaz. Los manuscritos de los que se vale datan de 1612. El nombre *La Argentina manuscrita* es de De Angelis. La palabra *Argentina* no aparece en los manuscritos. A De Angelis le sorprende que Ruy Díaz haya escrito el libro sin el respaldo de textos canónicos como los del Inca Garcilaso o las crónicas de viaje de Ulrico Schmidl que, en ese entonces, aún no habían sido editadas. Dice González: “Toda época también la determinan los

editores solo que no cuando ellos creen hacerlo y sí cuando se aplican a su oficio sumamente distraídos, cuando están abstraídos”. *La Argentina...* quiere ser una reflexión sobre “varios asuntos que buscan una copertenencia”. Uno de ellos es la manera de “deambular del placer literario en los momentos históricos de conflicto entre pueblos”, puesto que “toda literatura obtiene una misteriosa justificación del mero hecho de existir, y en su inmanencia posee el alarde de no desear explicar sus ataduras con la época”. ¿Puede un texto entusiasmarlos por sus “anacronismos y vecindades con los prodigios incomparables del mito”?

Si nunca podemos sentirnos cómodos en los brazos de un mito, tampoco lo estaremos con la lectura de *La Argentina manuscrita*. González confiesa que no pretende hacer de “la

situación literaria de la cautiva —en sus diferentes versiones— una de las llaves maestras para la apertura más diáfana del cofre de los escritos nacionales”, porque en el mito de la cautiva está, ya, “no muy secretamente empujado, el signo tan recorrido de civilización o barbarie”. Las cautivas son el testimonio de ese viaje ontológico: es ese su rasgo “vibrante y antagónico”, y su tema no es otro que el del “origen legendario de la comunidad”: “La gran mitología del origen de lo social, si tal cosa es postulable, es el rapto”, dice. Señala también que el libro aspira a ser —*sin serlo directamente*— un intento de segundear la reflexión que abrió el “gran movimiento de mujeres”. De ahí la pregunta: “¿Qué es el patriarcalismo y cómo podemos apreciarlo para luego cuestionarlo en estos relatos primigenios?”.

Fotografía: Rafael Calviño.



Aparece entonces un programa de lecturas que se propone indagar el panteón de los textos de la patria en busca de la figura mítica de la cautiva y sus transfiguraciones. Como las ninfas de Warburg, la pervivencia de la figura de la cautiva reaparece como rastro para indagar la propia historia intelectual argentina “bajo otros ropajes”. Guiado por su “propia memoria dispar”, González hilvana autores y textos, reconstruye lecturas y delimita escrituras procurando hacer notar “cierto desasosiego por este país y esta historia”, y confiesa que se le ocurrió mirar el tema de la cautiva en tiempos en los que “resurge un feminismo renovado por la urgencia de temas heredados y por la denuncia de injusticias que van más allá de todo lo imaginado, en el país y en el mundo”. Lo hace como “un llamado a no perder las esperanzas”, porque “esta historia intelectual dispersiva” es también una “pequeña crónica de la crítica literaria nacional que presupone el deseo de que el actual infortunio al que asistimos en nuestro país cuente con ciertos atributos analíticos que nos recuerden otro modo de las cosas”. La cautiva comparte el “peligro metafórico” que también porta la palabra “pampa”, como señalará al comienzo de *Restos pampeanos*. Ambas tienen la capacidad de “representar literariamente la idea de Argentina”. El método de escritura de González es el del baqueano que recorre los textos con “empeño de rastreador”: “Era tanta mi urgencia de escribir, que oscilé entre la erudición, que siempre nos tienta con su turbio goce, y las citas descuidadas pero no inverídicas de las tantas y tantos que estudiaron con rigor este tema”, dice en el prólogo.

Urgencia que no es la del investigador, sino de quien pretende reducir al mínimo el intervalo que separa lectura de escritura.

\* \* \*

La historia de Lucía Miranda aparece en el capítulo 7 de *La Argentina... Mangoré*, cacique timbú, con buena relación con los españoles, se enamora de Lucía Miranda y resuelve, junto a su hermano Siripó, asaltar el fuerte *Sancti Spiritu*, a orillas del Paraná, para secuestrarla. Pero la reflexión de Mangoré en el texto de Ruy Díaz no está exenta de matices: el asalto al fuerte y el rapto son parte de profundas cavilaciones en torno a la obediencia y servidumbre permanente al español. Tras convencer a su hermano, dispone el malón para consumar el rapto, pero muere de “una gran cuchillada” durante el asalto, y será su hermano, Siripó, quien finalmente “herede” ese amor. La escena es trágica y la de Siripó una conciencia astillada. Sebastián Hurtado, marido de Lucía Miranda, retorna al fuerte, y al enterarse del rapto de su esposa saldrá en su búsqueda al enfrentamiento con los timbús. Ya preso es sentenciado a muerte por Siripó, quien más tarde decide perdonarlo a pedido de Lucía. El “ingenuo Siripó” dispone su condena: perdonar la vida de Hurtado a cambio de que este se convierta en su esclavo y que los amantes no vuelvan a verse. Pero estos desoyen la orden y Siripó, tras sorprenderlos, los condena a muerte.

A partir de la historia de Lucía Miranda, la “gran cautiva de la historia nacional”, González inicia el viaje a través de las transfiguraciones y reparaciones de la



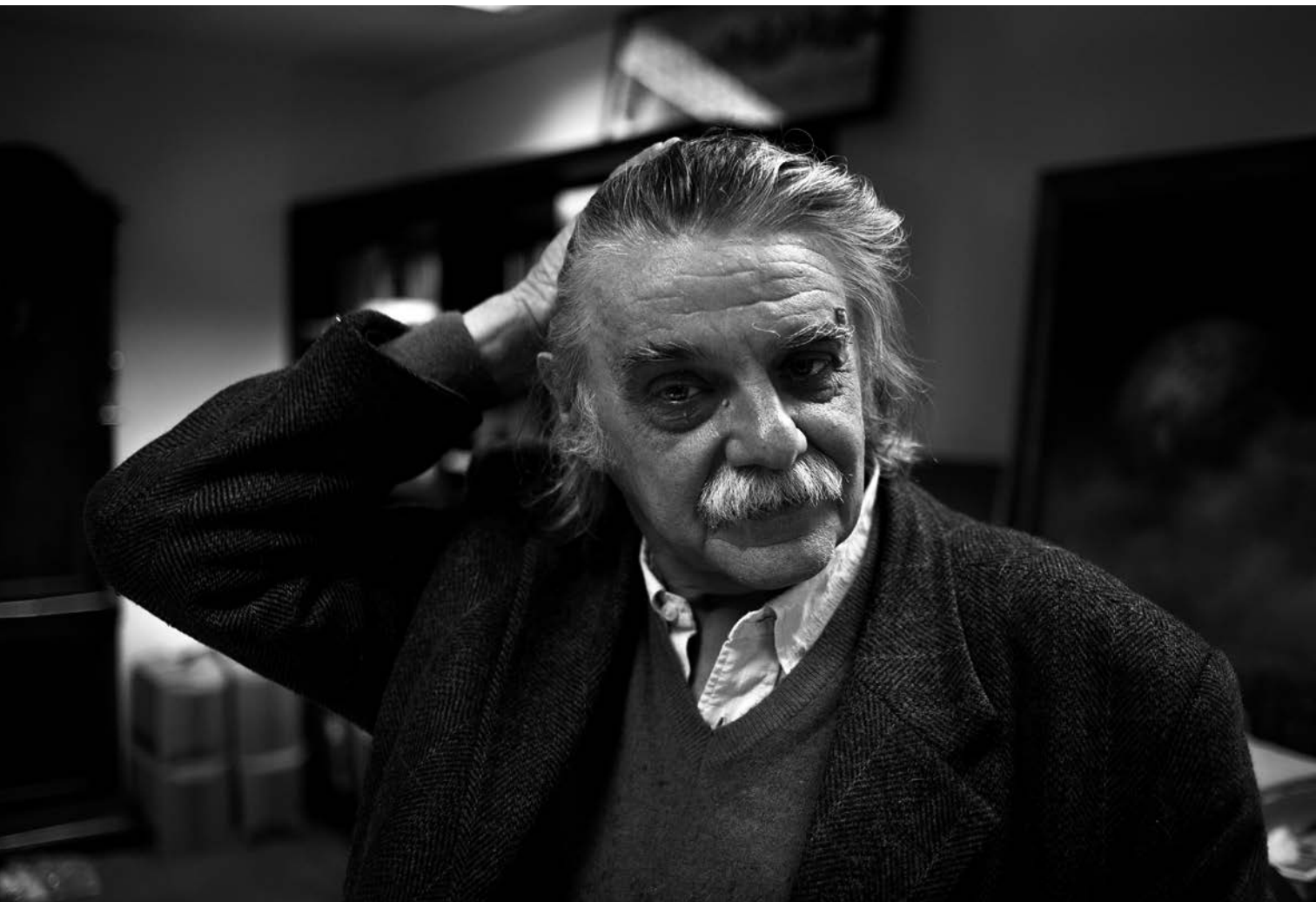
figura de la cautiva a través de los textos de su vida, recorre pasajes de Hernández, comenta más de una vez a Borges, glosa a Saer y su *Entenado*; lee velozmente a Cabezón Cámara, recuerda a Hudson y a Martínez Estrada, rememora textos de Lavardén y Centenera. Las novelas de Aira y Benesdra también son motivo de comentarios. La cautiva pervive en los textos de la patria e insiste con “leves anacronismos”. Es lo que Warburg llamaba una *Pathosformeln*: suerte de “líneas imaginarias de agrupamiento de supervivencias mnemónicas en construcción de imágenes artísticas”. González señala las curiosas afinidades entre el método de Warburg y el de Lezama Lima. Para este último, se trata de captar el “*hilado* que le presta la imagen a la historia”.

\* \* \*

Nunca hablé con Horacio González, ni siquiera la única vez que compartimos una reunión luego de su salida de la Biblioteca. Sin embargo, desde aquella mañana, lo leo con cierta fascinación y cierto desorden. De Horacio podemos decir lo mismo que él dijo de Carri en el prólogo a *Isidro Velázquez*: que fue un desmesurado, “y desmesurados hay siempre”. Pocos, muy pocos. Leo a Horacio como él leyó a Borges, como nos enseñó a leerlo: buscando

en sus libros esquivarlas, fragmentos que se repiten y emparentan con otros, advirtiendo signos, señales, frases que arman series con otras, de otros libros, que son el mismo y otro. Como escribió Adriano Peirone en un gran texto de los tantos que se escribieron en los últimos meses: con Horacio pasa como con Borges, “no se puede andar sin pisar su huella”. En mi lectura de la obra de González hay dos series que insisten: conciencia y mito. Una parte importante de la obra de Horacio puede recorrerse a partir de ellas.

De Horacio aprendí, no me enseñó, no tuve esa suerte. Y de alguna manera, el azar de coincidir con ese tropiezo, también, un poco, me salvó. La primera vez que escribí este texto fue en 2016, para un ensayo del seminario en el que ahora doy clases. La pregunta sigue siendo la misma: ¿Qué es eso que nombra González cuando dice *mito*? Los mitos operan elaborando otras versiones de “este desacuerdo fundante” que es civilización o barbarie. “Un mito se parece a una utopía o se reviste de ella” y “hace tolerable lo contradictorio, lo discordante”. O bien, “un mito vive de sus fisuras permanentes y no puede controlar la violencia que brota de su proyecto de gracia, que derrama terror”. Porque “si hay lectura es para imaginar la historia detrás de las resquebrajaduras del mito”.



Fotografía: Rafael Calviño.

# El punto ciego

*Por Diego Tatián*

Acerca de *Borges. Los pueblos bárbaros*  
(Buenos Aires, Colihue, 2019)

Diego Tatián escribe: los libros de González son libros de arena, cada vez que volvemos encontramos otro pensamiento. A la vez, González piensa que los libros de Borges son libros vivos. Lo escrito, lejos de ser letra muerta, es siempre ese impulso de transformación que se realiza cuando una lectora o un lector se encuentra con una cierta disposición. Tatián lee el *Borges. Los pueblos bárbaros* y advierte que si González pensó muchas veces sobre Borges, leer este libro exige repensar a la vez la obra del autor de *El Aleph* y la del propio ensayista. No se sale indemne de esta lectura, que parte de una escena cuasi duelística —la tensión entre el joven militante y el profesor conservador— para recorrer los problemas y las disputas al interior de la obra de Borges, entre su consideración amistosa de los pueblos bárbaros —los yahoo, los indios— y la violenta denegación de la identidad peronista de las clases populares argentinas. Esto es, el pasaje entre “El informe de Brodie” y “La fiesta del monstruo”. Estas cuestiones son políticas, como lo es la discusión sobre el idioma de los argentinos, y allí se detiene Tatián, para pensar en qué serie se inscriben la intervención borgiana y la consideración gonzaliana.

El 21 de octubre de 1965, la policía reprime en Morón una manifestación de la CGT, a resultas de lo cual son asesinados los obreros José Gabriel Mussy, Ángel Norberto Retamar y Néstor Méndez (peronistas, los primeros; comunista, el último). En alguno de los días siguientes, un grupo de estudiantes interrumpe la clase de Inglés Medieval que el profesor Borges impartía en la Universidad de Buenos Aires. Con apenas 21 años, Horacio González se encontraba entre ellos. En una página del libro sobre el que vamos a ocuparnos, evoca el episodio —escena inolvidable, que encripta bajo una de sus máscaras el conflicto fundamental de la historia argentina— de este modo:

La puerta corrediza del aula era pesada y abrirla producía un chirrido indignado, una hosca interrupción de un mundo de letras ajenas, ante las que un estudiante del CEFyL, que estaba a mi lado, iba diciendo, ante un Borges que desde el fondo del salón había salido a cubrir la parada: “Venimos a levantar la clase porque han asesinado a Mussy, Méndez y Retamar”. El autor del *Poema conjetural* escuchaba esos vocablos con una indignación genuina, sin condescendencia ni disimulo. Su ardua mandíbula inferior temblaba de ira, mientras las señoras que venían a escuchar sus clases, muchas con tapado de piel, daban vuelta sus cabezas dejando el cuerpo inerte en aquellos destartados asientos que apenas recuerdo. Pero mostrando caras desencajadas. Esos nombres, inmigratorios y criollos de los obreros asesinados, nada podrían decirles ante la profanación de la palabra de Borges. Que

seguía inmóvil y airado en la puerta, tapando el paso a las lanzas; no merecíamos ser ningún íntimo cuchillo. Optamos por retirarnos. Uno puede tardar muchos años en comprender esta escena y quizá por eso ahora escribo este libro.<sup>1</sup>

**Uno.** *Borges. Los pueblos bárbaros* es el último libro publicado por Horacio González —en la colección Puñaladas de la editorial Colihue, que, bajo su dirección, dejó una importantísima marca cultural en Argentina—. Leerlo no es solo comprender más a Borges con González, sino también comprender más a González con Borges.

No es la primera vez en la que el autor de *Restos pampeanos* se detiene en el autor de “Emma Zunz” (lo había hecho ya en *Retórica y locura*, *Escritos en carbonilla*, *Lengua del ultraje*, *La Argentina manuscrita* y otros lugares); en este caso se trata de un volumen enteramente dedicado a la discusión borgiana. En la primera página, González evoca el nombre de Cortázar y algo que Cortázar dijo alguna vez sobre la omnipresencia de Borges en París hacia fines de los años cincuenta. El modo de esa evocación proporciona dos claves de una manera de trabajar (un “método”, diríamos, si no quisiéramos evitar esta palabra), no irrelevantes para la lectura de este libro o cualesquiera de los suyos: “Son palabras aproximadas, habilito en este acto la cita apenas memorizada pero que pretende ser fiel”, dice de la frase que Cortázar le escribe a Ana María Barrenechea en una carta que se recuerda muy bien pero no se cita literal. La memoria como fuente de citas —la cita *par coeur*— es aquí y en otras ocasiones preferida a la referencia exacta, quizá por una cuestión de ritmo del

pensamiento; quizá por considerar las eventuales mutaciones involuntarias de lo leído como un enriquecimiento que incorpora las marcas del tiempo —o su desarrollo en el tiempo, por obra de la vida misma—.

La segunda clave es la adjudicación a Cortázar de un procedimiento que consiste en crear “polaridades con elementos dispares”: Alban Berg y los altoparlantes plebeyos; Borges y Fan- gio..., puestos en la misma frase con socarronería pícaro. González adopta este procedimiento y lo extiende hasta lo que, en su libro aún inédito sobre el humanismo, llama “series anómalas”. En *Los pueblos bárbaros* Borges es puesto en contigüidad con nombres completamente alejados de su universo, sea con los que no tenía nada que ver, sea con los que su único vínculo era de animadversión y contrariedad explícita.

Nos detenemos en esta recurrente operación con algunos ejemplos. Borges y Sartre: “La primera clase del joven Sar- tre en Le Havre,

más o menos en el mismo tiempo en que Borges escribe este ¿ensayo? sobre la *Historia de la eternidad*, sorprende a sus alumnos” (p. 149). Borges y Benjamin: “Las citas de Borges [...] son formas casi arquetípicas preparadas por un buscador de

perlas en un océano infinito, idea con la que a veces se piensa en acto las citas a la manera de Walter Benjamin, dándoles así condición sagrada” (p. 153).

Borges y Evita: “Por la época en que Borges escribe *Los teólogos*, apenas dos o tres años más tarde, *La razón de mi vida*, de Evita, contiene ocultas citas de [León] Bloy, al que leían los escritores de trastienda. Los efectivos autores de ese libro” (p. 163). Borges y Engels, a través de Hawthorne: “Nathaniel Hawthorne [...] es motivo de uno de los grandes artículos de Borges [...] Mister Wakefield se mueve sobre el fondo desvanecido e indeterminado de las ‘multitudes de Londres’, que poco después retomará Engels, pero haciendo foco en lo que llamó ‘la situación de la clase obrera’. No hay en Hawthorne la resolución obrera que Engels quiso darle a la cuestión de la multitud, sino otra idea de destino” (pp. 218-220). Borges y Perón, a través de *Bajo la tormenta de acero* de Jünger (lectura que el mismo Borges le confirma a su autor en una entrevista de 1982 mantenida en Alemania, según el registro que hace Jünger y publica Víctor Farías), cuya temprana traducción al castellano había aparecido en 1922 en el Boletín del Oficial —publicación que leían los oficiales del ejército argentino, y también el cadete Perón— (pp. 237-238). O el “*Deutsches Requiem*” como puesta en obra de la filosofía política de Carl Schmitt (pp. 50 y ss.). Borges y Osvaldo Lamborghini; Borges y Lucien Abeille; Borges y Theodor Adorno; Borges y Trotsky-Rivera, y así siguiendo.

Estas conjunciones “anómalas” podrían multiplicarse. Se trata de un procedimiento de vulneración y a la vez de fecundización de una obra por lo que queda fuera de ella y por la alteración con la que ese exterior la afecta. Montaje de proximidades inusuales (que no es exclusivo de este libro), nunca accidental y siempre preciso, orientado por

**La memoria como fuente de citas —la cita *par coeur*— es aquí y en otras ocasiones preferida a la referencia exacta, quizá por una cuestión de ritmo del pensamiento; quizá por considerar las eventuales mutaciones involuntarias de lo leído como un enriquecimiento que incorpora las marcas del tiempo —o su desarrollo en el tiempo, por obra de la vida misma—.**



Biblioteca personal de Horacio González. Fotografía: Ximena Talento.

una tensión —que en Borges estalla de manera particularmente fructuosa— entre la cuestión nacional y el universalismo filosófico.

**Dos.** Horacio González extiende a Borges —“con la intranquilidad de manejar un camión ruidoso por una carretera en cuyos costados relumbra propagandas de nuevos modelos de teléfonos celulares...”— la expresión “mito nacional” que en los años sesenta Noé Jitrik le había adjudicado a Lugones. Extensión paradójica y “perturbadora”, habida cuenta el desparpajo universalista profesado por Borges, a cuyo manifiesto —“El escritor argentino y la tradición”— no casualmente Horacio González vuelve una y otra vez. Pues allí está el nudo del asunto a desentrañar (o a producir:

un universalismo que no abandona la cuestión nacional; una reflexión de la nación que no abjura del universalismo sin eludir las tensiones que de allí provienen).

Aquí González detecta un “procedimiento” (uno de tantos: los procedimientos borgianos están en el centro del libro, además de serles dedicado un capítulo<sup>2</sup>) referido a la identidad: más se expresa cuanto menos deliberadamente se acentúa; declinación del patetismo, la sobreactuación, la insistencia y la “simulación” para simplemente dejar obrar la “fatalidad” de ser lo que se es.<sup>3</sup>

En su finitud radical, la lengua es comprendida por Horacio González —y por el Borges gonzaliano— como perturbación e imposibilidad de la completa comprensión del mundo, a la vez que como su revelación truncada.

Una persistente busca del “idioma de los argentinos” es lo que, en su incursión por los intersticios y la filigrana de la cultura universal, Borges persiguió con más ahínco. En tanto “dilema a ser resuelto en el ejercicio de un autoconocimiento” (p. 121), la obra de la lengua que la literatura y la ensayística de Borges ejecutan se descentra aquí del “borgismo” y abona en cambio “la larga tarea de construir una lengua nacional y popular” (p. 194) —aunque por supuesto no fuera esta una expresión empleada por Borges mismo—. La lectura de *Los pueblos bárbaros* ofrenda un Borges que parece decir: “solo sé que no soy borgiano”, tras esa pista que lo lleva a “ser más deferente con las gentes venidas del más evidente universo popular, que con los presuntos conocedores de su obra” (p. 11).

Debido a su relevancia en la discusión sobre la lengua, “El escritor argentino y la tradición” es uno de los textos en los que Horacio González más se detiene,<sup>4</sup> para finalmente ser considerado parte de “un emblema intelectual que hoy es insatisfactorio” (p. 128). Resulta en cambio evidente la predilección de González por “Las alarmas del Doctor Américo Castro”, incluido en *Otras inquisiciones* (1952) —y por tanto de la misma época que “El escritor...” (si no de su efectiva redacción, sí de su lectura en el Colegio Libre de Estudios Superiores)—.<sup>5</sup> Allí, Borges continúa una polémica por la lengua que la Generación del 37 había entablado con España.

El 5 de enero de 1876, en efecto, Juan María Gutiérrez —que ya había fundado con Echeverría y Alberdi la Asociación de Mayo, y había escrito toda su obra ensayística y literaria inmerso en una reflexión sobre el lenguaje rioplatense— rechazó públicamente

la propuesta de integrar la Real Academia Española, recibida desde España tiempo antes como parte de una política impulsada por la RAE de cooptación de escritores e intelectuales latinoamericanos. El fundamento del rechazo era político: un republicano no puede por principio aceptar el sometimiento a una institución realista y monárquica que pretendía normalizar el lenguaje latinoamericano y, en particular, el rioplatense. Con argumentos no exentos de ironía, basados en los efectos benéficos que la mixtura cosmopolita de las lenguas estaba produciendo en el habla porteña, abjuraba de la “pureza” pretendida por la Real Institución. Y concluía con esta certidumbre:

Creo, señor, peligroso para un sudamericano la aceptación de un título dispensado por la Academia Española. Su aceptación liga y ata con el vínculo poderoso de la gratitud, e impone la urbanidad, si no el entero sometimiento a las opiniones reinantes en aquel cuerpo, que [...] profesa creencias religiosas y políticas que afectan a la comunidad [...]; y yo no estoy seguro de poder amañar mis inclinaciones a las de la Academia, según puedo juzgar por antecedentes que me son conocidos...

El desplante de Gutiérrez causó el escándalo de Juan Martínez Villegas, un periodista español que ya había polemizado con Sarmiento y en esos años andaba por Buenos Aires. Se produjo entre ambos un debate periodístico sobre la lengua, cuyo testimonio son las *Cartas de un porteño*<sup>6</sup> —nombre bajo el que se compilan las de Juan María Gutiérrez—, antecedente nítido del ensayo con el que Borges polemiza

con el españolísimo doctor Américo Castro (quien en 1941 había publicado en la editorial Losada el chicanero *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*).

El linaje de las polémicas en torno a la constitución de una lengua popular rioplatense es el trasfondo de Borges, de este Borges —al que pertenecen asimismo los largos pasajes del Evaristo Carriego que González no se priva de transcribir in extenso—. Un punctum de esa napa no exenta de ironía en la disputa por la lengua se indica en la condena borgiana del verbo “cincelar” (“algunos escritores describían lo suyo diciendo que cincelaban un soneto o un cuento”); ingenua expresión del “culto a la perfección”, patética “vanidad del estilo” contra la que El idioma de los argentinos (1929) exclamaba: “¡Muere macana!”. En efecto, “Si la perfección preside una página (la cincela)”, escribe González hablando de Borges, pero el argumento vale sobre todo para su propia manera de escribir, “esa página puede ser la más precaria de todas. En cambio, la página que tiene ‘vocación de inmortalidad’ —presuntuosidad aparte, sería la página contraria a la que es laboriosamente tallada por el cincel ingenuo del perfeccionista—, esa sí, tiene asegurado su paso entre los fuegos de erratas, incomprensiones, distracciones, malas traducciones” (pp. 209-210). Al igual que la “mala lectura” —la lectura “descuidada”, urgente, motivada— es una manera “izquierdista” de leer, la despreocupación por las erratas es una manera izquierdista de escribir. Como pocas otras, en este sentido, la de Borges —la del joven Borges, al menos— sería una “literatura de izquierda”.

Al mismo tiempo, hay en González una sensibilidad por las palabras y por las cosas alejadas en extremo de cualquier

descuido. Ese es su materialismo, su inversión materialista de las ideas, su búsqueda de un esplendor en lo singular, una demora en los desechos que el paso del universal arroja al costado del Sentido, como trilladora de la historia. Con esa atención lee (“descuidadamente”), con esa precaución se detiene en objetos del mundo de la vida, con esa libertad vincula el pensamiento con los oficios manuales: la ebanistería, cuando habla de la idea platónica de mesa y el juego que Borges hace de ella (p. 149); o la “marroquinería” del lenguaje, “hecha de retazos, cueros mal curados, coseaduras con tientos bruscos”, cuando se trata de comprender la materia de que están hechos los mitos (p. 211). Por una especie de inversión de Hegel (de cuyo pensamiento nunca se desentendió, como dicta hacerlo un cierto tono recientemente adoptado en filosofía), González pareciera concebir a la filosofía como “el detalle elevado a concepto”. El interés por los detalles, por lo mínimo cotidiano; el hallazgo de una idea donde solo parecía haber un hecho o una cosa, y de cosas donde debía tratarse solo de ideas, tiene en su manera de escribir y de pensar un alto nivel especulativo (también poético y político).

**Tres.** Los libros de Horacio González son libros de arena. Distintos de sí mismos. Han cambiado cuando vuelve a abrírseles, parecen decir más cosas que las advertidas en lecturas anteriores,

**Al mismo tiempo, hay en González una sensibilidad por las palabras y por las cosas alejadas en extremo de cualquier descuido. Ese es su materialismo, su inversión materialista de las ideas, su búsqueda de un esplendor en lo singular, una demora en los desechos que el paso del universal arroja al costado del Sentido, como trilladora de la historia.**



cosas diferentes de las que habíamos entendido al principio. A la vez que ponen en obra una refundación (o una memoria) mítica del objeto del que tratan, dejan abiertos caminos que se insinúan pero no se transitan, como obsequios al lector que dispone del tiempo necesario para adentrarse en ellos. “Líneas de investigación” apenas indicadas se abren en todas direcciones desde el argumento principal (la brusca revelación del destino, la duplicidad de la conciencia, los laberintos del honor...), que transita algunos desvíos y sugiere otros que quedarán inexplorados. El secreto de esa fecundidad es la vida vivida que aloja las ideas —sobre todo el estudio de las ideas de otros (y “el interés por las existencias ajenas”, como le gustaba a González definir la sociología)—, siempre que lee y escribe. Es por contacto con la vida y con la historia que las ideas expresan lo que de otro modo permanecería inadvertido (“como en ese juego en el que los japoneses se divierten mojando en un tazón de porcelana lleno de agua trocitos de papel, hasta entonces indistintos, que, en cuanto los sumergen en el agua, se estiran, se retuercen, se colorean, se diferencian, se vuelven flores, casas, personajes consistentes y reconocibles”, del que habla Proust en el célebre pasaje de la magdalena).

Lo puesto aquí al rescoldo de la vida es la pregunta borgiana por el reverso de la cultura —pero justamente no de la humanidad—, que sus relatos indagan en los pueblos bárbaros (los yahoos en “El informe de Brodie”; los trogloditas en “El inmortal”; los bárbaros lombardos y los indios del desierto argentino en la “Historia del guerrero y la cautiva”...), con una curiosidad que nada tiene que ver con lo que solemos llamar “relativismo cultural”. Pero es en

ese punto preciso donde la curiosidad por lo Otro se detiene. “La fiesta del monstruo”, “El simulacro”, “*L’illusion comique*”..., adjudican una valencia distinta al pueblo bárbaro del que ahora se trata, despojada de curiosidad y de indulgencia: “parecería no proceder la tríada: yahoos, trogloditas, peronistas” (p. 105). El cocoliche de “La fiesta del monstruo”<sup>7</sup> marca la más extrema tensión no solo con el neocriollo de Xul Solar (donde González encuentra la inspiración de “El idioma analítico de John Wilkins”), sino también con la lengua de los yahoos. El aluvión que marcha a la Plaza profiere una jergonza que da curso “al secreto impulso asesino” de hombres ruines y a la vez cándidos (lengua “peroniana”, sin relación ninguna con la de relatos como “Hombre de la esquina rosada” o “Historia de Rosendo Juárez”). Ese punto ciego de la otredad inmediata es lo que Horacio González piensa en, con y contra el propio Borges:

su debilidad quedaba a la luz cuando aquello que lo fascinaba —los pueblos bárbaros como maqueta invertida de la creencia civilizatoria que mora en sus propias falsificaciones— se le presentaba bajo la forma de un sector de la población nacional movilizada, para la que sin embargo creó una subliteratura basada en el arte de injuriar, clausurando así una de las compuertas siempre abiertas de su metafísica del otro (pp. 118-119).

Los de Borges son leídos por Horacio González como libros “vivientes”, en el sentido en que adjudicaba ese adjetivo —tomado de Gramsci<sup>8</sup>— a obras tan disímiles como *El príncipe*, *El porvenir dura mucho tiempo*

o *Sinceramente*. También *Borges. Los pueblos bárbaros* lo es. Marca el punto —no borgiano— en el que la de Borges sigue siendo una literatura a ser inquirida, en maneras no complacientes, sin no obstante dejar perder el “fugaz brillo salvador de la rareza humana” que hay en ella.

## NOTAS

1. Horacio González, *Borges. Los pueblos bárbaros*, Buenos Aires, Colihue, 2019, p. 235. En un libro de diálogos con Borges de María Esther Vázquez, ese tenso altercado universitario se recuerda como prueba de que “el coraje es una de las constantes de la vida de Borges”, y es evocado en estos términos:

Cuando era todavía profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, una mañana irrumpió un muchacho en su aula y lo interpelló:

—Profesor, tiene que interrumpir la clase.

—¿Por qué? —preguntó Borges.

—Porque una asamblea estudiantil ha decidido que no se dicten más clases hoy para rendir homenaje a Fulano de Tal.

—Ríndale homenaje después de la clase —agregó Borges.

—No. Tiene que ser ahora y usted se va.

—Yo no me voy y si usted es tan guapo, venga a sacarme del escritorio.

—Vamos a cortar la luz —prosiguió el otro.

—Yo he tomado la precaución de ser ciego. Corte la luz, nomás.

Borges se quedó, habló a oscuras, fue el único profesor que dictó su clase hasta el final...

(María Esther Vázquez, *Borges, sus días y su tiempo*, Buenos Aires, Vergara, 1984, pp. 29-30).

2. Atención a los procedimientos de Borges (el “argumento”, la “comodidad narrativa”, etc., son aquí considerados como tales) que a su vez abona la proliferación del procedimiento gonzaliano antes indicado, el arte de la conjunción: “Inesperada cercanía de Borges respecto a Ezequiel Martínez Estrada” [en “sentirse en muerte”, cuando el barro se convierte en “primordial”] (p. 70), etc.

3. La idea del universo como tradición del escritor argentino se complementa y se tensa con la idea de Martín Kohan (“El secreto de Guayaquil”, *Variaciones Borges*, nro. 16, 2003) de la Argentina como “vacío”, que González cita, para problematizar, en una nota: “Un ‘vacío’ de Argentina es quizá la forma sorprendente de poner sangre allí, como ser-ahí de la Argentina, ya que el historiador Zimmermann había discutido y caído en desgracia frente a Heidegger” (pp. 144-145). La comprensión filosófica del *Dasein* como vacío (o apertura) y la comprensión histórica del vacío (el “universo entero”) como *Dasein* de la Argentina remite, como su tesis invertida, a “El escritor argentino...”. Procedimiento —también este— gonzaliano de valerse de la mención de Heidegger en el cuento de Borges para hacer intervenir en la discusión su concepto fundamental —que no aparece en él—.

4. En un libro anterior, González había escrito páginas muy iluminadoras sobre este ensayo borgiano y había puesto de relieve que la polémica fundamental por la que se hallaba animado tenía por objeto no solo la afirmación lugoniana del *Martín Fierro* como *La Iliada* de los argentinos, sino también en general la tesis del “argentino helénico” (a la que Borges contrapone aquí las referencias a “los judíos” y a Mahoma), explícita en *El payador, Prometeo* y en otros textos de Lugones (Horacio González, “Borges político”, en *Escritos en carbónilla*, Buenos Aires, Colihue, 2006, pp. 290-297).

5. Si bien en la edición de las *Obras completas* realizada por Carlos Frías en 1974 —como así también en la anterior de Clemente—, “El escritor...” se incluye en *Discusión* de 1932, se trata de una operación editorial. Aunque el momento de su redacción permanece incierto, el texto fue publicado por primera vez en 1953 en la revista *Cursos y Conferencias*, como versión taquigráfica de una conferencia leída en el Colegio Libre de Estudios Superiores el 19 de diciembre de 1951.

6. Juan María Gutiérrez, *Cartas de un porteño. Polémicas en torno al idioma y a la Real Academia Española*, Buenos Aires, Taurus, 2003.

7. No es imposible que este estremecedor y ferozmente despectivo relato de Borges y Bioy remita al asesinato del estudiante Aarón Salmún Feijóo el 4 de octubre de 1945, según Félix Luna baleado por jóvenes de la Alianza Libertadora Nacionalista “por negarse a vivir a Perón” (Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, p. 271).

8. “El carácter fundamental de *El príncipe* no consiste en ser un tratado sistemático, sino un libro viviente en el que la ideología política y la ciencia política se funden en la forma dramática del mito” (Antonio Gramsci, *Quaderni del Carcere*, vol. III, Torino, Einaudi, 1949, p. 1555).

## Para nosotros, González

*Por Diego Sztulwark*

Acerca del prólogo a *El príncipe moderno y la voluntad nacional-popular* (Buenos Aires, Puntealsina, 1971) y “Maquiavelo y el problema de la lectura” (revista *Papel Máquina*, año 11, nro. 13, Santiago de Chile, 2019)

El pensamiento político, a menudo cercado por la tentación de aplicar analíticas abstractas, siempre debe crear sus propias condiciones para elaborar todo aquello que ninguna teoría provee ni prevé. Hay un modo “militante” de leer los textos, de auscultarlos bajo el pulso que la carnadura de la experiencia dicta, con sus puntos dramáticos y de irresolución. Así leyó Horacio González a Gramsci, a comienzos de los setenta, ocupándose más de los problemas que lo solicitaban, por caso el peronismo, que de la “corrección” de una traducción que aceptara su punto de vista sitiado por las coordenadas italianas. Por eso, la traducción siempre será “maldita”, y reclamará un plus, una demasía que nunca puede restringirse al ejercicio especulativo en el campo de las ideas puras. Fue así con Gramsci, y también con el célebre Maquiavelo, para quien, entre la fortuna y la virtud, se abría el campo de la experimentación política popular. Gramsci y Maquiavelo, entonces, interrogados desde el peronismo, por lectores siempre incómodos con los legados y lenguajes que cargan sobre sus espaldas. Ese fue, “para nosotros, González”.

*A Marcelo T. de Alvear 2230,  
donde comenzó todo.*

## 0. El príncipe, escritura y política

Horacio González mantuvo una atención vital y persistente sobre las relaciones constitutivas entre escritura y política. Siguiendo de un modo muy personal a Antonio Gramsci, volvió una y otra vez sobre la figura mítica del príncipe, zona sísmica sobre la que se funda una rica tradición que ha descubierto en el escritor, el personaje y el libro —Maquiavelo, el príncipe y *El príncipe*— un yacimiento privilegiado para investigar líneas de movimiento comunes a la operación literaria y a la acción política. Y si Gramsci creó una noción operativa de “traducibilidad”, González extrajo de ella unas enseñanzas originales, que funcionaron en él como una concepción particular y muy suya de la lectura. El sujeto de la lectura de *El príncipe* descubre su ser político propio elaborando tácticas para la captación y constitución de sentidos allí donde el vacío constitutivo del texto fuerza la presencia de un príncipe lector, convocado también a descubrir los vacíos de su propia coyuntura, aquella desde la cual lee y en relación a la cual el texto adquiere el valor de un instrumento de intervención. Libro y coyuntura, por tanto, en sus respectivos vacíos, provocan o engendran un tipo de sujeto lector arrojado a una particular toma de conciencia de sus estimaciones y apuestas, tal y como el príncipe debe hacerlo para fundar un orden nuevo, estableciendo junto con la acción un tipo de saber subjetivo sobre las condiciones objetivas dadas e incompletas que en el libro —tanto como en

el propio tiempo histórico— se nos dan como condición —superficie y enigma— para nuestras diversas formas de contemplación y/o acción. En lo que sigue vamos a leer dos textos de González: “Para nosotros Gramsci”, de 1971, y “Maquiavelo y el problema de la lectura”, de 2019. Entre ambos textos transcurren casi cinco décadas en las que pasó de todo.

## 1. Traducciones malditas

El primer texto de Horacio González en el que tenemos noticias sobre el príncipe —“Para nosotros, Gramsci”— trata sobre la “traducibilidad” de las cuestiones estratégicas planteadas por el comunista italiano referidas a la conquista revolucionaria del poder político: ¿cómo leer la reflexión gramsciana sobre la hegemonía —escrita en las prisiones de Mussolini—, desde el lugar específico desde el cual actuaba la izquierda peronista de inicios de los años setenta? ¿Cómo apropiarse, desde el peronismo militante, de esos textos que hablan de la voluntad nacional-popular y que circulaban hacía años en el país, editados por intelectuales ligados, cercanos o desprendidos del Partido Comunista argentino, con quienes se mantenía una querrela, precisamente, sobre la centralidad de dicha voluntad? “Para nosotros, Gramsci” es el prólogo a *El príncipe moderno y la voluntad nacional-popular*, una reproducción de la primera parte de la edición italiana de las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (Buenos Aires, Puntos, 1971). En la tapa se ve a una decena de trabajadores apiñados, con banderas argentinas. El prólogo del jovencísimo González, de diecinueve

páginas, es un ejercicio de traductibilidad —de importación crítica y polémica— que busca enfatizar, a propósito de Gramsci, el momento cognitivo de la práctica revolucionaria, no tanto como una teoría de los intelectuales a cargo de la creación —lingüística y categorial, pedagógica y mítica— de un pueblo nuevo, sino más bien como organizadores de la cultura, instancia fundamental en la experiencia en la que grupos y clases saltan por sobre su conciencia inmediata corporativa para alcanzar un nuevo zócalo cualitativamente diferente, activo y universal, por medio de una nueva conciencia nacional. El “acontecimiento nacional-popular”, registrado en los *Cuadernos de la cárcel*, supone

**Si González se interesa por esta doble traducción gramsciana que sitúa a Lenin en Italia —traducción oriente/occidente— y hace de Maquiavelo un bolchevique —traducción pasado/presente—, lo hace a título preparatorio de su propia traducción, que va de la Italia al “tercer mundo” —norte/sur—, y del comunismo al peronismo.**

un tipo de subjetivación revolucionaria constituida en un doble pasaje simultáneo que va del pasado nacional al presente insurreccional, a la vez que de lo obrero restringido a la posición económica hacia una nueva figura de lo obrero político capaz de producir hegemonía sobre los grupos y las clases de la nación, en una guerra de posiciones anticapitalista. Son las cuestiones que se planteaba Lenin, pero pasadas por Maquiavelo y su mítica apelación a la unidad revolucionaria de Italia: el Partido Comunista Italiano como “príncipe nuevo” daba lugar a un intelectual colectivo o “príncipe moderno” a cargo de la creación de un nuevo Estado, mediante la educación política

de un pueblo-nación. Si González se interesa por esta doble traducción gramsciana que sitúa a Lenin en Italia —traducción oriente/occidente— y hace de Maquiavelo un bolchevique —traducción pasado/presente—, lo hace a título preparatorio de su propia traducción, que va de la Italia al “tercer mundo” —norte/sur—, y del comunismo al peronismo. Si enseña al Gramsci traductor, es para proponer su propia modificación a la práctica del traducir: gramsciana en sus procedimientos, peronista en sus efectos. “Traducciones malditas”, entonces: porque el intelectual argentino, que debe asumir problemas distintos a los de Gramsci, solo puede ser gramsciano a fuerza de no serlo del todo, o de no serlo de manera directa. Si los autodenominados gramscianos argentinos toman a Gramsci como una modificación teórica del corpus marxista para preguntarse por su propia posición —en tanto detentadores de esa reflexión teórica— respecto al movimiento nacional-popular del que se sienten ajenos o lejanos, la izquierda peronista se concibe en inmediata relación de interioridad con el pueblo y no acepta depender de una teoría separada de aquella experiencia. Maldita, también, porque la traducción gonzaliana no desea ser absorbida tampoco por la figura del cientista social académico, entregado a una relación de especialización analítica con el saber, desimplificada políticamente. De allí la positiva mención a la “investigación social como arma política”, del sociólogo norteamericano Charles Wright Mills, más próxima de la investigación militante que de la gestión de la teoría, que por aquellos años realiza Juan Carlos Portantiero.<sup>1</sup> En definitiva, las direcciones principales de las traducciones

malditas apuntarán al cambio de acen- tuación que Gramsci hace de las cues- tiones leninistas de la nación —el pasaje de la “cuestión nacional” a lo nacional como núcleo mismo de “una línea central de acción”— y de la táctica política, retomada con un nuevo énfasis en sus dimensiones cognitivas. Ambas modificaciones —la de lo nacional y la de lo cognitivo— le interesan a González como momentos propios de aquello que Gramsci llamó *catarsis* —término procedente de la tragedia griega que el autor de los *Cuadernos de la cárcel* indica como momento del pasaje de lo “meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político”—, núcleo o estructura dramática de la acción política que organiza la lectura gramsciana de González. La *catarsis* gramsciana es el salto o transición que lleva consigo el paso de lo objetivo a lo subjetivo que es también el que va de la inercia pasiva a la creación de iniciativas. En palabras de Gramsci: “la fijación del momento ‘catártico’ deviene así, me parece, el punto de partida de toda la filosofía de la praxis; el proceso catártico coincide con la cadena de síntesis que resulta del desarrollo dialéctico”.<sup>2</sup> Son estas modificaciones/traducciones de las cuestiones leninistas las que adquieren un nuevo sentido en las nociones gramscianas de hegemonía y *catarsis*. Traducir a Gramsci supone, por tanto, para González, retener el elemento revolucionario por medio de un sinnúmero de precauciones, incluida la de reprender al propio Gramsci por lo que González considera son sus errores de apreciación histórica. Es lo que sucede, por caso, con el rechazo del italiano al “arditismo”, o formaciones armadas, táctica que Gramsci consideraba —“incorrectamente”— un método de

las clases dominantes, porque ignoraba completamente la “experiencia político-militar de las revoluciones en el Tercer Mundo”. Y así como Marx se preguntaba quién educa al educador, en González se intenta una respuesta a la pregunta sobre qué o quién autoriza al traductor —puesto que los modos de traducir a Gramsci entran en conflicto entre sí—, siendo autorizada aquella traducción que puede activar sus enseñanzas sobre un suelo nacional otro.<sup>3</sup> De allí el juego de palabras completo que da lugar al título del prólogo que venimos analizando: “para nosotros, peronistas, Gramsci”. Donde la palabra “peronistas” debe ser escuchada en todo su espesor, porque es en esa escucha que las ideas de Gramsci podrían actuar como “proyecto, anticipación y germen” (cosa que no ocurre con “nuestros izquierdistas”, autopercebidos como “germen en contra del movimiento nacional”). Si hay una izquierda nacional y popular capaz de recibir los saberes nacional-populares revolucionarios, esa es la izquierda peronista desde la que escribe González, autoconcebida como “germen” de un nuevo Estado. Por lo que el campo queda dividido entre quienes tradujeron a Gramsci “correctamente”, aunque tomados por la problemática artificiosa del “desencuentro de los intelectuales con el pueblo”, empleando el lenguaje del italiano al modo de un “grosero mimetismo sociológico”, y quienes —como González— sometieron a Gramsci al arte de la traducción maldita, en la que la conexión entre las palabras debe atravesar la prueba de los nombres que le interesan al peronismo —tales como movimiento nacional, líder nacional, descolonización, violencia popular—, que Gramsci por razones obvias ignoraba por completo. Se

trataba, entonces, de ser gramscianos en la teoría, pero sin el pueblo, o bien de hacer de Gramsci un insumo para unos militantes que ya tenían un pueblo y un líder que, a su vez, ya poseía un léxico político propio muy distinto al de Gramsci (cuestión de la compatibilidad entre Perón y la izquierda que León Rozitchner había señalado en su entonces ya célebre “La izquierda sin sujeto”).

“Para nosotros, peronistas”, escribe González, Gramsci está presente entonces muy de otra manera: “por medio de una comunidad temática en acción. En Cooke, por ejemplo”. Cooke como ejemplo de traductor, una suerte de Gramsci local, autor de la expresión “hecho maldito”, artífice de una comprensión argentina del acontecimiento nacional-popular sin eludir los antagonismos sociales efectivos, estableciendo, habilitando las

coordenadas locales de una síntesis nacional de las luchas obreras. Solo a través de Cooke se torna visible un Gramsci traducido al idioma de los argentinos. Cooke es un Gramsci “que nos permite ser gramscianos”, incluyendo en esa primera persona del plural a “nuestro Viejo General en Batalla” que, según aquel joven militante González, percibe la inteligencia del encarcelado comunista italiano, su conmovedora voluntad de hacer la revolución.

## 2. Espacio vacío de la lectura política

En el año 2015 González publicó sus “Comentarios a los capítulos de *El príncipe*”, un extenso posfacio a la edición del clásico de Maquiavelo editado ese mismo año por Colihue. Unos pocos años más tarde, González

Fotografía: Ximena Talento.



entregó una versión reescrita de aquel texto extenso bajo el título “Maquiavelo y el problema de la lectura”, publicado en el número 13 de la revista chilena *Papel Máquina* (a cargo de María Pia López), en diciembre de 2019. En lo que sigue vamos a seguir de cerca este último texto, con algunos desvíos intermedios. Tal y como advierte desde el título, la cuestión que se plantea González —casi cinco décadas después de “Para nosotros, Gramsci”— es la de la naturaleza de la práctica de la lectura. La dedicatoria del artículo —“al que lea estas líneas”— nos constituye en destinatarios del texto, al mismo tiempo que ya desde su comienzo se inscribe en una serie histórica —o escena intemporal— formada por quinientos años de comentarios a *El príncipe*. En este escrito se retoma el problema de la relación entre acción y conocimiento tal y como se desplaza entre los vértices del triángulo formado por el escritor —el propio Maquiavelo—, el personaje —el príncipe nuevo— y el libro. Esta condensación de múltiples direcciones lleva a considerar lo político en dimensiones diferentes, como un sistema abierto de correlaciones entre el cálculo pasional, la evaluación de valores morales, la estimación del teatro de apariencias y simulaciones, la atención a los cambios de circunstancias y las consideraciones sobre las diversas formas de gobierno. Y si en tal consideración de lo político vibra una cuerda de republicanismo popular, ella no surge solo de las citas de la república romana o florentina, sino también del propio funcionamiento del libro como artefacto, portador de una fisura que solo puede ser colmada por medio del juicio de un lector capaz de poner en práctica todas las operaciones de las que es susceptible

la materia misma de lo político. De ahí que González nos recuerde que Gramsci se refería a *El príncipe* como un “libro vivo”. Una extraordinaria foto de Ximena Talento, ubicada en las primeras páginas de la revista *Papel Máquina* en la que se publica el texto, pareciera ilustrar esta relación con el vacío que González detecta como mecanismo fundamental que afecta por igual a la conciencia del escritor, a la de su personaje y a la estructura del artificio. Esa fotografía nos enfrenta al espacio de escritura de González, una disposición de objetos que reposan en torno a su mesa de trabajo, en ausencia del flujo vivo de la escritura. Ese escritorio desbordado de libros, un mate y un termo, una pantalla, un teclado y una impresora, bajo unos cuadros o fotos —no se distingue— en la pared y más acá una silla con rueditas. Y sobre el respaldo de la silla, un abrigo. Impregnados de esa foto lo leemos: “todo lector crea un tiempo propio o produce una cierta abolición de la historicidad más palpable”, ¡abstracción que en el caso del lector de *El príncipe* supone desatender la infinidad de acontecimientos y transformaciones ocurridas durante medio milenio! Solo saltando los siglos que nos separan de él es posible encontrar en Maquiavelo al “siempre contemporáneo mito del príncipe”, al que Gramsci recurría en medio del gran entusiasmo bolchevique. Pero González imagina otra forma de considerar *El príncipe* como “libro vivo”. Lo imagina ensamblado a un dispositivo de registro, como la caja negra de un avión, capaz de informarnos sobre las sucesivas capas de sentido y operaciones de lectura de que ha sido objeto —de Shakespeare a Napoleón y de Spinoza a Mussolini—, una suerte de libro perfecto, capaz de enseñarnos cómo



funcionó, en cada uno de estos grandes lectores, la reorganización de frases y párrafos, en función de las diversas percepciones sobre las fuerzas que configuraban sus respectivas coyunturas. La escena intemporal da curso a la histórica precisa, cada lectura a una política, siguiendo el curso inesperado en que se presentan las circunstancias históricas, solicitando al lector su mejor disposición para afrontar con ímpetu o prudencia lo desconocido —los rostros de la *virtu*—, el designio divino —*fortuna*—, buscando en *El príncipe* la inspiración para una acción específica. Es el lector asumiendo la posición del príncipe, realizando la doble experiencia de descubrir su propia autonomía de lectura respecto del contexto de Maquiavelo —la eterna e imponente “rareza” de sus argumentos—, pero también de la inmersión en un presente histórico como un enigma que hace de lo político un desafío de conocimiento y de transformación referida a lo inesperado, a lo no elegido y a lo adverso. *El príncipe* reclama un lector capaz de actuar como príncipe de la lectura, capaz de sobreponerse a las dificultades de la lectura según el modelo de la imposición de la *virtu* sobre la *fortuna*. Es el tipo de lectura que González ve funcionando en Louis Althusser y su lectura sintomática, dirigida a interpretar la astucia del príncipe que introduce un vacío entre el sujeto y sus pasiones, fundando el juego de las simulaciones y las apariencias. Y la de Quentin Skinner, para quien la *virtu* en Maquiavelo es la actitud moral con que intentamos corresponder —y esta correspondencia sería la *fortuna* misma— a cada solicitud particular que nos reclama cada mudanza de “los tiempos”. El príncipe —político y/o lector— es alguien

atento a las variaciones de los tiempos, abocado en cuanto puede a instituir, por decisión propia, una “soberanía en acto”, una definición de lo actual que es también una hipótesis riesgosa sobre cómo tornar favorables las posibilidades nunca del todo anticipables de las coyunturas. Interesa, entonces, el escritor Maquiavelo, pero interesa también lo que Claude Lefort llamó “el trabajo de la obra”, es decir, los enlaces producidos “entre la obra original y esas capas diferenciales que produjeron siglos de interpretaciones”, que hicieron de los lectores de *El príncipe* otros tantos príncipes de la lectura.

### 3. Política y tragedia

Antes de seguir con la lectura de González, un comentario sobre la lectura de *El príncipe* que hace Eduardo Rinesi en *Política y tragedia. Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes* (2011), que en más de un sentido actúa en íntima conversación con la meditación gonzaliana.

Rinesi parte de dos enunciados que definen a partir de una relación de interioridad lo político como modelo último de la acción humana. Según el primero, hay que entender por “política” una realidad esencialmente ambivalente, afectada por una tensión irreductible entre dos principios: el del “poder” —como conjunto de operaciones institucionales que unifican lo plural en un cierto orden— y el del “conflicto” —la serie de las prácticas que cuestionan ese orden, provocando divisiones.

Lo político, dice Rinesi, es tanto el principio que articula la división en un nuevo orden como la inevitable división conflictiva que ningún

poder logra conjurar definitivamente. Orden y revolución son las dos metáforas constitutivas e inconciliables de lo político. Hay aquí una primera aproximación a la relación entre política —orden y conflicto— y tragedia —forma o género del pensamiento sobre las ambivalencias y lo irresuelto en el orden de las cosas—, sumamente útil para pensar lo político. Lo que esta primera presentación de la tragedia permite pensar es la acción como elección entre al menos dos principios incompatibles entre sí que operan sobre la situación. Príncipe es entonces aquel que se decide a actuar en una situación esencialmente irresoluble, y cuya decisión no descansa jamás en un saber completo sobre sus circunstancias, razón por la cual la política como modelo último de la acción estará siempre más allá de la conversación y el consejo, el pacto o el contrato.

El segundo enunciado ya no refiere a la práctica política, sino a los modos del pensar: los discursos, los textos clásicos de la ciencia política. Según Rinesi, la grandeza de la tradición filosófica occidental no consiste en la coherencia con la que ha sistematizado su indiscutible deseo de orden, sino más bien en haber sido capaz de atreverse a pensar —contra su propio deseo— “un componente de tragedia del que no se puede deshacer”. La nobleza de la línea antidemoníaca, que va de Platón a Hobbes, radica en sus extraordinarias percepciones sobre aquello que pretendía conjurar: la división, el conflicto, la anarquía, la guerra civil, la revuelta y la revolución, reconociendo en el síntoma el poder de aquello que quería evitar.

Un repaso rápido por ambos enunciados, el trágico y el sintomático, nos deja ante la cuestión de cómo se

piensa a sí misma la revolución. Porque, si hemos entendido bien, la tragedia concierne —al menos en esta primera presentación— a lo irresoluble al nivel de la situación, antes que a la conciencia del sujeto que debe actuar en ella. Es la situación la que carece de asimetrías orientadoras, volviendo hipersubjetiva la elección. Lo paradójico, entonces, es que sean las conciencias reaccionarias las que con mayor lucidez comprendan aquello que en la situación permanece irreductible al orden, sin que quepa teorizar la naturaleza positiva del conflicto en tanto portador de asimetrías que preanuncian el orden nuevo. Cuestión que Rinesi advierte con toda claridad al estudiar la doble presencia de lo trágico —en la acción y en los valores— en *El príncipe* de Maquiavelo.

#### 4. Estrategias de lectura

Volvamos al texto que estamos leyendo, “Maquiavelo y el problema de la lectura”, y a la tesis según la cual actúa en *El príncipe* una cierta fisura productiva, tesis que en Rinesi lleva a una reflexión sobre la indeterminación constitutiva de lo político, y que González seguirá pensando como un vacío que recorre la serie de las palabras —impidiendo estabilizar los argumentos—, pero también la de las pasiones, planteando una apasionante pregunta sobre si son estas series inestables las que expresan o bien determinan lo cambiante de las circunstancias y explicando, en última instancia, la naturaleza misma del cambio que Maquiavelo atribuye al tiempo histórico. Este vacío es un componente íntimo de la conciencia del príncipe, una condición de posibilidad para la apertura de cursos de acción y, en el

texto, una incompletud que convoca al lector a hacerse cargo de la obra. Por eso el príncipe moderno no existe sin su correlato, el lector moderno, que comparte una línea de horizonte liberada de finalismos, y por tanto sumido en una estimación continua de sí mismo como lugar de verificación de un saber de lo colectivo. Gramsci es el ejemplo más eminente. Porque en su práctica de lectura modifica el texto que lee (haciendo del príncipe una representación mítica de una figura colectiva), porque leer es para él una operación de traductibilidad, porque en sus notas y fragmentos crea la hegemonía primero como experiencia de la lectura antes que como estrategia política y porque al escribir bajo censura toma una serie de recaudos múltiples que suponen un tipo de lector avisado sobre los disfraces de la lengua. Y, sin embargo, no es Gramsci sino Leo Strauss el invocado ahora por González, interesado por su investigación sobre los modos de leer entre líneas, quizás más que como intérprete de Maquiavelo. Para el erudito conservador Strauss leer filosofía es distinguir dimensiones, puesto que no hay autor de peso que no se haya visto obligado a ocultar por obligación o prudencia su verdadera enseñanza en un nivel esotérico, escondiendo aquello que sería disruptivo para la moral pública bajo una capa exotérica e inofensiva, que camufla y permite poner en circulación una escritura privada enmascarada, que solo podrán descifrar aquellos hábiles lectores capaces de percibir lo que en la escritura se hurta al censor.

González percibe el juego maquiaveliano del vacío menos como el presentimiento de un fondo esotérico yaciente y más como producción subjetiva en la dificultad de las lecturas. Le atrae la fórmula de Lefort sobre el

“trabajo de conocimiento”, que busca comprender el carácter histórico de esa producción subjetiva. La labor del conocimiento que Lefort propone para leer a Maquiavelo consiste en clarificar la propia experiencia con relación a la política y la conducta humana —dado que el maquiavelismo es “índice de una representación colectiva”—, pero también —y sobre todo— en trazar un vínculo singular con la verdad que se pretende hallar en la obra de Maquiavelo. Un lector tal es Spinoza, quien —según Lefort— no deja de creer, “como lo hará Rousseau, que en Maquiavelo hay un doble lenguaje”, uno que simula servir a los príncipes y otro —particularmente compatible con la propia política spinoziana— que hace conocer al pueblo “la disposición natural de los modos de la potencia, en la cual se manifiesta la división de dominantes y dominados, y la pérdida de potencia que acompaña a la instalación de un particular en el lugar de la soberanía”.

## 5. Glosa

Rastrear más a fondo las ramificaciones de las traducciones malditas gonzalianas implicaría por lo menos cotejar estas reflexiones principescas con sus lecturas de Perón. Sobre todo en su *Perón, reflejos de una vida*. Sobre este libro ha escrito un artículo Eduardo Rinesi —“Perón y el peronismo en la obra de Horacio González”, compilado en el mismo número de la revista *Papel Máquina* en el que se publicó el texto de González sobre Maquiavelo que venimos comentando—. Allí afirma que si algo condena González en Perón es “su incapacidad para poner fin al juego desesperante de

inversión del significado” que llevaba el arte de la conducción al vacío o la demencia y a la “furia porque hubiera historia”, porque de no haberla, nada ni nadie limitaría el juego del conductor de frases. Perón, escribe Rinesi, se enfurece contra la materia fáctica de una historia que se resiste a la retórica. Y quizás sean estos términos —“materia fáctica”, “retórica” y “furia”— los que querrían ser reorganizados por casi todos los nombres citados hasta aquí —de Cooke a Portantiero, de Aricó a Rozitchner y habría que agregar también, porque para González era importante, a Ernesto Laclau—, imaginando modos de constitución política capaces de emanciparse de este modo de condensación mítica del líder, y de lo que en ella hay de “sed de absoluto” (expresión que González resalta de su lectura del libro *La cola del diablo*, de José Aricó: esa “sed de absoluto” que servía a Aricó para criticar a Guevara, pero también a Rodolfo Mondolfo, para identificar negativamente un núcleo decisionista en el príncipe gramsciano). Podría pensarse, siguiendo la última cita de Lefort sobre Spinoza lector de Maquiavelo, que son precisamente los lectores spinozistas de *El príncipe* quienes habrían intentado diluir esta “sed de absoluto” (entendiendo por ella el peso del elemento teológico presente en su teoría de la soberanía) en la teoría política.

Por su parte, Toni Negri —tanto en *El poder constituyente* como en su introducción al *Maquiavelo y nosotros*, de Althusser— sigue de cerca la relación entre mutación y república en la que la posibilidad de la potencia depende de un juego temporal que recorre la realidad y la reorganiza, juego no lineal poblado de largos silencios, siniestras

esperas y salvajes asaltos, donde la crisis italiana determina la situación del príncipe como nueva potencia o un nuevo paradigma en ausencia de fundación. Justo porque el tiempo histórico de la mutación está definitivamente vacío de significado, escribe Negri en *El poder constituyente*, “la invocación ontológica está suspendida sobre un vacío de consecuencias, sobre la desesperación de un objetivo inalcanzable”. El príncipe es, por tanto, “el punto de partida de senderos interrumpidos”, y lo político se presenta como “tragedia del poder constituyente”. Una “tragedia necesaria”, puesto que la acción libre descubre solo retroactivamente los efectos de su acción, y por tanto la acción misma queda afectada irremediablemente por la contingencia, siendo lo trágico político una “complejidad irreductible” que atraviesa toda tentativa de constitución de una “multitud popular”.

Esta dialéctica de las pasiones que se conjugan como nuevo real constituyen para Negri la base de un “proceso constitucional convertido en un juego de sujetos productivos” que absorbe el discurso —¿soberano?— de *El príncipe* en el de la dinámica democrática. Citando a Althusser, Negri concluye que Maquiavelo es el teórico que piensa desde el vacío de las condiciones y de la ausencia de democracia y del principio constituyente, que desde allí arranca el deseo de un sujeto y lo constituye en programa. En la misma línea argumenta en su introducción a la reflexión althusseriana sobre Maquiavelo. El

**... el príncipe moderno no existe sin su correlato, el lector moderno, que comparte una línea de horizonte liberada de finalismos, y por tanto sumido en una estimación continua de sí mismo como lugar de verificación de un saber de lo colectivo.**

vacío y lo aleatorio definen la profundidad de la crisis y el lugar indeterminado desde el que lanzar la acción. La polémica con Gramsci se centra en que este último evoca a Maquiavelo para pensar la fundación del partido, mientras que “el descubrimiento de la hipótesis de lo aleatorio del proyecto de liberación” supone una aleatoriedad y una historicidad que es ya “punto de vista constitutivo”, entre la desesperación de la derrota y el vacío de toda prefiguración, en el “reconocimiento de la potencia de los cuerpos” —en su sentido colectivo—, que da lugar a las preguntas políticas negrianas: “¿qué significa pensar políticamente?”, cuya respuesta es: “dar soluciones inmediatamente compuestas en y por la colectividad”.

¿Qué cosa es un Estado políticamente deseable? “Uno abierto a la acumulación y a la aleatoriedad de lo nuevo”, respuestas estas que nos brindan una comprensión aceptable de la noción de hegemonía. Pero esta clase de argumentos no convencen a González, que, como decíamos, lee a Maquiavelo y a Gramsci desde la Argentina y desde una particular relación con el peronismo. La presencia del spinozismo político fue tratada por González en un artículo, “Toni Negri, el argentino”, en el cual se considera el hecho de que “desde Antonio Gramsci que no se daba en el mismo hontanar político al intelectual y al hombre perseguido por sus actividades políticas, que se manifiesta en su obra publicada y es capaz

Fotografía: Ediciones BN.



de llamar a nuevos conceptos políticos, convocar a aglutinar realidades bajo nuevos nombres”, aunque plantea dos clases de obstáculos difíciles de sortear. El primero de ellos recae sobre la diferencia de contexto entre ambos países sobre todo durante las décadas de los setenta y los ochenta, aunque es la segunda objeción la que realmente importa y afecta la apreciación sobre el argumento del contexto. Si Negri sitúa la derrota de la clase obrera italiana entre fines de los años setenta y los ochenta, González resalta el hecho de que la derrota del movimiento popular en Argentina no se reducía a las luchas en fábricas, sino que se refería a una acción política nacional, que fue atacada con una generalizada acción estatal represiva que incluyó el desarrollo de una dimensión clandestina. De esta primera diferencia González pasa a considerar un nuevo tipo de lectura gramsciana hecha en la Argentina para comprender el tipo de relación entre institución represiva y sociedad civil, subestimada en la caracterización de las Fuerzas Armadas como ejército de ocupación. Por lo tanto, “era Gramsci —y no es Spinoza— el que seguía presidiendo los cenáculos de la autocrítica argentina en el exilio”; son nociones como “catarsis” y “hegemonía”, dice González —invocando también a Ernesto Laclau y su noción de “contingencia”—, y no la de “anomalía salvaje”, que es la que interesa a Negri en su prisión, las que permitían criticar concepciones erróneas de las organizaciones revolucionarias de los setenta y comenzar a revertir la derrota en Argentina. Esto conduce a González a considerar su segunda y más profunda objeción, referida al discurso de Negri, que persigue “los surcos de la potencia del ser, que es a la vez indefinido y

determinado, denso y múltiple, constitutivo y placentero”, es decir, frente a “fuerzas sin negatividad dialéctica ni vacío material que por procesos de autoafirmación y combinación no finalista de actos de ser, expresa la potencia colectiva”. Son todas imágenes teóricas que González percibe —igual que Negri— como opuestas al radical historicismo “bajo especie catártica”, proveniente de la tradición trágica, y que se refiere a un tipo particular de conmoción que acompaña el pasaje a “otro estadio social más extático”. En otras palabras, Negri afirma la coincidencia entre técnica y ontología, entre producción y constitución, mientras González sostiene la vigencia de una dialéctica gramsciana con su afirmación de un historicismo de tipo cultural. El núcleo del argumento de González radica en la afirmación según la cual en Negri no hay “vacío material”, fundamento del historicismo de la cultura, sino “ser inmanente y dado”, apoyado en un materialismo de la técnica. La lectura spinoziana de Negri trae la multitud ahí donde con Gramsci estaba en juego lo “nacional-popular”. Lo que González defiende ya no solo como su propio marco de pensamiento sino como lo “argentino” mismo sería, entonces, un pensamiento fundado en “una libertad de combinatoria de elementos que ocurren en el seno de una temporalidad” (nunca se estuvo tan cerca de Laclau y al mismo tiempo de Maquiavelo) que actúa “arrastrando figuras ya consumadas de sentido”, figuras que condicionan el “horizonte colectivo” bajo modalidades que hay que saber estudiar. El texto de González es del año 2001, y concluye con la advertencia según la cual sería “torpe” abandonar a Gramsci, cuyo pensamiento “no parece agotado”.

## 6. El obsequio y el conflicto

*El príncipe* comienza con una dedicatoria “al magnífico Lorenzo de Médici”, en la que se anuncia que la composición del libro es un obsequio que compete con otros tantos regalos que se les hacen a los príncipes, tales como “caballos, armas, telas bordadas en oro, piedras preciosas y adornos similares”. Pero Maquiavelo estima el conocimiento de la política como un bien aún más alto. De allí que la dedicatoria de este “pequeño volumen”, apto para “hacer comprender en brevísimo tiempo” lo que a él le llevó una vida de riesgos y perjuicios, sea el regalo más valioso: la narración de un saber vital, un libro personal, un intento de escribir sobre las formas mismas del conocimiento por medio de la composición de un curioso personaje —el príncipe— que se debate entre dos clases de pensamientos, el cálculo de las pasiones y las formas de gobierno, y “los pasajes inesperados” entre estos mundos “heterogéneos y vaporosos”. En *El príncipe*, Maquiavelo conversa con su personaje y consigo mismo, pasando de la primera a la tercera persona, en un “teatro del pensamiento” o también “comedia ingrata de las pasiones que disputan con las divinidades más altas”, como prueba de ese pensamiento libre al que González llama también “príncipe”, puesto que por tal entiende —citando nuevamente a Skinner— el acto en el cual la confrontación con las propias desgracias engendra señorío. Maquiavelo, en cuanto escritor, explora un juego de mediaciones en las que se constituye el saber que el pueblo tiene del príncipe y el príncipe del pueblo, el intelectual como figura tercera, pero también como figura primera un tipo de

conocimiento que es acción, y que ya no consiste en la “aplicación”, sino en el interés por la noción de “tiempo” o la marcha indetenible que destruye una tras otra las ideas que se habían probado como verdaderas y que hace necesario reunir este infinito en un libro —por eso “viviente”—, en el que lo que siempre está en juego —escribe González— es quién es el príncipe, quién el escritor y quién el lector, puesto que incluso en el pensamiento sobre el poder, definido como “capacidad de establecer las cosas y verlas por ese mismo acto fundador al borde de su propio abismo”, la angustia del príncipe se asemeja a la del escritor: ambos deben lidiar con esa lógica paradójica, que González formula en la siguiente frase: “sin conflicto no hay conocimiento, no hay príncipe”.

## 7. El imposible clasificatorio

Como lo ha mostrado Ernesto Funes en su libro *La desunión. República y no-dominación en Maquiavelo*, el juego de las clasificaciones del florentino viene desacomodado, puesto que no hay coincidencia estricta entre el juego de los afectos que recorren la ciudad y el de los regímenes políticos considerados por la ciencia política. Siguiendo a Claude Lefort en su lectura de la ciudad como lugar de la división entre dos humores de naturaleza inconmensurable —los “grandes” que desean dominar y el “pueblo” que desea no ser dominado—, Funes enfatiza una desproporción al interior del sistema de correspondencias entre dos afectos —deseo de dominio/de no ser dominado— y formas de gobierno —“principado”, “república” y “licencia”—. Dicha desproporción se explica por el

hecho de que en Maquiavelo actúan varias dinámicas simultáneas, de modo tal que la correlación causal por la que el conflicto de los afectos —o humores— de clases producen determinados efectos institucionales —o formas de gobierno— fundados en el predominio de la dominación de unos grupos sobre otros debe completarse con lo que sería el descubrimiento —o la posición— del propio Maquiavelo: la “desunión” que rompe las relaciones de dominación y actúa como causa eficiente propia y actual de la libertad política, que Maquiavelo vio realizarse en la república romana, cuyas leyes justas atribuía al tumulto plebeyo. De este modo, el republicanismo popular y la idea misma de un contrapoder plebeyo irrumpen como elemento desequilibrante, produciendo una falla en el orden clasificatorio que organiza la rueda de los regímenes políticos de la dominación. Falla que vuelve legibles para el nuevo príncipe las asimetrías, proveyendo, por tanto, los criterios que prefiguran un orden nuevo. En explícito homenaje a Louis Althusser, este príncipe que desborda las clasificaciones es propuesto por Funes como príncipe lector de las condiciones objetivas de la situación, es decir, como alguien capaz de descifrar un sentido posible —un diagnóstico y un programa popular de transformación— y de gestar una intervención efectiva, gesto por medio del cual adquiere cuerpo una potencia subjetiva de ruptura y de institución, capaz de hacer advenir un nuevo proyecto histórico. Pero a todo esto hay que llegar maquiavélica-mente —escribe González en los textos que seguimos comentando— a partir de certeros “juicios de circunstancias”,

adheridos a la “verdad efectual”, sin despegarnos del “procedimiento de lo real”, lo que supone que aquello que en una situación se presenta como legible —conflicto de humores, circunstancias cambiantes— solo lo es para un tipo de lector capaz de “mirar frente al precipicio”: “la imagen de Maquiavelo, señalando el vacío, siempre está ahí”. Porque leer, para el Maquiavelo de González, es siempre una batalla contra la fortuna. Y porque todo razonamiento político se produce sobre un fondo abismal, desgarrando la conciencia del príncipe, en cuyo teatro privado hecho de pasiones, cuidados y apariencias, Maquiavelo descubre, en su intimidad de escritor, que cada lector debe vivir por su cuenta el hecho de que la presencia del vacío hace de cada conciencia —texto o acción— la sede de un continuo cálculo, un balance y puesta a prueba en condiciones de extrema adversidad. Un “barroquismo de gestos que se sostienen sobre la nada”, que se abre en las grietas de la división de lo real. Y por eso, agrega González, *El príncipe* es inseparable de otro libro sobre divisiones y simulaciones, escrito por Carlos Marx, el *18 brumario*, su propio “príncipe bonapartista”, un “teatro de pensamiento” en el que la acción deseada no surge sino de la impugnación de aquella que se nos presenta en la figura de Luis Bonaparte,

**... incluso en el pensamiento sobre el poder, definido como “capacidad de establecer las cosas y verlas por ese mismo acto fundador al borde de su propio abismo”, la angustia del príncipe se asemeja a la del escritor: ambos deben lidiar con esa lógica paradójica, que González formula en la siguiente frase: “sin conflicto no hay conocimiento, no hay príncipe”.**



pero que permite captar algo esencial sobre el problema de la variación de la fortuna, asociada a la presencia del tiempo, y por tanto al problema de la “concordancia” de la acción y la “calidad de los tiempos”. O, dicho de otro modo, al engarce entre la “rueda fija de la diversidad de la naturaleza humana” y la rueda imprevisible del tiempo, que no pertenece a la voluntad humana sino al capricho de los dioses. Este engarce que no deja lugar a ninguna clase de “temporalidad interior” ni a “una conciencia inmanente del tiempo” y que apunta a la “felicidad política” como coincidencia entre “carácter y situación”, entre personalidad y coyuntura. *El príncipe* es una apelación a la acción unitaria del disgregado “pueblo” (italiano), un libro dedicado a descubrir los mecanismos de selección recíproca, que continuamente se operan entre subjetividad y azar, pasado y presente, como una lección sobre el saber último según el cual “la *fortuna* es la *virtu*”.

## 8. Para nosotros, González

En “Maquiavelo y el problema de la lectura” lo político es tratado como actividad introspectiva que condiciona la actividad pública, sin la cual no hay posición subjetiva desde la cual realizar ese complejo razonamiento sobre la institución que abarca el cálculo de las pasiones, de las categorías morales, pero también lo precategorial, dado que la estimación de las mutaciones temporales, imprevisible, opera como selección sobre el carácter de la voluntad política. Esa condición previa que tiene la subjetividad respecto de

la teoría es lo que González llama “fisura”, como la realidad más persistente en cualquier estructura. De esa fisura dice González: esos somos nosotros, “somos nosotros, lectores”, quienes padecemos los “golpes de la fortuna”, que son las acciones de los grandes escritos “a nuestras espaldas”. En González hay un modo militante de leer, un modo maldito de traducir y una adhesión al “vacío” material como condición última que permite pensar tanto lo político —pues el príncipe no deja de ser, ante todo, la figura que actúa ahí donde la determinación no puede ser nunca completa— como el lenguaje —porque el príncipe no deja de ser el personaje que mejor nos revela las estimaciones de un sujeto en vilo que es el escritor—, y hasta la conciencia —dado que finalmente toda acción es incompleta para quien la realiza—. El ensayista que es González se sostiene, en última instancia, en una reflexión viva de la lectura, política ella misma en tanto que animada por ese vacío que recorre las series, posibilita traducciones y vuelve principesco el arte mismo de leer, aunque más no sea porque al dar con ese vacío circulante, del que nos anoticiamos por el modo en que se desplazan los términos que constituyen las series de las palabras y las cosas, se puede percibir el tiempo histórico como sitio ahuecado, atravesado por una lógica nómada del sentido más cercana a la acción revolucionaria —que González nunca ha despreciado— que a los compromisos del orden. Aunque solo sea porque el estado de vacilación de las conciencias, es también la espera de una ocasión de verificar qué pasa cuando los impulsos más íntimos

repercuten con otrxs, enhebrando un tipo de afirmación cuya materia es ella misma materia de lo político. “Para nosotros, González” es la consigna de quienes, no pudiendo ser gonzalianos —por las mismas razones, quizás, que González no podía decirse gramsciano—, encontramos

en González ese deslumbramiento con el carácter titilante, libertario o contingente que va del lenguaje a lo político como punto de partida, crisis y tránsito, y también como horizonte siempre entreabierto por nuevos modos de la lectura.

#### NOTAS

1. Solo dos años más tarde, Portantiero resulta el encargado de argumentar la nueva valoración que en la segunda aparición de la revista *Pasado y Presente* se hace de la relación entre clase obrera y peronismo: “se trata de un dato y no de una teoría”, afirmación que a González vuelve a disgustarle muchos años más tarde cuando, en 2014 y ya como director de la Biblioteca Nacional, la comenta con severidad: “arriesgada frase, alegoría italiana revertida a la Argentina”. Lo que rechaza González no es el movimiento de la revista hacia el peronismo, sino el hecho de que este giro ponga al peronismo como “dato”, preservando para el grupo de la revista el lugar de la teoría. Por lo que disgusto y fascinación van de la mano. Sobre el último número de *PyP* escribe González: “ya es enteramente Gramsci hablando del peronismo”, “un número cookista” que contiene un elogio al líder montonero Mario Firmenich y una “frase máxima” que parece brotar de “las entrañas legendarias del moderno príncipe”, en la que *PyP* pronostica que el destino de la reciente fusión de FAR y Montoneros conlleva “una profunda significación en la historia futura de la lucha de clases en la Argentina”. El lector que cuatro décadas después vuelve sobre esta frase debe “contener la respiración”, puesto que se enfrenta al “máximo punto al que ha llegado la apuesta revolucionaria argentina”, esto es “el encuentro de dos historias paralelas, la de los jóvenes armados que hablarán la lengua peronista para, a su vez, disputársela al viejo Perón, y la de las izquierdas de origen comunista que han elaborado una lectura de la crisis mundial con la bibliografía más encumbrada que había permitido la época”. Todas estas citas provienen de “*Pasado y presente: la tragedia de los gramscianos argentinos*”, la introducción a la edición facsimilar de la revista *Pasado y Presente* (tomo I, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2014), una reseña atenta y un reconocimiento al evidente valor de “la revista más prestigiosa de la izquierda argentina”.

2. Antonio Gramsci, “Introducción al estudio de la filosofía”, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Laurato, 1958.

3. La cuestión de la traducción, entendida como operación político-intelectual de resignificación —de importación, traslado y adaptación— de una colección de conceptos desde un espacio cultural central a otro periférico fue motivo de reflexión por parte de los gramscianos argentinos. La labor de intelectual de Aricó fue la del escritor político, pero, además, y de manera notoria, la del traductor y la del editor. La cuestión de la traducción está en el centro del problema que se planteaba el autor de *Marx y América Latina*: el de la inadecuación entre socialismo y movimientos sociales en América Latina. Problema que Aricó percibía como muy vinculado a la tensión entre lo universal y lo particular, pero también a un desafío interno a la crítica del capitalismo, cuyo objetivo es la destrucción de un modo de producción global a partir de experiencias y lenguajes que solo pueden funcionar de un modo situado, adquiriendo un tono propio de acuerdo a cada realidad nacional. Así planteado el problema, la práctica de la traducción se dispara en varias direcciones (ninguna de ellas ausente de la propia obra de Gramsci): hay una traducción que sucede en el interior de la relación entre práctica y teoría, entre problema histórico y discurso; otra que tiene que ver con el modo en que ciertas estrategias deben modificarse según diferencias importantes en las diversas formaciones sociales —Rusia no es Italia, Italia no es la Argentina—, y hay una dimensión literaria que concierne a la historia de la cultura nacional.

*De oratore*



## Y la nave va

Discurso de Horacio González en su asunción como subdirector de la Biblioteca Nacional, 23 de junio de 2004

Todo discurso fundador, aquel que traza las líneas maestras de la época que se propone comenzar, siempre debe lidiar con la sombra que lo acecha: su carácter aspiracional que tiene que medirse con sus posibilidades reales de concreción. Siempre que escuchamos estas propuestas, nos preguntamos acerca de sus posibilidades reales. ¿Pero fue así en el caso de la pieza leída en el Auditorio Jorge Luis Borges el día en que asumían Elvio Vitali como director y Horacio González como subdirector de la Biblioteca Nacional?

Cuando González leyó esas palabras, en un clima de tensa algarabía, estaba enunciando un programa que él mismo ya había llevado a cabo: en sus libros y sus clases en la universidad, en revistas y mesas redondas. Esta vez, el rescate de los legados culturales del país demandaba una vocación política para su materialización: la concurrencia de lectores y trabajadores como los polos de una nueva utopía bibliotecaria para redimir el pasado y reparar un presente dañado y en estado de deliberación.

Este es un momento feliz, momento de algarabía, entre amigos, ante empleados antiguos y jóvenes de la Biblioteca Nacional, muchos de ellos, los primeros lectores de los libros que ofrecen al lector: ambos ponen en marcha los aparejos que llevan del anaquel al pupitre, del sótano a la superficie. Aquí estamos, remedando ese incesante movimiento de libros, diarios y delicados papeles. Oscilando de un lado a otro, entre alientos y esperanzas. A estos sentimientos les seguirá la tarea. Y la tarea será grave, ruda y accidentada. Luego recordaremos, en medio de los próximos avatares, estas palabras dichas en medio de la calma fraterna y el péndulo esperanzado. Porque la faena se presenta pesada. No se trata de otra cosa que de reconstruir entre todos una maquinaria dañada, una embarcación menoscabada.

Todos sabemos que la vida política e intelectual, el sentido mismo de la cultura, se establece entre los bruscos apetitos de la historia y la tranquilidad de las cosechas. Digo esto adaptando ligeramente el sentido de una frase del gran poeta René Char. Nada nos impide gozar del asombro tranquilo de las palabras. Pero esto es ahora, cuando somos nuevos y nos escuchamos afablemente en este auditorio. Sin rigores comprobables. Pero nada debe cegarnos la vista ante las dificultades de la época. Estamos ante una severa crisis de las instituciones públicas y de la cultura de convivencia en este tiempo de penurias humanas. De ellas, no es la menor la injusta retribución de los esfuerzos del trabajo.

De nada serviría gozar este momento reconfortante si no tuviéramos conocimiento de tales dificultades. La Biblioteca Nacional está en dificultades porque el país está en dificultades. La

Biblioteca Nacional podrá zanjar sus querellas y emanciparse de sus oscuras servidumbres si el país se libra también de ellas. Pero no todo puede explicarlo una concomitancia automática entre lo singular y lo general. Podrá ser verdadera en sus líneas más amplias, pero la Biblioteca tiene problemas específicos: la carencia de un proyecto colectivo y la mengua de una ciudadanía laboral, que debemos sobrellevar hasta que se recompongan los lazos colectivos de profesión y compromiso. Es preciso entonces adquirir nuevas libertades para actuar en la realidad específica de nuestros problemas, probablemente bien conocidos, para los que deberemos imaginar rápidas soluciones. Debemos, pues, recrear las valentías colectivas y las iniciativas soberanas. Precisamos una libertad esencial, con intereses prácticos, sociales e históricos, para ser extendida en la Biblioteca.

Libertad, en primer lugar, para reinterpretar la historia densa, contradictoria y apasionante de esta biblioteca. Muchas veces esta historia quedó en las sombras; otras, se convirtió en un símbolo maestro de la cultura del país. Nombres fundamentales han pasado por aquí, traídos —como nosotros fuimos traídos— por los vientos de la historia y sus acometidas incesantes. Así fue traído Paul Groussac, que primero cuidó ovejas y luego cuidó libros, que polemizó sobre el pasado argentino con una implacable agudeza crítica. Su escritura surgía de su estilo de viajero, de inclemente revisor de libros y papeles antiguos. Groussac era un hombre de los camarines íntimos del Estado. Un gran conservador, un espíritu que supo conjugar ironía y orden. Hombre del régimen imperante, su escritura fue rebelde dentro del pliegue

oficial, verdadero complemento y contraste con otras escrituras que pueden ser apacibles e insípidas aunque dentro de los órdenes revolucionarios. No está mal decir que la tarea cultural que aquí desarrollaremos deberá reconocer en gran medida este antecedente del archivista, del bibliotecario, del ensayista groussaquiano. No es preciso concordar ni en poco ni en nada con el espíritu aristocrático y con las insolentes convicciones de Groussac, como bien dice David Viñas. Sin embargo, el antiguo director de la Biblioteca Nacional supo ver en su viaje por los Estados Unidos el peligro de lo que denominó la preponderancia uni-

**El libro es un objeto que vive en el tiempo y el tiempo lo visita. Cuidarlo es oficio relevante, casi íntimo. Con lo que debe cuidarse también su preservación, su restauración, su lógica de circulación democrática y el acceso general de la lectura en la sociedad argentina.**

versal de la civilización técnica, con su deshumanizada manifestación de poderes, previendo ya los efectos terribles de los que todos en la actualidad somos testigos.

No es indigno, pues, tomar inspiración de este bibliotecario polemista, que habló al mismo tiempo en que hablaban los latinoamericanistas Manuel Ugarte y José Ingenieros. Hablé de temas que hoy no pronunciaríamos del mismo modo y tampoco con las mismas prendas retóricas. Pero no los debemos desdeñar para pensar ahora nuestra tarea. Tarea que es reanimar la cultura del libro, pensar la realidad y el pasado de los textos y cuidar de su consulta esclarecedora. Decimos cuidar, porque en todos los casos, y también en este, es un verbo esencial. El libro es un objeto que vive en el tiempo y el tiempo lo

visita. Cuidarlo es oficio relevante, casi íntimo. Con lo que debe cuidarse también su preservación, su restauración, su lógica de circulación democrática y el acceso general de la lectura en la sociedad argentina. El cuidado no debe ser solo una proclama escolar ni un acto técnico, sino una aptitud que surja del saber interno de la comunidad de esta casa, que incluye a sus trabajadores y a sus lectores. No es lisonjero para los momentos más resplandecientes de esta Biblioteca que una vasta opinión social la vea hoy como un lugar incierto, improductivo y ocioso. En esencia, eso no es verdadero. Pero es verdad que hay que torcer un destino, desmentir una imagen. Sin miedo ni apatía, sino con lo que existe realmente de vocación realizativa, este edificio notable que parece un navío encallado en las tinieblas debe hacer sonar su silbido orgulloso, diciéndole a la sociedad que está de pie, listo para su tarea. Que cuida bien sus libros, aunque sobre ellos sobrevuele toda clase de asedios.

Libertad, en segundo lugar, para retomar los nombres antiguos que se le dio a sus creaciones. Nos referimos aquí a la revista de la Biblioteca. Volverá a llamarse *La Biblioteca*, en su puro descripcionismo y redundancia intencionada. Así como se llamó en tiempos de Borges y de Groussac. Tiempos que no son páginas idas. Ya hablamos de Groussac. Nombramos ahora a Borges. Mucho se lo invocó en los últimos tiempos, con una astucia previsible. Se dice Borges, en su carácter de figura compleja y absorbente. En esta casa cargada de sombras expresivas, Borges no deja de ejercer una resonancia singular, con los poderosos íconos literarios que fraguara y acaso con la misma

circularidad del destino que tanto disfrutara. Pero precisamos aquí de otra libertad.

Libertad, en tercer lugar, para tomar esos vastos legados con espíritu puesto a salvo de pompas y ritualismos. No es aconsejable que la palabra protocolar se haga rito trivial en la Biblioteca. Borges, sí. Pero no para que su obra actúe como ceremonia paralizante sobre las escrituras del presente ni como conmemoración escolar, sino como él mismo hubiera preferido, con una forma callada del fervor que no precisa de euforias de último momento y plaquetas de funcionarios serviciales. Precisa, en cambio, de la crítica. Sobre todo, de un tipo de crítica que funda lo que de Borges hay en Borges. La crítica que lo otro le sepa hacer a lo mismo. La crítica que las intuiciones de lo inexplorado les sepan hacer a las ruinas circulares de nuestros santos días. Sabemos cuál es la consecuencia natural de esta crítica. La Biblioteca Nacional debe cuidar de todos los nombres de su memoria escrita, sean Lugones, Jauretche o Milcíades Peña. Los deberá cuidar tanto cuando son materia imaginativa como cuando son materia libresca, esperando confiados en los anaqueles un nuevo consultante, que podrá demorar largo tiempo, pero seguro vendrá. Esta evocación ecuménica no puede tener un aspecto de indiferencia sino de concierto. En la Biblioteca, cada autor es un mundo único, convive con los demás porque sabe poner en juego sus poderes contrastantes, sus destellos de convicción e identidad que nadie puede retirarles. Sin zalamerías ni prosas oficiales.

Libertad, en cuarto lugar, para que los foros de trabajo intelectual que existen en esta Biblioteca, animados por sus

trabajadores, que poseen conocimientos eximios y probados, se entrelacen en una Biblioteca activa, nutrida tanto del saber contemporáneo como del cuidado de sus propios tesoros. Hoy, una comprensible desmoralización impide que tantos conocimientos atesorados fructifiquen en obras, tareas y compromisos relevantes. La Biblioteca es la sede de actos de lectura, de investigación, de escritura, ofrecidos a la sociedad, a la que le deberá demostrar que está activa y lúcida en la custodia y movilización de su patrimonio. Pero también la Biblioteca es una comunidad de trabajadores que desarrollan sustanciosos intereses culturales. La Biblioteca da a investigar y a leer, pero también se investiga y se lee a sí misma. Es un obrador que excava en sus propias riquezas. Lo hace solicitada por su público, pero muchas veces instigando ella misma a sus investigadores externos con los frutos de lo que sabe por su propia iniciativa. Esta realidad latente deberá hacerse más visible y manifiesta. Es inmerecido que se piense a la Biblioteca Nacional como sitio infructífero, estéril, sospechado. Tenemos con que revertir este injusto dictamen, pero deberá ser con medios públicos, fruto de un nuevo contrato visible de la Biblioteca con la sociedad, con las demás bibliotecas del mundo, con sus lectores, con sus investigadores, con sus sindicatos, con sus donantes, con sus trabajadores, y de todos ellos con las memorias vivas de su legendario pasado.

Libertad, por último, para iniciar debates significativos en la era de los medios de comunicación, que poseen una notoria palabra reinante y abarcadora. Las bibliotecas, antiquísimos artefactos humanos, tuvieron y seguirán teniendo su presencia en las fuentes masivas de la cultura contemporánea,

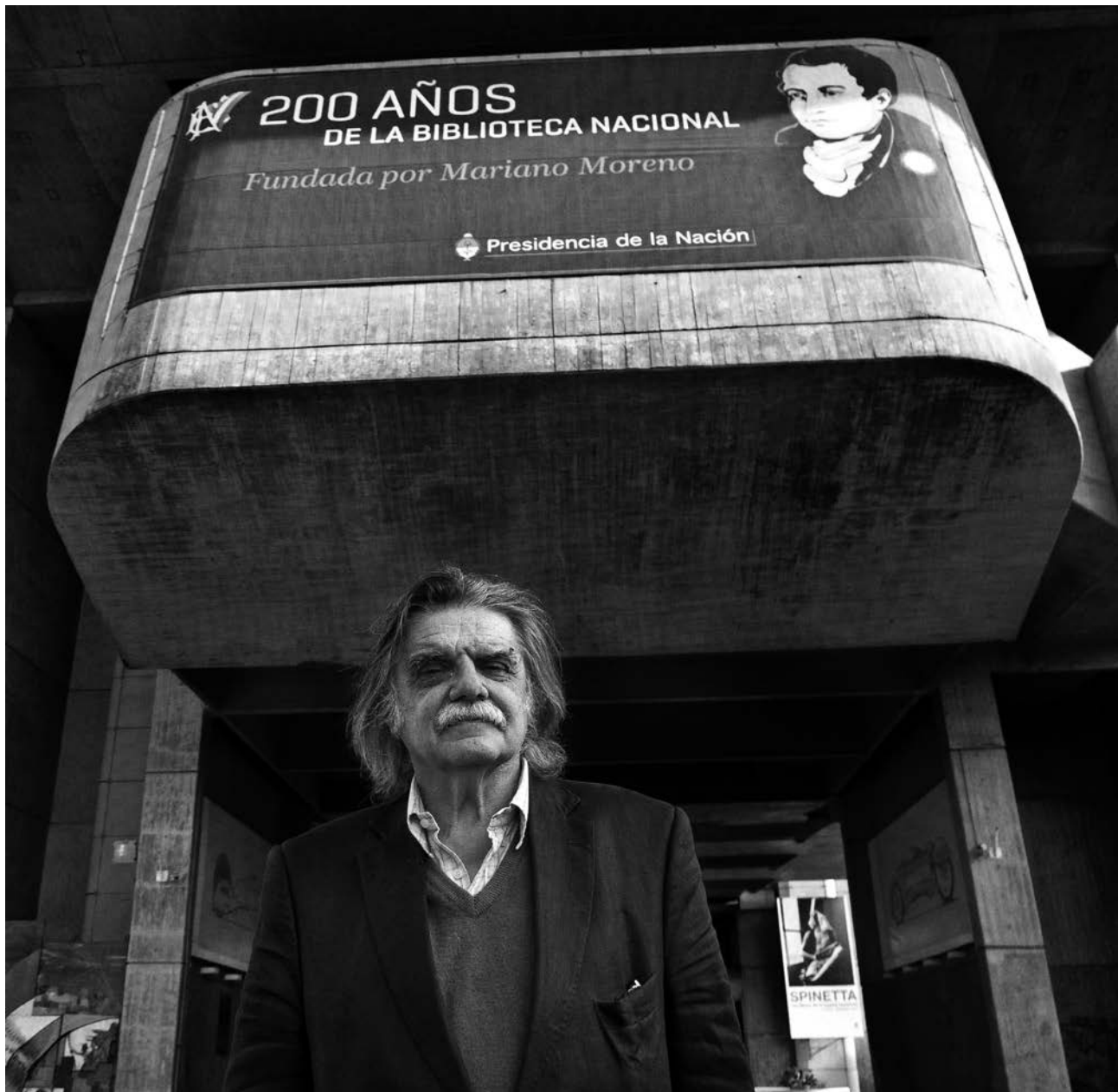


pero llevando siempre su voz precisa, ni concesiva ni derrotada de antemano, pero tampoco presuntuosa de vacuas solemnidades. La Biblioteca es un centro de actividad cultural y de homenajes, pero excluye lo rimbombante, que invoca grandes representaciones de la cultura pero las deja inertes. Solo en la crítica y autocrítica de sus empeños podrá adquirir una nueva legitimidad ante quienes, en especial la opinión social mediática, la observan con recelo.

Por eso, la Biblioteca Nacional solo puede cuidar sus libros más antiguos si se sitúa vivamente en el mundo contemporáneo. Por eso, solo podrá interpretar el modo severo y amenazante en que se desenvuelve la escena contemporánea si se esmera en preservar su cantera de escritos y documentos varias veces centenarios. Por eso, solo podrá trabajar sobre los folios de la cultura nacional si trae hacia ella las fuentes de las culturas cosmopolitas de nuestro tiempo. Por eso, solo podrá restaurar sus libros deteriorados si comprende la lógica de las nuevas formas editoriales. Por eso, solo podrá exponer las evidencias de las culturas populares —como nuestra próxima exposición de la revista *El Gráfico*— si explora refinadas lenguas, implacables y admonitorias, como la de Ezequiel Martínez Estrada, sobre quien también haremos una exposición de su obra con motivo del 40º aniversario de su muerte. Por eso, solo podrá interpretar las corrientes actuales del pensamiento si sabe retomar el antiguo legado de

los grandes archivistas nacionales, que en muchos casos son sus grandes historiadores, novelistas y ensayistas. Y por eso, solo podrá superar las mermas y deficiencias que todos conocemos si por encima de particularismos se recompone la confianza mutua y la satisfacción profunda de encontrar no solo justicia sino también reconocimiento en el trabajo.

En suma, solo podrá ser una institución cultural de primera fila si es a la vez pública y sutil. Si se aventura hacia todos los futuros siendo simultáneamente amorosa con el pasado. Si sabe ser a la vez popular y rara. Si se considera al mismo tiempo como secreta y transparente. Son quizá las condiciones para aceptar el llamado de su resurgimiento cultural, humano y político. La magnitud de esta tarea obliga al esfuerzo compartido, al trabajo imaginativo como signo de libertad y a la retribución justa de todo trabajo. Todos tienen derecho a ver una Biblioteca Nacional respetada porque todos tienen derecho a ser respetados en su trabajo. Como en el museo soñado por Macedonio Fernández, en la Biblioteca Nacional deberá haber muchos prólogos y mucha experiencia de libertad en el lenguaje. La Biblioteca, que a su manera es un museo que juega con la eternidad, solo puede vivir enlazada estrictamente a la novela del presente, a los hombres y las mujeres de este tiempo, que cuidarán la Biblioteca porque será cuidada su propia memoria, su propio trabajo y su propia vida.



Fotografía: Rafael Calviño.

# Los nombres de la historia y sus paradojas

Discurso de Horacio González en la presentación  
de las últimas publicaciones de Ediciones  
Biblioteca Nacional, 4 de diciembre de 2015

La Biblioteca Nacional condensa en su historia bicentenaria una amalgama de nombres marcados por la controversia. Toda biografía intelectual es, en este sentido, el nombre de una polémica. ¿Cómo establecer un linaje cuando estas contrariedades impiden la construcción mitológica de panegíricos adulatorios? ¿Es posible mantener una ecuanimidad a la hora de echar un vistazo a una institución tan densa como desafiante? ¿Cómo valorar las figuras de su historia sin ceder a la tentación fácil de la adhesión o el rechazo? La gestión de Horacio González eligió un camino paradójico y pluralista para enfrentarse a los nombres de su historia: Groussac, un conservador, pero capaz de una escritura revolucionaria; Borges, un vibrante escritor, pero con compromisos políticos reprochables; y Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), declarado antisemita pero destacado bibliotecario y organizador de los fondos de la Biblioteca. Gestionar es problematizar. Esta puede ser una lección que tomemos de esos años a la hora de repensar las instituciones, sin atajos ni elusiones tranquilizadoras, en tiempos donde la lengua cambia y la sociedad no cesa de mostrar rasgos inciertos y ensombrecidos.

Bueno, ver a tantos amigos aquí que fueron fieles a la cita indica que no debería decir muchas pavadas. Escuchando los nombres mencionados anteriormente —creo que son los nombres que dieron la continuidad que quisimos tener para la Biblioteca Nacional—, evidentemente resaltan los de Borges y Groussac, aunque a esta Biblioteca también la dirigieron Miguel Cané, Ernesto Quesada por breves días, su padre Vicente Quesada y Martínez Zuviría, a quien no pusimos en el elenco de nuestras devociones pero fue un importante bibliotecario y es protagonista del único gesto que en estos años produjimos con ciertas connotaciones más dramáticas. Le quitamos su nombre a la hemeroteca, que se llamaba Gustavo Martínez Zuviría, e hicimos una troca de nombres. Esto siempre es riesgoso, se nota en las discusiones por las que está atravesando el país hoy. Pero deja de ser riesgoso si hay una razón muy de peso para hacerlo, y, efectivamente, esa razón de peso estaba presente desde hacía mucho tiempo, pero yo soy el que debe confesar que vacilaba ante cuál sería la dimensión del peso que debía tener la argumentación en virtud de la cual se saca un nombre. Yo tenía bien presente una frase que escribió Nietzsche en *Así habló Zaratustra*, puesto que fue testigo del derribo de la columna de la Vendome en París, cuando la Comuna de París se hizo cargo del gobierno durante sesenta días, creo, e instaló una suerte de socialismo proudhoniano defendido por una guardia civil; esta guardia civil tenía 300.000 hombres armados, de modo que no era una bicoca lo que se proponían, pero a París la cercaba un regimiento prusiano también de 300.000 hombres que había sido victorioso frente al ejército regular francés

en la batalla de Sedán (qué raro hablar de esto, discúlpenme, pero es un tema al que siempre le tuve mucho cariño). Y Nietzsche era un soldado del regimiento de enfermeros del cuerpo de Baviera en 1871, año en que escribe *El nacimiento de la tragedia*, pero cuando escribe *Así habló Zaratustra* recuerda uno de los grandes hechos de la Comuna que fue algo reprochado por Marx. Marx que estaba en Londres y Nietzsche mirando de cerca porque era del ejército sitiador, un joven soldado. Marx le critica su simbología —su simbologismo, dice—: derribaron una columna y no expropiaron el banco de Rothschild, eso dice Marx en el famoso escrito de la Comuna de París; fusilaron al obispo ¿qué es el fusilamiento de un obispo?, un acto totalmente simbólico por más que sufra en carne y hueso un pobre obispo, y no declararon un socialismo de verdad. Pero bueno, estaban más influidos por Proudhon y por los jacobinos que por Marx, que tenía apenas un solo representante en el consejo de la Comuna (que creo que era su cuñado Lafargue, que era francés). Nietzsche dice: “insensatos, derribad columnas que ellas volverán más seductoras a su lugar”, y esa frase, como las frases de Nietzsche que uno recuerda —yo recuerdo cinco o seis y ya son las suficientes como para elaborar un tejido moral—, tuve que vencerla para sacar el nombre de Martínez Zuviría por argumentaciones que, a veces, venían de organismos burocráticos u organizaciones internacionales. Más me importó la opinión de Horacio Verbitsky, que hacía tiempo que venía disputando ese nombre por el reconocido antisemitismo de Martínez Zuviría; había una comprobación —precisábamos comprobarlo—, y era el modo en que le impedía seguir sus

investigaciones a un gran sabio argentino, Boleslao Levin, que investigaba en la vieja biblioteca de la calle México. Algunos dicen que eso no es cierto, hay una discusión al respecto, pero optamos *in extremis*, digamos, por sacar ese nombre y le restituimos otro nombre que aquí no existía, que era el de Ezequiel Martínez Estrada.

Ese fue un cambio significativo que orientó de alguna manera la gestión. La orienta de una manera extraña, extraordinaria y totalmente atípica, porque uno de los impulsores del cambio es alguien a quien consideramos amigo y del cual no es fácil tener y dar una amistad como es Horacio Verbitsky, que al otro día publicó en *Página/12*: “sí, está bien, pero le pusieron el nombre de un gorila”... Bueno, yo había extirpado de mi lenguaje ese tipo de expresiones, excepto cuando uno jareña entre los amigos, y me parecía que ese tipo de pensamientos pertenecía a un tipo de política cultural que no fue la que hicimos aquí ostensiblemente. Por eso digo que fue costoso sacar ese nombre, ojalá que no vuelva más seductor a ese lugar, ojalá; esta época tan difícil que vamos a atravesar hasta permite darle razón a Nietzsche y el hecho de que Ezequiel Martínez Estrada fuera el gran ensayista argentino —de algún modo muy influido por Nietzsche, de un modo que a veces cuesta reconocer pero está muy influido por Nietzsche, y por supuesto por Kafka y por tantos otros— orientó el pensamiento respecto de que había que hacerse cargo del conjunto de las tradiciones culturales nacionales, de todo el conjunto. Ese hacerse cargo de todas las tradiciones nacionales no debería estar exento de crítica, no debería estar exento de libertad de lectura. Al concurso de

literatura se le puso Eugenio Cambaceres, que nos cansamos en la Facultad de acusarlo de positivista, de antimigratorio. Pero ahí había un tema muy importante: Cambaceres es un gran novelista. Si uno lo leía más desatento a las imputaciones en su contra y más atento a cierta prosa que, aunque sea del naturalismo o influida por Zola, todo lo que se quiera, tiene una gracia muy profunda, evidentemente había que hacerse cargo de eso también, sin dejar de decir lo otro. Ese “sin dejar de” también le corre a Martínez Estrada, por supuesto que está en el balance que debemos hacer, y todas las imputaciones sin respaldo efectivo de una historia más sensible que le hizo a los movimientos populares argentinos. Pero se las hizo de una manera que nos interesaba; aunque no estuviéramos de acuerdo con el modo en que Martínez Estrada se había dirigido a un legado popular, sí podíamos considerar su modo polémico, la extracción de su retórica más profunda. Y eso interesaba también para Groussac, ¿si no por qué razón a esta revista le pondríamos “fundada por Paul Groussac”? ¿quién hablaba de Paul Groussac? Nadie...

Groussac fue muy importante en la cultura argentina, importantísimo. Era un olvidado, menos por Borges. Pero Borges, cuando escribe su necrológica, que la escribe en broma, porque Borges no iba a escribir nunca en serio una necrológica, le dice “hubieras sido imperceptible en Francia”. Y, sin embargo, hay que reconocer que era un filón irónico. La injuria en Groussac pasa a Borges, Borges la apelmaza, la industrializa, la recupera para diseminarla de una manera diferente a la de Groussac, más sutil que la de Groussac, que no se cuidaba para nada. Pero era difícil echarlo, el gobierno

intentó echarlo dos o tres veces y apenas consiguió clausurar la Biblioteca. Groussac sacó los *Anales* y Sarmiento quiso impedir que fuera director de la Biblioteca Nacional. No era cualquier cosa Groussac; encima se dio el lujo de escribir un artículo contra Sarmiento que ningún revisionista escribiría. Los revisionistas lo acusan de muchas cosas graves, ninguna como la de José Hernández que le dice directamente asesino, aunque después se arrepiente. Pero Groussac, aunque no le dice asesino, cuenta, en su largo escrito sobre Sarmiento, un episodio donde muere un amigo de Sarmiento, y dice “y me consta que no fue al velatorio”, o sea, lo pinta como un desalmado. No tenía empacho, era un francés, tenía una rara forma de ser extranjero en un país que nunca terminó de acogerlo y que al mismo tiempo lo hizo un personaje testigo fundamental de todo el período de Pellegrini, del cual fue gran amigo; de todo el período de Sáenz Peña, del que fue gran amigo, sobre todo porque le encantaba de Sáenz Peña que había sido coronel, pero del ejército peruano. Sáenz Peña es un héroe. En la Argentina lo olvidamos y de vez en cuando decimos “ley Sáenz Peña”, pero en Perú es un héroe porque es uno de los dos grandes sobrevivientes de la defensa del último cuartel que quedaba en Perú ante el ataque de las tropas chilenas. Por una rara razón, este joven argentino se enroló en el ejército peruano y creo que fue el único sobreviviente. Hay otro héroe peruano muy importante que era el jefe del cuartel que murió en ese ataque chileno, que tiene que ver con las bibliotecas peruanas; todavía Chile está devolviendo los libros del saqueo que hizo el ejército chileno de la biblioteca que fundó San Martín. Y San Martín y Sáenz

Peña son dos héroes militares peruanos... alguien me contaba antes de ayer que, estando en Perú, los peruanos le decían “los aviones que mandamos para defender las Malvinas”. Juzguemos como juzguemos ese hecho, son los hilos pequeños de la historia —este no tan pequeño— los que efectivamente hacen que no sean carentes de importancia estas hilaciones que estamos haciendo.

Entonces, Groussac fue amigo de tres presidentes. Avellaneda, que prácticamente es el que impulsó toda su carrera de autodidacta en Argentina; escribió bajo la protección de Avellaneda sus primeros libros que fueron, casualmente, libros muy arriesgados contra los jesuitas, que tienen absoluta actualidad, no es muy recomendable andar citándolo por todos lados hoy. Después pasó al pellegrinismo y al yriгойenismo pero de Bernardo, no de Hipólito, del cual fue un gran

enemigo, lo mismo que de Alem. De este último, sin embargo, hace grandes reconocimientos. Se parece un poco al reconocimiento que hacemos de él, aun con su conservadurismo en política.

Él fue un gran conservador; juzga a la Comuna de París desde la Argentina, porque mientras él está en la Argentina vuelven los exilados a la Comuna de París y él va a París a ver cómo era esa vuelta para los exilados. Acá está Patrice Vermeren... Perdón, Patrice, que digo esto muy livianamente...

**... aunque no estuviéramos de acuerdo con el modo en que Martínez Estrada se había dirigido a un legado popular, sí podíamos considerar su modo polémico, la extracción de su retórica más profunda. Y eso interesaba también para Groussac, ¿si no por qué razón a esta revista le pondríamos “fundada por Paul Groussac”?; ¿quién hablaba de Paul Groussac? Nadie...**

Patrice es el director de la carrera de Filosofía de Paris 8, un viejo amigo, con el cual escribimos un libro sobre Paul Groussac. Cuando Groussac ve el juicio de Louise Michel, que era una de las heroínas de la Comuna de París, asiste al juicio y dice: “yo no sé por qué la pena no fue más alta”. Era muy tremendo Groussac. Entonces, ¿qué hacemos con este personaje? Su prosa, su estilística, sus formulaciones respecto a la historia argentina, su historia de Mendoza y Garay que es una historia formidable, su pertenencia a una escuela renovadora de toda la historiografía argentina, su discusión con Mitre, con Vicente Fidel López, del

**Todo lo que se hacía era diferente y cada uno lo hacía por su propia deliberación, pero todos estábamos de acuerdo, sin haber hablado demasiado, en que estaba la cultura argentina en juego, que el modo en que se constituía aquí la cultura argentina era un modo con el cual había que revivir a la Biblioteca Nacional, que era un aparato enmohecido.**

cual también es, de algún modo, un heredero aunque no quiso serlo porque también discute con él... Era un hombre terrible, y ese hombre terrible, de algún modo, como inspiró esta revista, lo recuperamos con el derecho a la crítica de su aparato conservador.

Lo mismo con Borges, aunque es más difícil el tema de cómo tomar a Borges porque no hay decisión posible en Borges. Hoy el eco de sus opiniones políticas serían las más repudiables que uno pudiera concebir. Sin embargo, arrastra trozos enteros de su literatura, que sería la máxima reformulación del idioma castellano del siglo XX.

Todas esas son dificultades abiertas que estuvieron presentes todos estos años en la Biblioteca Nacional orientando la política cultural, orientando

la política de exposiciones que estuvieron a cargo de Ezequiel Grimson, orientando la política del Museo del libro y de la lengua a cargo de María Pia López. Todo lo que se hacía era diferente y cada uno lo hacía por su propia deliberación, pero todos estábamos de acuerdo, sin haber hablado demasiado, en que estaba la cultura argentina en juego, que el modo en que se constituía aquí la cultura argentina era un modo con el cual había que revivir a la Biblioteca Nacional, que era un aparato enmohecido. Llegamos acá y la Biblioteca tenía salas clausuradas, intervenidas, dos sindicatos con una lucha a muerte; con esto no quiero atribuir ningún mérito a nadie, al mérito la historia se lo atribuirá a los dirigentes sindicales de esta casa, a los trabajadores de esta casa que poco a poco fueron contribuyendo a lo que finalmente se convirtió en lo que tan vanamente se invoca como políticas de Estado. No me gusta hacer esas invocaciones, ya Sebastián aclaró muy rápidamente que no actuamos en nombre del Estado, pero si hubiera una política de Estado debería ser la que hicimos aquí sostenida por los otros directores de la Biblioteca: Roberto Arno, el director de Administración; Elsa Rapetti, la directora de Procesos Técnicos... que se renovaron totalmente, a la altura de las grandes bibliotecas nacionales del mundo.

En ese sentido, rescato las viejas tesis de la tradición liberal y algunas de la tradición marxista, que dividen el Estado de la sociedad. Marx vio en la sociedad civil el nacimiento de la burguesía; bueno, lo que hicimos fue considerar al Estado como una forma libre de la sociedad, ver al Estado en otro lugar y al mismo tiempo saber que teníamos que pelear el presupuesto

de la Biblioteca con funcionarios del Estado, que algo sospechaban de lo que aquí pasaba. Porque en todas las ocasiones que hablamos con los ministros de Economía que tuvo este país durante este gobierno, todos tuvieron la mayor predisposición ante un presupuesto que, no se le escapará a nadie, tenía que ser mayor al que había para poder sostener estas actividades, lo que hoy está en riesgo.

De modo que a nadie se le puede escapar que lo que ocurrió en esta Biblioteca tuvo que ver con la época; ya casi ni me animo a decir con un gobierno, cuyo balance se deberá hacer, cuya autocritica se deberá hacer y cuyos grandes logros no pueden ser enumerados de uno a diez, de uno a veinte, de uno a cincuenta, sino que fue, efectivamente, uno que reúne a todos: haber puesto en la gran mesa de discusión del país sus problemas fundamentales. Resueltos de muchas maneras, intervenidos de muchas maneras, pero están todos esos problemas abiertos, tan abiertos están que este nuevo gobierno, que es un gobierno de empresarios, sin embargo se ha atrevido a tomarlos, a decir que va a respetarlos. Si hay una historia y tiene ojos vivos, estará mirando lo que pase, no de una manera mística, sino con rigor historiográfico para ver cuánto valen las palabras dichas en un momento, cuánto se va a respetar, cuánto no se va a respetar. En ese sentido, me parece que se escucharon por parte de los funcionarios culturales del gobierno que va a venir palabras de respeto a esta Biblioteca; ojalá las cumplan, porque realmente les va a ser difícil cumplirlas, por más que respetáramos al respeto que dicen tener, porque están en un cuadro de acciones donde se reproducen las peores formas

de la globalización mundial. Algunas estaban incluso en el gobierno que apoyamos y nos apoyó, pero no predominaban. Incluso para algunas de las formas más salvajes de esa globalización había fórmulas de repudio y de disputa, las cuales se hicieron de una manera que no podemos menos que consagrar como una manera que exigía cierta valentía cívica. Eso existió en las numerosas ocasiones en las que hubo que confrontar con nuevos personajes de la historia, los tenedores de bonos, los que no quisieron entrar al canje.

Tuvimos que aprender toda esa idiomática extravagante que, para los que nos formamos en los años sesenta y decíamos fácilmente “imperialismo” a cualquier cosa, era una cuestión totalmente novedosa, de la cual también habrá que hacer un balance, porque me temo que se pueda decir que fueron todos esos organismos, que son el gran flujo de la política mundial, que dirigen bombardeos, que dirigen formas de terrorismo también, que en algún punto misterioso se juntan, establecen formas de violencia y sin embargo llaman a un cierto estilo al que denominan el amor permanente que cada uno tiene que tener con el otro, que se desmiente en el mismo momento en el que en nombre de esas mismas frases producen las formas más escandalosas de dominio y de sumisión a vastos contingentes humanos. Es la era de la sumisión, quizá dicho con la fórmula que ya todos acá conocemos: una sumisión que parece voluntaria. Una servidumbre que se hace voluntaria porque de algún modo está puesta en términos de la lengua interna de cada uno de nosotros. A mí me parece que los que ganaron la elección estaban puestos



en la lengua interna de cada uno de nosotros. En cambio el gobierno, en su publicidad, era exterior a la lengua interna de un sector enorme, para votarlo había que pensar en realizaciones, el viejo idioma de la política: en tuberías, en Arsat —con lo importante que es controlar en forma soberana el uso del espacio—. Pero lo que importaba era lo que podría llamarse el problema de la esquina, cómo hablamos en las esquinas de nuestras casas.

El actual gobierno, o mejor dicho el gobierno que va a asumir ahora, descubrió pequeñas frases, síntomas fraseológicos los llamaría, por ejemplo, el “va a estar bueno”. ¿Quién lo inventó?, ¿Durán Barba?, ¿o se inventó en Palermo Hollywood? Esa frase no se escuchaba antes, porque en castellano normal decimos “va a estar lindo” o “qué lindo sería” o “va a estar bien no bueno”. El “va a estar bueno” es un enrarecimiento del idioma, una clave donde el idioma se retuerce de una manera deshistorizada, que nos gusta también porque nos gusta inventar. Pero yo cada vez que escucho eso que se impuso por todos lados estoy escuchando cómo hablarán los nuevos gobernantes, es decir, de una forma totalmente deshistorizada. Cuando dijeron “va a estar bueno Buenos Aires”, estaban diciendo algo de lo más abstracto posible. ¿Qué sería estar bueno? Bueno, esa frase estaba, muchos votaron así porque votaron en la forma en que ya hablaban, eso me parece que es muy significativo y eso se nos pasó de largo a todos, no supimos abordarlo. Y eso que aquí estábamos en una biblioteca, donde era una obligación percibir esas cosas. Quiero decir que durante estos años tuvimos varias veces la presencia del presidente Néstor Kirchner, varias

veces la presencia de la presidenta Cristina Kirchner, y en ninguno de esos casos discutimos estas cosas. Sin embargo, creo que había una sospecha en ellos dos y en muchos otros miembros del gobierno —supongo que no en todos— de que acá pasaban cosas importantes. Y en efecto pasaban, porque si no, hay que entender de otra manera el hecho de que a mí personalmente muchas veces me cuestionaran funcionarios del gobierno en torno a la política cultural, de muchas maneras y, sin embargo, nunca dejaron de apoyar a la Biblioteca. La Biblioteca fue una tensión interna en el seno del cuadro gubernamental, así va a haber que estudiar los episodios que se desarrollaron durante estos años aquí de los que debemos estar muy orgullosos todas las personas que mencioné y el conjunto de los trabajadores de la Biblioteca.

La creación del Museo del libro y de la lengua fue una originalidad total, quiero mencionar a María Pia López. Había que inventar algo ahí, y lo inventó María Pia López. Ese invento, que es un invento de hacer exposiciones sobre algo imaginario y tan duro al mismo tiempo que es la lengua, no se olvidará fácilmente; eso constituye cimientos de la convivencia pública y cultural de la Argentina. Lo mismo con las exposiciones, los catálogos, eso corrió a cargo de Ezequiel, que durante todos estos años cumplió una tarea fundamental en colocar la vida cultural de la Biblioteca en el interior de la Biblioteca, no solo para el viandante o la errancia del que viene a visitarla, sino como reproducción interna de lo que los trabajadores de la Biblioteca tenían que saber y no siempre sabían. Una biblioteca tiene que catalogar libros y, al mismo tiempo,



mostrarlos con cierto estilo, con cierta audacia y con cierta elegancia, y eso es lo que se hizo.

Todo este balance, por supuesto, hay que ponerlo en el conjunto con las deficiencias administrativas, con lo que es una institución donde trabajan mil personas, mil personas que trabajan, es decir, que tienen un régimen laboral no productivista. También hemos cuidado de eso, y eso ofrece discusiones. No productivista quiere decir que no se trabajaba por metas de producción. Y ustedes dirán: ¿y por qué, si es una biblioteca?, pero muchas veces la atención bibliotecaria define a la biblioteca como a una fábrica, porque hay mucho trabajo serial en una biblioteca. Sobre todo el de catalogación, que es el típico trabajo serial de una biblioteca. Bueno, ahí no se desarrolló de una forma productivista, es decir con metas de producción, y es la forma esperanzada de ver el trabajo porque siempre está el que te dice “mirá este, se tira a muerto”. ¿Recuerdan la famosa aguafuerte de Roberto Arlt, “El que se tiró a muerto”? El

típico empleado de oficina, siempre hay alguno que te dice que “el de al lado se tiró a muerto, yo catalogué ciento cincuenta y este, tres”. Bueno, para hacer lo que hicimos hay que tener la paciencia de decir “y ya catalogará un poco más”.

Lo cuenta Borges, esto es tema universal. Cuando empezó a catalogar en la biblioteca de la calle Juan Bautista Alberdi hizo ochenta, y el de al lado le dijo “Borges, haga veinte, ¿sabe por qué?, porque nos está perjudicando a todos”. Entonces, eso viene de lejos. Y Borges dijo que lo hizo, que empezó a hacer veinte. Bueno, no hicimos eso acá, no codeamos a nadie diciéndole que estaba perjudicando a todo el que hacía menos, y cuidamos que el hacer más no fuera con metas laborales que terminasen siendo coercitivas. Esto es poner a la sociedad adentro del Estado y dejar que el Estado se refresque a sí mismo repensándose permanentemente no a la manera de la idea moral en sí misma, sino como otro tejido más de la sociedad a cargo de organizar colectivamente los

presupuestos, que a ese punto no llegamos porque nunca le dije al encargado del presupuesto del Ministerio de Economía “ahora vamos a hacer el presupuesto participativo”. No corre eso en el Ministerio de Economía, no corrió ahora, no correrá quizás nunca más.

De todas maneras, la experiencia de este enclave cultural dentro del Estado permitió que todos los nombres de la cultura argentina estuvieran presentes. La revista es un gran resumen de todo esto, tiene publicidades muy cuidadas que es un poco el indicio de todo lo que se hizo, los artículos de esta revista son grandes artículos, a todos les pedimos que escribieran sobre Ricardo Piglia, que se acercó desde el primer día a esta Biblioteca, se acercó indirectamente

como hace todo él, como escribe sus novelas, como escribe sus cuentos, y organizó, de algún modo, su vida. Como quien no quiere la cosa, vino un día, miró un poco y se fue; ese era su apoyo a esta gestión, que valoramos mucho. Con Piglia hemos hecho programas de televisión. Piglia quiso que la intervención de él en la televisión no fuera sino otra cosa que una forma de mostrar a la Biblioteca Nacional, con los grandes programas sobre Borges, sobre Roberto Arlt, sobre la historia de la novela argentina y la serie sobre *Los siete locos* cuyo guión pertenece a Piglia.

En el comienzo de la actividad en la Biblioteca hubo un consejo asesor del cual quiero mencionar muy

Fotografía: Marcelo Huici.



especialmente a Noé Jitrik, que está acá presente. Le quiero agradecer a Noé el apoyo permanente que dio, para nosotros fue de enorme valor, Noé representa una presencia fundamental en la crítica, en la novelística argentina y en la organización de la cultura argentina, de modo que a él y también a Tununa, cuando elegimos poner nombres de escritores argentinos en el ascensor de la Biblioteca, los hemos incorporado. Es algo modesto, pero me gusta que fuese un ascensor donde suben y bajan miles de estudiantes que hoy vienen a la Biblioteca, porque el caudal de lectores ha aumentado enormemente. Así como hay muchos lectores por las técnicas de lectura llamadas remotas, estas trajeron más lectores que ahora se llaman presenciales; qué vamos a hacer, cuando ahora hay gente leyendo en una mesa hay que decir lectores presenciales. Seguramente hay más lectores remotos que presenciales, pero los remotos no los vemos, y prefiero ver al presencial que es apenas hoy una parte pequeña pero que llena permanentemente las salas de lectura.

Quiero recordar también a las personas que del mismo modo nos acompañaron, Jorge Lafforgue, gracias Jorge. Porque Jorge siempre estuvo presente en todas nuestras actividades y fue un respaldo fundamental, es alguien fundamental en la historia de la cultura argentina, su historia de las revistas, su historia de los géneros, su historia de grandes escritores argentinos. También Hebe Clementi me viene a la cabeza, una profesora e historiadora que contribuyó en el comienzo de esta gestión de una manera perdurable en nuestra memoria. La memoria es perdurable mientras alguien la cultive, nadie tiene la obligación de perseguirla, pero es como un río subterráneo, después

de muchos años alguien puede volver a preguntar por un nombre olvidado, así que no hay que preocuparse por eso. Esta revista *La Biblioteca* la considero excepcional porque es también una historia de la crítica argentina. Por supuesto que el tema es Ricardo Piglia, que es un gran crítico argentino, además de todo lo demás que sabemos. Si uno revisa todos los artículos que están ahí sobre Piglia, el de Tulio Halperin Donghi, el de Ana María Barrenechea, el de Noé Jitrik, el de Jorge Consiglio... En fin, les pedimos a muchos, muchos no escribieron, quizás nos perdimos muchos otros artículos que deberíamos haber pedido, pero se hizo rápido. Piglia aportó artículos de él, algunos no publicados o algunos aparecidos en publicaciones que ya no se consiguen más, de modo que si consideramos todo ese macizo de situaciones es una historia de la crítica argentina, es una historia muy precisa de los modos de la crítica desde los años sesenta hasta los días que corren. Se trata de un número que también es la historia de la Biblioteca Nacional, invaluable, remite a una historia de la crítica y remite a una historia concreta de un escritor. Es difícil hacer la historia de un escritor; quizá de Piglia sea más fácil porque él se concibe escritor y concibe las fórmulas de la historia y de las luchas políticas bajo un régimen de escritura. Lo que quiero decir es que, siendo difícil, era más fácil hacer esa historia, con el pobre instrumento de la escritura que contamos.

Ya para terminar y dejar la palabra a otros, todo esto que hablamos forma parte de un provisorio balance que más que balance es un llamado a seguir sosteniendo la Biblioteca Nacional. Hoy recibí, a la tarde, el primer llamado del nuevo gobierno, quiero documentarlo

aquí entre los amigos; fue un llamado de Avelluto, totalmente amable, para reunirnos, cosa que haremos el martes, aquí. Yo pretendo mantener una absoluta amabilidad también, dejando en claro mi no pertenencia absoluta al gobierno que seguirá y mi desacuerdo con el sistema gerencial, pero me parece que el régimen de amabilidad puede existir en cual-

**Pero sí que hubo un enorme pluralismo, que habrá que juzgar no de una manera simple ni ingenua, no como una simple acumulación de indiferencias, sino como postulaciones claras para que alguien se haga cargo. El hacerse cargo —el emplazamiento, diría un filósofo— estuvo presente acá en la Biblioteca, estuvo presente en muchos actos definitorios de la vida pública en la Argentina. Eso sin duda quedará.**

quier lógica política y eso va a permitir también, espero, puesto que llamó él en los mejores términos, que en la conversación se diga solamente una cosa: que se preserve y se constituya la Biblioteca Nacional como algo ya elaborado como conquista por el pueblo argentino. Si hablan de unidad nacional, que es un bien muy abstracto —no por eso menos querible, pero hay que construirlo bien—, nosotros también en forma abstracta apelamos a ese pueblo, pero en este caso a un pueblo lector al que nos dirigimos e interpe-lamos continuamente. Y en ese sentido, mi único tema de conversación con Avelluto es, en vistas de quién va a sucederme aquí, que todo lo demás quedé como está, que se respeten todas las situaciones que permitieron que esta casa fuera una casa de cultura crítica relevante, con un estilo laboral y un estilo conceptual y una retórica —una poética, como diría Piglia— que está constituida, que no la inventamos nosotros, que

es una herencia, una vastísima herencia diría Borges.

No tenemos antepasados reconocibles; Borges sí los tenía. Esa es una diferencia muy importante, Piglia estudia muy bien el sistema de antepasados de Borges y el modo en que influye en su literatura, pero nuestro antepasado, aunque no lo hubiésemos tenido, es Mariano Moreno; es, de alguna manera, Sarmiento, con las críticas que le dirigimos. No puede no ser criticado Sarmiento, es una obligación criticarlo e inspirarse en él, son dos obligaciones equivalentes; y también, por qué no, del mismo Borges, del mismo Groussac. Y otro hecho que señalo, finalmente, es que el edificio de la calle México estaba irresponsablemente abandonado (aunque funcionaban dependencias del Estado), cuando allí estaba algo tan inscripto como Borges y Groussac. Ahora se llama “Anexo Sur Borges-Groussac”, por el decreto de Teresa Parodi, que sin ella hubiera sido imposible conseguirlo, porque yo comencé a tratar... perdón por decir varias veces yo, es inútil aclarar que esa palabra sigue existiendo en el diccionario por más esfuerzos derridianos que hagamos y macedonios. A propósito, acabamos de comprar, porque se compran ya, nadie te dona papeles de Macedonio infernal, los últimos papeles que andaban por ahí. Los compramos, no son baratos, pero por suerte no hacemos la equivalencia: cuántos boletos de tranvía podríamos comprar con el dinero que cuesta un cuaderno de Macedonio Fernández, para hacer un chiste macedoniano, que encima es, para colmo, un poco ilegible. Un buen administrador estatal, un CEO, diría ¿pero por esto ilegible?, ¿cuántos

Arsat? No, ningún Arsat, Arsat cuesta cien millones de veces más, este cuadro ilegible cuesta, pero tiene que estar acá, porque es como los lingotes de oro de Fort Knox; perdón por la mala comparación, son los lingotes de esta Biblioteca los papeles de los tantos que compramos acá.

¿Por qué comprar Lugones? Compramos Lugones porque es uno de los fundamentos del pensamiento argentino, con todos los desacuerdos que tenemos con su política, sus frases, su fraseología e incluso hasta con momentos de su escritura. Pero con otros momentos de su escritura, porque nunca fue siempre la misma, y sus pasiones políticas originarias, que fueron el anarquismo y el socialismo, sí estamos de acuerdo. Entonces evidentemente eso tiene que estar acá y diciendo esto que decimos, con esta profunda heterogeneidad. ¿Querían pluralismo? No sé a qué llaman pluralismo, pero si quieren buscarlo en algún lugar en la Argentina, tienen que venir a buscarlo acá. Y espero que los que vengan, efectivamente vengan con la tarea de saber que acá está eso que predicaron tanto diciendo que no estaba en un lugar donde sí estaba.

Hubo mucho pluralismo en estos años en la Argentina, fue un ejercicio de pluralismo que se podría decir hasta involuntario, hasta con esos rasgos que tiene todo argentino cuando habla, un toque de soberbia, una ironía mal puesta allí, acá, una cosa medio cocoliche para decir algo importante... así hablan los argentinos y todos los pueblos. Pero sí que hubo un enorme pluralismo, que habrá que juzgar no de una manera simple ni ingenua, no como una simple acumulación de indiferencias, sino como postulaciones claras para que alguien se haga cargo. El hacerse cargo —el emplazamiento, diría un filósofo— estuvo presente acá en la Biblioteca, estuvo presente en muchos actos definitorios de la vida pública en la Argentina. Eso sin duda quedará. No sabemos cuál va a ser su destino porque no podemos hacer profecías, pero basta que quede en la memoria de los que estuvimos acá esta noche y ya será mucho, y más que mucho, muchísimo. Y me olvido de muchas cosas, pero les pido por favor que los amigos que están acá me acompañen frente a este micrófono para poder decir algo e impedir el abominable hecho de que estas sean mis últimas palabras.

## Sin nosotros, no somos nada

Discurso de Horacio González en su despedida de la Biblioteca Nacional, 9 de diciembre de 2015

Fue un mediodía en la explanada de la Biblioteca Nacional. El viento eterno de ese lugar arrojaba su cabello sobre el rostro, lo que lo obligaba, con una frecuencia regular, a extender su mano para correrlo y poder seguir hablando. Una multitud de trabajadores y amigos del mundo cultural se habían reunido para homenajearlo y escuchar su último discurso al frente de la institución. Entre la emoción que lo cubría todo, Horacio González trazó un breve balance de lo actuado en sus años como director: los logros colectivos y los obstáculos enfrentados. También expresó su gratitud al gobierno nacional que lo eligió para esa responsabilidad, al que —repasó— no cesó de criticar bajo la óptica de que un gobierno popular precisa siempre de una multiplicidad de pensamientos. Llamó a defender las conquistas y lanzó su frase más tremenda, bella e incisiva. Nos recordó a todos y todas lo más difícil de asumir: que “sin nosotros, no somos nada”...

La soledad del arquero en el momento del penal es parecida a la soledad del orador en el momento de hablar...

Este último año que hemos compartido con Teresa fue de honda significación para mí. No quiero desmerecer ninguno de los momentos anteriores de los diez años que estuvimos en la Biblioteca Nacional, pero por primera vez coincidía un alto funcionario del gobierno con una amiga, con una gran cantante popular, con una artista popular reconocida en todo el país. La verdad es que siento que es una pena que no haya durado más, pero tenemos que alimentarnos de esa pena porque efectivamente los momentos que van a venir no son fáciles. Quizás el anterior tampoco fue fácil y simplemente no nos dimos cuenta porque tuvimos instrumentos de trabajo, fuertes reconocimientos del espacio público, del Estado nacional, el acompañamiento del gobierno... Y no faltaron discusiones de todo tipo. Yo mismo me di muchos lujos acá; tengo que agradecerle al gobierno el lujo que me di de haberlo criticado no pocas veces, pero porque siempre creí que un proceso popular de la magnitud del que inauguraban Néstor Kirchner y Cristina Kirchner precisaba muchos pensamientos, precisaba multiplicidad, otros lo llamarán pluralidad, no importa, pero precisaba multiplicidad de pensamientos, precisaba lo múltiple de la crítica. Precisaba que la política no fuera solamente reducida al cómputo de minutos por la estructura judicial, eso no es la política. Si la Argentina va a vivir sus próximos años computando los minutos del poder, eso ya no es el poder. El poder es algo democrático, diseminado, amplio y reconocible. La mejor forma del poder no se reconoce por minutos o simbologías, se reconoce por sentimientos y

estos son fugaces. La mejor forma del poder tiene una fugacidad que no es la del minuterero, en eso se equivocan muchos este día de hoy.

Tenemos que trascender estos momentos, esta Biblioteca es muy trascendente, es una biblioteca muy antigua. El edificio no es antiguo, nosotros no somos antiguos, hay trabajadores muy jóvenes, que entran jóvenes a esta Biblioteca y quizás no sigan acá o quizás se conviertan en los trabajadores más antiguos de la Biblioteca, no lo sabemos, pero que la Biblioteca es muy antigua lo sabemos tanto como que es una de las vigas maestras de la historia de la nación argentina. Entonces todos los que estamos aquí somos parte, por el solo hecho de estar, de una historia de la nación argentina que no es una única historia, se equivoca quien lo piense así, no homogeneiza la conciencia de nadie, no hace de nadie parte de una conciencia única, nos hace a todos mucho más libres saberse parte de una comunidad. Una comunidad es un síntoma de libertad, no una forma obligatoria de convivencia. Creo que en estos años formamos ese tipo de comunidad, formamos esa comunidad de hombres y mujeres libres, en cada una de las profesiones que teníamos, desde el tallerista hasta el calderista, desde el bibliotecario hasta el electricista, porque esta es una ciudad también. Hay ciudades del interior del país que tienen menos habitantes que la cantidad de trabajadores que tiene la Biblioteca, es una pequeña ciudad pero no del interior, está a pocos metros del puerto, a pocos metros del gliptodonte aquí enterrado, a pocos metros de la Villa 31 que es un lugar complejísimo de la Argentina, es un lugar de la pobreza y también de la especulación, es el lugar de



una promesa. Entonces, la Biblioteca está con sus rayos directrices dirigidos hacia todos esos lugares de la república o de la nación, como queramos llamar. A veces cuando nos despertamos a la mañana decimos “la república”, por qué no ser republicanos, y a la noche decimos “la nación”, por qué no ser de la nación, somos de todas esas dimensiones. La Biblioteca juega un papel fundamental en la política y en la cultura nacional, no solo porque estuvo Borges, que eso ya es importante; no solo porque estuvo Groussac, un señor absolutamente conservador, pero a nosotros no nos importó porque, aunque creemos que no somos conservadores, también respetamos tanto los legados que estudiamos, a veces, mucho más a los conservadores que a los revolucionarios. Creo que es una pequeña astucia de la historia llevarnos a estudiar mucho más a los conservadores que por algo lo son, no estaremos de acuerdo políticamente con ellos, pero en ellos están los griegos, los romanos, los etruscos y los caldeos; y nosotros, a veces, de tan revolucionarios nos quedamos en el minuto anterior como los jueces argentinos que están en el minuto. Nosotros estamos en los milenios, entonces nuestra vida tiene algo de milenario y algo del minuto también, por qué lo vamos a negar.

Para ser muy breve, agradezco nuevamente a Teresa, y voy a decir algo que no suelo decir. Agradezco a la presidenta de la República, y quiero recordar a Néstor Kirchner también. No lo hago sin cierto temor, digamos, porque en estos últimos años yo critiqué lo que muchas veces me pareció del modo en que los hombres y mujeres públicos entregan su palabra y obligan a cierto tipo de seguimiento de la palabra que pierde muchos de los poros internos que tiene todo

lenguaje. Por eso muchas veces no los mencioné o he escrito o he hablado sin mencionarlos, pero si hoy lo hago es porque nunca dejé de reconocer el enorme papel que han cumplido en la república y en la nación. Un enorme papel, que es un papel que cumplen hombres y mujeres muchas veces sin percibirlo, nadie prepara su papel. Un gran político argentino, que no sé si mencionarlo aquí, decía: “todos somos hombres y mujeres del destino”. Ya saben quién era ese gran político, que también era un político muy discutible, vaya si lo discutimos a ese gran político, vaya si nos enojamos con él, vaya si no perdura el enojo con él, ese enojo es un enojo importante y fue uno de los máximos políticos de la historia argentina, que pensaba en el destino como una forma de libertad, no como un mensaje trazado para siempre en la vida de las personas. Eso se aplica a la vida de todos nosotros y a la vida de los dos últimos presidentes de la Argentina, Néstor y Cristina. También vacilé en llamarlos por el nombre como si tuviésemos una intimidad, a lo que los medios de comunicación nos obligan siempre, nos llamamos por el nombre y nos conocimos hace un minuto, como diría la jueza Servini de Cubría, y parece que todos somos fases de una comunidad donde todos somos Nestítor, Cristinita, Horacito y Teresita y Lilianita y Fitito y Danielito. Y no, somos personas que cargamos conflictos, que cargamos intereses, que cargamos deseos. Como diría Daniel Santoro, cargamos hedonismos; los hedonismos están en el presente, pero el presente es muchas veces inasible. Con esas expresiones Daniel hizo su gran obra, y con el estudio de las metáforas quebradas del país Fito Páez hizo su

gran obra, les agradezco a ambos que estén presentes, ¿qué hacen en una biblioteca, ustedes? Agrego a Liliana, pero me excuso de decir más cosas.

Volviendo a la Biblioteca Nacional, voy a mencionar a María Pia López muy especialmente, a Ezequiel Grimson, a la subdirectora Elsa Barber, a la directora técnica bibliotecológica Elsa Rapetti, al director de administración Roberto Arno, y no voy a extenderme mucho más porque fueron muchos los que colaboraron, muchos los que se acercaron, muchos los que plantearon sus críticas, porque si yo dije que he criticado a la presidenta de la República, con qué razón podría esgrimir algún tipo de insatisfacción por haber sido tantas veces criticado. Y aquí me quiero referir a los gremios. Hemos tenido relaciones tensas, pero en el sustrato de esas relaciones siempre hubo un pespunte profundo de creatividad. Les quiero agradecer a los tres gremios de la Biblioteca, UPCN, ATE y SOEME. A ellos les tocará una tarea trascendental junto a todos los trabajadores y aquí sí se viene una petición que todos compartimos y ni siquiera preciso hacerla. Hemos logrado mucho todos juntos, el nivel salarial es bueno, por supuesto que nunca es tan bueno como el que quisiéramos, pero es bueno; las posibilidades de realización laboral son efectivas y constantes; la Biblioteca Nacional como un todo tecnológico y cultural ha crecido mucho; no hay nadie que no tenga tareas acá; y al mismo tiempo penden sobre nosotros nuevos nombres que aparecen en la escena; un ministerio de racionalización o de modernización, ¿qué será eso? Frente a eso, la actividad sindical, gremial, la militancia social y política que hay en esta Biblioteca debe estar preparada para responder con justicia a lo que por ventura, y espero que

no sea así, puedan ser intentos de trazar de otra manera el destino que en común hemos construido. Quiero decir que, así como lo hizo Teresa, he hablado con el ministro entrante, que se ha comprometido a mantener todas las posiciones laborales y a mantener todos los regímenes de trabajo.

Es el ministro de Cultura... sabemos que en todos los países hay algo que, de alguna manera, se define por las políticas económicas, por la lógica internacional, por decisiones que se toman en otros lugares que no son el Ministerio

de Cultura. Por eso diría que le tomo la palabra al nuevo ministro, creo que eso hay que hacerlo puesto que lo ha dicho, “respetaré todo”. Hasta diría que le tomo la palabra a todos los que han dicho “respetaremos todo”, porque eso lo han dicho todos. Bueno, los llamamos desde acá a que efectivamente hagan eso, que respeten todo.

Yo voy a estar, si me permiten hablar un poco en términos personales, unos pocos días más. Ya le presenté mi renuncia a Teresa, esa renuncia es indeclinable, pero como me han pedido, al no tener reemplazante, que me quedara unos días más a título de cuidado de los bienes que tiene esta Biblioteca, tendremos oportunidad en los pocos días que quedan de seguir hablando fraternalmente. Y termino agradeciendo enormemente a todos ustedes: sin nosotros, no somos nada, miren cómo lo digo... Muchas gracias a todos.

**Una comunidad es un síntoma de libertad, no una forma obligatoria de convivencia. Creo que en estos años formamos ese tipo de comunidad, formamos esa comunidad de hombres y mujeres libres, en cada una de las profesiones que teníamos, desde el tallerista hasta el calderista, desde el bibliotecario hasta el electricista, porque esta es una ciudad también.**





## Pañuelo blanco

Discurso de Horacio González al recibir el pañuelo de las Madres de Plaza de Mayo, 7 de noviembre de 2019

Pocos signos han sido tan expresivos en la historia como los pañuelos blancos. Porque su sola imagen ya simboliza y expresa las resistencias más hondas; “el nácar más brillante de la congoja argentina”, dijo Horacio González al pronunciar su discurso el día que las Madres de Plaza de Mayo le entregaron el pañuelo como el reconocimiento a su trayectoria, a un acompañamiento persistente y a un pensamiento que siempre ha tenido su lucha, haciéndola propia, en el centro de su reflexión.

El lienzo blanco reinterpreta el pasado todo, asumiendo los padecimientos anteriores y los actuales. Recibir de las manos de las Madres esa materia sensible, tejida con las luchas irredentas, fue un ritual profundo y emotivo. Eran Hebe y Horacio, esos nombres en los que se condensan todos esos nombres que resumen un trozo de nuestra existencia colectiva.

Charlando con Hebe hace unos pocos minutos se suscitó un pequeño problema que es la preferencia de Hebe por la oratoria. Yo la acompaño permanentemente en esa preferencia e incluso me parece que buena parte de la decadencia de la vida política argentina es el fin de los grandes oradores. Es una obra de artesanía muy profunda del lenguaje, que no es solamente político porque el lenguaje puede surgir, como decía Liliana, de un defecto en el microondas y puede abarcar toda la vida cotidiana y tomar las ondas más profundas de la historia. Pero la discusión era la siguiente: yo escribí tres paginitas para esta ocasión y Hebe parece no preferir esa idea. Es un debate fundamental de la vida histórica y política argentina. Voy a desacatar a Hebe esta vez porque escribí sobre lo que me parecía que podría decirse sobre el pañuelo y, efectivamente, comprendo que la lectura de un escrito previo (que es una escena que Liliana describió y tengo que justificar tantas horas en la computadora) puede ser de cierta frialdad; puede leerse de manera enfática o puede no ser un escrito carente de efectos posibles de interés, pero nunca se sabe bien e incluye además otro arte muy importante que es saber leer bien un texto. Si también hubiera más delicadeza y más profundidad en ese arte, probablemente la política argentina que protagonizamos no estaría tan al borde de esa decadencia fatal. Entonces cualquier cosa que mostremos en este aspecto, como la posibilidad de hablar tanto sea anecdóticamente como conceptualmente, que son dos opciones también diferentes que se pueden mezclar, intercalar; o la lectura interrumpida con una oralidad que no se sostiene en el texto... la verdad es que nunca se sabe bien qué lugar ocupa un papel leído

en la historia. Yo me empeñé en leerlo porque estuve toda la tarde pensando en qué decir del pañuelo, no quería perder esa posibilidad, pero adopté la posición de Hebe perfectamente porque me gusta la tribuna, me gusta que la oratoria sea como el aire que se respira, eso es algo que hace al corazón de la política. Y después está la otra cuestión que permanentemente nos ocupa: cuándo es el momento adecuado y legítimo para emocionarnos, porque pudiera no haber un momento que sea algo más rebuscado que la emoción legítima precisa para ser verdaderamente fiel a su austeridad. Entonces todos esos problemas, al hablar con Hebe tres minutos, en seguida se suscitan y era una pena que se perdieran estas charlas, que parecen rápidas, mientras Hebe come bizcochos, hace recomendaciones médicas y cuenta toda clase de aspectos que parecen anecdóticos porque son anecdóticos, pero son anecdóticos ni más ni menos que de las vidas que se perfilan en este mundo argentino tan destrozado. Por eso, todas las conversaciones con Hebe son conversaciones —voy a decir una palabra fuerte— de redención. Eso es parte de la vida cotidiana siempre, no son necesarias las grandes armazones conceptuales, no hace falta aprender filosofía porque la filosofía ya está ahí. Bueno, igualmente, voy a meter la mano en el bolsillo, como se dice de los políticos, y voy a leer estas tres paginitas, a ver si alguna parte de las teorías que dije se verifican en la práctica.

\* \* \*

Un famoso escritor del siglo XIX, francés, declaró el temor ante la página en blanco. Se trataba de una forma festivable del miedo ante lo incógnito de lo

que allí se podría escribir. Los pañuelos blancos de las Madres de Plaza de Mayo significan lo opuesto y lo complementario de esa blancura. En los pañuelos de las Madres ya ha sido escrito todo. Si hay que sentir angustia es por todo lo que allí está escrito y que, sin embargo, no ofrece signos visibles de escritura que faciliten la interpretación. Como sabemos, pueden permitirnos leer un nombre bordado con delicadeza en letras azules que forman una insignia que nos es familiar por sus colores que finalmente, como se dice en el más famoso poema nacional, son

los colores de una pena extraordinaria. Por eso el pañuelo desciende de una bandera que conocemos bien, y cuando leemos un nombre es un nombre embanderado que sobre la cabeza maternal hace flamear su ausencia, quizás una ráfaga inquieta de viento permita imaginar esos nombres de muchachos y muchachas que nos visitan para preguntarnos por ellos en nosotros. Es así que el color blanco con la potencialidad de todos los demás colores ha exigido en la Argentina la forma del pañuelo maternal, la señal propiciatoria de la imaginación política y

Fotografía: Rafael Calviño.



el sentimiento de búsqueda inagotable del hijo que no está. ¿Qué se sabe de ese hijo? Se sabe todo y no se sabe nada, pues cuando se sabe todo aparece la imagen más sufriente que se desearía apartar y cuando no se sabe nada aparece la figura de un dolor inconsolable que también se intenta alejar. Por eso el pañuelo blanco de las Madres de Plaza de Mayo es el nácar más brillante de la congoja argentina, está adentro de la historia nacional y también la excede. Nos habla de las militancias juveniles más enfáticas en singular y en plural, es el extenso palimpsesto donde leemos ahora las insignias de un pasado próximo y de lo que ocurre en las calles de Chile o de Bolivia y en toda Latinoamérica. Son imágenes fugaces inscriptas en un tiempo dramático que hoy nos siguen mirando, imágenes movedizas corriendo entre plomizos nubarrones. Muchas de ellas para decir que sabían demasiado de sus propias esperanzas y poco de los horrores que abrigaba silenciosamente el mundo que querían transformar. Todas esas esperanzas y todas esas incógnitas están escritas ahora fuera de cualquier alfabeto, en la superficie depurada del pañuelo blanco. Incluso Hebe propuso, en su momento, que el pañuelo no contuviera los nombres desaparecidos, pues en el propio pañuelo ya estaba escrito el destino de esas vidas. Está en signos imborrables pero invisibles, en los tractos como en las mejores filosofías de la historia estaba lo más concreto. Por eso, como cada nombre es todos los nombres, Hebe propuso el gesto de desindividualizarlos, todos estaban en cada uno y cada uno recibiendo en forma indivisible el todo. Cada nombre silencioso es un signo que aún espera ser descifrado. Si la hoja en blanco estremecía al escritor, el pañuelo en blanco

estremece a las crueldades de la historia ya acontecida. El pañuelo blanco de las Madres no es una tela belicosa sino un lienzo cuya vecindad con rituales sacros nos dirige hacia el corazón de una resistencia activa contra todas las injusticias del mundo. Antes cité a un escritor como Mallarmé, tomando la página en blanco como un combate entre el silencio y la letra, entre el escollo y el nombre, entre la tipografía y la música. Todo esto lo podemos asociar al infinito vigor que conserva el pañuelo blanco de las Madres. Pero ahora quisiera terminar invocando a otro autor, un argentino para el que parecería que su época ya ha pasado y sin embargo, al releerlo, siempre lo encontramos de pie: se trata de Cortázar. Julio Cortázar hablaba de que cuando el viento arrecia sobre las velas de una embarcación, se podría considerar que se genera allí un nudo vélico, pero vélico de velas, no de ofensa o agresividad, un nudo vélico con *v* corta. Este es el punto máximo de resistencia que en un lugar específico oponían las velas al poderoso soplido entrecruzado de los vientos. El pañuelo de las Madres es ese punto de resistencia ante las inclemencias del viento de la historia, donde todo parece desmoronarse pero esa vela sigue encendida, es este pañuelo que sigue diciéndonos que un viento que puede ser destructivo sin embargo puede encontrar la intransigencia del propio pañuelo y así puede seguir navegando. Querida Hebe y Madres de Plaza de Mayo, este pañuelo de los ausentes obliga a redoblar nuestra presencia; si navegar es preciso, vivir también es preciso, y seguimos viviendo, resistiendo y navegando gracias a los torbellinos que le siguen dando vida a estas velas desveladas, a estos insomnes pañuelos.







Fotografía: Ximena Duhalde.







